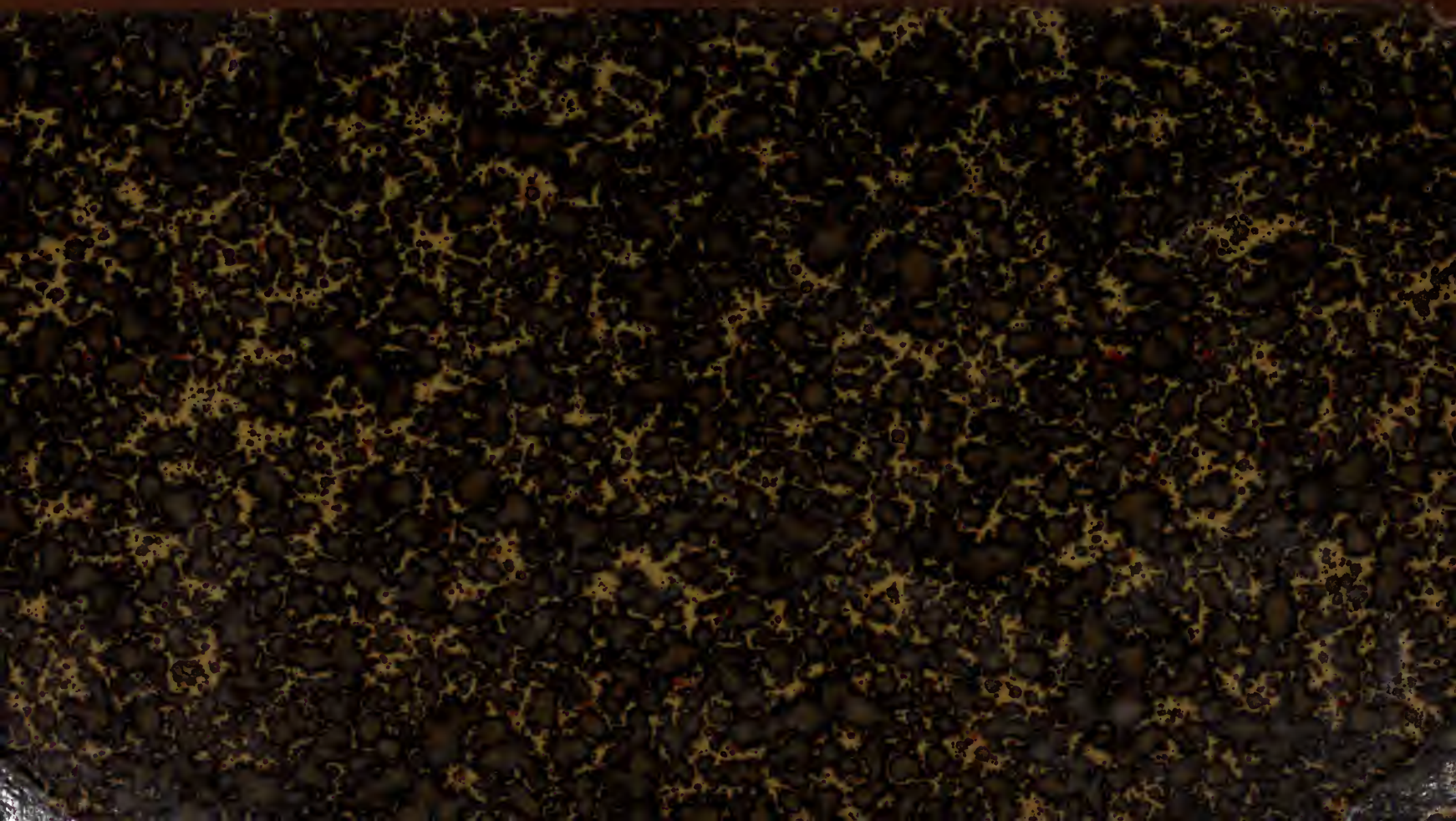
3 1761 08158682 8



ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 22. NUM. 253.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

ENERO 1910

MADRID
IMP. Y ENCUAD. DE V. TORDESILLAS
Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

46268T

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 22
no. 253-55

EL PROBLEMA DE LA UNIDAD Y ORIGEN DEL LENGUAJE

No está la ciencia moderna ajena de monopolios, que acoten y esquilmen una materia doctrinal. Porque la ciencia humana vive en las cabezas de los hombres, y los hombres, además de cabeza, tienen corazón, y lo que en la cabeza está claro como un lago transparente, al despeñarse en el corazón suele enturbiarse y levantar espumas y vahos. Ello es que entre los sabios hay escuelas cerradas y compañías beneficiadoras de cada ramo del saber, y por consiguiente, intereses particulares y monopolios, piques y envidiejas, presunción y soberbia, cortejo antiguo é inseparable de la humana flaqueza. Son tantos los pensadores que se han quebrado las narices contra esta esfinge berroqueña del problema del lenguaje, que ya nadie se arriesga á mirarle á la cara. Pasan todos de largo con un mohín de desprecio, y hasta se ha decretado que nadie se le acerque seis leguas á la redonda. El sencillo epígrafe de este artículo bastará, según esto, á muchos lingüistas para dar su fallo y sentenciar contra lo que en él pudiera yo discurrir, y contra mí, que me río de lo decretado y me voy derecho al bulto. Porque, quieras que no, el bulto allí está tieso que tieso, y ni el miedo de romperse los cascos ni el decreto de que no nos acerquemos han de ser parte para que desaparezca.

Apenas habrá libro ni monografía que, en tocando este punto del origen del lenguaje, no vierta al científico las pala-

bras de la fábula: *¡Están verdes!* ¿Qué digo? Me equivoco: no están verdes, no; lo que hay es que ni siquiera hay uvas. No sólo es una pretensión desvariada, un soñar despierto, querer rastrear el habla primitiva; antes, como quien busca tres pies al gato, es andar á caza de lo que nunca fué. *La ciencia lo ha dicho, y yo no miento*, grita todo lingüista moderno, como el mono de cierta famosa fábrica. El autor de este artículo está ya convicto y confeso de no hallarse *á la altura de la ciencia:* tal pronunciarían los sabios que lo leyesen, y tal se lo dice también para su capote el mismo autor. El cual, en consecuencia, no teniendo por qué asombrarse ante ningún *megatherium scientificum*, sigue con su tema, y repite: *e pur si muove;* desea *desprenderse de muchas pequeñeces,* como diría Goethe, y prosigue desembarazada y sosegadamente el hilo de su discurso, para el que tenga cuajo y serenidad para seguirle.

¿Qué es el lenguaje? Es el pensamiento, que brota de lo hondo del alma, y que, envuelto en ondas sonoras y llevado en sus alas, cruza los aires, llama en el tímpano de los oyentes, y torna á desnudarse de su vistoso ropaje y á resolverse en su primer sér de pensamiento puro por entre las sinuosidades del cerebro. Es, por otro cabo, una vestidura fónica, alentada por un rayo del espíritu, que manó y se desprendió del cerebro. Es, según Herder, un instinto avasallador, un mecanismo viviente, manejado por la razón: «Herrschender Instinkt, lebendiger Mecanismus, vermittelt durch die Vernunft». Es el pensamiento, incorporado en la voz, cuajado en sonidos, puesto en solfa. Es el alma, que se espeja en articulaciones sonoras, para poder volar en trasunto fuera del hombre y llegar á entrañarse dentro de otro hombre. Pero esa vestidura fónica, con que el pensamiento se arrea, está hecha de una misma tela, de un mismo tejido en todos los pueblos, hilóse y tejióse en una sola fábrica primitiva, es único en su origen, por lo menos en su esencia íntima y primera hilaza, siquiera aparezca como distinto en cada uno de ellos, visto por la sobrehaz, merced á la variedad de tintes y hechuras con que cada nación ó

cada raza han podido teñirlo, entreverarlo, recomponerlo?

Las gentes más bárbaras y bozales gozan del habla, como las más adelantadas en cultura y civilización; y, lo que más es de maravillar, sus idiomas son á veces más acabados y sutiles, sin que pueda descubrirse cuándo ni cómo, por su propio trabajo é industria así los labraran y pulieran mediante el progreso de una civilización que nunca alcanzaron. ¿De dónde sacaron los tristes pescadores de las islas Aleutinas aquella su filosófica habla, que compite y lleva ventajas á la de las naciones más cultas? Los chinos, en cambio, hablan un idioma que, si lo han ensalzado algunos, ha sido por mirarlo al través de su escritura; pues de suyo, como lengua hablada, ya lo dijo Hervas (*Catál. II*, pág. 107), es de lo más pobre y raquítico que pueda darse, supliendo con entonaciones de la voz y con la colocación fija de los vocablos las menguas sufridas en su morfología y sintaxis: con todo, la China es el más extendido y viejo imperio que se conoce. El habla de aquellas antiquísimas naciones que bulleron en los asombrosos imperios de Egipto, Asiria y Roma, son menos ingeniosas, menos ricas, menos filosóficas, á pesar de todo el esplendor de su cultura, que la de los embarracados y soterrados esquimales, que la de los desnudos indios que vagaban por las sabanas y pampas americanas, que la de los arrinconados caseros del Pirineo. Y entiendo por filosofía é ingeniosa traza en los idiomas no la facultad de formar nombres abstractos, con todos los demás requilorios y chirimbolos metafísicos, que han torneado las escuelas europeas para su uso particular y entretenimiento, que pudiera ser que no fueran otra cosa y estuvieran tan lejos de la honda madre naturaleza, como las consejas y ensalmos de los salvajes más topos de Australia; sino el rodaje morfológico y derivativo, sencillo en el manejo y principios, rico en aplicaciones y en la generalización de su empleo. Ni por riqueza tengo esa hojarasca de formas irregulares, de sufijos vagos, sinónimos, y apegados á correr tras determinadas raíces, sin libertad para pasar á otras, cual ganga inerte y sin vida ni valor; sino la fecundidad en la

derivación de formas bien distintas, por serlo las raíces y sufijos, y por no tener estos componentes nada leñoso ni fosilizado, que embarace el libre y suelto bullir de la vida en todos los elementos del habla.

¿De qué prehistóricas civilizaciones descienden, pues, esos idiomas tan acabados, hablados hoy por gentes ajenas de toda cultura, sin el menor rastro de tradiciones que trasluzcan un pasado más venturoso, antes rateras en sus alcances y apegadas á la tierra? Lo único que cabe suponer es que esas razas abastardadas y abatidas tuvieron un más alto natío, que fueron ramas desgajadas de un solo tronco, de una sola familia humana, de cuya habla común cada pueblo se llevó un girón más ó menos precioso, malbaratándolo precisamente más y más los más asendereados y corridos, y conservándolo cual rescoldo entre ceniza, los menos bulliciosos y para poco, porque cuanto más el hombre ha puesto la mano, envalentonado con sus filosofías, en lo heredado de la primitiva y virginal naturaleza, tanto lo ha remendado y echádolo más á perder.

Basta, efectivamente, echar una ojeada sobre todas esas y las demás lenguas, al parecer tan desemejantes, para cerciorarse de que proceden de un origen común. No hablo de términos que han podido trasegarse de unas naciones á otras; aténgome á los elementos gramaticales que forman la trama esencial de los idiomas, de los pronombres personales y demostrativos, de los sufijos nominales, posesivos, verbales, que todos son unos en todas partes. ¿Qué cosa más endeble y más caediza que el sonido *n*, por ejemplo, el menos consistente de los sonidos consonantes? Y con todo lo hallamos al lado del núcleo paladial *g* para indicar la primera persona en todos los rincones más apartados del globo: lo oímos de los labios del negro del Sudán, lo mismo que de los del blanco civilizado; lo emite con idéntico valor el isleño que arrastra una vida miserable en el más solitario peñón del Pacífico, no menos que el que habita el centro de Europa; lo mismo significa para los que somos hoy, que significó para los que fueron hace cuarenta siglos.

Sin Academias, que se afanen por la custodia del habla nacional, se conserva ese ligero sonido nasal tan entero entre los pastores de la Alcarria ó los infelices que vegetan en las Jurdes, que no sabrán de dónde les vino, pero que lo emplean en *nos* y *nosotros* tan bien como el parisiense en *nous*, el berlinés en *uns*, y el florentino en *noi*.

En Africa, desde Orán, donde oímos en la lengua indígena anteislámica *nich* yo, *neshnin* nosotros, hasta el Niamvez, donde *ne* vale yo; desde Fernando Póo, cuyos habitantes nos dirán *ne* yo, hasta el Sudán, donde los que hablan el Teda dicen *nir* mío, y los que hablan el Hausa *ni* yo, y los que hablan el Lunda en el centro del continente *ni* yo; y lo mismo en el Zambeza por una parte, y por otra en Egipto, en cuyos jeroglíficos podemos leer el sufijo *en* por nosotros y nuestro, tanto con nombres como con verbos, y en los libros del rito copto *en* con idéntico valor, en todas partes daremos en el suelo africano con la misma *n* para expresar la primera persona, ya separadamente, ya á modo de sufijo verbal ó posesivo. Pasemos al Asia, y después de oir en el Malabar *nan* yo, *nam* vosotros, y otro tanto en toda la India y en la ultra India, como en Burman *na* yo, en Camboyano. *an* yo, subamos al Tibet, donde se nos repetirá *na* yo, y luego demos un salto á la Corea, donde otra vez oiremos *na* yo, y volvamos á los que hablan el Motor y dicen *ne* yo, el Cumuc *na* yo, el Naga *ni* yo. Partamos al extremo de la Oceanía, y en toda la Australia nos dirán *nu-ta* yo, en las islas de la Melanesia *ni* yo en Lifu, *na* yo en Nueva Caledonia. Y pasando al continente americano, oiremos á los Quéchoas del Perú decir *ñu-ka* yo, á los Otomíes de Méjico *nu-ga* yo, á los Nahuales *ne* y *ne-hua* yo, á los Mojos *nu-ti* yo, á los que hablan por todo el Brasil el Tupi-Guarani *ñandi* nosotros, á los que aún conservan el Aimará *na* yo; y en la América del Norte en Timucua de la Florida *ni* mío, y en muchedumbre de lenguas de Méjico arriba *ni* yo, el mismo *ni* ó *nik* yo, que habremos oído entre los vascongados del Pirineo.

Si recordamos las lenguas antiguas, hallaremos sufijado *ni* para la primera persona en el imperativo sánskrito y zéndico, *ani* y *anoki* yo en Hebreo, *anek* yo en Fenicio, *anak* yo en las inscripciones cuneiformes de Asiria, *an-nuk* yo en las geroglíficas de Egipto; *ni, nu, na* mío, á mí, yo, sufijado en todas las lenguas semíticas con nombres y verbos, *nar* nosotros dos en antiguo irlandés, *noi* en Griego, *nos* en Latín.

Pero ¿á qué proseguir en esta no acabable enumeración, si tal vez no habrá pisado hombre, que hablase, la faz de la tierra, que no haya pronunciado el sonido *n* para expresar la primera persona? Y si este sonido, y otro tanto pudiera decir de todos los demás, como signo de un mismo concepto, se halla, y por tanto lo llevaron consigo todas las gentes en sus emigraciones primitivas, ¿de dónde procede, sino de una habla común de los primeros hombres? ¿Puede achacarse á casualidad el que á ponerse á discurrir cada raza cómo llamaría el *yo*, á todas les ocurriese llamarlo *ni* ó *na*? Cabe que hombre que hablase no tuviera en su idioma voz para expresar el *yo*, que es lo que más cerca de sí llevaba consigo, y se fuese á mendigar esa *n* para expresarlo de idiomas extraños? ¿Cabe que todos los pueblos se la fuesen á pedir al pueblo que la inventó? Y ¿todos los pueblos se le fuesen á pedir los demás demostrativos y personales, que son tan comunes como la *n* para la primera persona? Y esos personales, comunes á todos los pueblos, forman el verbo y la expresión posesiva, dos cosas que están entrañadas en lo más hondo de las lenguas, y sin las cuales ellas ni se conciben.

Y ¿qué misterio se encierra en éste y en los demás sonidos del lenguaje para que no se hayan borrado en las palabras, desbaratándose de manera las raíces que no volvieran á reconocerse, á cabo de tanto andar durante tantos siglos entre naciones tan distantes y de cultura y modo de vivir tan diferentes? Maravilla es que nadie hasta hoy haya dado con la unidad de esos mismos elementos en todas las lenguas, siendo tan clara y manifiesta; pero lo que más asombrará al que los vie-

re cotejados y unificados en mi obra *El Lenguaje,* será ver las insignificantes mudanzas que han sufrido después de tantos siglos y de tantas correrías, como han tenido que emprender esos deleznables elementos del habla con los pueblos que consigo los llevaron. No han permanecido tanto tiempo en circulación las monedas de pueblo alguno, como las palabras: gastáronse aquéllas al roce de las manos y del tiempo, que todo lo carcome, y duran éstas en todas las naciones con livianos cambios fónicos y semánticos, sin tener la dureza del cobre, de la plata, del oro. ¿Qué razón dar á hecho tan maravilloso? ¿Qué secreto encierran en sí esos ligeros soplos, que llamamos sonidos, efímeras burbujas que se deshacen apenas salen de la boca? ¿Qué virtud tienen, de dónde les vino, cuál fué su origen? ¿Quién inventó esos signos fónicos, cuya duración está en su misma deleznabilidad, y que pasando de boca en boca viven siglos y siglos, mientras los hombres fenecen, las razas se deshacen, el mundo todo se trastorna? Ni una sola palabra se ha añadido en tantos siglos al tesoro heredado del lenguaje, como no se añade el menor átomo á la materia y al tesoro de fuerzas del universo. El principio vital de los seres vivientes, lo mismo que el desequilibrio mecánico é inerte de las fuerzas de los seres inorgánicos, transforman y trasiegan de un punto á otro las energías de la naturaleza, sin añadir ni quitar de la suma total dinámica de la creación: y la inteligencia, sin darse cuenta, y el voltario vaivén de la vida de los pueblos modelan de una y de otra manera las formas del lenguaje, las multiplican cada vez en más lenguas y dialectos, pero sin añadir un solo sonido orgánico y esencial, ni una sola raíz, ni un solo sufijo, que no se tomen de los elementos contenidos en la masa de la herencia lingüística de los pueblos.

¿De dónde proviene, pues, ese lenguaje, que siempre está en continuo y perenne cambio, pero que sustancialmente es siempre el mismo? ¿Cómo un solo hombre pudo hacer que los demás abrazasen el sistema expresivo por él inventado, ó cómo pudieron concertarse varios entre sí, cuando carecían todos de

este medio de comunicación y concierto, el único apto para convenirse, y cómo un hombre pudo inventar toda esa máquina del lenguaje, cuyas piezas descabaladas andan revueltas y desparramadas entre los pueblos, cuando todos los hombres juntos ni nadie en particular, por calificada autoridad y esclarecido talento que tenga, no son capaces de poderle añadir una tilde?

El habla no es propiedad de nadie, sino del conjunto de los hombres, de la sociedad como tal, y ningún particular puede mudar las palabras, como ningún particular pudo inventar el lenguaje. ¿Tendrá, pues, éste en sus primitivas expresiones y en su naturaleza íntima alguna relación natural con las ideas que representa, por manera que el hombre diese instintivamente en él y rompiese á hablar con la facilidad y espontaneidad con que se puso desde el principio á andar, á ver, á oir? Y ¿cuál es esa relación natural? Y si lo es, ¿cómo se ha oscurecido, pues ahora la palabra es un signo que parece convencional, tan convencional por lo menos como el gorro frigio lo es del republicano y la palma lo es de la victoria?

He aquí unos problemas que no merecen menos la atención del hombre pensador, que cualquiera otro problema de Algebra ó del mundo físico. La unidad de todos los idiomas, como de todas las razas, la naturalidad del lenguaje, el valor que encierra para llegar al conocimiento del hombre, de la humanidad, y de sus orígenes, por ser natural y esencial condición de su vivir, son creencias antiquísimas, puesto que ya los viejos egipcios pretendieron para ello resolver el problema del lenguaje, entregando, como cuenta Herodoto, el rey Psamético á un pastor dos niños para que los criase en la soledad amamantados por una cabra, y con orden de que no llegase á sus oídos palabra de hombre viviente. Al cabo de dos años dicen que las repetidas veces que los fué el pastor á visitar les oyó pronunciar tan solamente la palabra *bekós,* que en la lengua frigia sonaba *pan;* de donde sacaron que los Frigios eran la nación más antigua del mundo y su habla la lengua primitiva.

¿Y á quién no se le ha ocurrido alguna vez en la vida hacerse estas mismas preguntas que se hicieron los antiguos? No son pocos los autores que las han estampado en sus escritos, á muchos ha desasosegado esa indescifrable X del origen y naturaleza del lenguaje, y no ciertamente á talentos adocenados y vulgares: un Platón, un San Agustín, un Leibnitz, un Guillermo de Humboldt la han visto revolotear entre las nubes de los misterios insolubles, que vagaban por su fantasía. Nadie, sin embargo, ha dado una respuesta satisfactoria, á pesar de ser tantos los que han tratado la cuestión filosóficamente.

Pero precisamente ahí está el falso punto de partida. El lenguaje es un fenómeno que se nos ofrece objetivamente en los pueblos, como cualquiera otro fenómeno natural, por ejemplo, el de la cristalización de los minerales; no es cosa que se deduzca por raciocinio, como se deduce una consecuencia lógica, ni que se resuelva como un teorema matemático. Débese, por lo tanto, estudiar el lenguaje como los demás fenómenos naturales, no enhebrando abstractos raciocinios en los lizos de premisas y principios más ó menos evidentes, sino, por el contrario, devanando el ovillo de los hechos, buscándole el cabo mediante la observación, escudriñando cuanto las lenguas encierran en sí mismas, como estudia el físico las fuerzas naturales y el fisiólogo las manifestaciones biológicas.

—Pues, si á eso va, repondrá alguno, nunca como en los tiempos que corren se ha echado mano de la observación y se ha empleado la inducción de los hechos, así en el estudio de las lenguas, como en las investigaciones todas de la ciencia moderna.—Y tiene razón que le sobra; mas acaso por lo mismo que le sobra, es por lo que á la hora de ahora, con todo ese cúmulo de materiales que la lingüística ha amontonado de todos los idiomas del mundo, sigue la cuestión tan entera y tan en pie como en las épocas de la más exclusiva especulación metafísica. La inteligencia humana tiene sus tendencias en cada época, y las lleva hasta la exageración, encarrilada por

principios exclusivos que bien pudieran llamarse modas y criterios cerrados. Allegar gran copia de hechos, clasificarlos y no dejar que se cotejen, por el no probado, no que cierto supuesto, de que las diversas familias de lenguas no pueden reducirse á un solo tronco, porque la doctrina del poligenismo se toma como doctrina asentada y averiguada, ó por otros principios tan flacamente admitidos como ése, como, por ejemplo, el que los idiomas han sufrido tantos desgastes y mudanzas que no pueden dar de sí para llegar á su forma primitiva, cuando el estudio de las indo-europeas dice lo contrario, es cerrar el camino que pudiera llevar á la solución del problema. Muy de alabar es el deseo de apurar el análisis y desmenuzamiento hasta los últimos átomos; pero si á ese análisis no sigue la síntesis, mejor dicho, si ese análisis no se considera como un medio para la síntesis, en que consiste la verdadera y perfecta ciencia, ésta se queda á medio camino, y se contenta con los preparativos, tomándolos como término final. Centenares de veces tuvo que escribir en su obra Federico Müller la *n* para la primera persona al redactar la colección de gramáticas que encierra. ¡Increíble parece que no llegara á ver que esa *n* es una misma *n* en todas partes! Contra esta casualidad todos los vetos y anatemas de los sabios contra los que quieran cotejar las diversas familias lingüísticas, y el otro coco de la división de las lenguas en monosilábicas, aglutinantes y flexionales, y las primitivas turquesas diferentes desde un principio, en las cuales, según Renán, se vaciaron las hablas, y todas las diferencias de estructura habidas y por haber, y otros mil principios que se nos trajeran á cuento, habían de desvanecerse á los ojos del serio pensador. Porque semejante casualidad es demasiada casualidad, la casualidad de que arrojando un cajetín de imprenta al suelo, resultase impresa la cuartilla que estoy escribiendo. «Ha sucedido, dice G. Schlegel (*Teor. d. l. bell. art.*, pag. 29), que nuestros físicos, por haber adelantado tanto en el dominio de lo infinito y en los pormenores, se han descaminado y han olvidado el punto principal, el pensamiento de la

naturaleza, y, como dice muy bien Goethe, tienen en sus manos todas las partes del globo y las someten al microscopio; pero les falta, por desgracia, el lazo intelectual que las une entre sí. No quieren admitir ya en el dominio de las ciencias naturales más que la experiencia y, sin embargo, los mismos físicos, que tan tenazmente defienden esta doctrina, no pueden repudiar enteramente la metafísica, puesto que se ven obligados á emplear en su física experimental proposiciones ó ideas generales.» El lenguaje es un objeto que demanda, cual ningún otro, el concurso de ambos métodos. No basta el especulativo aprioriismo ni el frío aposteriorismo, tomados separadamente. Lo uno es andarse como espiritado sin darse cuenta de que vive en este mundo sublunar rodeado de cosas que se palpan; lo otro es arrastrarse por la tierra, cortadas las alas del entendimiento, que tiende á elevarse á lo alto. Es menester valerse de los hechos y tener libertad para razonar acerca de ellos. Por fortuna, lo más trabajoso, el allegar los materiales para levantar el edificio de la ciencia lingüística, lo están haciendo los modernos con una paciencia y perseverancia que asombra; y la inteligencia, que, por más que se lo echen en cara, jamás deja de volar á la investigación del porqué de las cosas, aunque tenga para ello que salirse del carril, dentro del cual quisieran aprisionarla ciertos médos experimentales exagerados, tarde ó temprano llevará las luces de la razón unificadora al sinnúmero de hechos que tiene delante de sus ojos, y entonces la lingüística ó ciencia del lenguaje, abarcada en todo su conjunto, quedará macizamente zanjada, y nos permitirá responder á los gravísimos problemas, cuya solución de ella nos prometemos.

Estamos, si no me engaño, en la coyuntura más á propósito para entablar el estudio comparativo de las lenguas todas, ensanchando el círculo de nuestras investigaciones, que, á decir verdad, se han acorralado en la familia indo-europea y convertido últimamente, en manos de algunos autores, en cierta farmacopea formulista, que se entretiene en encasillar, por maneras un si es no es escolásticas, recetas y fórmulas para aclarar los

puntos oscuros y para sistematizar y atar los cabos sueltos que quedaron después de los trabajos de Bopp, Schleicher y sus inmediatos sucesores. Abundan los trabajos parciales sobre las principales familias. Las lenguas avias de Europa y de la India se nos ofrecen como un haz bien trabado, con sus leyes, raíces y notas morfológicas, enteramente definidas y puestas de manifiesto.

Las familias camita y semítica son dos ramas nacidas de un mismo tronco, como ya lo han echado de ver no pocos autores, bien que todavía no se haya trabajado concienzudamente por explicar, como creo que se pueden, algunos puntos oscuros de las lenguas de los hijos de Sem por las de los de Cam. El egipcio y el copto nos presentan un estado anterior del habla al en que vemos el hebreo. Mientras éste se estancó, tomaba desusados vuelos é inmenso desarrollo el árabe literario. De arte que hallamos casi tres caras y tiempos sucesivos de una misma lengua, por lo menos sustancialmente. Por otra parte, el árabe vulgar ha venido á parar á las recortadas formas que nos ofrece el hebreo, de donde se pudiera creer que la evolución de éste fué más arrebatada, llegando en pocos siglos á donde el árabe sólo llegó invirtiendo doble de tiempo.

La familia de lenguas llamadas Bantues, que corren desde la zona más abajo del Sudán por toda el Africa, sacado el islote de los bushman, y que ha sido muy estudiada en particular por muchedumbre de autores, los más de los cuales pueden verse en el *Zeitschrift fur afrikanische und Oceanishe Sprachen* de Seidel, y comparativamente por el P. Torrend, deja ver su filiación con la familia camita, mayormente por el intermedio de las Bantoides occidentales, las del Sudán, Nubia y Abisinia. En Asia, la familia drávida se une en los trabajos de Caldwell á las ural-altáicas, por una parte, y por otra á las australianas, entreviéndose de esta manera el entronque de todas estas lenguas con las indo-europeas, respecto de las cuales tengo para mí que, las urales sobre todo, representan una condición anterior del habla.

Las malayo-polinesias forman una vasta familia, unida á las malanesias, según se transparenta en la obra de Gabelentz sobre estas últimas lenguas, y aun á las monosilábicas de más allá del Ganges. Las americanas ofrecen entre sí mayores semejanzas de lo que se cree generalmente: están eslabonadas por íntimas relaciones, y no sólo entre sí, sino además con las altáicas, mediante las lenguas hiperbóreas, y éstas se encadenan á las indo-europeas por las ural-altáicas. Cierto que hasta hoy nadie ha probado detenida ni concienzudamente la afinidad de todos estos grupos lingüísticos. Todavía piensan muchos autores que es una quimera el parentesco entre las semitas é indo-europeas. Si esto se lograra probar, todas las africanas por un cabo, y por otro las asiáticas, y las americanas por intermedio de las altáicas, aparecerían á nuestra vista trabadas, como otros tantos eslabones de una sola cadena, que abarca las partes todas del globo.

Cotejadas así todas las lenguas, salta á la vista su unidad y origen común, campea y resalta lo que en ellas hay de esencial y primitivo, puesto que en todas se halla, de lo que, como accidental y exclusivo de cada una, debe considerarse cual producto individual posterior. ¿Se podrá, pues, llegar al dechado primitivo del lenguaje? ¿Se podrá, consiguientemente, explicar la naturaleza de aquella habla primitiva, no sólo en sus mudanzas posteriores, sino hasta en su más entrañable y misteriosa relación con los conceptos y la inteligencia del hombre? Y ¿por qué nó, una vez declarada la unidad de todas las lenguas, y bien deslindados los elementos comunes y esenciales? Siendo única en su origen el habla humana, alguna trabazón ha de tener con el pensamiento que representa. Lengua enteramente arbitraria y convencional, apenas si se concibe; á lo menos es de esperar que arrancase la lengua primitiva de algunos principios naturales, sean los que se fueren. Leibnitz rebatió ya el convencionalismo de Locke y el epicureísmo del primitivo lenguaje, propio de salvajes, que, sin embargo, suponen hoy día la generalidad de los lingüistas; aquel gran talento filosófi-

co sospechó que las fuerzas de la inteligencia humana bastaban para inventarlo, y no andaba del todo descaminado. Hombres mudos no es de creer que puedan convenirse en nada, á no tomar por fundamento algún principio conocido de todos ellos antes de comunicarse, algo que no sea arbitrario, sino que brote de la naturaleza del hombre: y esto es lo mismo que dar por natural ese principio, sea el que fuere, puesto que es propio de todo hombre, por el solo hecho de ser hombre. Necesariamente, pues, ese lenguaje ha de ser natural, en sus principios por lo menos, es decir, ha de tener algo que ver con la inteligencia.

Y ese lenguaje primitivo todavía vive en el mundo. Sus elementos desencasados, despedazados á veces, se hallan desparramados entre todos los pueblos, forman la trama esencial de los idiomas que conocemos. ¿Cómo ha de ser imposible reconstituirlo? Difícil, sí será, pero no imposible, pues no hay problema sin solución, cuando hay datos suficientes. El punto está en probar la unidad de todas las lenguas en su primer origen, cual se infiere de la creencia antiquísima, cifrada en el nombre de Babel; que ese lenguaje único encierre algo de natural, como dijo Platón, de arte que las palabras digan natural, no arbitraria ni convencionalmente, lo que suenan, que los primeros hombres rompiesen á hablar, no por convención ni adrede, *epistêmónôs,* sino espontáneamente y como por instinto natural, *physikôs kinoúmenos* (PROCLO), es consecuencia casi necesaria de la unidad primitiva del lenguaje.

Poco hace al caso que el Criador enseñase por sí al hombre ese lenjuaje primitivo, como quisieron algunos teólogos, ó que más bien con la facultad psíquica del habla y con la tendencia á comunicarse con los demás, en que estriba el primer fundamento de la sociabilidad, y con los órganos á propósito y dispuestos á emitir sonidos y voces, le añadiera alguna ciencia especial y un cierto conocimiento reflejo de esos órganos y de las ideas, por una parte, y por otra de los objetos exteriores del mundo físico, para que él por sí mismo diera en la relación na-

tural entre sus ideas, sus voces y esos objetos, de manera que hablase una lengua natural: es decir, poco hace al caso que el dón del lenguaje sea un dón inmediato ó solamente mediato del Criador, que regalara Dios al hombre el lenguaje ya hecho y derecho, ó sólo pusiera en él los instrumentos para que él por sí pudiera inventarlo. Pero todas estas teologías nacieron de figurarse al Criador como alguien que trata mano á mano con sus criaturas. Claro está que el que crió al hombre le dió la facultad de hablar; pero se la dió como las demás facultades. El hombre nació para hablar como para ver, y si con abrir los ojos vió, con abrir la boca habló: él mismo dió en hablar, más bien que inventó el lenguaje. Tal discurrieron San Basilio y San Gregorio de Nisa, añadiendo que así nos da Dios la facultad de hacer una cosa, pero que nosotros somos los que la fabricamos. En cualquier hipótesis, siempre tenemos que el lenguaje lleva en sí algo de divino, que un poder soberano, como dice Platón, ha terciado en este invento ó lo que fuere. Porque, al fin y al cabo, cuando damos algo por natural, no hacemos más que atribuirlo á la naturaleza, ó á Dios, su autor, como agudamente dijo Platón *têhsô tâ mên physei legómena poieisthai theía tékhné*. Así también ha dicho Franz Wülner (*Uber die Verwandtschaft des Indog., Semit., u. Tibet.*): «Got gab dem Menschen das Sprachvermogen (welches nichts anderes ist, als Vernunft und Sinlichkeit in Einheit), damit er sich eine Sprache erschaffeu.» Y Kleinpaul: «Der erste, der über das Wesen der Sprache nachgedacht hat, hielt sie fur eiu Geschenk der Natur, eine Gottesgabe, ein Ding, das sich von selbst verstünde wie Windeswehen und Vogelzwitschern»: el lenguaje es un dón incomparable de la Divinidad, pero tan natural al hombre como el silbar á la ráfaga del viento y el gorjear á las aves. *Gandengeschenk Gottes* le llama Harmann; pero no hay que fantasear misteriosas comunicaciones de Dios con el hombre para enseñarle á hablar; el hombre habló naturalmente, porque Dios le había hecho para eso, dándole todos los órganos é instrumentos naturales para que pudiera hacerlo.

Ni es un invento en que dió el hombre, como no lo es el ver ó el andar; es un funcionamiento natural, y nada más.

Todo esto para la ciencia moderna es vulgar hasta dejarlo de sobra; lo que no lo es tanto ni tan llano ni hacedero es descubrir esa misteriosa trabazón entre las voces y las ideas y entre las ideas y las cosas, que los primeros hombres hallaron sin querer, puesto que hablaron. Porque yo soy de los que creen que el hombre habló desde que fué hombre; no me puedo figurar un hombre, digo un animal, que entiende y razona, sin poderse expresar por medio del gesto y de algunas voces sencillas y claras para los demás, tanto como para él. Esas voces y esos gestos, en que se cifraba el habla primitiva, por más que nadie haya sabido decirnos cuáles son, están tan á la mano que los empleamos todos, pues pertenecen á todos los idiomas, y me he propuesto yo averiguarlos en *El Tesoro de la lengua castellana*, continuación de *El Lenguaje*.

De todos modos, la trascendencia y alcance de tales elucubraciones, cuando el punto de partida es el estudio de los hechos, la comparación de las mismas lenguas, es innegable. Lo muestra esa misma tendencia de los más esclarecidos ingenios de todos tiempos á plantear la cuestión y á discutirla, siquiera sea con falsos principios y por métodos extravagantes, como no pocas veces se ha hecho. El hombre, repito, ha debido de hablar siempre, y el habla es la manifestación, el espejo en que ha quedado retratado el mundo de sus ideas; las lenguas son las crónicas de la humanidad, los pergaminos de su casa, solar y linaje; son monumentos más perdurables que las construcciones ciclópeas, que las pirámides, que los pedruscos tenidos por célticos, los archivos, adonde han de acudir en busca de materiales el antropólogo, el etnólogo, el historiador, el psicólogo, y todo el que pretenda estudiar al hombre de hoy y al hombre de cualquiera edad. En una era, como la presente, en la que todo se investiga, en la que se han descombrado las colinas y tesos que pesaban sobre las ciudades de Babilonia, Nínive y Troya, para reconstruir la historia de aquellos impe-

rios, en la que se ha rebuscado entre las cenizas de Pompeya algún recuerdo de la antigua civilización romana, en la que se han coleccionado plantas y animales de todos los climas, en la que se han horadado los terrenos para preguntar á las capas del globo la historia de nuestro planeta: el lenguaje, ese fenómeno, que, por ser tan del dominio del rústico aldeano como del sabio, no parecía antes digno de estudiarse más que la graba que pisaban nuestros antepasados sin ocurrírseles preguntarle sobre el origen de la tierra, no podía quedar fuera de la investigación científica, y Humbold, Bopp, Grimm, Bunsen, Schleicher y tantos otros lo han estudiado y realzado, y han fundado la ciencia del lenguaje, esperando de ella no pocas luces para la psicología de las razas humanas, para la historia de las naciones, para los orígenes de los pueblos, puesto que con alguna más razón se debe creer del lenguaje de un pueblo lo que Bonald dijo de su literatura, que era *el espejo y la expresión de una sociedad*.

Más allá de la historia la ciencia moderna ha descubierto la prehistoria; pero ésta sólo nos puede hablar de las hábitos exteriores de la humanidad primitiva. Hace falta una *Embriogenia* del espíritu humano, una prehistoria, que nos descubra el pensamiento de los primitivos habitantes del globo, el primer ejercicio de sus facultades intelectuales y sensitivas, hace falta una *Prefilología*, que nos cuente el pensar, el fantasear y el querer de los hombres prehistóricos, sus conocimientos, su ciencia, su cultura. El rumbo para arribar á esas playas, no alumbradas por la luz de la historia, había de ser el estudio de los productos del pensamiento humano, los documentos literarios, el folk-lore de los hombres primitivos; pero nada de esto poseemos ni se fijó nunca por la escritura ni ha podido atravesar tantos siglos sin borrarse de la tradición y de la memoria de los pueblos. Pues bien, he ahí el lenguaje. «Hay un monumento, dice Renán (1), sobre el cual han quedado es-

(1) *De l'origene du lungage*, p. 69.

critas todas las frases de este *Génesis* maravilloso, monumento que encierra materiales de todos los siglos, prontos á prestarse al análisis; poema admirable que nació y se desarrolló con el hombre, que lo acompañó en todos sus pasos y recibió la impresión de sus pensamientos y modos de sentir. El estudio profundo del lenguaje será siempre el medio más eficaz para llegar á los orígenes del espíritu humano; gracias al lenguaje, nos hallamos presentes á las edades primitivas, como el artista que tuviera que rehacer una estatua de bronce conforme al molde en que se vació.»

Y no sólo «en los idiomas conocidos se han conservado huellas de las leyes que rigieron al nacimiento del lenguaje, lo cual no es una hipótesis, sino un hecho evidente», como añade el mismo Renán, sino que en las mismas lenguas se encuentra, aunque por manera confusa y revuelta, todo el cuerpo del primitivo lenguaje, y, por lo tanto, las leyes y principios que le dieron el sér, y todo el cúmulo de ideas y conocimientos de los primeros hombres, y un molde de sus modos de sentir y pensar: si es cierto, como lo es, que nada de arbitrario hubo en su primera formación, y que las lenguas actuales son derivación, sin mezcla de extraños elementos, del habla primitiva de la humanidad. «Nuestros predecesores en la tierra, escribe Whitney (1), han empleado sus fuerzas intelectuales durante la serie de las generaciones en observar, deducir, clasificar; nosotros heredamos en el lenguaje y por medio del lenguaje los resultados de sus trabajos.» Y todos esos resultados, toda esa enciclopedia de los hombres primitivos se halla cifrada en las lenguas, cada palabra condensa á veces largas historias del pensamiento humano; es una medalla que conmemora toda una época, toda una escuela filosófica, todo el sentir de un pueblo. Hagamos punto, y terminemos con aquel delicioso himno de Emerson en sus *Ensayos*: «Las lenguas

(1) *La vida del lenguaje*, p. 39.

son los archivos de la historia, y, por así decirlo, una especie de tumbas de las musas. Aunque el origen de la mayor parte de las palabras haya caído en olvido, cada una fué primitivamente un rasgo de genio, y fué admitida porque en aquel momento simbolizaba el mundo (ó una parte del mundo) á los ojos del orador y del interlocutor. El etimologista descubre que las palabras más muertas fueron en otro tiempo brillantes pinturas. El lenguaje es una poesía fósil. Como la cal del continente, que consiste en una infinidad de conchas de animales, así el lenguaje está hecho de imágenes, de tropos, que en su uso secundario han dejado de recordarnos hace tiempo su poético origen.» Si alguno no ve en estas palabras más que lirismos y encarecimientos exagerados, aguarde los tomos en que tengo desmenuzado todo el diccionario indo-europeo y toda la lengua primitiva, y quedará desengañado. La Arqueología, la Filología, la Historia han menester de la Lingüística, para que les preste su principal herramienta, que son las lenguas. Pero las mismas lenguas ¿no entrañan y llevan consigo más datos arqueológicos é históricos que las medallas, monumentos y escritos de los historiadores? El habla de un pueblo es el archivo de todos sus conocimientos, de todas sus ideas: una sola palabra es cifra, á veces, de la doctrina de una escuela filosófica, de las ideas artísticas, religiosas, de las costumbres sociales, de los principios políticos, de la constitución de la familia y de la sociedad, de los apotegmas de la Medicina, de las leyes civiles, de las instituciones jurídicas, de los dictámenes de la conciencia y del género de vida de un pueblo. La Lingüística es Arqueología, es Filología, es Etnología, es Historia, porque ha archivado en sus palabras los sucesos y acontecimientos, así como es Ideología y Filosofía, porque en sus palabras ha vaciado el modo de pensar, los rodeos y revueltas que sigue la mente en el concebir de sus ideas, la manera de trabarlas, los pasos por donde ha llegado á conocer el mundo fenomenal de la materia y los que ha recorrido hasta subir y revolar por el mundo sobresensible de las ideas puras. La

Arqueología y la Historia nos llevan hasta un punto más allá del cual ya nada divisan ni pueden contarnos.

En todos los libros de Historia leeréis que, en llegando á ciertas edades, sus autores acuden á la fórmula consabida de que estamos ya en las nebulosidades en que la Historia se confunde con el mito, y los acontecimientos objetivos con las ideas subjetivas de los primeros hombres. Más allá de la Historia no nos queda más que la prehistoria. Pero sus piedras y sus armas de bronce, de hierro, de piedra, poco nos dicen de la vida intelectual y aun de la vida social de los hombres á quienes pertenecieron. Esos instrumentos nos hablan atestiguándonos indirectamente; pero las noticias directas y concretas se hallan en el habla; los que nos hablan claro y preciso son las palabras, monumentos más perennes en su misma deleznabilidad que las pirámides, que los pedruscos célticos, que las flechas y puntas de hierro ó de sílice de aquellas edades. La Mitología es un montón de vocablos, en cada uno de los cuales se encubre un dios, que evoca ante nosotros las creencias de sus adoradores.

JULIO CEJADOR

RECUERDOS

Desde que dejé de ser ministro, en los primeros meses del 71, hasta que me presenté como diputado por el distrito de Quintanar de la Orden, en elecciones parciales, fuí un hombre feliz, al menos con la felicidad á que puede aspirarse sobre el esferoide terrestre que nos sostiene y nos alimenta en nuestra breve peregrinación mundanal.

Creo haber dicho esto en forma bastante discreta.

Durante tal período fuí un hombre libre independiente, y ya he dicho que feliz, como lo fué España hasta entregarse al cartaginés.

No tuve nunca ni grandes ambiciones ni grandes necesidades; por lo tanto, no sentí haber dejado de ser ministro; antes sentía tranquilidad y regocijo cuando, al levantarme cada mañana, me decía á mí mismo: «Hoy no tengo que ir á Fomento á despachar expedientes, siempre con la duda de si los despacharía bien; á recibir visitas, casi siempre molestas; á sufrir recomendaciones impertinentes ó injustas; casi siempre á oir chismes políticos, que son los menos divertidos, y á presentir catástrofes, que son casi siempre seguras.»

No: en todos estos meses fuí dueño de mí mismo, de mi tiempo y de mi inteligencia.

Leí muchos libros de matemáticas, que siempre fué mi lec-

tura predilecta, cuando tuve tiempo para vagar por los espacios matemáticos.

Y para descansar de lecturas serias, sobre todo por la noche, alguna novela; que siempre les tuve gran afición, que no he perdido á pesar de mis setenta y siete años.

El problema económico lo tenía resuelto: en los primeros meses del año citado, porque con mi cesantía de ministro tenía bastante; y más tarde, por mi nombramiento de director del ferrocarril de Malpartida, que por entonces se estaba construyendo.

Sobre este último punto ya creo haberme explicado en el precedente artículo, y si no me expliqué entonces, ni me explicaré ahora, ni al lector le importan estas menudencias.

Conste, y con esto basta, que mi amigo Eduardo Gutiérrez Calleja, con quien me unía estrechísima amistad, me propuso dicho nombramiento, sin que yo lo hubiera solicitado bajo ninguna forma.

Para mí yo nunca he pedido nada; creo que este es mi único orgullo.

El cargo no me abrumaba; me sobraba tiempo; mi situación estaba asegurada, y no me faltaban libros.

En todo este período ni escribí un solo drama, ni compuse ningún argumento, ni me ocupé un solo instante en asuntos de literatura dramática.

* * *

Seguía el movimiento de los partidos políticos con curiosidad, con interés, interés que siempre he tenido por la cosa pública, como se tiene interés por una comedia ó un drama, y hasta por una corrida de toros, los que entienden de tauromaquia.

Pero sigamos los acontecimientos políticos, y continuemos la imagen, desde la contrabarrera.

En la contrabarrera de la lidia política siempre tuve asiento, y aun hoy mismo tengo abono.

Pero todo esto sin pasión, sin iras ni desvelos, aplaudiendo ó silbando en mi interior, y con absoluta imparcialidad, á unos y otros, y procurando no bajar al redondel, que es peligroso.

Mi curiosidad, y hasta mis deberes de ex ministro demócrata, me llevaban casi á diario á casa de Martos, que ya era muy amigo mío y cada vez lo fué más, y hoy le recuerdo con admiración, con pena y con ternura.

¡Qué gran inteligencia! ¡Qué palabra tan maravillosa! ¡Qué sentido tan sano y tan profundo de la democracia! ¡Qué entusiasmo por los grandes ideales! ¡Y qué corazón tan tierno para sus amigos! Acaso demasiado tierno; acaso este era su mayor defecto.

Le suponían maquiavélico, y sin embargo, en él quedaba mucho del niño y, como yo le decía muchas veces, no poco del estudiante travieso, desaplicado y genial. Pero de Martos he de hablar en estas crónicas más de una vez; pasemos á otro asunto.

***

A casa de Martos, ya lo he dicho, iba casi á diario; allí se reunían los demócratas más importantes, muchos progresistas y no pocos amigos particulares: unos, admiradores de su talento, otros que le admiraban, pero que, pensando en el porvenir, á la admiración unían el cálculo y, por una y otra atracción, trazaban sus órbitas alrededor del dispensador del fuego y de la luz.

Claro es que en aquel centro, la conversación dominante era la de los acontecimientos políticos que se preparaban y, sobre todo, de las elecciones.

El ministerio, como ya dije en otra crónica, era un ministerio de conciliación y de prohombres.

Todas ó casi todas las fuerzas políticas monárquicas estaban en él representadas, exceptuando los nuevos alfonsinos y los viejos moderados.

Pero un ministerio de conciliación, que es dificilísimo en

todos los países del Universo mundó, es aún más difícil y casi imposible en España, dado nuestro carácter.

La conciliación, por entonces, era una necesidad, era una prenda de vida para los partidos revolucionarios, era un acto de prudencia y hasta de cortesía para D. Amadeo.

¿Qué iba á ser del rey, que conocía poco nuestra España, que apenas conocía nuestra lengua y que era imposible que conociese á nuestros hombres políticos, entregado de pronto á las pasiones, á los enconos, á los egoísmos de las diferentes parcialidades que alrededor del trono se agitaban?

Se le presenta, pongo por caso, un hombre político, y el rey le mira á la cara y no le conoce ni le ha visto nunca, ó si le ha visto una ó dos veces, no es posible que le recuerde.

Y al entrar el personaje le han dicho un nombre; pero un nombre es un sonido, y nada más.

Hay que conocer á la persona, saber si es leal y si sus palabras pueden inspirar confianza; ó si es un traidor, contra el cual hay que estar en guardia.

Si es un personaje de importancia y de peso, á quien hay que halagar, ó si es un pobre diablo, con quien basta ser cortés.

Si es orgulloso ó es modesto, si es susceptible ó de carácter blando, y, en suma, es preciso que el rey conozca las condiciones de ese personaje, y no de ese solo, sino de otro y de otro más, y de ciento y ciento que en audiencias y actos públicos van desfilando ante el monarca.

Empresa verdaderamente formidable, no ya para un joven, sino para un hombre con muchos años de experiencia, mucha práctica del terreno que pisa y muchos antecedentes de la tropa que ha de asaltarle, no siempre con buena voluntad y rectos propósitos.

Empresa que yo admiro ésta de manejar la masa inacabable de los políticos con tino y prudencia, y á la cual, si me viese en tal caso, no era fácil que yo me resignase sino en períodos transitorios.

Porque dentro de mí, mientras sonreía por fuera, estaría

pensando: «Váyase usted y todos sus compañeros á los infiernos; que me están ustedes haciendo una obra de todos los diablos, y no me interesa nada de lo que ustedes me dicen; de modo que me voy á leer un libro que tengo en mi despacho, en que aprendo algo más que chismes, odios ó luchas bastardas.

La situación del rey era, pues, dificilísima y hasta podía ser molesta en ocasiones.

Era cuestión de prudencia y hasta cuestión de cortesía darle al monarca un respiro, aplazar para más adelante las luchas políticas; concertar una tregua provisional; permitir que el jefe del Estado se enterase por sí mismo sobre el terreno, pudiéramos decir, de la situación de España, de las condiciones de los diferentes partidos políticos monárquicos de la revolución, monárquicos de la dinastía caída, tradicionalistas y republicanos, y hasta que fuera tratando personalmente á los hombres más influyentes.

Por eso se había concertado un Gobierno de conciliación; por eso se procuró traer unas Cortes, hasta cierto punto de conciliación también, que prolongasen la tregua política un par de años por lo menos.

El intento era noble y salvador para la revolución de Septiembre; pero la buena voluntad fué más débil que las pasiones de las parcialidades políticas.

Bien pronto, como explicaremos más adelante, se rompió la tregua violentamente; las pasiones rugieron furiosas, y alrededor del joven monarca se desarrolló un torbellino de iras, de ambiciones, de violencias, que acabaron por derrumbar aquella dinastía apenas naciente.

Me atrevería á decir que la culpa fué de todos menos del rey, que procuró cumplir siempre con la mayor lealtad.

Salvando leyes, acaso superiores á la voluntad humana, y fijándome en la parte externa de los fenómenos políticos, puedo decir que de los hombres políticos es la mayor parte de responsabilidad en el desenlace de aquel drama.

Todos en él pusimos nuestras manos, quién más, quién me-

nos, pero la responsabilidad es una responsabilidad colectiva.

Los hechos que refiero, y que procuraré referir de una manera escueta, sin adornos literarios, sin retóricas, sin tufos filosóficos, á modo de crónica apergaminada de la Edad Media, demostrarán estas que por hoy no son más que afirmaciones.

***

En mis visitas á casa de Martos, en aquel hervidero de noticias, de cuentos, de exageraciones unas veces, de tristes verdades otras, deducía yo esta consecuencia: que el edificio de la conciliación era poco sólido, que empezaba á cuartearse, y que más pronto de lo que se pensaba vendría á tierra, aplastando á muchos de los que procuraban derribarle.

En casos como el que voy describiendo, y en ministerios de conciliación, esta función de las elecciones generales es muy trabajosa; crea muchos descontentos, aviva las pasiones y compromete el porvenir de las Cortes creadas por afanes y empeños de un equilibrio que pocas veces es práctico, sobre todo en razas como la nuestra.

Martos me preguntaba de cuando un cuando:—¿Cómo lleva usted la elección?

Y yo no me atrevía á contestarle la verdad:—No la llevo de ningún modo, porque no me ocupo en ella.—Y le contestaba en forma evasiva:—Hombre, yo creo que no va mal.

—¿Por dónde se presenta usted?

—Me presentan los amigos por donde me presentaron la vez primera: por Asturias y por Murcia.

—Bueno; pues si ocurre algo ó encuentra usted alguna dificultad, avíseme con tiempo.

—¡Ya lo creo que le avisaría á usted!

Y yo sabía que no iba á salir diputado.

Ni yo hablé á nadie, ni escribí á nadie, ni me ocupé de tal asunto. Sabía, por los amigos, que en Murcia mi candidatura no prosperaba, y que no estaba en condiciones de ir siquiera á

la lucha. Mi gran elector, el canónigo Torres, que durante dos años fué casi el jefe de los partidos de la revolución, había perdido por completo su prestigio y su fuerza, que fué inmensa y decisiva durante algún tiempo, pero que desapareció casi por completo.

No diré que fuese flor de un día, por respeto á su carácter sacerdotal y por recuerdo cariñoso de nuestra buena amistad; pero si D. Jerónimo Torres no fué flor de un día, fué el canónigo de unos cuantos meses, y á pesar de su instinto político, de su carácter bondadoso y de la simpatía que á muchos inspiraba por su espíritu liberal y por su espíritu conservador, no pudo resistir en la jefatura el desquiciamiento de aquel edificio político, en que ya se marcaba la división profunda de sagastinos y progresistas, aunque la clasificación y aun los nombres vinieran mucho después.

En suma: yo sabía que, aunque todos me dijeran que me querían mucho; aunque me considerasen como un murciano más; aunque muchos recordasen con cariño mis estudios en el Instituto, mi afecto á Murcia, lo que hice por ella siendo ministro de Fomento, aquel conato de Universidad que fuí en persona á inaugurar, y en cuyo viaje á poco más pierdo un ojo; en suma, aunque todos reconociesen mis antecedentes murcianos y mis méritos y servicios, yo sabia, repito, que no saldría diputado por Murcia por segunda vez.

Pero á Martos no le dije ni una palabra. ¿A qué darle un disgusto, pensaba yo, cuando es lo cierto que yo no me lo tomo y ni siquiera me enojo con mis semipaisanos?

Que me voten ó no me voten, ¿qué más da?

En Asturias acaso podía luchar, pero se había levantado contra mí y contra mi nueva elección un gran clamoreo y una gran hostilidad, porque decían mis adversarios que yo fuí el ministro que quiso suprimir en las escuelas públicas del Estado la enseñanza del Catecismo.

Como expliqué en otras crónicas, la acusación era absolutamente falsa. Lejos de acariciar tal idea, que hubiera sido

antipolítica é insensata, me opuse á ella, y di una solución al problema, que me pareció justa y prudente, que aceptaron todos los demócratas y que aun los conservadores alabaron, por su espíritu de justicia dentro de las prescripciones terminantes de la Constitución del Estado.

Pero yo jamás dije esto en público, ni di ningún manifiesto explicando los antecedentes de la cuestión.

Yo tenía razón, y esto me bastaba, y no había de perder mi tiempo ni humillarme, dando explicaciones á unos cuantos á quienes despreciaba profundamente.

Ello fué que me derrotaron en Asturias, como yo había previsto; muchos electores iban á votar contra mí, con el Catecismo en la mano, en son de protesta.

¡Válgame Dios, y cuántos borregos humanos pastan por los prados de la madre patria!

*
* *

Sucedió lo que yo sabía: que ni salí diputado por Murcia, ni salí diputado por Asturias, ni salí diputado por ninguna parte en aquellas elecciones generales de las primeras Cortes de D. Amadeo.

Acaso el lector no me crea; pero yo le aseguro que aquella doble derrota no me causó el menor disgusto.

A mis amigos íntimos, sí; pero yo me burlaba de ellos, diciéndoles con tono trágico:—«¡Pero ven ustedes qué ingratitud, después de haber estado casi dos años en el banco azul, después de haber ido á buscar al rey á Cartagena, después de haber pronunciado más de cuarenta discursos, no salir diputado!

¿De qué me sirven los cuarenta discursos del viaje?»

Lo único que yo temía era la indignación de D. Cristino; y, en efecto, cuando se enteró de que yo no había salido diputado, su indignación fué grande, pero sobre todo conmigo.

De suerte, que tuve que resistir á pie firme una de aquellas soberbias catilinarias, que el gran ordador lanzaba con cual-

quier motivo contra cualquiera, lo mismo en el Parlamento, que en el Consejo de ministros, que en su propia casa.

Yo recuerdo un discurso formidable que dirigió un día á sus hijos que estaban alborotando por los pasillos.

Les decía, en sustancia, pero con las formas más correctas, más clásicas y más elocuentes: «Estáis alborotando y estáis molestando á vuestro padre, que hoy precisamente está de muy mal humor. Y está de mal humor, porque esta mañana ha trabajado mucho. Y cuando vuestro padre trabaja está siempre de mal humor, y no puede tolerar ni á los chicos ni á los grandes; y ya que no tenga autoridad con los grandes para que no le molesten, ha de ejercitar con los chicos la autoridad que Dios y la ley le conceden.»

Las palabras no fueron éstas, pero estas fueron las ideas que desarrolló con gran magnificencia oratoria, durante diez minutos.

*
* *

Empeñado estuvo Martos en que yo le explicase de una manera satisfactoria, ó por lo menos de una manera lógica, el cómo y el porqué no había salido yo diputado.

Pero yo no encontraba la explicación, ni él la encontró tampoco, y él y yo tuvimos que inclinarnos ante la realidad.

Me habían derrotado porque me habían derrotado, ¿qué remedio? Esto le repetía yo con acento humilde, como si yo fuera el criminal y buscase disculpa.

—Pues hay que poner remedio á ese desaguisado.

—Pues pongámosle remedio; pero el remedio yo no lo encuentro, como no sea esperar con calma otras elecciones generales.

—Ese no es remedio.

—Pues no veo otro.

—Pues yo sí lo veo. Atiéndame usted, y á ver si una vez en la vida se interesa usted por estas luchas de la política. Y siguió explicándome su plan de este modo:

—Tengo dos actas, la de Madrid y la de Quintanar de la Orden. Renuncio á ésta última. Quintanar de la Orden queda vacante. Se presenta usted ó le presento á usted, aunque usted no quiera, y es evidente, porque de eso me encargo yo, que sale usted diputado, y diputado manchego.

—Está bien; acepto, y no podrán decir con justicia que soy diputado cunero; que tengo más raíces en la Mancha de lo que usted imagina.

—¿Y cómo es eso?—me preguntó con asombro.

—Oiga usted, amigo Martos. Usted acierta siempre, aunque no sepa lo que hace; oiga usted esta curiosísima historia.

El año 48 ó 49 tuvieron que venir á Madrid desde Murcia mi padre y mi madre, y en Madrid se detuvieron algunos meses.

A Murcia regresaron en diligencia, pensando tomar en Albacete el carruaje de casa, que había de salirles al encuentro; pero mi madre, que era muy animosa, contra la voluntad de todo el mundo, se empeñó en hacer aquel viaje insensato estando en meses mayores, y precisamente, al llegar á Quintanar de la Orden, le asaltaron los dolores de parto; tuvo que detenerse en una de las posadas del pueblo, y en ella dió á luz á mi hermano Miguel, al que hoy escribe para el teatro.

Fué un acontecimiento en el pueblo, el cual demostró sus nobles afectos y su gran cultura en aquel inesperado alumbramiento, obsequiando fraternalmente á los viajeros de Madrid.

De aquí resulta, querido Martos, que yo tengo aún más arraigo que usted mismo en Quintanar de la Orden, puesto que tengo un hermano que en Quintanar de la Orden nació.

Pudo nacer en cualquier parte: en Murcia, en Albacete, en Madrid, y, sin embargo nació en Quintanar de la Orden; prefirió Quintanar de la Orden para ver la luz primera, á la misma corte de las Españas, que fué, en cierto modo, adivinar que aquél había de ser veintitantos años más tarde el distrito predilecto de su hermano mayor.

Este es un mérito de la familia que nadie nos puede negar,

y que me autoriza plenamente á presentar mi candidatura por el distrito que deja usted vacante.

Con lo dicho, le doy á usted materia para que pronuncie usted un discurso de presentación.

Atentamente me oyó D. Cristino, como si se tratara del argumento más sólido, y convinimos en que, tan luego como se produjese la vacante, se presentaría mi candidatura en aquel distrito manchego.

Y así se hizo.

Y yo dejé hacer, y por mi parte no quería hacer más; pero Martos no lo entendía de ese modo, y se empeñó en que había de visitar los catorce pueblos del distrito, que empezaban en Madridejos y concluían en Santa Cruz de la Zarza, pasando por Quintanar de la Orden y por El Corral de Almaguer.

Cuando yo me enteré de que entre los pueblos del distrito se contaba El Corral de Almaguer, me asaltó un vivísimo recuerdo de mi juventud que, unido al incidente antes señalado de haber nacido mi hermano Miguel en Quintanar de la Orden, me convenció de nuevo de que aquel distrito manchego era mi distrito natural, y así se lo expliqué á D. Cristino.

No hay duda; mi doble derrota en Murcia y en Asturias era providencial, era una evolución de la suerte para que yo saliera diputado por Quintanar de la Orden.

El distrito de Quintanar se había hecho para mí, y yo había nacido para él, y no para ningún otro distrito, como se demostrará en el artículo próximo.

José Echegaray

El 7 de Octubre de 1841 en el Palacio Real de Madrid[1]

Al retirarse de España la reina gobernadora, Doña María Cristina de Borbón, depuesta de la Regencia, y obligada á su renuncia por los artificios de la revolución de que el general Espartero era la encarnación y el corifeo, no había renunciado ciertamente la tutela de sus hijas que por las leyes y por el testamento de Fernando VII le estaba encomendada. El mismo Ministerio-regencia que dejó constituído, respetó aquella tutela. Pero la parcialidad política que quedó dominante, absorbente como todas las parcialidades radicales, fundándose en que mal podía desempeñar tan augusta misión una ausente,

(1) Este artículo anticipa una publicación importantísima que, casi impresa hace tres años, está detenida, sin salir á luz, por circunstancias especiales, que no hay para qué explicar. Saldrá pronto, y este trabajo despertará aún más la codicia de los lectores para que la publicidad y la y la Historia gocen de sus beneficios. La obra, en resumen, es la de las *Memorias de la Condesa de Espoz y Mina*, que ésta legó al Archivo del Congreso de los Diputados. Habiéndose sacado alguna copia de ella, y ocupando la Presidencia de aquel Cuerpo Colegislador el Excmo. Sr. Don José Canalejas, él mismo tomó sobre sí el trabajo de su ilustración, habiéndolo hecho de una manera espléndida, mediante una colección de documentos de Archivos particulares, del de la Casa Real y del del Congreso, que dan al hecho principal que las *Memorias* relatan un realce que hasta aquí ha sido desconocido. Sirva el artículo actual de adelanto para preparar mejor su conocimiento.—J. P. de G.

exigió que se la despojase también de este título para investir con él uno de los hombres más señalados de su comunión, y Espartero, que había tenido que enseñar las uñas hasta á Argüelles, que pretendió compartir con él la suprema dictadura en una Regencia trina, halló medio de contentarle haciendo que las Cortes declarasen desierto y vacante el puesto que realzaba la ternura de la maternidad, para compensar á Argüelles de la pretensión frustrada. Sólo Pacheco, con el primor de su palabra y el peso de su ilustrado raciocinio, impugnó aquella nueva audacia y aquel nuevo despojo, y cuando en el Congreso de los Diputados se puso la cuestión á la resolución del voto, dos ó tres diputados elegidos por las Provincias Vascongadas fueron los únicos que se adhirieron al gallardo defensor del último derecho de una reina y de una madre.

Como del cargo de tutora la reina María Cristina nunca pensó desprenderse, ni imaginó que se la destituyera, sus últimos pensamientos en Valencia, antes de embarcarse en el Grao para su, al parecer, espontánea proscripción, se dirigieron á dejar á sus augustas huérfanas rodeadas de aquellos servicios en que la adhesión se hacía valer más que la propia utilidad. A este fin duplicó algunos de los deberes de la servidumbre, é hizo nombramientos que no respiraban más que el interés y la confianza de la madre y la tutora. En sus *Memorias*, aún en prensa, la condesa de Espoz y Mina dice que estos nombramientos se hicieron en París, y que el nuevo régimen de la Regencia de Espartero los reconoció. Hay documentos que atestiguan lo contrario: entre otros, la carta de la tenienta de aya de S. M. y A. la reina-niña Doña Isabel II y la infanta Doña María Luisa Fernanda, dirigida á la mayor de sus hijas, y fechada en Valencia el 16 de Octubre de 1840, en que le decía:

«*Querida Dorotea mía de mi vida:* Anticipo escribirte antes de recibir el correo, porque acaso luego tendré muy poco tiempo, y le aprovecharé en escribir á las tías. S. M. no ha marchado todavía, pues aún no ha venido el barco de vapor

que se esperaba anoche: creo que esta tardanza la motiva el temporal que ha hecho, y se le esperaba esta mañana. Si viene, creo que se embarcará esta tarde. Malos días hemos pasado y pasamos, como te puedes figurar. Dios la lleve con bien y la proteja como á sus hijas. Voy á darte una noticia agradable y buena, cuanto es posible en estas circunstancias, y que te sorprenderá tanto como me sorprendió á mí. De tres camaristas que ha nombrado nuevas S. M. antes de marcharse, una has sido tú. Nada me ocurría á mí menos que eso en la actualidad; tanto más, que no hay vacante ninguna; pero la Señora ha querido aumentar la servidumbre. Quedan con plaza en los cuartos de las Señoras (Doña Isabel y Doña Fernanda) Gregoria y Mariquita. Esta última acompaña á S. M., pero la conserva por si vuelve. Además ha nombrado la Señora á Dorotea, Mariquita Medina y Teresita Férriz. Os nombro así, porque de esa manera va el nombramiento. La primera noticia que tuve de que se pensaba aumentar la servidumbre, fué cuando supe que estabas nombrada; vino el Curro al cuarto de las Señoras á preguntar el nombre de la hija mayor mía de las que vivían en Palacio y el de la hija mayor de la Medina. Respondimos una y otra, y al cabo de pocos momentos vino la marquesa de Santa Cruz, dándonos la enhorabuena por el nombramiento que acababa de hacer S. M.; nuevo motivo de gratitud á esta señora sobre los que ya tenía. A poco rato, pedí permiso para besar la mano; dilas en tu nombre y el mío, y me encargó recados para mis hijas y la Vicentita. ¡Dios nos conceda que podamos servir con tranquilidad, si es su voluntad!—En llegando á Madrid, habéis de empezar á servir al momento, por lo cual, si conceptúas que necesitas algunas cosas al pronto para el servicio diario, las comprarás; pero todo lo que no sea muy preciso, déjalo para cuando yo vaya, pues para gastar dinero siempre hay lugar. Estoy esperando á Pepe Mac-Crohon, de un momento á otro. Hoy por la mañana debe llegar el vapor *Mercurio*, en que viene él. Desde las ocho está en el Grao una tartana que he enviado para que lo

traiga; pero son las once y cuarto, y aún no ha venido: de modo que probablemente me tendré que ir á Palacio sin verle, y será un fastidio; aunque le veré de todos modos, pues el barco se detiene hasta las cinco de la tarde.» —Esta carta, interrumpida aquí, se continuó *por la tarde*, y seguía diciendo:—«Pepe llegó á las doce; pero yo ya no le vi hasta que vino á comer. Ahora tendrá que detenerse unos cuantos días, pues han embargado el buque para el viaje de S. M. Yo me alegro que nos acompañe aquí estos días, aunque siento su detención.»— Seguían muchas cosas de familia y expresiones de afecto, y después de la firma hay una postdata, que dice:—*Hoy 17.*— Vengo y Carmen de despedir á S. M. Ha salido de Palacio á las seis y media de la mañana: se ha despedido tristemente de todos los que estábamos allí. Ya dos días antes se había despedido, recibiendo á toda la servidumbre hasta el último criado, con la amabilidad incomparable que tiene esta Señora. Su marcha á todos nos enterneció y todos lloramos.»—La autora de esta carta, que con toda su correspondencia muy interesante de entonces se conserva en poder de la menor de sus hijas, Doña Vicenta, era la tenienta de aya de las augustas huérfanas del Trono, Doña Inés Blake de Román, hija del general ilustre en la guerra de la Independecia, que venció en la batalla de Albuera, y casada con el coronel de Ingenieros Don José María Román, no menos ilustre desde la fuga de los zapadores de Alcalá de Henares en Junio de 1808 y en los dos sitios de Zaragoza.

Dueño Espartero, y el partido de que era jefe, de la Regencia, es decir, de todo el Gobierno político de la Monarquía, con carácter casi soberano, no se habían de perdonar las hechuras del antiguo régimen en el interior de Palacio: Argüelles como tutor, Heros como administrador y Quintana como instructor de las augustas niñas, no bastaron, sin embargo, á aquellos exclusivismos, y hábilmente se puso mano también en lo más delicado de la regia servidumbre, para constituirla á su sabor. Herida en sus prerrogativas la camarera mayor y

aya de S. M. y A., la marquesa de Santa Cruz; divididos estos cargos para introducir en el de más continuo acceso al lado de las inocentes pupilas quien sólo respondiera á la confianza del partido dominante, se provocó *el motín de las damas,* por el que desertaron del servicio palatino todas las grandes condecoradas con este honor; se formó un nuevo cuerpo de educación intelectual y moral para aquellas niñas, y hasta se nombró un nuevo confesor que se hiciera dueño de sus conciencias (1).

---

(1) De ello hacia gala el mismo Argüelles, cuando en su carta del 19 de Diciembre de 1841, dirigida al presidente del Consejo de ministros, le decía:—«Habiendo tomado posesión y entrado en el ejercicio de la tutela de S. M. y A. el día 31 de Julio de este año, consideré indispensable, como uno de los medios más necesarios y urgentes para desempeñar cargo tan grave y de tanta responsabilidad, poner á las augustas menores al cuidado y dirección inmediata de personas de mi entera confianza, que presidiesen y guiasen por sí la educación y enseñanza, tanto física como moral, intelectual y religiosa, de aquellas Princesas. Desde luego la deposité en el ayo instructor, que hallé ya nombrado y en pleno ejercicio de su cargo, por ser persona tan recomendada por la esclarecida reputación de que ha gozado desde su juventud, y por la antigua amistad y trato íntimo que ha existido entre nosotros desde muchos años. En seguida elegí para aya de las augustas pupilas á una señora, señalada muy de antemano por la opinión pública como un modelo de prudencia, discreción, amabilidad, delicadeza, y adornada al mismo tiempo de todas las demás dotes y circunstancias que deben concurrir en una dama del elevado y trascendental destino que se le confiaba. Y al propio tiempo escogí para confesor y director espiritual de S. M. y de S. A. á un prelado venerable, docto y de grandes virtudes, no menos distinguido por la afabilidad y dulzura de su carácter. En estas tres personas me prometí hallar, como cooperadores, el principal apoyo que necesitaba para desempeñar el cargo de tutor en la difícil y crítica situación en que se hallaba el reino.

»En cuanto á los jefes de Palacio, reducidos hoy en lo principal á los actos meramente de etiqueta, y no teniendo motivo para dudar que continuarían desempeñando sus funciones respectivas con la lealtad, esmero y circunspección que antes de mi nombramiento, no consideré necesario hacer alteración en esta elevada clase, excepto en el destino de camarera mayor, que, por haberle renunciado la señora que le obtenía entonces, fué reemplazada en él por la que le ejerce en el día, y en la cual se reúnen todas las circunstancias y condiciones que se requieren en tan distinguido cargo.»

Todos estos hechos monstruosos tuvieron que producir inmediatamente dos resultados: en el orden político, el movimiento rencoroso del partido vencido, á todo trance dispuesto á tomar su revancha; en el orden moral, el movimiento profundo de reacción inherente al espectáculo lamentable de tantas cosas inviolables y sagradas, desvergonzadamente ofendidas y maltrechas. Era inevitable que al producirse la vehemente protesta que la reina madre, desde París, dió á la publicidad del mundo todo, al verse despojada de la tutela de sus hijas y á éstas entregadas á manos que, naturalmente, habían de inspirar las mayores inquietudes á sus afectos maternales, el partido vencido recibiera aquel documento, no como una declaración de derechos en contraposición á los usurpados, sino como un llamamiento activo al campo de la fuerza, que se le dictaba como el campo del honor. No de otra manera podía entenderse aquel *Manifiesto-protesta,* que declaraba que la decisión de las Cortes, en lo relativo á la tutoría y al nombramiento de Argüelles, para ella era una usurpación de poder fundada en la fuerza y la violencia; que los derechos y prerrogativas que le pertenecían á la reina proscrita, como reina y como madre, y en tal concepto como tutora y curadora, testamentaria y legítima de sus hijas, no podían perderse ni prescribir; que, lejos de renunciar á estos derechos, subsistían y subsistirían perpetuamente en toda su fuerza y validez, aunque de hecho estuviera suspendido para ella su ejercicio por efecto de la violencia, y que, protestando una y mil veces solemnemente ante la nación y á la faz del mundo contra los decretos, contra las resoluciones de las Cortes y contra todos sus efectos y consecuencias, daba por nulos y falsos los motivos alegados para despojarla de aquella tutela, cuyo acto á la vez se convertía en una manifiesta ingratitud y deslealtad, pues desde su advenimiento al tálamo de Fernando VII, sólo había hecho derramar sobre su patria y la de sus hijas, y hasta sobre los partidos y los hombres que les eran adversos, no sólo las mayores recompensas de honor y dignidad, sino los beneficios

de la paz, de la amnistía, de la concordia civil y de todos los demás frutos del bienestar común y de la civilización.

Ante tamañas acusaciones y ante actitud tan resuelta, no sólo se agruparon en un haz todos los hombres del partido vencido para sostener aquel reto, sino que los robusteció en sus empresas con una fuerza irresistible toda la masa neutra de la opinión, la cual, sin entrar en los compromisos permanentes de escuela ó secta que sostienen la organización de los partidos contendientes, recibe su impulso del instinto de la justicia que no se aparta jamás del interior de toda conciencia humana, y que en todas las crisis de la vida social la inclinan del lado donde está la razón, que al cabo se constituye en la ley más imperiosa de la historia.

El partido vencido, en realidad, acudió contra la Regencia usurpada á los resortes más desesperados de la lucha. Desmandados los periódicos, que entonces eran los arietes de la opinión, por una y otra parte se lanzaban al terreno del insulto con un lenguaje que sólo ha tenido semejante en los períodos de las más violentas revoluciones. ¿Y qué hombres los que así manejaban la pluma como dardos envenenados? En defensa de la reina madre, Donoso Cortés, Pacheco, Sartorius, Ríos Rosas, Bravo Murillo, Las Heras, Castro y Orozco, Benavides y cien más. *El Correo Nacional*, *El Heraldo, El Sol, La Postdata*, hicieron campañas de florete y de puñal.

La corriente eléctrica de la conspiración, recibiendo de París sus insperaciones, abarcaba toda la península, aunque Madrid y las provincias vasco-navarras constituían sus más intensos focos. En las juntas de Vizcaya, celebradas bajo el árbol de Guernica en Marzo de 1841, los discursos y resoluciones equivalían á una nueva apelación á las armas como la que pocos años antes produjo la guerra civil. En el ejército se movían los nombres legendarios y más prestigiosos de los que habían combatido con mayor gloria los ejércitos de D. Carlos: León, Concha, Pezuela, O'Donnell, Pavía, Fernández de Córdova, Borso di Carmenati, Piquero y cien otros. Guardábase

tan poco el secreto, hasta de la conspiración militar, que, como decía Alcalá Galiano, sólo podía el Gobierno del general Espartero ignorar lo que se tramaba poniéndose placas de algodón en los oídos. El 2 de Octubre, el *Castellano* anunció los sucesos que se preparaban. La condesa de Espoz y Mina, en sus *Memorias*, no oculta que hasta ella llegaban algunas de las noticias de los conjurados, las cuales inmediatamente las ponía en conocimiento del tutor Argüelles. Sin embargo, el momento de la explosión se dejó llegar sin tomarse, al parecer, las medidas que parecían exigidas por la condición de las cosas, ó para evitarla ó para hacerla fracasar.

Borrego, Alcalá Galiano y el general Fernández de Córdova han dejado testimoniados con sus plumas los detalles de la manera como se preparó en Madrid la jornada del 7 de Octubre, después de las tentativas de Narváez desde Gibraltar, venido de Tánger para levantar Andalucía; de O'Donnell, en Navarra; de Borso, en Zaragoza; de Piquero y Montes de Oca, en Vitoria; del coronel Rocha, en Bilbao, y de Urbistondo y el conde de Monterrón, en Guipúzcoa. Detalle más, detalle menos, de labios de los tres testigos de las escenas de aquellos días que sobre ellas han escrito y de los del general conde de Cheste, uno de sus principales actores, el que esto relata, ha tenido el honor de escuchar más de una vez la interesante descripción. El general Fernández de Córdova, actor solo en el momento del combate dentro de Palacio, también se había asesorado de Borrego acerca de los antecedentes de los últimos momentos, y he aquí su verídica relación:—No había tomado el decano de la prensa española parte activa en la conspiración, que fué esencialmente militar, sin más complicidad civil que la de Istúriz y Montes de Oca, la de Egaña y la de los que trabajasen en las Provincias Vascongadas. Pero como Espartero, por el órgano de su secretario de campaña, el general Linaje, había dicho que Borrego hacía más daño á la causa liberal, cual la entendían los esparteristas, que el mismo Cabrera, muchos moderados iban á contarle cada día

las altas y las bajas de la trama. Unido esto á sus relaciones de intimidad con la familia de León, y especialmente con su hermano mayor el marqués de Guardia Real, de cuyo hijo, D. Diego, muerto gloriosamente en la batalla de Barbastro, había sido condiscípulo, y á cuya señora familiarmente llamaba *mamá*, Borrego estuvo desde el primer día al tanto de los los sucesos.

En la noche del 2 de Octubre, y cuando estaba para acostarse, llegó á casa de Borrego el general León, designado en París, con Concha, director de la revolución en la corte, para participarle que, estando acordado que el movimiento contra la Regencia de Espartero se rompiese en Pamplona por O'Donnell, los generales conjurados en Madrid habían resuelto ocultarse, á fin de que el Gobierno no les echase mano y cortase la parte que debían tomar en el levantamiento militar, con cuyo motivo venía resuelto á ponerse al abrigo de su casa. Esta es, en este punto, la versión de Borrego y el general Fernández de Córdova; pero Alcalá Galiano y Pezuela me decían que la causa de que los generales comprometidos en Madrid procurasen ocultarse hasta el momento de dar el golpe, fué por haber llegado de Navarra con gran velocidad un personaje, amigo de Espartero, el cual le informó no sólo de lo ocurrido con O'Donnell, sino de la trama general que contra él existía. Obró entonces el Regente, me decía, con suma diligencia, y sospechando de alguno de los generales que residían en Madrid por la publicidad que daban en el Casino y en todas partes á sus opiniones, mandó al general San Miguel, ministro de la Guerra, ordenara al capitán general proceder cautelosamente á su detención. Como en el Casino todo se hablaba, antes de que esta orden se pusiera en práctica, ya llegó á oídos de los interesados lo que contra ellos se debía hacer; y como en la conspiración se hallaban complicadas algunas otras personas civiles, fué grande el número de las que se creyeron en la conveniencia de esconderse. De cualquier modo que fuese, cuando el general León recurrió á Borrego para que le

ocultara en su casa, Borrego le contestó que había escogido el peor de los escondites, pues en el edificio del *Nuevo Rezado*, que él ocupaba, entraba y salía demasiada gente para que fuese fácil guardar el secreto; pero que por el momento haría de manera que, sin que nadie se apercibiese de ello, pudiese dormir aquella noche bajo su techo. Le acompañó, en efecto, hasta la puerta de la escalera, y la cerró aparentemente para que los criados supusieran que había quedado solo; pero retirados éstos, volvió á abrir la puerta, cogió al general de la mano y lo introdujo en su gabinete y alcoba, contigua á su despacho, dejándole encerrado. Llamó en seguida á su ayuda de cámara, y le ordenó que se retirase, porque iba á pasar la noche escribiendo y no necesitaba sus servicios.

A la mañana siguiente se dirigió Borrego muy temprano á una casa contigua al palacio de la condesa viuda del Montijo, situada á la entrada de la calle de la Gorguera, donde residía con su esposa el administrador de esta señora; y como con este matrimonio tuviese Borrego gran confianza, les exigió que en el acto le desocupasen la habitación sin comparecer por ella hasta que él la dejara libre. Logrado esto, fuése en busca del general León, á quien instaló en ella, poniendo á sus órdenes un criado de toda confianza. Nadie supo así dónde se hallaba el general León, pues lo ignoraba hasta el mismo matrimonio expulsado de su casa. Pero en la noche del 5, accediendo Borrego á los deseos de León, le llevó al brigadier D. Juan de la Pezuela, con quien debía concertar todo el plan del movimiento. Así las cosas, en la tarde del mismo día, al oscurcer, presentóse á Borrego, muy azorada, la mujer del administrador de la condesa, manifestándole que el Gobierno había descubierto que el general León se hallaba escondido en su casa, y que aquella noche iban á prenderlo. La sorpresa de Borrego fué inmensa; mas ante aquel conflicto, considerando el peligro inminente de que el ilustre asilado durmiese en aquella casa, se vió en la necesidad de comunicarle lo ocurrido, concertando con él los medios de conducirle á una legación extranjera para su am-

paro. Embozado León en los amplios pliegues de una buena capa castellana, salió con Borrego, dirigiéndose á la habitación cercaua del representante de Méjico, Sr. Valdivieso, que vivía en la Carrera de San Jerónimo. Mientras Borrego subía á la legación, León quedó esperándole solo; mas como el señor Valdivieso estuviese ausente, bajó pronto; se dirigieron hacia la plazoleta en que se halla la estatua de Cervantes, y quedando otra vez allí el general, Borrego fué á buscar en la legación de Dinamarca al Sr. Dal Borgo de Primo, que por su larga estancia en Madrid conocía todos los secretos de la política y trataba á los hombres de todos los partidos, y en cuyo nobilísimo espíritu esperaba encontrar al fiador del refugio que solicitaba. Dal Borgo de Primo, á aquella hora tampoco se hallaba en su casa. Hubieron de emprender juntos, León y Borrego, la caminata á la embajada de Francia, donde el general momentáneamente quedó, en tanto que se le buscaba casa de toda confianza. Cuando, á las doce de la noche, Borrego pudo volver, vió con sorpresa que á León le acompañaban Istúriz y Pezuela, que habían sido llamados por aquél, y con quienes rápidamente se había decidido el plan de operaciones para el siguiente día. Borrego recibió entonces el encargo de León de que bien de mañana hiciese conducir los caballos, el uniforme y las armas del general á casa de la familia de Pezuela, que habitaba un vasto edificio en la calle del Colmillo, con puerta trasera á la de Valverde. Pezuela aquella noche tampoco durmió en su casa; pero él tuvo medio de hacer transmitir los designios de León á todos los que habían de tomar parte en la atrevida empresa que se proponía, apoderándose á la vez, en Palacio, de las huérfanas del Trono, y en la calle de Alcalá y en su propia residencia, del Regente.

La frustrada tentativa hecha en Palacio, en connivencia con la mayor parte de los individuos de la alta y baja servidumbre de las reales personas, ha sido referida, sin gran diferencia de detalles, por todos los historiadores. Alcalá Galiano, no bien informado del plan concertado únicamente entre León, Pezue-

la é Istúriz, otorgó la iniciativa en el movimiento del anochecer del 7 de Octubre al general D. Manuel de la Concha. Concha no hizo más que ejecutar lo que se le había mandado en la forma y modo como se le prescribió. Poco después de caída la tarde, sin uniforme ni insignias, se presentó en el cuartel de Guardias de Corps, donde se alojaba el regimiento de la Princesa, del que en algún tiempo fué coronel, y en el que se había captado en grado superior el afecto de jefes, oficiales y soldados, y el de Húsares. Al regimiento de la Princesa, pues, se presentó el general: formado en el patio, lo arengó con militar elocuencia y lo arrastró consigo fuera del cuartel, sin temor á la actitud de los húsares, que hubieran podido hostilizarle para impedir su salida. Aquella tropa, entusiasmada, no supo refrenar la embriaguez de su denuedo; y en lugar de adelantar hacia el Palacio Real, que era su objetivo, en silencio, llegó á sus inmediaciones alborotando con sus estruendosas vivas á la Reina Gobernadora. La tropa de la guardia que custodiaba la parte exterior de la regia morada, conociendo el objeto que llevaba aquella fuerza, en vez de resistirla, se unió desde luego á ella, y pusieron en gran conmoción patios y galerías, cámaras regias y cuartos de servidumbre con sus gritos albo zados. Desde luego, la guardia de alabarderos se preparó resueltamente para la defensa. Entretanto, por la puerta trasera de la casa de Pezuela, que daba á la de Valverde, salían montados y de uniforme León y el brigadier D. Juan, dejando allí á Borrego, que les asistió hasta el momento de despedirlos. León iba cubierto con su capote de soldado, á guisa de ordenanza, y Pezuela, que caminaba delante, tomó la calle de la Luna, atravesó la de San Bernardo, continuó por la de los Reyes, y al desembocar en la plaza de San Marcial, encontraron ya un batallón de los que permanecían fieles al Gobierno, formado en batalla. Se les dió el *¿quién vive?*, y Pezuela, respondiendo *Estado Mayor*, prosiguió impávido su camino. Al ver su aplomo, y como Pezuela preguntara por el jefe del Cuerpo, se les dejó llegar hasta el otro extremo; pero se les acercó un

grupo, en que venía el comandante, y un granadero agarró por la brida el caballo de León. Los dos gritaron entonces: *¡adelante!*, y desasiéndose León del soldado, salieron á escape, perseguidos por las balas, y subiendo por la calle de Bailén, llegaron sanos á Palacio, en medio del fragor de la refriega, ya comenzada.

El general Concha, en sus *Memorias*, dice que él se hallaba en el Casino jugando al tresillo, cuando el rápido galopar de varios caballos por la calle del Príncipe, donde el Casino á la sazón estaba situado, hízole conocer que ya debía haber comenzado la arriesgada empresa que estaba preparada. Asomóse con otros á los balcones, y vió que ya Madrid ofrecía el aspecto habitual de sus calles en los días de jarana: corrían y gritaban hombres y mujeres; cerrábanse con precipitación tiendas, cafés y viviendas, y seguidamente, ayudantes de campo en dirección á la calle de Atocha, sin duda para comunicar órdenes á las tropas del cuartel de Santa Isabel. Entonces no titubeó: en traje de paisano, como estaba, se echó á la calle, y por la carrera de San Jerónimo dirigióse hacia la Puerta del Sol y de allí á Palacio. En los grupos que encontraba al paso oyó decir que Concha, con el entonces teniente coronel Nouvilas y con otros muchos oficiales, había penetrado en el cuartel de Guardias de Corps, de donde había sacado al regimiento de la Princesa y dirigídose á Palacio para apoderarse por sorpresa de las regias personas; que el jefe de parada, Marchesi, había hecho causa común con los sublevados, y que á aquellas horas, S. M. y A. ya debían estar en su poder. En la calle Mayor halló también numerosas patrullas de milicianos nacionales, gritando desaforadamente: *¡á las armas!*, y batiendo generala, y al desembocar de la Plaza Mayor por la calle de Ciudad Rodrigo, le adelantó al paso largo que llevaba un batallón de los acuartelados, sin duda alguna, en Santa Isabel. Por la calle de Santiago se acercó á Palacio, y á favor de la oscuridad de la noche, divisó desde lejos los fogonazos de los disparos que se cruzaban desde la plaza de la Armería hasta

los balcones del frente principal del edificio. Seguidamente penetró en Palacio por la puerta de Santiago, no sin sufrir el fuego de algún centenar de nacionales, que á bulto tiraba sobre cuanto á su presencia se movía. Una vez en la plaza, observó que desde los balcones centrales, es decir, desde el salón del Trono, Saleta y Antecámara, disparaban los que estaban allí sobre la guardia, que se cubría con los arcos y pilastras del ala lateral. Sin detenerse, ni entender todavía lo que pasaba, entró por la puerta pequeña de la derecha y se dirigió hacia la escalera principal, presenciando, desde que llegó al vestíbulo de los coches, de donde arranca aquélla, un espectáculo verdaderamente indescriptible: gritos y voces de mando, imprecaciones y lastimeros gritos de los heridos, estampidos de tiros que repercutían en las bóvedas con el fragor de la metralla, y enfrente de la escalera, sobre la pequeña meseta en que ordinariamente se situaba la guardia suiza, y hablando á gritos con ademanes violentísimos, al general D. Manuel de la Concha con los jefes y algunos oficiales del regimiento de la Princesa, y en el mismo corro, y de paisano, al duque de San Carlos, y con su uniforme de gentilhombre al conde de Requena. Concha vestía una larga levita de paisano, desabrochada, y blandía la espada desnuda en la mano. Nouvilas, Lersundi y Rabanet, el uniforme de su Cuerpo, y Fulgosio, que era el encargado de sacar á la reina y ponerla en salvo, arrastraba la larga capa con que había de cubrir la augusta niña.

Según la diversa procedencia de estos relatos, así pueden juzgarse las intenciones de los conjurados que el 7 de Octubre penetraron en el piso bajo de la mansión real. La versión de Alcalá Galiano y de Pezuela distaba mucho de la de Borrego y Fernández de Córdova. Decía Alcalá Galiano que las fuerzas que condujo á Palacio D. Manuel de la Concha no tenían órdenes más que para abrirse camino hasta la estancia de las regias pupilas y apoderarse de ellas, resistiéndose cuanto fuera posible á emplear la violencia; pero que en el momento de

la acción, mezclándose entre los diez y ocho alabarderos situados en la parte superior de la escalera y los soldados de la Princesa las amenazas y reconvenciones con las súplicas de la persuasión, se estableció la situación de tirantez que dió motivo á que el fuego se rompiera. Esta fué también la versión de Pezuela, que ya la había sostenido en *El Correo Portugués* del 4 de Enero de 1842, desde Lisboa, impugnando un discurso de Argüelles en que decía que el combate se estableció desde los primeros momentos, y que duró, sin tregua, desde las ocho menos cuarto hasta la una de la noche, que todavía se defendían á tiros los alabarderos. Pezuela desmentía hasta el valor de éstos, por la insignificancia de la lucha. De cualquier modo, ¿quién fué el primero que disparó el primer tiro? Pezuela también decía que la primera agresión violenta partió de los que estaban arriba, y así sólo se comprende que tan pequeño número de los que componían la guardia de S. M. pudiese imponerse á tanto jefe, tantos oficiales y tantos soldados. No dejaba éste de reconocer, como reconocía Alcalá Galiana, que la actitud de los alabarderos fué la que correspondía al cumplimiento de su deber; pero entendiéndose que si los de abajo hubieran extremado su acción agresiva, la batalla interior de Palacio la habrían ganado. Los conjurados no buscaban víctimas ni sangre, sino un resquicio por donde penetrar donde S. M. y A. se hallasen; y aunque San Carlos, que conocía todas las escaleras secretas de servidumbre, trató de hallar un paso franco, lo mismo que Fulgosio y aun Pezuela, por ninguna parte hallaron sino pasillos oscuros y puertas atrancadas. Así pasaron las horas, y se perdió el tiempo y el éxito, hasta que á la madrugada, tras tantos fracasos, todos se reconocieron y declararon perdidos, pues ya pisaban sobre el círculo de la estancia real todas las fuerzas de la Milicia Nacional, indignadas y embravecidas, y todas las fuerzas de la guarnión de Madrid, de las que formaban parte todas las que los conjurados habían contado antes del hecho como amigos y auxiliares, y que, para no prestarse á sospechas, ahora tenían

que extremar su celo en el cumplimiento de los servicios que el poder victorioso les impusiera. Este hecho se ha repetido hasta la saciedad en todas las conjuraciones militares de que tan preñada estuvo la última centuria. De estos cuerpos, uno era la caballería de la Guardia Real, y Alcalá Galiano refería que el brigadier Pezuela, que aquella noche se multiplicó en su infatigable actividad y energía, escapando de Palacio, arrojóse á la parte donde estaba aquélla para exhortarla al cumplimiento de sus compromisos. Su palabra fué oída por aquellos soldados con triste silencio, y ninguno se atrevió á cargar sobre él como enemigo ni á seguirle como amigo. Mas al renovar su tentativa, el regimiento tomó una seria actitud de hostilidad, que le obligó á desistir de su empeño y á retirarse, á pesar de su denuedo.

Pocos hablan del Regente, que llegó á aturdirse de una manera extraordinaria, pues no obstante su valor de soldado en el empeño de la pelea, en los momentos de apuros inesperados carecía de serenidad, no por temor al peligro, sino porque, confundiéndosele el discurso, buscaba y no encontraba ideas, de donde nacía aquella irresolución que le caracterizó en muchos sucesos críticos de su vida. Las autoridades no se hallaban menos desconcertadas, y cuando algunos espíritus más decidos acudieron á la residencia de Espartero para ser custodios de su autoridad y de su persona, halláronle perplejo y determinado sólo á abandonar á Madrid y retirarse á Zaragoza. Sus amigos, y las noticias de la derrota de sus adversarios, fueron los que le hicieron desistir de este propósito. En tanto, en el piso en que habitaban las regias personas, ¡cuántas escenas dignas de recordar! Los testimonios de aquellas escenas lamentables, más que en las *Memorias* de la condesa de Espoz y Mina, más que en los procesos que se formaron contra algunos de los funcionarios palatinos que fueron acusados de infidentes, hay que buscarlos en los documentos que se conservan en el Archivo de la Real Casa.

Si las *Memorias* de la condesa de Espoz y Mina no contie-

nen, como todas las *Memorias*, muchos juicios y muchas afirmaciones hechas *á posteriori*, la Regencia, el tutor y Gobierno estaban enterados de todos los proyectos de la conspiración contra ellos y su poder. El tutor Argüelles había estado indispuesto unos días; aunque no restablecido, el día 6 estuvo en Palacio para visitar á S. M. y A. y para observar con cautela el espíritu que reinaba en toda la servidumbre, respecto á los rumores que con insistencia corrían por Madrid. Al día siguiente, el 7, volvió á la una de la tarde, como era su costumbre, y más abierto que el día anterior, provocó una conferencia con Quintana y la condesa, para decirles que aquella mañana había recibido aviso de que á la noche se pensaba atacar el Palacio. No se dió crédito á la especie, pero aquella tarde, estando el cielo muy entoldado, y teniendo prevenido el médico de Cámara, D. Pedro Castelló, que cuando el tiempo estuviese lluvioso no saliesen á paseo las augustas pupilas, la condesa dispuso suprimir el diario que daban al Buen Retiro, ocupándolas en hacer labor y en oir leer á su aya y camarera mayor. A cosa de las seis y media, la condesa subió á su cuarto para escribir algunas cartas; pero al llegar á la portería de damas, que era la habitación de las azafatas y camaristas, avisó á la teniente de aya, D.ª Inés Blake, para que bajase al lado de S. M. y A., sin separarse un momento de su lado hasta que ella volviese. «Había acabado de escribir, y esperaba á un criado para que me acompañase hasta la habitación de S. M.—escribe la condesa,—cuando de repente oí un grito que se dió en el patio de Palacio por los del regimiento de la Princesa que, con Concha, acababan de llegar y penetrar en él. Tan luego como este grito llegó á mis oídos, corrí de la manera en que me hallaba, á la escalera de la portería de damas, y la bajé con la mayor rapidez, entrando en la galería de cristales, donde encontré al centinela de Alabarderos, que me preguntó qué era aquello. No me detuve á responderle, y sin dejar de correr con todas mis fuerzas, llegué á la escalera principal, desde donde, sin pararme, pude ver que había un grupo bastante numeroso en

el descanso de los leones, y que la guardia de Alabarderos estaba colocada en la barandilla del remate de la escalera con las armas preparadas. En el momento en que yo atravesaba aquel tránsito por su espalda, se hizo la primera descarga. Libre felizmente de aquel primer peligro, continué mi camino, corriendo siempre, y entré en la galería llamada del *Camón*, para dirigirme, por el cuarto de mozas de retrete, á la habitación de S. M., y antes de llegar á la puerta sentí otra descarga, que por la proximidad rompió algunos de los cristales de la galería. Llegado que hube á la puerta, la empujé, con el ansia que me prestaba el fundado temor de ser muerta ó herida en el sitio en que me hallaba, y la encontré cerrada, sin que pudiera hacerme oir hasta después de repetidos golpes, dados en el intervalo en que se dispararon otras dos descargas. Abierta ya la puerta por la tenienta de aya, me preguntó ésta qué era lo que había, y no pudiendo darle más noticias que las de lo que había visto, entramos ambas en el salón de S. M. En él se hallaban, además de las dos princesas, la anciana azafata de S. M., D.ª Josefa Lellis de Navarrete, alemana, que vino á España acompañando á la reina D.ª María Josefa Amalia de Sajonia, tercera mujer del rey D. Fernando VII, y que desde entonces servía en Palacio; la camarista de S. M., D.ª Dorotea Román y Blake, hija de la tenienta de aya; D.ª Inés Blake de Román; otra azafata, D.ª Teresa Bernabeu de Férriz; la camarista de S. A., D.ª Teresa Férriz, y el profesor de canto de S. M., D. Francisco Valldemosa; por último, las dos mozas de retrete que se hallaban de guardia, D.ª María de la Paz Sánchez Sotomayor y D.ª Josefa Atorresagasti.»

El cuadro que allí encontró la condesa debía corresponder al pánico natural de aquellas dos augustas niñas de doce y once años, respectivamente, y á la alarma de las personas que las acompañaban. La condesa cuenta que apenas S. M. la vió entrar, se arrojó en sus brazos, preguntando si eran *facciosos* los que asaltaban á Palacio. La infanta D.ª María Luisa Fernanda, aún más emocionada que su hermana la reina D.ª Isa-

bel, lloraba en brazos de la tenienta de aya, convulsa, y diciendo á gritos:—«*Quiero saber lo que hay; quiero saber lo que hay; estaré más tranquila si me lo dicen.*»—Se socorrió á las princesas, procurando calmarlas con un vaso de agua para que se recobrasen del susto que pasaban, y «la tenienta de aya y yo—dice en sus *Memorias* la condesa—empezamos á exhortarlas á que se sobrepusieran al miedo y esperasen con ánimo sereno el desenlace de un suceso que, si bien se presentaba terrible, esperábamos no concluyese mal, y que, de todos modos, el peligro no se disminuía por los gritos y llanto que derramaban».«Estas razones—añade,—esforzadas con el ejemplo de la aparente serenidad de todos, lograron restablecer de algún modo la calma, y pudimos hacerlas sentar, y nos sentamos, en el intermedio de dos de las ventanas del salón. Entre las varias escenas que hubo antes de este momento, fué una de las más tiernas la que produjo un extremo de aflicción de S. A. Trémula y acongojada, se dirigió á la tenienta de aya, y le dijo:—*Inés, quiero decirte una cosa; Inés, yo quiero rezar,*—repitiendo esto en medio de los más fuertes sollozos y gritos. En efecto, la acompañamos todas al reclinatorio de la reina, y á mí sirvieron de alivio las lágrimas que derramé contemplando la situación de aquellas dos criaturas inocentes que, llenas de fervor, dirigían al cielo sus súplicas para que las protegiese y libertase de un peligro, cuya extensión no conocían ni recelaban, como yo.»

A poco rato avisó una de las mozas de retrete, que se hallaban al lado de la puerta del salón, que oía unos golpes. Se fijó bien la atención y se percibió que salían del piso entresuelo, lo que demostraba que los conjurados se habían hecho dueños de alguna de sus piezas, y que los golpes procedían de la demolición de algún tabique, cuya madera se sintió aserrar con toda claridad. El objeto de esta operación era, sin duda, que se buscaba la entrada de la escalera interior que conducía al piso principal. A las diez y media se pudo persuadir á las princesas á que se acostasen, aunque vestidas, para estar pron-

tas para cualquier acontecimiento, y colocando una cama provisional para la señora infanta en la alcoba de S. M., á fin de no dividir la atención de los que las custodiaban. Poco rato había transcurrido, cuando entró una bala por la ventana de la misma alcoba, rompiendo el cristal, arrancando la bisagra y quedando enclavada en la contraventana. El estrépito del cristal roto asustó de nuevo á las princesas, que se volvieron inmediatamente al salón. Se reconoció todo el recinto, á ver si había lugar en que colocar á S. M. y A. á cubierto de aquellos riesgos, y se resolvió trasladarlas á un trascuarto ó pasadizo, que ofrecía mayor seguridad por su situación y el espesor de las paredes, á fin de librarlas del fuego que pudiese dirigirse á las ventanas. En aquel sitio se acostaron las princesas en dos colchones sobre el suelo, y rodeadas de todas las personas que las acompañaban, y el hambre, pues no habían comido desde las dos de la tarde, el cansancio y la fatiga, trajo luego el sueño sobre sus húmedos ojos. Luego que las princesas quedaron dormidas, la curiosidad de algunas las condujo hacia las puertas, y una de las azafatas observó por el agujero de la llave de la pieza azul contigua á la real cámara, dos centinelas que por allí había, aunque no pudo distinguirles el uniforme. Avisada la condesa, se aproximó también, y llamándoles la atención con unos golpecitos, uno de ellos se acercó, y la condesa le preguntó si había algún oficial. Contestó que su comandante, y la condesa le mandó le suplicase que viniera. Cuando éste dió la señal de su presencia, la condesa le dijo:—Diga usted á quien convenga, que las balas han penetrado en la estancia de S. M.; que su vida y la de S. A. se hallan en peligro, y que yo lo hago presente para cubrir mi responsabilidad, en caso de un acontecimiento desgraciado.—¿Y á quién quiere usted que se lo diga—contestó el oficial,—si estoy encerrado en estas piezas defendiendo la estancia de S. M.? Siento amargamente la situación de S. M. y A. Ya llevo gastada media caja de municiones, tirando desde estas ventanas *para llamar la atención*, y nadie viene. El Palacio ha sido ven-

dido por la guardia exterior, y yo he quedado sitiado aquí. ¿En dónde se halla S. M.?—En su cuarto—respondió la condesa.—¿Y tropas, hay?—Ni un solo criado.—¿Pues quién la acompaña?—Las señoras de su servidumbre.—¿Y quién tiene la llave?—Está en mi poder.—Pero ¿quién es usted?—La condesa de Espoz y Mina, su aya y camarera mayor.—Señora: franquéeme usted esta puerta para que yo pueda morir á los pies de S. M.—Eso es imposible: si la lucha se prolonga, no puede traerse al mismo cuarto de S. M.—El que hablaba insistió, y la condesa le preguntó quién era, y él contestó:—El comandante Dulce.—Pues siga usted cumpliendo con su deber, que S. M. y A., cuando despierten, sabrán sus buenos servicios y sus buenos sentimientos de usted.—Con lo cual, la condesa y la azafata se retiraron á observar la santa paz con que dormían los dos augustos ángeles puestos bajo su cuidado. En el cuarto en que S. M. y A. se hallaban encerradas, ningún otro incidente ocurrió hasta las seis y cuarto de la mañana del 8, en que un silencio sepulcral había sucedido á la sorda agitación que toda la noche reinó en Palacio. Mas durante todas las largas horas de la madrugada, las señoras del cuarto de S. M., en perfecto desvelo, la pasaron viendo por una pequeña ventana del interior los grupos de los conjurados que, apoderados de toda la galería de cristales, se movían sin cesar de aquí para allá, observando que casi todos los que allí se hallaban iban envueltos en sendas capas.»

«A la primera hora del día, cuando Palacio quedó desalojado del todo, la servidumbre del interior, que, como ninguno de los que en Palacio habitaban, había dormido aquella noche, acudió en masa á las puertas de la cámara de S. M., diciendo que todo estaba concluído, y pidiendo que se la dejara entrar para dar sus albricias á las princesas. La condesa, recelando algún nuevo ardid de los conjurados, no lo consintió, hasta que pocos minutos después se presentó el intendente de la Real Casa, D. Martín de los Heros, y se dió á conocer. S. M. y A. fueron despertadas entonces para que de boca del Sr. Los Heros

oyesen que ya podían deponer todo temor. Casi al mismo tiempo llegó el general Iriarte y tras él el duque de la Roca, que traía el encargo de anunciar á S. M. la venida del Regente, acompañado de los ministros de Estado y Guerra. Espartero dijo á S. M. que «el objeto de los conjurados había sido robar á S. M. y A., cuya intención habían manifestado sin rebozo á presencia de muchas personas; que el encargado de conducir á S. M. á la grupa de su caballo era un tal Fulgosio, procedente del Convenio de Vergara, quien había dicho la sacaría envuelta en una capa; mas que el valor de solos diez y ocho hombres había bastado para su defensa y la de Palacio, y que suplicaban á S. M. y A. que saliesen al salón de Embajadores para que las muchas personas que allí habían acudido se convencieran de que, felizmente, no habían padecido en su salud, lo que era natural después de un atentado tan sin ejemplo». Después de un ligero desayuno, S. M. y A., acompañadas de la condesa, salieron al salón, lleno de gentes, la mayor parte con uniformes; las princesas fueron muy vitoreadas, y duró largo rato el besamanos. Allí el Regente les presentó á Dulce, á quien habia hecho coronel, y los diez y ocho alabarderos que hicieron la defensa, ya galardonados con la cruz de San Fernando. Después del besamanos improvisado, S. M. y A. salieron al balcón, acompañadas del general Espartero, los ministros y una multitud de grandes, generales y gentes palatinas, y desde allí vieron desfilar las tropas y la Milicia Nacional, que, con un gentío inmenso, las aclamaron sin cesar.

Mientras que en la dispersión en que los conjurados vencidos se pronunciaron y León caía á poca distancia de Madrid, junto á Colmenar Viejo, en manos de sus perseguidores, y Concha se ocultaba acaso en la misma casa del Regente, donde contaba amistades que le protegieran, y Pezuela, aunque herido en la refriega de la ribera del Manzanares, volviendo sobre Madrid, hallaba asilo en la plazuela del Celenque, y el brigadier Quiroga con el conde de Requena en Aravaca, y el comandante Fulgosio y los tenientes Boria y Gobernado, pri-

sioneros, eran conducidos á los procesos de la muerte, de que supieron sustraerse, Marchesi, Rabanet, Aspiroz, Nouvilas, Lersundi, el duque de San Carlos, el conde de Povar y otros muchos, en Palacio, donde el tutor, el intendente y todos sabían que ni uno solo de los de la antigua servidumbre dejaba de tener el alma con los que habían querido derrocar la Regencia de Espartero, aunque otra cosa aparentasen, seguros de que sin la complicidad de algunos de éstos no hubiera podido arriesgarse la frustrada tentativa, tomáronse inmediatamente las medidas más severas para descubrirlos y castigarlos duramente. Una orden del intendente Heros al alcaide don Francisco Carlos de Cáceres, el día 8, le prevenía «que se registre y examine con la mayor escrupulosidad todo el interior del Real Palacio, especialmente la parte superior é inferior de él, con el fin de capturar y asegurar á cualquier persona que, ya sea por las pasadas ocurrencias ó bien por cualquier otro motivo ó intento, pueda estar oculta ó abrigada en él». El mismo día, el tutor Argüelles dirigió al mayordomo mayor, al sumillers de Corps, al caballerizo mayor, al intendente general, al patriarca de las Indias y á la camarera mayor y aya de S. M. una circular, en que les decía:—«El escandaloso atentado cometido en la próxima noche anterior en este Real Palacio, me impone el deber de cerciorarme de los daños que se hayan causado en todas las dependencias de la Real Casa y del porte de todos los empleados en ella. Espero por lo mismo que sin pérdida de tiempo se sirva V. E. manifestarme cuanto en la aciaga referida noche hubiera ocurrido en las dependencias del cargo de V. E., los daños que se hubiesen causado, lo que hubiese V. E. observado acerca de los proyectos y designios de los sediciosos y el lugar que hubiesen ocupado todos los empleados de S. M. á las órdenes de V. E., no omitiendo exponer si en algunos se ha notado olvido ó descuido en cumplir el juramento de fidelidad que tienen prestado, asociándose, ó de cualquier modo ayudando á los rebeldes, para que en su vista se pueda castigar ó corregir á los que faltasen, ó

bien, en caso contrario, sean mejor conocidos y considerados.»

Estaban los tres superiores cargos palatinos de mayordomo mayor, sumillero de Corps y caballerizo mayor, desempeñados, respectivamente, por el conde de Santa Coloma, D. Juan Bautista de Queralt y Silva, que desde 1795, había, casi sin interrupción, ocupado puestos palatinos, y cuya lealtad hacia los reyes estaba bien acrisolada, por el duque de Híjar y por el marqués de Malpica, cuyas tradiciones en la Real Casa eran casi seculares. Los tres podían ser calificados como poco afectos al régimen de la Regencia, que consideraban usurpada, y fácilmente puede concebirse las informaciones con que responderían al mandato del Tutor, contra quien ya tenían los resentimientos de su conducta con la marquesa de Santa Cruz y algunos propios desaires. Ninguno faltó, sin embargo, ni á los deberes de la cortesía ni á los deberes de su posición, y Santa Coloma, el 9, era el primero en contestar, exponiendo que, imposibilitado de salir de su casa por el ataque de gota que estaba sufriendo desde más de cuarenta días, no había podido personarse en Palacio la noche del 7; de modo que, para poder informar sobre lo que se le pedía, sin pérdida de momento, transfirió la orden que se le había comunicado al mayordomo de semana, D. Rafael Sevillano y Platés, que había sido el primero de sus dependientes que se presentó en la Real Casa, el cual le hizo por escrito la siguiente relación:

«Al toque de generala, que oí á las ocho y cuarto de la noche, me dirigí á mi casa, y habiéndome vestido mi uniforme, me encaminé á Palacio. A mi llegada á la puerta del Príncipe, la hallé cerrada, y no queriendo abrirla los que la ocupaban, tuve que ir á buscar la principal. Por medio de un fuego excesivo, dirigido desde las ventanas bajas de Palacio, llegué al frente de la puerta principal, y reconocido por un jefe que mandaba la fuerza que la tenía ocupada y, cerciorado, por mis insignias, de que era Mayordomo de semana, y que venía á ocupar el puesto que me correspondía cerca de S. M., me dejó entrar. Esto mismo había sucedido á los Excmos. Sres. Caballerizo

mayor, al Marqués de Pobar, al gentilhombre de lo interior D. Rafael Sánchez Torres, y á los Caballerizos de campo D. Joaquín Villalba y D. Francisco Santoyo, y sucedió á los que llegaron después. Todos los precitados habían intentado subir á la Real Cámara, y todos, lo mismo que yo, hubieron de retroceder en vista del fuego nutrido de la Guardia Real de Alabarderos y de sus adversarios. Perdida la esperanza de lograr nuestro objeto, nos retiramos á la Secretaría de la Intendencia, los referidos señores y los Gentileshombres Duque de la Rosa y Marqués de Vallehermoso, y allí permanecimos reunidos con el Secretario de la Intendencia, D. Angel Rule; esto sería á las nueve de la noche. Nada pude observar de los designios de los sediciosos, porque ninguno de nosotros se reunió con ellos; únicamente se dirigió á nosotros un oficial (cuya graduación no vi), y nos preguntó que si no había alguna escalera, además de la principal, que subiera al cuarto de S. M., y todos le contestamos que no lo sabíamos. Esta circunstancia no puedo menos de recomendar á S. E., en justo elogio de las personas que allí se hallaban á la sazón, pues ninguno de nosotros ignoraba que había comunicaciones interiores expeditas, y por lo menos conocíamos dos de ellas. De los empleados dependientes de Mayordomía que pudieran ocupar su puesto, fué sólo el ujier de Cámara, D. Martín Plater, que por estar de servicio le cogió allí la intentada sorpresa. D. Manuel Párraga se me presentó, y D. Bernardino Alcalde no pudo pasar á Palacio, bien sea por su edad avanzada, ó porque, según las apariencias, la comunicación quedó cortada á eso de las nueve y media de la noche, y ésta, indudablemente, sería la causa de que no lograran introducirse los demás señores Mayordomos de semana, cuyos antecedentes, fidelidad y constancia tienen tan acreditadas en otras circunstancias peligrosas; y lo mismo creo del Sr. Gentilhombre de lo interior, D. Francisco Torrijos, y demás individuos de las demás clases del digno cargo de V. E. Los Monteros de Espinosa acudieron; pero tampoco lograron desempeñar su obligación en

aquella noche terrible. Los referidos anteriormente permanecimos en la referida Secretaría hasta que, habiendo llegado el Serenísimo Sr. Duque de la Victoria, y allanado el acceso á la Real Cámara, nos trasladamos á ella, y cumplimentamos á S. M. y A. y las acompañamos al balcón. El Sr. Secretario de Mayordomía y D. Antonio Beltrán, oficial de ella, me ha manifestado que estuvieron en casa del Excmo. Sr Tutor, después en la de V. E., y cuando llegaron á Palacio ya no pudieron penetrar. Todas las clases del digno cargo de V. E. han llenado sus deberes, pues no sólo los que entraron en Palacio expusieron sus vidas, sino que los que no lo lograron las expusieron también. Así, pues, juzgo que cada uno en su caso acreditó su fidelidad á su juramento, su lealtad al Gobierno y la abnegación debida, pero generosa, de su existencia; por lo cual, yo ruego á V. E. se sirva ponerlo en conocimiento de S. M. y del Excmo. Sr. Tutor, para los fines que juzgue oportunos. Creo dejar satisfecha la orden de V. E. con la latitud demandada en la circular del 8 del actual; mas si V. E. desease un relato más extenso, podía darlo casi por minutos de todos los acontecimientos que yo presencié y de los que tenga noticia.»

El sumillers de Corps, duque de Híjar, no alegó excusa alguna, ni delegó en ningún subalterno su información que dirigió al tutor Argüelles el día 10. En ella decía que, estando mandado por Real orden anterior á 1834, que «en los casos de alarma los individuos dependientes de la Real Casa acudan á sus respectivos destinos con preferencia á cualquier otro servicio con que pudiesen estar ligados, tanto en cumplimiento de esta soberana disposición, como por la calidad de caballero jefe de Palacio y fiel servidor, etc., etc.; tan luego como oí tocar generala traté de ocupar mi puesto al lado de S. M. la reina Doña Isabel II, para prestarle los servicios que las circunstancias exigiesen, hasta morir á su lado, si necesario hubiera sido; lo que no me fué posible conseguir, con harto pesar mío, por hallarse interceptado el paso por las tropas que no lo permitían, vién-

dome precisado, por lo tanto, á permanecer en mi casa hasta la mañana siguiente, que muy temprano me presenté en el cuarto de S. M., por haber desaparecido ya los obstáculos que me lo habían impedido en la terrible noche anterior; y me quedé atónito y lleno del mayor disgusto al ver el destrozo que se había causado en el sagrado recinto de las regias habitaciones, como V. E. mismo ha visto, y no menor horrorizado al considerar hasta qué punto habían estado expuestas las vidas de S. M. y A., por cuanto existían aún, muy cerca de la habitación en que se hallaban tan caros objetos, una ó dos cajas de municiones de guerra, que inmediatamente mandó retirar S. A. el Regente, y esparcidos pólvora y fragmentos de cartuchos hasta en las gradas del Trono.»—«Con este motivo, añadía, no me es posible, como V. E. conocerá, darle una razón verídica de cuanto ocurrió en aquella noche terrible, por no haberlo presenciado, á causa de lo que dejo dicho, si bien debo suponer que los dependientes de mi ramo, gentileshombres y demás de la servidumbre de S. M., como personas de honor, tratarán de cumplir con su deber y con lo prevenido en la R. O. arriba citada, en cuanto se lo permitiesen los obstáculos que para ello debieron encontrar, porque me consta que á muchos les sucedió lo que á mí, á saber: no poder ocupar su puesto ni penetrar en el Regio Alcázar, por razón del fuego é impedimento que les oponían las tropas. Bien pudiera dar á V. E. algunos más datos sobre estos particulares; pero como para ello me sería forzoso pedir informes al gentilhombre que había estado de guardia en aquel día (el marqués de Pobar), y como éste ha sido separado de su destino, según orden que se ha servido V. E. dirigirme, con fecha de ayer, no me ha parecido conveniente exigir de él noticia alguna, ni menos de ningún otro de los que pudieron concurrir á Palacio, aunque sin haberles sido posible penetrar en la Real Cámara, según tengo entendido, porque V. E. conoce cuán aventurado es informar de hechos que no se han presenciado.»

De la Sumillería de Corps dependían los gentileshombres

de Cámara con ejercicio, los de entrada y los del interior, médicos y cirujanos y la Secretaría de la Real Cámara y Estampilla, y el duque de Híjar, añadía: «Y como hasta ahora yo no haya tenido el más mínimo antecedente, ni sospecha de que dependiente alguno de dichos ramos fuera capaz de faltar á sus sagrados deberes para con S. M. la reina Doña Isabel II, de aquí es que no me es posible tampoco decir á V. E. cosa alguna sobre este punto, pudiendo, sí, asegurar á V. E. que en ninguno de ellos he notado hasta aquí olvido ni descuido en cumplir el juramento de fidelidad que tenía prestado.» No quedó de este informe satisfecho Argüelles; mas aunque por otra R. O. del 22 expresó á Híjar que no había llenado en él los extremos que eran de desear para formar el juicio exacto, ni aun aproximado, del porte que tuvieron los empleados que servían á S. M. á sus órdenes inmediatas, tanto más, cuanto por los periódicos, así como por la voz pública, se hacía mención poco satisfactoria de algunos de sus subordinados, por lo que pedía una ampliación á su informe anterior, el sumillers de Corps, en oficio del 10 de Noviembre, le decía de nuevo de oficio:—«Quisiera poder dar á V. E. las noticias más circunstanciadas sobre un suceso de tal importancia, pues nadie tiene más interés que yo en conocer las personas dependientes del ramo de mi cargo, que en aquella triste noche pudieron cometer faltas ó contraer méritos; pero desgraciadamente, y como he manifestado á V. E., no pude penetrar en Palacio á pesar de mis esfuerzos, y, por consiguiente, nada pude observar por mí mismo.»

Sin embargo, dependiente de la Sumillería era la Real Facultad de Medicina; y el primer médico de Cámara, D. Pedro Castelló, en parte suscrito el 6 de Noviembre, decía:—«Que hallándome en mi habitación á primera noche del día 7, oí con asombro una como descarga de fusilería, que me pareció haberse hecho en la escalera principal de este Real Palacio. Sobresaltado con tan extraño acontecimiento, y cuidadoso de las vidas de S. M. y A., me dirigí inmediatamente al cuarto

de estas augustas personas, con el objeto de auxiliarlas; pero una fuerza armada que encontré en la galería que conduce á puerta principal, me impidió la entrada, á pesar de mis repetidas solicitudes é instancias, y tuve que volverme al mío. A poco rato de estar en él, se me presentó un sujeto con capote, acompañado de cuatro ó seis soldados armados, requiriéndome, de orden del general Concha que, bajase al cuarto del portero á curar unos heridos: le manifesté que lo que yo deseaba era ver á S. M., y le rogué me facilitase la entrada al cuarto que me acababa de impedir la tropa que encontré en la galería, pues temía que el tiroteo la hubiese asustado, é igualmente á S. A. y alterado su preciosa vida, á lo que me contestó que lo haría presente al general. Así lo hice tan pronto como llegué al sitio donde éste se hallaba; pero de nada sirvió, porque no se me permitió entrar, ni entonces ni después, en las varias veces que lo intenté; de modo que no pude tener el consuelo de ver á las augustas Señoras hasta la mañana que dejaron desocupado el Real Palacio. Felizmente, no noté más novedad en su importante salud, que el susto consiguiente á una noche desastrosa, y para prevenir sus consecuencias les prescribí una bebida antiespasmódica, de que encargué tomase alguna cucharada repetidas veces. Esto mismo dispuse para las señoras que acompañaron á S. M. y A., que también lo necesitaban. Por lo perteneciente á lo demás, sólo puedo manifestar á V. E. que mis compañeros no se hallaban en Palacio, ni pudieron venir á él durante la noche, porque no permitían entrar ni salir á nadie: que todos vinieron por la mañana del día siguiente, más temprano de lo que se acostumbra, y que estoy íntimamente persuadido de que han cumplido exactamente el juramento de fidelidad que tenían prestado y que ninguno se ha asociado ni tomado la menor parte en aquellos lamentables acontecimientos. Por último, debo añadir que en una de las ocasiones que se me llamó, encontré separadamente en la galería baja al caballerizo mayor de S. M. y á un criado del cuarto, llamado José Acevedo, quienes me manifestaron haber

venido con el designio de asistir al lado de las Señoras y prestarlas sus servicios, lo que tampoco se les permitió.—Dios guarde, etc. Palacio 6 de Noviembre de 1841.—PEDRO CASTELLÓ.—*Excmo. Sr. Duque de Híjar, sumillers de Corps.*»

No consta en el expediente del Archivo de la Real Casa informe alguno del caballerizo mayor, marqués de Malpica, duque de Arión, D. Joaquín Fernández de Córdoba y Pacheco, que era padre del marqués de Povar, separado, por orden del Tutor, de la servidumbre de S. M., con el duque de San Carlos, el conde de Requena y D. Rafael Sánchez Torres, todos gentiles hombres de Cámara; pero de la Dirección general de las Reales Caballerizas y de la Alcaldía de Palacio existen partes que son por todo extremo interesantes. El director de Caballerizas era D. Antolín de Chacón, y antes de que se le comunicara orden alguna sobre informe de sus dependientes, el mismo día 8, se apresuró á dirigir al Intendente general, señor Heros, un parte en que le decía:—«Anoche, á las nueve y media, en lo más fuerte de las circunstancias lamentables que ocurrieron en el Real Palacio, y á V. E. constan, se me presentó el caballerizo de campo D. Francisco Santayo, en compañía de un oficial y tropa, expresándome venir de orden verbal del Sr. Caballerizo Mayor para que le hiciera entrega de todos los caballos de S. M. existentes en este departamento. Admirado de semejante mandato, más en los momentos críticos en que se me daba, no pude menos de imponerme, faltando también el requisito indispensable de la aprobación del Excelentísimo Sr. Tutor, comunicada por conducto de la Intendencia; pero la circunstancia casual de hallarse V. E. en esta casa Regalada en la sazón, la de venir muy luego el mismo Sr. Tutor, hizo que fuesen sabedores de ello, y que *con su anuencia* se transigiese con las circunstancias del modo más beneficioso á los intereses de S. M. El resultado fué que, después de varias reflexiones, de manifestar al comisionado que la mayor parte de los caballos, por su poca edad no estaban en disposición de hacer servicio alguno, pudo conseguir que en vez de todos los

que se pedían, se contentase con sólo tres, y éstos de poco valor, de los más inferiores y de la servidumbre de los palafreneros, cuya reseña y valoración tengo el honor de remitir á V. E. con dos sillas del picadero y una de palafreneros, con el bridaje correspondiente, de lo que se incorporó el citado oficial comisionado, conduciéndose el ganado por jornaleros de estas Reales Caballerizas desde ellas por la puerta del Campo del Moro hasta el Real Palacio, donde los dejaron. El nombre de los caballos era *Místico*, *Colmenero* y *Pavero*: el primero de seis años y medio; el segundo, de siete y medio, y el tercero, de trece y medio, en valor de 6.600 reales.»

Pero más interesante que el parte anterior, fué el segundo de la misma procedencia, dado del mismo modo, al intendente general, el día 9.—He aquí cómo en él Antolín se expresaba:—«A las siete, poco más de la noche del 7 del actual, decía, se oyeron varias voces por la parte de hacia el cuartel de San Gil: entre ellas diversos vivas á la Reina Gobernadora: y acto seguido entraron por esta calle de Bailén en dirección del Real Palacio, como unos 500 hombres de Infantería, á paso redoblado, al parecer del regimiento de la Princesa, y según he oído decir, iba á su cabeza el general Concha. Al momento mandé cerrar las puertas y que no se abriese sin reconocer al que llamaba, y poco después empezó el fuego hacia Palacio. Llegó, con efecto, entonces á llamar el lacayo Juan Rodríguez, y en aquel acto fué sorprendido por los soldados, que se le llevaron á la fuerza á Palacio, donde se le ocultó en una portería. A las ocho algo más, llegó V. E., que, reconocido en la voz, se le abrió la puerta: y al momento escribió dos cartas-oficios y las envió al Sr. Tutor con dos Nacionales de Caballería de este Departamento, que lo fueron el correo D. Rosario Periconi y el mariscal D. Julián Gati, que llevaron al efecto dos caballos de palafrén; y después salió, de orden de V. E., un coche en la misma dirección. S. E. el Sr. Tutor montó en el caballo que había llevado Periconi, y, acompañado de éste á pie y de Gati á caballo, vino S. E. á esta Real Casa, adonde

llegó á las ocho y media, con poca diferencia. Entretanto, habiendo llegado el caballerizo D. Joaquín Villalba, diciendo que no había podido entrar en Palacio, por haberle hecho fuego, llegó después el caballerizo Santoyo, de uniforme, con un capitán de la Princesa y una partida de escolta, con orden verbal del Sr. Caballerizo Mayor á virtud de petición del General Concha, para que se entregasen al capitán todos los caballos de silla propios á S. M. V. E. acordó que se le diesen dos, y se dispuso fuesen el *Colmenero* y el *Místico*; pero como, al apearse el Sr. Tutor, la tropa que estaba en el zaguán se había apoderado del *Pavero*, que había traído á V. E., se llevaron tres caballos con dos sillas de picadero, una de palafrén y sus bridajes, cuya reseña y tasación acompaña. Un cabo con ocho hombres de los rebeldes se colocaron en la habitación del Médico de familia, D. Gabriel Usera, que enfila la plazuela del Senado, y los demás se retiraron conduciendo los tres caballos. El Sr. Tutor y V. E., no habiendo podido salir por las puertas principal y de coches, por estar entonces en ella la tropa, que no lo permitió, fueron conducidos por mí y sacados de la casa por la del Campo del Moro, haciendo yo antes el reconocimiento preciso para su seguridad, y que no había tropa que pudiera impedirles el paso. Habiendo entrado en la Casa de los Ministerios un batallón del mismo cuerpo de la Princesa, un soldado vino á hablar á los nueve que había en la habitación referida, y convencidos de sus razones, se incorporaron como á las diez y media con el expresado batallón, que estaba, según noticias, á las órdenes del General Iriarte y en defensa de las leyes; llevamos consigo al Mariscal D. Martín Grande, que, después de presentado al Jefe de la casa de Ministerios, le dieron salida. El expresado Jefe envió dos compañías, que se situaron en las ventanas de la galería de Napolitanos, de esta Real Casa, desde donde hicieron fuego varias veces á los que les parecían insurgentes, y se les mandó retirar como á las seis de la mañana. Los empleados de esta dependencia que viven en esta Real Casa Regalada, han ocupado cada uno su respec-

tivo lugar, presentándose con frecuencia para cuanto se pudiera ofrecer á éstos. De éstos, los pertenecientes á la Milicia Nacional se incorporaron á sus respectivos batallones. De los que habitan fuera, creo que han hecho lo mismo todos los inscriptos en la A. U. S. y los demás han acudido al destierro con exactitud, tan luego como les fué posible, teniendo yo la seguridad de poder asegurar á V. E. que no tengo la menor noticia de que ninguno de los individuos empleados, ni jornaleros de este departamento, haya auxiliado directa ni indirectamente los planes de los revoltosos, faltado á su obligación ni descuidado un momento el cumplir el juramento de fidelidad que tenían probado como leales servidores de S. M.»

Si en este informe se hallan detalles curiosísimos que no es fácil de encontrar en ninguna otra parte, se hace tan interesante como él la «nota del número de balazos que se hallan estampados en las puertas y ventanas de las reales habitaciones y en otros varios puntos, á consecuencia del ataque de la noche del 7 al 8 del presente mes», dada también á la Intendencia general por la Alcaldía principal del Real Palacio. Hela aquí:

HABITACIÓN DE VERANO DE S. M. Y A. (*Piso bajo.*).

PIEZA TRASCUARTO.—*Puerta que da paso para subir á la pieza grande, donde juega S. M.*—Tenía un balazo la cerradura, que parece disparado por dentro de la habitación. Está la puerta abierta y tiene el cerco roto.

Puerta interior que da á la misma pieza.—Un balazo en la cerradura, tirado por dentro, y está sin abrir.

Puerta que estaba condenada y da á la del Príncipe.—Se halla hecha pedazos y abierto un boquete, por donde se supone que entraron á la habitación que da á la Física, habiendo padecido algo una de sus máquinas.

Pieza grande de S. M.—La ventana á la izquierda tiene siete balazos, que parece están tirados por dentro de la habitación..... 7

Pieza que está antes que la del baño.—Un balazo en la vitri-

na y otro en la persiana, que parece han sido disparados por fuera de la habitación y aun del edificio..... 2

Puerta que estaba condenada y daba á las principales.—Tiene un boquete y está hecha pedazos, por donde se cree tuvieron entrada á la habitación de verano.

PISO PRINCIPAL DE LAS REALES HABITACIONES

Primera puerta de la meseta de Alabarderos que da entrada á la Furriera y demás reales cuartos.—Tiene cinco balazos y una astilla saltada..... 5

Puerta de las Reales habitaciones que da al salón de columnas..... 1

Puerta donde tienen el agua los Alabarderos.—Uno, y en la pared dos..... 3

Puerta de entrada á la Cámara.—Diez y seis..... 16

Reja frente á esta puerta que da á la escalera principal.—Tienen siete las vidrieras, disparados por dentro..... 7

Segunda puerta de la Furriera.—La faltan dos cuarterones y tiene seis balazos..... 6

Las vidrieras de las rejas del aparador tienen dos, y cuatro las paredes de dicho local..... 6

Puerta tercera de la entrada á la Furriera.—Recibió cuatro. 4

Pieza del celador.—En las vidrieras de la reja uno, y otro en la pared de dicho local..... 2

Puerta última de la Furriera.—Tiene tres, y seis en la pared. 9

Vidrieras del camón..... 27

Cuarto de la Reina, Nuestra Señora.—Dos: uno en la ventana primera del dormitorio, y otro en la pieza del techo... 2

En la pieza de Cámara.—Seis en las cortinas; dos en un cuadro de la vida de la Virgen; dos en otro de un país, y otro en uno que representa una batalla, y otro en la mampara, y un tablero de mesa, de piedra, hecho pedazos..... 12

Entrada á la saleta.—Uno en la pared, encima de la puerta. 1

Puerta entrada al salón de columnas por la galería de cristales.—Tiene veinticinco marcados, pero está hecha astillas, con varios boquetes, por lo que no es posible saber con certeza los disparos que se hayan hecho por aquéllos. 25

En las rejas de dicha pieza que dan á la galería de cristales. Tienen tres las vidrieras, con un boquete en uno de los cristales y celosías, que se conocen muchos fogonazos; cinco en las columnas y paredes..... 8

Cuerpo de guardia de Alabarderos.—En el armero dos, tres en las maderas y vidrieras de la ventana, y veintiséis en las paredes y cornisas..... 31

Las puertas mamparas, por la entrada de la meseta, están una y otra acribilladas, y no se puede calcular los balazos que recibieron, como tampoco las jambas y dinteles de mármol, que han padecido muchísimo.

En las rejas que dan á la escalera principal..... 4

En las vidrieras de la galería de cristales..... 54

TOTAL VISTOS..... 234

Palacio 11 de Octubre de 1841.

También el Alcaide, D. Francisco Casto de Cáceres, dió el 11, con esta nota, su parte de lo ocurrido, con relación al departamento de que era jefe, desde que en la noche del 7, entre siete y media y ocho, se le presentó en su cuarto el portero de cadena, D. Juan Goity, dándole parte de la entrada de fuerza armada por la puerta del Príncipe, habiéndolo hecho con tal precipitación, que Goity fué por ella atropellado. Cuando éste se disponía á bajar al cuarto de S. M. é indagar esta ocurrencia, subió á darle el aviso correspondiente el mozo de recados del guardarropa, Valentín Faro, diciéndole que, tanto en la galería de cristales como en la escalera principal, se estaba haciendo un fuego horroroso por las tropas rebeldes y la guardia de Alabarderos, por lo que no le fué posible la entrada en el cuarto, advirtiéndole la imposibilidad de que Goity lo verificase.

«Como á cosa de las nueve, decía el parte, se presentó en mi posada D. Rafael Sánchez Torres, solicitando de orden del General me presentase, como lo ejecuté, acompañado del referido D. Juan Goity y mi criado Cleto Santos. Presentado que

fuí, me dirigió la palabra el duque de San Carlos, quien me manifestó abriese la puerta por donde bajaba á tomar el coche la Reina madre, con objeto de que pasasen los gentileshombres de guardia al cuarto de S. M.; á que contesté no tenía las llaves, ni menos consentía que gentileshombres ni tropa pasasen al cuarto de S. M., con cuya contestación me retiré á mi cuarto.»

Además del Alcaide, el Inspector de Boca y Víveres dió parte á su vez de que «á las dos de la mañana de este día han sido sorprendidos los Reales oficios de Cocina y Ramillete de mi cargo por un grupo de gente armada, y observado por los mozos que se hallaban de guardia para servicio de S. M., don Juan Martín y Joaquín Meléndez (de la cocina), D. Camilo López y Manuel Santa Marina (del ramillete), reconocieron entre ellos al General Concha, un Comandante de la Princesa y otro oficiales, al parecer, de Guardias, el gentilhombre de Cámara Marqués de Pobar, hijo del Sr. Marqués de Malpica, y el de la misma clase, Sánchez de Torres; y, preguntando por efectos de cocina, se dirigieron á la despensa, la que, hallándola cerrada y en poder del despensero la llave, el Comandante de la Princesa, con un zapapico de un gastador, forzando la cerradura, logró penetrar en ella y se llevaron les efectos siguientes: doce botellas de Pajarete, diez de Jerez, cuatro de vino de Italia, seis de ídem de licor, doce hogazas de pan, media arroba de tocino, un jamón, dos libras de garbanzos, ocho mantequillas, una caja de 18 libras de azúcar, cuatro botellas de aceite, un cuchillo francés y las frutas que habían venido de Aranjuez», que fué lo que, por de pronto, se echó de menos.

Para cerciorarse de la conducta de los oficios bajos de Palacio, el Tutor y el Intendente obtuvieron certificados del Alcalde de Madrid, D. Manuel Ruiz de Ogarrio, por los que pertenecían á las filas de la Milicia Nacional y del coronel Dulce, por los que le auxiliaron en la defensa de Palacio la noche del 7. El Alcalde, á invitación de D. Martín de los Heros, pi-

dió informes á los Comandantes de los batallones de la Milicia Nacional, de cuyas notas se dedujo que no asistieron á la alarma que produjeron los sucesos de aquel día: D. Antonio López, empleado en Caballerizas del segundo batallón, de que era comandante D. Manuel Cortina; D. Saturnino Redecilla, oficial de la Intendencia, quien dió aviso á su capitán de hallarse enfermo á las doce de la mañana del día 8; D. Cleto Santos, dependiente de la Alcaidía; D. Martín Platel, ujier de S. M.; D. Juan Montijo, celador de Palacio; D. José Güemes, de la Intendencia general; D. Juan Collado, portero de la Tesorería; D. Mariano Galán, del guardarropa de S. M.; don Francisco de Paula Santoyo, caballerizo de S. M., y D. José Antonio Campos, músico de la Real Capilla. El Consejo de disciplina que se les formó les dió á todos por absueltos. Dulce pasó su lista respectiva á Argüelles, con un informe que decía: «Real Cuerpo de Guardias de Alabarderos.—*Excelentísimo señor:* Después de las desagradables ocurrencias de la noche del 7 del corriente, en la que me cupo la honra de hallarme de Jefe superior de la Guardia interior del Real Palacio y de defender con ella la estancia de S. M. y A. de los repetidos ataques que me dieron los sublevados, creería faltar á un deber de justicia si no hiciese á V. E. presente que la fidelidad de los empleados de la Real servidumbre que, en cumplimiento de su deber, se hallaron dentro del edificio en aquella noche, contribuyó eficacísimamente al éxito glorioso de su defensa, constándome la resistencia evasiva que opusieron el Sr. Alcaide y Llavero Mayor á las sugestiones que les hicieron para que manifestasen entradas ocultas que envolviesen las que yo defendía ó les facilitasen penetrar en la habitación de las Reales Personas, burlando mi vigilancia; así como que los que se encontraron de servicio dentro del cuarto contribuyeron al mismo fin, cerrando puertas hasta con peligro de sus vidas. En cuya virtud, para conocimiento de V. E. y efectos que pueda estimar convenientes, tengo el honor de incluir la adjunta relación de los que, según los conocimientos que adquirí

entonces y he ratificado posteriormente, se encontraban de servicio y están en el caso indicado. Dios guarde á V. E. muchos años.—Madrid, 10 de Octubre de 1841.—*Excmo. Sr.*—Domingo Dulce.—*Excmo. Sr. D. Agustín Argüelles,* Tutor de S. M. y A.»

La lista que acompañaba comprendía los sujetos siguientes: 1.° D. Francisco de Cáceres, alcaide de Palacio.—2.° Don Martín Platell, ujier de Cámara.—3.° Julián Ortega, mozo de oficio de la Furriela.—4.° Juan Fernández, del mismo oficio.—5.° José Acaso, empleado del guardarropa.—6.° Miguel Fernando, del mismo oficio.—7.° Rafael Martínez, empleado en la Real tapicería.—8.° Pedro Molina, mozo de recados y celador.—9.° Francisco Audet, del mismo oficio.—10.° D. Manuel N., llavero mayor. Entre los criados del cuarto de Su Majestad, Dulce certificó también que se hallaba aquella noche el de la señora condesa de Mina.

Respecto á los individuos del cuerpo de Alabarderos, él mismo, que en el cuerpo era teniente y comandante en la escala general del Ejército, fué ascendido á coronel; su sargento primero, D. Santiago Barrientos, ascendió á teniente coronel, y entre los demás individuos se distribuyeron, además de condecorarlos con la cruz de San Fernando, 18.000 rs., saliendo cada uno á 947 rs. y 12 maravedís. En este reparto entraron los que desempeñaron el papel de cabos interinos, D. Tomás Zapata y D. José Díaz, y los guardias D. Vicente Misis, don Mariano López, D. Francisco Taurán, D. Jaime Armengol, D. Manuel Fernández, D. Benito Fernández, D. Juan Díaz, D. Francisco Armetis, D. Antonio Ramírez, D. Fernando de Mora, D. Santiago Fernández, D. Felipe Piquero, D. Pablo Sanfrutos, D. Francisco Villar, D. José Contreras, D. Eugenio Pérez y D. José Alba. A Dulce y Barrientos se les regalaron espadas de honor, y habiendo quedado excluído de toda gracia el guardia D. José Magdaleno, subteniente graduado de Infantería, el 12 presentó una instancia alegando «que, hallándose de centinela en la galería de Palacio, y al oir la alga-

zara y griterío de los sublevados, trató de replegar el cuerpo de guardia, que estaba al extremo de ella; pero no pudo llegar, porque los sublevados rebasaban ya la meseta principal haciendo fuego; que tratando de retirarse hacia la puerta que sale á la escalera de damas, le hicieron prisionero; que á las dos de la mañana fué conducido á la presencia del brigadier Pezuela y del teniente coronel de la Princesa con otros varios oficiales, los que llevároulo á la puerta de la Sala de Armas, donde se hallaba el general León, el cual le dijo llamase á su comandante de la guardia, para que saliese á parlamento; mas no respondiendo nadie, le quiso obligar dicho general á que se pusiese al frente de la puerta, mandando á un corneta tocar á Parlamento; y advirtiéndole Magdaleno al teniente coronel que no tenía gracia quedase muerto de una descarga, repuso el general León que no importaba, pues tenía que ser fusilado á la mañana con los que se hallaban dentro; pero viendo que era infructuoso el que respondiesen, aunque el que representa oyó al teniente coronel sargento mayor, D. Santiago Barrientos, que le mandaba apartarse, le preguntaron si había mucha fuerza, á lo que le dijo que sería regular estuviese toda la compañía, pues tenía orden de venir á Palacio, como lo había hecho las noches anteriores; y preguntado si tenían municiones, le contestó que hacía cuatro días que habían conducido á aquella misma sala cuatro cajones de cartuchos; y entrando entre ellos en conferencia, desistieron de hacer más fuerza y se fueron desfilando al piso bajo. Magdaleno fué entregado al oficial que mandaba la fuerza que ocupaba la escalera principal y galería, y éste lo tuvo preso y arrinconado hasta las cinco y media de la mañana que le volvieron su armamento.» Después de esta declaración, Magdaleno fué agraciado con la efectividad y la cruz de San Fernando.

No se tiene noticia de ningún otro alabardero que fuera víctima de su celo en medio de la refriega; pero en el expediente de los sucesos del 7 de Octubre, en el Archivo de la Real Casa se halla la minuta de la comunicación pasada en la

mañana del día 8 por la Intendencia al coronel del regimiento de infantería de la Princesa, en que le decía: «En el cuarto de los celadores de este Real Palacio, inmediato á la puerta del Príncipe, se hallan dos hombres heridos y uno muerto, pertenecientes al regimiento del mando de V. I. Urge retirarlos, por ser conveniente para el alivio de los heridos y no poder permanecer el muerto en lugar tan reducido.»

Respecto á las demás víctimas del desastre, escrita está la historia é impresos hasta los procesos que se formaron. Las causas de los generales León y Concha las sentenció el consejo de guerra que presidió el general D. Dionisio Capar. En la del brigadier Norzagaray se hizo constar su edad, de treinta y dos años, su patria, San Sebastián, y las dos cruces de San Fernando que esmaltaban su pecho, como certificados de su valor. En la del brigadier Quiroga, de treinta y siete años, se enumeraban los combates en que había hecho famoso su nombre. En las del personal palatino figuraban el marqués de Tovar, el conde de Requena, de veintiún años, y las camaristas D.ª Carmen Machín y D.ª Rosa Fidalgo. A otro de los gentiles hombres, al marqués de Vallehermoso, detenido por el general Iriarte, se le sobreseyó la causa, así como á Aspiroz. En la del teniente coronel de la Princesa, Nouvilas, el comandante Lersundi y el teniente Boria, se les condenó á ser pasados por las armas, sentencia que sólo se cumplió en el último. De los dos Fulgosio, D. Dámaso y D. José, el primero fué sentenciado á muerte y el segundo á privación de empleo. Marchesi fué condenado á ser pasado por las armas, lo mismo que Pezuela y el gentilhombre de la Cámara, Sánchez Torres. A San Carlos se le privó de empleo, y á Córdova, por prófugo, á pesar de sus cruces laureadas, se le dió de baja en el Ejército. Montes de Oca, Borso di Carminati y otros pagaron en sus provincias con la vida la rebeldía contra el Regente. Nunca se vertió tanta sangre y tan ilustre, bajo formas legales, y con todo, los fanáticos de Espartero no se daban por satisfechos. Hasta un banquete íntimo se celebró en Madrid, creyendo que

el verdugo podría hacer una presa más de una gran dama, cuando el Corregidor de la provincia de Guipúzcoa, el 31 de Octubre se dirigió al Intendente Los Heros, manifestándole que en cumplimiento de los deseos del Tutor Argüelles, la marquesa de Santa Cruz, que, juntamente con otras personas que habían tomado parte en la insurrección, huía en una lancha desde Bilbao, apresada en la costa, había sido conducida á aquella ciudad. Corriendo la posta hubo que mandar órdenes para que no se hiciera con ella ninguna atrocidad, y, en efecto, fué puesta en libertad, pero no su hijo, que quedó preso en el castillo de la plaza guipuzcoana.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN,
De la Real Academia de la Historia.

LOS ESCRITORES EXTRANJEROS EN LOS ASUNTOS ESPAÑOLES

NOTAS

Hace muchos años, más de veinte, que llegó á mis manos uno de tantos libros, de condición meramente industrial bajo apariencias científicas, con tanta frecuencia salidos de las prensas de París, y sin discernimiento acogidos con general admiración aquende los Pirineos. Aparecía el libro lujosamente editado, con profusión de ilustraciones y bella encuadernación sugestiva, que producía gran efecto, y que en los escaparates de las librerías llamaba la atención de las gentes.

Tenía por título el de *La Civilisation des Arabes;* y como para mí ha sido siempre este linaje de estudios materia predilecta, aunque el nombre del Dr. Gustavo Le-Bon, autor del libro, carecía de consagración en el asunto, no por ello dejé ansioso de recorrer las páginas de aquella obra, con el deseo de aprender algo de nuevo en lo mucho que desconocía y sigo desconociendo, y de ver cómo juzgaba el Dr. Le-Bon las producciones artísticas, por lo menos, de los musulmanes españoles, que eran los que más directamente me interesaban y continúan interesándome.

Desde luego advertí, por los grabados intercalados en el texto, que no le eran al autor desconocidos los trabajos y las publicaciones que habían tratado en España de los monumentos hispano-mahometanos, ó siquier arábigo-españoles, pues

aparecían reproducidas en él láminas de diversas obras, tales como la magna de los *Monumentos Arquitectónicos de España*, editada en sus últimos tiempos por D. José Gil Dorregaray; la del *Museo Español de Antigüedades*, que publicaba el mismo bajo la dirección de D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, y entre otras, hasta una firmada por mí, para mis modestas *Inscripciones arábigas de Córdoba*, cuya primera edición lleva la fecha de 1879.

Leí afanoso el texto, regocijándome de antemano con la idea de que, á la postre, nuestra labor, es decir, la labor de los escritores españoles, había sido apreciada allende los Pirineos, y no era, gracias á Dios, estéril en el mundo científico; pues al reproducir las láminas de aquellas publicaciones indicadas, sin respeto á los derechos de la propiedad artística y literaria, por las leyes garantidos,—seguramente el Dr. Gustavo Le-Bon había aceptado y hecho suyas, por el convencimiento, las conclusiones obtenidas y expuestas con respecto al Arte hispanomahometano por los autores españoles á quienes aludo.

Fallidas resultaron mis esperanzas, como mis ilusiones y mi regocijo duraron poco. El autor de *La Civilisation des Arabes*, si había escogido, merodeando, las láminas que tuvo por conveniente para su objeto, no se tomó siquiera la molestia de pasar la vista por los trabajos á que servían de ilustración aquéllas, no pareciendo sino que la última palabra en la materia la había dicho en su *Essai sur l'architecture des Arabes et des Maures en Espagne, en Sicile et en Barbarie* el ilustre Girault de Prangey, que fué, en rigor de verdad, quien, al par de Gailhabaud, despertó con marcados dejos de romanticismo, la afición entre nosotros al estudio de los monumentos hispanomahometanos, ya, no obstante, inaugurado respecto de la Alhambra, al publicar los *Monumentos árabes de España* la Real Academia de las Tres Nobles Artes de San Fernando.

Letra muerta, labor absolutamente estéril, *vox clamantis in deserto*—por decirlo con mayor claridad,—había sido todo cuanto hicieron los españoles, con el noble y generoso anhelo

de organizar y sistematizar en el orden científico los estudios á que particularmente me refiero, desde 1841 hasta 1884, que es la fecha con que la acreditada casa editorial de Firmin-Didot lanzó en París á la publicidad la obra del Dr. Le-Bon, que examinaba. Desdeñosamente, y como con el pie, el escritor francés apartaba de sí, cual fárrago inútil y despreciable, la balumba de lo discurrido, entre otros, por los Caveda, los Madrazo, los Lafuente y Alcántara, los Saavedra, los Riaño, los Contreras, los Oliver y Hurtado y algunos más, y no me cito á mí propio, por lo insignificante de mi persona y el escaso valor de mis trabajos. Ni siquiera consignaba nombre alguno. Y ¿para qué? ¿No estamos todos convencidos de que París es el cerebro del mundo? ¿Quién conoce á estos españoles, cuyas obras no han cruzado los Pirineos, ó que si lo han conseguido, cuando más, y á lo sumo, llenas de polvo figuran para *in aeternum* en los anaqueles de alguna librería, en los estantes de alguna biblioteca ó en alguno de los Catálogos, bien interesantes por cierto, del reputado «buchhändler und antiquar» de Leipzig, Karl W. Hiersemann, si á tanto llega su fortuna?

Porque, no hay que darle vueltas: los españoles hemos logrado en el mundo nombre como artistas, á pesar de lo que dice Unamuno; pero no en todas las Bellas Artes, sino solamente en la Pintura y en la Literatura, y en ésta con especialidad, en la novela por excepción con Cervantes, y en la dramática con Lope de Vega, Calderón, Tirso de Molina y los demás maestros del teatro clásico. Con la Pintura y por la Pintura triunfamos todavía en las Exposiciones internacionales y universales, y obtenemos cierta consideración respetuosa por parte de los extranjeros; con la dramática moderna son conocidos, según dicen, Benavente, Dicenta y los hermanos Quintero en Italia y nuestro gran Echegaray y Guimerá en otras partes de Europa y de América, y con la novela, nuestro incomparable Pérez Galdós y algunos otros como Palacio Valdés y el ilustre Blasco Ibáñez, han merecido los honores de la traducción en diversos idiomas.

Pero ¿los demás?... ¿Los que se han dedicado al cultivo de las ciencias históricas ó literarias, á las médicas ó exactas, á las geográficas ó físicas ó naturales?... Esos, gracias que sean por sus obras conocidos de media docena de personas en España. Fuera de nuestro país, ni interesan, ni tienen reputación, ni nadie sabe que siquiera existen. Ahí están, para demostrarlo, los catálogos que nos remiten los libreros de Francia y de Alemania, en los cuales catálogos, por acaso figura el nombre de tal cual español contemporáneo. También aquí, entre nosotros mismos, viene á ocurrir, con corta diferencia, con nuestros escritores casi lo mismo que en el extranjero. Podrán la amistad ó la bienquerencia de un periodista, discernir en las columnas de un diario á cualquiera de los dichos escritores título de sabio, de eximio, de erudito, dedicándole un artículo ó un suelto rimbombante y encomiástico; pero entre los que se consagran por amor al arte á dirigir la opinión doctoralmente, decidiendo desde la cúspide de su intelectualidad sublime acerca de todo, no faltarán ni quienes, desfigurando lo castizo del idioma castellano, escribiendo en vergonzosa gali-parla telegráfica, que á veces Mariano de Cavia ha flagelado, y echándoselas de críticos profundos, califiquen de *amazacotada* la prosa rítmica, genuinamente española y ya olvidada, por creerlo así honradamente, sin duda, ni quienes, desconociendo ó desfigurando á sabiendas la verdad de los hechos, al mismo tiempo que, con ofensa de la dicha verdad y entre crispaciones pudorosas de sectarios, lancen á los cuatro vientos, *urbi et orbe*, intolerable calumnia, por sí y ante sí den patente de sabios, ó pretendan, míseros, sin entenderlo, y con malévola intención y supina torpeza, despojar de una plumada del prestigio que han gozado y gozan, á obras y nombres universalmente consagrados.

Digo ésto, porque á las mientes me acude el recuerdo de cierto suelto, con honores de artículo, casi anónimo, pues está firmado sólo con las iniciales *C. R.*—que no sé á qué superintelectual correspondan, y perdóneseme la ignorancia,—el cual

suelto, insidioso, malévolo y pedantesco, fué acogido en las columnas del diario republicano *El País* del lunes 11 de Agosto de 1902, y lleva el título de *Diez y seis años de literatura*. Flagelábase en él despiadadamente á D. Rafael Altamira con motivo de un estudio de este escritor: *La Literatura de la Regencia*, publicado en la revista *Nuestro Tiempo;* y como el señor Altamira hubiese en él hablado, como de pasada, «del apoyo que los reyes y los gobiernos pueden procurar á la literatura y á los literatos»,—el crítico *C. R.* declara que tal idea «no puede ser más absurda», según, á su superior criterio, «la experiencia lo demuestra».

«Ahí está—dice en comprobación—la *Literatura* del difunto Amador de los Ríos, *verdadero adefesio nacional, lleno de errores históricos y críticos, que costó á Doña Isabel II cinco mil pesetas por volumen;* y si Amador de los Ríos no hubiera fallecido, los volúmenes se hubieran prolongado hasta sabe Dios cuándo, porque en los siete de que aquella obra se compone, su autor no llegó más que á la época de los Reyes Católicos.» «Mucho más vale—concluye doctoralmente—la obra del norteamericano Jorge Tiknor (sic) traducida, y mejorada por Gayangos, que no costó ni un solo céntimo á ningún gobierno.»

Claro es que de todo ésto nadie hizo caso, naturalmente, y menos yo, hijo de la víctima, aunque me dolió la calumnia, y solicité de ella reparación pública, restituyendo los hechos, que fueron también en la rectificación alterados; pero prescindiendo del juicio del supercrítico; de que en ese *adefesio nacional, lleno de errores históricos y críticos*, se han amamantado varias generaciones y se nutrió el insigne Menéndez y Pelayo, entre otros muchos; de que en Europa y América obtuvo de críticos, no tan intelectuales como el de *El País*—y en cuyo número figuraba precisamente el mismo Ticknor,—los elogios más cumplidos y lisonjeros, muchos de los cuales conservo en cartas y periódicos de entonces; prescindiendo de que, por enfermedad, renunció el autor en 1867—si no estoy trascor-

dado en la fecha,—á la subvención con que ayudaba á la publicación, no doña Isabel II, sino el Gobierno, y que era de mucho menos de 5.000 pesetas por volumen; prescindiendo de que, por complacer á aquella augusta Señora para que la obra se publicase en España, rescindió el autor, no sin quebranto de sus intereses, el contrato hecho con cierto editor en París, y prescindiendo, por último, de toda controversia innecesaria,—lo que resulta es que la benevolencia ó la malquerencia de un periodista, dan y quitan patente de sabiduría á quien se les ocurre y sin apelación posible, aun tratándose de nombres y de obras consagrados por su virtualidad dentro y fuera de España.

Y si tal ocurre aquí entre nosotros, donde los escritores que no cultivan el género dramático ó la novela, no sólo no son leídos, sino que parece negárseles en redondo la condición de autores, según se desprende del título que ostenta la próspera Sociedad de los dramáticos, llamada, con exclusión absoluta de los demás, *Sociedad de Autores*, ¿cómo extrañar que fuera de nuestro país ni se les lea, ni siquiera se les mencione, mirándoles con despectivo menosprecio? Ello es lo natural, después de todo, y no hay en rigor razón justificada para quejarse del altanero desdén de los escritores extraños,—quienes suelen aprovecharse de la labor hecha por los españoles dándola como propia, cuando aquí son capaces de desdeñar ciertos superhombres, desde San Isidoro hasta el mismo P. Flórez, pasando por Cervantes...

Mas, á pesar de todo, el proceder del Dr. Gustavo Le-Bon en su libro, y el perfecto y absoluto desconocimiento que en su obra se advierte en orden á los trabajos hechos en España respecto de los monumentos muslímicos desde 1841 á 1884, produjéronme hondo sentimiento, no exento de indignación, la cual movió mi pluma, y con la cortesía que impone en todo trance la educación literaria—que es griego para muchos críticos,—procuré demostrar, y aun creo lo conseguí, que el Doctor memorado, por muy Doctor que fuese, no conocía el asunto

en la parte relativa á nuestra Patria, siendo lo más probable le aconteciera lo propio en las otras partes del libro. Era y es ésta, una obra de carácter meramente industrial, compuesta de elementos allegadizos, hecha para atraer por el título y las ilustraciones, pero nada más; y así su autor hubo de reconocerlo y confesarlo años después á cierto amigo mío que en París le habló y le dió á conocer el artículo que escribí con el título de *Los arqueólogos españoles en la obra «Civilisation des Arabes», del Dr. Gustavo Le-Bon,* y publicó la *Revista de España* en el tomo XCIX, que corresponde al propio año de 1884 (páginas 209 á 229).

Aunque eran grandes la autoridad y la circulación de la indicada *Revista*, la obra, por ser extranjera, adquirió tal importancia en España, como para que, como negocio editorial, una casa de Barcelona—creo que la de Montaner y Simón, si no estoy equivocado,—puesta de acuerdo con la de Firmin-Didot, publicase del libro elegante edición española, en la misma forma y con los mismos grabados que la francesa, difundiendo así todos los errores del Dr. Gustavo Le-Bon, que eran recibidos como verdades axiomáticas por la generalidad de quienes, ó no se habían nunca dedicado á tal linaje de estudios, ó tenían acerca de ellos superficiales conocimientos. Y como tales cosas las decía un extranjero, quien, por serlo, debía saberlas á fondo, y mucho más y mejor que nosotros los mismos españoles,—cual libro de consulta quedó la obra, y de vez en cuando, si alguien tiene precisión de hablar de estas materias, salen á relucir las lucubraciones del Doctor, como si procedieran de los Santos Evangelios.

Y como, por punto general, según ya he dicho, lo que en España se escribe de estas cosas, ó no llega al extranjero, ó si logra tal fortuna, no es leído, y si logra serlo, es mirado con menosprecio y despectivamente por aquellos superhombres, que no por ello dejan de aprovecharlo, dándolo como propio,—el trabajo nuestro es desconocido, y se continúa importando de allende los Pirineos, con las modas y aun con las costumbres, las ideas

y las enseñanzas relativas á nuestra Historia, á nuestra Literatura y nuestras Artes, viéndonos precisados á bajar la cabeza y á hacer signos y protestas de admiración y de asombro, cada vez que se propala una necedad, una vulgaridad ó un error, sólo porque lo dijeron escritores que no nacieron en España, y en idioma que no es el nuestro.

Es verdad que los españoles hemos tardado más tiempo que los franceses, pongo por caso, en darnos cuenta de lo que hemos sido y somos en todos terrenos; que por causas y razones de la una ó de la otra especie, entre nosotros no ha sido posible nunca sino míseramente acometer cierta clase de empresas literarias, en las cuales todo son trabas y dificultades; que ha predominado y predomina el espíritu de lo sensual y afectivo sobre lo reflexivo y lo intelectual; que jamás consiguieron, consiguen y aun puede predecirse que conseguirán ni el áura ni los provechos que los autores de obras del *género chico,* aplaudidas á rabiar en los teatros, los que se consagran á otro orden de tareas literarias, quienes arrastran precaria existencia por ello; que para tal índole de tareas no se encuentra un editor por un ojo de la cara, ni aun por los dos, si se ofrecen, y en caso contrario, como el éxito mercantil de la publicación es por extremo dudoso, los derechos del autor casi no llegan al valor de las patatas; que entre el nombre liso y llano de un Pérez ó un Fernández ó un García (cuyos trabajos hayan podido adquirir cierta notoriedad entre cuatro personas, y eso, gracias á los amigos que por acaso encuentra en la prensa), y el nombre más ó menos revesado y resonante de un escritor extranjero, no hay vacilación posible, llevándose de calle éste todas las ventajas, y quedando aquél, por mucho que sepa, viendo cómo su labor ni produce ni sirve para nada...

Así, no es para extrañar, ni mucho menos, que continuemos amarrados al carro triunfal del extranjerismo, y que, bajo esta perennal tutela, no osemos hacer en España otra cosa que bajar la cabeza, dolidos de la brutalidad de los hechos, y condenados á no ser nunca mayores de edad, á no pensar por nos-

otros mismos, á carecer de personalidad, y á buscar por todos los medios los caminos que, aun convirtiendo en industria la labor literaria, hayan de proporcionar algún alivio para sobrellevar las imperiosas rudezas de la vida, ya que tan difícil es ésta en los tiempos actuales.

Quitáronnos unos, ó pretendieron quitarnos, la nacionalidad de nuestro régimen municipal durante la Edad Media, haciéndole derivación y copia de las comunas en Francia; propalaron otros, que el resurgimiento de la cultura española en la Edad memorada, debido fué á la intervención frecuentísima de los aventureros de todas las naciones, con el nombre genérico de *francos* establecidos en España; otros, afirmaron que de los triunfos y progresos de la Reconquista cristiana, somos deudores á los aventureros de ultrapuertos, quienes nos enseñaron el arte de la guerra y en él nos adiestraron; recientemente, se dice que nuestras catedrales y nuestros monumentos de los tiempos medioevales, fueron erigidos por artistas extranjeros, y nada tienen por consiguiente de españoles; y de este modo, en labor constante, nos despojan impunemente de cuanto poseemos y podríamos estimar de característico, dejándonos convertidos poco menos que en salvajes... ¿Qué otra cosa, si no, ha querido significar la algarada promovida por el fusilamiento del desdichado Ferrer, decretado por los tribunales con arreglo á las leyes?...

El ejemplo del Dr. Le-Bon, no es el único, ciertamente, que podría ser alegado. No ha mucho que el docto escritor inglés Mr. Ch. Eugenio Schmidt, con el intento de vulgarizar en su patria, sin duda, el conocimiento de nuestra historia artística, daba á la prensa en Londres muy bien presentadas monografías, que en 1902 y 1903 traducía y adaptaba al francés y publicaba en igual forma Mr. Henry Peyre, con el título de *Les Villes d'Art célèbres,* con lo cual las ponía en circulación extendiendo por todos los países latinos el conocimiento de la obra inglesa, que es, en realidad, un primor tipográfico en ambos idiomas.

Mr. Schmidt conoce la labor hecha por los escritores españoles, y se aprovecha de ella, aunque, naturalmente, sin citarlos, como generalmente no cita á nadie. Córdoba y Granada son las dos primeras ciudades que examina en una de las citadas monografías, y Sevilla es la otra. Para él, ni los monumentos romanos ni los cristianos, antes y después de la Reconquista, ofrecen nada en Andalucía de notable. Y si bien esto puede admitirse como cierto en determinado sentido con relación al período romano y aun al cristiano desde 1236,—prescindiendo de la parte que en la interpretación y adaptación del arte clásico tomó el espíritu nacional, y de la que le corresponde en los estilos ojival y del Renacimiento,—no lo es tanto por lo que hace al período visigodo, durante el cual hemos convenido los españoles en reconocer la existencia de un arte característico, que de nacional podría, en rigor, recibir el nombre.

«Quant à l'art arabe—dice el traductor, interpretando, sin duda, los entusiasmos del original,—c'est sur la terre espagnole qu'il a fait pousser sa plus exquise floraison, et jamais jusqu'à présent il ne s'est présenté ni en Afrique ni en Asie sous un jour aussi caractéristique et aussi éclatant que dans les villes d'Andalousie.» No ha sido siempre ésta, sin embargo, la opinión de los escritores extranjeros; y fácil es de comprender, por mucho que lisonjee semejante afirmación nuestro amor propio nacional, que no es dable admitirla en absoluto, bastando para ello tener en cuenta que los dominios de los musulmanes en la Península Ibérica, á pesar de su independencia política respecto de los países orientales y africanos, ni pueden ser históricamente conceptuados sino como derivación de éstos, ni la cultura hispano-mahometana pudo en consecuencia nutrirse, ni se nutrió en realidad, como de madre legítima, sino de las naturales y continuas influencias del Oriente, lo cual ni contradice ni impide que, así como en las esferas literarias, según observa el doctísimo Dozy, los escritores hispano-muslimes tomaron de los españoles el espiritualismo que les distingue y caracteriza, así también es fuerza reconocer

que en las esferas artísticas no dejaron de influir los españoles en todo tiempo, lo cual explica, por modo satisfactorio, la singularidad del arte hispano-mahometano, que es la que da ocasión y motivo á Mr. Schmidt para expresarse en los términos de la traducción copiados.

Por desgracia, este escritor—que ya digo, conoce y utiliza en mucha parte las obras de los españoles, aunque sin haberlas profundizado ni citarlas, cual veremos,—cae en las mismas genéricas aberraciones que todos los extraños cuando hablan de nuestro país, mostrándose despectivo en grado sumo para con nosotros. Para él, los «50.000 habitantes [de Córdoba, por ejemplo], no sabían casi nada de sus pasadas glorias», «*si des touristes ne venaient leur ouvrir les yeux, tout en fournissant la subsistance nécessaire à de nombreux hôteliers, guides et mediants.*» ¡Pobres de nosotros si no hubiera sido por los *turistas!* Seguiríamos creyendo que fué Córdoba rescatada por San Fernando en 1236 y no en 1235, según Mr. Schmidt consigna, rectificando así los documentos! Gracias á los hosteleros, á los guías y á los mendigos, que han difundido entre nosotros las enseñanzas aprendidas por ellos de los *turistas,* podemos saber siquiera alguna cosa. Sin ésto, ¿qué sería de nosotros?

¿Por dónde, sino por mediación de los *turistas*, personas todas de superiores conocimientos, y por la de Mr. Schmidt especialmente, hubiéramos venido nunca en el de que «maintenant, cette vaste province (Andalucía) au sol de laquelle il ne manque que de l'eau pour produire, comme à l'origine, une intense végétation et nourrir des millons de travailleurs, *ne sert en grande partie que de pâturage aux* indispensables *taureaux* de nuestras características *corridas?*» ¿Cómo nos habríamos enterado de que «de rares villes y sont dispersées»; de que «çà et là une maison passée à la chaux, tranche sur le verger»; de que «puis la plaine continue à se derouler *vide et chauve*»; de que no hay árboles sino en la proximidad de las casas, ni campos cultivados sino en contacto con el agua de los caseríos diseminados, por cuya razón ya no es aquél el paraíso del

tiempo de los árabes, causando, en consecuencia, Andalucía, «une sensation triste et déprimente?...»

Tales y otras muchas cosas por el estilo, no las podemos saber los españoles si no nos la dicen los *turistas* y los escritores extranjeros, de quienes es fuerza aprender que semejante desolación de Andalucía, aunque muchos viajeros la achacan al fanatismo de los conquistadores cristianos, «dont la main brutale aurait anèanti toute l'ouvre des Infidèles», es sólo consecuencia de la emigración de los árabes, del poco interés que los granjeros árabes tenían bajo la dominación cristiana, y del descubrimiento de América... Mr. Schmidt no cree en el fanatismo de los conquistadores cristianos, y hace bien; reconoce en ellos *cierta tolerancia*, y afirma, en el tomo de *Sevilla*, que los primeros reyes cristianos (de los que rescataron Andalucía) estaban muy alejados del fanatismo, que es el fantasma que hasta hoy nos persigue en Europa, añadiendo doctoralmente que estos reyes «ils étaient même *par leur genre de vie, plutôt des sultanes orientaux que de princes d'Occident.*» «*Ils avaient* —dice,—*un harém...* construisaient des palais dans le stile mauresque, entretenaient les meilleures rélations avec leurs voisins mahométans *et parlaient aussi couramment l'arabe que le castillan.*»

Algo hay de verdad en esto de las costumbres orientales de ciertos y determinados reyes de León y de Castilla; pero no tanto ni tan en general como asegura, dejándose llevar de la fantasía en un país romántico como el nuestro. La pícara fantasía, que le ciega y le hace olvidar las cosas, tanto como para decir, en el indicado tomo de *Sevilla* (pág. 6), que «Mahomet Ben Alla» fué el fundador del reino de Sevilla, cuando el nombre de aquel régulo era el de Abú-l-Cásim Mohámmad-ben-Ismaîl; que su dinastía era la «des Abbassides», en lugar de Abbadíes ó Abbaditas; que Al-Môtamid fué el sucesor de «Mahomet», en lugar de Al-Môtadhid; que el hijo de éste fué Motamid II, cuando no hubo más que uno; que en la batalla de Zalaca (1086) combatieron «les deux héros nationaux de

l'Espagne, Alvar Fáñez et Rodrigo de Vivar l'illustre Cid»; que en las Navas de Tolosa triunfó Alfonso VIII, «du roi de Sèville», y otras lindezas de igual fuste.

Y como no faltará entre nosotros quien, porque esto diga un extranjero, crea de buena fe que es cierto,—conviene puntualizarlo á fin de que se sepa de qué manera aderezan nuestra Historia y todo cuanto á nosotros se refiere los maestrazos que las naciones extranjeras nos envían con frecuencia. Así, pues, si en el tomo de *Sevilla* escribe estos disparates, en el de *Córdoba* y *Granada* nos enseña que Fernando III conquistó Córdoba *del poder del Califato* en 1235 (pág. 6); que Al-Manzor empleó los materiales de las iglesias por él destruídas en el N. de España en la construcción de las ocho naves con que amplió la Mezquita de Córdoba (págs. 19 y 20); que la totalidad de este templo era de mosaico, y que los cristianos le blanquearon (pág. 13); da á las columnas del mismo la procedencia, no comprobada ni necesaria, que los escritores árabes atribuyen á las del incomparable *Alcázar* labrado por Abder-Rahman III en *Medina-Az-Zahrá*, hoy *Córdoba la Vieja* (pág. 13 citada); que cada soberano muslime añadía columnas á la indicada mezquita (pág. 23); que es un *sarcófago* la pila que el sultán Mohámmad III mandó labrar para su *Alcázar* de la Alhambra (pág. 85), la cual fué hallada en los adarbes de aquella fortaleza, y se conserva, por fortuna, en uno de los salones del Palacio de los Ab-Ahmares, no olvidando, como cosa rara y típica en los musulmanes y desconocida por todos, la «substance» del sistema constructivo de *tapiería* (pág. 10), que en sus *Ethimologías* describe ya San Isidoro (1).

---

(1) Lib. XV, cap. IX. *De munitionibus*, 5: «*Formatum*, sive *formatium*, *in Africa vel Hispania* PARIETES DE TERRA APPELLANT, quoniam in *forma* circumdatis duabus utrinque tabulis inferciuntur verius quam struuntur. Aevis durant incorrupti, ventis, ignibus, omni caemento fortiores.» El comentarista escribe: «*Formatum sive formatium*. E. lib. XXXV, cap. 14, Pilinii, qui emendandus est ex hoc loco Isidori.» «Retinemus nos hodie dem nomen, nam formatium Hispani *Hormigon* dicimus.»

Es verdaderamente de sentir que un escritor que ha consultado trabajos españoles, y que no carece de criterio en ocasiones, diga tales errores, los cuales se difunden luego, y como artículo de fe toman muchos de los nuestros. De Córdoba, por ejemplo, asegura formalmente que los cristianos conquistadores se contentaron con «acomodarse en los edificios árabes» (pág. 4 del tomo de *Sevilla*); pero en la antigua corte de Al-Môtamid aconteció, según él, de modo muy distinto, pues «la plupart des édifices... furent élevés sous la domination chrétienne». Reconociendo, al fin, la existencia del *estilo mudejar*—que fué el primero en clasificar y denominar de este modo mi señor Padre, y que la gran mayoría de los escritores extranjeros y no pocos españoles continúan, con error, apellidando «mauresque» ó *morisco*, que es cosa distinta,—al asentar lo copiado, agrega Mr. Schmidt: «quoique l'esprit des Arabes INFLUENÇAT encore très vivement les architectes et les constructions, *comme on s'en peut convaincre à l'Alcázar*, à la *Casa de Pilatos et dans bien d'autres bâtiments particuliers*».

No es obstáculo, sin embargo, tal afirmación, para que más adelante, en el mismo libro (pág. 22), pretenda explicar la razón del porqué fué utilizado el estilo mudejar por los conquistadores: «celà resulte principalement de ce que *les conquérants étaient de rudes soldats qui ne compranient* RIEN *aux arts de la paix*»; de donde viene á inferirse que lo de la influencia del espíritu de los árabes, reconocida anteriormente, es idea no digerida ni comprendida en sus consecuencias. Por esta razón, porque no ha comprendido, como otros muchos, lo que es el estilo mudejar,—cuya existencia repetidas veces confiesa en ambas monografías,—declara de categórica manera, en una de ellas, que dicho estilo «ne se distingue toutefois du style arabe pur, que dans la fabrication de quelques objets secundaires, dans celle des armes, par exemple» (pág. 26 del tomo de *Córdoba* y *Granada*).

El lector, pues, queda perplejo y sin saber lo que son el estilo mudejar y el «estilo árabe puro». Y no puede saberlo, por

cuanto, á la pág. 2 de la misma monografía, dice que «les plus célèbres (edificios) qu'ait jamais produits la civilisation arabe» son el *Alcázar* de Sevilla y la *Casa de Pilatos* de la propia ciudad; en la 4 de la de *Sevilla*, que entre los edificios construídos durante la dominación cristiana, y en los que resplandece «l'esprit des Arabes», figuran el *Alcázar*, la *Casa de Pilatos*, «et bien d'autres batimênts particuliers»; en la 8, que el dicho *Alcázar* fué edificado bajo la dominación cristiana, siendo pocas las piezas que quedan del tiempo de los árabes», entre las cuales, á la pág. 26, incluye la *Sala de Justicia*, que declara ser del «palacio primitivo»; que los patios y las salas del memorado monumento «pueden competir con las más bellas de la Alhambra» (pág. 8), y en la 23, que en tiempo del rey Don Pedro fué labrada la mayor parte del *Alcázar* con los artistas que le fueron enviados de Granada, como ya dijo Morgado...

Estas apreciaciones indecisas dan perfecta idea de lo que Mr. Schmidt conoce el arte hispano-mahometano y el estilo mudejar, aun con haber tenido á la vista obras españolas. No es así de extrañar que repute inferior el estilo del Califato al granadino, que es decadente, resolviendo que en cuanto á la división de los estilos ó períodos de aquel arte *(Califato, Mauritano* y *Granadino*, que es anticuada é inexacta), no se puede trazar una línea divisoria «car les types de chaque période distincte se retrouvent unis dans les deux autres» (págs. 24 y 25 de *Córdoba* y *Granada*), lo cual no es cierto. Tampoco es para extrañar que, mientras al pie del fotograbado de la *Capilla de Villaviciosa* en la Catedral de Córdoba (pág. 13), consigna con la tradición que apadrinó D. Pedro de Madrazo, que es la *maksoura*, en la 27 reconozca es labor mudejar, *et sic de coeteris*.

He citado este autor, porque sus libros han caído, por casualidad, últimamente en mis manos, y por las consecuencias lamentables que puede producir entre nuestros escritores, muchos de quienes, deseando sin duda y de buena fe instruirse respecto de lo que no conocen, ó personalmente no han estudiado, acudirán

por acaso á Mr. Schmidt para que les enseñe las peregrinidades mencionadas, en cuyo número se me había olvidado incluir la de que los «deux périodes romaine et chrètienne... suivent celle de l'art arabe en Andalousie» (pág. 2 de *Córdoba*); la de que la influencia bizantina en la arquitectura islamita «no es tan fuerte como pudiera creerse» (pág. 25), y, prescindiendo de otras, la de que el arco de herradura «no es bizantino» (pág. 26).

Pero es seguro que desde el año de 1884, fecha de la obra del D. Gustavo Le-Bon, á los de 1902-1903, data de la edición francesa en las monografías de Mr. Schmidt, hay una «foule» de libros publicados allende el Pirineo, los cuales contendrán de fijo juicios y noticias no menos peregrinos y curiosos que los citados libros, escritos con profundo conocimiento de la materia por aquellos *touristes* que, según el autor inglés manifiesta piadosamente, han «ouvert les yeux» á los españoles, enseñándoles tales lindezas, y con ellas la de que entre la Era de la Encarnación y la del César hay de diferencia cuarenta años (pág. 40 del tomo de *Sevilla*).

Menos mal, que estos escritores se contentan con decir semejantes cosas, envolviéndonos en profundo desdén, pero sin zaherirnos ni nombrarnos á los españoles; porque hay otros, como el francés Mr. Paul Groussac, naturalizado en la Argentina y director de la *Bibloteca Nacional*, de Buenos Aires, que no nos desdeña, sino que nos hiere y nos ofende con ridícula pedantería y descortés acrimonia en uno de sus libros: *Un énigme littéraise—Le Don Quichotte d'Avellaneda* (París, 1903). Y aunque ya nuestro Menéndez y Pelayo, con la cortesía que aquel señor no se merece, rebatió sus argumentos estupendos, despreciando sus diatribas, que alcanzan al propio Cervantes, no quiero dejar de consignar que para Mr. Groussac los españoles vivimos con el «*sarcoma* de la presunción y de la rutina», en un «medio de miseria psicológica», no perdonando á nadie de los vivos y de los muertos en sus groseras diatribas. Dios se lo pague, como á todos los que nos tienen en tanto, y nos vie-

nen á enseñar, cumpliendo una de las obras de misericordia.

En cambio, hay en la misma Francia hispanistas, como Alfredo Morel-Fatio, á quienes no inspiramos tanto desprecio. Y si bien es verdad que este erudito escritor comenzó de igual manera en el artículo que acerca del *Movimiento historial de España* dió á luz en la *Revue historique* (París, 1877), dirigiendo á muchos escritores españoles, y «á la ciencia histórica española en general, censuras, quizás alguna vez fundadas, pero que son inadmisibles por la forma ofensiva usada en ellas», según decía Mr. Augusto Pécoul en la *Nota* presentada á la Real Academia de la Historia, en Abril del mismo año, y publicada en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*,—hoy ya no piensa, al parecer, de igual modo.

Entre mis papeles encuentro, amarilleado ya por el transcurso de los años, un número del *Messager de Toulouse*, correspondiente al 16 de Diciembre de 1876, y en él, un artículo firmado con las iniciales E. M., el cual lleva en versalitas por cabeza: «*Faculté des Lettres—Cours de Littérature Étrangère.*» Es, más bien que un artículo, un largo suelto, con noticia de las explicaciones dadas en dicha Facultad, por «le savant professeur» M. d'Hugues, en las que éste demostró que en otro tiempo, eran los escritores franceses los que buscaban inspiración en la Literatura española: «Le savant professeur a démontré, par une étude comparée des textes français et espagnols, les larges emprunts que notre littérature à faits à la littérature espagnole et l'influence exercée sur l'art dramatique français par le Théâtre espagnol.»

Con espíritu de justicia, que es muy de agradecer, manifestó M. d'Hugues cómo «aux seizième et dix-septième siècles, la terreur qu'inspirait l'Espagne n'empêchait pas l'admiration qu'on avait pour le génie de cette nation, qu'un de nos poëtes appelle *la mère de l'orgueil*». «C'est le propre d'un peuple dominateur d'imposer aux autres son esprit et son langage.» Todo ésto, de que no éramos los españoles ignorantes, suena bien, sin embargo, en los oídos de quienes hemos venido á tan

triste decadencia política, viéndonos no sólo discutidos, sino sentenciados. Al llegar aquí, el articulista escribe:

«Ici, M. d'Hugues a esquissé un tableau étincelant de verve et d'esprit de cette fastueuse société espagnole, dont la société française du grand siècle s'attacha à imiter les mœurs, le langage et les modes.» «Richelieu, ce grand cardinal, aimait et imitait les espagnols, tout en los combattant.» «Un grand nombre de mots espagnols sont restés dans notre langue.» «Balzac et Voitrue son remplis de locucions espagnoles.» «Dans ses manières, comme dans son langage, la cour de France et la haute société n'avaient pas échappé à la *preciosité* de nos voisins d'outre-monts.» «L'Hôtel de Rambouillet, surtout — prosigue,—se nourrissait de cette musique sonore et vide; on ne disait plus: Je vous salue; mais bien: Je vous baise les pieds; on n'appelait plus les viellards que des *barbons.*» «*On imitait les modes de l'Espagne: mantilles, bottes, etc.; on se frisait les moustaches à l'espagnole; le matin on prenait le chocolat, toujours à l'espagnole; on ne lisait plus que des romans de chevalerie espagnole; à tel point qu'il n'y avait presque plus rien de français en France, car l'Espagne débordait par tout.*»

Quantum mutatum ab illo, ¿no es verdad?

Volviendo los términos, hoy, y tiempo hace, ocurre todo lo contrario. Desde los días de Felipe V, es decir, desde el advenimiento de la casa de Borbón, todo ha cambiado, y España camina en su dolorosa decadencia política y social, amarrada al carro de nuestra cariñosa vecina de ultrapuertos, que generalmente nos mira con despectivo menosprecio, nos moteja, nos zahiere, nos explota, y se erige en directora y maestra nuestra, en todos los órdenes de la vida! Con igual derecho se creen las demás naciones, pues ya es sabido que «del árbol caído todos hacen leña»; pero no tanto, ni para descargarla tan injustamente sobre nuestras míseras costillas.

No es, ciertamente España, por desdicha, un modelo en política ni en otras muchas cosas; pero tampoco lo son las naciones que nos desdeñan. Muy de agradecer es que escritores

extraños se ocupen en nuestros asuntos, sin olvidar ni las manolas ni los toros; pero imítennos siquiera en la admiración con que ingenuamente son en España recibidas las obras de los escritores extranjeros; en la cortesía con que se habla de ellos en asuntos que nos molestan; en la circunspección que observamos siempre; en la lealtad de nuestro proceder, al confesar paladinamente, y aun con cierto pueril orgullo, á quién debemos noticias ó juicios que utilizamos. Y aunque no tengan otra virtud algunos de nuestros escritores, siquiera que los extraños no se metan á hablar de lo que no entienden, ó suficientemente no han estudiado, y no nos vengan á enseñar lo nuestro, diciendo doctoralmente disparates...

Rodrigo Amador de los Ríos

LA INMENSA HISPANIA

El pesimismo nacional.—La patria-terruño y la patria-bandera.—Un Imperio, federación de pueblos.—El mareo, terror de los políticos españoles.—La emigración en general.—La emigración á Costa Rica

De todos los bienes que logra el español que viene á América, no hay ninguno comparable con el de la confianza y seguridad que de sus propias fuerzas adquiere.

Encogida y engurruñada anda la juventud española con la losa de plomo que la organización social carga sobre sus espaldas. Ni sueños de gloria, ni altas ambiciones, ni riquezas: desde que Macías Picavea escribió *El Problema Nacional,* y Costa lanzó sus fulgurantes anatemas, y Unamuno renegó de Don Quijote, y Alba, con sañudas notas al libro de Demolins, nos reveló la superioridad de los franceses, infinitamente inferiores, á su vez, á los anglosajones, y cada cual en nuestra esfera descubrimos males y defectos, la ola del pesimismo sumió á la juventud en un letargo en que el colmo de la dicha era lograr un hogar caldeado por un sueldecito del Gobierno ó de cualquier empresa. Y ¡qué trabajo más enorme! Porque la gente en España se agarra á sus puestos con tal fuerza, que hasta los cargos honoríficos se han convertido en vitalicios. Concejales, rectores, gobernadores, diputados, lo son de por vida ó, por lo menos, están abonados al encasillado alternativo á compás de los dos partidos que turnan en el poder. ¡Hasta los de-

rechos constitucionales se han convertido en destinos vinculables! Porque, como no se leen más que cuatro periódicos, para tener la libertad de pensar y de escribir, hay que esperar á que vaque una plaza de redactor y el momento oportuno de que la empresa crea conveniente una campaña.

No hay más fuente de verdad que la observación personal; hermandades de bombos mutuos, conspiración del silencio, teléfono, telégrafo y cámaras fotográficas, son las armas de adulteración. Hasta las fuerzas *vivas* del país están muertas ó tienen organismos fósiles. Con un diccionario de señas de hace diez años, se puede decir quiénes forman las Juntas directivas de las Sociedades de Amigos del País, de las Cámaras de Comercio y Agrícolas; quiénes son el rector y los decanos de todas las Facultades, los que constituyen la Diputación provincial de cualquier sitio, los Consejos de administración, las redacciones de los periódicos, porque todo el que trepa á una Junta de mangoneo, de influencia ó de representación, allí se queda para siempre.

La juventud lo sabe, y no aspira á nada. Acostumbrada á que el portillo de los méritos sea como el célebre *cuarto turno* de la carrera judicial, prefiere la antigüedad como norma de ascenso; fía en la muerte de los viejos, y se resigna al escalafón social, poniéndose á la cola. El que ha de ser Presidente del Consejo de ministros en 1950, es un joven de veinticinco años que siente en sí el impulso regenerador de pueblos, que estudia con intensidad los problemas sociales, y que se va á presentar concejal de una capital de provincia el año próximo; cinco años después, intrigará para ser diputado en tres legislaturas, se hará amigo y contertulio del que mande entonces, llegará á ser subsecretario del único ramo de la Administración que no haya estudiado; será disciplinado y llegará á ser ministro, y tendrá paciencia para esperar á que un Angiolillo ó una pulmonía cambien el curso de la Historia.

La juventud se ha resignado á la losa de plomo de los años: ó carece de brío, ó realmente pesa mucho la carga.

Debe ser lo último, porque la primera impresión del que llega á América es que le falta plomo encima.

Se asombra uno de que tenga comercio propio un joven sin haberse casado con la hija del principal y esperado á que éste se muera. Y el asombro llega á maravilla, cuando ve que hay ministros de treinta años, que el Presidente de la República tiene poco más de cuarenta, y que hay ex-ministros y aun ex-presidentes que se dedican á cultivar sus tierras ó á su bufete de abogados, sin pretender ejercer una acción constante sobre los negocios públicos. La edad no es una jerarquía, ni los viejos alegan canas y experiencia como títulos preferentes para la dirección social.

Libre de su losa, el joven que llega á estas playas, ensaya sus fuerzas, ve las colonias españolas fuertes, ricas y poderosas, y, en campo libre, en el que la edad ni la nacionalidad son motivo de preferencia, se lanza á la lucha por el bienestar y por la vida, y comprende que «la superioridad de los anglosajones» es solamente un libro; porque si cada norteamericano es una rueda de precisión de una máquina que maneja una sociedad anónima de Boston ó Chicago, cada español es una máquina completa, que él maneja y traslada inteligentemente. Y comprende en seguida, que si el impulso arrollador del norteamericano constituye un serio peligro para las naciones de América, es porque cuenta con el apoyo constante de su nación poderosa, mientras el europeo se encuentra solo, abandonado por las viejas naciones, distraídas en construir acorazados y armamentos, sin ver que en América hay un inmenso Imperio, donde se avecina ó existe ya una lucha de razas, en la que, para vencer, la latina no ha de emplear cañones, sino el amor que crea hogares, puebla selvas y hace ciudadanos; el arte, la ciencia, la cultura, el comercio, todo lo que conquista las almas, que con la doctrina de Monroe quiere llevarse el diablo, inventor de esa política panamericana que no tragan sino á la fuerza las repúblicas latinas, porque saben que es la política del lobo y las ovejas.

Monroe prohibirá á las naciones de Europa tener nuevas colonias en América, pero no puede impedir que España, Francia, Italia tengan una política nacional que proteja la conquista pacífica por parte de sus emigrados de las inmensas riquezas que aún guarda América para quienes sepan extraerlas de su tierra fecunda y de sus selvas vírgenes. España particularmente, por la ventaja del idioma y por razones históricas, tiene ante la humanidad una misión sagrada, fácil de realizar con establecer una relación constante entre los hijos que se la fueron y los que la quedan, y en la que los primeros no la pedirán nada y la darán mucho.

Basta ya de renegar en abstracto de la emigración. Al concepto de *patria-terruño*, debe sustituir el concepto de *patria-bandera*; la primera es el área de la Península ibérica á que llegará la ley de Administración local; la segunda es la inmensa España que no sale nunca del corazón de sus hijos, ni del de los hijos de sus hijos, ciudadanos libres de repúblicas para siempre independientes.

El gobernante de la patria-terruño hace leyes para el territorio, no acepta la emigración, y la contiene; si cada kilómetro cuadrado puede sostener 238 habitantes, como Bélgica, es antipatriótico cederlos.

El gobernante de la patria-bandera comprende que, pese á los regionalismos de campanario, las leyes son tan iguales en todo el mundo, que no vale la pena saberlas, y que lo importante no es hacer leyes, sino regir vidas; quizás las leyes no serán en lo futuro sino instrucciones secretas á los funcionarios públicos, como las circulares en tiempo de elecciones; hoy mismo el que quiere comprar una finca, casarse, hacer testamento, mandar un giro, pregunta al abogado, al cura, al notario ó al banquero, que se encargan de hacerlo bien, por la cuenta que les tiene y con arreglo á la ley del territorio. El deber primordial del gobernante de la patria-bandera consistirá en proporcionar el bienestar á todos los que aquélla cobija. La población adecuada á un territorio es producto de la

organización de la propiedad del empleo del capital, de la riqueza del suelo, de las vías de comunicación, de la distancia á centros productivos á mercados y de otros factores. Vizcaya, con sus 143 habitantes por kilómetro cuadrado, quizás no tiene población bastante; Cuenca, con 14, quizás tiene de sobra. Mientras las transformaciones del capital y del trabajo no permitan un cupo grande, habrá miseria en una región, y el gobernante de la patria-bandera no cumplirá con sus deberes sino trasladando la población sobrante á zona más rica. Y si una crisis obrera, una paralización del trabajo, determina brazos sobrantes, el gobernante de la patria-bandera no verá inconveniente en que el español salga del territorio á que llega la ley administrativa del régimen local, á lograr el bienestar que allí no encuentra. Porque un millón de españoles, sin permiso ó con él, viven en Africa y en América; España es grande, España es inmensa, no lo duden los políticos del terruño; más grande que muchas naciones europeas. Si el español peninsular no se atreve ni á pensarlo, todo español que llega á América lo siente dentro de sí con evidencia incontrastable; la América germánica tiene 90 millones de habitantes y la latina 66; pero la América latina tiene 22 millones de kilómetros cuadrados, ó sean tres millones más que la germánica; y suponiendo, para un porvenir algo remoto, una población uniforme y de 100 habitantes por kilómetro, la América latina tendrá 300 millones de habitantes más que la sajona. La lucha de razas se traduce en poblar.

Quizás este Imperio espiritual, federación no escrita de pueblos independientes, no es propiamente España; hoy por hoy, Madrid sería, sin duda, su capital á poco que los gobernantes del terruño pusieran de su parte; mañana sería Buenos Aires ó Santiago de Chile; pero si la federación, no decretada, ni menos con poder material ni con leyes, haría hermanos bien avenidos de españoles y de americanos, tanto monta que el espaldarazo de caballero al artista ó al sabio hubiera de darse en Madrid, como en Bogotá ó en Lima.

España tiene representaciones diplomáticas y consulares, cuyas comunicaciones son seguramente fuentes copiosas para una inspiración afortunada; bueno es que vengan embajadores extraordinarios de alta mentalidad y de justo renombre; quizás no será inútil que hablemos los que llevamos algún tiempo en América estudiando cuidadosamente la alta política de una inmensa Hispania, para cuya formación puede ser una fortuna inmensa la pérdida del poderío español sobre las Antillas; quizás los señores Maura y Moret sean estadistas tan notables que sepan alzar la mirada sobre los problemas caseros que solicitan brillantemente su atención, y sepan fijarla sobre estos otros que la distancia hace parecer pequeños, sin brillo y poco apremiantes. Pero los problemas hispano-americanos son tan complejos, que no entran por los ojos ni por la inteligencia, sino por los poros de la piel.

Lo único eficaz sería que vinieran á América, en viaje de estudio que durara un par de años, prestigiosos ex-ministros de Hacienda, de Instrucción pública ó de Estado, ya que sería difícil que vinieran los jefes de los partidos gubernamentales.

La mejor propaganda que podemos hacer los españoles que vivimos en América, es la que aspire á persuadir á los políticos españoles de que el mareo no es una terrible enfermedad. Si Castelar lo hubiera sabido, hubiera sido el emperador de esta inmensa Hispania, ó hubiera puesto inconmovibles cimientos para fundarla.

Libros, folletos, artículos, conferencias, podrán preparar la visita de los estadistas; mientras ellos no vengan no se hará nada, por fuertes que sean nuestras excitaciones; tan acostumbrado tiene la prensa al público y á los gobiernos á descontar un 50 por 100 de lo que se escribe en letras de molde, que las únicas fuentes de información son la observación directa y las cartas particulares de personas de íntimo trato, ni más ni menos que antes del descubrimiento de la imprenta.

España cuida en los puertos de que no salgan quienes no hayan cumplido sus deberes militares y, á veces, impide expe-

culaciones de agentes sin conciencia; no sé que fuera de las aguas jurisdiccionales les preste protección, como hace Italia, que envía con sus emigrados, á bordo de los buques extranjeros, un médico de su Armada, que se cuida de que se les dé la alimentación y el trato convenidos. Se sabe, en cambio, por cartas que publican los periódicos españoles, que son muchos los compatriotas que, después de llegar á América, se arrepienten de haber venido, y han cambiado una mala situación por otra peor. Una buena información, suministrada gratuitamente, respecto á salarios, trabajos, carestía de vida y salubridad de cada país, para evitar ilusiones exageradas, y un buque español que, cada dos años, repatriase é los arrepentidos que no hubieran logrado acomodo ni dinero para volverse, serían medidas elementales de gobierno en quien mirase más á la patria-bandera que á la patria-terruño.

Si no es posible evitar la emigración, cuidemos de que los españoles que abandonen su tierra vayan ganando, y no perdiendo. El capital español y los dueños de la tierra peninsular tendrán que competir con los que solicitan brazos más allá de las columnas de Hércules, y se producirá una transformación social que se traducirá en un aumento del salario y en la baja del interés ó en la división de la propiedad, medios todos de ir solucionando el problema social sin esperar las violencias de las muchedumbres.

¿Qué clase de emigración necesitan las repúblicas hispanoamericanas?

¿Qué repúblicas americanas necesitan inmigración?

¿Qué españoles pueden emigrar con éxito?

¿Qué política de emigración debe adoptar España, y cuál de inmigración las naciones de América?

No es posible contestar acertadamente á todas estas preguntas sin residir algún tiempo en cada una de las repúblicas. Las afirmaciones de este estudio, cuando sean concretas y se refieran á Costa Rica, tendrán un valor mayor que cuando sean de carácter general; el que conoce poco, generaliza demasiado

pronto, ó toma por peculiar á un país lo que es común á muchos otros; cónsules tiene España encargados de informar oficialmente, y seguramente lo hacen; cónsules de la patria somos, en cierto modo, los que, acudiendo á la opinión pública, queremos llegar por otro camino á la mente de los gobernantes. Si éstos despiertan, que busquen y lean las comunicaciones oficiales, si no prefieren hacer personalmente el estudio, que es lo que procede.

Toda la América necesita mayor población. Excepción hecha de algunas de las Antillas y de la república del Salvador, ningún país está medianamente poblado. La corriente emigratoria llevó anualmente á los Estados Unidos 280.000 individuos por término medio, en el decenio de 1870 á 1880; más de medio millón, cada año de los dos decenios 1880 á 1910; 1.027.420 en el año de 1905, y cifras superiores á un millón en los últimos años, no obstante exigirse al emigrante, para desembarcar, la presentación de una cantidad, que se ha ido elevando, y que actualmente es de cincuenta dollars. Sin embargo, la densidad de la población en los Estados Unidos es de nueve habitantes por kilómetro cuadrado. En los inmensos campos del Oeste queda sitio para más de ochenta millones de hombres. No se diga nada de la América latina, donde la densidad media es tres por kilómetro cuadrado.

Buen clima, feracidad del suelo y paz inconturbable caracterizan á Costa Rica. Su vecindad con las Antillas y su parentesco con la mal avenida familia centroamericana, ha creado la leyenda europea, enteramente injusta, de que este país es revoltoso y de clima mortífero.

Costa Rica tiene aproximadamente la extensión de Galicia, Asturias, Santander, las Provincias Vascongadas y la mitad de Navarra (59.570 kilómetros cuadrados), y una población de 350.000 habitantes (menos que la provincia de Orense), correspondiendo 6 á cada kilómetro cuadrado; sobre su suelo, llano en el litoral, quebradísimo en el centro, alzan sus cumbres siete volcanes extinguidos, y á intervalos, su penacho de vapor

y sus columnas de agua hirviente, el Poás majestuoso, ríos y cataratas, mesetas á todas las alturas y ambos Océanos batiendo en total 800 kilómetros de costa, dan á esta faja estrecha de terreno inmensa variedad de climas y producciones. Y sobre ríos y valles, poniendo su pie sobre la cima del Irazú, á 3.414 metros sobre el nivel del mar, puede el hombre gozar en días serenos la grandiosa visión del Pacífico y del Atlántico, y sentirse solo, angustiosamente solo, en un mundo esférico todo de agua, sin más que un picacho saliente para apoyo, ó soñarse juez desapasionado del pleito del hormiguero de las razas humanas, viendo á igual distancia: por Oriente, el peligro negro; por Occidente, el peligro amarillo, y al Norte y al Sur, preparadas para una lucha todavía muda, ambas Américas, la sajona y la latina.

Debido á la configuración de su suelo, Costa Rica tiene tres climas: el de las costas, malsano en la baja y arenosa del mar caribe, ó de tierras ardientes; el de las altiplanicies ó de tierras templadas, y el de las montañas ó tierras frías. El de la meseta central, en la que se agrupa casi toda la población de la República, es incomparablemente hermoso: siempre como en Madrid en la primera quincena de Mayo; el termómetro no baja de 11° ni sube de 35; pero estas temperaturas son tan excepcionales como en Madrid las de 14° bajo cero y de 42° á la sombra; es raro que el termómetro marque menos de 18° ni más de 24, siendo la media diaria, mensual y anual, de 22°; ni frío ni calor: siempre los árboles con hojas, siempre flores y siempre frutos; una eterna primera.

De Mayo á Noviembre, las mañanas son claras, depejadas y serenas hasta las once, y poco á poco el cielo se cubre de nubes que descargan torrencialmente á las dos de la tarde y durante dos ó tres horas; á las siete de la noche el cielo está despejado. Los restantes meses del año no llueve, el cielo está nuboso y sopla constantemente fresco aire Norte, que justifica la frase corriente: *fresco de verano*, porque aquí al no llover lla-

man verano, y *hace verano* desde Diciembre á Abril y algún día suelto de los otros meses.

Con clima tan agradable como el de la meseta central, posee Costa Rica inmensas tierras sin habitación ni cultivo.

Costa Rica es, pase la frase, un país *sin clima* y *sin historia*.

¿Vale la pena llamar clima á estar todo el año á 22°?

Pues lo mismo pasa con su historia, que es un cuento sencillo:

Éranse unos indios pacíficos, que hacían ídolos de oro y cazuelas de barro; las mujeres eran lánguidas, de mirar cariñoso, de ojos brillantes y negros como azabache. Comían plátanos, que nacen solos, y bebían el jugo de las cañas. En su cuarto viaje, el 18 de Septiembre de 1508, llegó Cristobal Colón. Se llevó algunos indios, y debió dejar algunos españoles. Capitanes españoles vinieron á conquistar este suelo, y siempre que quisièron paz y buenas relaciones las encontraron. Vázquez de Coronado, salmantino, conquistador noble, generoso y compasivo, tiene ganada la inmortalidad de su nombre entre los costarricenses, por su gobierno civilizador y paternal; llegaban conquistadores, y quedaban conquistados; dormían al lado de las indias, de lánquido y brillante mirar, y despertaban odiando las vanaglorias guerreras y mundanas, temiendo al frío de España y mirando la cima de estos árboles que dan frutos sin arado, ni azada, ni siembra. Unas cincuenta familias andaluzas y extremeñas no lograron riquezas, pero se acomodaron á este dulce vivir, y de ellas, cruzadas con la raza india, nacieron los 50.000 costarricenses, que el 29 de Octubre de 1821 declararon á Costa Rica libre é independiente. El mismo gobernador español, D. Manuel Cañas, reunió al pueblo en Cartago para que expresase su voluntad al recibirse un correo de Guatemala que anunciaba la proclamación, el día 15 de Septiembre, de la independencia de la metrópoli provincial.

Realmente, sobre Costa Rica no se dejó sentir nunca el peso de las coronas de Austria y de Borbón; 64 gobernadores españoles que hubo, procedieron según su carácter y talento, unos

mal y otros bien; el sueldo del gobernador lo pagó siempre la real caja de Nicaragua, por la penuria de la de Costa Rica.

En los ochenta y ocho años de vida independiente, ha tenido Costa Rica 22 presidentes y una sola guerra, en 1856, por motivo tan sagrado como la defensa de su independencia, amenazada por el aventurero Walker, que se proponía hacer de las cinco repúblicas de Centro América cinco estados esclavistas y anexionarlos á los del Sur de los Estados Unidos.

Por horror á la guerra, el pueblo de Costa Rica fusiló á dos expresidentes: al general D. Francisco Morazán, porque levantó levas para una campaña de invasión centro-americana, y á D. Juan Rafael Mora, porque, apoyado en el paisanaje, intentó reconquistar el poder por la fuerza.

El costarricense es pacífico y respetuoso con la autoridad constituída, aunque ésta haya tenido origen en una cuartelada ó en presión gubernativa que en otros países hubiera originado motines.

Costa Rica no tiene problemas políticos ni sociales. Destruído todo lo violento de la obra del ex-presidente D. Próspero Fernández, quien en 1884 desterró al obispo y á los jesuítas, decretó la enseñanza laica, secularizó los cementerios y prohibió la entrada de frailes en la República; pero incorporadas á las costumbres la tolerancia absoluta, y á las leyes garantías de independencia del poder civil, puede decirse que no existe problema religioso ni clerical: en el Liceo de Costa Rica convivimos perfectamente catedráticos católicos, protestantes, indiferentes, librepensadores y teosofistas.

Las libertades públicas están aseguradas, pues lo poco que faltaba, la libertad de la prensa y de la tribuna, para juzgar las disposiciones del Gobierno, la ha concedido el actual presidente, licenciado D. Cleto González Víquez, que, acostumbrado á vivir en París y Madrid, se ha reído grandemente de quienes creían conmovidos los cimientos sociales por un artículo ó un discurso de ruda oposición al Gobierno, negándose tenazmente á toda medida de violencia contra sus enemigos po-

líticos. El Congreso funciona y hace leyes sin asistencia de los ministros, que no pueden concurrir á las sesiones sino cuando son llamados; es frecuente que el Congreso rechace leyes que le propone el poder ejecutivo, sin que por eso crea nadie obligado á dimitir al ministro correspondiente; el Presidente no da su sanción bastantes veces á leyes del Congreso, y esto no parece sino el ejercicio de un derecho constitucional.

Así funciona esta república democrática. Tan democrática, que para hablar con los ministros ó con el Presidente se necesita menos tiempo y etiqueta que para conferenciar con un director de periódico ó con un jefe de negociado de un ministerio de España.

El problema social no puede conmover á estos obreros. Los que tienen oficio manual definido, carpinteros, canteros, tienen siempre trabajo, y ya se contentarían los patronos con que trabajasen intensamente, no las ocho horas que piden los socialistas, sino cinco ó seis. Sin necesidad de ropa, ni más abrigo que un techo; con los alimentos del país, azúcar, café, arroz, verduras, alubias negras (*fríjoles*), plátanos y maíz, producidos sin esfuerzo, ni cuidado, ni cultivo intenso, ni abonos; con tierras de que podrían ser propietarios si quisieran cultivarlas, ¿cómo van á seguir prédicas trasplantadas de Europa ó de los Estados Unidos, donde el capitalismo y la explotación industrial ó minera son la base lógica de ellas?

Costa Rica no tiene el problema del militarismo: el ministro de la Guerra es siempre un abogado, y el jefe técnico militar es belga. Además, el grado militar es un empleo de poco sueldo é importancia, y toda la tropa se reduce á 625 soldados en activo, de los cuales muy pocos son veteranos.

Parece, pues, que Costa Rica está brindando asilo á los extranjeros.

Clima benigno, tranquilidad pública, política sencilla. Costa Rica necesita poblarse. ¿Qué emigración necesita? Eso será objeto de otro artículo.

ARTURO PÉREZ MARTÍN

LOS RETRATOS DE ISABEL DE PORTUGAL

MUJER DE CARLOS QUINTO

El Museo del Prado posee, entre otros retratos debidos á Ticiano, el de Isabel de Portugal, mujer de Carlos Quinto (1). Es una obra maestra de la mejor época del maestro veneciano, de aquella en la que produjo también, además del retrato de Carlos Quinto, los del Aretino, de Madruzzo, de la hija de Roberto Strozzi, de Pablo III.

Este retrato de Isabel no fué pintado del natural: la emperatriz murió en 1539, sin haber salido de España, en donde Ticiano no pudo conocerla; sabemos, además, que la obra no fué encargada hasta Julio de 1543; Carlos Quinto se encontraba en Italia, en Busceto, cerca de Cremona, para una entrevista con el Papa Pablo III (2). Manifestó entonces al Aretino el deseo de tener, de mano de Ticiano, un recuerdo de su difunta esposa. Para que sirviese de modelo al maestro, le confió un retrato hecho por un artista que ha quedado desconocido y *ditrivial penella* (3), al decir de Aretino, que sirvió de intermediario

(1) Museo de la Real Academia de Madrid, núm. 485 del catálogo oficial de Madrazo. H. 1m,17; a. 0m,98. Se hallará una reproducción de este cuadro en la obra de M. G. Gronau, *Tizian*, Duckwotrh London, 1904, lámina de la pág. 130.

(2) Del 20 al 25 de Julio de 1843.

(3) Gronan: obra citada, pág. 129.

en estas negociaciones. Una carta de Ticiano nos hace saber que, una vez terminada la obra, los dos cuadros, el antiguo y el nuevo, fueron restituídos á la vez al emperador. Esta carta, fechada en Roma el 8 de Diciembre de 1545, menciona la entrega de los retratos al embajador Mendoza (1). Carlos Quinto quedó altamente satisfecho del trabajo de su pintor preferido: cuando abdicó, se llevó á Yuste el retrato de Ticiano. La obra volvió después á las colecciones de la Real Academia; allí fué donde la vió Carducchó en 1686, en la galería del Sur.

Compréndese fácilmente la admiración que este lienzo ha provocado. Tal vez no haya retrato más expresivo de la manera majestuosa y brillante de Ticiano. Los colores son un regalo para los ojos; la armonía entre los diferentes tonos de los rojos, el blanco satinado, los oros y las perlas del traje, revelan la maestría de un artista de primer orden, hábil en templar el brillo de los tintes, sin quitar nada, sin embargo, del vigor del colorido. La emperatriz está representada sentada, de tres cuartos de figura, erguida y grave en su traje de gala. La seriedad impasible, casi desdeñosa, de la actitud; la pureza aristocrática de las facciones, como también los detalles de la ornamentación; las águilas del fondo del tapiz, dicen por sí solos el rango de la princesa. Ticiano, que no siempre trató de apoderarse también de la psicología de sus modelos, hizo aquí un esfuerzo para marcar, al lado de la distinción regia, un cierto carácter de dulzura y de piedad. Lo ha representado en la coloración abandonada de las manos, una de las cuales cuelga á lo largo de la falda, mientras que la otra sostiene apenas un libro de Horas entreabierto. Como ocurre á menudo en los cuadros del maestro veneciano, un rompimiento convencional descubre á la izquierda un paisaje de montañas rocosas, doradas por un sol de crepúsculo, cuya luz caldea los primeros términos, iluminando con vivo reflejo la mano de la lectora. Solamente el ros-

(1) «*Il ritato... fato di unia mano coa quell altro che mi fundato da les per exempio.*» V. Aretino, *Lattere* (París, 1609), vol. III, pág. 36.

tro tendría que criticar. El pelo es de un rubio doradísimo, la piel diáfana, los ojos de color de avellana; la expresión de las facciones es majestuosa—soñadora un poco, dulce si se quiere,—pero ciertamente fría. No se sorprende el estremecimiento de la vida: el toque es fácil y superficial; cuando se estudia de cerca este rostro, se tiene perfectamente la impresión de una copia idealizada.

***

¿Cuál fué el modelo del pintor, el retrato desconocido de que habla el Aretino? Se ha señalado al principio un cuadro puesto á la venta en Munich, en casa de H. Helbing, en 1903, por un coleccionador de Florencia (1). Digamos desde luego, que á los conocedores no les pareció que este cuadro fuese el original verdadero, el prototipo del retrato de Isabel. Gronan ve en él una copia derivada, de igual suerte que el cuadro de Ticiano, del misterioso modelo (2). Esta copia procedía de Bolonia, en donde perteneció á la familia Pepoli. Es interesante tener en cuenta á este propósito, que la hermana de Isabel, Beatriz, duquesa de Saboya, habitó el palacio Pepoli durante el tiempo que Carlos Quinto estuvo en Bolonia cuando su coronación (1530). El cuadro tal vez lo regaló el emperador á la familia Pepoli, ó lo dejó Beatriz como recuerdo á sus amigos (3).

Este retrato de Isabel es, poco más ó menos, del tamaño del de Ticiano. La princesa está sentada en la misma posición; el pelo es idéntico; solamente difiere la colocación de las manos. En el cuadro de Munich, la emperatriz no tiene libro; el traje es á la moda portuguesa, de terciopelo negro, sencillo, sin per-

(1) Katalog von Oelgunalden, der altorer meister aus hachadeligem Florentiner Besitz. Munich, venta del 7 de Diciembre de 1903.

(2) V. Burlington Magazine, Agosto, 1903.

(3) Consignamos aquí la opinión de Gronan; más adelante se verá que suscita dificultades, porque tenemos razones para creer que en 1530 no estaba todavía pintado el cuadro modelo.

las; salvo la riqueza y el color, recuerda, por sus grandes líneas y su forma, el cuadro de Ticiano. El modelado de la cara es enérgico, poco saliente y, probablemente, parecido; los ojos, duros y negros, parecen como una mancha en medio de una carne pálida de mujer pelirroja.

En los documentos españoles relativos al retrato de Isabel por Ticiano, se habla siempre de un modelo español. Ahora bien; el retrato de Bolonia haría más bien pensar en una mediana obra flamenca. Lo cierto es que no se concibe en modo alguno cómo el retrato de Ticiano, tal como lo tenemos ante la vista, hubiera podido proceder de una obra á la vez tan floja y tan singular en ciertos detalles. Que se examine á este propósito la parte izquierda del rostro: el toque es seco, apresurado, á menudo incorrecto: esto en cuanto á las imperfecciones; notaremos, entre las irregularidades, el color sombrío de los ojos, el aspecto duro de la mirada, la inclinación muy acentuada de la cara. Todo esto difiere en alto grado del retrato de Ticiano.

*
* *

Existe en París, en una colección particular, un retrato de mujer, de tamaño natural, sentada ante un fondo sombrío: la mano izquierda, con la punta de los dedos, se apoya en una mesa cubierta con un tapete; el brazo derecho, con abandono, se apoya en las rodillas, teniendo en la mano una rama de rosal (1).

Esta mujer está vestida á la portuguesa, con un traje de terciopelo negro, que se abre sobre un cuerpo interior de brochado de oro pálido, apenas visible. Las segundas mangas,

(1) Pintado sobre madera, H. 1m,10; a. 0m,98. La colección pertenece á Mme. L. Roblot, quien la recibió en 1875 del marqués de Salamanca. Cuenta con un centenar de cuadros antiguos, españoles y flamencos. En 1875, un perito hizo un inventario de esta colección; pero la obra citada ha desaparecido hoy. El marqués de Salamanca tenía estos cuadros en su posesión de Vista Alegre, en España.

muy amplias, llevan aplicaciones de seda encarnada, de una tonalidad soberbia; se cierran con broches de joyas sobre bullones de seda blanca. Un cordoncillo de oro enjaretado rodea el talle; un cuello pequeño de terciopelo negro con lunares blancos cierra lo alto del cuerpo; un colgante de bisutería y perlas, y una línea de bordado de oro, que dibuja el nacimiento del pecho, son los únicos adornos, con una joya para el pelo. El rostro, sobre todo, es atractivo; es difícil no sentir su belleza. El pelo en trenza, que oculta las orejas, es de un rojo ardiente; en cambio, la piel aparece lechosa, y de una tal transparencia, que á primera vista la cara parece medio modelada; pero la firmeza de la nariz y de la boca da precisión al dibujo. La expresión es más bien de tristeza. Los pómulos, salientes y muy rosados, hacen pensar en una joven enferma de tisis; la parte inferior de la cara es delgada, aguda; la frente, vasta, es de una cándida pureza. Las cejas se fruncen en curvas muy marcadas; los ojos, negros, no tienen la mirada absolutamente recta, cosa que se observa en ciertos tipos españoles de hoy. Las manos están lejos de ser perfectas, á pesar de la elegancia de los dedos afilados; la muñeca es carnosa, la carne es blanda é hinchada, y contrasta con la sequedad de la cara.

El conjunto del cuadro produce una intensa y honda impresión. Toda la vida que faltaba al cuadro de Ticiano está aquí. ¡Cuánto más expresiva es esta princesa melancólica que la gran dama cuya imagen nos ofrece su prodigioso pincel! Tenemos la seguridad de encontrar aquí la verdadera figura de la emperatriz Isabel. Ella no tuvo esa salud que Ticiano le presta, no tuvo tampoco esa serenidad dichosa que se complace en embellecer el genio sonriente de un italiano. A la maceración del tedio de una corte, debió él tomar esa actitud un poco lángida, esa expresión infantil y dulce de la mirada, esa resignación asombrada de los que no tuvieron juventud y conocieron demasiado pronto las fatalidades de la vida. No fué ella muy feliz sin duda. Su marido la amó; pero tal vez con alguna sequedad, y á través de cuidados demasiado grandes, de

precauciones demasiado constantes, gastó su vida frágil en dirigir, en ausencia de su marido, una España indócil, y murió confinada en sus ensueños, añorando tal vez todo lo que la vida le había rehusado. He aquí por qué nos impresiona por su palidez, sin afeites y sin traje de gala, en ese marco de una elegancia sombría, en el que hasta la corona puesta á la izquierda parece un emblema inútil á la majestad real.

***

Este es, si no me engaño, el original del retrato de Ticiano y también el de la copia flamenca de Bolonia.

¿A quién hay que atribuir este original?

Conocemos tan mal la iconografía de Isabel como su vida. Todo lo que sabemos, es que el retrato de la colección Roblot estuvo siempre en Toledo ó en Madrid, excepto durante la estancia de Carlos V en Italia y en Alemania en 1543.

A principios del siglo XVI eran todavía pocos los pintores extranjeros admitidos en la corte de Carlos V. Hasta el regreso de sus viajes, el emperador no pensionó ni llamó á su lado á los artistas. Parece que haya, pues, motivos para pensar, sobre todo, en un pintor portugués; Isabel debía de preferirlos, por pertenecer á la casa de Portugal y ser muy afecta á su familia.

En la pintura portuguesa de aquella época, el taller de Coimbra es el que más llama la atención. El nombre que en él domina es el de Velasco-Vasco (1). Luis de Velasco, oriundo

(1) Encontramos establecidos en España, en el siglo XVI, varios artistas de ese nombre, originarios de Coimbra, y probablemente colocados bajo la protección de la emperatriz. Esta pléyade colaboró en el decorado pictórico y escultórico de la catedral de Toledo. Parece que una segunda generación reemplazó á la primera; un Cristóbal de Velasco continúa el embellecimiento de la catedral; pinta el retrato de Isabel Clara Eugenia (1598), mujer del archiduque Alberto, gobernador de los Países Bajos, hija de Felipe II y de su tercera mujer, Isabel de Francia. Tendremos oca-

de Coimbra, era un pintor de corte (1). Fué varias veces á Toledo, y allí se instaló definitivamente en 1564, para ejecutar frescos y cuadros de altar (2). Es, sin embargo, célebre, sobre todo por sus retratos (3).

A pesar de sus afinidades con Italia, supo conservar la verdadera manera portuguesa (4). El tono saliente y sombrío de su pintura, así como sus relaciones probadas con la corte de Toledo, podían hacer pensar en él respecto al retrato de la emperatriz. Así, pues, de buen grado hubiéramos reconocido en él al autor del cuadro modelo; pero pacientes investigaciones, proseguidas en España mismo, no han dado ningún nuevo apoyo á esta hipótesis. Nada tampoco autorizaba á buscar entre los pintores de nombre de Olanda ú Holanda, quienes, por la técnica, se asemejan al género hispano-portugués, y que fueron pensionistas de las cortes de España y Portugal (5). Apartadas estas atribuciones, hemos dirigido nuestra investigación por otro camino.

El catálogo del Museo del Prado (núm. 485) (6) atribuye el modelo de Ticiano al pintor Antonio Moro. He aquí una

---

sión de insistir sobre este último retrato. La fama de Velasco empezó á fines del siglo XV. Un Velasco, licenciado, fué escultor y arquitecto en España por esa fecha. Diego de Velasco, de Coimbra, escultor, trabajó en 1536 en la catedral de Toledo.

(1) D. Antonio Palomino y Antonio Pons le discuten ciertas bellas obras, que atribuyen á Blas del Prado.

(2) Se le atribuye, en la catedral de Toledo, un cuadro de la *Encarnación*, donado, como lo atestigua una inscripción, por una infanta de España, Isabel, y por D. Fernando.

(3) Los del cardenal Quiroga, de Miguel Barroso, del prelado Hernando de Avila, de F. Comonlés y de su mujer García.

(4) V. Juan Bermúdez, «Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España», publicado por la Real Academia de San Fernando, vol. VI, letra V.

(5) Retratos de Catalina, reina de Portugal, y de su familia.

(6) Catálogo histórico y descriptivo de Madrazo (págs. 274, 243, 343, 344, 663.

atribución verosímil, autorizada perfectamente, á primera vista, por el estudio del taller de Moro y de sus discípulos. Antonio Moro fué el pintor de Carlos V antes de ser el favorito de Felipe II (1); nada impide, pues, á priori que se le otorgue la honra del retrato de Isabel. Sin embargo, esta atribución no debe aventurarse sin maduro examen (2). Una primera dificultad resulta, en efecto, de la cronología. Si los documentos dicen, cierto es, que Moro, nacido en Flandes, vino pronto á España, no tenemos la prueba segura de su estancia en Madrid hasta el año 1552; de esta época, muy posterior al encargo del retrato de Isabel, parece que datan las primeras relaciones de Moro con la Casa Real portuguesa. De otra parte, el examen de los retratos auténticos de Moro no permite en modo alguno pensar que sea el autor del cuadro de que tratamos. El estilo de Antonio Moro es duro, realista, pone de relieve los rasgos particulares de las caras, las imperfecciones individuales; esto es muy ostensible en los retratos de la reina María de Inglaterra y de Margarita de Parma (3). Por el contrario, nuestro retrato de Isabel denota, como ya lo hemos observado, gran ligereza de ejecución y dulzura en expresión en la figura. Ahora bien; estas son, precisamente, las cualidades de un pintor contemporáneo y amigo de Moro, afecto, como él, á la corte de España, y retratista de la Familia Real: Alonso Sánchez Coello.

Es fácil establecer una comparación entre los dos pintores (4), por ejemplo, por lo que respecta al retrato de María

(1) V. Valerian von Loga, Antonis Mor als Hofenaler Karls V und Philippo II (jalerbench der Kunsthistorischen Samenlerngen der allerhochsten Raiserhauses, XXVII, 1908, pas. 3).

(2) Esto es lo que hace V. von Loga (obr. cit., pág. 120). Su hipótesis de la atribución á Moro no se apoya en prueba alguna.

(3) V. las láminas del artículo citado de V. von Loga.

(4) V., en los grabados del artículo de V. von Loga, el retrato de la reina Ana, cuarta mujer de Felipe II, por Moro, y el mismo por Sánchez Coello.

de Austria, la hija de Isabel y de Carlos V (1). Tienen la misma actitud, la misma comprensión de la figura. En los dos cuadros, los terciopelos oscuros y de un tono intenso envuelven y realzan la cara y las manos; pero la manera de Moro es indiscutiblemente más realista; se notará cómo ha acusado las ojeras y el alargamiento del rostro. Estamos ciertamente en presencia de dos temperamentos de artistas completamente distintos.

El mismo autor del catálogo del Museo del Prado, cuando la restauración de esta obra, abandonó la hipótesis de Antonio Moro, para proponer, por consejo de Maxwell Stirling (2), el nombre de Alonso Sánchez Coello. Sánchez pintaría á la emperatriz en sus veintitrés años, cuando también él era joven y estaba desde hacía poco en la corte. La atribución parecería fuera de duda por un pasaje de las memorias de Luisa Raynalte, camarera de Isabel.

Desgraciadamente, Stirling no indica en parte alguna en dónde se encuentran estas memorias, ni de qué manera pudo consultarlas (3).

Confesamos habernos tenido en guardia contra una hipótesis tan frágil, apoyada, sin embargo, por el testimonio irrecusable de papeles perdidos ó, por lo menos, extraviados. Lo que nos aconsejaba la prudencia era, desde luego, la cronología adoptada por lo que respecta á Sánchez Coello. Pónese ordinariamente su nacimiento en 1515; no tendría, pues, á la muerte de Isabel, sino veinticuatro años; ¿pero es cierta esta fecha de 1515? Sus documentos españoles, menos afirmativos, nos ha-

(1) El retrato de esta emperatriz, mujer de Maximiliano II, por Moro, se encuentra en el museo del Prado (núm. 401). El mismo retrato, pintado por Sánchez Coello, está en Bruselas.

(2) Maxwell Stirling: «Anuals of the artitis in Spain» (1.ª edi., vol. I, pág. 41, ó 2.ª edi., vol. I., pág. 48). Debe estas referencias á Uniss Ethel Halseg.

(3) Stirling ha muerto, y su editor no ha podido darnos ningún dato sobre este asunto.

blan solamente de «principios del siglo XVI». Lo que constituye también una dificultad, es la opinión de Gronan, según el cual, el retrato fué ejecutado antes de 1530; tal vez podría uno atenerse á esta fecha, adelatando algunos años al nacimiento de Coello. Tal vez también podría suponerse un cambio de cifras en las memorias en donde Stirling tomó su información. Varias veces hemos visto ejemplos de esto en documentos españoles. Es, por lo tanto, posible que el cuadro sea de los últimos años de la vida de Isabel, que el cuadro fuese pintado en 1538, por ejemplo; la emperatriz hubiera tenido entonces treinta y dos años, y no veintitrés.

Nuestros informes sobre la vida y la obra de Coello (1) fortifican la hipótesis que haría de él el autor del primer retrato de Isabel. Fué á Toledo, llamado por Luisa Raynalte, ó, por lo menos, recomendado por ella; no tardó en amarla, y se casaron, después de la muerte de Isabel, en la iglesia de San Miguel, de Madrid, en 1541 (2). Era, pues, de los que rodeaban á la emperatriz. Compréndese entonces por qué Isabel se nos presenta

(1) Lo que se sabe sobre la vida de Coello es todavía poco preciso. Nació más probablemente en Portugal que en la provincia de Valencia. Vincenzio Carduncho nos dice que aquél fué educado por un pariente, en Santiago de Portugal, y que trabajó con un portugués llamado Baena. Su apellido Sánchez es el de su padre; no se sabe cuándo le añadió el de su madre: Coello. Firma «Alonso Sánchez fect.» Se le considera, erróneamente, como un discípulo de Moro; los dos pintores eran, poco más ó menos, de la misma edad y sencillamente amigos. Compartieron el favor de Carlos V y de Felipe II; de aquí frecuentes composiciones en las atribuciones de retratos, como también con Pantoja de la Cruz, discípulo de Sánchez. Sabemos que Sánchez pintó, en Portugal, á Juan III y á una gran parte de su familia. Desgraciadamente, varias de estas obras se quemaron en el incendio del Pardo (1608), con una copia de un cuadro de Ticiano, *Tántalo é Ixion*, procedente del castillo de Bringe (en Flandes), vista por Vincenzio Carduncho y Palomino. La muerte de Sánchez Coello se pone en 1590.

(2) Luisa Raynalte, que sirvió fielmente á la emperatriz, se quedó en la corte; tuvo, de Sánchez Coello, una hija, Isabel, la cual fué á su vez una pintora de talento; se casó con Felipe de Liaño, discípulo de su padre, y sirvió á los infantes. Murió en 1612 en Madrid.

vestida sencillamente, con una flor en la mano; Sánchez ejecutó un retrato íntimo, y no oficial. Tiene, cierto es, la corona puesta á mano izquierda; pero un examen minucioso muestra que este adorno—de una ejecución floja y tosca, muy distinta de la de las joyas del cuerpo—no es nada más que una torpe adición. Tal vez hay que suponer que fué añadida de prisa, cuando Carlos V, deseoso de procurar un modelo á Ticiano, mandó buscar los retratos de la emperatriz. No es esto todo: ¿no deja adivinar la hipótesis Coello, por qué el retrato de la colección Rollot, á pesar de su innegable valor artístico, no está firmado? Concíbese que un pintor joven, sin notoriedad, no pusiera su nombre en un cuadro que no estaba destinado á las galerías de la corte, y esto es también lo que nos explica que el retrato pudiera salir del Museo Real del Prado, y ser tan fácilmente olvidado, tanto por su anónimo como por la brillante fama de la copia de Ticiano.

*
* *

Mírense, al lado del retrato de la colección Roblot, otras obras seguramente auténticas de Coello; por ejemplo, además de las ya indicadas, las infantitas, hijas de Felipe II, ó Doña Isabel Clara Eugenia, ó el joven príncipe Don Carlos. Un detalle nos llama la atención: es la semejanza de las manos; los dedos son de una delgadez aristocrática, que se encuentra en toda la escuela hispano-portuguesa; pero aquí, con una exageración manifiesta, sobre todo—rasgo particular en las manos de Coello—lo afilado de las falanges, contrasta con lo grueso del metacarpio y la muñeca: este defecto es como una firma; es imposible confundir á Coello con Antonio Moro, que hizo manos admirables. No solamente se encuentra la misma estructura en toda la serie de las obras de Coello, sino también la misma posición; un abandono un poco cansado; una negligencia que, por ser convencional, no es menos graciosa frecuente-

mente. Las manos tienen flores, pañuelos, guirnaldas; el uso de los guantes, tan frecuente en Moro, es casi desconocido.

El estudio de los rostros lleva á las mismas conclusiones; en todas partes se comprueba la manera portuguesa: una gran seguridad de efectos, una ciencia perfecta de las líneas y de las actitudes. La simplicidad de los medios podría dar la impresión de un trabajo poco seguido; pero no hay conocedor que no estime ante todo esta distinción fina. Un rasgo característico de todos los retratos de Sánchez, es la subordinación de los adornos al efecto de las caras; los atavíos, muy delicados, no están nunca pintados por sí mismos. El marco es sombrío, de tonos calientes, pero sin brillos ni rompimientos; la figura se destaca en él con una precisión imperiosa; en la expresión misma, y de un retrato á otro, hay como un aire de parentesco: las frentes abombadas, muy anchas; las miradas animadas por una orgullosa resignación; las bocas indiferentes, secas y contraídas, todo traduce á maravilla el carácter de los personajes y la psicología de aquella casa hispano-portuguesa, que alió su ascetismo altanero con la crueldad. Sobre tales almas, los años no marcan su huella, la vida se desliza; ¿quién sabe los sueños que pudieran nacer tras esas frentes?

Evidentemente, nos encontramos aquí muy lejos de Ticiano. El maestro de Venecia no nos sugiere sino lo que ha querido decir; ha representado á una emperatriz feliz y omnipotente; ha borrado cuidadosamente de ese rostro la señal inquietante del tedio; la impresión que domina es la de reposo. La emperatriz está sentada en una terraza á la italiana; su traje maravilloso, el brillo multiplicado de sus joyas y sus perlas, todo nos aparta de la triste austeridad del castillo de Toledo. El aire de afuera acaricia las mejillas pálidas, alivia la rigidez del peto; en la carne glorificada se infunde la felicidad y el deseo de agradar, y si un poco de tristeza queda aún en la mirada, si la frente permanece pensativa, se siente que todo esto va á desaparecer bajo las caricias del bello sol veneciano.

El lienzo de Ticiano debía eclipsar por completo los anteriores retratos de Isabel. La mayor parte de las efigies de Isabel, á partir de 1545, nos han llegado con la mención «Según Ticiano». Puede demostrarse que esta mención es errónea; el prototipo es justamente el retrato del que Ticiano sacó su copia célebre.

He aquí, por de pronto, un grabado del flamenco P. Joda, llamado el joven, quien, con la rúbrica «*Ticiano pinxit*», reprodujo exactamente el cuadro tipo. Las facciones de la cara se endurecen; el dibujo de las manos se hace, por el contrario, más flotante todavía; las rosas, tres con luz, toman importancia, así como la corona, vista sobre un fondo claro; ni la figura ni los detalles del conjunto recuerdan exactamente el retrato de Ticiano (1). En varios grabados posteriores (2), las facciones están tan acentuadas, que el rostro parece envejecido. Solamente el grabado en madera de la obra del P. Flórez (3) —reproducción libre de las grandes estatuas de Leoni—suaviza las facciones; pero la efigie resulta entonces impersonal.

Carlos Quinto quiso conservar de Isabel numerosos recuerdos; sabemos que á su paso por Milán, en 1543, encargó á su escultor oficial, Leone Leoni, una gran medalla de bronce representando las facciones de Isabel; le ordenó que fuese á tomar el modelo al taller de Ticiano, en donde se encontraba todavía el retrato de Coello (4). Leone Leoni fué, pues, á Venecia en 1544 (5). Ahora bien; ¿qué nos revela el examen de la me-

(1) Crowe y Cavalcaselle citan este grabado como hecho según el cuadro de Ticiano. V. Campori, Raccolta di cataloghi, pág. 275.

(2) Gabinete de medallas, núm. 2: Isabel.

(3) Historia de las reinas católicas: Madrid, 1770; grabado firmado por G. Gil, 1761 (vol. II, pág. 250).

(4) El retrato de Sánchez Coello estuvo en el taller de Ticiano, de Julio de 1543 á Octubre de 1545, según la correspondencia de Ticiano y Aetrino; notemos desde luego lo dudoso que es que el retrato del pintor veneciano estuviese en 1544 lo suficientemente adelantado para que Leoni pudiera tomar de él ni siquiera algunos detalles.

(5) G. Clausoe, Leone Leoni, escultor de Carlos Quinto (1509-1590).

dalla? El rostro fué dibujado, sin duda, alguna por el retrato de Coello; la amplitud de la frente, la firmeza de las líneas de la parte inferior de la cara, la dureza de la mirada nos lo aseguran; el tocado mismo se asemeja al del cuadro español; solamente algunos detalles en el cierre superior del traje y las joyas pueden hacer pensar en Ticiano (1). Añadamos que Leone Leoni se sirvió de su medalla para ejecutar diversas estatuas representando á la emperatriz (2). Es, pues, toda una serie de representaciones de Isabel la que hay que hacer derivar no de Ticiano, sino de su inspirador desconocido.

También se deben relacionar con el retrato de Coello obras menos directamente imitadas, por ejemplo, el cuadro que menciona el inventario de los objetos de arte de María de Austria (3). Nos inclinaríamos á identificar este cuadro con el retrato de la colección del barón de Tucher. Atribúyese, seguramente, el retrato de la colección de María de Austria á mestre Gui-

(1) V. Henri de la Tour piensa que un pequeño módulo de la medalla de oro sirvió de ejemplar á las piezas fundidas en Flandes con la efigie de Isabel, especialmente á las piezas de plata cinceladas por Jacobo Jonghelink.

(2) De Leone Leoni citaremos: 1.° Una gran estatua de mármol (terminada por Pompeyo en España) que figuró en el Palacio nuevo de Madrid bajo el reinado de Felipe III (actualmente en el Prado). 2.° Una estatua de bronce, reproducción exacta de la anterior, en Palacio viejo primerante, ahora en el Prado. 3.° Un bajorrelieve, haciendo frente al de Carlos V la emperatriz está vuelta hacia la izquierda. 4.° Un grande bajorrelieve; la emperatriz está vista de medio cuerpo. 5.° Un medallón de bronce (estas dos últimas obras se han perdido). 6.° Una medalla de oro encerrada en un relicario.

(3) «Tableaux et esculptures de Marie d'Autriche, reine douairière de Hongrie, veuve de Louis II et sœur de Charles-Quint, contenus dans ses chateaux de Flandre (según los Archivos de Simancas), núm. 18 del inventario (extracto de la *Revue Universelle des Arts*, Abril-Septiembre de 1856, t. III, pág. 141). (A. Pinchart). Este retrato, en el que figura el nombre de Isabel, es citado en el inventario hecho por orden de Felipe II, en 1556 (registro núm. 98, fol. × 1 j—1.° del Tribunal de Cuentas, Archivos del reino de Bélgica).

llaume ó Guillerme (1), su pintor oficial. Este es, sin duda, el origen de la opinión, según la cual, el modelo prestado á Ticiano sería de un flamenco. En todo caso, no se podría considerar este cuadro como un original, puesto que mestre Guillaume no salió nunca de Flandes. Por este lienzo, según el inventario de Felipe II, un miniaturista, mestre Lucas, ejecutó dos efigies de Isabel. Carlos V conservaba siempre con él estos recuerdos. Tal vez se los confió también á Ticiano. Se convendrá, mirando el retrato de la colección Tucher, que en todas estas obras también se encontraba debilitada y como descolorida la vigorosa originalidad del maestro del retrato de Isabel.

*
* *

¿Quién fué esa mujer, cuya viviente figura nos restituyen hoy los retratos? Trataríase en vano de conocerla por las historias mejor informadas. Tuvo el destino de las que vivieron al lado de emperadores ó de reyes célebres; la gloria de su marido la hizo olvidar. Apenas se concede que supo con mano firme poner orden en los asuntos ibéricos, mientras que Carlos V estaba ocupado en Alemania. Sobre su muerte misma guardan silencio los documentos. Se tiene la impresión de que Isabel desapareció de la historia sin reinado, como había entrado.

Para aclarar los secretos de una vida tan borrosa, hubiérase requerido encontrar los papeles perdidos, en los que Luisa Raynalle consignaba los detalles de las jornadas de la corte. ¿En dónde están ahora esas Memorias? Nadie lo sabe (2). Tal vez un día saldrán de los polvorientos legajos de los archivos, ó, como nuestro cuadro, de una colección particular. Mientras tanto, estamos reducidos á adivinarlas á través de otros textos,

(1) Autor del retrato de Carlos V que hace juego con el de Isabel.

(2) Maxvell vió las Memorias de Luisa Raynalle; pero Maxvell Stirling ha muerto.

algo á la manera de cómo se había presentado hasta aquí el cuadro de Coello á través de la copia magistral de Ticiano. El P. Flórez, autor de la *Historia de las reynas catholicas* (1), parece haber utilizado, á propósito de Isabel, documentos íntimos, tal vez los mismos que sentimos no haber podido consultar. Se observa, en efecto, en sus páginas una minuciosidad á la vez curiosa y cándida, unida á una admiración hiperbólica de buen servidor; una insistencia constante en describir, sobre todo, las pompas, sus tocados, las ceremoniosas, su consideración, en suma, toda la vida del lado femenino. Si se observa que el P. Flórez no escribió hasta 1770, y que tuvo, por consiguiente, que tomar de crónicas anteriores los detalles que revela; si se quiere considerar también que estos detalles son de los que solamente una mujer de la compañía inmediata de la reina podía conocer, se sentirá uno dispuesto, como nosotros, á aceptar la hipótesis de que el P. Flórez tuvo presentes las Memorias de la misteriosa Reynalle. Veamos, pues, lo que nos hace saber.

Isabel de Portugal, nacida en Lisboa el 25 de Octubre de 1503, es la hija de D. Manuel y de una nieta de Fernando el Católico y de Isabel: María. Fué educada en una congregación de Toledo, en donde aprendió á ser dulce y piadosa. La destinaron desde temprana edad á casarse con su primo Carlos. Hubo un momento en que las Cortes suscitaron contra esta unión la cuestión de parentesco; pero una mediación hábil apartó todo obstáculo, y se celebró el matrimono el 30 de Abril de 1526, en Sevilla, en medio de la corte. Este es el primer acto de la vida de Isabel.

Los que se interesan por las pintorescas costumbres del ceremonial español, lamentarán que pasemos demasiado de prisa por la magnificencia de las fiestas y de los cortejos que se-

(1) Vol. II, pág. 650 y siguientes. Esta obra contiene un grabado en madera, bastante mediano, firmado por Gil (lámina de la pág. 861), representando á la emperatriz Isabel.

ñalaron aquellas bodas reales; pero es fácil buscar en el P. Flórez los detalles que omitimos aquí; nada falta, ni una gala, ni un tocado. Seguramente, esa boda debió de constituir un espectáculo inolvidable; hablóse mucho tiempo del besamanos en presencia del ejército y del pueblo, de la despedida de los señores portugueses á su infanta, sobre todo del encuentro de los cónyuges. La bendición pública, dada por el cardenal Salviati en la gran sala del Alcázar, fué de lo más imponente. Ahora bien; en medio de todas aquellas fiestas, Isabel conservó, á lo que parece, un humor gracioso que sedujo á su acompañamiento. No presentía su destino; tal vez no tuvo sino una emoción de felicidad cuando recibió, antes de la noche nupcial, la comunión en el pequeño oratorio, con revestimiento de mosaicos, que su antepasada Isabel la Católica hizo decorar.

Abundan las crónicas sobre las fiestas que empezaron después de la boda, y también sobre los grande viajes de la corte. Por Noviembre, la emperatriz siente que va á ser madre; con esto, la etiqueta española la encierra en su Palacio. Pasa el invierno en Valladolid, y el 27 de Mayo de 1527 da á luz un hijo, el príncipe Don Felipe. El parto fué difícil: «Ahora, dijo Isabel á sus confidentes, he merecido vivir.» Hay que creer, en todo caso, que ya no mereció por algún tiempo el dar la vida; porque otros dos hijos que tuvo murieron al nacer.

A partir de esta época, los hechos de la vida de Isabel se hacen raros, y hasta sus más próximos confidentes tienen muy poco que contarnos sobre ella: católica ferviente, socorre á los cristianos prisioneros de los turcos; dota á los conventos con imágenes de Nuestra Señora de Gracia. Los ejercicios de piedad llenan el vacío de sus largas soledades; de vez en cuando sale de su sombra y de su silencio, y muestra en la administración del reino una energía de la que apenas se la hubiese creído capaz. Es regente en 1529, cuando Carlos V marcha á Italia; por esta fecha da á luz á María. Una fiebre grave pone en peligro su vida; resiste la prueba, y puede recibir en 1530 á los

enviados de Francia. En 1531 asiste á las fiestas de Avila; divierte su vista con diversiones rústicas; después va á visitar el convento de monjas de Santa Ana, adonde lleva á su hijo de cinco años de edad.

Por esta época es cuando la alianza de Francisco I con los turcos decide á Carlos V á defender á Nápoles. La emperatriz formula ardientes votos por que se evite la guerra; pero el cielo no la atiende; tiene que marchar á Barcelona, apresurar los preparativos, enviar los primeros socorros á su marido. Carlos V no tarda en volver al lado de ella para celebrar juntos las victorias alcanzadas. La corte regresa entonces á Alcalá de Henares y á Toledo. En 1535, Isabel es de nuevo regente; este es el momento en que el emperador se dispone á pasar á Túnez para castigar las piraterías de los turcos. He aquí muchas angustias, hasta que Isabel experimenta una gran alegría: tiene otra hija, la que será mujer de Don Sébastián de Portugal, del desdichado rey que perdió su dinastía.

En 1538, Carlos V vuelve á España para convocar Cortes generales. El papel activo de Isabel queda desde entonces terminado; sin embargo, asiste á las primeras sesiones, y sabe calmar á los descontentos. Durante todo el año de 1539, la corte permanece en Toledo. Isabel espera el nacimiento de otro hijo; según la regla, sale poco; un día, sin embargo, que fué á seguir una cacería por los alrededores, es atacada, según nos cuentan, por un acceso de fiebre infecciosa. El 1.° de Mayo, después de la misa, se encontró mal. Lleváronla á prisa al palacio del conde de Fuensalida; allí fué donde falleció, dando á luz un niño muerto.

El dolor de Carlos V fué profundo. Este príncipe frío, de corazón un poco seco, y más ocupado en la política que en el amor, sintió mejor de lo que se hubiera podido creer la pena de una muerte tan prematura. Para llorar á su mujer, se retiró al monasterio de Sysla, cerca de la ciudad. Solamente en interés de su hijo consintió en volver á tomar las riendas del reino. El cuerpo de la emperatriz fué transportado á Granada con gran

pompa; el resplandor de los cirios oscurecía al sol. Antes de confiar á la tierra los restos de una princesa gloriosa, fué preciso, según la costumbre, que el gentilhombre encargado del cuidado de los funerales reconociese el cadáver, y después de llamarle por tres veces, afirmase la muerte ante todos. Este funcionario era D. Francisco de Borgia, marqués de Lombay, duque de Gandía, quien tal vez había amado secretamente á la reina. Una vez abierto el féretro, ¿tuvo el duque, ante aquella belleza ya marchita, la revelación de la nada de las cosas humanas? (1) Lo cierto es que al poco tiempo entró en la Compañía de Jesús.

El cuerpo de la emperatriz permaneció en Granada hasta el año 1574; en esta fecha, Felipe II hizo transportar al Escorial los restos de su madre.

ROBLOT-DELONDRE

(1) Esta escena ha inspirado un cuadro de Moreno Carbonero, en el Museo de Arte Moderno de Madrid; este es también el asunto de un lienzo de J. P. Laurens, que figuró en la Exposición Universal de París en 1878.

EL CHUCHO

I

No pertenecía á nadie; no tenía nombre propio, y nadie hubiera podido decir en dónde hubo pasado el largo invierno riguroso, ni cómo se había alimentado. Otros perros tan hambrientos cómo él, pero satisfechos de tener amos, le echaban de las casuchas caldeadas. Cuando se presentaba en la calle, impulsado por el hambre ó por un instintivo anhelo de sociedad, los niños le tiraban piedras, y los grandes le acosaban de una manera terrible é incansable. Azorado, corría de un lado á otro, tropezando con las empalizadas, con los transeuntes, y huía al extremo del pueblo, á cobijarse en un lugar que conocía, en el fondo de un gran jardín. Allí se lamía sus máculas y sus heridas y, en medio de la soledad, amontonábanse en él el terror y el odio.

Solamente una vez le llamó uno en tono acariciador. Era un aldeano borracho que salía de una taberna. En tal momento, el hombre aquél amaba á todo el mundo, fraternizaba con cualquiera y murmuraba, no se sabe qué, á propósito de los buenos amigos; así fué que se compadeció del feo y sucio perro, sobre el que su mirada vaga se fijó por casualidad.

—¡Chucho!—llamó con el apelativo común á toda la especie canina... de aquella especie.—¡Chucho!, ven aquí, no tengas miedo.

El perro sentía grandes deseos de obedecer; movía la cola, pero sin decidirse. El aldeano se golpeó en una rodilla, repitiendo con persuasivo acento:

—¡Ven, tonto, ven! Te doy mi palabra de que no te hago nada.

Mientras que el perro vacilaba, moviendo la cola cada vez con más fuerza, y acercándose poco á poco, el borracho cambió de humor. Se acordó de pronto de todo lo que había tenido que sufrir por parte de los «buenos amigos»; le invadió una sorda cólera, y cuando el chucho llegó por fin á su lado le propinó en un costado un vigoroso puntapié.

—¡Toma, asqueroso!—le dijo por añadidura.

El perro se puso á aullar, más bien de sorpresa y de pena que de dolor; el borracho se metió en su casa dando traspiés, dió una tunda á su mujer y la hizo trizas el pañuelo de gala que la había regalado la semana anterior.

Desde entonces, el perro desconfió de los que querían acariciarle; huía con el rabo entre piernas, ó á veces se arrojaba con rabia sobre los transeúntes, esforzándose en morderlos, hasta que conseguían desembarazarse de él á estacazos.

Un invierno, se instaló bajó el terrado de un hotelito deshabitado que no tenía guardián, y cuidó de la propiedad desinteresadamente; de noche, salía de cuando en cuando al camino y ladraba hasta ponerse ronco. Luego, al volverse á echar, continuaba gruñendo con furor, pero se comprendía que estaba satisfecho y orgulloso de sí mismo.

Las noches de invierno eran terriblemente largas, y las negras ventanas del hotelito deshabitado miraban siniestramente al jardín helado y silencioso. A veces, un breve resplandor azulado aparecía en un cristal; era el reflejo de una estrella errante ó un tímido rayo enviado por el creciente de la luna.

II

Llegó la primavera, y enrededor de la casa silenciosa resonaron chirridos de ruedas y los rudos pasos y las voces ásperas de los que traían el equipaje. Después llegaron los propietarios del hotel: una alegre reunión de personas mayores, de jóvenes y de niños, embriagados por el aire tibio y luminoso. Gritaban, cantaban, vibraba una risa aguda de mujer.

La primera persona que conoció el perro, fué una bonita niña, que corría por el jardín, vestida con oscuro uniforme de colegiala. Parecía tener ansias de estrechar cuanto la rodeaba. Contempló el cielo claro, las rojas ramas de los cerezos; luego se tumbó en el césped, con la cara vuelta hacia el sol ardiente. De pronto, se levantó bruscamente, se estrechó ella misma con sus brazos, besó el aura primaveral con sus frescos labios, y exclamó con acento de profunda convicción:

—¡Ah! ¡cuánto me divierto!

Luego se puso á dar vueltas sobre los pies. En aquel mismo momento, el perro, que se había aproximado sin hacer ruido, mordió brutalmente el borde de la falda en vuelo, arrancó un pedazo y desapareció como había venido, ocultándose tras la maleza.

—¡Ah! ¡qué feo perro!—exclamó la niña echando á correr; y durante mucho tiempo, todavía se oyó su voz agitada que decía:

—¡Mamá! ¡Niños! No vayáis al jardín... hay un perro, un perrazo muy malo.

Por la noche, el perro volvió furtivamente á la casa cuando todos dormían, y se echó en su puesto de costumbre, bajo el terrado. Flotaban en el ambiente olores humanos, y por las ventanas abiertas llegaban débiles rumores de respiración. Los recién llegados dormían; estaban desarmados; pero el perro les protegía celosamente: no dormía sino á medias, y al menor roce alargaba su hocico y le fosforecían los ojos. Y había mu-

chos ruidos inquietantes en aquella vibrante noche de primavera; en la hierba musitaba algo pequeño é invisible que llegaba hasta bajo la nariz reluciente del perro; una rama seca crujía bajo el peso de un pájaro dormido; cojeaba una carreta, y unos carros pesadamente cargados rechinaban en el camino. Y por el aire inmóvil se esparcían los frescos aromas de la resina, que daban ganas de marchar hacia las purpurinas lejanías.

Los actuales moradores del hotel eran muy buenas personas; y ahora eran mejores por el hecho de encontrarse lejos de la ciudad, respirando un aire puro y no viendo á su alrededor sino cosas verdes, azules é inofensivas. Los rayos del sol les penetraban con su calor y los disponían á la alegría y á la benevolencia. En los primeros momentos quisieron echar al perro que les había asustado, y hasta matarle á tiros de revólver si no se largaba; después se acostumbraron á sus ladridos nocturnos, y á veces por la mañana preguntaba alguien:

—¿En dónde está nuestro chucho?

No le pusieron otro nombre. Durante el día, veíase entre la maleza un cuerpo oscuro, que desaparecía en cuanto una mano hacía el primer movimiento para tirarle pan como se tira una piedra. Todos se acostumbraron pronto al chucho; se le consideraba como al perro de la casa, y se divertían con su rusticidad y su terror insensato. Cada día, el perro acortaba en un paso el espacio que le separaba de los moradores del hotel; les examinaba las caras y se hacía á sus costumbres: media hora antes de la comida, se le veía ya entre la maleza, haciendo amistosos guiños con los ojos. Y Lelia, la colegialita, olvidándose del primer encuentro, fué la que le introdujo en el círculo de aquellas gentes, satisfechas de descansar y divertirse.

—Chucho, ven aquí—dijo la niña.—Ven, perrito, ven. ¿Quieres azúcar? Te daré azúcar. ¿La quieres? Anda, ven.

Pero el chucho no acudía; tenía miedo. Y con el tierno

acento y la insinuante mirada que se pueden emplear cuando se tienen una bonita voz y una linda figura, Lelia avanzó lentamente hacia el perro, no sin temor de ser mordida, llamándole con la mano y diciéndole:

—¡Si te quiero, chucho! Te quiero mucho. Tienes una naricita muy mona y unos ojos muy expresivos. ¿No me crees, perrito?

Lelia sí que tenía un hociquito tan mono y unos ojos tan expresivos, que el sol tenía sobrada razón para besar ardientemente las sonrosadas mejillas y todo el infantil rostro de cándida belleza de la niña.

Entonces, por segunda vez en su vida, el perro se acercó sumiso á un sér humano, y cerró los ojos, sin saber si iban á pegarle ó á acariciarle. Pero le acariciaron. Una manecita tibia se posó vacilante sobre la erizada cabeza y, como si hubiera sido el signo de una toma de posesión definitiva, resbaló libre y atrevida por todo el peludo cuerpo, haciéndole mimos.

—¡Mamá! ¡Niños! Mirad: estoy haciendo cariños al chucho —exclamó Lelia.

Cuando acudieron los niños, ruidosos, animados, lucientes y ágiles como gotas de plata líquida, el chucho se quedó yerto de espanto; esperó desarmado; sabía que si le maltrataban, le sería imposible clavar sus agudos colmillos en el cuerpo del agresor: habíanle arrebatado su implacable cólera. Y cuando cada cual se puso á acariciarle, se estremeció aun durante mucho tiempo á cada contacto de las manos amigas, sufriendo con aquellos ademanes insólitos como si le hubiesen pegado.

III

El chucho dió expansión á toda su alma de perro. Tenía un nombre, ó, por lo menos, á él se dirigían al pronunciarlo; acudía á toda velocidad desde el fondo del jardín al escuchar-

lo; pertenecía á seres humanos y podía serles útil. ¿No es esto suficiente para la felicidad de un perro?

Gracias á su sobriedad, adquirida en el transcurso de los largos años de su vida errante y azarosa, comía muy poco; sin embargo, se transformó completamente; sus largos pelos, que antes caían en mechas rojizas y sucias, siempre cubiertas de lodo bajo el vientre, se oscurecieron, se pusieron limpios y relucientes como la seda. Cuando para distraerse salía á la puerta del jardín, y se ponía á mirar el camino de un extremo á otro, nadie pensaba ya en burlarse de él ó en tirarle piedras.

Pero esta dignidad y esta independencia no las sentía más que en la soledad. En el fondo de su corazón no se había evaporado aún por completo el miedo, y cada vez que veía que alguien se le acercaba, perdía la cabeza, esperándose los golpes. Durante mucho tiempo todavía, parecíale que cada caricia era una sorpresa, un milagro, al que no podía corresponder. No sabía devolver halago por halago. Otros perros son hábiles en saber enderezarse sobre sus patas traseras, en frotarse contra las gentes y hasta en sonreir. El chucho éste lo ignoraba todo.

Lo único que estaba en su poder era echarse sobre el vientre y, con los ojos cerrados, arrastrarse suavemente. Pero esto era muy poco para expresar su contento, su gratitud y su amor. Y por una inspiración repentina, el chucho se puso á imitar lo que tal vez en alguna ocasión viera hacer á sus congéneres, pero de lo que se había olvidado hacía mucho tiempo. Empezó á dar saltos y hacer corvetas, sin gracia, torpemente, á girar sobre sí mismo; y su cuerpo, de ordinario tan ágil y tan elástico, se ponía pesadote, rídiculo y lastimoso.

—¡Mamá! ¡Niñas! Mirad al chucho, que está jugando—exclamó Lelia, y añadió ahogando su risa:

—¡Sigue, chucho, sigue! Así, así.

Acudieron todos, y fué el regocijo general al ver al chucho que daba vueltas y saltos, pero nadie advirtió el extraño rue-

go que asomaba á sus ojos. Y así como antes llamaban al perro, al que injuriaban para ver su miedo insensato, así ahora le acariciaban, á fin de excitar aquellos accesos de afección infinitamente risibles. No pasaba una hora sin que uno de los niños gritase:

—¡Chucho, perrín, juega un poco!

Y el chucho daba vueltas y saltos en medio de risas inextinguibles. Celebraban sus talentos delante de él, y en su ausencia, se lamentaban solamente de que no quisiera repetir sus juegos cuando había visita; pero en estos casos, huía al fondo del jardín ó se escondía bajo el terrado.

Poco á poco, el perro se habituó á no preocuparse por su alimento; á una hora determinada, la cocinera le ponía su ración; se echaba con seguridad en su puesto favorito, y ya buscaba por sí mismo las caricias. Habíase apoltronado, salía rara vez del hotel, y cuando los niños le llamaban para ir al bosque, movía la cola y desaparecía sin que lo notasen. Pero, de noche, sus ladridos protectores seguían siendo tan sonoros.

IV

Brotaron las llamaradas de oro del otoño; frecuentes chubascos anegaban el cielo; rápidamente se despoblaron las fincas de recreo, quedando silenciosas, semejantes á hachones apagados por el viento y la lluvia.

—¡Qué vamos á hacer de nuestro chucho?—preguntó pensativamente Lelia, la cual, con las manos alrededor de las rodillas, estaba junto á la ventana, contemplando con tristeza las gotas de agua que resbalaban por los cristales.

—¡Qué postura tienes, Lelia! ¿Has visto á nadie que se ponga así?—dijo la madre, la cual añadió luego:—¿Y qué quieres que hagamos con el chucho? Tenemos que dejarlo aquí.

—¡Es lástima!—replicó Lelia.

—No hay remedio. No tenemos patio, y no se puede tener á ese perro en las habitaciones; debes comprenderlo.

—¡Es lástima!—replicó Lelia, pronta á llorar. Sus largas cejas se levantaban ya como las alas de una golondrina; su naricita se arrugaba tristemente, cuando la madre dijo:

—Hace mucho tiempo que los Dogayef me tienen ofrecido un perrito. Dicen que es de muy buena raza y ya está educado... ¿Me oyes? Mientras que este es un perro vulgar.

—¡Es lástima!—volvió á decir Lelia, pero no lloró.

Presentáronse de nuevo gentes desconocidas, y los carros gimieron, mientras que las maderas del piso crujían bajo rudos pasos; pero nadie reía, las voces eran menos ruidosas. Asustado por los rostros extraños, presintiendo vagamente una desgracia, el chucho huyó al fondo del jardín; desde allí, á través de la maleza, despojada de sus hojas, miró fijamente al sitio, visible del terrado, por el que iban y venían hombres con blusas azules.

—¿Estás ahí, mi pobre chucho?—dijo Lelia llegando hasta él.

La niña estaba ya en traje de marcha y llevaba la falda oscura, á la que el perro arrancó un pedazo.—Ven conmigo—añadió.

El perro la siguió por el camino. Llovía á rachas, y unas nubes ondulosas que, corrían rápidamente, llenaban todo el espacio comprendido entre la tierra y el cielo. El sol se entristecía tras aquella compacta muralla.

A la izquierda del camino se extendían unos campos ennegrecidos, mientras que el horizonte, un horizonte montuoso y próximo, se poblaba de islotes formados por arbustos y malezas. Muy cerca, á la entrada de la población, había una taberna, con tejado de zinc pintado de rojo; ante la puerta, unos individuos se divertían en molestar á Gliucha, el tonto del lugar.

—Dadme un copeck—murmuraba él.

Unas voces irritadas y burlonas le contestaban á coro:

—¿Quieres partir leña?

Gliucha profería injurias soeces y cómicas, que hacían reir sin gana á los presentes.

Asomó un rayo de sol, de un amarillo anémico, como si el sol estuviese incurablemente enfermo. La lejanía otoñal y brumosa se hizo aún más amplia y triste.

—¡Qué aburrido es esto!—murmuró Lelia, y con los ojos bajos volvió á la finca.

Solamente cuando ya estuvo en la estación, fué cuando se acordó de que no se había despedido del perro.

V

Durante largo rato, el chucho corrió á toda velocidad, siguiendo las huellas de los que se marchaban; llegó hasta la estación, después se volvió, sucio y mojado, á la desierta casa. Allí realizó un nuevo atrevimiento que nadie vió: por la primera vez, subió al terrado, se alzó sobre sus patas traseras y miró por la puerta de cristales, arañando con las uñas. Pero los cuartos estaban vacíos y nadie le contestó.

Comenzó á caer una lluvia fina, y por todos lados cayeron las tinieblas de las largas noches de otoño. Sin ruido y rápidamente, llenaron la casa vacía; salían arrastrándose de las malezas, se deslizaban con la lluvia que caía de lo alto del cielo lúgubre. En el terrado, del que habían quitado el toldo, lo que le hacía parecer más grande y más vacío, la luz luchó largo rato aún con la oscuridad, alumbrando tristemente huellas de pasos fangosos; pero no tardó en sucumbir también.

Caía la noche.

Y cuando ya no fué posible dudar, el perro se puso á aullar con violencia quejumbrosa. En una nota sonora y aguda como

la desesperación, su grito se mezcló con el rumor monótono de la lluvia, desgarró el aire y fué á morir por encima de los campos negros y desnudos.

El perro aullaba, obstinadamente, á intervalos regulares, con una desesperación tranquila. Y á los que escuchaban este aullido, parecíales que era la noche misma, la noche tenebrosa que gemía, clamando por la luz, por un hogar tibio, por un corazón amante de mujer.

El perro aullaba.

LEÓNIDAS ANDREIEF

PARNASO INTERNACIONAL

VISTO AL PASAR

(De Elena Vacaresco.) [1]

Un dominico ascético; imponente
Figura blanca. Es pálida su frente.
La atmósfera del claustro lo rodea;
Pero tenaz la juventud ardiente
Todavía en su rostro centellea.
Cubre sus labios rubia pelusilla;
En su mirar austero
El encanto del mundo aún surge y brilla,
Y un relámpago enciende pasajero

Ostentan los rosales grandes ramos
De sus flores hermosas,
Porque habéis de saber que en Roma estamos,
La ciudad de las rosas,
Y en plena primavera,
A juzgar por los vivos resplandores
De la cerúlea esfera.

---

[1] Elena Vacaresco versifica en francés, pero no es francesa, sino rumana. Pertenece á una de las antiguas y principales familias de aquel país, y es muy amiga de al reina que, en el mundo literario, lleva el pseudónimo de *Carmen Sylva*.

El céfiro columpia aquellas flores;
Una de ellas deshoja,
Y sobre el monje místico la arroja.
Él, que elevaba á Dios el pensamiento,
Al roce de los pétalos suave
Siente conmovedor sacudimiento,
Y al verlos resbalar hasta sus manos,
Lanza su corazón suspiro grave.
Llenan sus ojos fuegos casi humanos,
Enjuga con la manga el sudor frío
De su frente angustiada,
Y sacude sombrío
De su sayal la rosa deshojada.

FILOSOFÍA DEL SISTEMA

En una época como la presente, mentalmente caracterizada por el análsis y la crítica, es de suma importancia disponer el espíritu para la reconstrucción, después de tanto tiempo de una lucha sin tregua, que produjo el atomismo en las ideas y la duda en el espíritu. El alma contemporánea dispone de un gran número de materiales para engendrar un organismo mental poderoso é imperecedero. La riqueza de ideas es enorme, pero hay poca voluntad é inteligencia para capitalizarla. Como decía el gran Tasara, en esta época «sabemos más, pero valemos menos». Rota la tradición de escuela, esa cadena que ataba los espíritus para vigorizarlos, vemos hoy fragmentos de eslabones, deshechos unos y oxidados otros, por la manía de originalidad. Hay una rebeldía mansa, inconsciente, oculta, en las ideas, que determina la anarquía y la protesta en la razón y la intolerancia individualista, no de secta, en la voluntad. El espíritu de libre examen consolidado en derecho por el intelecto, si le emancipó por la cultura, le esclavizó más aún por la ignorancia. Hemos derrocado una superstición para levantar sobre sus escombros otra. Hemos sustituído el fetiche de autoridad con el fetiche de libertad. Y si en el fetichismo autoritario existía un orden estático fosilizado, en el fetichismo libertario existe un desorden dinámico, aunque vivo. La libertad de muchedumbres, realmente esclavas, es fuerza de gravitación

que acelera los movimientos de conmoción en su masa. En este verdadero marasmo intelectual, el pensador se recoge en su mundo, y viendo el mal, procura buscarle un remedio. Se ha dicho que la misión de la escolástica ha sido exclusivamente de disputa, y que la cátedra de la Universidad medioeval, una prolongación del Liceo ó del Agora. Tal vez este calificativo sea propio, también en parte, del espíritu de nuestra época. Mientras en él, muy pocos hombres extraen hierro de las entrañas de la tierra, forjándolo después; muchos millones, la humanidad casi entera, disfruta de las ventajas de este metal. Es que la facultad de investigar es propia de muy pocos. Es obra de paz, de labor perseverante. Disputar todos saben; pero después de haber aprendido el boxeo ó la esgrima mental, por muy pocos inventada, y por algunos más enseñada.

Sólo una fuerza moral como la de Sócrates, y una vigorosa mentalidad como la de Aristóteles, pudieron barrer de Atenas aquella chusma de parladores sempiternos, que se dedicaban á comerciar con las ideas, poniendo la inteligencia al servicio de la pasión.

¡Tolerancia para la voluntad y robustez para la inteligencia; un ideal iterador que haga irrumpir las dos fuerzas propulsoras de nuestra racionalidad hacia adelante y hacia arriba; reconciliación forzosa del pasado y del presente para engendrar un porvenir que será nuestro verdadero presente si luchamos con fe por la inmortalidad; solidaridad amorosa de las almas...; paz lograda por cruenta guerra por la cultura para trabajar en estos yermos de ignorancia! Construyamos una humanidad vigorosa y sana, una humanidad semejante á Minerva, hermosa y fuerte, para que desde la Acrópolis de la creación derrame su luz universal y fecundadora por todo el Universo, y se refleje en él y se restituya á él.

La ciencia actual, previamente humanizada; la ciencia como coeficiente del vivir y del porvivir; la ciencia hecha por el hombre y para el hombre, no ha de ser un arma de combate, sino un hilo conductor de eléctrica, de espontánea solidaridad. La

religión y el arte con carácter ético, tendiendo á domesticar la fiera y espiritualizar la bestia que en nosotros duerme para despertar bruscamente á veces, á veces con hipócrita mansedumbre; la religión y el arte con un sentido positivo y social, humano, dando al espíritu, sediento de inmortalidad, ese caudal de agua pura que brota del infinito, latente en nuestra esencia, han de educar la voluntad para la tolerancia, el espíritu para el amor. Y así, estas tres constelaciones espituales, este triple mundo, hijo, en parte, de la fuerza evocadora del hombre, podrán honrar su grandeza, como la mejor obra de que es capaz, y no hacerle indigno á sus propios ojos, porque, en vez de laborar hermanamente, guerrea odiando, ó juega malgastando la vida en un bostezo interminable de pereza y aburrimiento.

Hay una doble obra en esta aspiración, por lo que al intelectual contemporáneo se refiere. La ciencia para él tiene una sustantividad intensiva, y en este sentido el científico está obligado á investigar, á hacerla cada vez más perfecta y más hermosa. Pero ha de adjetivarse también extensivamente á la humanidad, cuyas necesidades debe satisfacer. Por eso, para ella no debe haber esoterismos injustificados. La verdad debe penetrar, cada vez más y mejor, en el mayor número de almas. Tanto progresa la humanidad pariendo un Newton, como difundiendo las leyes newtonianas entre los espíritus que las ignoran. Por consiguiente, la obra del intelectual es de continua sistematización: organizar la ciencia y organizar científicamente la humanidad; perfeccionar aquélla con sus esfuerzos y vigilias; nutrir el hambre del espíritu que posee ésta, con el pan de la verdad descubierta y conquistada.

Hay una dificultad muy grande para realizar este ideal. En el momento actual, la mentalidad del pensador vive veinte siglos distanciada del corazón. La inteligencia y la voluntad caminan hacia el ideal, como la luz de la aurora hacia la sombra de la noche. El corazón marcha con lento paso de tortuga. Atemos el corazón al alma. Alma y corazón siempre fundidos. No

adjetivemos la racionalidad á la animalidad. No aplastemos jamás éste. Ni ángeles ni bestias. No mutilemos nuestra esencia, pretendiendo vivir como espíritus puros; por no saber forjar en nosotros esa virtud socrática que resume todas las humanas virtudes, es el reflejo ó la expresión de la sistematización de nuestro vivir moral.

***

QUÉ ES LA SISTEMATOLOGÍA.—CÓMO SE ESTUDIA EL SISTEMA EN SISTEMATOLOGÍA

Aunque á primera vista pudiéramos creer que la sistematología es un capítulo de la metodología, un capítulo de la lógica que trata del sistema, un análisis más detenido de la palabra, puede disponernos para comprender mejor el concepto. Sistema es lo mismo que consistencia (sun-istemia). Sistematología (si-ste-ma-to-logía) tratado del sistema, estudio racional y lógico del sistema.

Para formar el concepto y plan de una sistematología, hay que examinar primero lo que es el sistema.

La palabra sistema ó consistencia, refiérese á la existencia de muchas cosas en unión. No es lo mismo sistema que orden. El orden supone una realidad en cuanto en una mente se refleja y en cuanto de una mente es producto; el sistema responde á una multiplicidad objetiva sometida á subjetiva unificación. Sistematizar, pues, es ordenar humanamente lo natural ó físicamente ordenado. Sistematizar es componer, es engendrar un organismo mental con la materia que da la realidad exterior (multiplicidad), y la forma que da la mente (unidad), un organismo al mismo tiempo múltiple y uno, un organismo que tenga unidad en su multiplicidad (variedad), un organismo armónico.

El sistema es obra de interpretación de un orden social hecho, mediante un orden lógico que se hace incesantemente. El sistema es, en filosofía, lo que el poema en estética: una crea-

ción; pero creación de cosas ya creadas; más claro: una *re-creación.*

Así como del análisis y de la comparación de los poemas en estética podemos colegir las leyes orgánicas de su producción, así también del análisis y comparación de los sistemas filosóficos podemos inferir las leyes que presiden á la inteligencia humana en la investigación de la verdad. No enseñarán ciertamente estas leyes á sistematizar; pero puesto que debemos buscar la razón de todo, para saberlo todo científicamente, el estudio de las condiciones y elementos de los sistemas podrá servir para fijar las bases de una buena lógica del sistema, como de la morfología y biología celular se infieren las leyes de la evolución orgánica.

Servirá seguramente esta investigación para averiguar hasta qué punto es posible el progreso en Filosofía y en qué consiste precisamente tal progreso. Si hoy poseemos más verdades que en tiempos de Aristóteles, y éstas están mejor organizadas, es evidente el adelanto. Si en la vida mental contemporánea hay organizaciones antagónicas, es que la sistematización es incompleta, por cuanto ésta ha de ser universal, no local, abrazando al mismo tiempo la tradición, que es la verdad científicamente cristalizada y la renovación. La ciencia tiene un elemento actual, lo demostrado; y otro potencial, virtual, lo demostrable. La razón de un elemento á otro justifica la hipótesis, que es precisamente la expresión cuantitativa y cualitativa de esa razón. Cuantitativa, por cuanto expresa la relación entre las verdades descubiertas y las verdades á descubrir; cualitativa, por cuanto caracteriza la mayor ó menor proliferación de una ciencia en una época y el sentido en que esta proliferación se hace.

Una sistematología es posible, en cuanto es posible la comparación entre unos sistemas y otros, y es además necesaria, por cuanto tiende á orientar el espíritu hacia lo verdadero. Pero no es posible fijar á priori sus leyes, porque á priori sólo se dan formas de sistemas, y las imperancias que en tales aprio-

rismos se basan, serán generalizaciones incompletas. Para que el estudio dé la sistematología racional, ha de tener este doble carácter; ha de ser experimental y ha de ser expeculativo. De esta manera, podremos estudiar conjuntamente la materia y la forma, elementos esenciales de todo sistema, pues si por la forma todos convienen, por la materia difieren y también por la información.

Debiera ser la sistematología el punto de partida, y el término de la Lógica. El punto de partida, el fundamento, la base de toda organización científico-filosófica y, como tal, capítulo imprescindible de la Lógica fundamental sobre la que ha de gravitar todo el peso de la humana expeculación. El término porque es á lo que conduce toda lógica trascendental, no da la realidad misma. El espíritu, desenvolviéndose según las leyes de su esencia, va interpretando á su vez, paulatina y laboriosamente, el desenvolvimiento de la realidad, que informa no solamente con su inteligencia, sino con su voluntad. Un sistema de filosofía, vivo, genuinamente vivo, es una obra de arte, es un poema. Grandes poetas y grandes pensadores se encuentran y se abrazan en las inmensidades del espíritu. Unos revelan á la humanidad lo que prevé; otros adivinan ó descifran lo que en la naturaleza es enigmático.

* * *

LOS ELEMENTOS DEL SISTEMA

Podemos considerar en todo sistema tres elementos: *a*) la materia; *b*) la forma; *c*) la información. No hay sistema sin materia, como no hay edificio sin materiales de construcción. La forma sin la materia es el plano arquitectónico, ó mejor dicho, la estructura organográfica. La materia sin la forma mental, el esporadismo en las ideas, tampoco es sistema: es colección, grupo, conjunto; pero no sistema, que para existir, necesita un núcleo celular, un protoplasma y una vitalidad

intrínseca, que le haga crecer y perdurar, como los seres vivos, por intususcepción, y no como las rocas, por mera aposición.

Constituyen la materia de un sistema las ideas verdaderas, falsas, probables ó dudosas; pero al fin y siempre, las ideas. El obrero construye, sin calcular la resistencia de los materiales á las leyes de la gravitación y á la acción del tiempo. El hombre crea cuando tiene necesidad de crear, y lo hace espontáneamente inspirado, no fríamente dispuesto por la razón para ello. El genio verdadero engendra. El talento construye solamente. Por eso, las ideas del genio son virtualmente fecundas é inmortales, mientras que las expeculaciones del talento son realmente efímeras, mueren con él, con su renombre ó fama. Vivimos para pervivir; y si toda vida personal en una conciencia se refleja, toda vida mental, todo producto mental vivo, se organiza según las leyes de esa misma conciencia. Y como el material es distinto, porque en el hombre *A* individualmente considerado, no se dan las mismas ideas que en el hombre *B*, el edificio ha de resultar necesariamente distinto, aun con la misma forma. Las catedrales de ladrillo, de estilo ojival, producen en nosotros distinto efecto que las de granito. Lo esencial es que quede sentado este precedente: no se da sistema sin ideas.

La materia de los sistemas sirve para fijar un carácter común á todos ellos: la multiplicidad. Con una sola idea no puede haber sistema: Dios no sistematiza, ordena. Con infinitas ideas, tampoco; el orden que siempre dice relación á la humana inteligencia, supone un campo de mirada adecuado á ella. Y tal vez sea ésta la razón suficiente de la gran oposición y multiplicidad de los sistemas. Cada mente tiene una perspectiva individual, propia, una manera personal de ver el mundo, una ventana por donde éste se le muestra cómo es ó cómo parece ser. Del conjunto y de la fusión de estas perspectivas, de la integración trascendental de los sistemas, surge el sistema general del Universo, en cuyo terreno la ciencia arraiga, y de cuya sabia y vitalidad inestable se nutre. Este conjunto de

sistemas, este sistema de sistemas, el sistema trascendental, en una palabra, debe ser, debe esforzarse por ser la expresión subjetiva del cosmos, del orden universal, tendencia última y aspiración remota de toda filosofía y de toda ciencia. No todos ven lo mismo, porque lo visible es inmenso, la visión limitada y el número de miradas enorme, siendo, además, distinto el punto de mira.

Las ideas sistematizables han de tener como condición la semejanza, han de ser susceptibles de agrupación sintética. Toda idea, como tal, conviene con otra en que ambas se refieren á algún sér. Por eso, si lógicamente consideradas las ideas, tienen por fundamento el sér lógico ó formal, critereológicamente analizados tienen por base el ser ontológico ó real. Y por eso la Filosofía, en sus formas y aspiraciones sistemáticas, tiende á integrar el mundo de la representación con el de la realidad. Y este es el fondo común, la semejanza total de todos los sistemas.

Según que la materia mental se ofrezca al espíritu en formas abstractas ó concretas, así el sistema será más ó menos amplio. A mayor número de ideas sistematizables, á mayor riqueza en el material, más expresivo y comprehensivo podrá ser el sistema. Por la materia, es tanto más perfecto un sistema, cuanto mejor obedece á la ley de heterogénesis, que á todo organismo ha de presidir. Un sistema unilateral es monótono, como los grandes paramentos, sin luces ni ornamentación. Un sistema perfecto ha de tener un material, no sólo concretamente extensivo, sino abstracto y formalmente intensivo. No son mejores aquellos sistemas que abarcan gran número de ideas híbridas ó muertas, sino aquellos que agrupan los de gran poder prolífico, las ideas generadoras y de carácter universal.

El material de un sistema se distingue del de una ciencia en esto: la ciencia ata una verdad á otra por medio de la demostración. El sistema enlaza dos ideas, por la semejanza que en ellas atisba. El sistema bajo este respecto es más imperfec-

to que la ciencia, porque no certifica el conocimiento; pero es más estimable bajo otro, en cuanto estimula el progreso científico y en cuanto satisface mejor las ansias de universalidad, de trascendental unidad, sentida por el hombre. Caben dentro de un sistema verdades demostradas é ideas dudosas. Hasta el error encuentra en ellos albergue, dada la imperfección de nuestro intelecto y la impaciencia de nuestro carácter científico. En esto se distingue también el sistema de la teoría. La teoría es un conjunto de verdades referentes á un objeto; es una expeculación, una explicación. El sistema es un conjunto de ideas, no siempre, ni todas ellas cualificadas por la verdad. Cualitativamente, ciencia y teoría son superiores al sistema; cuantitativamente no, porque el ámbito de su acción es mucho mayor.

El ideal, el término de un sistema, es la ciencia. El ideal, el término de un sistema trascendental, la ciencia trascendental. La sistematización integral y perfecta de todas las ideas es la filosofía verdadera y única, ideal que con perseverancia inacabable persigue la mente humana. Por eso los sistemas no pueden llamarse arquitectónica de la ciencia, como quería Kant, sino organología filosófica, como decía Wundt. No son edificios asillarados, sino organismos vivientes que evolucionan, viven y sobreviven.

Aspecto formal del sistema: En todo producto mental, se dan siempre una materia y una forma. No podemos pensar con Kant, que las formas preexisten á toda percepción. Creemos que lo que á priori hay, es la capacidad de producir formas ó de informar la realidad objetiva, no mediante formas previamente existentes en nuestro mundo mental, sino por nuestra propia potencialidad intelectiva.

La razón intrínseca, por lo tanto, de las formas sistemáticas, se encuentra en la misma naturaleza de la inteligencia; facultad espiritual, genuinamente universalizadora y comprehensiva, actividad unificadora, según frase feliz de Wundt. El poder de abstracción en los preceptos, y el de generaliza-

ción en los conceptos, es la razón del elemento formal de todo sistema. Por el elemento formal, los sistemas tienen la cualidad de ser unos, con unidad lógica. Esta unidad es subjetiva, con fundamento *in re*. Cuando unificamos lo que en la realidad no puede unirse, el sistema claudica, como torre de naipes al impulso de la más leve espiración. La forma, uniendo lo que en la realidad se da disperso, crea una nueva realidad, que es en cierto modo eterna. La vida en los sistemas es tanto más perfecta, cuanto más perfecta es su unidad. La unidad es el esqueleto, el plano, la estructura morfológica de un sistema, cuya esencia específica, como la de todas las especies, es inmutable. La unidad satisface las ansias del espíritu, que aspira á descansar en un mundo, uno y múltiple á la vez, inmutable y eterno.

Con ideas á veces erróneas ó solamente probables, se construyen deslumbrantes sistemas que cautivan por su unidad; pero que claudican á pesar de ella, porque el material carece de cohesión y resistencia. Con una misma unidad formal, Hegel y Spencer construyeron dos sistemas que son hermanos gemelos. El del primero tuvo poca vida por ser imaginativo y no real; el del segundo durará más, porque, en vez de construir con barro, empleó sillares de granito.

El fundamento real de toda unificación formal ó sistemática está en nuestra conciencia psicológica. El sistema, como producto mental, es viva imagen de nuestros procesos psíquicos; es viva integración. Si por la conciencia de lo que nosotros somos formamos la idea de nuestro yo formal, por la conciencia de lo que mentalmente hacemos formamos la idea del elemento formal de toda sistematización, y además nos damos cuenta de nuestro poder para sistematizar, tanto más tenaz y perseverante, cuanto más robusta es la fuerza unificadora de la conciencia.

Analizadas la materia y la forma como elementos sistematológicos, corresponde ver ahora en qué consiste la información, qué es aquello por lo cual materia y forma se unen, ó bien

el hecho mismo, el resultado de la unión, según que se la considere *in actu primo* ó *in actu secundo*. Si la información es fundamento de unión ó resultado de unión, en uno y otro caso su carácter no ha de ser incompatible con el del elemento informante y el del elemento informado. El elemento informante caracterízase por la unidad; el informado, por la multiplicidad. Luego el carácter de la información, como fundamento y como resultado, no puede ser opuesto ni á la unidad ni á la multiplicidad ó variedad; luego ha de ser múltiple y uno á la vez; es decir, armónico.

Unidad, variedad y armonía: he aquí las cualidades distintivas de todo sistema. Y como estos caracteres se distinguen en las cosas que son hermosas ó perfectas, de ahí que el sistema no sea otra cosa que la expresión mental de un *cosmos*, de un ordenamiento mentalmente hecho por el hombre.

Si la información, que es cualidad de todo sistema, le da á éste carácter armónico, ó como modalidad real, estructura orgánica, ¿en qué se fundamenta? Objetivamente, en el orden real que existe en el universo, en la correspondencia general de unas cosas con otras; y subjetivamente, en nuestra conciencia personal, por lo cual lo uno de nuestra personalidad se manifiesta en el fondo de nuestra variada potencialidad.

La información es nexo que une dos mundos: el de la realidad y el de la idea; es eslabón que encadena las leyes del espíritu con las de la naturaleza; «une sin confundir, distingue sin separar». En la química mental, los procesos de síntesis de percepciones dan lugar á una noción; el trabajo analítico sobre las ideas ó nociones, la labor de adaptación á la realidad, produce la explicación de esa misma realidad. Somos como el nodo, donde dos ondas distintas se abrazan y se contraponen. Estamos constantemente informando la realidad con nuestros conceptos, hijos de la percepción de formas ó conceptos, si no de realidades objetivas, seguramente poseídas por la humana inteligencia. Es, por lo tanto, el sistema, un anillo, un eslabón que enlaza la lógica formal con la lógica trascendental, y en

este sentido, el capítulo más interesante de una organización de conocimientos, hecha con el fin de investivar la verdad y poseerla ciertamente.

La sistematología supone: 1.° Conocimiento de las leyes de la vida mental. 2.° Conocimiento de los productos orgánicos de esa vida. Para constituirse lógica y científicamente, es necesario estudiar la evolución de éstos; es decir, su fase genética, su descripción, sus semejanzas y diferencias (elementos genético, descriptivo y comparativo de la sistematología), y, por último, su forma constructiva ú orgánica, su fisiología.

La historia de la filosofía y la lógica son las dos grandes fuentes de la sistematología racional ó empírica, y ésta un corolario obligado y una base, á la vez, de ambas.

Extraño es que construcciones lógicas como el *Organón;* la *Crítica de la razón pura,* de Kant; la *Lógica*, de Hegel; el *Sistema de Lógica*, de Stuard Mill; la *Lógica inductiva y deductiva*, de Bain, etc., etc., no digan nada acerca de este tratado tan importante de la *Lógica.* Tan sólo la de Tiberghien lo estudia con un carácter más bien descriptivo que lógico y con tendencias metafísicas. Lo mismo aproximadamente hacen Liard y Tonillec en sus respectivas obras, *Ciencia positiva y Metafísica,* y el *Movimiento positivista y el movimiento idealista.*

Así como Holson ha estudiado en un estimable ensayo la teoría de la práctica, cabe estudiar en Lógica fundamental el sistema del sistema; es decir, que una sistematología, no solamente es posible y necesaria, sino que además está fundamentada.

Los grandes sistematizadores se preocuparon más de edificar y de escribir la teoría de la construcción. Fueron obreros meritorios y arquitectos admirables, sin escribir un libro de Arquitectura. Homero fija las bases de la organografía épica, sin ser más que poeta. Después de él, y mediante el estudio de sus obras, se teorizó sobre poesía épica. Antes que nadie hablase de Crítica ni de Critereología, la humanidad estaba

cierta de algunas verdades y dudaba de otras, lo cual no impidió que Kant se propusiese fundamentar en su trabajo inmortal el porqué de lo uno y de lo otro. El pueblo griego hacía silogismos antes de que Aristóteles hubiese formulado sus leyes, pero el descubrimiento de estas leyes sirvió para formárlos mejor.

Si la Critereología estudia los fundamentos de la certeza, es decir, las verdades ciertas y su objetividad, la Sistematología analiza los fundamentos de toda sistematización, esforzándose por determinar su contenido. Tanto filosofamos sistematizando lo que otros han filosofado, como filosofando sobre lo mismo que ellos filosofan. A mi ver, del primer procedimiento se saca una ventaja enorme para llegar al segundo. Se simplifica mucho la investigación, y, en último término, se fundamenta.

Los dos problemas capitales de la Sistematología, son éstos: *a*) Uno, de carácter subjetivo y formal; *b*) otro, de carácter objetivo y real.

En Sistematología debe tratarse el sistema con un criterio completamente distinto del que se sigue en Lógica general. Allí se describe el sistema, se estudian sus aspectos lógico y metafísico, se fijan las reglas á que debe obedecer. Todo eso se da por sabido aquí. En vez de describir, analizaremos. En vez de fijar reglas, sentaremos las bases para que en ulteriores investigaciones puedan presentarse leyes; en vez de darle un carácter lógico primero y filosófico después, hemos de ver cómo responde al espíritu de la lógica formal y al de la lógica trascendental.

En conclusión: no es lo mismo para mí Lógica del sistema, que Sistematología. La Sistematología procura, por medio del análisis, la inducción y la síntesis, ver qué hay de semejante en los sistemas, y qué de diferente, mientras que la Lógica del sistema se concreta á sistematizar sobre él. Es posible que, con diversa materia mental, haya en los sistemas idénticas formas lógicas, como en individuos de diferente temperamento hay análoga organización.

No puede decirse á priori cómo ha de ser un sistema, cuando tan antagónicos son los que existen. La pura forma sistematológica, aun cuando sea el elemento principal de un sistema, no basta. La Biología, como ciencia, no se constituye con la mera descripción anatómica de los tejidos celulares y la enumeración de sus funciones fisiológicas. Todo sistema, como hemos dicho ya, tiene una materia y una forma. El análisis descubre, además, en él otro elemento lógico ó formal: la *información*, es decir, el modo como la forma y materia se adaptan.

La materia de un sistema es un elemento cuantitativo. La forma es esencialmente cualitativa. Por la materia se determina la mayor ó menor extensión de los sistemas. Por la forma, su mayor ó menor comprehension.

*
* *

EVOLUCIÓN Y VIDA DEL SISTEMA

Considerado el sistema como un proceso de la organización mental, las leyes de su estructura y funcionamiento han de traducir exactamente las de la vida mental. Es ésta, en general, una conexión de procesos mentales, y es el sistema una organización de productos de esos procesos; es decir, la obra, el resultado de la función mental. Y como en la vida mental, considerada en su curso, hay una corriente central, ó bien un foco, si en representación especial se la plastifica y, por consiguiente, corrientes laterales menos profundas y menos ligeras, de cauce más visible y borroso, ó bien mimbres y elementos radiales dentro del área de la conciencia actual, resulta que en todo proceso ó serie de procesos mentales hay una vida ó representación capital, que es núcleo celular de las restantes, á la que todas las restantes se coordenan ó subordinan. Una obra que se dedicase á estudiar el juicio, tendrá como idea capital un proceso de discernimiento y de integración mental.

Una investigación ó estudio sobre el arte de la construcción, tendrá como idea focal el esquema concreto de una construcción. Una investigación más trascendental sobre arquitectura comparada, el símbolo de la construcción, lo integrante y homogéneo en toda construcción.

En torno de la idea capital agrúpanse, por subrestructura vital y no por mera garapiñera lógica, las ideas afines ó congéneres, formando, no un bloque, sino un organismo complejo, producto de lento proceso de diferenciación é integración armónica. Así, en el sistema, la trabazón, el maderamen, la armadura, la ha de dar la materia sobre que versa, la idea fija, la más vital y poderosa, en torno á la cual se agrupan en constelación las congéneres. Así, todo sistema es una resultante de la tendencia al monoideísmo mental, hecho psíquico que sirve de base á la vida mental pluriestructural. Todo sistema, que es una concepción con una idea capital asociante, vive la vida de esa idea. La idea, que es algo personal con el que la concibe ó representa, tiene una duración proporcional á su intensidad germinativa, á su complexión y fortaleza, á la forma lógica en que se desenvuelve y á la mayor ó menor captación intelectual que por su proselitismo logra en la constitución de una escuela ó en la determinación de una tendencia. Son los sistemas, pues, una especie de proyección representativa, de mente á mente, ejecutada con la maestría y el poder del pensamiento original é independiente. Cuando una concepción individual, que es una perspectiva mental del mundo ó de la vida, logra encarnarse y dominar múltiples concepciones individuales, la mera representación sintética de una idea integrada con otras ó de una *idea agregada,* al fecundar con su virtud seminadora, mentes ávidas de ella, mentes con simpatía predispuestas á su acción, surge *la escuela,* como de un programa político surge un *partido,* y de una creencia, una *secta.*

En la acción intermental hay mentalidades poderosas, de sexo masculino, encargadas de transmitir el genio del *homo*

cógitans, y de perpetuar la especie pensante humana. Ya decía Schiller, que si todos los hombres pueden transmitir los caracteres del animal humano, el coeficiente de humanidad sólo es patrimonio de los verdaderamente hombres y, como tal, sólo por ellos se lega. Todo sistema, pues, es hijo de una mente poderosa. Todo sistema vive lo que vive dicha mente.

La vida mental en el individuo tiene tres etapas: 1.ª, asimilación; 2.ª, crecimiento por integración y diferenciación; 3.ª, disolución ó muerte. En la vida del sistema sucede lo propio. Al material de ideas del pensador, corresponde una central, que va asimilando las demás, imponiéndoles su tonalidad, creciendo con ellas por intususcepción, por asimilación, organizándolas armónicamente, viviendo la vida de que es capaz su virtualidad, y pereciendo por fin, para que sus detritus sirvan de levadura á los otros sistemas en germen. La renovación es incesante y eterna como la propia vida. La vida, que es un curso hacia la muerte, encuentra en la muerte su propio manantial, como el de los ríos que van á perderse al mar, y de él toman las aguas para alimentar su corriente. El ciclo de la sistematización se repite, pero no del mismo modo. La vida mental en su proceso logra siempre una capitalización sistemática. El árbol de la ciencia aumenta en corpulencia, y bajo su copa cobija cada vez mayor número de inteligencias. Ningún trabajo, ningún esfuerzo mental que implique resultado se pierde, sino que entra como valor en la capitalización científica. La verdad total, es un ideal de progreso y no una realidad humanamente asequible. La plena satisfacción sólo se logra llevando ese coeficiente de lo incognoscible, que es cantidad constante, pero decreciente, en la humana investigación, con otro coeficiente de entusiasmo y de esperanza, de fe en nuestra propia progresividad, de tranquilidad y de reposo por haber aportado al acervo común nuestra obra de confianza; en fin, en las futuras generaciones que la continuarán con el mismo espíritu, animadas por una misma fuerza de solidaridad en el trabajo ascético y redentor.

Eloy Luis André

LA CUESTIÓN DEL RIF

¿TENEMOS DERECHO Á CONSERVAR LAS POSICIONES OCUPADAS?

Nuestra acción militar en el Rif puede decirse terminada. Esta primera parte de la obra cuya finalidad nunca fué otra que la de dar á nuestra plaza de Melilla condiciones de seguridad y defensa contra las agresiones de un pueblo que vive en perpetua anarquía, ha sido realizada felizmente por nuestro ejército; queda ahora por hacer la segunda, que corresponde á la diplomacia.

En 1906 se celebró la Conferencia de Algeciras, que dió por resultado un Acta para el arreglo, en común acuerdo internacional, de los asuntos de Marruecos. Pero con anterioridad á esa fecha, aparece el Sultán ligado á nosotros por una serie de Tratados y de obligaciones referentes al Rif, que sólo á España puede directamente interesar su cumplimiento. La validez de estos Tratados, en esa misma Acta se confirman: «Todos los Tratados, arreglos y convenios—dice el art. 123—de las Potencias signatarias con Marruecos siguen en vigor.» Esto hace de la cuestión del Rif una cuestión aparte y completamente distinta de la cuestión general de Marruecos, aunque, á veces, ambas se suelen confundir.

Tomamos posesión de Melilla á fines del siglo XV, en una

expedición costeada por el duque de Medina Sidonia y mandada por D. Pedro de Estopiñán. Una vez asegurada la defensa de la plaza, empezaron las incursiones hacia el interior, entonces llamadas cabalgadas. Y rara coincidencia: casi todas las posiciones que hoy ocupamos coinciden con las que ocuparon los españoles en aquella época. En una de estas expediciones llegaron los cristianos á Zeluán, cuya primera Alcazaba fundó Don Juan de Guzmán, duque de Medina Sidonia. Mar Chica estuvo también bajo nuestro dominio. A este propósito, escribe Luis del Mármol Carvajal (1): «Hará diez y ocho años que abrió una boca á la mar, cinco leguas de Melilla, á raíz de un arrecife de peña fuerte, que por lo más ancho tiene un tiro de ballesta»; datos todos que coinciden con la posición llamada la Restinga, que ocupamos en la actualidad. Y añade dicho autor: «Y cuando hay tormenta de Levante ó cierzo, sube la mar por cima del arrecife á la laguna, y en algunas partes queda el agua represada encima de la propia peña, y se hacen unas salinas, donde los moros de aquella comarca solían ir por sal cuando Melilla era suya; mas ahora gozan de ellas los cristianos, y no la cogen los moros sino cuando traen licencia del Capitán general que allí reside.» La última expedición la dirigió el duque contra Casaza, por cuyo hecho de armas, el Rey le hizo merced del título nobiliario de marqués de Casaza, que ostenta la casa de los duques de Medina Sidonia.

Toda esta zona del interior, más que perdida, fué realmente abandonada por nosotros. Nuestras plazas de la costa del Norte de Africa no tenían más objeto que la defensa contra los piratas que infestaban el Mediterráneo y arruinaban nuestro comercio. Así es que elegimos como campo exterior de Melilla una zona muy reducida, la estrictamente necesaria para establecer una línea de fuertes que pusieran á salvo la plaza de cualquier asalto de los naturales.

Desde fines del siglo XVI, nuestra situación en las plazas del

(1) Descripción de Africa.

Norte de Africa se hace cada vez más triste y angustiosa. Por lo que se refiere á Melilla, baste decir que, palmo á palmo, fuimos perdiendo todo el campo exterior, y, uno por uno, todos los fuertes que aseguraban su defensa. Cuantas veces acudimos al Sultán en demanda de una pequeña zona de ensanche, como la que pidió Carlos III, «la faja de tierra comprendida en un tiro de fusil», nos la negó, fundado en el carácter sagrado de los límites. Era, pues, Melilla una fortaleza aislada, rodeada y constantemente asediada por una población muy densa y toda enemiga. Al lado de los rifeños, en sus luchas por arrojarnos de todas las plazas, estaba el propio Sultán, que justificaba su conducta ante nuestros reyes diciendo «que era mandato de la religión de su pueblo el atacar sin tregua las plazas ocupadas por cristianos». Perdidos todos los medios de defensa de Melilla, y en guerra permanente con el Sultán y los rifeños, su conservación se hizo costosísima y difícil, por lo cual, en tiempos de Carlos IV, se trató en el Consejo de Castilla de la conveniencia de abandonarla. Por cierto que el conde de Aranda fué uno de los partidarios más decidido del abandono de Melilla. En esta época cedimos al rey de Argel las plazas de Orán y Mazalquivir.

La guerra de 1860 transformó por completo ese triste estado de cosas. La victoria militar restableció, en primer término, nuestro prestigio en Africa, que, á fuerza de tantos descalabros, habíamos casi perdido. Y, al amparo de ella, obtuvimos también ventajas de orden material muy importantes, que fueron las siguientes: «En pleno dominio y soberanía el territorio próximo á la plaza de Melilla, hasta los puntos más adecuados para su defensa y tranquilidad (1). Es, decir, un campo exterior mucho más extenso que el que habíamos perdido á fines del siglo XVII, suficiente para asegurar la defensa de la plaza, y suficiente también para atender á las necesidades de su expansión y desarrollo en aquella época. El contacto inmediato

(1) Art. 1.° Tratado 59, ratificado el 1860.

de nuestro campo exterior con los rifeños, era causa de permanentes conflictos; los hitos ó postes que señalaban el límite de nuestra jurisdicción eran arrancados y alterados con frecuencia. Esta experiencia nos llevó á pedir la garantía de una zona neutral, que ahora se establece. «Para la seguridad del campo exterior de Melilla—dice el art. 4.°—(1) se establecerá, entre las jurisdicciones españolas y la marroquí, un campo neutral, cuyos límites serán: por la parte de Melilla, la línea de jurisdicción española consignada en el Acta de deslinde, y por la parte del Rif, la línea que se determine de común acuerdo.» Y, para garantía de nuestros derechos de las agresiones de los rifeños: «El rey de Marruecos, como soberano del Rif, se compromete á establecer y mantener constantemente, en las inmediaciones del campo de Melilla, un caíd con un destacamento de 400 moros de rey, para evitar y reprimir las acometidas de las tribus» (2). Por último: «El nombramiento para el cargo de bajá del campo de Melilla recaerá, necesariamente, ahora y en lo sucesivo, según el Tratado de 1894, en un dignatario del imperio que, por sus condiciones especiales, ofrezca garantías suficientes para mantener las relaciones de buena armonía y amistad con las autoridades de la plaza y campo de Melilla.»

***

Por los tratados estamos perfectamente garantidos; según lo que en ellos se dispone, debiéramos gozar en el Rif de una paz octaviana; pero veamos cuál es la realidad de todo eso.

Ratificado el tratado de paz que puso fin á la guerra de 1860, procedía llevar á cabo la demarcación de los límites del nuevo campo de Melilla. Bajo la presidencia del bajá del campo de Melilla, Sidi Hamuda, se celebró una gran reunión de los jefes de las cinco kabilas propietarias de los terrenos cedi-

(1) Tratado 59, ratificado el 1860.

(2) Art. 6.°, Tratados 59-60, y 4.° del de 1894.

dos por el Sultán, en la que, sin discusión, se acordó oponerse resueltamente á la cesión de territorios, hecha en tratados cuya validez no reconocían. Pocos días después, informaba el Capitán general de Melilla al Gobierno el estado de agitación de todas las kabilas fronterizas, por lo cual fué necesario reforzar la guarnición de Melilla. Así transcurrió bastante tiempo; los rifeños apelaban á toda clase de medios para dar largas al asunto y evitar que la demarcación se hiciera. Reclamamos del Sultán, y éste nos manifestó su buen deseo, allanándose á firmar el nuevo Convenio de Madrid de 1861, en el cual se estipuló «que la demarcación de los límites de Melilla, y entrega de los mismos á España, se verificaría antes de la evacuación de Tetuán».

Por Real orden de 4 de Noviembre de ese mismo año se ofreció á los dueños de los terrenos que hubiesen de ser entregados á España, en el caso de jurar fidelidad al trono de Isabel II, garantizarles sus propiedades, respetar sus creencias religiosas, eximirles de toda clase de tributos y permitirles hacer libremente el comercio de la plaza. No podían darse condiciones más ventajosas, ni podíamos hacer más en obsequio al Sultán, que era el obligado á hacerlo todo.

Por reclamación de nuestro Gobierno, fué relevado el bajá Sidi Hamuda, y le reemplazó Abd-Es-Sadoc, que «llevaba instrucciones y poderes del Sultán para entender en el asunto». Pero apenas llegó al Rif, empezaron á notarse síntomas poco tranquilizadores, provocados por sus malos manejos en las kabilas, y á los pocos días escribía á los comisionados marroquíes que se encontraban en Melilla, «que las kabilas se oponían de nuevo á la delimitación, y le impedían á él mismo acercarse á la plaza, por lo que les aconsejaba que no salieran al campo». El 2 de Mayo de 1861 se evacuó Tetuán sin haberse efectuado la delimitación.

En esa situación estuvimos todavía mucho tiempo después de la evacuación. Reclamábamos al Sultán, pero inútilmente; el Sultán carecía de fuerzas para imponerse, y, además, de los

recursos necesarios con que indemnizar las expropiaciones á á sus propios súbditos. Al fin, se llegó á un acuerdo con las kabilas para la delimitación. Éstas se comprometían á ceder los terrenos, pero á condición de que el Gobernador español les garantizara el pago de las indemnizaciones; en las promesas del representante del Sultán no confiaban. Se delimitó el campo por la Comisión de ingenieros españoles y marroquíes, encargada de hacerla, y, como era consiguiente y estaba en los Tratados, pidió el Gobernador la de la zona neutral, á lo que contestaron los comisionados marroquíes que no llevaban instrucciones para ello. Lo mismo dijeron el año 1894, por lo cual esta es la hora en que la zona neutral no se ha fijado. De este modo, los hitos que señalan el límite de nuestro campo no tienen seguridad, son arrancados unas veces, otras alterados, las mismas que tenemos que reponer por nuestra propia cuenta y riesgo. El primer bajá que se nombró después del Tratado que determinó su categoría, fué El-Bachir, que, además de no tener influencia alguna en el campo moro, no era dignatario del imperio; y así todos los que le han sucedido. Y vamos al punto más interesante, causa ocasional del reciente conflicto de Melilla: la policía de frontera.

Constantemente vienen reclamando nuestros Gobiernos del Maghzen el establecimiento, en el límite de nuestro campo, de las fuerzas regulares encargadas de hacer la policía de frontera. Inútiles cuantas reclamaciones hemos hecho; esta es una obligación que nació muerta en los Tratados; no ha habido medio de que el Sultán la cumpla. Claro está que al no prestar el Maghzen ese servicio, realiza una economía en su presupuesto de guerra, á costa de nosotros, pues sin esa garantía de seguridad, nuestro contingente de fuerza en Melilla forzosamente tiene que ser mayor, ya que la seguridad tenemos que procurárnosla nosotros mismos.

Fuerzas regulares del Sultán aparecen por primera vez en el Rif á mediados de Abril de 1907; pero no para dar cumplimiento á los Tratados con España. La aparición de tales fuer-

zas obedece al propósito de arrojar al Pretendiente de Zeluán, y acabar con la soberanía de hecho que venía ejerciendo en todos los territorios circunvecinos. A poco de su llegada, se entabla en las puertas de nuestra propia casa la lucha entre estos dos poderes, cada cual con sus partidarios y enemigos, que crean un estado de conflictos y de anarquía del cual teníamos nosotros que soportar todos los inconvenientes. La mehalla, completamente abandonada por el Maghzen, que no les enviaba ni víveres, ni municiones, ni dinero, arrastraba una vida penosa, viéndose cada vez más reducida por las constantes deserciones, cedió al fin; presentáronse sus jefes al general Marina, manifestándole que les era imposible sostenerse más tiempo en Mar Chica, por el abandono en que la tenía su Gobierno, y le rogaron que los admitiese en Melilla y que gestionase cerca del Pretendiente que los dejasen pasar sin hostilizarlos.

Las negociaciones entabladas por el general Marina con los jefes del Pretendiente, tuvieron el mejor resultado, pues le dejaron en completa libertad para que resolviera el asunto en la forma que mejor le pareciera. El día 29 de Enero (1908), en vista de que los dos jefes de la mehalla, Ben Jilali y el Fraile, manifestaron no podían aguantar más, salieron fuerzas de nuestra guarnición, al mando de Marina, que las colocó escalonadas á unos dos kilómetros de nuestros límites, y desde aquí avanzó él con su Estado Mayor hasta encontrar á la mehalla. El desfile de ésta duró más de tres horas, sin orden ni organización, ni concierto; mezclados hombres y mujeres harapientos, rendidos y destrozados, muchos de los cuales, desfallecidos de hambre y de cansancio, caían al suelo, siendo preciso transportarlos en los carros de los regimientos. Al entrar en nuestro campo dejaron las armas, y en Melilla estuvo este, más que cuerpo de tropa, turba de famélicos, sostenida por nosotros mucho tiempo. Los quebdanas, al ver retirarse las tropas del Sultán completamente derrotadas, se presentaron al general Marina, pidiendo nuestra protección, y que España

ocupara una posición cerca de Chafarinas que los defendiera de las turbulencias de las demás kabilas.

En esta situación, aficciada Melilla por las luchas exteriores, que ponían en constante peligro la seguridad de nuestra propia plaza, se trasladó el general Marina á Tánger; celebró una conferencia con el Guebbas, en la cual le expuso la necesidad de reforzar la mehalla imperial y de que se estableciera en el lugar designado por los Tratados, ó, de lo contrario, España tendría que ocupar la Restinga. El Guebbas dió serias promesas de enviar las fuerzas necesarias hasta completar las exigidas por los Tratados. Y cuál no sería la sorpresa del Gobierno y del general Marina, cuando, en vez de llegar los refuerzos prometidos, una orden del Maghzen, dispone que la parte de la mehalla refugiada en Melilla se traslade á territorio marroquí fuera del Rif.

Esto sucedía en Diciembre de 1907, y en Febrero siguiente se cumplía el anuncio que el general Marina había hecho al ministro del Sultán. Ocupamos la Restinga sin disparar un solo tiro, y poco después ocupamos Cabo de Agua, en cuya expedición acompañaron á nuestras fuerzas fuerzas indígenas, organizadas en la Restinga como policía.

A fines del año 1908 abandona el Pretendiente á Zeluán, y empiezan las represalias de kabilas adictas y kabilas hostiles al soberano intruso; después las represalias se transforman en luchas sangrientas, y vuelve el Rif á su estado de habitual anarquía, y Melilla á sufrir los efectos de ella. Sin poderse mantener tráfico alguno con el exterior, sin poder salir de la plaza, al extremo que la Real Sociedad Geográfica pidió autorización para realizar una información comercial en el Rif, y el Gobierno la denegó, porque, según los informes del general Marina, nuestra plaza estaba realmente bloqueada.

En esta situación, sólo nos quedaban dos caminos que seguir. Uno, ir desde luego nosotros á hacer efectivo en todo el contorno de Melilla con el campo exterior, por medio de nuestra fuerza y de nuestra autoridad, aquella autoridad del Sul-

tán que estábamos reclamando en vano que ejerciese, ó todavía intentar un nuevo esfuerzo amistoso, estrechando nuestras reclamaciones al Sultán, á fin de que cumpliese las obligaciones tantas veces desatendidas.

Optamos por esto último, y en el mes de Mayo pasado enviamos á Fez una Embajada extraordinaria. Pero pronto se nos cerró este camino. El Sultán, no solamente se negó á entrar en negociaciones y á cumplir los Tratados, sino que, como condición previa para hablar con España, exigió que nos retirásemos de la Restinga y Cabo de Agua. En este estado se interrumpieron las negociaciones en Fez, que después se renovaron en Madrid.

Entretanto, los rifeños del campo de Melilla cada vez más envalentonados y agresivos, y nuestra situación frente á ellos cada vez más deprimente. No podían atribuir estas tribus salvajes nuestra inacción á miramientos diplomáticos, sino que, recordando á su manera todo lo pasado, interpretando en su enguaje y en sus sentimientos nuestra pasividad, los endosos de nuestros agravios al Sultán, y la repulsa que éste hacía de ellos, la impunidad de todas sus arremetidas contra nosotros, etc., llegaron realmente á creer que España era absolutamente impotente y despreciable. Cometían los más inauditos atropellos, con el mayor descaro, primero con los moros amigos, después con nuestros propios súbditos.

Así llegamos á los primeros días del mes de Julio, en que realmente nos encontramos frente á este terrible dilema: ó salir de nuestra plaza, y hacer respetar por nosotros mismos lo que el Sultán rehusaba hacer, faltando á todos los Tratados, ó francamente abandonar la plaza de Melilla, como intentó Carlos IV; sólo que en esta época y en estas circunstancias, las consecuencias de ese acto eran de una transcendencia mayor. ¿Qué hacer en trance semejante? No cabe duda, que lo que hemos hecho: salir de nuestra plaza y ocupar y retener aquellas posiciones que sean garantías seguras de paz, de independencia y de seguridad de nuestra plaza y de respeto á nuestros derechos.

La abstención hubiera sido un suicidio, porque no en vano, en 1904, se reconocieron los derechos de España á ocupar un puesto en el concierto de las tres naciones interesadas en los asuntos de Marruecos. A nuestro lado ha estado toda Europa, porque Europa entera está persuadida de que la razón y el derecho nos asiste, al proceder como hemos procedido en el Rif, defendiendo el derecho á la propia existencia, síntesis de toda campaña de Melilla.

FRANCISCO ESPINOSA Y GONZÁLEZ PÉREZ

CRÓNICA LITERARIA

LA TEMPORADA TEATRAL

Arreglo de *La Celestina*, por D. Francisco F. Villegas.—*La escuela de las Princesas*, por D. Jacinto Benavente.—*Doña María la Brava*, por D. Eduardo Marquina.—*Doña Clarines* y *El Centenario*, por los señores Alvarez Quintero.—*La Esclava*, por D. Federico Oliver.

El otoño, estación en que caen las hojas de los árboles y nacen las de los libros, para los cuales hay también imperiosas vacaciones de estío, ha sido este año más fecundo en la producción teatral que en la de librería.

Si en el platillo de una balanza, de esa balanza ideal que nos sirve para las comparaciones, colocásemos el arreglo de *La Celestina*, por Fernández Villegas; *La escuela de las Princesas*, por Jacinto Benavente; *Doña María la Brava*, por Eduardo Marquina; *Doña Clarines* y *El Centenario*, por los Sres. Alvarez Quintero, y *La Esclava*, por Federico Oliver; y en el otro platillo pusiéramos los libros de alguna importancia publicados desde Octubre, el fiel de la balanza, por poco sensible que fuese á la estimación de los valores literarios, se inclinaría hacia la dramática.

A ella voy á consagrar esta Crónica; y dicho se está que tendrá que ser muy sucinta la reseña que haga de las mencionadas obras, cada una de las cuales daría materia bastante para llenar uno de estos artículos.

La Celestina ha sido arreglada por persona muy competente, que ha hecho largo y minucioso estudio de la inmortal tragicomedia. A todas las razones que pueden aducirse en favor de los arreglos ó refundiciones de obras clásicas, se agrega en este caso una muy poderosa, verdaderamente decisiva: *La Celestina* no es representable en su texto original. Su gran extensión, lo largo de los parlamentos que dicen sus personajes, el atrevimiento de algunas escenas, la contextura de sus actos, no resistirían la prueba de la representación ante un público que no se compusiera exclusivamente de eruditos y entendidos en nuestra antigua literatura. A empresa alguna se le puede exigir que monte una obra, pensando sólo en un público semejante, que escasamente daría concurso para una ó dos representaciones. Admitida la necesidad del arreglo para llevar á las tablas la tragicomedia de *Calixto y Melibea,* quedaba por dilucidar si esta obra, más novelesca que dramática—novela dramática la llamó Moratín,—se prestaba á la especial perspectiva de la escena. El arreglo del Sr. Fernández Villegas demuestra que sí. De él ha salido una obra que á los conocedores de *La Celestina* debe interesarles y satisfacerles, por haberse conservado en ella todo lo esencial del original, por la hábil transposición y combinación de textos, que con materiales de la fábrica primitiva, compone las partes nuevas de la adaptación dramática, y por el concienzudo estudio y escrúpulo literario con que el arreglador conserva el espíritu del texto antiguo y hasta las formas del lenguaje, en grado muy cercano de aproximación, en todo aquello que él ha puesto de su cosecha para trabar y enlazar los materiales auténticos en la nueva forma. También al público en general, poco preparado para el examen comparativo entre la tragicomedia y su arreglo, parecía que había de ofrecerle éste el atractivo de una obra dramática bien acabada. Hay, en efecto, en la adaptación de *La Celestina* á la escena contemporánea, además de una sabia refundición literaria, un drama bastante movido, dotado de emoción intensa y fuerte, de tipos vi-

gorosos, de momentos de suave poesía amatoria y de vigoroso relieve trágico; en suma, con elementos más que suficientes para que, aun sin pensar en *La Celestina* antigua, y acaso sin haberla leído, como si naciese ahora *La Celestina*, los espectadores se dejasen cautivar por la fábula dramática.

En el arreglo de *La Celestina* figuran todos los personajes de la tragicomedia, salvo Pleberio. Se ha conservado en él todo lo que da carácter á esta obra: las tretas de que se vale Celestina para poner de su parte á Parmeno y para rendir la voluntad de Melibea, las entrevistas de ésta con Calixto, la muerte de Celestina y la de los criados de Calixto, la venganza que traman Elicia y Areusa y el desastrado fin de los amantes. Sólo se han suprimido, ó más bien que suprimido, reducido á referencias, algunas partes episódicas, como las escenas preliminares y aquellas en que Pleberio interviene. Está, pues, en el arreglo, *La Celestina*, toda reducida al escorzo dramático, y poca imaginación ha de tener quien, conociendo la tragicomedia, no sienta emoción al ver aparecer en escena, encarnados en figuras vivientes, aquellos personajes que en el libro nos cautivaron, y que con la representación escénica parece que cobran una vida más real y verídica.

Sin embargo, *La Celestina* se ha representado pocas noches. El público no respondió en la medida que era de desear á este elevado intento literario. Las causas de su indiferencia son harto claras y comprensibles. Están en lo poco que se conoce nuestra literatura antigua, que no siendo conocida no puede ser amada. Y no se arguya con la popularidad de *La Celestina*. Hace algunos años, y no sé lo que habrá progresado desde entonces la enseñanza, era posible llegar á ser doctor en Filosofía y Letras sin haber leído el *Quijote*. Los estudios de historia literaria no iban acompañados generalmente de análisis de textos, de lecturas comentadas, de ensayos de crítica, de nada de lo que pueda dar á conocer una literatura; se reducían casi á un ejercicio mnemotéctico de fechas, de nombres, de argumentos de obras y de juicios sobre autores y es-

cuelas. Ocurriendo esto en una esfera especial y superior de la enseñanza, calcúlese lo que será en la masa de personas dotadas de algunos elementos de cultura general, que compone la mayoría del público de los teatros. Los clásicos no interesan porque sólo se tiene de ellos una confusa noticia, y ocurre á veces que hay quien se sorprende, al leerlos ó al oirlos en la escena, de que no sean tan aburridos como él se figuraba. Con este nivel de cultura ha venido á tropezar la refundición de *La Celestina*; mas yo espero confiadamente que obra tan artística en lo que ha puesto el arreglador, que el original no hay que calificarlo, reaparecerá en los carteles y entrará definitivamente el repertorio clásico.

***

En *La escuela de las Princesas*, de Jacinto Benavente, utiliza este ilustre autor las finas sales de su ingenio para una sátira de corte, de costumbres de príncipes y palaciegos. Mas este aspecto satírico, con ser el más comprensible y acaso también el más agradable para muchos espectadores, es sólo el condimento de la comedia. Hay en ésta una sutil trama psicológica, á veces, tan fina y vaporosa, que nos deja confusos la metafísica amatoria del autor. Una princesa de un reino fantástico, cuya corte tiene bastante parecido con cualquier corte contemporánea, para que nos da la suficiente ilusión de realidad actual, deshace el proyectado matrimonio que pactaba para ella la razón de Estado, por amor á un noble de su país, popular entre el pueblo y el ejército. Frente á la razón de Estado de las Cancillerías, parece que se alza otra razón de Estado democrática, en que los pueblos emancipados, en vez de ser pupilos, son tutores de sus príncipes, ó, por lo menos sus consejeros atendidos. Pero tampoco la lucha entre las dos razones de Estado, la nueva y la vieja, es más que un aspecto secundario y pasajero de la comedia, una de las perspectivas que abre á la meditación y á la fantasía.

Donde está su principal contenido espiritual es en el cambio que se opera en el corazón de la princesa, luego que hace triunfar su voluntad de enamorada. Llega el príncipe desdeñado á la corte á vistas con otra princesa, cuya mano le han ofrecido como indemnización, y entonces la desdeñosa le encuentra mucho más digno de su amor que el noble á quien prefirió, y está á punto de romper con la razón de Estado democrática, como había antes roto con la cancilleresca. El príncipe mismo es quien la obliga á resignarse y la habla el lenguaje de la razón, que toma en este trance por abogados á la poesía y el sentimiento. La escena entre ambos príncipes, que pudieron amarse y ser dichosos, si ella hubiera sabido esperar, marca el momento culminante de la comedia, aquel en que cristalizan su moral y su sentido poético. El príncipe, que no en vano es alemán, de tierra de filósofos, diserta acerca del amor con la elevación de un platónico y hasta en algún instante con la oscuridad de un hegeliano. El caso es que la convence y la reconcilia con el destino que ella se ha buscado, haciéndola entender que el amor es cosa sublime y exquisita que debe esperar un digno objeto. Usaremos de él torpemente si lo entregamos al primero en quien se refleje la luz que irradia el amor desde nosotros. El amor no debe adelantar impacientemente la hora en que llegará el amado, tomando por tal al primero que llame á su puerta.

La comedia de Benavente es delicadísima, de una elegancia espiritual, irreprochable. El defecto que puede repararse en ella es falta de vigor. Son demasiado quintesenciados los sentimientos que expresa, para que nos sacudan hondamente. Son fruto de almas tan raras y exquisitas, que apenas nos parecen humanas.

*
* *

Doña María la Brava, de D. Eduardo Marquina, es un drama heroico. Romancero dramático le llama su autor, y lleva, en efecto, á la escena el soplo de la épica robusta y castiza de

los romances castellanos. No es un drama rigurosamente histórico. Figuras de la historia hay en él, como el condestable don Alvaro de Luna, el rey D. Juan II y la reina Isabel de Portugal, el príncipe D. Enrique, el marqués de Santillana y otras varias. Con las figuras hay también un fondo de hechos y sentimientos históricos: la lucha de la nobleza castellana contra el maestre de Santiago y el trágico fin del valido, entre los hechos; entre los sentimientos, el espíritu de venganza de la sangre, considerado como un deber de honor por los deudos del muerto á mano airada. Este sentimiento, que ocupa tanto lugar en la literatura, adonde llega como reflejo de las costumbres, y que es una de las partes principales de la leyenda de las mocedades del Cid, es el eje del drama de Marquina. *Doña María la Brava,* que no es la D.ª María de Monroy de la tradición salmantina, sino una rica hembra imaginada por el poeta, es una de estas figuras vengadoras del honor y la sangre, en la cual encarna ese contraste entre el amor y la obligación de aborrecer á un sujeto por enemistades de bandos ó por espíritu de venganza, que ha dado origen á tantas ficciones literarias. El autor de *Doña María la Brava* ha usado de una amplia libertad poética con los materiales históricos, pero conserva en su drama el espíritu y la sensación de la historia. Hasta en los versos, que por lo general son muy vigorosos y expresivos, procura poner una noble pátina del pasado, resucitar el eco de la antigua poesía castellana de los romances. La obra de Marquina no es una restauración erudita y arqueológica; es labor de inspiración poética, guiada por algunas lecturas, en que hay muchas adivinaciones felices, y en la cual no es raro que se hayan deslizado algunos anacronismos.

La acción de *Doña María la Brava* tiene un intenso interés dramático. Aunque Marquina es autor novel en el teatro, se advierte en su obra cierta habilidad para buscar efectos, situaciones que absorban y sobrecojan al espectador. No es meramente la obra de un poeta que ha dado forma dramática á un poema, y triunfa por la rima y las imágenes. Hay en el drama

una revelación de las cualidades específicas del dramaturgo, y un progreso visible, respecto de *Las hijas del Cid,* en la técnica del teatro, y particularmente en la trabazón de la acción y el acoplamiento de sus partes. El principal defecto de *Doña María la Brava* radica en el hecho inicial que sirve de base al drama, y que no está bastante justificado—el asesinato de don Alonso de Guzmán, hijo de D.ª María, por Alonso Pérez Vivero, servidor y confidente del príncipe Enrique, en el drama.—La inverosimilitud de este hecho derrama cierta obscuridad sobre los dos primeros actos del Romancero dramático de Marquina, defecto peligroso, teniendo en cuenta el grado de atención que generalmente presta el público de los teatros.

Aun con este defecto, con los anacronismos parciales que se deslizan en la obra, y la considerable libertad de que ha usado el poeta con la historia, y que desorienta un tanto á los que profesan el respeto á la exactitud en estas materias, *Doña María la Brava* es una de las más importantes obras estrenadas en la presente temporada. Su hermosa forma poética, sus dramáticas situaciones, el tono noble de tragedia que adopta, la dan un elevado valor artístico.

***

Los Sres. Alvarez Quintero, á quienes se empeñan en confinar algunos en el campo reducido del sainete, han dado á la escena dos obras: *Doña Clarines* y *El Centenario,* en que, á los elementos de observación que tan diestra y discretamente utilizan estos autores, se une un pensamiento poético, delicado y feliz, que baña estas obras en un claro y luminoso ambiente de optimismo.

Doña Clarines es una comedia en dos actos. La protagonista es una señora que tiene la manía de decir á todo el mundo las verdades con áspera y ofensiva claridad. Un desengaño de amor que padeció en la juventud la ha infundido esta excesiva franqueza, como desquite de la mentira que destruyó sus

ilusiones. El tipo está bastante exagerado en la comedia, aunque la maestría y la gracia con que lo presentan los Quintero, impide que se convierta en una figura grotesca. Esta exageración de la figura de *Doña Clarines,* sirve para preparar el contraste que resulta, cuando la severa y esquiva dama, en vez de oponerse á los amores de una sobrina suya, que tiene bajo su guarda con el hijo del hombre que la burló, comprende que los hijos no deben expiar las culpas de los padres, y que no es lícito destruir la felicidad ajena para satisfacer nuestros resentimientos. Es un rasgo poético, felizmente concebido y desarrollado, el de la emoción que experimenta *Doña Clarines,* al ver reproducida, por un parecido de familia, en el pretendiente de su sobrina, la imagen del hombre á quien amó. Abunda la obra en tipos cómicos de buena ley, y como todas las de los Quintero, sobresale en la combinación de muchos delicados detalles, que cooperan á la expresión de cada escena, en la soltura con que se mueven los personajes y en la minuciosa caracterización de cada tipo.

El Centenario es una comedia en tres actos, que apenas tiene acción, pero que, gracias á la técnica de los Sres. Alvarez Quintero, no se hace demasiado lánguida. El arte con que están combinados los menudos incidentes de que se compone esta comedia, nos impide advertir demasiado que en ella ocurren muy pocas cosas. Pertenece esta obra á un teatro que pudiéramos llamar estático, en que el movimiento dramático está reducido al mínimum, y se suple con la abundancia de pormenores de observación, al modo novelesco. El centenario de la obra quiere reunir, en torno á su mesa, el día que cumple los cien años, á todos sus parientes, sin distinción de clases: pobres y ricos, buenos y malos, felices y desgraciados, y esto nos hace trabar conocimiento con una serie de tipos interesantes ó graciosos que forman la principal materia de la obra. La observación de las costumbres, la blanda é ingeniosa sátira de los pequeños defectos y manías humanos, forman el fondo escénico, en el cual se mueve la figura del centenario como una per-

sonificación de la alegría de la vida honesta, en que la longevidad parece una recompensa del amor á la vida y al bien. Es, en suma, *El Centenario* un himno á la vida, que termina con la poética promesa de su renovación, pues tal es el sentido simbólico del amor que surge entre dos de los descendientes del patriarca, que se ven en la fiesta. A la memoria del lector acudirá el recuerdo de *Fecondité,* de Zola. Hay en la comedia de los Sres. Alvarez Quintero como un eco de la obra del gran novelista francés, si bien el asunto está reducido en *El Centenario* á un marco más familiar, más íntimo, y no se relaciona con circunstancias sociales del momento (como la restricción de la natalidad en Francia), ni con las perspectivas de humanidad futura que abre aquel Evangelio novelesco.

***

En *La Esclava,* D. Federico Oliver ha querido darnos la sensación artística de la vida helénica. Se necesita cierto atrevimiento poético para llevar á la escena griegos ó romanos, ante un público á quien, por lo general, interesan muy poco las humanidades y que tiene escasa y remota noticia de ellas. El Sr. Oliver no se ha propuesto, sin duda, imitar las formas de la dramática griega, lo cual hubiera sido mucho más atrevido, teniendo en cuenta lo que acabo de indicar respecto al público. Ha querido dar una sensación artística de época, mediante los elementos sensibles y literarios de que el teatro dispone, y en gran parte lo ha conseguido, aunque quede un ancho margen para la discusión del grecismo de las almas de sus principales personajes. Sus griegos nos parecen griegos románticos, reparo que no es esencial en lo tocante al valor artístico de la comedia, si se considera que casi todo el teatro clásico francés, clásico como francés, seudoclásico en relación con las humanidades en que se inspiraba, no tenía más miramientos con la psicología histórica, y que tampoco el del Príncipe de la dramática Shakespeare es fiel á la historia. Por donde flaquea

La Esclava, es por la inconsistencia de su argumento, que depende de la del carácter del protagonista, que es el menos griego de todos los personajes. La acción es confusa y poco motivada; no tiene una causalidad clara y comprensible que convenza al espectador. Los hechos acaecen sin razón suficiente, dándonos la impresión de cosas artificiales y forzadas. Con todo, tiene la obra muy afortunados pasajes poéticos, escenas de innegable belleza y momentos de una penetrante emoción, solemne y difusa, que brota del lugar, de la situación y de la legión de imágenes antiguas que evoca *La Esclava* al llevarnos al bosque sagrado de Dodona ó al promontorio de Leucadia. Estos nombres y estos lugares augustos tienen un potente sortilegio que conjura mil poéticas sombras de la Hélada. La comedia del Sr. Oliver es una obra de alta inspiración artística, en que hay que aplaudir la forma literaria, el gusto selecto y la cultura que el propósito implica, aunque puedan formularse algunos reparos á la composición dramática.

Una breve reseña como la que acabo de hacer, no ofrece ocasión para hablar de la interpretación de las obras, á no reducir á fórmulas generales de aprobación ó desaprobación lo que se dijera. Baste indicar que *La Celestina* y *La Esclava* en el Español, *Doña María la Brava* en la Princesa, *La Escuela de las Princesas* y *El Centenario* en la Comedia, y *Doña Clarines* en Lara, han sido representadas y puestas en escena con una propiedad y un esmero que acreditan un plausible progreso en nuestro arte escénico.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Medicina: La nueva histeria.=Literatura: La fábrica teatral.=Costumbres: Las formas de la generosidad.=Bellas Artes: El hábito en el goce estético.=Ocultismo: El ocultismo contemporáneo.=Impresiones y notas: El martirio de Polonia.—La higiene de Voltaire.—Las malas costumbres de Francia —Los protagonistas de la historia del collar de la reina.

MEDICINA

La nueva histeria.—La palabra *histeria* es relativamente moderna como término vulgarizado, y á Charcot se debe el que pueda hablarse de ella sin que nadie se sienta mortificado, como sucedía antes cuando se le daba otra significación. Considerar como histéricas á las personas de carácter voluble y fantástico, que sólo viven para la galería, que buscan la manera de llamar la atención, era—como dice en *La Revue* el Dr. Romme—permanecer fiel á las enseñanzas de la Salpêtrière, como lo era tomar por histéricas á las visionarias, las poseídas, las estigmatizadas, así como á algunas grandes criminales y á ciertas mendaciómanas, como la Sra. Steinheil, por ejemplo.

¿Es exacto este concepto de la histeria hoy, cuando hay médicos que niegan hasta la existencia del histerismo? Evidentemente que esto es una exageración, y que la histeria existe y ha existido siempre; pero no es menos cierto que la idea que de ella se tenía y tienen todavía muchos, es falsa en

sus tres cuartas partes. Aun viviendo Charcot, el profesor Bernheim, de Nancy, había ya protestado contra el concepto de la histeria establecido por la escuela de la Salpêtrière; pero á quien corresponde el mérito de haber probado que la histerio, tal como la comprendía Charcot, era una creación puramente artificial, es al Dr. Babinski, sin más que haber procedido á la revisión de las enfermedades.

La antigua histérica era generalmente una joven que llegaba á la consulta de la Salpêtrière con uno de sus brazos inerte, pendiente á lo largo del cuerpo; aquella parálisis se había presentado bruscamente, sin saber cómo. Por el modo con que respondía á las preguntas y por ciertas particularidades de su traje, se presumía que se trataba de una histérica, y, para comprobarlo, se la pellizcaba y hasta se la pinchaba con un alfiler, sin que sintiera el menor dolor; esta insensibilidad se reproducía al nivel de las conjuntivas y de la faringe, que se podía tocar con el dedo sin provocar el menor reflejo. Diagnosticada y admitida como histérica, se la dormía, y durante el sueño hipnótico se la sugería que estaba curada; al levantarse, resultaba, en efecto, que podía mover el brazo y servirse de él como de costumbre. Ocho días después reaparecía en la consulta, pero no con una parálisis, sino con una contracción del brazo; se la admitía de nuevo y se la volvía á dormir; pero la sugestión fracasaba, y la enferma proseguía en el hospital, donde se asistía á la evolución de su histeria. Una mañana, por ejemplo, al ponerla el termómetro bajo la axila, se encontraban con que la columna de mercurio subía á 40, á 42, á 45 grados, y como el hecho era inexplicable, se decía: «fiebre histérica»; á las dos ó tres horas, efectivamente, se volvía á poner el termómetro, y la temperatura era normal, y á nadie le chocaba, porque aquella fiebre era de origen histérico.

Al día siguiente ó á los ocho días, la enferma presentaba nuevos fenómenos: ó bien escupía sangre—hemotisis histérico,—ó bien una mañana se encontraban con que su brazo había triplicado de volumen—edema histérico,—ó que sus pier-

nas se habían cubierto de manchas de sangre y ulceraciones extrañas—ulceraciones histéricas,—ó bien la enferma permanecía quince días sin orinar, y si la sondaban no se hallaba ni una gota de líquido—anuria histérica,—ó la daba por no probar bocado durante ocho, diez ó quince días, conservando, sin embargo, sus fuerzas. Los demás síntomas: crisis convulsivas, grandes ataques con actitudes pasionales, transporte de la anestesia y de las parálisis de un miembro á otro, actos de sonambulismo, etc., son demasiado conocidos para insistir en ellos, pues hubo un tiempo en que el Todo-París, escritores, periodistas, artistas, aristócratas y demás gente conocida, acudían en tropel al anfiteatro de la Salpêtrière, para ver y oir á Charcot y á sus histéricas, como podía irse á un estreno de la Opera.

Babinski quiso convencerse de la verdad revisando el proceso, y he aquí cómo procedió. Cuando en el momento de la visita encontraba en la hoja de temperatura de una histérica una de esas subidas repentinas á 40 ó 42 grados, características de la fiebre histérica, volvía á tomar por sí mismo la temperatura de la enferma, y observaba que era la normal; esta baja se producía en todas las febricitantes si se permanecía junto á ellas y se las vigilaba mientras tenían puesto el termómetro; Babinski apretó en la vigilancia sin que ellas lo notaran, y no tardaron en ser sorprendidas sacudiendo el termómetro para hacer subir la columna de mercurio. Se decidió entonces que la temperatura se tomara con las precauciones necesarias, y desde hace tres años que se procede así, no se ha observado ni un solo caso de fiebre histérica, quedando demostrado que la histeria es incapaz por sí misma de producir una elevación de temperatura.

De la fiebre pasó Babinski al edema histérico: cuando una enferma se despertaba por la mañana con un brazo de volumen triplicado, se organizaba una estrecha vigilancia, y pronto se la cogía en el flagrante delito de atarse al brazo una cuerda, que, al paralizar la circulación de la sangre, provocaba un edema

artificial. Así se descubrió también, que las supuestas anúricas iban subrepticiamente al water-closet, y así el orinal de la mesa de noche se encontraba limpio. El mismo origen artificial tenían las equimosis y úlceras que las histéricas se producían quemándose la piel con cerillas, y haciéndose llagas con las uñas ó los dientes. Ni fiebre histérica, ni anurias, ni edemas, ni úlceras, ni siquiera grandes crisis convulsivas; ¿qué queda entonces de la sintomatología de la famosa histeria de Charcot? Muy poco: parálisis, contracciones, anestesia, temblores, algunas perturbaciones sensoriales, algunos trastornos de la fonación y de la respiración, y para eso á condición de que sean reproducibles por la sugestión y curables por la persuasión. Este doble carácter de la nueva histeria ha hecho que se la designe con el nombre de pitiatismo, para que no se confunda con la antigua.

Babinski ha prestado á la humanidad un gran servicio con sus trabajos. La labor de Babinski tiene grandísima importancia en todos los terrenos; pero sobre todo, en materia de accidentes del trabajo. Supongamos el caso de un obrero que se ha roto la pierna en una obra. ¿Podrá volver á trabajar con su pierna rota? Mientras permanece en su lecho con la pierna encerrada en un aparato, el obrero duda, y el espejismo de una rentita compensatoria le sirve de consuelo. Lleva tres semanas en la cama, y el médico le dice que trate de hacer algún movimiento; lo intenta, pero su pierna le duele, y renuncia á ello; y así pasan días y días, siempre en las mismas condiciones. ¿Qué juez le negará la pensión á que tiene derecho por su incapacitación? La Compañía de seguros, sin embargo, no está convencida, y se defiende; se nombra un perito, y éste se encuentra con un hombre cuya fractura está curada hace mucho tiempo, pero que tiene anestesia y parálisis en la pierna. ¿De dónde vienen esta anestesia y esta parálisis? Pueden venir del mismo médico, por la torpeza de sus preguntas y de su examen. Pueden venir de la cultura médica del enfermo. «En la época en que la anemia, dice á este respecto el doc-

tor Brissaud, todo el mundo era anémico; cuando la enfermedad de moda fué la dilatación de estómago, todo el mundo quiso estar dilatado; luego le tocó el turno á la neurastenia, y no se veían más que neurasténicos; ahora, la neurastenia es suplantada por una antigualla, la arterioesclerosis, que vuelve á estar de moda como los trajes Imperio y los mobiliarios Restauración.» La parálisis puede, pues, estar determinada por esta educación especial, que obra al modo de una sugestión, pero puede ser también resultado de una simulación vulgar, siendo en la práctica muy difícil resolver lo que es debido á la simulación y lo que es producto del pitiatismo, como lo muestran los ejemplos que cita el Dr. Brissaud.

Reconociendo la importancia práctica del nuevo concepto de la histeria, hay médicos que se niegan á aceptar la definición del pitiatismo tal como Babinski la ha formulado. Para Babinski, lo que caracteriza los trastornos pitiáticos es el ser producidos por la sugestión y curables por la persuasión. Ahora bien; como vivimos en una atmósfera de sugestión perpetua, ejercida por el libro, por el periódico, el anuncio, el teatro, la conversación, es indudable que muchos de nuestros actos anormales están determinados por esa sugestión. ¿Seríamos entonces todos histéricos?

He aquí un hecho muy curioso en este orden de ideas, tomado del Dr. Cruchet, de Burdeos: La tarde de su recepción en el internado, un estudiante de medicina se había entregado á libaciones exageradas, y fué transportado á su habitación en estado de dulce embriaguez. Sus compañeros, encantados de la ocasión de embromarle, lo extendieron con precaución en la cama; prepararon un aparato Sailtet para fractura de pierna, y se lo aplicaron con todas las reglas del arte; cuando despertó por la mañana, el compañero que se había quedado para velarle le explicó cómo se había roto la pierna, con tantos detalles y tanta seriedad, que el desgraciado, absolutamente convencido de la veracidad del relato, se puso á lamentarse y hasta experimentar dolores vivos en el sitio de

la pseudo-fractura. Así duró la cosa algunas horas, hasta que le revelaron la verdad; el interno, persuadido, se levantó curado y pudo andar como de ordinario; aquel estudiante no era, sin embargo, histérico.

Como se ve, Babinski concede demasiada parte á la sugestión en el brote de la pitiatía; pero de todos modos, el nuevo concepto del histerismo representa un positivo progreso en el conocimiento de esta enfermedad que merece ser consignado y difundido.

LITERATURA

La fábrica teatral.—Dice Pablo Gsell, en *La Revue*, que si hoy se preguntara á un hombre realmente culto lo que piensa del teatro, respondería:—No voy casi nunca; no tengo tiempo que perder; voy sólo una ó dos veces al año para llevar parientes de provincias. Estimo que el teatro es bueno, cuando mucho, para divertir á los desocupados, á las mujeres y al pueblo. Las personas de inteligencia refinada deben guardarse de frecuentar los salones de espectáculos. ¿Qué habían de hacer allí? ¿Ver mujeres más ó menos jóvenes y lindas desnudarse en la escena? ¿Oir diálogos vulgares en lenguaje casi siempre incorrecto? Y luego los intérpretes... ¿qué decir de ellos? Los eligen tartamudos ó afónicos, que se comen la mitad de las palabras y que casi nunca están dotados de inteligencia... No, no; no voy nunca al teatro; saco más provecho de leer solo, en el recogimiento de mi cuarto, cualquier obra de ciencia ó de filosofía y hasta una buena novela escrita con ingenio. El teatro es el más bajo de todos los géneros literarios.

Así hablan hoy muchas personas de gusto, desconociendo que, en realidad, no hay arte más elevado que el teatro, en el que se resumen, según Hegel, todas las demás artes, la epopeya y el lirismo, la arquitectura, la pintura, la escultura y la

música. Lo que hay, es que el teatro se halla en decadencia, y estudiando Gsell las causas de esta triste situación del teatro contemporáneo, encuentra que la preponderante es que «el teatro se ha convertido en nuestros días en un gran taller, y que cada uno de nuestros autores dramáticos es un fabricante».

Es una terrible calamidad para el teatro, que los que lo cultivan con éxito ganen tanto dinero. Fulano gana un millón al año con sus dos ó tres piezas en boga; Mengano se ha hecho construir un palacio con las ganancias de una sola obra. ¡Cuánto más valdría para el arte que esos ilustres autores no sacaran de su trabajo más que lo necesario para vivir honestamente, modestamente, medianamente! La carrera dramática no estaría tan obstruída de industriales, y sólo se consagrarían á ella los amantes desinteresados de la Musa. Hoy se establece uno de autor dramático como puede establecerse de zapatero. La única diferencia está en que uno toma la medida del cerebro de los clientes, y el otro la de los pies; por lo demás, no se trata en ambos casos sino de cortar pedazos de cuero ó de diálogo, ajustándose, sobre todo, á la moda. Se ven chiquillos de veinte años que, deseosos de hacer rápidamente fortuna, se lanzan al teatro, sin haber visto nada, ni observado nada, ni aprendido nada... Es decir, sí: han estudiado las recetas habituales de los fabricantes célebres: las aplican y obtienen éxito maravilloso. Y todos caen sobre el teatro como sobre una presa.

Los novelistas se dicen: «Dejemos la novela, que no nos produce bastante; fabriquemos piezas.» Y sin experiencia ni talento, se lanzan á la conquista del toisón de oro. ¿Hay nada más bajo que cultivar un arte por enriquecerse? Claro es, que un artista ó un literato puede hacerse rico, pero eso debe ser por añadidura y como por accidente. El que atiende al provecho, deshonra el arte. ¿Dónde están hoy los que luchan contra el mal gusto, contra la vulgaridad de la moda, buscando su goce en la contemplación embriagada del mundo real, en la

expresión exaltada de lo verdadero? ¡Voluptuosidad artística! ¡Influencia generosa!—¡Bah!—dicen nuestros autores contemporáneos:—á todo eso preferimos las perras gordas. Nos encanta la gloria, pero fundimos nuestras coronas de oro para convertirlas en doblones.

El arte que esta sed de éxito pecuniario inspira á nuestros escritores, es fácil de adivinar; con dar al público lo que éste pide, tienen resuelto el problema. En lugar de guiar el gusto público, lo siguen, y así sale ello. ¿Qué viene el vulgo á buscar al teatro? Como va después de comer, lo que quiere, ante todo, es que le proporcione una fácil digestión; así se apresuran á prepararle piezas digestivas, obras que no requieran ningún esfuerzo cerebral. Y como el teatro se abre al empezar la noche, hay también que caldear los sentidos del auditorio. Las fórmulas están halladas y probadas desde hace mucho tiempo; basta aplicarlas. Los fabricantes actuales afirman que sus productos son nuevos, declarando que hacen teatro *simbólico, optimista, naturalista, vivido, fisiológico;* en el fondo, siempre es lo mismo; como buenos comerciantes, cambian la etiqueta para atraer al público por la novedad, pero el contenido del frasco no varía: el amor es licor acreditado, y el amor es el que se sirve con más ó menos refinamiento.

Hace algunos años, un crítico que leyó en las *Conversaciones de Goethe y Eckermann*, que el gran poeta alemán contaba treinta y seis situaciones dramáticas, tuvo el gusto de comprobarlo. Si hoy se rehiciera la misma operación en las piezas modernas, no se descubrirían más de cuatro temas diferentes, que, bien examinados, se reducen á uno solo. Helos aquí:

Primer tipo: *¿Serán felices? ¿No lo serán?*—Se dirá quizá que en todas las obras de los teatros antiguos, griego, latino, español, inglés, alemán, francés, hay un amor feliz ó desgraciado. No lo hay en todas, pero hay que fijarse en que el amor en las comedias antiguas representa un estimulante ó un impedimento para seguir tal ó cual mandato de la conciencia, alentando ó combatiendo el deber, el honor, la religión, el

patriotismo, etc.; mientras que en las piezas modernas, el amor es tratado únicamente por sí mismo.

Segundo tipo: *¿Engañará? ¿No engañará?*—¿Engañará la mujer al marido? ¿Engañará el marido ó el amante á la mujer?

Tercer tipo: *¿Romperán? ¿No romperán?*

Cuarto tipo: *¿Perdonará? ¿No perdonará?*

Casi todas las piezas del teatro contemporáneo pueden clasificarse bajo uno de estos cuatro epígrafes. El amor es considerado por nuestros autores como el fondo y el fin supremo de la vida. ¿Hay necesidad de mostrar cuán falsa es esta concepción de la existencia y cuán excesivo el lugar otorgado al amor en la vida de hoy? En el antiguo régimen, los gentileshombres podían ocupar, y ocupaban, sus ocios en intrigas amorosas complicadas. Eso explica que Racine haya pintado una humanidad que sólo piensa en el amor. En la época romántica, la juventud escogida se imaginaba que el menor movimiento de su corazón tenía más importancia que la marcha de todo el universo, y eso explica también el lugar que el amor ocupaba en aquella literatura. Pero hoy, las gentes cultas saben que tienen que pensar en otras cosas, y consideran el amor ó como una distración agradable, ó como una asociación formal. Los largos sitios de corazones rebeldes, los inconsolables sufrimientos del amor traicionado, los celos tenaces y las rivalidades encarnizadas, no se ven apenas ya, al menos en las clases superiores, que es donde suelen elegir sus personajes los autores dramáticos. Así, cuando nos muestran en el teatro un banquero que edifica toda una fortuna por agradar á una mujer y que se arruina por abatir á un rival; cuando se ve á otro banquero declarando guerra sin cuartel á los sacerdotes porque le han arrebatado el corazón de una querida; cuando se nos presenta un hombre político que no busca el poder sino para satisfacer las exigencias de una cortesana, notamos en seguida que semejantes historias no tienen relación ninguna con la realidad actual, teniendo por único objeto satisfacer la necesidad de *alegrar* á los espectadores con amores novelescos.

Verdad es, que en el teatro contemporáneo hay algunos verdaderos artistas que merecen ser exceptuados de esta crítica, tales como Julio Lemaître, Porto-Riche y Bataille, en algunas de cuyas obras han sabido salirse del surco, y aun tratando asuntos conocidos, hacerlo con finura de observación y gran acierto. También pueden citarse Courteline y Tristán Bernard, cuyas piezas-proverbios, tan verdaderas, tan finas y á veces tan amargas, son obras maestras en su género. Pero estas excepciones y algunas otras que nos dan la satisfacción de poder afirmar que no todos los autores son vulgares industriales, no hacen más que confirmar la regla general.

El gran defecto, en suma, de la mayor parte de nuestros autores dramáticos, es que no miran en torno suyo; muchos de ellos tienen ingenio, y salpican con él las conversaciones de sus personajes; pero el caso es que ningún personaje real se ingenia así en sazonar con sal todas sus palabras. La salvación para el teatro consiste en estudiar atentamente el mundo que nos rodea, y procurar reproducirlo con la mayor sinceridad.

COSTUMBRES

Las formas de la generosidad.—Con motivo del testamento del famoso propietario de los almacenes del Louvre, discurre Pablo Adam, en *La Revue Hebdomadaire*, sobre las diversas formas que la generosidad reviste, afirmando que son tan varias como deceptivas. Ante todo, el magnífico desea que se aclame su manera: los archimillonarios americanos dotan universidades y crean bibliotecas, erigen museos y siembran escuelas, restituyendo así á la sociedad una parte importante de sus ganancias. El malicioso nota, sin embargo, que, pagadas en títulos de los *trusts* estas especies de dotaciones, parecen tender á inspirar al cuerpo docente la alabanza de los altos financieros, sosteniéndolos ante la opinión, haciéndolos sim-

páticos é influyentes entre los padres de los discípulos, entre los maestros asalariados, entre los lectores abrigados y entre los coleccionadores de cuadros, de libros ó de estatuas; si el *trust* perece, en efecto, se cierran las escuelas, se suprimen las cátedras y se dejan de coleccionar objetos de arte. No por eso es menos cierto que el dinero se gastó en estos laboratorios de sabiduría, y no en una cuadra de carreras, ni en un camarín de hetaira.

No hay idea sublime que pueda triunfar si se prohibiera á los poderosos utilizarla para sacar de ella algún provecho personal; el mártir mismo, en el suplicio, se envanece con su valentía; las llamas devoran su carne, pero no su orgullo, lo esencial de su sér. ¿Cómo admitir que el hombre pueda obrar sin el impulso de su ambición? El rico, cuyo testamento nos irrita, deseó anticiparse á la opinión que formarían de él los escogidos, sorprendidos por la opulencia de la vieja amiga, ó por el esplendor futuro de los museos nacionales.

Muchos admiten que el modo más eficaz de socorrer la miseria humana es emplear á muchas personas, ya en la casa, ya en las fincas ó en las fábricas que se tengan. Es realmente una forma de generosidad recomendable; en lugar de compadecer con la limosna, se fraterniza con el salario; se ayuda á vivir á los demás y vive uno mejor (se supone que se vive, pues no siempre en la práctica se confirma esta teoría). Los grandes metalurgistas alemanes rodean de jardines bien cuidados las poblaciones obreras. Esta es una de las mejores formas de la munificencia: entristece ver nuestros pueblos de Castilla, con sus casucas de adobes ó de pizarra, y sus puertas y ventanas desteñidas ó carcomidas; el propietario, aun el rico, no siente la necesidad de vivir bien ni de rodearse de comodidades y delicadezas, y, sin embargo, es posible que ese propietario, que no sabe vivir, gaste en limosnas que humillan, enervan, desmoralizan y no sacan de la miseria á nadie, lo que podría gastar en comodidades, que darían de comer al albañil y al carpintero, al jardinero y al mueblista.

El lujo, ó más bien, la elegancia, es un beneficio indiscutible; una linda mujer, estéticamente adornada, con tonos sobrios, firmemente contenida en sus líneas naturales, que pasa sin sombrero extraordinario en el fondo de una victoria de curvas armoniosas y sombrías, tirada por briosos caballos, es una maravilla. Los transeúntes sacan de ese espectáculo un gusto nuevo de la belleza, y conquistan una energía para intentar ennoblecer á la esposa, á la amiga, á ellos mismos. La multitud aprecia en general esta especie de largueza, y gusta también de las flores y de la limpieza. La elegancia es un dón, y el rico debe prodigárselo, porque es un obsequio á la colectividad.

El moribundo, en otro tiempo, legaba sus bienes á las iglesias y á los conventos para ganar el cielo; más tarde, se atendió á los hospitales y á los museos; hoy se instituyen pensiones de viaje para los estudiantes y los profesores, y empiezan á ser atendidos los laboratorios. Esta moda se propaga: en lugar de dejar su capital á un muchacho, que lo disolvería en el juego, el moribundo suele dividir su fortuna en multitud de obras filantrópicas, siendo ya tan pesada la tarea que se impone por estos legados á la Academia, que se ha estado á punto de enviar una circular á los notarios, rogándoles que se olviden de la Academia en sus consejos á los testadores.

La generosidad no siempre se expresa por estos medios, ni reviste el carácter entusiasta, que llevó á Francia á derramar su sangre por los pueblos oprimidos, ni el de abnegación, que impulsó á los cristianos de los primeros siglos á deshacerse de sus bienes y á buscar las soledades de la Tebaida. El pródigo quiere simplemente que el vulgo tenga una idea lisonjera de él, y le atribuya la realidad de los bienes que ambiciona. Hay quienes, por multiplicar las propinas y obsequiar con comidas á los amigos, están en presidio, y hay no pocos padres que se pierden por no privar de un solo gusto á sus hijos. ¡Es tan grato ver jugar á su progenitura con trajes graciosos en un hermoso jardín, y tan desagradable verles llorar porque

no se satisfacen sus caprichos! ¡Cuántos padres se han arruinado por esta generosidad mal entendida!

En resumen: el gusto de ser generoso, nace menos del altruísmo que del egoísmo. Quien da, espera de la gratitud un servilismo que le otorgue los honores de amo, ó testimonios de afecto y hasta de pasión. La esperanza de heredar, rodea á los viejos ricos de amistades ardientes y de admiraciones diarias, que en la hora del desastre, cuando llega, se ve que no son más sinceras que los entusiasmos de los pueblos emancipados cuando suena la hora del desastre de la nación libertadora.

BELLAS ARTES

El hábito en el goce estético.—En la estética moderna, dice Steno Tedeschi, en la *Rivista d'Italia,* se revelan claramente tres direcciones: la metafísica, la crítica y la psicológica; la primera necesita para su desarrollo el apoyo de un gran sistema filosófico; las creaciones de Nietzsche, Wagner y Hartmann, máximos representantes de esta dirección, sobreviven sólo en las partes que afectan directamente á la experiencia, habiendo perdido todo lo que en ellas es producto de pura especulación.

La estética crítica parte de Kant, y considera el juicio estético universal y necesario, como los juicios matemáticos, mientras que, según la dirección psicológica, la estética es una psicología del goce estético y de la actividad artística.

El hecho estético es un hecho real, y, como tal, no puede ser estudiado sino por vía empírica; toda tentativa para construir una estética racional con método apriorístico, está de antemano condenada al fracaso, como lo atestiguan las tentativas de Scheling, Schopenhauer, Nietzsche y Hartmann.

Mientras la filosofía especulativa se esforzaba en vano, por vía de simbólicas construcciones, en encerrar en la armonía de un solo sistema valores éticos y valores estéticos, la estética

psicológica, partiendo de los puros hechos reales y de su análisis psíquico, demostraba la íntima relación existente entre belleza y valor, hasta casi convalidar científicamente las vagas intuiciones de los filósofos idealistas.

Belleza y valor son cosas muy distintas: lo bello puede *tener* un valor, pero no *es* un valor. Importa fijar bien esto, especialmente en los que ven en la estética una ciencia de los valores, poniéndola en un solo haz con la gnosología, y clasificando entre los valores lo bello y lo verdadero. Belleza y valor están en relación funcional recíproca, y se influyen recíprocamente. Ya los estetas habían notado que quizá el juicio estético, en lugar de referirse al mismo objeto percibido, dependía de factores estéticos extraños, de la mayor ó menor correspondencia del objeto con determinado tipo ó norma. ¿Es posible, por ejemplo, atribuir la belleza de un caballo á su forma geométrica? Evidentemente, no; porque si así fuese, una débil alteración de la misma no debería modificar sustancialmente su belleza. La belleza del caballo nace del acuerdo de su forma con el tipo ideal de la especie. La torre inclinada de Pisa es fea, no por desarmonía de las líneas, sino por su falta de correspondencia con el tipo común de torre. El fin á que debe servir un objeto influye también en nuestra emoción estética; la forma del objeto debe ser adecuada á su fin. La correspondencia con el fin es la suprema determinante estética del arte arquitectónico. Un palacio, por ejemplo, dispuesto para teatro, nos puede parecer bello mientras lo creemos habitación privada; pero, en cuanto sabemos que es un teatro, nos parece feo.

¿Cómo interpretar este género de belleza? ¿Qué relación puede haber entre la belleza de un objeto y su correspondencia con un tipo? Ese tipo representa la perfección de la especie, y se halla, por lo tanto, fuera de la experiencia y de la realidad, y siendo así, mal puede establecerse su concordancia con el objeto real. Según Esteban Witasek, la belleza de un objeto depende de sucesos psíquicos preceden-

tes; para él, la belleza se relaciona con el mayor valor, y el mayor valor lo tiene lo normal y lo común frente á lo anormal ó lo extraordinario, lo adecuado frente á lo inadecuado. Un provinciano que visita por primera vez una ciudad diferente de la suya, la encontrará acaso fea, porque su ciudad le es querida; porque, gracias á los parientes y amigos que la habitan y á las costumbres que en ella ha contraído, tiene para él mayor valor.

Esto es verdad, pero Witasek no ha investigado de dónde sacan su mayor valor los objetos normales. Es bello el tipo de animal que corresponde al tipo de costumbre; es bella la forma de vestido á que estamos acostumbrados; toda alteración de las líneas usuales, no sancionada por la moda, se considera fea. Esta influencia del hábito en la formación del tipo de especie, escapó á Witasek, como á otros estetas, que reconocieron la importancia del hábito, se les escapó la relación existente entre belleza y valor, no cayendo en la cuenta que el efecto inmediato del hábito es una acción avalorante, de la cual el objeto saca su belleza. Una ciudad que al principio era indiferente, se hace con el tiempo querida; una melodía que al principio nos dejaba fríos, puede adquirir valor por el hábito de oirla. En los sentimientos, el hábito produce un efecto opuesto; la repetida apercepción de un sentimiento lo embota, lo oscurece, lo aniquila; pero la repetida apercepción de un objeto, lo avalora y, al avalorarlo, lo embellece.

Esta tesis sobre los efectos de la repetida vista del mismo objeto, tiene gran importancia en el goce estético de los objetos normales; importa, sin embargo, consignar que si la teoría encuentra su máximo apoyo en el goce estético de lo bello de fin, de naturaleza, de especie, parece hallarse contradicha en las formas superiores del goce estético en el goce de las obras de arte: la audicion demasiado frecuente del mismo trozo musical, concluye por aburrir al más heroico entusiasta, y el que oye muchas noches el mismo drama, siente atenuado con la repetición el efecto estético. ¿Cómo conciliar la tesis expuesta

con estas enseñanzas de la experiencia? Nosotros haríamos una distinción entre el goce visual y el auditivo, relacionando el sentido del oído con el tiempo y el de la vista con el espacio, y buscando en esta distinción la causa de las diferencias existentes entre unos y otros goces y los motivos del carácter predominante, pesimista de los auditivos y optimista de los visuales. Pero Tedeschi dice que, en la obra de arte, á lo bello puramente formal se une lo bello de expresión. El contenido expresivo del hecho estético no debe confundirse con el contenido físico. El sentimiento de alegría y de triunfo que domina en la audición de la marcha que anuncia la entrada de los dioses en el *Walhalla*; el de inmensa piedad que experimentamos ante un *Descendimiento* de Rafael, ó el de desconsuelo y vacío que se desprende de la lectura de ciertas poesías leopardinas, no están contenidos en la obra de arte, sino que representan la reacción sentimental del sujeto frente al objeto del arte. Todo lo que es sensación ó deriva de ésta, mediante la producción representativa, constituye el contenido formal; lo que el sujeto le añade por su fantasía, la especie de resonancia sentimental del sujeto ante la obra de arte, forma el contenido expresivo.

Belleza expresiva y belleza formal son los más importantes elementos estéticos de la obra artística; esto sentado, claro es que los efectos de la frecuente apercepción de una obra de arte se harán sentir no sólo respecto á lo bello formal, sino también en lo bello de expresión; pero mientras la repetida apercepción de las formas redunda en ventaja del goce estético, los sentimientos que la obra logra dejar en nosotros, por su poder expresivo, se debilitan, se embotan con la frecuente repetición. Los efectos de una repetición son completamente antagónicos respecto á los dos factores estéticos. La belleza formal consigue con la repetición continuo crecimiento, en tanto que la belleza de expresión pierde por grados todo su valor estético; de aquí que una obra de arte en la que predomina la belleza formal, agrada más con la frecuente repetición, y en la

que predomina la belleza de expresión, la repetición destruye todo goce estético. En la música, donde predomina el contenido expresivo, la repetición perjudica al goce estético: y en la arquitectura, donde prevalece la formal, la repetición aumenta el efecto. Se puede pasar diariamente ante el palacio Pitti de Florencia, admirándolo siempre, y por muy entusiasta que se sea de Wagner ó de Beethoven, no se puede oir sin fatiga un año seguido la marcha de *Tannhäuser* ó la *Patética*.

Por lo demás, el grado en que los dos componentes estéticos toman parte en las diversas artes, no es arbitrario ni independiente de los medios de que dispone la misma arte; la arquitectura, por ejemplo, por la persistencia de sus funciones en el tiempo y en el espacio, no puede recurrir á medios expresivos demasiado manifiestos sin resultar perjudicada, como lo demuestra el estilo barroco; la expresion de dolor, impresa en el rostro de una figura escultórica, no llega nunca á la intensidad de la que aparece en el rostro de un actor dramático.

OCULTISMO

El ocultismo contemporáneo.—El ocultismo, después de haber pasado por una fase esotérica, despreciado por los sabios, que sólo veían en él supersticiones; desconceptuado por los aficionados, que sólo veían en él el entretenimiento de las mesas giratorias, ha ido poco á poco ganando terreno, y preocupando á sabios como William Croockes, y mostrando marcada tendencia hacia la metafísica, especialmente por la infiltración de las doctrinas indias aportadas por los teósofos, que tenían su contrapeso en la resurrección de los antiguos tratados de alquimia, astrología, cábala y magia. Enlazados con todo este movimiento los trabajos de Charcot sobre la sugestión y el hipnotismo con el descubrimiento de los rayos X, de las ondas hertzianas, del radio, del telégrafo sin hilos, de los

hechos de telepatía y de tantos otros elementos de estudio científico, el misticismo primero que produjo la orden de la Rosa-Cruz y los ritos masónicos de los cenáculos espiritistas y teosóficos, ha cedido el paso al positivismo, haciendo entrar al ocultismo en una nueva fase, como dice muy bien en *La Revue* Pedro Piott: la del racionalismo y la experimentación.

Hoy el término *ocultismo* se ha hecho corriente, y aunque no se sabe bien lo que significa, se emplea sin darle sentido peyorativo, indicando para la mayoría todo lo que se relaciona con los fenómenos psíquicos, por lo que el Dr. Grasset, de Montpeller, lo ha llamado *lo maravilloso precientífico*, definiéndolo del modo siguiente: «El ocultismo no es el estudio de todo lo que está escondido para la ciencia; es el estudio de los hechos que, no perteneciendo todavía á la ciencia, *pueden* pertenecerla algún día.»

Todas las ciencias tienen todavía algo misterioso: en biología nos encontramos con la herencia, todavía inexplicada; en química, con la afinidad; en física, con todas las fuerzas, calor, luz, electricidad, hasta la gravedad misma, á pesar de la ley de Newton. En todas partes hay algo desconocido: eso desconocido es precisamente el dominio del ocultismo; es, como dice el Dr. Grasset, *la tierra prometida* de la ciencia.

El dominio más estudiado de lo desconocido es el psiquismo, cuyos hechos han sido clasificados por Boirac, rector de la Academia de Dijón, en su obra *La Psicología desconocida*. Entre ellos aparecen, en primer término, las fenómenos de hipnosis y de sugestión, admitidos hoy por toda la ciencia después de los trabajos de Charcot, de Luys y de Rochas; vienen en seguida los hechos relacionados con el magnetismo animal, apoyados en la hipótesis mesmeriana, que supone al hombre dotado del poder de emitir una especie de fluido comunicable á todos los seres, y del que resulta la transmisión del pensamiento y de las sensaciones, del sonambulismo, etc. En último término, se hallan los hechos llamados de mediumnidad ó espiríticos, como los movimientos de objetos sin

que nadie los toque, las apariciones de fantasmas luminosos y otros semejantes.

La experimentación en psiquismo es muy difícil; hay que servirse de personas que, por su naturaleza y por profesión, son propensas á engañar á los espectadores. El Dr. Gustavo Le Bon creó, hace un año, un premio para el medium que consiguiera mover un objeto sin tocarlo, en condiciones de completa garantía, y después de muchas polémicas, ninguno se presentó. De aquí se sacó la consecuencia por muchos, de que no había ni un medium que no fuera un farsante. Y, sin embargo, los hay que hubieran podido ganar el premio; pero, ¿quién está seguro de su poder en un momento fijado de antemano?

Los espiritistas pretenden que todos los hechos de mediumnidad son debidos á un agente extraño al medium, al espíritu ó alma de una entidad desaparecida de este mundo. Los teósofos dicen que este agente extraño al medium es un sér del más allá, una especie de ángel ó de demonio. Los científicos, y entre ellos los doctores Grasset, Richet, Emilio Boirac, creen más bien en un agente interior del medium, en una de sus facultades personales. El porvenir nos dirá quién acierta.

Al lado del psiquismo, propiamente dicho, intrigan mucho á los sabios otras ramas del ocultismo, entre ellas el arte de la profecía. Sin discutir el libre arbitrio, ni la Providencia, ni la armonía preestablecida, y sin tratar de saber si el porvenir puede ó no ser conocido por el hombre, lo cierto es que la adivinación es un hecho, y que todo hecho es materia legítima de estudios científicos.

La experimentación aquí es mucho más fácil que en el psiquismo, y ni la telepatía, ni la sugestión, ni la reminiscencia inconsciente ó subconsciente, pueden ser invocadas para explicar el hecho profético.

Hay dos modos principales de profetizar: uno es el subjetivo. El sujeto, sin éxtasis ni sonambulismo, ve, cerrando los ojos, ciertos espectáculos que describe. Estos datos general-

mente son imprecisos y no pocas veces falsos; basta, sin embargo, que hayan sido acertados alguna vez para que la ciencia se detenga en ellos, y busque su causa lógica y natural. Ninguna hipótesis verdaderamente satisfactoria explica hasta ahora, de un modo positivo, el hecho de la profecía subjetiva; los ocultistas lo incluyen en sus teorías sobre el funcionamiento del mundo, atribuyendo el fenómeno á una entidad exterior; los psiquistas científicos tienden á explicarlo por un sentido especial del sujeto.

La profecía objetiva es todavía extraordinaria, pues por una parte, procede del tarot y de la geomancia, y por otra, de la astrología. El tarot es una baraja con figuras extravagantes y simbólicas; arrojadas al azar algunas cartas sobre una mesa, su representación simbólica, interpretada por medio de reglas fijas, permite adivinar lo futuro. Las predicciones que de ello resultan son frecuentemente desconcertantes; y si en lugar de dirigirnos á un charlatán operamos por nosotros mismos, el resultado nos sorprende no pocas veces. Ahí hay un hecho, todavía inexplicado, que los ocultistas colocan entre los fenómenos de mediumnidad, aunque no se necesita ser medium para profetizar por los tarots.

Lo mismo pasa con la geomancia, arte de adivinación muy practicado por los árabes, consistente en trazar al azar sobre un papel cierto número de puntos; se enlazan esos puntos de modo que formen figuras convencionales y simbólicas, según reglas fijas, y luego se interpretan estos signos conforme á un método, también fijo. Los espiritistas, teósofos y psiquistas ven también en esto un fenómeno de mediumnidad; pero para los sabios positivos sólo se trata de la casualidad. Al azar, en efecto, se trazan los puntos de la geomancia, como al azar se echan las cartas del tarot; pero ¿cómo es que revelan con tanta frecuencia el porvenir? El problema del azar es de los más difíciles; realmente, es una palabra que no explica nada, un recurso para salir del paso; apenas si puede hablarse del azar tratándose de un hecho único; pero cuando se trata

de una serie de hechos, hay que prescindir de la fortuidad. Todo fenómeno tiene necesariamente una causa, y el azar no es más que la expresión de una causa desconocida, como lo ha demostrado Poincaré.

En cuanto á la astrología, constituye también el modo de saber el pasado, el presente y el porvenir. La astrología ha sido tan despreciada en los últimos siglos, que nadie se atrevía á decir que se preocupaba de ella; astrólogo y charlatán eran sinónimos. Hoy esta rama del ocultismo es la más seguida después del psiquismo, y en ciertos puntos está mas avanzada que todas las demás. La astrología se apoya en la hipótesis de que, siendo la naturaleza siempre y en todas partes semejante á sí misma, las mismas causas producen en ella perpetuamente los mismos efectos; pudiéndose, por lo tanto, suponer que la tierra tiene su razón de ser en el sistema solar, y que en el juego combinado de las fuerzas cósmicas se halla la explicación de la forma de la tierra, de sus continentes y sus mares, de la distribución de sus especies animales y vegetales, y, en último resultado, de las determinaciones de cada individuo. Los astrólogos decidores de buenaventura han podido sacar á veces de sus horóscopos conclusiones ciertas; este hecho es el que ha movido á algunos sabios á lanzarse en este orden de estudios. Los notables ensayos de Charles Henri han contribuído á esclarecer los métodos astrológicos, y los estudios de E. C. sobre la inducción electro-magnética de los astros han abierto á la astrología nuevos horizontes, sacándola del antiguo charlatanismo.

Otro santo sucede con la alquimia desde Roentgen, Hertz, Branly, Curi, Becquerel y Le Bon. Todo un mundo nuevo se abre en nosotros, y los experimentos de William Ramsay, sobre la transmutación de ciertos metales; los de Vernueil, de Bordas y de Moissan, sobre la fabricación artificial de piedras preciosas; los de la señora Curie, sobre la radio-actividad; los de Becquerel, sobre los iones y los electrones; los de Mascart, sobre el magnetismo terrestre, y los de Ives Delages, sobre la

generación artificial, muestran lo mucho que se trabaja en la resolución de los magnos problemas del ocultismo, y las esperanzas que pueden concebirse de ir reduciendo el campo de lo desconocido hasta penetrar en el arcano del saber.

IMPRESIONES y NOTAS

El martirio de Polonia.—La desgraciada Polonia, anulada como nación por la infame codicia de sus tres poderosas vecinas, alienta todavía aún, al cabo de siglo y medio de sufrimientos y de convulsiones, soñando con su reconstitución y defendiendo su lengua, su religión y sus costumbres. De la persecución de que es objeto por los que pretenden ahogar sus aspiraciones, da clara idea la siguiente carta, publicada por los señores Marius-Ary Leblond, en un hermoso artículo que, en favor de los polacos, inserta *Le Correspondant:*

«La noche del viernes (Mayo 1908) fué para nosotros una noche de horror y de pesadilla. El estado de sitio fué proclamado anteayer; el aviso siguiente, procedente de las autoridades, ha sido publicado ayer en todos los periódicos polacos: «Se nos pregunta si está permitido salir después de las nueve de la noche. Informamos á los habitantes de que no hay ninguna prohibición en esta materia.»

»Se sentía uno tranquilizado por este anuncio, y como era viernes por la noche, grupos de paseantes aparecieron en la calle. Después de comer, me puse en la ventana con los niños. Hacia las nueve y media, cuando la calle estaba ya casi desierta, vimos salir á una mujer de una casa vecina y dirigirse apresuradamente á la calle de Pavía. Nosotros supimos más tarde que era la mujer de un obrero, que iba á buscar un médico para su hijo, caído enfermo repentinamente. Un soldado sobreviene, la apunta y la abate muerta á sus pies.

»Yo me quedo horrorizado. Los niños gritan. El soldado levanta la cabeza y, amenazando, se pone á apuntar á la venta-

na. La cierro bruscamente; me llevo á los niños, que se agitan con loco terror; les doy calmantes y los acuesto. Después de haber llorado largo tiempo, se duermen con sueño agitado. Yo no puedo cerrar los ojos. De cuando en cuando oigo distintamente tiros que me hielan la sangre en las venas. Hacia las cuatro de la mañana me acerco á la ventana. La calle está desierta. Se oye el paso cadencioso de los soldados. De pronto, un hombre sale de nuestra casa. A la luz del reverbero, encendido todavía, puedo distinguir sus facciones. Es el Sr. Santiago Landam, que tú conoces. Estaba de visita en casa de unos amigos, que no querían dejarlo marchar. Como ya no se oían sables, quiso á toda costa ir á su casa, donde su familia, llena de angustia, le esperaba. Apenas da unos pasos, cuando un soldado surge, lo prende y lo golpea. Veo al militar rebuscar en los bolsillos del Sr. Landam y golpearle más aún. Después, un golpe de bayoneta en la cabeza; el Sr. Landam, todo ensangrentado, cae.

»El soldado se aleja con su paso tranquilo. Yo me quedo con los ojos extraviados, la cara pegada á los cristales. Después de algún tiempo, veo al Sr. Landam arrastrarse *á gatas*, en la dirección de Pavía, y desaparecer en la esquina de esta calle. La herida, me lo han dicho esta mañana, es muy peligrosa, y el estado del enfermo es muy grave.

»Miguel llega hoy de Bielostok. Allí pasan también cosas horribles. Un viejo judío, que recitaba salmos en la ventana, quedó muerto con el salterio en la mano. Un niño de seis años, que jugaba en un patio, fué pasado á la bayoneta. Una mujer que estaba quitando unos visillos, se convirtió en blanco viviente de toda una patrulla, y fué acribillada de balas.»

Si en España ocurriera algo de esto, ¡cómo nos pondrían! Pero aquí, cuando los revolucionarios incendian, saquean y asesinan, nosotros procesamos á los presuntos culpables, y condenamos con todos los requisitos y garantías legales á los que resultan reos. Y, es claro, ¿qué hemos de ser con tales procedimientos sino bárbaros y salvajes? Si nos limitáramos

á despachar á la gente á tiro limpio, sin otra forma de proceso, quizá pasáramos por civilizados, como los verdugos de Polonia.

***

La higiene de Voltaire.—Sabido es que Voltaire era de constitución gracilísima; su infancia y su adolescencia se desarrollaron enfermizamente, y á los diez y seis años tenía el estómago arruinado, no podía digerir y sufría mucho; se quedó flaquísimo, y tomó la costumbre de pasarse en la cama casi todo el tiempo componiendo y dictando. Usaba de todos los remedios en boga, que preconizaba y despreciaba sucesivamente, y daba verdaderamente lástima verle y oirle; se le caían los dientes, tenía siempre fiebre, y se volvía ciego, sordo, afónico. Y, sin embargo, el *gran gruñón* vivió ochenta y cuatro años.

¿Qué régimen era el seguido por este perpetuo enfermo, que consiguió alcanzar tal edad sin perder nada de su ingenio, de su memoria, de su vivacidad, de su amor á la vida, abusando constantemente de sus escasas fuerzas, trabajando de diez y ocho á veinte horas, y sorbiendo hasta veinte tazas de café al día?

El Dr. Cabanes lo explica en su libro *Indiscreciones de la Historia*, del que Nemi ha extractado una sustanciosa nota para *La Nueva Antología*. Voltaire era ante todo sumamente limpio, cosa bastante rara en aquella época, y luego comía poquísimo: á medio día no tomaba más que chocolate y café; la unica verdadera comida la hacía por la noche á las nueve ó las diez; atenido especialmente á huevos y leche, su manjar preferido eran las lentejas, y entre las carnes no le desagradaba la de carnero. «Mi estómago—escribía—no se adapta á la cocina moderna. No puedo aguantar un rizo de ternera que nada en salsa salada; no puedo pasar un picadillo de pavo, de liebre y de conejo que me quieren hacer tomar por una sola carne; no me gusta el pichón *á la crapaudine,* ni el pan que

no tiene corteza. Bebo vino moderadamente, y me chocan mucho las gentes que comen sin beber y que ni siquiera saben lo que comen. En cuanto á los cocineros, no puedo soportar la esencia de jamón, ni el exceso de setas, pimienta y moscada con que disfrazan los manjares más sanos, que yo ni siquiera querría se me echasen.»

Voltaire se acostaba en seguida de cenar, y no dormía sino cuatro ó cinco horas, con tres velas encendidas á la cabecera, y teniendo al alcance de la mano una elegante mesita, donde encontraba siempre agua, café y leche, papel blanco y tinta. Bajo las mantas, al menos, Voltaire no sentía tanto frío, pues aquel ardiente polemista estaba siempre tiritando, y hasta en el rigor del verano necesitaba calentarse en la chimenea, siendo su miedo morir de frío.

***

Las malas costumbres en Francia.—Francia se queja de su despoblación, que representa cada año la pérdida de una gran batalla; y si es verdad que á esta despoblación contribuye grandemente lo difícil del sostenimiento de la vida moderna, no lo es menos que una de sus causas más importantes es la relajación de las costumbres, por la difusión de ideas inmorales y por el espectáculo corriente del adulterio y del amancebamiento.

Desde muy antiguo ha sido Francia en este punto país fácil á la galantería. Pero desde que especialmente los reyes mismos hicieron ostentación de su mala conducta, no es de extrañar que la grandeza primero y el pueblo después los imitarán, llegando, por consecuencia natural, en un ambiente tan propicio como el que hoy se les ofrece con la literatura novelesca y dramática y con la propaganda de ideas, totalmente disolventes, al estado en que hoy aparece la familia francesa, amenazada de funesta disolución.

Sin hablar de los tiempos escandalosos de la Regencia y de

Luis XV, en el mismo siglo de Luis XIV se hace ya bien ostensible lo pervertido de las costumbres, y desde entonces, salvo algunos tiempos de reacción, las cosas se desarrollan por su cauce natural hasta llegar á los cinismos del presente. Gallier, en *La Revue*, nos describe *cómo se casaban en otro tiempo*, y allí vemos que en 1721, reconocía *Madame* que «se encuentran todavía buenos matrimonios entre las personas de inferior calidad; pero entre las gentes calificadas, no conozco un solo ejemplo de atención recíproca y de fidelidad». La afirmación es exagerada, pues podían citarse á los Luynes y á los Pesay, y hasta se daba el caso de sacar canciones á los matrimonios Mirepoix y Beauvau, por lo extraño del caso de su mutua fidelidad. Pero aunque exagerada, lo cierto es que se estimaba como cosa corriente que el duque de Orleans pasara del palco de su mujer, en la Opera, al del príncipe de Soubise, en compañía de bailarinas, y que la duquesa de Rohan se presentará rodeada de oficiales que la cortejaban, y parecía muy gracioso que la princesa de Polignac escribiera á su marido: «Estoy embarazada; bien sabe usted que no es de usted, pero le aconsejo que no meta ruido; todo niño nacido en matrimonio corresponde al marido; por consiguiente, este hijo es de usted. Por otra parte, yo se lo doy.» Y este modo de tomar las cosas parecía tan natural, que la princesa de Soubise, separada de su marido hacía veintidós años, le expide un día á un mocetón de veintiuno, portador de este billete: «Caballero, ahí tiene usted á su hijo.» Los maridos lo tomaban con tanta filosofía como lo revela la frase del duque de Lauzun, á quien, preguntándole lo que haría si supiera que su mujer, de la que vivía alejado hacía diez años, le anunciaba que había dado á luz, contestó muy tranquilamente: «La escribiré que estoy encantado de saber que el cielo ha bendecido al fin nuestra unión; que se cuide mucho, y que iré á hacerla mi corte inmediatamente.»

Estas costumbres deplorables llegaron á concluir con los matrimonios de inclinación, que se tenían por anormales y ridículos. No se atendía más que á las conveniencias, y las alian-

zas se establecían por las familias sin atender para nada á la edad, á la salud ni al carácter de los enlazados, ni menos á su voluntad ni á su cariño. Así todo estaba relacionado. ¿No se consideraba un matrimonio de conveniencia el del señor de Montausier, de diez y ocho años, con una señorita de Mónaco, de treinta y cinco? ¿No era otro matrimonio de conveniencia el de la señorita de Bertaud, de diez y siete abriles, con el señor de Motteville, de ochenta otoños? ¿No era un matrimonio de razón el del marqués de Oyse, de treinta y tres años, con la señorita de André, de dos años? No es raro ver desposados de tres y cinco años y casados de siete á diez, á quienes se tiene separados hasta la edad legal, catorce para ellos y doce para ellas. ¿Qué importaba la felicidad del matrimonio? Lo importante era coger la dote en condiciones, como las estipuladas en el matrimonio antes citado del marqués de Oyse con la hija del agiotista André: «André dará 100.000 escudos, en el acto, al Sr. d'Oyse, 200.000 libras anuales hasta la celebración del matrimonio, y una inmensa fortuna, estimada en millones, el día de la boda.»

De aquellos polvos vienen estos lodos.

*
* *

Los protagonistas de la historia del collar de la reina.—En los *Recuerdos de un médico de París,* publicados en *La Revue Hebdomadaire,* tropezamos con un párrafo, referente á los condes de Lamothe, de nefasta memoria, que por su interés histórico reproducimos textualmente:

«En 1813, la anciana superiora de la Salpêtriére vivía todavía, y yo la veía á menudo. Me ha dicho sobre el antiguo régimen de la casa, sobre las prisioneras que la han habitado, muchas cosas curiosas que siento no haber anotado.

»A ella fué entregada la condesa de Lamothe, después de haber sido azotada y marcada en la plaza de Grève. Se la llevó medio muerta á la Salpêtriére; estaba condenada á cadena perpetua. Fué acostada en una celda del edificio de la Fuerza.

Una fiebre grave, con delirio, se declaró, y durante un mes estuvo entre la vida y la muerte. En un momento en que ya nada se esperaba, pidió hablar á la superiora, le contó toda la historia del collar y la parte que en ella había tomado: «Ya veis bien—dijo al terminar—que no soy culpable. Pronta á parecer ante Dios, protesto de mi inocencia.» Se restableció, pero quedó siempre triste y abatida. Estaba prohibido darla libros, papel, plumas y tinta. Trabajaba mucho en las grandes labores de mujer, para uso de la casa, que obligaban á hacer á los condenados. A pesar de la vigilancia que ejercían sobre ella, consiguió escaparse en traje de hombre. Para facilitar esta evasión, el dinero fué repartido á manos llenas. Todas las gentes de servicio, los agentes subalternos, fueron comprados. Un coche esperaba desde por la mañana detrás del Hospicio; nada vino á contrariar la fuga. Se hizo una información por fórmula, y no se trató más de esta evasión, de la cual pocas personas han tenido el secreto, ni siquiera la mujer Lamothe, puesto que lo que dice en sus Memorias no es la verdad. La superiora la creía más imprudente que culpable, haciendo un papel cuyo objeto y consecuencias no comprendía. El gran culpable era su marido, el pretendido conde de Lamothe, que se apoderó de los diamantes y fué á venderlos á Londres. Todos los demás personajes de la pieza representaron papeles de necios. Este Lamothe volvió á vivir en París, donde murió muy viejo, el 4 de Noviembre de 1831, en la miseria más horrible. Le he conocido mucho tiempo de revisor en el teatro de l'Odeon.»

En nota agrega el mismo médico Poumies de la Saboutie: «Mustiphragosi, caballero de San Luis y de la Corona, casado con Juana de Saint-Remy de Valois, y conocido bajo el nombre de Valois-Collier, supo hábilmente apoderarse del célebre collar, con el cual se escapó á Inglaterra, donde los diamantes fueron vendidos, y su producto consumido en vergonzosos desórdenes. He tratado á menudo de obtener de él algunos informes, pero al llegar á este punto de la conversación guardaba obstinado silencio.»

FERNANDO ARAUJO

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Trattato di diritto penale italiano, per Vincenzo Manzini. Volume III. Turín, Fratelli Bocca, editori, 1910. XVI-548 págs., 15 liras.

De los dos primeros tomos de esta grande y muy cuidada obra, se habló aquí mismo hace poco (número de Octubre último). Ahora acaba de aparecer el tomo tercero, con el cual termina el autor su estudio acerca de las cuestiones que suelen figurar en la *Parte general* de todos los tratados de derecho penal.

Cuanto entonces se dijo respectó de lo bien hecho que está el libro y de lo escrupulosamente que el autor ha atendido á que éste quede, no sólo bien nutrido de doctrina y datos, sino también rematado y perfecto, incluso en los más nimios pormenores, es del todo aplicable al nuevo volumen. Es una obra, lo que se dice hecha á conciencia y bien presentada.

Pero á mí me produce más admiración que entusiasmo. El autor me asombra por su mucho saber y su arte para exponerlo; mas no me gana el alma, ni casi me la conmueve apenas. Y no depende ello de que tengamos unos mismos puntos de vista, que diríamos teóricos, ó puntos de vista opuestos. Esto pudiera ser lo de menos. Se trata de que Manzini, queriendo ser «positivo» (ó siéndolo por temperamento y gusto), me resulta un hombre falto de calor cordial. Su «positividad» se me antoja ser como el índice de su dura afectividad. Y esto á mí «no me llama», por más que se sepa mucho y se razone maravillosamente.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

El problema de la unidad y origen del lenguaje, por Julio Cejador. 5

Recuerdos, por José Echegaray 25

El 7 de Octubre de 1841 en el Palacio Real de Madrid, por Juan Pérez de Guzmán 36

Los escritores extranjeros en los asuntos españoles, por Rodrigo Amador de los Ríos 77

La inmensa Hispania, por Arturo Pérez Martín 96

Los retratos de Isabel de Portugal, mujer de Carlos Quinto, por Roblot-Delondre 108

El chucho, por Leónidas Andreief 127

Parnaso internacional: Visto al pasar, de Elena Vacaresco 137

Filosofía del sistema, por Eloy Luis André 139

La cuestión del Rif: ¿Tenemos derecho á conservar las posiciones ocupadas?, por Francisco Espinosa y González-Pérez 155

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 165

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 175

Nota bibliográfica, por P. Dorado 203

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas
175	Aguanno. — La génesis y la evolución del Derecho civil..	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	Alcofurado. — Cartas amatorias de la monja portuguesa.	3
315	Amiel.—Diario íntimo..	9
327-328	Antoine.—Curso de Economía Social, 2 vols.	16
178	Anónimo.--¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.	1
183	Araujo.—Goya.	3
180	Arenal. — El Delito colectivo.	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
323	Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas.	7
114	Arnold. — La crítica en la actualidad.	3
172	Asensio.—Fernán Caballero.	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	Asser. — Derecho Internacional privado.	6
368	Bargehot.—La Constitución inglesa.	7
391	— Leyes científicas.	4
416	Baldwin.—Elementos de Psicología	8
111	Balzac.--César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet.	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.	3
62	— Papá Goriot.	3
76	— Ursula Mirouet.	3
2	Barbey d'Aurevilly.—El Cabecilla.	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel..	3
131	— La Hechizada.	3
120	— Las Diabólicas.	3
124	— Una historia sin nombre.	3
110	— Venganza de una mujer.	3
130	Baudelaire.—Los paraísos artificiales.	3
163	Becerro de Bengoa.—Trueba.	1
174	Bergeret.—Eugenio Mouton (Merinos)	1
353	Boccardo.—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política	10
311	Boissier.—Cicerón y sus amigos.	3
380	— La Oposición bajo los Césares.	7
169	Bourget.--Hipólito Taine	0,50
395	Bréal.—Ensayo de Semántica.	5
447	Bredif.—La Elocuencia política en Grecia.	7
399	Bret Harte.—Bloqueados por la nieve.	2
300	Buisson.—La Educación popular de los adultos en Inglaterra.	6
367	Bunge.—La Educación..	12
185-186	Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparados *(dos tomos)*	14
187	Buylla.—Economía.	12
36-37	Campe.—Historia de América *(dos tomos)*..	6
156	Campoamor.—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.	3
69	— Ternezas y flores.	3
317-354-371	Carlyle.—La Re-	

N.º del Catál.º		Pesetas
	volución francesa (*tres tomos*)	24
393	— Pasado y presente	7
188	**Carnevale.** — Filosofía jurídica. — Crítica penal	5
189	— La cuestión de la pena de muerte	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias	3
140	— El Derecho y la fuerza.	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX	3
65	**Caro.**—El suicidio y la civilización	3
127	— Littré y el Positivismo	3
363	— La filosofía de Goethe	6
293	**Castro.**—El libro de los galicismos	3
361	**Champcommunale.**—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado	10
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer (*dos tomos*)	15
64	**Coppée.**—Un idilio	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles	3
26	— La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdenis	3
18	— Mis Rovel	3
91	— Paula Mere	3
394	**Colombey.** — Historia anecdótica de El Duelo.	6
437	**Comte.** — Principios de Filosofía positiva	2
404	**Couperus.**—Su Majestad.	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (*dos tomos*)	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino	3
125	— Cuentos y fantasías	3
93	— El sitio de París	3
13-14	— Jack (*dos tomos*)	6
22	— La Evangelista	3
46	— Novelas del lunes	3
100	— Tartarín en los Alpes	3
425	**Dollinger.**— El Pontificado	6
166	**Dorado.** — Concepción Arenal	1
289	— El Reformatorio de Elmira	3
192	— Problemas jurídicos contemporáneos	3
31	**Dostoyusky.** — La casa de los muertos	3
33	— La novela del presidio.	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa	9
402	**Dumas.**—Actea	2
326	**Emerson.**—La ley de la vida	5
332	— Hombres simbólicos.	4
413	— Ensayo sobre la naturaleza	3,50
442	— Inglaterra y el carácter inglés	4
459	— Los veinte ensayos	7
340	**Eltzbacher.** — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7
342	**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos	4
193	**Engels.** — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado	6
162	**Fernán Flor.**—Tamayo	1
158	— Zorrilla	1
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
73	**Ferry.**—Nuevos estudios de Antropología	3
329	**Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna.	5
352	**Finot.**— Filosofía de la longevidad	5
357	**Fitzmaurice - Kelly.** — Historia de la Literatura española	10
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo	3
390	**Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania	7
196-197	**Fouillee.** — Historia de la filosofía (*dos tomos*)	12
195	— La ciencia social contemporánea	8
194	— Novísimo concepto del derecho	7
451-452	—Historia de la filosofía de Platón (*dos tomos*)	12
333	**Fournier.** — El ingenio en la historia	3
198-199	**Framarino dei Malatesta.**—Lógica de las	

N.º del Catál.º		Pesetas
	pruebas (*dos tomos*)....	15
302-303	**Gabba.**—Derecho civil moderno (*dos tomos*).	15
307	**Garnet.**—Historia de la Literatura italiana....	9
201	**Garofalo.** — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
200	— La criminología.....	10
202	— La superstición socialista.....	5
98	**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas.....	3
167	— Enrique Heine.....	1
132	— Madama de Girardín y Balzac.....	3
121	— Nerval y Baudelaire..	3
70	**Gay.**—Los Salones célebres.....	3
345	**George.** — Protección y librecambio.....	9
421	— Problemas Sociales..	5
261	**Giddings.**—Principios de Sociología.....	10
414	— Sociología inductiva.	6
286	**Giuriati.** — Los errores judiciales.....	7
203	**Gladstonne.**—Los grandes nombres.....	5
164	— Lord Macaulay.....	1
287	**Goethe.**—Memorias.....	5
406	**Gonblanc.**—Historia general de la Literatura.	6
21	**Goncourt.** — Germinia Lacerteux.....	3
205	— Historia de la Pompadour.....	6
204	— Historia de María Antonieta.....	7
44	— La Elisa.....	3
61	— La Faustín.....	3
129	— La señora Gervaisais..	3
318	—Las favoritas de Luis XV	6
6	— Querida.....	3
11	— Renata Mauperín....	3
358	— La Du-Barry.....	4
206	**González.**-Derecho usual	5
282-283	**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado (*dos tomos*).....	14
207	**Goschen.**—Teoría de los cambios extranjeros...	7
208	**Grave.** — La sociedad futura.....	8
469, 470, 461 - 462.	**Green.**— Historia del Pueblo inglés (*cuatro tomos*).....	25
209	**Gross.**—Manual del juez.	12
210	**Gumplowicz.**—Derecho político filosófico.....	10
211	— Lucha de razas.....	8
330	—Compendio de Sociología	9
212	**Guyau.** — La educación y la Herencia.....	8
331	— La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....	12
471	**Hailman.**—Historia de la Pedadogía.....	2
290	**Hamilton.** —Lógica parlamentaria.....	2
213	**Hausonville.** — La juventud de Lord Byron.	5
324	**Heiberg.** — Novelas Danesas.....	3
41	**Heine.**—Memorias.....	3
314	— Alemania.....	6
396	**Höffding.**—Psicología experimental.....	9
426	**Hume.**—Historia de la España contemporánea..	8
412	— Historia del Pueblo Español.....	9
214	**Hunter.** — Sumario del Derecho romano.....	4
316	**Huxley.**—La educación y las ciencias naturales..	6
3	**Ibsen.**—Casa de muñeca.	5
119	— La Dama del mar y Un enemigo del pueblo....	3
53	— Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
215	**Ihering.**—Cuestiones jurídicas.....	5
216	**Janet.**—La familia.....	5
423	**Jitta.**—Método de Derecho internacional.....	9
217	**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política.	7
218	**Kidd.** — La evolución social.....	7
219	**Koch y otros.** — Estudios de higiene general.	3
295 bis.	**Korolenko.** — El desertor de Sajalín.....	2,50
88	**Kropotkin.** — La Conquista del Pan.....	3
322	— Campos, fábricas y talleres.....	6
299	**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
221	**Laveleye.** — Economía	

N.º del Catál.º		Pesetas
	política.....	7
369	— El Socialismo contemporáneo.....	8
220	**Lange.**—Luis Vives....	2,50
454	**Larcher y Jullien.** — Opiniones acerca del matrimonio y del celibato.....	5
319	**Lemcke.**—Estética.....	8
288	**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán).....	3
321	**Leroy-Beaulieu.** — Economía política.....	8
434	**Lewis-Patte.**—Historia de la Literatura de los Estados Unidos.....	8
83	**Lombroso.** — Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal.....	3
72	— El Hipnotismo.....	3
222	— La Escuela criminológico-positivista.....	7
125	— Ultimos progresos de la Antropología criminal.	3
385-386	— Medicina legal (*dos tomos*).....	15
45	— Antropología y Psiquiatría	3
382	**Liesse.**—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	9
223	**Lubbock.** — El empleo de la vida.	3
99	— La Vida dichosa.....	3
438	**Macaulay.** — Estudios jurídicos.....	6
294	— La Educación.....	7
305-306	— Vida, memorias y cartas (*dos tomos*).....	14
460	**Mac-Donald.**—El criminal tipo.....	3
224	**Manduca.**—El Procedimiento penal.....	5
225-226-227	**Martens.**—Derecho internacional (público y privado) (*tres tomos*)	22
424	— Tratado de Derecho internacional.--Apéndice. —La Paz y la guerra..	8
410	**Martin.**—La Moral en China.....	4
173	**Maupassant.**—Emilio Zola....	1
228	**Max-Muller.**—Origen y desarrollo de la religión.	7
375	La ciencia del lenguaje..	8
366	— Hist. de las religiones.	8
455	— La Mitología comparada.....	7
341	**Max-Stirnr.**—El Unico y su propiedad.....	9
160	**Menéndez y Pelayo.**—Martínez de la Rosa...	1
152	— Núñez de Arce.....	1
284	**Meneval.**—María Estuardo.....	6
383	**Mercier.**—Curso de Filosofía: Lógica.....	8
387-388	— Psicología (*dos tomos*).....	12
392	— Ontología.....	10
427	— Criteriología general.	9
418	**Merejkowsky.** — La Muerte de los Dioses..	2
118	**Merimee.**—Colomba....	3
133	— Mis perlas	3
450	**Merker.**—Derecho penal.	10
229	**Meyer.**—Derecho Administrativo.—La Administración y la organización administrativa..	5
230-231	**Miraglia.**—Filosofía del Derecho (*dos tomos*)	15
296	**Mommsen.**--Derecho público romano.....	12
440-373	— Derecho penal romano (*dos tomos*).....	18
398	**Monton.** — El deber de castigar.....	4
170	**Molins.** —Bretón de los Herreros.....	1
295	**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega	10
312	**Nansen.**—Hacia el Polo.	6
472	**Nardi-Greco.**—Sociología jurídica.....	9
232	**Neera.**—Teresa.....	3
233	**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno.....	6
308	**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra	7
335	— Más allá del bien y del mal.....	5
336	— La Genealogía de la moral.....	3
350	— Humano, demasiado humano...	6
370	— Aurora.....	7
405	— Ultimos opúsculos...	5
431	— La Gaya ciencia.....	6
466	— El viajero y su sombra.....	6

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 22. NÚM. 254.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

FEBRERO 1910

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle de López de Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

MADRID "IN ILLO TEMPORE"

Taberneros y tabernas.—Las seberas ambulantes.—Verduras.—Las cortinas.—Capas y sombreros.—La Cruz de Mayo.—Academias de baile.—Los perros.—Enfermedades contagiosas.—Los específicos.—La vacuna.—Cementerios.—Establecimientes insalubres.

El estudio de ciertas disposiciones sobre policía y costumbres facilita grandemente el conocimiento de una época determinada, y nos hace formar juicio aproximado de la cultura, de los usos y de las preocupaciones de nuestros abuelos.

Decía el rey D. Felipe IV en 1647, que en Madrid había excesivo número de tabernas, y nosotros, que no estamos de acuerdo con el criterio que informó la política de aquel monarca, ni con la gestión administrativa de sus ministros, en el caso concreto de esta afirmación nos ponemos de su parte, y, aun sin averiguar los antecedentes relativos al asunto, le creemos bajo su honrada palabra. Indudablemente, en el siglo XVII habría en Madrid más tabernas de las que el buen orden social aconsejaba, porque hemos visto que, según fué aumentando el censo de población durante los siglos XVIII y XIX, el número de tabernas, como picado por agudo acicate, no ha querido quedarse rezagado, y con anhelo constante, digno de mejor suerte, ha conservado valientemente la desproporción que, respecto del vecindario, existía ya en tiempo del rey don Felipe IV.

La real orden de 1647 tendía, con buen deseo, á atajar el mal, ó ponerle trabas, por lo menos, pues recomendaba que «se tuviera mucha atención en las licencias que se diesen, y que los taberneros no pudieran usar de ellas sin acudir á la Sala *(de Alcaldes de Casa y Corte),* para que les señalase la cantidad de vino que habían de vender cada año, comensurándolo con el número de tabernas que hubiere, respecto del gasto y consumo que por mayor se entendiere haber en esta Corte.»

Y no era sólo que había demasiadas tabernas, sino que el vino que en ellas se expendía solía mixtificarse en perjuicio de la salud pública. Así, en auto del Consejo de Castilla, de 27 de Octubre de 1612, en los días del rey D. Felipe III, se ordenó que: «Ningún tabernero, ni otra persona, bien fuese tratante ó cosechero, pudiera vender por mayor ni menor en las tabernas ni otra parte alguna de esta corte y su jurisdicción, vino nuevo, añejo remostado ni revuelto, hasta el día 1.° de Enero de cada año, sino que había de ser sólo añejo, puro legítimo y de buena calidad, sin mezcla alguna.»

Publicado el auto, es de suponer que los taberneros de Madrid lo cumplirían religiosamente, y que, expendiendo *vino añejo, puro legítimo, de buena calidad,* pasarían los aficionados ratos deliciosos en la taberna, bebiendo aquello que compararse podría con el sabroso néctar que los dioses usaron para diario en el Olimpo; pero el exacto cumplimiento del bando debió de echarse en olvido, por cuanto en 8 de Noviembre de 1799, es decir, ciento ochenta y siete años después, se vuelve á reproducir como cosa nueva, lo cual induce á creer que el respetable gremio de taberneros, sin huelgas ni alharacas, había dejado de cumplir el auto de 1612.

En tiempo de Carlos IV se prohibió que las tabernas tuvieran pozos, ni mangas con qué aclarar el vino, «pues en el caso de ser necesario aclararlo, sólo se permitía hacerlo con tierra de Esquivias y huevos, derramando sin detención las heces que quedaran en las vasijas en que se aclarase». Hoy la química nos da infinitas formas á precios económicos, para aclarar, es-

pesar, según los casos, y dar olor, color, sabor, suavidad, fortaleza y cuantas condiciones estime necesarias, con objeto de satisfacer el capricho de los parroquianos, el tabernero más descontentadizo.

Los comunidades religiosas de San Basilio, San Jerónimo, Atocha, Santo Tomás, el Rosario, Carmen, Merced Calzada, Noviciado, Colegio Imperial de la Compañía de Jesús y Clérigos Menores del Espíritu Santo, tenían tabernas para expender el vino *por menor;* y la real orden de 17 de Octubre de 1693 les confirmó el permiso, siempre que no vendiesen otra cosa que vino, que las tabernas estuviesen fuera de clausura, y que el encargado de la venta fuese persona seglar. No hacemos comentarios.

Durante los últimos años del siglo XVIII se publicó un bando curiosísimo, en el que, á manera de ordenanza ó reglamento, que había de estar pegado en una tablilla dentro del establecimiento, á la vista de todos, se dictaron algunas disposiciones de carácter general, y son las siguientes:

Cada taberna pagaba dos reales diarios al Real arbitrio, y una limosna, que no se especifica, al Colegio de San Nicolás de Bari.

No se permitía á los taberneros tener juegos de dados, naipes ni otro alguno. La malicia del lector le inducirá seguramente á suponer que la prohibición denunciaba la existencia del juego en las tabernas, y que después del bando se seguiría jugando con ciertas y determinadas precauciones.

Quizá para evitar esto se prohibió también poner cortinas en las puertas de estos establecimientos, dejándolas enteramente descubiertas, á fin de que se viese desde la calle lo que pasaba en el interior.

Durante las horas de trabajo de los talleres y oficios, no se permitía entrar en la taberna á los artesanos, oficiales y aprendices, y mucho menos á las mujeres. Aquí se podría burlar sin dificultad la vigilancia de las autoridades, pues como ya se ha dicho que había muchas tabernas, no era facti-

ble poner un alguacil á la puerta de cada una para inspeccionar y formar la estadística de la clientela.

También la moralidad cayó—¿y cómo no?—bajo la férula del bando. El tabernero soltero no podía tener por medidora, ni guisandera, mujer que no tuviera cuarenta años cumplidos. El nombre de guisandera está empleado en la acepción general de la palabra, pues debe hacerse constar que no hacía guisados, propiamente dicho, ni cocidos; estos condimentos estaban comprendidos dentro del anatema de la prohibición, y en las tabernas no se permitía servir más que manjares fritos.

Las tabernas, por fin, no podían tener puertas á dos calles, ni salidas al patio ó portal de la casa; y se habían de cerrar desde 1.° de Octubre á fin de Abril á las diez de la noche, y desde 1.° de Mayo á fin de Septiembre á las once.

Después de conocidas estas disposiciones, que no son todas las que sobre el asunto se dieron desde Felipe III á Carlos IV, demostrado queda, sin dejar lugar á ningún linaje de duda, que las autoridades se preocuparon por el buen orden, arreglo, higiene, moralidad y demás circunstancias que concurrir debieran en las tabernas y en los taberneros; pero fuese por dificultad material para obligar al cumplimiento ó por facilidad de eludirlo, es, pues, el caso, que la eficacia de éstas, como de otras muchas disposiciones, duró breve espacio de tiempo.

*
* *

Parece ser que en tiempo del rey D. Carlos III, ciertas mujeres que se dedicaban á la compra y venta de sebo en las casas particulares, por el uso constante que de esta sustancia se hacía para el alumbrado particular, no observaban la corrección de conducta que era de desear, y el Corregidor, con aquel celo paternal que caracterizaba las autoridades de entonces, confiando ingenuamente en que las pragmáticas y reales cédulas podían moralizar las costumbres, promulgó en 1.° de Diciembre de 1787 el bando siguiente:

«Habiendo acreditado la experiencia que muchas mujeres se dedican á buscar, comprar y vender sebo por las calles y casas de esta villa, abandonando las casadas, con este pretexto, la asistencia y cuidado de sus respectivos padres, maridos é hijos, empleándose también mozas solteras en este ejercicio, con riesgo de malear sus costumbres con menoscabo de su educación, y aun la pérdida de los mismos hijos, y se aventura la separación de los matrimonios, y que el marido, jornalero ó artesano, carezca de alivio y descanso que para reposo de sus tareas debía encontrar en la laboriosidad doméstica de su mujer é hijas: deseando evitar estos inconvenientes y otros que trae la continua ociosidad á que viven entregadas las que se dicen seberas; á fin de conseguir que dichas mujeres tomen una ocupación honesta que les asegure la subsistencia, contribuya á la felicidad y mayor arreglo de los matrimonios y casas en particular, y al mejor orden de la sociedad, haciendo que aprendan y se apliquen á labores, ejercicios y ocupaciones propias de su sexo, y que así sean útiles las muchachas y mujeres que por dedicarse al citado ejercicio no eran provechosas, y podían ser muy perjudiciales, viviendo expuestas á la corrupción de costumbres por su corta edad y sin sujeción á sus padres y maridos: por lo cual, y para no privar al público ni á los particulares del corto beneficio que puedan tener en la venta y recolección de los desperdicios del sebo, se manda:

»Que desde el 7 del mes de Enero próximo de 1788 cesen las muchachas y mujeres casadas en el ejercicio de buscar, comprar y vender sebo por las casas, calles y demás parajes de esta corte; y que en los días que faltan, y que se les conceden por término perentorio, se apliquen, tomen y aprendan la industria, ejercicio ú ocupación propia de su sexo, que más les acomode.»

El bando, que fué, sin duda, elaborado con estudio y detenimiento, añade otros particulares para completar el objeto de la disposición: no permite más que cuatro seberas en cada

uno de los ocho cuarteles ó distritos en que estaba dividida la población. Estas seberas, cuya severidad de conducta procuraba el Corregidor, habían de ser casadas ó viudas; no tener menos de cuarenta años, y se les prohibía salir fuera de su cuartel á ejercer al oficio. El sebo lo habían de llevar en cestas descubiertas; y si se les encontraba en ellas velas, medias velas, carne, tocino, aceite, garbanzos ú otra cualquier especie de la provisión de la casa, pagaban la multa de dos ducados y la pérdida del género.

Por el contexto de lo que se pudiera llamar preámbulo del bando, se trasluce la candidez que guiaba á la autoridad que lo promulgó; las razones que allí se alegan pueden ser más ó menos discutibles, y, desde luego, la prohibición irrogaría perjuicios á la sebera de buena fe, pues no todas caerían bajo el terrible sambenito que la ley les echaba encima. Quizá la venta de velas y comestibles, á escondidas del gremio, promoviera quejas por parte de los tenderos á quienes este tráfico clandestino produciría una seria competencia, por la proporción, que las seberas tenían, de dar los mismos géneros á más bajo precio.

Lo de que se buscasen en un término perentorio otra ocupación, propia de su sexo, ofrecería sus dificultades en determinados casos, y era, de todos modos, ocioso consignarlo en el bando, pues aquellas á quienes se prohibiese el oficio ó comercio de seberas, necesariamente habrían de buscarse otro medio de subsistencia, aunque la autoridad no les hiciera indicación alguna sobre el asunto. Y vaya en cuenta que la nueva ocupación podría tener los mismos ó mayores inconvenientes que la antigua, sin dejar de ser propia de su sexo: así vemos que, años adelante, con una mercancía más agradable que el sebo, llamaron la atención en Madrid las naranjeras, dedicándose á su venta por calles, plazas y paseos, mujeres de buen palmito y de lengua larga, donde afluía como en manantial inagotable el donaire y la agudeza, tal vez no siempre cultos, pero ingeniosos siempre.

El bando desde luego es curioso, y revela el laudable interés que guiaba al Corregidor en el mejoramiento de las costumbres, aunque guiado por un criterio administrativo arcáico ya en los tiempos de Floridablanca y Jovellanos.

***

Vemos hoy en los puestos de verduras, que éstas se remojan frecuentemente para conservarlas frescas ó con apariencias de frescura, contraviniendo á lo dispuesto por un bando de 20 de Enero de 1792, en el que se prohibió á los verduleros tener aguas en cubas, cántaros ó cualquier vasija para lavar y aderezar las hortalizas, pues esto lo habían de hacer en los estanques de donde las sacasen, llevándolas ya limpias á los puestos destinados á la venta.

En aquella época se padecía en Madrid escasez de agua: el vecindario se surtía únicamente de la que proporcionaban los antiguos viajes de la Castellana, Alcubilla, Abroñigal alto y bajo y algún otro de menos importancia; de suerte que el conseguir un cántaro de agua resultaba tarea difícil, sobre todo en el verano, y los verduleros aprovechaban hasta el último extremo la que se procuraban, no sin harto trabajo; de aquí resultaba que el agua que tenían estaba casi siempre sucia, estacionada y, según el bando, fétida y corrompida, perjudicando más que otra cosa á las verduras con las frecuentes lociones ó lavaduras, *de modo que, aunque de muchos días llevadas á los puestos, parecían frescas y de toda bondad á la vista.*

Al presente, con la abundancia de agua que proporciona á Madrid la canalización del río Lozoya, la prohibición establecida por el bando de 1792 resultaría ineficaz, porque el verdulero puede renovar con frecuencia el agua que tenga á mano para refrescar las hortalizas, y aun exponerlas á la corriente de un caño en la más próxima fuente de vecindad. Ventajas de la vida moderna.

Y ya que de verduras escribimos, sépase que en 1803 los vendedores mezclaban entre los cardillos hierbas que se asemejaban á éstos en apariencia, pero que eran nocivas á la salud, por lo cual se mandó, bajo penas severas, que los cardillos se pusiesen enteros á la venta, sin mondarlos ni arrancarlos ninguna de sus hojas, á fin de que el comprador pudiera distinguir los verdaderos cardillos de los falsificados.

*
* *

A fines del siglo XVIII no se usaban persianas en los balcones; para evitar que penetrasen en la habitación los rayos solares ó las miradas del vecino de enfrente, poníanse cortinas de lienzo ó de estera, colocadas de manera tan imperfecta que solían caer á la calle, en compañía de las varillas de hierro en que estaban suspendidas, con menoscabo de la cabeza y de las costillas de los transeúntes. A obviar este mal tendía el bando siguiente de 26 de Junio de 1784:

«Para evitar en adelante los graves daños y perjuicios experimentados hasta aquí por la poca seguridad con que se cuelgan las cortinas exteriores de los balcones, rejas y ventanas, de que ha resultado no pocas veces caer á la calle sus varillas de hierro, hiriendo y maltratando á las personas que pasan, y aun verificándose en alguna la muerte; se manda que todos los dueños y administradores de casas de esta corte, y en su defecto los inquilinos á costa de alquileres, dentro de los treinta días primeros siguientes á la publicación de este bando, hagan poner y pongan á cada extremo del asiento de la varilla, dos nudos de madera, metidos y recibidos con yeso en la fábrica de la pared, de los cuales en uno vaya clavado con medio gozne unido á la varilla por su anillo cerrado, del que quedará ésta pendiente, y en el otro nudo un escarpión, donde descanse, después de puesta, la cortina.»

Esta disposición debió de tener exacto cumplimiento, pues

nosotros recordamos, de nuestra niñez, haber visto siempre aseguradas del modo descrito, en las fachadas, las varillas de hierro de las cortinas de ventanas y balcones.

*
* *

Está muy generalizada la creencia de que el célebre motín de capas y sombreros se produjo porque el ministro Esquilache quiso reformar la indumentaria de la gente del pueblo, acomodándola á las modas que se usaban en el extranjero, y nada hay más lejos de la verdad; su famoso bando, causa ó pretexto del motín, hacía cincuenta años que había sido promulgado, de forma que Esquilache no hizo más que obligar á su cumplimiento, según en la misma disposición se expresa, como verá el lector.

«No habiendo bastado para desterrar de la Corte el mal parecido y perjudicial disfraz, ó abuso del embozo con capa larga, sombrero chambergo ó gacho, montera calada, gorro ó redecilla, las reales órdenes y bandos publicados en los años de 1716, 1719, 1723, 1729, 1737 y 1740 prohibiendo dichos embozos, y especialmente la real orden que á consulta de la Sala de Consejo se renovó en el año 1745 y publicó por bando en 13 de Noviembre, Mando que ninguna persona, de cualquier calidad, condición y estado que sea, pueda usar en ningún paraje, sitio, ni arrabal de esta Corte y Reales Sitios, ni en sus paseos ó campos fuera de su cerca, del citado traje de capa larga y sombrero redondo para el embozo; pues quiero y mando que toda la gente civil y de alguna clase, en que se entienden todos los que viven de sus rentas y haciendas, ó de salarios de sus empleos, ó ejercicios honoríficos y otros semejantes; y sus domésticos y criados que no traigan librea de las que se usan, usen precisamente de capa corta (que á lo menos le falte una cuarta para llegar al suelo), ó de redingot ó capingot, y de peluquín ó pelo propio, y sombrero de tres picos, de forma que de ningún modo vayan embozados ni oculten el

rostro; y por lo que toca á los menestrales y todos los demás del pueblo, aunque usen de la capa, sea precisamente con sombrero de tres picos (1), ó montera de las permitidas al pueblo ínfimo.»

Los arrieros y trajineros podrían entrar en la corte con su propio traje, aunque no embozados; pero si permanecían aquí más de tres días, forzosamente habían de ajustarse á las prescripciones del bando.

*
* *

La costumbre de poner altares en las calles y en los portales de las casas, acosando las muchachas al transeúnte, con objeto de sacarle dinero para la Cruz de Mayo el día 3 del mes citado, la hemos conocido nosotros y ha durado hasta bien entrado el último cuarto del siglo XIX. Pues bien; esto se había prohibido por bando de 2 de Mayo de 1789, en que se mandaba:

«En conformidad de los bandos publicados en 1769 y 1770, ninguna persona, sea del estado que fuese, se presente y vista de Maya, ni ande con platillos pidiendo, ni los padres ú otras personas permitan á sus hijas que usen de tales trajes, y que tampoco formen altares en las calles, portales ni otros sitios profanos, pues con semejante pretexto se molesta á las gentes con petitorios ó demandas.»

Se ha necesitado el transcurso de un siglo para que el bando surtiese sus efectos. Esto da idea del carácter del pueblo de Madrid.

*
* *

El prurito de dar disposiciones, cuando éstas se entrometen en esfera que no es de la competencia del Gobierno, hace que pierdan fuerza y justificación, y que se echen en el olvido las que están justificadas y las que no.

---

(1) Candiles les llamaban también.

Por real orden, nada menos que por real orden, de 15 de Marzo de 1790, se mandó lo siguiente:

«Para evitar los inconvenientes que se originan de concurrir á unas mismas horas personas de ambos sexos á las casas de maestros de danzas de esta corte, á tomar lección de baile, mezcla de dichos sexos, distracciones inoportunas, y modos peligrosos de vivir de personas ociosas y de costumbres poco arregladas; ningún maestro de danza admita en sus casas, con motivo de enseñanza, ni otro alguno, personas de ambos sexos en unas mismas horas, pues deberá destinar á las del uno las de la mañana, y á las del otro la tarde ó noche, pero nunca en esta última á las mujeres.»

De tiempo inmemorial, y en todos los países, el baile se constituyó por parejas de hombres y mujeres en que, recíprocamente, las personas de uno y de otro sexo forman figuras, combinaciones y juegos, al compás uniforme de la música, y esto, que es la esencia constitutiva del baile, parece que lo desconocía la real orden al prohibir las parejas de ambos sexos, dificultando grandemente el aprendizaje, sin contar con que en las academias de hombres, quizá algún bailarín se vistiera de mujer en ciertos pasos, á fin de hacer más práctica la lección, aunque con desdoro de la clase y del sexo.

*
* *

No podemos formarnos idea cabal de la apatía de las autoridades y de la tenaz resistencia del público á cumplir lo prevenido en los bandos de policía urbana, sino estudiando la historia de estas disposiciones. Nada más justificado, para precaver la propagación de la hidrofobia, en tiempo de verano, que la persecución de los perros vagabundos, y la obligación de que los vecinos cuidasen y vigilaren á los que tenían en sus casas; y, sin embargo, reconociendo los habitantes de Madrid lo acertado de esta medida, esquivaron su cumplimiento como puestos de acuerdo: habiéndose prohibido en 1749 que se dejase á

los perros andar sueltos por las calles, y sin bozal, hubo necesidad de repetir la prohibición en 1753, en 1780, en 1790 y en 1800, conminando con severas penas la falta de cumplimiento.

En el bando de 10 de Mayo de 1800 se mandaba que toda clase de perros alanos, lebreles, mastines, mixtos y de cualquier clase que fuesen, habría de llevar bozal, un collar donde se expresase el nombre del dueño é ir sujetos por una cuerda de vara y media de largo, so pena de 50 ducados (137,50 ptas.) yla pérdida del perro, que era condenado á muerte. Los perros vagabundos quedaban á merced de los traperos, quienes podían inmolarlos, cobrando por este servicio 2,50 ptas., con obligación de enterrar la víctima fuera de las puertas de la villa.

Los traperos se convirtieron en agentes importantes de la autoridad en esta sección de la higiene, pues tenían á su cargo también sacar de la población las caballerías muertas; pero se contentaban con desollarlas y dejar la carne al lado de las cercas de la población para que se la comieran los perros menesterosos y desheredados de la fortuna, lo cual constituía, sin duda ninguna, un peligro para la salud de estos animales, y por consecuencia, para la del vecindario de la capital. El bando de 1800 trató de cortar este abuso, y ordenó á los traperos que diesen sepelio á las caballerías, verificando las inhumaciones á 200 pasos, no era mucho, de las puertas ó cercas y de los paseos públicos.

*
* *

Bien se les alcanzaba á los legisladores en el siglo XVIII, que los objetos de uso de las personas que adolecían de enfermedades contagiosas podían transmitir el mal; pero el público es refractario á cumplir la ley cuando proporciona alguna molestia, y las disposiciones dictadas en beneficio de la higiene encontraron, y encuentran hoy, en Madrid, una resistencia pasiva difícil de dominar.

Haciendo ver la experiencia—decía Fernando V en 6 de Octubre de 1751—cuán peligroso es el uso de las ropas, muebles y alhajas de los que han adolecido y mueren de enfermedades éticas, tísicas y otras contagiosas, me ha sido muy reparable el abandono con que he entendido se trata la grave importancia de quemar esos objetos, ya por la inacción de los que debieran celarlos, ya por la codicia de los que entran en posesión de ellos, que, ó los reservan para uso propio ó los venden para aprovecharse de su producto, comunicándose así y propagándose las enfermedades, con ruina lamentable de muchas familias y riesgo de la salud pública.

En su consecuencia, ordenó que los médicos, cirujanos, enfermeros y demás personas que asistiesen á los atacados de este género de enfermedades, diesen en secreto cuenta del caso al señor Alcalde de Casa y Corte correspondiente, á fin de que éste dispusiese la total separación de las ropas, muebles y demás objetos que hubiesen servido personalmente al enfermo, para proceder á la quema, fueran de mucho ó de poco valor, y aunque constituyesen legados para obras pías, pues debía preferirse el resguardo de la salud pública. Las ropas que hubiesen salido de la casa infestada se buscarían por todos los medios de que la autoridad disponía, con objeto de proceder á su quema, habilitando al efecto el Soto de Luzón ó el de Perales, próximos á Madrid y de propiedad del Ayuntamiento.

Ocurrido el fallecimiento, se picaría, revocaría y blanquearía la alcoba ó habitación del enfermo, y se le enladrillaría de nuevo el piso.

En las almonedas se había de extender una diligencia por el alcalde de barrio, haciendo constar que nada de lo que en ellas se enajenaba era de procedencia sospechosa, y los prenderos y roperos de viejo incurrían en responsabilidad y multa si no averiguaban en sus adquisiciones el nombre de las personas á quienes éstas habían pertenecido.

El sistema se tomó como consecuencia de las innovaciones que venían de Francia, y las gentes, dudando de su eficacia,

se resistieron á ponerlo en práctica. Tal debió de ser la resistencia, que años adelante todavía se tuvo que prohibir dar á los hospitales y conventos las ropas y efectos de los que fallecían de enfermedades contagiosas, pues había la creencia de que dichas ropas y efectos perdían la infección y contagio por el solo hecho de entrar en estos establecimientos. Es difícil desterrar las convicciones de la multitud, aunque estén basadas en un absurdo.

*
* *

El empleo de medicamentos cuya composición era un secreto para todos, ha sido siempre de uso frecuente, y la misma reserva que se guardaba respecto de los ingredientes que constituían tal bálsamo ó tal ungüento, parece que á ciertos espíritus les infundía fe en las propiedades curativas del específico. Ahora bien; como el Estado tenía que autorizar la venta de éstos, velando por la salud pública, y los inventores mostraban reparo en descubrir la composión de aquellos medicamentos, Carlos III dictó en 26 de Abril de 1788 esta real orden:

«Con motivo de un recurso que se me hizo solicitando la aprobación y libre uso de un específico, sobre cuya bondad no quiso el tribunal del Proto-Medicato dar su dictamen por excusarse su autor á manifestar los simples de que se componía, he venido en mandar que para que el secreto de semejantes medicamentos no perezca, ni el inventor caiga en la desconfianza de manifestarle á facultativos que lo aprovechen en su perjuicio, se haga por el mismo autor la manifestación, entregando un pliego que se cierre á su presencia y la de un ministro de mi Consejo, el análisis y composición de su medicamento, colocándose en el archivo, con la obligación de guardar secreto de su contenido durante la vida del mismo autor y diez años más que concedo á favor de sus herederos.»

Si la real orden se hubiese cumplido y existiera el archi-

vo del Proto-Medicato, en él podríamos encontrar fórmulas de medicamentos ignorados, que tal vez fueran de provecho para la curación de enfermedades.

*
* *

Sin emitir voto en favor ni en contra para lo que no tenemos competencia, cumple á nuestro deber de cronistas hacer constar que en un folleto publicado el año 1895 por D. Alejandro Soler, se combatió la teoría de la inoculación subcutánea, sin excepción, en el que disfruta de salud, á calidad de preservativo de enfermedades; así es que no extrañará el lector que un siglo antes, en 15 de Noviembre de 1796, se dudase de las ventajas de la vacuna de la viruela, declarándolo oficialmente en una real orden:

«Siendo las emanaciones y miasmas que se levantan de los cuerpos en los males decididamente contagiosos, origen fecundo de otros análogos á ellos, además de las providencias justamente tomadas para impedir que se comuniquen; habiéndose observado que la inoculación, aunque útil á los particulares, al Estado y á la población, esparce con una profusión peligrosa los miasmas variolosos, fomenta y publica la viruela natural; se prohibe absolutamente que en las estaciones en que no hay epidemias de viruelas en los pueblos y sus barrios, ningún facultativo, médico ó cirujano pueda inocular sin dar cuenta á la Junta de gobierno, la que, con acuerdo de la superioridad, tomará las providencias convenientes, bien para que el inoculado y sus asistentes salgan de la población, bien para que no traten con nadie durante todo el tiempo en que pueda comunicarse el contagio.»

Y conocida la real orden, tampoco es de extrañar el espíritu, refractario á la inoculación, de que está poseída una gran parte de la clase popular en Madrid, teniendo la autoridad que valerse de conminaciones para hacer que se revacunen los adultos.

*
* *

Esta misma disposición se condolía de que no hubiese en Madrid cementerios rurales con sus *competentes arboledas,* y hasta tanto que llegase tan *feliz momento,* ordenó que los cadáveres se sepultaran con profundidad; que no se expusiesen en parajes públicos cuando habían llegado á la putrefacción, y que las *mondas* se hiciesen en las horas, estaciones y estado de atmósfera más oportunos.

El criterio de la gente ilustrada era contrario á los enterramientos dentro de poblado, y más aún en el interior de los templos, según la sensata opinión de Jovellanos y otros ilustres académicos de la Historia, que emitieron informe en este sentido con fecha 9 de Mayo de 1783, cumplimentando un auto del Consejo de Estado; pero la resistencia que los párrocos ofrecían á la secularización de cementerios, y el temor de herir las preocupaciones de la multitud, retrasaron esta medida que planteó en Madrid José Bonaparte, *el rey intruso* (1).

Las mondas á que alude la real orden era un espectáculo repugnante y antihigiénico; consistía en exhumar los cadáveres que llevaban enterrados cierto número de años, á fin de dejar hueco para las defunciones que ocurrían diariamente; de modo, que el deseo de las familias de enterrar á los seres queridos dentro ó junto al templo parroquial, no se satisfacía más que á medias, pues al llegar la época de las mondas quedaba de hecho realizada la secularización.

También se prohibió por esta real orden el establecimiento de fábricas de jabón, de velas de sebo, tenerías y otras perjudiciales á la salud, en el interior de Madrid, permitiéndose solamente almacenes ó depósitos de materias ya trabajadas. Del exacto cumplimiento de la disposición podemos atestiguar nosotros que hemos llegado á conocer, en tiempo de Isabel II, varias fábricas de velas de sebo, una en la calle de Pelayo, otra en la del Espíritu Santo, y la famosa de la del Gobernador.

(1) Véase nuestro libro publicado con este título.

Esta sucinta relación de disposiciones, más ó menos acertadas, demuestra que la gestión de las autoridades no ha permanecido indiferente ante ciertos abusos ó deficiencias que necesitaban corrección ó reforma; pero vemos también el resultado ineficaz producido, ya por lenidad de los que habían de hacer cumplir las disposiciones, ya por la resistencia de los obligados al cumplimiento. En Madrid se han dictado reales órdenes y bandos para todo, aunque no han servido para nada.

Carlos Cambronero,
Del Archivo Municipal de Madrid.

LOS TRAIDORES

Siempre que Francia ha querido dividir y empequeñecer á España, siempre ha encontrado en un país donde todavía no se ha formado plena conciencia de lo que es el patriotismo, factores dispuestos á ser sus auxiliares, con tal de que se haya tenido maña y habilidad para contrarrestar los deberes de aquel noble sentimiento con la ofuscación de un ideal ficticio, con la obsesión de un mejoramiento fantástico ó con el cebo de un sórdido interés. Un francés es siempre francés, y todo lo que es francés lo estima y lo defiende como cosa que por ley natural le pertenece. Un inglés es siempre inglés, y un alemán, alemán. Para un alemán, para un inglés, para un francés, todo lo que le es propio por esta ley de la naturaleza, se constituye para él en invulnerable ante el ataque de todo extraño: todo lo que les es propio por esta ley de la naturaleza, merece incondicionalmente su consideración y su respeto. El socialista alemán dijo un día ante las sujestiones del socialista francés: «antes que socialista, soy alemán». Ningún interés humano es para un francés, para un inglés, para un alemán, para el ciudadano de cualquier otro país culto del mundo, superior á esta condición de inviolabilidad para todo lo que les es propio. El *civis romanus sum*, del apóstol, es la característica eterna de todo sentimiento patriótico. ¡Sólo los españoles son los que siempre se hallan dispuestos á preferir todo lo

extraño á lo que por naturaleza les corresponde! ¡Sólo entre los españoles registra la Historia de todos los tiempos esta lamentable disposición á renegar de lo que es suyo y á abandonarse en brazos de la traición para postergarlo, y aun más que para postergarlo, para destruirlo, dejándose seducir por las sugestiones extrañas, y sin reparar en perder hasta los más altos beneficios para conseguirlo! Por eso sólo en España se producen tantas y tan repetidas crisis de las propias instituciones; por eso sólo en España se dan tan repetidos diplomas de incapacidad y de menosprecio á todo lo que en ella sobresale; por eso sólo en España se han dado tantos tristes ejemplos de caídas, tanto más estrepitosas, cuando menos justificadas, y á veces de las instituciones ó de los hombres más insignes y á quienes por el contrario, debióles la gratitud nacional erigir estatuas y altares; por eso la inconsciencia nacional, en todos los tiempos y con tanta frecuencia, nos ofrece tantos ejemplos de alta traición, disfrazada con máscara ó de bien común, ó de mejoras de situación ó de progresos de una cultura que es la contradicción de lo mismo que se exalta! ¡Por eso hace tres siglos la nación siempre desciende hacia abismos insondables, en los que primero dejó perdida la supremacía de su poder y de su influencia en el mundo, después el aparato pasmoso de sus bienes de dominación, que cada vez han encarnado más en el cuerpo político de la patria, y por eso cada vez que procuramos rehacernos en alguna parte, aunque mínima, del terreno perdido, levantar siquiera un poco la cabeza en pro de nuestro poder ó de nuestro prestigio, las conjuras de fuera vienen á seducir esa masa, siempre inconsciente y siempre dispuesta á todas las traiciones, constituyéndose bajo falsos espejismos en auxiliares cándidos de los que eternamente laboran ó en nuestra impotencia absoluta ó en la pérdida total hasta del carácter y fisonomía nacionales. En Francia, en Inglaterra, en Alemania hay un sentido patrio que constituye siempre al francés, en francés antes que todo; al inglés, en inglés, y al alemán, en alemán, considerando parte esencial de su espíritu y de su sangre todo lo que es francés

para el francés, todo lo que es inglés para el inglés, todo lo que es alemán para el alemán. ¡Sólo el español, ante cualquier seducción extraña, deja de ser español, y odia y escarnece lo que le es propio, y lo persigue y lo deshonra y lo destruye, y lleva sus odios contra lo que debiera enorgullecerle, hasta más allá de la muerte, hasta más allá de la Historia, hasta la casi nulidad en que se nos tiene en el mundo, y de la que en vano luchan algunos espíritus selectos por sacarnos sin lograr más que levantar contra sí los viles voceríos de la traición!

Hay un período en nuestra Historia, cuyas enseñanzas, estudiado bajo un criterio nacional, no debiera jamás caérsenos de los ojos. Es el período de lo que se ha llamado decadencia de la casa de Austria, y debiera apellidarse de la lucha de Francia contra España para arrebatarla su supremacía en el mundo, la extensión de su dominación, su personalidad en sus ideas y hasta su dirección en su trono. Entablada la guerra de opinión; infiltrado en el espíritu nacional el germen de abominación de sí mismo que caracteriza el aprecio recíproco que entre sí se guardan los españoles, agitando por una parte, ya la sátira, ya la calumnia, ya la desconceptuación entre unos y otros; encendido el foco de las rivalidades personales y lograda la división de los partidos, sirviendo de manzana de Páris la emulación de los intereses y las intrigas de la ambición, ¿qué impulso de unidad ha debido esperarse ni en los períodos en que se hacía más necesaria hasta la defensa por la vida? ¡Espanta los juicios que se han legado á la posteridad sobre las instituciones nacionales y los que tenían su alta representación! ¡Admiran los juicios sobre los hombres! ¡Conduelen los que se vertieron despiadadamente hasta sobre seres exceptuados en toda lucha de honor, por la malignidad atizada desde fuera que ninguna inviolabilidad tenía obligación de respetar! ¡Qué luchas! ¡Qué armas! ¡Qué degradación! ¡Y cuánta infamia y cuánta traición!

Sin conocer la atrocidad de tales sentimientos, sobre ellos se cimentaban las más viles ambiciones, siempre protegidas de

fuera para dividir y dividir, debilitarnos y debilitarnos, y reducirnos cada vez más á la nulidad y á la impotencia. Dígalo si no el cuadro miserable de los que lograron echar por el suelo el todavía vasto imperio que alcanzó á regir Felipe IV. La conspiración francesa contra su poder se le metió hasta en su propio tálamo conyugal. Quevedo se atrevió á levantar algo del velo de lo que en aquel tálamo real se conspiraba, y mereció por ello sus desgracias y persecuciones. En él se fué fraguando la caída del gran ministro, y en él se calentaron las armas para los levantamientos de Portugal y de Cataluña, atizados por los estímulos y los medios del monarca francés, dos veces hermano político del de España. En aquel lecho se indujo al Duque de Medina Sidonia, con el ejemplo de su cuñado el de Braganza, á intentar alzarse con la corona independiente de las Andalucías, y mientras en Sicilia y Nápoles se ponían palancas francesas á sus respectivos revolucionarios, en Aragón se estimulaban las codicias del Duque de Híjar para levantarse también con aquella corona independiente. Todos, para estos movimientos de desmembración, acudían á los mismos pretestos de justificación, sostenidos por el mundo por la vil propaganda francesa: el mal gobierno, la incapacidad del rey, no atentando al descrédito de la virtud de la reina, porque era francesa y además se murió á tiempo, las codicias y la sordidez de todos los gobernantes, lo mismo los que comulgaban con el Conde-Duque que los que, después de su muerte, le sucedieron en los aprestos de la administración y en la dirección de una política desorientada en medio de tantas y tan repetidas dificultades. Así presenció España, sobre todo aquellos dos grandes procesos de alta traición contra el Trono y contra la Patria, al frente de los que corrieron los nombres de dos magnates del Estado, los duques de Medina-Sidonia y de Híjar, y que si al primero no costó más que algunas mortificaciones, castigo endeble para su gran delito, y al segundo la prisión por vida que acabó con ésta en la fortaleza de León, por el primero fué llevado al filo del cuchillo del verdugo el

marqués de Ayamonte, D. Francisco de Guzmán y Zúñiga, y por el segundo el marqués de la Vega de la Sagra, D. Pedro de Silva, y al general de Caballería, D. Carlos Padilla. Entonces eran *los traidores* á la Patria y á los reyes, grandes de España, títulos de Castilla y generales de los ejércitos de Flandes. Con el curso del tiempo, *los traidores* que siempre han subsistido en España, fueron ya otro género *de traidores*.

De *los traidores* de la época de Felipe IV, veamos cómo la Historia da testimonio documental de sus castigos. El del marqués de Ayamonte lo recogió y escribió, aunque quedó reservado entre sus papeles, el insigne historiador de Segovia don Diego de Colmenares. Su breve narración sólo dice:

«Habiendo estado el marqués de Ayamonte preso desde el 28 de Mayo de 1645 en este alcázar de Segovia, adonde fué traído desde la prisión de Santorcaz, jueves 10 de Diciembre de este año de 1648, á la una de la tarde, llegó á esta ciudad el licenciado D. Diego de Villaverde, alcalde de corte, con Juan de Pinilla, secretario del crimen, y seis alguaciles de corte, y apeándose en el meson grande, desde el mismo portal, sin quitarse botas ni espuelas, partió con cuantos venían con él á la casa del corregidor, que avisado había bajado á la puerta de prisa y en cuerpo. Díjole al alcalde:—*Vuesa merced se venga conmigo.*—Respondió subiría por un ferreruelo, y díjole:—*Diga que lo bajen.*—Con que partieron al Alcázar. Detuviéronse á las puertas del Obispo. Acababa de comer el marqués y habíase recogido. Asomóse á las rejas de la prision Santiago Ramírez Gamarra, su criado, que solo y siempre le sirvió en la prision, y díjole:—*Señor, á las puertas del Obispo están muchos alguaciles.*—Asomóse el marqués, y viéndoles, dijo:—*Estos son alguaciles de corte: yo los conozco: esto es hecho.*—Así refiriólo el criado mismo á quien esto escribe.

Llegaron al Alcázar, á cuya puerta esperaba ya el alcaide D. Juan de Navacerrada, á quien el alcalde dijo:—*Vuesa merced me entregue á D. Francisco Manuel Silvestre de Guzmán, marqués de Ayamonte*, que está preso en estos alcázares, en

virtud de esta cédula de S. M.: la cual dió al alcaide, que besándola y poniéndola sobre la cabeza, dijo que la obedecía. Subieron todos á la torre y bajaron con el marqués, á quien el alcalde dijo:—*V. E. éntre en esa silla;*—y entrando en ella el marqués, y poniéndose tres alguaciles á cada lado y el alcaide y corregidor detrás, por la calleja del pasadizo del Obispo y por la ronda, salieron por la puerta de San Andrés, y arrimados á los muros, subieron á la solana del Rastro, y entrando por la puerta fronteriza á San Martín, subieron á la cárcel, donde esperaba D. Pedro de Valencia, su alcaide propietario, al cual el alcalde entregó al marqués, y subiéndole al aposento que hace esquina á la puerta, clavaron las ventanas y entraron luces. Mostró el marqués gran sentimiento de verse en la cárcel pública. Entró luego fray Diego de Miranda, lector de Teología de San Francisco, confesor del marqués, y el Padre Pedrálvez, jesuíta, que hasta la muerte asistieron.

El alcalde de corte mandó llamar alarifes, y les ordenó hiciesen un cadalso de una vara en alto, en una sala contigua al aposento en que el marqués estaba. También mandó hacer ataúd y que se cubriese de bayeta muy basta. También mandó llamar á un cuchillero, y le mandó que hiciese dos cuchillos de muy agudo corte. Entró el sota-alcaide, y echó dos pares de grillos al preso que, mostrando sentimiento, dijo: —*Esto era bien excusado;*—y pidiendo una cuerda con que sostenerlos, el alcaide se quitó una liga y se la dió. Luego entró el secretario á intimarle la sentencia, que oyó con valor, y respondió que la consentía y ofrecía su vida á su Dios y creador. Después dijo á su confesor que quedaba en gran confusión de si le habían de cortar la cabeza *por detrás,* y si había de ser en público. Procuró el confesor divertirle de este pensamiento y reducirle al de su salvación. Entró luego el criado á despedirse, con gran sentimiento de ambos y de los circunstantes. Díjole: —*Hijo, no tengo con qué pagarte la buena compañía que me has hecho en tan larga prisión. Dios te lo pagará. Toma esta sortija;*—y dióle una que, según dicen, valdrá cien ducados, y

despidiéndose con muchas lágrimas, se fué al convento de San Francisco á pedir el hábito.

El marqués, asistido de los religiosos, estuvo hasta las once, que se recogió. A media noche, atendiendo á que no sosegaba, entró el alcaide y le dijo si quería algo. Respondió que con el embarazo y frialdad de los grillos no podía sosegar, y mandando llamar á su teniente, se los hizo quitar. Mostró mucho agradecimiento, diciéndole tomase el sombrero de castor que tenía puesto, y le diese el suyo; el alcaide rehusólo por entonces; pero, dándosele cuando le pusieron el capuz, le tomó, y al que le quitó los grillos, le dió los guantes. Recogióse hasta las dos, y entrando los religiosos, le dijo el confesor: —*Dos cosas traigo que decir á V. E., que espero en Dios le serán de mucho alivio: la primera, que el corte ha de ser por delante; la segunda, que no ha de ser en público, sino en esta sala de afuera; que los golpes que se han oído son para edificar el cadalso.* Mostró consuelo, repitiendo algunas veces: —*¡Bendito y loado sea mi Dios y criador, que tantas misericordias hace al que le ha merecido tantos castigos!*

Comulgó este día, viernes, en la capilla de la misma cárcel, y luego oyó tres misas, y volviendo al aposento, se desayunó. Poco después dijo al confesor: —*Padre mío, ó no tengo corazón ó lo tengo muy duro, pues no me asombra ni los golpes del cadalso en que mañana he de morir.*—El confesor, con atención más profunda, le dijo: —*Señor, pues V. E. ha sido siempre muy devoto de la Virgen, Nuestra Señora, válgase ahora de su intercesión y favor para que le alcance y le infunda consideraciones profundas de los dolores y agonías que padeció aquella Soberana Reina de cielos y tierra, oyendo y viendo clavar en la cruz á su Hijo, Dios Redentor nuestro, cuando, temblando la tierra, turbándose los demás elementos y oscureciéndose los cielos, solos los hombres pagaban en injurias su redención.*—Suspendióse el marqués, y afirman los que le vieron, que desde este punto fué tal su conformidad, tantas sus lágrimas, tan tiernas y devotas sus razones, que todos lo juzgaron por singular favor y auxi-

lio del cielo. Pasó lo restante del viernes en coloquios devotos, muchas confesiones y actos de contricción y con admirable sosiego de cuerpo y espíritu, y durmió aquella noche dos horas.

Sábado, en amaneciendo, oyó en la capilla cuatro misas y se recogió con los religiosos en su aposento. A las nueve entraron con el capuz, que besó, y queriendo vestírsele el confesor, pensando que tuviese aberturas para los brazos, le rebajó de modo que el marqués dijo:—*Yo le vestiré;*—y componiéndole, le vistió y terció sobre ambos hombros, con tanto sosiego como pudiera vestirse en su palacio. Luego tomó el crucifijo, diciendo: —*Ya es hora; vamos;*—y saliendo á la sala, y viendo el cadalso sin bayetas, dijo:—*¿Cómo está esto así?*—Reparóse un poco y reconcilióse, y subiendo al cadalso, que rodeaban los alguaciles de corte con el secretario y muy pocas personas, dijo: —*Todas vuestras mercedes sean testigos de que, en viéndome en la presencia de Dios, que espero en la divina misericordia que será muy pronto, prometo rogar á su piedad inmensa por los aumentos de esta corona, y por la salud y vida del Rey, mi señor.*—Y el confesor, juzgando que no todos lo habían oído, lo repitió en alta voz.

Sentado en la silla del patíbulo en que, acabando tan en breve la vida, había de dejar el alma al cuerpo mortal, fueron muchos sus actos piadosos. Llegó el verdugo, y habiéndole pedido perdón, y atado piernas, brazos y cuerpo, al vendarle los ojos se turbó, enredándose el tafetán en la guedeja. Viéndole turbado, le dijo:—*No te turbes, amigo.*—Conque animado el ministro, le vendó y pasó el cuchillo con una presteza y mejor recurso que esperaba de aquel vil y torpe esclavo. Luego le cortó la cabeza por detrás y se la puso á los pies. Dos horas después le amortajaron, y al anochecer salía de la cárcel el funeral. Niños de la doctrina, doce religiosos franciscanos, doce victorianos y la parroquia con preste y diáconos; detrás, el cuerpo, en hombros de cuatro hermanos de San Juan de Dios, en ataúd cubierto de bayeta muy basta, clavada y ajustada á la madera, sin pendiente ni otra cubierta. Llegaron á

San Francisco, donde con sólo un responso, le enterraron en sepultura común.»

En el trágico desenlace de este proceso, que se había dilatado desde el año 1642, indudablemente influyó el que en Agosto hubo que instruir también, por delito de alta traición, contra el duque de Híjar y sus paniaguados el general de Caballería D. Carlos Padilla y el marqués de la Vega de la Sagra, D. Pedro de Silva. El 18 de Agosto de 1648, en efecto, el alcalde D. Pedro de Amezqueta prendió al general D. Carlos Padilla, y le puso en la torre de la cárcel de corte «con unas cadenas muy gruesas, y echándose en la faltriquera las llaves de la prisión. Fuése después á casa del Presidente de Castilla, en donde le aguardaba D. Fernando Ruiz de Contreras. Estuvieron encerrados toda la tarde, yendo muchas veces el mismo D. Fernando á consultar con S. M. el Rey. A la noche volvió el Presidente y estuvo con el preso hasta las seis de la mañana. La primera declaración que se le tomó duró desde el 22 al 28 del mismo mes. El 6 de Septiembre envió el Presidente un recado al duque de Híjar, que convenía al servicio de S. M. le viese luego, y habiendo hablado á solas con él, le subió acompañando hasta la última puerta, adonde estaba el alcalde Amezqueta, y le manifestó un decreto de S. M. en que le mandaba llevarle preso á una torre. Entróle en un coche, de antemano prevenido, y le pidió las armas, que el duque entregó luego, y Amezqueta con él salió junto, incorporándoseles ocho alguaciles á caballo que esperaban en la Puerta del Sol, conduciéndole al castillo de Santorcaz, donde le bajaron á lo más apretado de la prisión. En las plazas de Madrid se dijo que su delito era haber formado conspiración para matar al Rey, hacer dueño al de Braganza de todos los reinos y señoríos de España y poner en libertad al infante D. Duarte, á quien adoraban los portugueses, y que Felipe IV, desde el levantamiento de aquel reino, tenía recluso en el castillo de Milán.

El día 9 de Septiembre se prendió á un hijo del conde Linhares; el 10, al marqués del Valle de la Sagra y á otros caba-

lleros; el 11, al dueño de la posada de la calle de la Abada, donde paraba el general Padilla, y cuya mujer, declarando que, habiéndole éste entregado para guardar unos papeles, con recomendación de que los arrojara al fuego si contra él ejecutaba algún acto la justicia, aseguró que no quiso obedecerle y los entregó al tribunal. Del registro de estos papeles resultó que el duque de Híjar andaba en tratos con D. Juan de Padilla, hermano del general D. Carlos, que era castellano del castillo de Milán, para que lo entregara á las tropas del rey de Francia, y que en recompensa de esto el rey de Francia se comprometía auxiliar al duque de Híjar, hasta hacer que se coronara rey de Aragón y que á los hermanos Padilla se les daban grandes estados en Aragón y Portugal. También en ellos se descubrieron otras conspiraciones en Navarra, de que llevaba la cuerda un D. Miguel de Itúrbide, á quien no se pudo prender, porque avisado, y no teniendo medios para huir, se suicidó, mientras que se ponían de manifiesto los manejos que se llevaban á cabo para entregar Cádiz á los portugueses y para encender otras revueltas en Granada; por todo lo cual, el día 24 D. Carlos de Padilla fué sometido al tormento, asistiendo al acto judicial los señores del Consejo D. Francisco de Robles, D. Bernardo de Epeñarrieta y el alcalde Amezqueta. Aunque se le dieron tres tratos de cuerda, Padilla no quiso ampliar su primera declaración, ni sobre la interpresa de Cádiz, que en Sevilla tenía preparada un portugués llamado Domingo Cabral, ni sobre el duque de Híjar, que conspiraba para que se le eligiera rey de Aragón, prometiéndose después serlo tambien de Castilla, porque muriendo S. M. sin sucesión, el reino le pertenecía á él por legítima sucesión; ni sobre el reconocimiento de ciertos papeles que acerca de esto se habían secuestrado, y que evidentemente estaban escritos por él mismo; ni sobre otros muchos puntos que contra él aparecían en los papeles registrados, entre los cuales había uno en que se decía en verso:

Los casos dificultosos,
Tan justamente envidiados,
Los intentan los osados
Y acábanlos los dichosos.

Por todo esto prosiguió el proceso con sus precisas actuaciones, hasta que, después de pronunciada sentencia, el 4 de Diciembre, viernes, por la mañana, envió la Sala de Alcaldes de Casa y Corte á llamar al P. Pimentel y al P. Castro para que se encargasen, el primero del marqués del Valle de la Sagra y de Domingo Cabral, y el segundo de D. Carlos de Padilla. El sábado, 5, salieron estos reos de la cárcel con cien alguaciles á caballo, anduvieron las calles hasta llegar al suplicio que estaba en la Plaza Mayor, en cuyo centro se levantaba el cadalso, de más de dos varas de alto y diez en cuadro. Al pie de la escalera se colocaron los dos caballeros, arrimando las mulas que cabalgaban. Apeóse el primero D. Carlos de Padilla, que subió animoso la escalera, á pesar de la cadena que llevaba al pie: sentóse en la silla de manos, acompañado de los PP. Castro, Castillo é Iguarza, todos de la Compañía de Jesús; hizo lo mismo el marqués, á quien acompañaban los PP. Pimentel, Zapata y Celada. Los balcones de la plaza estaban que no era posible caber más, y en la plaza no había donde echar una manzana; más al cadalso no permitióse subir más que á los PP. auxiliantes, tres alguaciles, el escribano y el verdugo. El primero á quien éste ejecutó fué D. Carlos, teniendo delante hincados de rodillas los PP. de la Compañía, que le encomendaban el alma; luego fué ejecutado el marqués en la misma forma, y no lo fué Cabral, porque seis días antes había fallecido en la prisión. A cada ejecución, el público, como siempre, levantó grande vocerío, así de aprobación como de lástima, y, por último, el pregonero publicó el acto, diciendo: «Esta es la justicia que manda hacer el Rey, nuestro señor, á estos hombres *por traidores*, que trataban y solicitaban de que se hiciese traición contra la Corona; mandándolos degollar y que les sean cortadas las cabezas por

detrás y que les sean confiscados todos sus bienes y derribadas sus casas. Quien tal hizo, que tal pague...»

A tal punto ya también había sido pronunciada la sentencia contra el duque de Híjar, pero no sin pasar antes por el tormento. Este, por decreto autógrafo del Rey, fechado el 18 de Noviembre, á consulta y por sentencia de los jueces don Francisco de Robles, D. Bernardo de Ipañarrieta, D. Pedro de Amezqueta, D. Martín de Larraetegui y D. Melchor de Valencia, le fué dado el 1.° de Diciembre, y aún en el Archivo de Simancas (*Diversos de Castilla,* leg. 32, núm. 23) se conserva su testimonio, que, á la letra, dice así:

«En la villa de Madrid, á primero día del mes de Diciembre de mil seiscientos cuarenta y ocho años, su merced el Sr. D. Pedro de Amezqueta, para ejecutarse el acto de tormento de estotra parte, fué á las casas del señor alcalde D. Pedro de Barreda, adonde está preso D. Rodrigo de Silva, Duque de Híjar, é hizo parecer ante sí al dicho duque, y á mí me mandó notifique al susodicho el dicho auto de tormento, y al dicho duque que hiciera juramento en forma de derecho, y habiéndose hecho á Dios y una cruz y prometido decir verdad, yo, el presente escribano, notifiqué al dicho duque el dicho auto de tormento, y se le leí *de verbo ad verbum*, y habiéndolo oído y entendido, dijo que lo oía y que no tiene que responder más de que no tiene culpa alguna en lo que se le imputa contra S. M., ni otra alguna en que le haya ofendido, y que, como fiel vasallo, obedece lo que S. M. y sus ministros ordenan, y principalmente como cristiano, porque espera en Dios ha de volver por su verdad é inocencia, y que por esta razón, no sólo un tormento, sino muchos sufriera con mucho gusto, y esto responde:—y su merced requirió al dicho duque diga la verdad, porque si, por no la decir, en el tormento que se le diese muriese ó pierna ó brazo se le quebrase ú ojo se le saltase, será por su cuenta y no por la de su merced; que no pretende otra cosa que saber la verdad;—y yo, el presente escribano, notifiqué al dicho duque dicho requerimiento, el cual

dijo que si fuera verdad lo que se le pregunta, lo hubiese dicho y pedido perdón á S. M., porque le consta es tan grande su benignidad y clemencia, que en todos estados que se le ha llegado á pedir, ha perdonado á los culpados que se la han pedido, y esto responde:

»Y visto por su merced no quiere decir la verdad, le requirió la diga, porque si por no decirla, muriese en el tormento que le ha de dar, ó pierna ó brazo se le quebrase, ú ojo se le saltase, sea por su cuenta y no por la de su merced, que sólo pretende diga la verdad. Dijo que dice lo que dicho tiene, y que no tiene otra cosa que decir; y visto por su merced no quiere decir la verdad, estando ya desnudo, mandó á los ejecutores de la justicia le sienten en el potro y le vayan poniendo las ligaduras; los cuales lo hicieron, y estando así sentado, le amarraron por las ingles con dos cordeles, en cada una el suyo, y le pusieron las ligaduras en los brazos, con cada un cordel en las molledas de ellos, afianzando en una de las gradas del potro, estando traseras á las espaldas, y con otro cordel le amarraron los tobillos y le amarraron á un madero del dicho potro hacia la parte de atrás; y estando así, su merced le requirió por tercero y último término diga la verdad, porque si por no decirla muriese en el tormento, y pierna ó brazo se le quebrase, será de su cuenta y no de su merced, que sólo pretende diga la verdad; y yo, el presente escribano, notifiqué al dicho duque el dicho requerimiento, el cual dijo que dice lo que dicho tiene, y que ¿cómo ha de decir mentira?, y esto responde.

»Y su merced mandó á Juan Isidro, uno de los dichos ejecutores de la justicia, le empiece á tirar la primera vuelta de la mancuerda, y el dicho duque dijo: *¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Por vos sea, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, que me desmayo! ¡Señor don Pedro, que me matan! ¡Por Dios sea! ¡Bien sabéis que no tengo culpa! ¿Cómo lo consentís vos, que no tengo culpa? ¡Ay, que me matas! ¡Ay! ¡ay! ¡ay, que no tengo culpa, no tengo culpa! Por Dios vivo, señor don Pedro! ¡Que me matáis, amigos! ¡Bendito sea Dios; que no tengo culpa! ¡Ay! ¡ay! ¡que me matas!*

¡que no tengo culpa! ¡Ay! ¡que me matas! ¡Bendito sea Dios! ¡que no tengo culpa! ¡que no la tengo contra Dios ni contra el Rey! ¡Ay, que me matas sin culpa! ¡Ay, amigo, que me matas! ¡Ay, Señor! ¿Hasta cuándo ha de durar esto? ¡Señor, que no tengo culpa! ¡Ay, que me matan! ¡Dios, amparo mío, Virgen del Pilar, defendedme, que no tengo culpa! ¡Bien lo sabéis vos! ¡Ay, que me matas; no tengo culpa, que soy leal! ¡Que me matas! ¡Mátenme, que es sin justicia! ¡Por Dios vivo, que no tengo culpa, que si la tuviera hubiera pedido perdón al Rey, como se lo han pedido otros! ¡Muero sin culpa! ¡Sea por Vos, Dios mio, y por la honra de mis hijos y de mi casa, que la deshonran con esto sin culpa mía! ¡Muera yo por Dios y la verdad, que por ella muero! ¡Ay, que me matas, amigo! ¡Bendito sea Dios! Por el bien de mi alma, perdono á D. Carlos Padilla y á D. Pedro de Silva, que tan injustamente me han culpado! ¡Que padezco sin culpa! ¿Hasta cuándo, Sr D. Pedro? ¡Ay, ay, que me matas! ¡Ay! Ay!...

Y visto por su merced que no quiere decir la verdad, mandó se le diese la segunda vuelta de la mancuerda, y se la puso Blas Alvarez, ejecutor de la justicia de Toledo; y empezándosela á tirar, decía:—*¡Ay, que me matas! ¡Ay, ay, ay, que me matas! ¡La verdad digo, por Dios vivo! ¡Ay, que me matas! ¡Ay, ay, ay, ay, ay! ¡Sr. D. Pedro, que digo la verdad, por Dios vivo! ¡Ay, que me matas, amigo! ¡Ay, que me matas, amigo! ¡Ay, que me matas, amigo! ¡Ay, que me matas! ¡Ay, que me matas! ¡Ay, ay, ay! ¡Señor, que me matan! ¡Ay, ay, ay! ¡Que me matan, Dios mío! ¿Hasta cuándo, Señor Dios mío? ¡Ay, Dios mío! ¿hasta cuándo, Sr. D. Pedro, que es caballero, Dios mío? ¡Que me matas! ¡Ay, que me matas! ¡Ay que me matas, amigo! ¡Ay! ¿No aflojarán un poco? ¡Ay, que me matas! ¡Bendito sea Dios, que me matas, y que él lo quiere: bendito sea Dios! ¡Que me matas y él lo quiere! ¡Que me matas, amigo! ¡Bendito sea Dios, que lo quiere! ¡Que muero sin culpa! ¡Ay, Dios mio! ¡Ay, que me matas! ¡Ay! ¡Bendito sea Dios; que me matas! ¿Por qué me matas? ¡Sea por ti, Señor Redentor mío! ¡Perdóname, Señor, que en esto no*

te he ofendido! ¡Ay, que me matas! ¡Sea Dios bendito! ¡Que me matas! ¡*Ay, ay, ay, Dios mío*!

Y visto por su merced no quiere decir la verdad, su merced mandó se le diese la tercera vuelta de la mancuerda y se la diese el dicho Juan Isidro, el cual se la empezó á tirar, y estándosela tirando, decía:—¡*Ay, que me matan sin culpa*! ¡*Ay, que me matas sin culpa, hijo*! ¡*Ay, que me matas sin culpa*! ¡*Ay, que me matan sin culpa*! ¡*Sea por Dios*! ¡*Poco es, Señor; venga más*! ¡*Ay, que me matas*! ¡*Ay, que me matas sin culpa*! ¡*Ay, señor D. Pedro*! ¡*Ay, Sr. D. Pedro*! ¡*Que me matan sin culpa*! ¿*Podré beber un poco de agua?* ¡*Ay, que me matas sin culpa*! ¡*Tenga Dios misericordia de mí: en esto no pequé*! ¡*No hayáis misericordia de mí, si pequé en esto*! ¡*Ay, que me matan sin culpa*! ¡*Santiago, patrón de España; Virgen de Atocha, que me matan sin culpa*! ¡*Que me matas, amigo*! ¡*Ay, ay! que me matas: que no ha de querer el Sr. D. Pedro matarme sin culpa, y creo le pesa del mal que me está haciendo, que es caballero*! ¡*Ay, ay, ay, que me matas, amigo*! ¡*Ay, que me quiebras un pie*! ¡*Ay, piedad, Sr. D. Pedro, que no tengo culpa*! ¡*Ay, ay, ay, que me matas, amigo: ¿qué ganas en matarme sin culpa? ¡Ay, ay, ay, que me matas*: QUE NO HE QUERIDO SER REY DE NINGUNA PARTE, SINO QUE LO SEA PARA SIEMPRE EL REY MI SEÑOR. ¡*Qué disparate, Sr. D. Pedro, que me matas sin culpa*! ¡*Por Dios vivo, Sr. D. Pedro, que me matan sin culpa*! ¡*No tengo culpa, Virgen del Pilar*!

Y visto que no quiere decir la verdad, su merced mandó aflojar la vuelta de la mancuerda, y que se le dé un garrote en el muslo derecho: y habiéndosela aflojado y dejado de tirar, se le puso una cuerda en el dicho muslo derecho, al parecer bien apretada, y metió un garrote por el dicho cordel y le fué volviendo y apretando; y estándose apretando, decía:—¡*No he pecado contra Dios, ni en la fidelidad contra el rey*! ¡*Ay, ay, ay, que me matas, amigo*! ¡*Bendito sea Dios, amén*! ¡*Ay, que me matas*! ¡*Bendito sea Dios: que es justo dar satisfacción á mi Dios y á mi rey*! ¡*Ay, Señor, Dios mío, ¿podréme enjuagar?*

¡*Sr. D. Pedro, Sr. D. Pedro, apiádese de mí: que no tengo culpa*! ¡*Dios sabe que están engañados: que no tengo culpa*!»—Y visto que no quiere decir la verdad, su merced mandó se le de otro garrote en el muslo izquierdo, y habiendo atado en él un cordel, al parecer fuertemente, le metió el dicho Blas Alvarez un garrote y con él le fué apretando y dando vuelta, y estándole apretando, decía:—«*Échenme la capa*—y el Sr. D. Pedro se la mandó echar:—¡*Ay, Señor mío, que es inmenso el dolor que padezco por vos sin culpa, y quisiera* YO DAR MIL REINOS Á S. M. EL REY, NUESTRO SEÑOR, Y CONQUISTÁRSELOS. ¡*Creo en vos, Dios mío, firmemente que sois Trino y uno*!—Y su merced mandó suspender, *por agora*, el dicho tormento en protestación de repetirle siempre que convenga, habiendo durado el dicho tormento como cosa de hora y media.»

El duque de Híjar no sufrió la pena de muerte, como no la sufrió el duque de Medina Sidonia. Recluído al castillo de León, allí concluyó su vida, sin lograr más la comunicación siquiera con los demás hombres. Ni su ejemplo, ni el de las víctimas que causaron en el marqués de Ayamonte, en el de la Vega de la Sagra y en el general Padilla, que había sido un valiente soldado en Flandes, acabaron con la raza de los traidores en España. Francia los sedujo: en los Países Bajos, al duque de Freidland, Alberto Wenceslao Eusebio de Wallenstein; en Nápoles, á los que alzaron á aquel pueblo con Mas-Aniello á la cabeza, para servir de escudo al duque de Guisa; en Portugal, al duque de Braganza; en Andalucía, al de Medina Sidonia; en Aragón, al de Híjar, y produciendo iguales conspiraciones en Navarra, alentando con sus propias armas las insurrecciones de Cataluña, intentando por Fuenterrabía la irrupción de las Provincias Vascongadas, dió á la noción perpetua de la Historia lo que son sus sentimientos de vecindad con España, sentimientos siempre vivos y en toda ocasión crítica demostrados, así como los manejos perpetuos que pone en práctica para aprovecharse en nuestro daño, y para man-

tenernos siempre débiles é impotentes con la propensión que sólo España, entre todos los pueblos de Europa, siempre tiene á alimentar hijos espúreos y traidores.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN,
De la Real Academia de la Historia.

Madrid, 12 Diciembre 1909.

EL DESENVOLVIMIENTO DE LA INDUSTRIA EN ESPAÑA

Las artes y los oficios mecánicos fueron siempre mirados en Roma con grande menosprecio. La verdadera ciudadanía era incompatible con el trabajo manual y el tráfico á la menuda, qué corrían por cuenta de los extranjeros y de los esclavos.

Cicerón reputa sórdidas y viles todas las profesiones mercenarias, y en general la obra de mano que se paga con dinero, porque el salario—dice—«es un pacto de servidumbre, y nada bueno puede salir de la tienda ó taller de un artesano» (1).

España, como provincia del Imperio, debió participar de estos errores vulgares, porque la frecuente comunicación y trato con los romanos facilitaba y hacía necesario el contagio. Sin embargo, no siendo en la Península uno solo el elemento de la población, y considerando además que la agricultura y la industria recíprocamente se auxilian y completan, parece natural que prevaleciesen en nuestras ciudades, mucho más que en Roma, los hábitos favorables á las artes y oficios. Los fenicios, los griegos y los cartagineses formaron nuestra educación industrial, y la descendencia de unos y otros heredó el conocimiento de las primeras materias, las prácticas de los pueblos adelantados en la fabricación y la honrada costumbre del trabajo.

(1) De Offic., lib. 1, cap. XLII

Fuera de la agricultura y la ganadería, la población de los primeros reinos cristianos no podía tener otra ocupación que la guerra. Ocupados los godos en defender el escaso territorio que poseían de la furia de los mahometanos, faltábanles el tiempo y el sosiego que requieren las artes de la paz. Sin duda había una industria grosera, indispensable para procurarse mantenimientos, vestidos, armas, etc.; y tenían menestrales que fabricaban casas, hornos, molinos y templos aprovechando la piedra, la madera, el hierro y otros materiales que la naturaleza esparce con profusión por todas partes; pero la obra era tosca, torpes los maestros, la vida frugal, el lujo rústico y bárbaras las costumbres. Así como la civilización visigoda retrocedió á su infancia, así también retrocedió la industria, ó si algo quedó de ella en las ciudades de Toledo, Mérida ó Sevilla, pasó á confundirse con las artes de Oriente.

En una carta de donación hecha por el rey D. Silo á la Iglesia de Toledo, por el año 777, se mencionan: un cáliz de plata con su patena, y un aguamanil con su pico y en la cubierta la corona real con una cifra. En la donación de Adelgastro y su mujer, Brunilde, al monasterio de Santa María de Obona, año 781, se nombran: seis mantas, cinco fieltros, siete camas, tres escaños y varios ornamentos para la iglesia. Hacia el año 922, Juliano de Cancellata, criado del rey Ordoño II, hizo donación al monasterio de San Julián de Samos de varias palias, plumacos, pieles muy buenas, cubiertas de paño, manteles, tazas de plata, vasos de vidrio y otras cosas que componían toda su hacienda (1).

Estos documentos y otros muchos que se podrían acumular, retratan muy al vivo el estado de la industria de los reinos de Asturias y León en los siglos VII, IX y X. Debe observarse además, que semejantes donaciones pasan por actos de suma liberalidad y magnificencia, y así hay que estimarlas, en efecto, ya se considere la calidad de las personas que los

(1) Sandoval: Historia de Idacio, etc.

hacen, ya la fama de las iglesias y monasterios favorecidos. Y cuando señores tan ricos y principales usaban casas tan pobres y humildes, y al dar toda su hacienda forman un inventario que, como dice Sandoval, no vale la décima parte del caudal de un mediano mercader de su tiempo, se deja ver el mezquino estado de la industria en los principios de la reconquista.

El progreso de la industria y artes liberales es inseparable del progreso de la libertad; porque la servidumbre embota el ingenio, contraría la vocación y apaga el deseo de trabajar y adelantar cada uno en su arte ú oficio, quebrantando las fuerzas del hombre la ninguna aprensión de ganancias. Así, pues, conforme iban creciendo en la Edad Media los grados de libertad civil y político, iban también adelantando la industria en todos sus ramos, primero los necesarios á los usos comunes de la vida, luego los de utilidad y comodidad, y, por último, los de lujo y ornato.

Esta libertad personal no vino de repente, sino por sus pasos contados. La mayor suavidad y blandura del señorío realengo y abadengo, dió impulso á la emancipación del trabajo manual, que se completó á la sombra de los Consejos, verdadera Providencia del estado llano. En las ciudades, villas y lugares del reino más rico en privilegios, tomaban vecindad los siervos fatigados de su cadena, los vasallos oprimidos, los aventureros, los moros cautivos y los judíos temerosos del despojo y la venganza. Así agrupadas las gentes, nacían nuevas necesidades y se despertaban deseos que sólo la industria podía satisfacer; y como las tierras concejiles no alcanzaban á todos, y la independencia imponía la carga de la responsabilidad, hasta el punto de perecer de hambre el ocioso que había dejado de ser mercenario, todos volvían los ojos á las artes y oficios, única salvación del mayor número en aquella peligrosa crisis que atravesaron los pueblos.

Del estado de la industria en los reinos de Castilla y Aragón durante los siglos IX, X y XI, tenemos noticias muy escasas

y poco concretas. Y no porque falten documentos de la época, sino porque faltaban industrias que se reflejaran con viveza en los centros de población, en los fueros municipales, en las donaciones, privilegios y demás diplomas contemporáneos.

En el Fuero de Salamanca, donde se contienen las primeras leyes de población que dió á la ciudad el Conde D. Ramón, cuando la ganó á los moros, y las que hicieron para su gobierno municipal Alfonso VII y su hijo Fernando II, encuéntranse algunas disposiciones encaminadas á reglamentar la fabricación de los clavos y las herraduras sin pasar más adelante (1).

En el Fuero de Cáceres, otorgado por el rey Alfonso IX de León en 1229, se ordena que los «aurífices ó ferreros ó caleros ó de menester cualquiera que labrasen en término de Cáceres sine mandato de Concilio, pechen diez maravedis» (2). Lo cual indica que van tomando cuerpo las artes de lujo, que siempre vienen en pos de las de primera necesidad.

En el Fuero de Cuenca confirmado por D. Alonso el Sabio en 1256, se trata asimismo de los menestrales que labran oro ó plata, y se les impone la pena del monedero falso, «si ficieren vaso ú otra obra falsa en piedras» (3); lo que denota que el arte de fundir, purificar y esculpir aquellos metales se va exornando con la incrustación de piedras preciosas. En el de Molina, adicionado por Doña Blanca en 1263 y 1272, se habla de los cardadores, pellejeros, tejadores, carpinteros, tejedores y otros ministerios industriales, y se contienen reglamentos para impedir la falsedad de los artefactos y perfeccionar la maniobra (4).

Al mismo compás que se desarrolla la industria crecen y se multiplican los reglamentos, y la policía de las artes y oficios desciende á multitud de pormenores, relativos á proporcionar

(1) Fuero cit., tít. II.
(2) Fuero cit., tít. De aurifices.
(3) Fuero cit., tít. De los falsarios.
(4) Fuero cit., tít. De Cardas, De los pellejeros, etc

la baratura de las mercaderías; y así, en este último Fuero, se prohibe «comprar fierro por facer ganancia si non fuere ferrero»; se condena la regatonería y la venta del pescado para fuera de la villa, con otras cosas que no llevan todavía el sello de la protección, sino del abasto (1).

En el Fuero de Plasencia, confirmado y añadido por Fernando III, Alfonso X y Sancho IV, se comprenden varias disposiciones tocante al oficio de los herreros, herradores, carpinteros, albañiles, plateros, zapateros, pellejeros, sastres, tejedores y maestros de tejas y ladrillos. Aquí, el sistema reglamentario avanza hasta tasar el precio de los artefactos, señalar duración á las obras, fijar el tiempo de su entrega, y castiga las faltas ó descuidos de los oficiales, como hurtos, falsedades, etc. (2).

Las providencias favorables á la libertad y propiedad de los ciudadanos dieron gran impulso á la industria en los reinos de León y de Castilla; las mismas causas determinaron un gran progreso en las artes y oficios del reino de Aragón.

Había en Zaragoza, allá por el siglo XII, una calle nombrada de la Pellicería; y no es maravilla que entonces, la preparación de los curtidos fuese una parte muy principal de la industria aragonesa, considerando que los moros tuvieron fama de peritos en la fabricación de badanas y cordobanes. La abundancia de ganados y materias astringentes, un consumo general y constante, y las tradiciones moriscas, contribuyeron á multiplicar las tenerías en Zaragoza, y en el siglo XV ocupaba muchas personas el trato de los corambres. También venían de antiguo los oficios de cuchilleros, agujeros y ansoleros, á quienes se les dieron ordenanzas en el siglo XVI (3).

En Albarracín tenía su asiento principal el arte de la lana, partido tan pobre en frutos como rico en ganados. También

(1) Ibid, tít. Del pan. Del pescado, etc.
(2) Fuero cit.
(3) Asso: Historia de la Economía política de Aragón.

existían fábricas de paños de colores en las ciudades de Jaén, Lérida y Huesca, por los años 1249, á cuyos vecinos concedió el rey Don Jaime el Conquistador permiso para que pudiesen teñirlos en sus casas, si no querían llevarlos á las calderas del tinte real, que era un modo de estancar las materias tintóreas. En el siglo XIV se rebajó algún tanto este monopolio, en virtud de una cédula expedida por Don Jaime III, y dirigida á su merino de Zaragoza, para que no se molestase á los pelaires que habían siempre acostumbrado teñir los paños de varios colores en sus casas, excepto el azul de índigo, reservado en beneficio de la corona (1).

Las artes mecánicas empezaron á florecer en Cataluña desde que en el siglo XII el Conde de Barcelona, Raimundo IV, otorgó á las personas de llana condición los privilegios conocidos con el título de *Charta universitatis*, para ensalzarlas y oponerlas á la insoportable arrogancia de los barones.

Entre los renglones comerciales que se citan en el reglamento de las leudas de la ciudad de Barcelona, ordenado por Jaime I en 1221, hay varios artículos que pueden atribuirse á la industria propia de los catalanes, como diversas pieles, cueros, la pez, sebo, alquitrán, las maderas, el hierro, el vidrio, jarcia, endeleria y otros. En la tarifa de las del puerto de Tamarit, hecha posteriormente, se nombran además los tejidos de lino, los cordobanes, las salazones, el papel, plomo, estaño que parecen ser artículos de exportación: y de importación la goma laca, el palo de Brasil, y otras primeras materias de las artes y oficios.

Los pueblos de Cataluña más antiguos en las artes mecánicas son: Perpiñán, Gerona, Lérida, Vique, Tortosa y, sobre todo, Barcelona.

Valencia, apenas arrebatada á los moros, aparece como una ciudad importante por sus fábricas de paños y fustanes, puesto que Jaime I y Pedro I dictaron reglas muy prolijas en punto

(1) Asso: Historia de la Economía política de Aragón.

á la manera de cardar, tejer y teñir, descendiendo á tales menudencias, como son determinar el ancho de los tejidos y prohibir ciertos colores y mezclas, estableciendo penas, incluso la de quemar alguna vez los géneros labrados contra ordenanza (1).

Como regla general, puede sentarse que antes del siglo XIII la industria española brota con dificultad y al acaso. En el XIV, la industria se robustece y organiza, y los reyes y las cortes empiezan á protegerla y fomentarla, si no conforme á las reglas que la ciencia aconseja en nuestros días, á lo menos según los usos y costumbres de toda Europa. Las tinieblas de la Edad Media van disipándose poco á poco; crece la riqueza, la población se multiplica, los paños de Brujas, Bruselas y Gante vienen á España y excitan en nuestros fabricantes el deseo de imitarlos, y las artes mecánicas cada día remontan más su vuelo.

El siglo XV completó los adelantamientos de los anteriores. Basta hojear las pragmáticas de los Reyes Católicos para acreditar la existencia de fábricas y telares de paños en Jaén, Murcia, Segovia, Palencia, Vergara, Durango, Haro, Logroño y Valladolid. El arte de la seda prosperaba en Toledo, donde en 1480 llegó á consumir 450.000 libras de seda en tejidos; pasamanería, cintería y listonería, en Córdoba y en Sevilla; las corambres, en Córdoba; Madrid y otras partes, la jabonería; en Málaga, los metales y minería (2).

Dispensaron estos ilustres monarcas una protección más generosa que acertada á todos los ramos de la industria fabril, y así fueron pródigos en ordenanzas. Diéronlas muy extensas á los tundidores, tintoreros, pellejeros, curtidores y zapateros, jaboneros, mineros y fabricantes de velas de cera y sebo. Y no es, por cierto, la menor de sus glorias haber favorecido el arte de imprimir ó hacer libros de molde, según entonces se decía,

(1) For regis Valent. de draps é fustanis.

(2) Ramírez: Pragmáticas de los Reyes Católicos.

declarando á sus factores libres de alcabalas y otros derechos (1).

*
* *

Es un hecho, recibido y confesado por todos los escritores más ó menos fáciles de persuadir, que el siglo XVI representa cierto grado de prosperidad en las artes y oficios, así como el XVII significa el olvido y abandono de nuestras antiguas fábricas. El horizonte se nubla cuando se pretende fijar la época en que ocurrió este cambio. Unos señalan el reinado de Carlos V, porque con él vino la turba de flamencos que inundó la España con sus manufacturas; otros sostienen que nuestra mala ventura se engendró en los tiempos de Felipe II, pues que hasta fines de este reinado ó principios del siguiente, la España no introdujo mercaderías forasteras, bastando las propias para el consumo de los naturales, y algunos salvan todo el siglo XVI y retardan nuestra caída, de modo que pase en desgracia de Felipe III (2).

Que la fabricación de los paños estaba floreciente á principios del siglo XVI, no cabe duda; porque no es verosímil que los reyes cuidasen de reglamentar con tanto esmero el arte de la lana si no hubieran tenido en España una importancia muy grande, por su extensión y riqueza. Los primeros síntomas de su próxima decadencia hubieron de notarse entre los años 1533 y 1537, según atestiguan pruebas directas. Las ordenanzas de 1528, dice el emperador, son declaratorias de las de Toledo, y se dan para evitar algunos agravios y sinrazones. Y añade: «como quier que es notorio que el dicho obraje se ha hecho y se hace con mucha perfección»; pero llegan las de 1549, y dan claro testimonio del desmayo de nuestras fábricas, notando la necesidad de poner remedio á muchos «daños é inconvenientes del obraje y perfección de los paños».

(1) Clemenci: Elogios reina Católica. Ilustración XI.

(2) Vadillo: Sumario España económica. Campomanes: Educación popular.

Todavía arrojan más luz las ordenanzas para determinar la prosperidad relativa de la obra de mano en la primera mitad del siglo XVI. Las abundantes noticias que ofrecen acerca de la variedad de los nombres y colores de los tejidos de lana, así como de los lugares de España que entonces alcanzaban mayor fama por su industria, dan evidente testimonio del grado de esplendor á que habían llegado nuestras fábricas de paño en aquel tiempo. Los nombres indican que nuestros fabricantes no se contentaban con poseer la habilidad nativa, sino que también procuraban acrecentarla imitando los géneros forasteros; los colores denotan que el arte de la tintorería estaba no poco adelantado; y la relación de los lugares que piden enmienda de las ordenanzas nos transmite la memoria de las ciudades de Burgos, Toledo, Granada, Sevilla, Córdoba, Segovia, Cuenca, Ciudad Real y Baeza, «donde más principalmente se hacen y labran los dichos paños, bonetes y sombreros» (1528), y de las villas del Campo de Calatrava y otras de Andalucía. La primacía en el obraje de los paños se atribuye á Segovia, Toledo, Córdoba y Cuenca. Algunas de estas ciudades aventajaban á las demás en ciertas manufacturas, y por eso gozaban de particular estimación los paños de Segovia, las palmillas de Cuenca, los bonetes toledanos, así como en otras artes tenían fama los guantes de Ocaña y las sedas de Granada.

***

La industria española había llegado á la cumbre más ó menos alta de su prosperidad al comedio del siglo XVI. Desde esta época, fué tan rápida y manifiesta la declinación de nuestras fábricas, que pronto cayó rodando con fracaso hasta el fondo del abismo. El siglo XVII, acumulando las desgracias y los errores de otros tiempos á los suyos propios, es de infausta memoria para cuantos estimen como prenda de la felicidad de los pueblos el desenvolvimiento de su riqueza.

La medida fiel de las artes mecánicas en España no debe-

mos buscarla en lo que dejó de ganar, sino en lo que realmente perdió en el período de su decadencia. En 1655 se mencionan diez y siete gremios que habían desaparecido, y con ellos los oficios de hierro, acero, cobre, estaño, plomo, azufre, alumbre, los calafates y carpinteros de ribera, los fabricantes de jarcias y el cultivo y labor de los cáñamos que consumían. Sólo el ramo de bonetería de grana alimentaba otros veinte oficios distintos entre apartadores, lavadores, cardadores, hilanderas, bataneros, tintoreros, etc. (1).

Más complicado era aún el obraje de los paños. De él dependían los pelaires, tejedores, tundidores, tintoreros y demás oficiales del arte de la lana, y sobre todo los tratantes en ella y los dueños de fábricas, «verdaderos padres de familia que dentro de sus casas sustentaban gran número de gentes fabricando por manos ajenas tanta diversidad de finísimos paños, empleo comparable con la agricultura, y muy importante en cualquiera ciudad del reino» (2).

Con la cría y labor de la seda se holgaban Toledo, Murcia, Valencia, Almería, Sevilla, Jaén, Córdoba y Granada; y cuando todo vino á menos, y España necesitó surtirse de ropas extranjeras, y hasta acudir, para alimentar los pocos telares que le quedaban, á Nápoles y Calabria, debió ser muy crecido el número de gentes condenadas á perecer de miseria por falta de trabajo.

Hubo fábricas de guantes en casi todas las ciudades, y tan florecientes, que no sólo bastaban al consumo interior, sino que abastecían las Indias. Sólo la villa de Ocaña llegó á tener 72 maestros de guantería asentados en el libro de su matrícula, que, con sus oficiales, cortaban cada día seis docenas y media de guantes, ó sea 123.484 cada año (3).

Los artífices de todas clases abundaban en Valladolid, y

(1) Martínez de la Mata: Disc. I y VIII.
(2) Colmenares: Historia de Segovia.
(3) Martínez de la Mata. Disc. VIII.

eran muy hábiles en sus oficios, sobre todo en platería. A esta multitud de gentes que vivían de las artes mecánicas, se juntaba buen número de mercaderes, atraídos por la comodidad y ventajas que ofrecían á sus negocios las ferias de Villalón, Medina de Rioseco y Medina del Campo.

En Aragón no fué menor que en Castilla la penuria del siglo XVII, en el que vieron desaparecer los chamelotes ó barraganes de Jaca, los lienzos de Borja, los bureles de Añón, los cuchillos de Zaragoza, las bayetas de Ejea, Tauste y Magallón, los botones y sombreros de otras partes.

Prueba evidente de la flaqueza de la industria en Aragón á principios del siglo XVII, son las prohibiciones establecidas por las Cortes de Calatayud y Barbastro de 1626, de entrar y vender tejidos de oro, plata, seda y lana, «para que los vecinos y moradores del reino se animen á ocuparse en dichos oficios, los aprendan y trabajen en ellos»; lo que denota que en 1626 se habían perdido en mucha parte las artes antiguas y los hábitos de trabajo.

Tampoco pudo resistir Cataluña el impulso de la desgracia común á España. Felipe III juzgó necesario reformar las ordenanzas relativas á la fabricación de los paños en las Cortes de Barcelona de 1599. La enumeración de los géneros que entonces se labraban en el principado, da una idea, medianamente ventajosa, de la prosperidad de las artes de lana y seda; pero los catalanes no eran ya la nación poderosa, rival de los venecianos, genoveses y florentinos, que dominó el Mediterráneo en la Edad Media. Faltábanles los recursos de su antiguo comercio, y fué menos copioso el manantial de riquezas que daban calor y vida á las fábricas y telares de Barcelona y sustentaban y ennoblecían sus gremios. La guerra de Cataluña, que duró desde 1640 hasta 1652, y la hambrienta codicia de los auxiliares extranjeros, apresuraron la caída de una industria tan quebrantada (1).

(1) He aquí una relación de los lugares del reino de mayor industria al declinar el siglo XVII:

Paños.—Segovia, Avila, Cuenca, Alburquerque, Navas, Panilla, Bae-

El advenimiento de la casa de Borbón al trono de España, mudó el semblante de los negocios públicos y dió color muy diferente al siglo XVIII.

Antes de recobrar las fuerzas agotadas por los infortunios del siglo XVII, necesitaba España convalecer de las graves y profundas heridas abiertas con motivo de la rebelión de Portugal y Cataluña y la guerra de sucesión.

Pugnaban entonces todos, ó casi todos, los pueblos de Europa por adelantarse en las artes y oficios, y las leyes restrictivas del comercio exterior trocaban el calor natural de la competencia en una guerra ofensiva y defensiva de aduanas. El sistema de Colbert gozaba de universal aplauso, y tan en boga estaba también la falsa doctrina, según la cual no hay utilidad recíproca en los cambios internacionales, sino que siempre gana una parte tanto como pierde la otra, que, atizando el fuego de la discordia, despertaba la envidia y convertía los pueblos en rivales odiosos ó encarnizados enemigos por mar y tierra.

Educado Felipe V en la corte de Versalles, concibió un grande amor á las ciencias, letras y artes mecánicas y liberales, y sentado en el trono de España, procuró restablecerlas; pero antes de aplicar la medicina, quiso el rey, con exquisita prudencia, sondear la llaga.

---

za, Molina de Aragón, Brihuega, Palencia, Sigüenza, Toledo, Zarzosa, Ezcaray, Caudenete, Chinchón, Aldea Vieja, Colmenar Viejo, Guadalupe, Hinojosa, Tamajón, Atienza, Escalonilla, Casarrubios del Monte y Fuensalida.

Sedas.—Granada, Toledo, Valencia, Zaragoza y Mallorca.

Lienzos.—Santiago, Bierzo, Mondoñedo y Rioseco.

Tejidos varios.—Sevilla, Granada, Mancha, Toledo, León, Talavera, Barcelona y Madrid.

Mercería y Droguería.—Cuenca, Valladolid, Córdoba y Granada.

Vidriado —Talavera, Toledo, Alcalá, Alencón y Tamajón.

Cristalería.—Barcelona, Villafranca y Valdemaqueda.

Esta relación, bastante incompleta, sólo comprende la de las industrias de géneros tasados por Real cédula de 27 de Noviembre de 1680.

Gozaba entonces de una gran reputación, en todas las cosas pertenecientes á las fábicas, un antiguo comerciante llamado D. Gaspar Naranjo y Romero, y persuadido el rey de su aptitud, le dió, á fines del año 1703, la comisión de visitar y reconocer los lugares donde existían ó podían establecerse. Llevaba además encargo de hacer fabricar buen número de piezas de estameña y paño fino por cuenta del Gobierno; y en la relación de su viaje por las tierras de Burgos, Calahorra, Osma y Palencia, notó los pueblos que habían conservado y aún conservaban inclinación al arte de la lana, y observó la posibilidad de fomentar aquella pobre industria, hasta lograr que igualase en perfección á la seda de Holanda é Inglaterra.

Quedaban en pie algunas fábricas de paños, bayetas, estameñas, albornoces y banayanes: en Galicia se labraban algunas holandillas, y mantelería alemánica solamente en la Coruña. Pero no bastaban al consumo interior, y de Inglaterra, Holanda, Alemania y la ciudad de Hamburgo venían paños, bayetas, escarlatines, banayanes, lienzos, lonas y toda suerte de colchonería, de cintería de hilo y tramados con estambre.

Felipe V dispensó una generosa protección á todas las manufacturas que á la sombra de la paz se iban levantando. Cuidaron los particulares de traer los maestros y oficiales de otras naciones para dirigir las maniobras, y hubo fábricas de paño, gamuzas y sombreros entrefinos y finos, de telas de seda, pañuelos, colonias y cintas, de tisús, glacés y persianas en Valdemoro, Olmedo, Nuevo Baztán, Valladolid y Madrid.

Hizo más Felipe V, pues llegó á establecer las fábricas reales de paños en Guadalajara, San Fernando, Chinchón, Segovia y Brihuega; de sedas de Talavera de la Reina, de cristales de la Granja y tapicería de Madrid, tomando la de Flandes por modelo.

La legislación del siglo XVIII nos da noticias del aumento de nuestras fábricas, y de seguro no las nombraron todas (1).

(1) Había fábricas de paños ordinarios y superfinos, ratina, bayetones,

En vez de fomentarlas empleando medios artificiales, como una planta exótica que se cría al abrigo y suave calor de la estufa, siguió el Gobierno los consejos de la ciencia, y prefirió quitar á la industria los grillos y cadenas que la tenían oprimida.

En el siglo XVIII, una de las primeras necesidades del pueblo español era honrar y ennoblecer las artes mecánicas, en general poco estimadas y algunas perseguidas con la nota de infamia, resto de aquella antigua y vulgar preocupación que las manos blandas de un hidalgo ó caballero no debían mancharse y curtirse con labores plebeyas.

Unos fabricantes pretendían la exención de cargo de justicia, y otros se quejaban de no ser admitidos á su desempeño. La igualdad y el bien común demandan que todos participen de los oficios de la república; porque si es una honra, todos deben gozar del beneficio; y si es un gravamen, todos deben pagar su tributo.

Carlos III declaró, en 1783, que no sólo el oficio de curtidor, sino también los demás de cualquier suerte, fuesen habidos por honrados y honestos: que el uso de ellos no envilecía la persona ó familia que los ejerciese, ni incapacitaba para los empleos municipales, ni perjudicaba á las prerrogativas de la hidalguía (1). Entonces acabó la ralea de los oficios bajos y viles, ganando la industria su carta ejecutoria.

Con ser tantos y tan grandes estos beneficios, no habría conseguido el Gobierno levantar la industria española de su abatimiento, á no ir acompañados de un alivio general de las cargas que pesaban sobre ella. No basta, aunque es mucho, consagrar el principio de la libertad del trabajo, si con tributos y gabelas se paraliza la producción, ó se entorpece la cir-

---

frisas, picotes, felpas, y así hasta de cincuenta y dos géneros distintos. Nov. Recop., lib. XIII, tit. XXIV y XVI.

(1) Estaban reputados por bajos y viles los oficios de sastre, pellejero, carpintero, pedrero, herrero, fundidor, barbero, especiero, regatón, zapatero y otros, según dos leyes de la Nueva Recop. que se omitieron en la Novísima.

culación, ó se encarece la mano de obra, ó, en fin, se atenta contra la provisión abundante de las primeras materias.

El marqués de la Ensenada rompió la valla en 1752, y dió el ejemplo de otorgar franquicias á las fábricas, dispensando á todas las establecidas ó que en adelante se estableciesen, ya fuesen de Compañías, ya de particulares, de los derechos de alcabala y cientos en las primeras ventas, y declarando libre la entrada de los simples é ingredientes necesarios á la fabricación de los tejidos.

De entonces data el origen de la moderna industria de Cataluña, y mayormente de Barcelona. Fabricaban allí en la Edad Media, y en tiempos más cercanos, géneros de algodón con el nombre de fustanes; pero no se estampaba una vara de tela ni un pañuelo al expirar Felipe V en 1746. Ocurriósele á cierto comerciante de aquella ciudad, en un viaje casual que hizo á Marsella, la feliz idea de comprar los útiles de un maestro maltratado por la fortuna; y este humilde principio tuvo el arte del estampado, á que se agregaron el tejido y el hilado con presteza, y al cabo de treinta años florecían las manufacturas de algodón lo bastante para surtir una buena parte de España; cambio dichoso, sobre todo para la infinita gente cuya vida modesta y tranquila depende de la abundancia del trabajo, pobre y escaso, cuando hasta las mechas y torcidas necesarias al consumo de todo el reino venían de Malta (1).

Quedaban restos del antiguo sistema reglamentario y del régimen feudal en el permiso de establecer fábricas, en ciertos privilegios exclusivos que poseían algunas Corporaciones y personas particulares, y en el pago de laudemios y otras cargas y pensiones debidas al Real Patrimonio en reconocimiento del dominio directo; todo lo cual fué abolido por las Cortes de Cádiz, que completaron la obra de emancipación de la industria, facilitando en gran parte los progresos y mejoras que hoy se notan y cunden por todas partes.

FRANCISCO ESPINOSA Y G. PÉREZ

(1) Gassó: España con industria fuerte y rica, pág. 75.

¿DEBE ESTUDIARSE EL ESPIRITISMO?

Sempre a quel verch'ha faccia di menzogna
De l'uom clinder le labbra quant'ei puote,
Però che senza colpa fa vergogna (1).
DANTE ALIGHIERI. (*Enfer. XVI.* 124 á 126.)

A toda novedad que asoma y sale fuera de sus antiguos moldes, le oponen mil inconvenientes los modernos detractores de la verdad, y, en atención á los resultados ya previstos por una porción de observadores ilustres, aquéllos exclaman, sin previo análisis por supuesto: «Eso es inverosímil, imaginario, absurdo; eso tan sólo lo defienden imbéciles, incautos ó mentecatos.» Y esto es precisamente lo que ha venido sucediendo con el *espiritismo*.

Siempre se ha visto que el irrealizable plan de la víspera se ha convertido en la realidad del siguiente día. Por esto no debemos muchas veces hacer caso alguno de las befas de los hombres, cuando tengamos noticia de que se ha descubierto un *hecho nuevo*, sin atrevernos á afirmar las experiencias llevadas á cabo por una porción de investigadores eximios, deducido aquel hecho del concienzudo estudio de la Naturaleza; por el contrario, preciémonos de contribuir á la magna obra, á la

(1) El hombre siempre debe, mientras le sea posible, sellar sus labios á las verdades con apariencias de mentiras, porque pueden aquéllas avergonzarlo no teniendo la menor culpa.

grandiosa empresa de aumentar el bagaje intelectual del pasado, y jamás digamos: *Lo que yo ahora desconozco, permanecerá ignorado para siempre.*

Cuando presenciamos hechos, no debemos, merced á nuestras caducas teorías, pretender asignar límites á la ciencia. Fenómenos prodigiosos, estupendos, extraordinarios hoy, se tornarán mañana científicos, y una vez demostrada su existencia, no nos llamarán más la atención de lo que la ciencia nos viene revelando desde hace poco más de un siglo.

No se crea que los hechos ó fenómenos naturales que todos los días vemos sin la menor sorpresa, es porque los penetremos intelectualmente; si no nos admiran, no es porque los hayamos comprendido, sino porque no nos son habituales, porque no nos hemos familiarizado con ellos; y si tuviéramos que acostumbrarnos por lo que no comprendemos, todo absolutamente en el Universo nos debería causar asombro, como la piedra lanzada al aire que vuelve á caer, el mercurio que se dilata por el calórico, el fósforo que arde por el frotamiento, el hierro atraído por el imán, la peonza que gira sobre sí misma y el piñón que se hace un corpulento pino. Todos estos fenómenos de la Naturaleza son misteriosos, sorprendentes, maravillosos, ante los cuales no nos detenemos á pensar, pues un misterio, una maravilla que vemos todos los días, deja en seguida, gracias á nuestra miopía intelectual, de parecernos cosa admirable.

No es anticientífico admitir que en un determinado momento de la evolución humana, *se descubran hechos ó aparezcan nuevas fuerzas,* energías ignoradas para nosotros. O conocemos todas las fuerzas del Cosmos, ó no las conocemos. Que las conocemos todas, es ridículo pensar esto; es, pues, evidente que nuestra débil inteligencia y nuestros cinco sentidos de que disponemos, no alcancen á penetrar todas las fuerzas de la Naturaleza. Por tanto, el porvenir nos reserva indudablemente, no todas, pero sí alguna de esas fuerzas desconocidas por ahora. El *espiritismo* nos las da á conocer, y en lugar de hallar á

priori absurda esta pretensión, debemos, por el contrario, *convenir á priori, en que deben existir en el Universo nuevas fuerzas por descubrir.*

Conviene á veces ser osados, y nunca lo somos bastante. La misma historia de las ciencias nos demuestra que el sabio siempre ha sido demasiado tímido en sus hipótesis, pues los descubrimientos posteriores han excedido en mucho á cuanto le parecía aventurado, falto de solidez.

La audacia en las teorías no significa la ausencia en el rigor de la demostración, como sostiene Richet, por cuanto al mayor atrevimiento en los conceptos hipotéticos y en los ensayos experimentales, debe acompañar la mayor severidad en las conclusiones. Si fueron temerarios los espiritistas en sus observaciones y teorías, no podemos menos según nuestra falible ciencia actual, incompleta y embrionaria, echarles en cara su avilantez.

Si reflexionamos acerca de lo que podrán ser un día los futuros conocimientos humanos, ó sea la ciencia del porvenir, resultará tan inferior la ciencia actual á la ciencia de entonces, como los conocimientos de un labriego á los de un doctor en cualquiera facultad.

Nada podemos prever en ese inmenso porvenir. ¿Cómo hemos de prever lo que ha de suceder, si las verdades están aquí, en los hechos que van á ocuparnos, en derredor nuestro, cegándonos y no las vemos? No es cierto decir que no las vemos, sino que no queremos verlas, pues en cuanto se presenta un *hecho nuevo*, un *fenómeno imprevisto,* no habitual, procuramos encuadrarlo dentro de las banalidades adquiridas, y todavía nos encolerizamos porque haya un investigador que se atreva á pensar *más allá.*

Nuestra contemporánea ciencia está muy poco adelantada con respecto á lo que serán un día los conocimientos humanos; todo debe ser posible en la Naturaleza, hasta lo que nos parece ahora más irrealizable, más inverosímil; y esta razonable presunción han debido tener presente todos cuantos investigado-

res se han consagrado al *estudio experimental* de los fenómenos del *espiritismo*.

Presenciamos hechos, sacamos las consecuencias, precisamos sus condiciones; esto está muy bien, pero es que esto no es más que el primer paso en el conocimiento de las cosas. Si queremos ir más allá, percatarnos bien, penetrar en la razón de ser, en la causa final ó eficiente, en el íntimo mecanismo de aquéllas, en verdad que no sabemos nada.

Los científicos que, elevándose por encima de las apariencias, consideran á los fenómenos naturales como una modalidad de movimiento, como vibraciones de una forma única, vibraciones que se llaman luz, electricidad, calor, atracción y magnetismo, según su ritmo, aun esas eminencias no están más adelantadas que la generalidad de las gentes en la solución de los grandes problemas de la Naturaleza. Una vibración no sería otra cosa que un simple fenómeno. Las vibraciones del éter producen luz, pero ¿por qué? ¿Por qué la combinación del carbono con el oxígeno determina una vibración que es luminosa? Es imposible citar un hecho cualquiera, por bien que descubramos su forma, que nos sea accesible en su causa, y así será, si no siempre, por mucho tiempo al menos, porque el concepto exacto, conforme á verdad, de un fenómeno llegando hasta su causa última, envolvería al mismo tiempo la *idea cabal* de todos los fenómenos del Universo, todavía velados para el hombre.

Conoceríamos al mundo en su propia integridad, si un solo punto de éste, reflejo de Dios, nos fuese absolutamente conocido.

Comprueba la ciencia que, en determinadas condiciones, se producen ciertos hechos. Es lo que llamamos leyes. Pero éstas no son leyes en realidad, sino hechos generalizados. Si hacemos girar con velocidad un potente imán alrededor de hilos eléctricos, se originarán corrientes que harán surgir chispas de entrambos extremos de los hilos. En este fenómeno natural, que conoce el más tardo alumno de Física, hemos fijado algu-

nos efectos de estas corrientes, pero no penetramos en la naturaleza íntima del hecho al inquirir las condiciones en que se produce. Es como si pretendiéramos habernos penetrado de las leyes evolutivas de los seres, porque conozcamos de un modo nada más que *empírico,* que de una almendra, colocada en las necesarias condiciones, surta un árbol.

Del portentoso descubrimiento, casi contemporáneo, de todas las ciencias, solamente nos damos cuenta de un modo imperfecto, porque somos ineptos para comprender que el pasado iguala á nuestra insuficiencia en vislumbrar el porvenir. De buena fe nos figuramos que siempre se han sustentado las mismas teorías y se han tenido idénticos hechos que los que poseemos hoy, y como pasan los días modificándose las cosas tan sólo de un modo gradual, paulatino, creemos que nada se transforma en el mundo, y son, no obstante, completos los cambios, constantes las mutaciones.

Todas las ciencias tienen para el hombre algún punto ciertamente *misterioso.*

En Biología nos encontramos con la herencia y su complemento el determinismo. Ninguna teoría, acerca de ella, nada nos explica. En Química nos hallamos con la afinidad, de la que nadie nos ha dado una razón suficiente. En Física, con las fuerzas calor, luz, electricidad, magnetismo y pesantez, que, por ahora, desconocemos su mecanismo.

No nos basta decir que la combustión de un cuerpo produce calor, y dar, como razón última del hecho, la combinación con el oxígeno, sino que debemos explicar esta virtud del oxígeno. No es suficiente tampoco decir que la gravedad existe.

En el Universo encontramos todo un conjunto desconocido.

Los sabios antiguos, como los modernos, todo lo quieren explicar por la hipótesis.

Acaban de descubrirse los rayos X, ó luz oscura, y todavía nos mofamos del fuego frío de los antiguos.

Nuestras opiniones é ideas actuales serán, sin excepción, sustituídas por otras; variarán radicalmente, pues, aunque no

son falsas, por ahora, son incompletas. Los fenómenos que hoy consideramos como demostrativos, como manifiestos, serán, para nuestros biznietos, lo que los argumentos de Paracelso son para nosotros.

¡Cuántas cosas se pasaron á la atenta observación de nuestros bisabuelos! ¡Cuántos hechos patentes y evidentes fenómenos, habituales hoy para nosotros, eran ignorados entonces! ¡Con qué beneplácito dejáronse llevar nuestros antepasados á persuasiones erróneas ó absurdas, porque las tales nociones y creencias nos parecen actualmente ilusorias ó ridículas! ¡Y pretendemos en nuestros días ser tan ciegos como ellos! Es una obstinada, una pueril pretensión, querer saberlo todo. Lo propio sucede con los *fenómenos* del espiritismo, *fenómenos* que, en la actualidad, nos parecen ridículos, utópicos ó imaginarios, y el hombre del porvenir llegará á considerarlos como habituales.

Con un poco de reflexión podremos librarnos de tan altaneros conceptos.

Solemos, por lo general, inclinarnos á juzgar los hechos según el reducido horizonte de nuestras preocupaciones, de nuestras preconcebidas ideas; menester es que remontemos el vuelo, que midamos nuestra insignificancia ante la faz del Universo, que de este modo aprenderemos á ser más cautos y modestos.

La historia de las ciencias nos ha demostrado que el hombre, millares de veces, se ha equivocado.

Tengamos presente lo que afirmaba el ilustre filósofo y catedrático de la Universidad de Leipsig, Dr. Harl du Prel, respecto de los *aludidos fenómenos: No aguardan las energías del Cosmos, para entrar en actividad, á que llegue alguien á descubrirlas, no; sino que ellas de por sí han obrado desde los más remotos tiempos, originando admirables hechos, negados, durante una infinidad de siglos, hasta el momento actual en que se nos manifiestan.*

No es un absurdo creer que la ciencia llegue á detenerse algún día, y que, después de este portentoso vuelo, del que so-

mos testigos inconscientes, alcance al término de sus triunfos. Pero no ha llegado ese momento todavía y, si somos sinceros, no podemos menos de admitir que la *ciencia*, desde que es *ciencia*, á pesar de sus ovacionales apariencias, ha sido toda una serie de errores, de utopias, de disparates, pues que reiteradas veces ha rechazado infinidad de hechos y verdades que, con el transcurso del tiempo, tuvo que aceptar.

*
* *

Entre todos los motivos que imponen á la *ciencia actual* el ineludible deber de emprender los *estudios experimentales del espiritismo*, el más poderoso es éste: *nuestra ciencia es todavía muy imperfecta, y el porvenir*—no muy lejano—*nos reserva admirables sorpresas.*

Por una aberración psíquica, opina el hombre que el presente tiene que ser idéntico al porvenir, y nada hay más erróneo.

Muy pocos años hace que aún no habían realizado sus experiencias y ensayos los preclaros profesores Tesla, Roethgen, Becquerel, Marconi, Moissan, Hertz, D'Ansorval y Curié. La teoría del calórico no existía hasta Joule y Mayer. Se desconocía ha poco el análisis espectral de Bunsen, el telescopio, la fotografía, el microscopio, el teléfono, etc. Hace algo más de dos siglos que se descubrieron el yodo y el bromo; y el insigne Cuvier, como el eximio Lyell, instituyeron ayer la Paleontología y la Geología. Antes se desconocía la circulación de la sangre, y nadie se había figurado que existieran microbios en el organismo. Es un hecho que la Química y la Física evolucionan hacia un orden de conocimientos, considerado hasta nuestros días como imposible de comprender, y como verdaderamente quimérico.

Los hombres no nos queremos convencer, á pesar de los reiterados fracasos en nuestros predilectos estudios, que de aquí á un siglo, y con mayor razón á dos, los datos científicos

de entonces serán absolutamente distintos de nuestros actuales datos.

Los *fenómenos espiríticos* nos autorizan á concebir una *ciencia futura* completamente distinta de nuestra pobre *ciencia actual*. Y, sin embargo, no la consideramos así porque somos unos ilusos.

Convenzámonos que ninguna de las hipótesis contemporáneas estaba prevista, y no podía menos de estarlo, porque todo es nuevo en la *actual concepción de la ciencia*. Ni la menor partícula quedará en pie del andamiaje científico que tan laboriosamente hemos construído.

Los *referidos fenómenos del espiritismo* nos demuestran esto mismo.

Varios hombres de ciencia, muy instruídos doctores, profesores de Universidad, miembros correspondientes de Academias y maestros de las mejores Escuelas, razonan de este modo: *Los fenómenos espiríticos son imposibles porque están en contradicción del estado actual de la ciencia.*

Respecto de esta afirmación, debemos decir que si el *espiritismo* efectivamente contradice á algún hecho científico, no valdría la pena de que nos ocupáramos de él.

Las ciencias experimentales presentan hechos que no nos pueden demostrar, en manera alguna, que otro hecho ó fenómeno no contradictorio sea imposible. Así, por ejemplo, combinándose el oxígeno con el hidrógeno, forma agua. Este es un hecho contra el cual jamás otro hecho podrá oponerse; pero es muy admisible y aun muy probable, que el oxígeno hoy, cuerpo simple para nosotros, sea algún día descompuesto en otros cuerpos simples, y es muy verosímil que nuestras actuales teorías sobre la índole del fenómeno químico de la combinación no sean ciertas.

Pero es más. En las circunstancias actuales, el oxígeno se combina con el hidrógeno; no obstante, pueden existir otras condiciones en que la referida combinación no se verifique, no sea realizable.

Supongamos una muy débil presión, otros gases mezclados en gran cantidad, una muy baja temperatura, etc., etc. Puede suceder que, en estas singulares condiciones, la combinación entre los dos cuerpos se haga imposible. De manera que no tendría la menor disculpa el químico que rehusara examinar estos experimentos en que se tratara de la imposibilidad de combinarse el oxígeno con el hidrógeno en determinadas circunstancias, y adujera que tales prácticas, *tales fenómenos químicos nuevos*, estaban en contradicción con el estado actual de la *ciencia*.

Lo mismo, pues, sucede con los *hechos ó fenómenos del espiritismo*. Estos hechos, que sostienen haberlos presenciado una infinidad de pacientes o observadores, tienen lugar *cuando existen favorables condiciones á su producción*, condiciones por hoy desconocidas para nosotros.

Cuando decimos: «el oxígeno no se combina con el hidrógeno», refiriéndonos al ejemplo anteriormente citado, no tratamos de probar *la negación absoluta del hecho nuevo,* no; pues que, cambiando las circunstancias, *pudiera ser* que la aludida combinación fuera factible, realizable.

Nuestra obligación *será siempre* buscar esas ignoradas condiciones, por cierto bien distintas de las condiciones generalmente sabidas y determinadas. Una fuerza, una energía, desconocida por la *ciencia actual, puede modificar siempre* un fenómeno natural, así como las citadas circunstancias *pueden anularlo*. De modo que la negación de tal posibilidad llegaría á estas absurdas consecuencias: *jamás puede suspender la combinación del oxígeno con el hidrógeno ninguna fuerza de la Naturaleza desconocida ó ignorada por el hombre*; ó bien esta otra: *ninguna energía ó circunstancia ignorada en el Universo, puede dar lugar á los fenómenos llamados espiríticos*.

El hecho de la anulación de esa combinación, no contradice en modo alguno otros hechos habituales, comunes, como tampoco el *fenómeno espirítico* no contraría las leyes naturales, ni incurre en contradicción con la *ciencia clásica*. Son los

hechos nuevos nada más que el resultado de condiciones diversas, el efecto de la acción de fuerzas ignoradas de la Naturaleza; y el hombre de ciencia que obstinadamente se resistiera á examinar esos *nuevos fenómenos*, sería un desdichado, un pobre hombre.

Cuando se desprecian *á priori* los *fenómenos espiríticos*, sin más razón de que *así les parece* á sus modernos detractores, es obrar sin saber lo que se hacen, sin reflexión. Comúnmente se desechan, se deniegan, no porque los fenómenos los consideren, tales infamadores, utópicos, absurdos ó irrazonables; es por otra muy distinta causa: es por su novedad, porque en las actuales circunstancias no es posible hablar nada de los mismos que sea formal, nada que parezca contrario á nuestros datos científicos de actualidad.

La *ciencia,* cuando asevera *hechos nuevos*, debe ser tanto más inconvencible, cuanto más discreta debe mostrarse en sus apreciaciones teóricas, cuanto más miserablemente se halle constituída y cuando no pretende sentar negaciones *á priori*.

Desechar los *fenómenos espiríticos* sin previo análisis, es anticientífico.

Una porción de conspicuos profesores, refiriéndose á estos hechos, sostienen: *que no se debe admitir lo que no se puede explicar por nuestros conocimientos actuales.*

Para todos los hechos naturales somos en absoluto incapaces de darnos cuenta de su causa final ó eficiente, como hemos afirmado antes. Pero sucede con frecuencia que tales sujetos niegan sistemáticamente los *fenómenos espiríticos*, por el pérfido vicio de negar, ó por creer que es una humillación el manifestar que estaban en un error. Estos sujetos dicen que no admiten la realidad de los fenómenos, y, sin embargo, adoptan otra serie de hechos que no ven, ni perciben, ni entienden, como la acción química de la luz, cuyos efectos patentemente se manifiestan en ciertas sustancias y aun en el organismo humano. El pensamiento nadie lo comprende, ni puede explicarlo; pues según esa teoría, nadie debía creer en él. ¿Quién pue-

de descifrar esa fuerza llamada *cohesión* que mantiene agrupadas las moléculas de los cuerpos? Nadie. Tampoco debíamos creer en ella. La energía eléctrica, la gravedad, la disociación de la materia, el estado radiante, la fuerza vital, ¿qué sabio las conoce en su naturaleza íntima? De ninguna de ellas dudamos, aunque ignoremos su causa final, y nos consideremos incapaces para darlas á conocer de una manera conveniente.

Los resultados de todas esas energías del *Cosmos* son materiales, y deducimos que la causa que las origina es incomprensible.

Deber del hombre de *ciencia* es inquirir la verdad, sin temores de ningún género, sin equívocos ó ambigüedades, sin que le anonaden las consecuencias que al proclamarla se originen, y así quede en una situación desairada, contraria á sus antiguas convicciones, ó á la misma *ciencia oficial*. En el instante en que llega á descubrir un *nuevo hecho*, su deber es aceptarlo, para estudiarlo después, exento de todo prejuicio; porque ha de saber que en el Universo existe mucho desconocido, mucho por descubrir, como afirman personas honorables que nos merecen entero crédito, y que tenga presente que *es de necios*—como sustentaba el esclarecido Newton—*creer que todas las cosas en el mundo nos son conocidas, y es de sabios observar y estudiar siempre.*

No solamente todos los sabios, sino todos los hombres sensatos, tienen el deber de averiguar *estos hechos*, que nos descubren todo un lado ignorado de la Naturaleza, de remontarnos á sus causas y de inquirir sus leyes.

Nada debe estar oculto á la ciencia, nada puede quedar intangible. Si un dominio inexplorado se halla en el campo de los conocimientos humanos, la *ciencia tiene el derecho y el deber* de invadirlo, de conquistarlo. Si los hechos que el investigador sincero, imparcial, encuentra, *no entran en la categoría de hechos existentes, tiene el deber de crear nuevas categorías.* Que tenga en cuenta que la *ciencia* que cultiva no es única, no es exclusiva, sino que hay muchas *ciencias* que él mismo des-

conoce. No hay más que un riguroso método: el positivismo en su más amplio sentido.

*
* *

La manifestación del culto que siente el vulgo más ó menos ilustrado por el maestro, esa especie de homenaje que la ignorancia popular rinde al Fetiche, es la principal causa del atraso en que vivimos la mayoría de los hombres, que no sabemos ó no queremos pensar por cuenta propia, llevando en nosotros mismos esa pertinaz sugestión que tanto nos perjudica. Estamos habituados á que piensen nuestros profesores por nosotros, y hay que desterrar esa inveterada costumbre.

Debemos tener presente, por lo que al *espiritismo* respecta, que se han calificado por mucho tiempo de vanos sueños, de quimeras, todos los descubrimientos é invenciones de los hombres, y casi todas las *ideas nuevas* han sido puestas en ridículo: hasta las más fecundas.

Diseña Colón una nueva ruta para las Indias, y es encerrado como loco, no sin antes haber descubierto un *mundo nuevo*. Al famoso Niepce nadie le hizo caso cuando encontró el modo de fijación de las imágenes. Galvani descubre en la rana una fuerza desconocida—la electricidad dinámica ó galvánica,—y los sabios de su tiempo, grotescamente, le llaman *el maestro de baile de las ranas*. Demuestra Servet, médico eminente, la circulación de la sangre, y Calvino le hace quemar vivo por sus particulares opiniones. Se esfuerza Franklin en hacer sumiso el rayo al hombre, y los físicos ingleses y alemanes se mofan de su aparato. Desestima la mayoría de los sabios europeos el proyecto de apertura del Canal de Suez de Mr. Lesseps, fundándose en que traería tal intento la inmersión de las costas del Mediterráneo. De los físicos Wat y Papin se sabe que fueron en su tiempo considerados como ilusos. Es acusado Galileo ante el Santo Oficio por creer que la tierra se movía, y aun se discutió, á su muerte, si se le otorgaba ó no darle sepultura.

Las verdades, esas verdades asombrosas, estupendas, que

nuestros descendientes descubrieran, deben estar ahí, en todos *aquellos hechos,* en derredor nuestro quizá, en nosotros mismos tal vez, y que la propia ignorancia nos impide ver.

No es el *espiritismo*—según se deduce de sus lecturas—una ciencia misteriosa, una metafísica abstrusa. Pretende ser establecida su doctrina sobre la sola experiencia y, en verdad, aunque encierre, como casi todas las ciencias, errores ó equivocaciones, se podrían encontrar algunos millones de personas que *han visto ó han creído ver* hechos nuevos (1). ¿No es esto suficiente motivo, poderosa razón, para imponerse los científicos el deber de examinarlo?

Hombres de gran saber y de elevada posición, políticos, filósofos, escritores, magistrados, médicos, matemáticos, físicos, químicos, y hasta eclesiásticos, individuos pertenecientes á las más diversas naciones y creencias, afirman la *autenticidad de los hechos*, y han tomado parte, la mayoría, en los debates acerca de los mismos.

El distinguido profesor Morselli, actual director de la clínica de enfermedades nerviosas de la Facultad de Medicina de Génova, describe una serie de prácticas en su obra en dos tomos, recién publicada (2), que han llamado la atención del mundo culto. En ella se ocupa de los *fenómenos espiríticos*, que divide en una porción de categorías, *fenómenos* que él llama *metapsíquicos*, y lamenta en el prólogo que intervengan en el asunto escritores que los desacreditan porque los desconocen por completo, á pesar de tener grandes méritos por otros conceptos.

«El principal objeto—dice el neuro-clínico en su obra—en tan singulares estudios, es saber si realmente existen los hechos; huelgan después cuantas teorías y opiniones se pongan

(1) La ciencia y los fenómenos espiríticos contemporáneos. LA ESPAÑA MODERNA, pág. 143. 1.° Julio 1908. A. Gota.

(2) J. Morselli: Phenomeni Metapsichichi, seconda edizione, 1909. Marachio. Liv. Piaza Nova, núm. 7, Génova.

en contra; también conviene reflexionar—agrega—acerca de si son aquéllos explicables por las energías conocidas del *Cosmos*. Hay que condenar la exhibición venal—añade—de los que lo explotan, y de ello no tienen la menor culpa los sabios sinceros que han podido comprobar los fenómenos.»

Para Morselli y sus compañeros de estudios, demuestran tales prácticas la existencia de una nueva *fuerza desconocida* por el hombre, actuando en los mismos.

El profesor Cesare Lombroso (1), profundamente materialista durante la mayor parte de su vida, comenzó por combatir á priori la realidad de los *fenómenos espiríticos* que él llamaba *medianímicos*, y se convenció al fin de la autenticidad de ellos. La historia de su conversión ha sido tantas veces repetida, que no es necesario recitarla aquí. Sin embargo, debemos recordar aquellas *celebradas frases*, reproducidas en la mayor parte de las revistas científicas europeas: «Estoy realmente confundido y pesaroso de haber combatido con tanta insistencia los *fenómenos denominados espiríticos*, porque éstos existen, y me jacto de proclamar á todas luces su existencia.»

A pesar de todo, el eminente antropólogo quedaba materialista, y explicaba los *hechos medianímicos* por las teorías que él profesaba desde largo tiempo. «En ciertas condiciones, muy raras por cierto—sostenía el preclaro médico turinés,—el movimiento vibratorio cerebral que llamamos pensamiento se transmite á pequeña ó considerable distancia. Ahora bien; del mismo modo que se transmite, puede también transformarse esta *fuerza psíquica ó cortical del cerebro* en luminosa, motriz ó de otra índole. ¿No vemos al imán mover al hierro sin ningún intermedio visible?»

Pero las experiencias sucesivas á las cuales asistió, modificaron poco á poco su opinión en este punto, y se hizo espiritualista, no espiritista, entiéndase bien. «Estoy frente—escri-

(1) *A. Gota.* El profesor Cesare Lombroso y la Psicología supernormal. *Nuestro Tiempo.* Pág. 180. Febrero 1909.

bía al profesor Falcomer en 1900—á la hipótesis espiritista como el guijarro en la playa, todavía al descubierto, y apercibiéndome de que cada marea me arrastra hacia el mar» (1). Terminó el muy excelente criminalista declarándose abiertamente adepto del *fenómeno espiritista* en una obra póstuma que acaba de salir en Boston, librería de Small Maynard et C°—quizá por temor al ridículo,—en la cual trabajaba desde hace dos años, y escribiendo el último capítulo le sorprendió la muerte—19 de Noviembre último.—En esta obra, el famoso antropólogo expone sus ideas sobre el *hipnotismo, telepatía, clarividencia, doble fluídico, teleplastia, supervivencia del alma*, etc., y dedica un capítulo á la *Biología del espíritu*. Esta obra se intitula: *¿After Death Wath?* (¿Qué hay después de la muerte?)

El interés tan grande de las investigaciones del profesor Lombroso en el dominio de la *Metapsiquia*, no tiende exclusivamente á lo que él ha provocado, sino á esa corriente que ha arrastrado al estudio de los fenómenos objetivos ó físicos del *medianismo* á tantos otros sabios, como los Tamburini, los Richet, los Morselli, los Bozzano, los Scherenk-Notzig, los Porro, los Encause, etc. Es imposible pasar por alto en Lombroso, como en Hyslop, William Jaures, Curié, Herlizka, Ochorowitz, Lodge, Stead, Manliss, Stor, etc., el fenómeno extraordinario del sabio materialista que, por el examen de los hechos referidos, ha sido impulsado al espiritualismo. Que las doctrinas espiritistas sean verdaderas ó falsas, es imposible abstenerse por hoy de desconocer la importancia de los fenómenos, acerca de los cuales se tiene la pretensión de fundamentarlos, pues que ellos pueden ejercer una tal influencia sobre las primeras inteligencias científicas de nuestra época, que están probablemente llamadas á desempeñar un papel preponderante en el desenvolvimiento de la ciencia y en el progreso del pensamiento humano.

(1) *La Revue*. 15 Jouillet 1900. París, etc.

El *estudio experimental de los hechos del espiritismo ó moderno psiquismo*, rama principal para ciertos sabios del *ocultismo contemporáneo*, ha entrado, como vemos, en un período de comprobación. M. Emile Boirac, rector de la Universidad de Dijón, ha tratado de clasificar *estos fenómenos* en una obra titulada *La Psychologie Inconnue* (1). En ella dice el egregio profesor que *la ciencia debe admitirlos*.

Desde los trabajos de los observadores eminentes Charcot, Luys y Rochas, hasta las *prácticas medianímicas* llevadas á cabo este mismo año por Warcolier, Zingarópoli, León Denis y Mangin, se sabe que el hombre puede ejercer sobre sus semejantes una influencia mental empleando su facultad volitiva. Mucho se discute sobre el modo y la causa de tan singular acción.

Revelan para otros investigadores el magnetismo animal, hipótesis que en los modernos tiempos fué su renovador Mesmer. Ella supone que el hombre está dotado del poder de emitir una especie de fluido y de comunicarlo á los cuerpos animados como á los inanimados. Resultando del mismo los fenómenos más variados, como la transmisión del pensamiento, la transmisión de la sensación y la exteriorización de la sensibilidad.

El campo del *psiquismo* es muy vasto. Un buen número de sabios, de dos años acá, no desdeñan aventurarse—como vemos en las revistas científicas é ilustradas—en él, si bien tal empresa no deja de estar erizada de grandes dificultades.

La observación científica de las *prácticas del psiquismo* ha demostrado que se exigen muy vigorosos métodos para emprender el análisis de sus fenómenos, y que eran muy mal conocidos éstos. El Instituto *General Psicológico de París*, que cuenta entre sus ilustres miembros sabios del más alto valor, como los profesores d'Ausorval, Brauly, Farez, Dubois, etc.,

(1) La Psychol. Incon. Introduct. á l'Etud. experiment. des Phen. Psichiq. 1909. París.

está llevando á cabo toda una serie de experiencias. La *Société Universelle d'Études Psychiques*, que dirige el eximio doctor M. Joire, hace lo propio. *La Société Psychique de Nancy*, la *Société Magnetique de France*, las sociedades extranjeras, como la *Societa di Studi Psychichi de Milan*, la *Prad Wolski* de San Petersburgo, la *Society ford Pschycal Research de Londres*, y las demás asociaciones científicas de Viena, Leipzig, Berlín, Stuttgard, Berna, Stokolmo, Moscou, Bolonia, Génova, Turín, Parma, Perugia, Boston, New York y Melbourne, se ocupan actualmente de tan *trascendentales fenómenos*.

Todos estos hechos hacen renacer en nuestro tiempo las teorías de los antiguos filósofos, y ciertos hombres de ciencia tratan de perfeccionar sus teorías y hacerlas por la experimentación demostrables. Se comienza á estudiar seriamente los tratados de los sabios olvidados de la Edad Media, del período Greco-latino, de la India, como de la China. La antigua Magia de los países orientales, la Alquimia, la Kábala, la Astrología, la Geomancia, la vieja Teosofía de los Faraones, las Pitonisas del templo de Salomón y las de Eudor, y, por último, las remotas Ciencias Ocultas de los caldeos, ¿qué han sido sino estos *mismos fenómenos* que están llamando la atención de los sabios? Existe, ciertamente, mucho que rebuscar en los voluminosos escritos de los pensadores de entonces. Hay que confesar que nuestros ascendientes—aunque sus interpretaciones fueran falsas—sabían más que nosotros en el asunto á que aludimos. Ya los célebres Marcellin Berthelot y B. Dumas habían comprendido esto. No menospreciaban dichos próceres los escritos de los antiguos alquimistas, sino que leían sus obras porque sabían que, entre los grandes errores de tan lejana época, existían manifiestas verdades.

El egregio Grasset ha dicho—al ver extenderse las *publicaciones ocultistas* por el mundo científico—que «es un hecho el renacimiento de la *antigua ciencia*.» Comprende el *ocultismo*, para el eminente especialista de la Facultad de Montpellier, todos esos hechos cuya razón todavía escapa á la moderna

ciencia. Entiende este sabio, que las *ciencias antiguas* se ocupaban ya de los fenómenos que tratamos, y que la ciencia del mañana explicará satisfactoriamente. El *ocultismo* no resume la ciencia—añade el insigne clínico—de los Magos—acepción de Papus—aunque «hay algo de ello», es el mismo *psiquismo*. «El *ocultismo*—dice en su libro—*es la tierra prometida de la ciencia* (1)». Este es el sentido en que debemos entenderlo hoy. El *ocultismo* no es el estudio de todo lo que está reservado á la *ciencia*—me refiero á la ciencia positiva de Augusto Comte,—sino el estudio de *hechos* que, no perteneciendo todavía á ella, pertenecerán algún día.» Esto es: *lo maravilloso precientífico*.

Actualmente, la palabra *ocultismo* se ha hecho corriente. El público no sabe con exactitud lo que ella significa, y la emplea atribuyéndole un sentido despectivo. Para la mayoría, sin embargo, es el conjunto de las *investigaciones de los fenómenos psíquicos*, dominio el más estudiado del *ocultismo*.

***

Si el *espiritismo* es una utopia, podemos sostener que es ya demasiado prolongada para no llamar la atención de la *ciencia clásica*. Los representantes de ésta, creyendo ver toda una secta, una nueva doctrina que se desarrolla á su sombra, no se percatan de que fundan sus creencias sobre *nuevos estudios experimentales*, reconociendo á la investigación como soberana, como dueña y pretendiendo también *hacer ciencia*. Desdeñar sus métodos y resultados sin otra razón de que lo *creen absurdo*, sin haberse tomado la molestia de demostrar la falsedad de los *citados fenómenos*, en mi opinión es una excesiva torpeza. Quizá existan en tales prácticas profundas verdades por descubrir. Esto no se puede saber sino después de haber emprendido toda una serie de investigaciones.

(1) Dr. J. Grasset: *L'Ocultisme hier et aujour d huir*. 1908. París.

Ellos tienen que demostrarnos que los *hechos espiríticos* son fraudulentos, ilusorios ó erróneos.

Como no se han dignado analizar los *fenómenos*, su competencia en el asunto es nula para nosotros.

Si es una gran torpeza, una equivocación de bulto, la perpetrada por ciertos *hombres de ciencia* que se niegan á analizar los *fenómenos*, es también una grande injusticia. Es, ciertamente, un raro, un extraño espectáculo, ver que treinta ó cuarenta mil personas y todavía más, de sinceridad probada, aseveren *hechos de un orden experimental*, publiquen periódicos y revistas, editen libros y organicen pacientes prácticas, invocando siempre el *hecho documentado*. ¡Y que esto suceda sin que los científicos se dignen ocuparse de ellas, es mucho más extraño é increíble! Afectan ignorar los *fenómenos*, y nada les mueve á poner en claro su existencia ó su irrealidad.

Sabido es que nuestros más preclaros *hombres de ciencia* tratan de abusar del sosiego, de la calma de los espiritistas. Tienen éstos—dicen—el parecer exterior de gentes cuya convicción está previamente hecha; les ofusca su propensión obstinada por los hechos sorprendentes, y he aquí manifiesta su incesante sugestión que les hace ver lo inaudito, lo inexistente, lo imposible.

Pero estos cargos que los científicos no los dirigen á todos absolutamente los investigadores, en manera alguna invalidan el injustificable silencio con que la mayoría de ellos tratan de sofocar los hechos del *espiritismo*.

A fin de evitar una confusión, se impone una interesante advertencia. Cuando se habla de un *análisis*, de un *estudio serio del espiritismo*, no se trata de leer superficialmente algunos libros elegidos al azar con intención de encontrar en ellos párrafos ridículos, reseñas de fenómenos ilusorios, prácticas de prestidigitación, ó experiencias fraudulentas. El examen severo, el estudio imparcial de los fenómenos, es digno de algo más que de todo eso; más que de ese estudio experimental, apurado, pobre y de tan frívola iniciación. Hay que consagrar á estos *he-*

chos oscuros, arduos y complejos por ahora, varias semanas de obstinados *estudios experimentales*, y asistir, como sostienen una porción de observadores distinguidos, no á una sola sesión, sino á una porción de sesiones seguidas, continuadas, por un determinado tiempo. ¿Por qué intentar en una sola sesión aclarar un incalculable número de fenómenos ó hechos que, con motivo ó sin él, se apoyan en cien mil y más sesiones?

Para dudar de la realidad de los *hechos espiríticos*, deberían existir motivos tan poderosos, que habría que admitir, con más motivo todavía, *cuando han sido precisos largos años para formarse, varios oradores ilustres, una convicción.* ¿Y no debemos intentar que si se tiene perfecto derecho *á dudar después de un detenido examen*, no se tenga en absoluto la potestad *de dudar sin previo análisis de los fenómenos?*

Si el número de escritos, relatos, anotaciones, bosquejos, memorias, artículos, libros, periódicos, revistas y experiencias sobre los aludidos hechos es tan considerable (1), y están todos ellos apoyados por verdaderas autoridades, no se pueden rechazar tan cuantiosos documentos sin un estudio imparcial, reflexionado, maduro.

Ha habido varios profesores, como Zoelner, Wallace, Stainton, Moses, William Crokes, Weber, Ulrici, Lombroso, Curie, Morselli, Encause, Damiani, Stead, Boutlerow, Herlitzka, Foa, Spreel, du Vesme, Charles Richet, Bombarda, Dariex, Penta, Ochorowitz, Myers, Thompson, Botazzi, Murani, Patrizi, Warcolier, Wilm, Stanislass de Guaita y otros, verdaderas eminencias, todo lo más selecto de la *ciencia positiva*, de esa que se halla libre de preconcebidas ideas, sabios sin doblez, sin falsía ni tergiversación, ingenuos, que han analizado, meditado y experimentado, creyendo un deber confiar al público el resultado de su larga labor, personas tan juiciosas, tan justas, tan probas, ¿cómo se explica que se hayan ocupado en supercherías, en fraudes, ó se hayan dejado llevar de cálculos va-

(1) La España Moderna, loc. cit.

nos ó imaginarios planes? Tanto sabio sagaz, reconocido universalmente, ¿han sido engañados por una porción de espiritistas mentecatos? La cosa es posible, y la historia nos ha patentizado semejantes y otros más descomunales errores. La Alquimia y la Astrología testifican lastimosamente en contra de la razón humana, si bien en el fondo existía alguna que otra verdad. Pero no tratamos aquí de dilucidar la verdad ó el error del *espiritismo*. Se trata, únicamente, de saber si ¿nos es lícito tener en cuenta todo ese trabajo, toda esa desmesurada labor, como inexistente, como imaginaria, y si es lógico, apartarlo con desprecio, desecharlo sin examen?

Hoy los *fenómenos espiríticos* se universalizan, se producen con una persistencia y una variedad de formas, ante una mayoría de *hombres de ciencia*, que llegan á confundirlos. De día en día, el número de prácticas es mayor. En ellas, millares de personas se reúnen con el fin de investigar la verdad, de comprobar los hechos. Podrá haber impostores, embaucadores, gente de mala fe, ¿quién lo duda?, como existen en todo cuanto interviene el hombre. Pero si es absolutamente cierto que hay una porción de investigadores distinguidos, serios y dignos, que proclaman su existencia, su autenticidad, ¿debe permitir la *ciencia clásica* que se desarrolle así la utopia, la superchería, el error, el fraude, entre sus más conspicuos representantes, toda vez que considera al *espiritismo*—como hemos visto—ilusorio, vano, ó como producto de mentes desequilibradas, sin que en ello intervenga para nada?

Comentando el muy esclarecido profesor César du Vesme los llamados *fenómenos espiritistas*, dice así: «Bastarían tres ó cuatro años para hacer pasar las *prácticas del espiritismo* del *dominio precientífico* al *científico*, si se pudiera constituir un gran centro ó agrupación de personas serias, desapasionadas y dignas, de ideas modernas y prácticas, que dispusieran del *nervio de la guerra*, no se perdieran en las nebulosidades de las abstracciones, llevando solamente al combate de las ideas los sistemas habituales de las grandes luchas humanitarias, so-

ciales ó políticas, y sin egoísmo, que es el mayor obstáculo para el mejoramiento de los hombres.»

Lo nuevo asusta, anonada, pues echa por tierra creencias antiguas, teorías queridas y sistemas viejos erigidos con gran trabajo, trastorna el orden de las cosas y personas, turba muchas tranquilidades y altera un conjunto de circunstancias prósperas, haciendo necesarios ciertos estudios y observaciones para las cuales se carece ya de fe, dado el considerable número de veces que ha sido engañado el hombre por otros conceptos.

El mayor impedimento con que choca el progreso de la propaganda del *espiritismo*, lo ponen muchos de sus mismos adeptos, ignorantes ó fanáticos. Han sustentado la mayoría no ser posible la admisión de los fenómenos sin aceptar como auténticos los mensajes de ultratumba ó comunicación con los muertos. Personas que por completo desconocen el mecanismo de la *cerebración automática* ó del *sonambulismo espontáneo* de determinados sujetos, el especial estado psico-fisiológico de los cambios de la personalidad humana, la disgregación psíquica, las funciones de la actividad inconsciente de nuestro espíritu, ó esa fase anormal de la vida mental de ciertos histéricos; *fenómenos psicológicos* todos estos, que suelen tener lugar en el mismo sujeto de experiencias, hoy del dominio exclusivo de la *Psicología experimental*.

Además, admiten aquellos, sin más razón que el espíritu de los difuntos lo realiza todo, y pretenden que se acepte la filosofía de Allan Kardec, con la teoría de la reencarnación y otros dogmas. Lo que no deja de ser mucha exigencia.

Pero si prescindimos de tales conceptos, y únicamente nos atenemos al *estudio experimental de estos fenómenos*, á la *comprobación del hecho bruto*, será esta la única manera de manifestarnos imparciales, justos y severos en la ardua cuestión que nos ocupa. Hay que destruir esa *aversión* que inspiran las citadas creencias ó teorías á la mayoría de las gentes, á los intelectuales y á los adeptos á tal ó cual religión, secta ó sistema

filosófico. Así, pues, habrá que pasar por alto todos los detalles de la hipótesis espiritista, los desacuerdos entre las diferentes escuelas en que está dividida su doctrina, los relatos referentes á lo que llaman los *fenómenos psíquicos*, y la pretensión de exponer al *espiritismo* desde el punto de vista *teológico*, *teleológico* y *filosófico*. Debemos limitarnos á la *fenomenología espiritista* exclusivamente.

El profesor Poodmore, una de las mayores autoridades entre los primeros científicos que habían combatido los *hechos del psiquismo*, crítico serio, escribía en la revista *Modern Spiritualism* de Mayo de 1905: «*Una gran cooperación á la causa neo espiritualista ha sido proporcionada estos últimos años por una porción de hombres de ciencia, que han proclamado la autenticidad de los fenómenos del espiritismo.*»

En la interesante obra alemana *Das Metodick der mediumnischen Unter sus chungen,* del celebrado clínico Scherenz-Notzig, pág. 94, de 1908, se lee: *Después del ilustre físico William Crookes, que emocionó al mundo culto con sus nuevas experiencias, hoy, merced á una porción de investigadores decididos, se ha llegado á confirmar la realidad de los mismos fenómenos que el citado sabio había ya demostrado.*

Estas dos citas de autores no sospechosos, nos bastan para demostrar que, pese á las acusaciones de fraude, dolo ó artería de que son objeto las *reseñadas prácticas;* pese á la pueril táctica de las mismas, y pese á la pobreza de la actividad psíquica que se manifiesta en el sujeto de experiencias, representan tales hechos en la actualidad uno de los asuntos más dignos de la atención de los sabios.

Una larga serie de severos investigadores atribuyen al *espiritismo*—fuera de toda filosofía ó secta—una importancia mayor que á todos los demás problemas que el siglo XIX legó como herencia al siglo XX.

*
* *

Es imposible, por ahora, dar una explicación absoluta, cabal, definitiva, dado el estado actual de los conocimientos humanos, de los fenómenos que nos ocupan. Lo que únicamente se sospecha, es que esa *actividad inconsciente* de nuestra alma, de la que ya hemos hecho mención, debe poseer, en estado de lactancia, singulares cualidades por hoy desconocidas para el hombre, que con el tiempo llegará á domeñar, aptitudes que en ciertos sujetos, dotados de una *sensibilidad exquisita*, pueden instantáneamente desenvolverse en no bien determinadas condiciones. En corroboración de esto, podemos presentar la opinión de varios profesores que sustentan que, en determinadas personas en las que parece hallarse *su Yo*, desligado en cierto modo de los sentidos—*hipnotismo trascendente, sonambulismo, éxtasis, catalepsia, letargia, narcolepsia* y *transe*,—tienen lugar algunos hechos sorprendentes, como la *clarividencia*, la *clariaudiencia*, la *telestesia*, la *retrocognición* ó *regresión de la memoria*, el *sybilismo*, etc.,—todas esas *segundas personalidades*, que los insignes observadores Taine, Ribot, Dauriac, Feré, Richet, Marie, Raimond, Farez, Mangin y Weterstrand, han apreciado en determinados individuos, esos especiales casos de *doble conciencia—Das Doppel Ych*, de los alemanes (1),—en que se destaca una *actividad subconsciente*, parecen evidenciar dicha opinión.

Una porción de observadores distinguidos, entre ellos el esclarecido especialista de enfermedades nerviosas, de Génova, Dr. Morselli, han ideado, respecto de los fenómenos, las siguientes teorías: «Se desprende del sujeto de experiencias una fuerza, una energía invisible; aumentan esta fuerza los asistentes á las sesiones; uniendo su voluntad á la de aquél, debe ser una *especial substancia* que emite radiaciones para producir múltiples efectos y operar con nuestros órganos á modo de un sér, de una entidad inteligente y libre; pero esta independencia

(1) El doble Yo de los alemanes. Birmer. Berlin, 1909.

no existe en realidad, no es más que transitoria, aparente, y cesa su existencia temporal en cuanto cesan las condiciones de su producción.»

***

La experimentación directa é imparcial, como hemos visto, ha guiado á un buen número de investigadores serios y dignos á formular juicios conformes con los de otros y otros pacientes observadores que les precedieron en el estudio experimental de los hechos. Van siendo ya numerosos los *hombres de ciencia* que han creído comprobarlos, como sostienen en sus trabajos publicados en las principales revistas ilustradas y científicas de las naciones que van á la cabeza del progreso. Unos se precaven, se reservan, no atreviéndose darlos á la publicidad; otros no tienen inconveniente en publicar su existencia. Pues si es así, ¿por qué la mayoría inmensa da los científicos y de cuantas personas se consideran cultas, ponen obstáculo con su veto á la investigación del *hecho nuevo?* Porque vivimos en una sociedad transtrocada, donde, por lo general, figura el osado, el ignorante atrevido, y es postergado el laborioso, el honrado, el verdadero mártir del saber, el obrero de la inteligencia, porque todos hemos instituído, aunque de un modo inconsciente, un positivo culto por los Centros docentes y Academias, donde á veces se recauda el talento administrativamente; y estamos y estaremos supeditados por mucho tiempo á todo cuanto asevere ó sostenga el *Maestro*, sin atrevernos á examinar si lo que nos dice ó enseña es la verdad ó el error; y en fin, por ese inmenso número de prejuicios y rutinarias ideas que todos tenemos acerca de las cosas que nos obliga casi siempre á volver la espalda á la realidad.

Debe imponerse esa mayoría de científicos el sabio precepto del *Apóstol* hablando á las gentes de Tesalónica, cuando les decía: *Examinadlo todo, pero retened lo bueno.* De este modo llegó el eximio Newton á establecer la *ley de la gravedad*, Crookes á descubrir la *materia radiante*; haciendo experiencias con

una *histérica*, consiguió el gran Charcot provocar el *sonambulismo*, y estudiando experimentalmente la fermentación, el inmortal Pasteur hizo una revolución en las ciencias médicas creando la *antisepsia*. Procediendo así, han sorprendido una porción de investigadores imparciales los secretos de la Naturaleza.

Por delicadeza, por consideración á tan honorables personas como las que hemos ido enumerando y en atención al *hecho bruto*, hay que rechazar cuantos conceptos é hipótesis se pongan en contra de las *citadas experiencias*. Los hechos jamás son absurdos: las teorías, las creencias, pueden serlo. ¿Existen ó no existen los *fenómenos espiríticos*? Tal es la manera de plantear el problema. ¿Existen? Entonces el estudio experimental de los hechos debe preceder al examen de las teorías é ideas. ¿No existen? No podemos menos de rechazar este concepto, atendiendo á que no creemos posible una tan universal equivocación, un tan persistente error.

El honroso médico genovés decía, con respecto á lo que acabamos de decir, en un artículo recientemente publicado: «Tras madura y larga reflexión sobre lo que yo he visto y tocado, y después de analizar sin interrupción, durante once años, la cuestión del *espiritismo*, he cambiado por completo de opinión. Hoy escribo teniendo conciencia plena de estar en el terreno de la verdad ó, por lo menos, de haber sacado provecho de lo que para mí tiene caracteres de certeza. Por eso no tengo inconveniente en afirmar que los *fenómenos espiríticos* son *reales*, *positivos, auténticos.*»

Como quiera que el saber es tan vasto, no existe ni es posible en el mundo hombre alguno, por sabio que sea, que pueda abarcar todos los conocimientos. De esto se deduce que el que se considere como tal, no debe negar *por sistema* un hecho ó fenómeno que jamás haya visto ó comprobado. Tengamos en cuenta que la mayoría de los hombres que han pasado en el mundo por sabios ó eminencias, han tenido que admitir ciertos descubrimientos antes de desechados ó negados por

ellos mismos, y considerados como contraproducentes ó imposibles.

Por un popular prejuicio negó el gran Lavoisier la realidad de los *areolitos*, diciendo que no podían caer piedras del cielo, porque no había piedras allí. Al siguiente año de afirmación tan rotunda, M. Guizot, secretario de la Academia de Ciencias, de París, felicitaba á M. Biot, con motivo de su discurso inaugural, acerca de la autenticidad del hecho negado por el esclarecido químico. El *areolito* encontrado en la villa de Saigle, departamento del Orne, fué mostrado por M. Biot á los miembros correspondientes de tan docta Corporación y á todo el que quiso verlo.

Sintamos verdadera admiración por *esa ciencia desprovista de prejuicios*, de esa que sabe apreciar los *hechos nuevos*, y nos suministra sólidos materiales para la adquisición de la verdad.

No solamente los *hechos nuevos* anulan á los hechos antiguos, sino que los aclaran, los explican, y tanto más, cuanto son más imprevistos. Hasta el descubrimiento más contradictorio en apariencia con los datos científicos actuales, con los datos más clásicos, debe ser anotado como muy interesante. Los trabajos científicos por los que se llega á descubrir fenómenos al tenor de nuestras previsiones, de nuestros cálculos, no tiene más que un interés mediocre, es una comprobación útil, provechosa, fecunda, y debemos encarecer el mérito, elogiar la labor de los campeones que los han llevado á cabo; pero esos *hechos estupendos*, trascendentes, maravillosos, esos, tienen otro alcance, pues llegan á hacer una irrupción en la vida de los pueblos.

En lugar de aparentar los científicos en su mayoría ignorar el espiritismo, es su deber examinarlo, analizarlo, estudiarlo, como proceden con un descubrimiento, un invento ó una innovación. Físicos, químicos, biólogos, psicólogos, sociólogos, naturalistas, fisiólogos, etc., deben tomarse la molestia de informarse acerca de esos singulares fenómenos; se impone

un largo y laborioso análisis de los mismos, que ciertamente será ventajoso, interesante, pues la vacuidad de las creencias ó hipótesis no destruye la autenticidad de los hechos. Si existen algunos errores, equivocaciones ó yerros en la interpretación de esos fenómenos llamados *espiríticos*, tengamos en cuenta que á nuestra mísera *ciencia actual* le sucede otro tanto, pues, ¿no ha sustentado ésta una porción de teorías é ideas que con el transcurso del tiempo se demostró su falsedad, y no sostiene ahora otras hipótesis que al hombre futuro han de parecerle utópicas, ilusorias ó infundadas? Si realmente se encuentran ciertos engaños, ilusiones, supinas ignorancias ó falsos conceptos, en las afirmaciones de algunos espiritistas sectarios, engañados ó fanáticos, también deben existir en las referidas experiencias y aun me atrevería á decir *seguramente*, *grandes verdades* que se nos presentan muy veladas ó enmascaradas. Estas verdades, cuando nos sean más conocidas, podemos asegurar que modificarán de una manera radical las débiles nociones que hoy tenemos sobre el hombre.

Por lo pronto, no podemos menos de desconocer que el *espiritismo* en la actualidad es una vigorosa tendencia del pensamiento contemporáneo. Si la ciencia académica ó universitaria se ha mofado ó ha despreciado durante algunos años todas esas categorías de hechos que el *espiritismo*, con motivo ó sin él, ha llevado tras sí, hasta constituir su propia doctrina, su misma sustancia, y organizar los elementos de su especial filosofía, peor para ella, y tanto peor para los sabios que han permanecido ciegos y sordos en presencia de las afirmaciones, no de los creyentes, no de los adeptos, no de los sectarios del *espiritismo*, sino de observadores serios, esclarecidos y dignos.

Los mismos egregios profesores De Rochas, Mangín, Foa, Maudsley, Botazi, Lodge, Fleury, Kamus, W. Stead (1), Lapponi (2) y Branwei, confiesan en sus recientes libros, co-

(1) *Revue*, pág. 26 y siguientes. Mayo, 1909. París.

(2) Ipnotismo é Spiritismo. Per le dottore Giuseppe Lapponi. Archiatria della sua Santita di Leone XIII, pág. 213. Seconda edizione. 1907. Roma.

municaciones, artículos y reseñas, que también ellos habían contribuído á ese obstinado escepticismo—por lo que están avergonzados—con que suelen mirar los *hombres de ciencia* los mencionados fenómenos, hasta el día en que pudieron romper las trabas que una absolutista prevención embargaba sus juicios.

No podía ser más audaz y temeraria la afirmación sincera de una verdad recientemente descubierta—antes de que todos esos investigadores insignes se decidieran á examinar los *aludidos fenómenos*,—sabiendo que de su exclusiva lectura habían de surgir la mofa picante, mordaz, del sabio oficial erigido en Pontífice Máximo del humano Saber y la burla del ignorante. Del primero, que trata de beneficiar en sí propio el total conocimiento de la ciencia, y del segundo, que pone en contra su parecer á cuanto su *débil caletre* no alcanza. Ambos son encarnizados enemigos del *hecho nuevo*, ora creyéndose hondos pozos de *ciencia infusa* y que nadie ha de enseñarles, ora considerando al *Cosmos* conforme á lo que su *exigua mentalidad* les ha forjado.

Con estos precedentes podemos deducir que, si testimonios por miles, entre ellos una porción de hombres de ciencia, profesores de valía, personas serias y honradas que nos merecen entero crédito, admiten la existencia de los *fenómenos del espiritismo*, hechos que *siempre* se ha pretendido tener como falsos, fraudulentos, como producto de imaginaciones calenturientas ó de ilusiones groseras; si concienzudos y escépticos observadores confirman haberlos comprobado, estudiado detenidamente y hecho cambiar de opinión, y las consecuencias de sus deliberaciones han sido las mismas en todos los países y en las más diversas épocas, *deben entrar todos ellos en el cuadro del análisis científico*. Importa tomarse la molestia de ponerse al corriente de los hechos proclamados verídicos del *espiritismo* por una porción de investigadores decididos.

El *espiritismo experimental* afecta casi á todas las ciencias del saber humano. Hoy no es una *ciencia*, sino más bien una

manera de comprender las *ciencias* y de hacerlas progresar. Todo un mundo nuevo se abre ante nosotros; esas admirables prácticas de que hemos hecho mención, nos demuestran que apenas estamos en el *umbral de la ciencia*, y mediante el análisis experimental de los *susodichos fenómenos*, los resultados prácticos vendrán en seguida. El *espiritismo* no constituye la *ciencia contemporánea;* es la *almáciga*, el *semillero* de donde surtan las *nuevas ciencias* del presente siglo.

Debemos, pues, estudiar el *espiritismo.*

ANTONIO GOTA

LA INQUISICIÓN EN FILIPINAS

EL CASO INAUDITO DEL GOBERNADOR SALCEDO [1]

Á mi querido amigo D. Antonio Weyler, que estudia con especial interés todo lo referente al Tribunal de la Inquisición.

Es caso único en la historia de los antiguos reinos de las Indias el que ocurrió al M. I. Sr. D. Diego de Salcedo, que hallándose en plena posesión de los cargos de Gobernador, Capitán general y Presidente de la Real Audiencia de las Islas Filipinas, fué aprisionado en su propio palacio de Manila por el Comisario de la Inquisición, y, como consecuencia de ello, desposeído de tan altos cargos, que en recompensa de brillantes servicios en las campañas de Flandes le había otorgado el rey Don Felipe IV.

(1) Fuentes de autoridad: *Copia de una relacion remitida por el General D. Francisco Enriquez de Losada, vecino de Manila... en que refiere la forma de la prision del Gouernador de dichas Islas* (México, 1670). *Historia general de Philipinas,* por Fr. Juan de la Concepción. Tomo VII. Sampáloc, 1789. *El Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en las Islas Filipinas,* por J. T. Medina: Santiago de Chile, 1899.—Este último trabajo (un folleto en 8.°) es de importancia excepcional, porque el autor lo ha hecho sobre los documentos originales existentes en el Archivo de Simancas.

I

ANTECEDENTES DE DON DIEGO DE SALCEDO

Originario de Cuenca, nació en Bruselas hacia 1620. Era hijo de militar, y militar fué desde muy joven. De niño pasó corta temporada en España; fuera de esta temporada, bien puede decirse que su vida se deslizó en Flandes, donde no tardó Salcedo en adquirir reputación de soldado por su inteligencia, intrepidez y constante bizarría; como que llegó á ganar el honroso empleo de maestre de campo, el cual disfrutaba cuando, para relevar á D. Sabiniano Manrique de Lara, fué nombrado Gobernador, Capitán general y Presidente de la Real Audiencia de las Islas Filipinas, para donde salió, por la vía de Nueva España, en 1662.

Era D. Diego de Salcedo de arrogante figura, inteligente, simpático, un tanto mundano y muy celoso del servicio de su Majestad. Acompañáronle en el viaje no pocos capitanes y soldados que se habían distinguido en Flandes, quienes pasaban á Filipinas á reforzar el campo, ó guarnición que hoy diríamos, cosa harto necesaria entonces, después de varios sucesos graves acaecidos durante el mando del poco afortunado Manrique de Lara, extremadamente religioso, pero á la vez punto menos que inepto como gobernante: había dado ejemplos de piedad, mas ni uno solo de político avisado. No es, pues, de extrañar que se esperase con gran impaciencia en la colonia la llegada del sucesor, ni menos que, al saberse que era éste un militar reputado, se le recibiera con las más expresivas muestras de satisfacción.

Salcedo hizo el viaje de Acapulco á Filipinas en el *San José;* el viaje no fué muy dichoso, sobre todo cuando el barco se aproximaba á Luzón: azotado por los vendavales, el *San José* tuvo que arribar á la costa de Cagayán, donde Salcedo desem-

barcó. Desde allí, por tierra, en jornadas un tanto penosas, se trasladó á Manila, donde entró sano y salvo el día 8 de Septiembre de 1663. Tomó posesión inmediatamente, y su posesión fué celebrada con muchos y festivos regocijos.

II

ANTECEDENTES DE FR. JOSÉ DE PATERNINA

Fr. José de Paternina y Samaniego, natural de La Bastida (Alava), ingresó muy joven en el convento de Badaya, de la orden de San Agustín, cuyo hábito vistió desde luego. No se distinguió por su talento ni por su sabiduría, pero sí por su carácter malévolo y vengativo. De su religiosidad, baste decir que fué apóstata algunos años, lo que le costó ser condenado á galeras. Logró vindicarse, y trasladado á Nueva España, tuvo en México una estada, durante la cual aconteció que el Tribunal de la Inquisición trataba de proveer la Comisaría del «Santo Oficio» en las Islas Filipinas, á la sazón vacante. Hasta entonces habían venido desempeñándola religiosos dominicos; pero, á causa de varios lamentables *lapsus*, el Tribunal de México tomó el acuerdo de sujetar á cierto examen á los Comisarios que en adelante nombrara, lo que bastó para que los dominicos de Filipinas, que el que más y el que menos se creía un sabio, rehusasen airadamente la Comisaría, por entender que tal examen previo era vejatorio para cualquier hijo de Santo Tomás que se estimase en algo.

Aprovechó la coyuntura el P. Paternina para ofrecerse candidato á la Comisaría; prestóse á que se le examinara si así lo deseaba el Tribunal; alegó en su favor que la orden á que él pertenecía era la más antigua de cuantas trabajaban en el Archipiélago; y véase por dónde Fr. José de Paternina se halló nombrado Comisario de la Inquisición en Filipinas, título con el cual se trasladó á dichas islas en el mismo galeón precisa-

mente que el ya citado Gobernador y Capitán general don Diego de Salcedo.

III

«ALLÁ VA LA NAVE...»

Por general de la Armada salió indebidamente nombrado de México el distinguido geógrafo peruano D. Andrés de Medina, pariente de Fr. José de Paternina, el cual con ello no dejó de envanecerse; si el conde de Baños, Virrey de Nueva España, le había conferido al geógrafo el cargo mencionado fué—dicho sea en verdad—por sacudírselo, pues que el tal geógrafo le había estado moliendo mucho tiempo con la pretensión de que se organizara una expedición á las islas Salomón, adonde Medina tenía especial empeño en ir. Salcedo, apenas la nave se apartó de la costa americana, destituyó á Medina del generalato, y puso en este puesto al que otras veces lo había desempeñado, D. Francisco García del Fresno, acreditado ya como general de naos. Paternina estimó como una ofensa á su persona la deposición de su pariente, y á partir de aquel momento se enemistó con el Gobernador.

Bien será advertir que desde el principio del viaje, Paternina y Salcedo—que no se habían conocido hasta hallarse á bordo del *San Juan*—no simpatizaron: al Comisario se le indigestó el Gobernador y al Gobernador se le indigestó el Comisario. Vinieron, pues, á improvisarse cabezas de grupo ó de tertulia, y merece notarse que viniendo en la misma nave el provincial de agustinos Fr. Alonso Quijano, éste formó siempre en el grupo de que era cabeza el Gobernador, no recatándose en manifestar cierto desdén por el P. Paternina, que vino á ser caudillo social de la parte más podrida y desalmada de cuantos iban á bordo. Cuando el viaje terminó, Paternina y Salcedo se repelían instintivamente. Sin embargo, el Comisario hizo de tripas corazón, y aunque en sus adentros mantenía el ansia de venganza, no vaciló en pedirle á Salcedo un destino

de provecho para el capitán Gonzalo de Samaniego, su sobrino, pretensión en la cual no fué atendido.

El odio del fraile subió de punto.

IV

LAS MALDITAS FALDAS

El P. Paternina había sido hombre afortunado con las hijas de Eva. Él mismo declaró al definidor Fr. Francisco Vasco que en México había sustentado «cuatro ocasiones ilícitas». Una de estas pecadoras estaba casada con el capitán Juan de Haro, el cual, con su mujer, se trasladó á Filipinas. Ella debía de ser guapa y fácil. Lo cierto es que Salcedo se llevó á Palacio, para su asistencia, al matrimonio, y á la capitana la distinguió lo bastante para que todo Manila diese por hecho que claudicaba con el apuesto Gobernador, que por cierto era soltero. Y no hay que decir cómo se puso de celos el P. Paternina.

Si el agustino tenía ya otros motivos para odiar á Salcedo, el hecho de que Salcedo le birlase á la mujer con quien, en México, había convenido reanudar sus sacrílegos amores en Manila, le puso fuera de sí, y juró y perjuró que Salcedo tendría que pagárselas. Pero es que había más todavía: quiso Paternina hacer en Manila la misma vida que en México, saliendo del convento á altas horas de la noche, y el P. Quijano se lo prohibió: ¿quién le quitaba del magín á Paternina que en esta prohibición no había intervenido D. Diego de Salcedo?

V

SALCEDO, GOBERNADOR Y HOMBRE DE NEGOCIOS

Entonces, la «nao de Acapulco» constituía la mayor preocupación de la colonia; como que en esa nao se hacía todo el comercio exterior, en el cual participaban las personas privi-

legiadas, comenzando por el Gobernador, que solía ser quien más provecho obtenía. Salcedo tomó muy en serio la regularidad de la salida de los barcos, y al tiempo que acreditaba su celo en pro del comercio colonial, iba él enriqueciéndose, cada vez con más codicia, sin reparar que por esta causa se hacía cada vez más enemigos. Las embarcaciones tenían un límite de capacidad; así, cuanto más cargaba él por su cuenta, menos podían cargar los otros comerciantes, y resultó á la postre que no tardó en enajenarse la voluntad de los grandes *vividores*, que eran los elementos más calificados del país.

Por si esto era poco, vino á chocar, primero con la Orden de dominicos, poderosísima, y después con el Arzobispo, que alguna fuerza mandaba. Chocó con los dominicos, porque, habiendo éstos celebrado capítulo provincial, no le comunicaron (como estaba mandado) la tabla de distribución de cargos; y con el Arzobispo, por dos asuntos de personal que pueden referirse en muy pocas palabras.

El sacerdote expulso de la Compañía de Jesús, Dr. Diego de Cartagena y Mendoza, había obtenido de S. M. una plaza de racionero en la catedral manilense. Presentóse á la posesión, y el Cabildo se negó á dársela. El Arzobispo, D. Miguel de Poblete, se puso de parte del Cabildo. Salcedo ordenó por dos veces que se cumpliera la voluntad de S. M.; pero ni el Arzobispo ni los suyos se prestaban á obedecer á S. M. Entonces Salcedo expidió una tercera provisión, en tales términos, que el Dr. Cartagena se posesionó de la ración con que S. M. le había favorecido, aunque el Arzobispo, al ceder, hubo de declarar, ante la imagen de un *Ecce-Homo*, que sólo «por fuerza mayor» obedecía. Ante esta actitud del clero catedral, verdaderamente facciosa, Salcedo, pretextando los apuros del Tesoro, privó del estipendio al Arzobispo y á los prebendados, los cuales tomaron el acuerdo de no asistir á coro: decían que si no les pagaban, no rezaban. Pasados algunos meses, depusieron su actitud estos *desinteresados* sacerdotes, los cuales, por lo visto, no querían comunicarse con Dios si no recibían sueldo.

En esto vacó el deanato, y el Arzobispo se vió en la precisión de ir á visitar al Gobernador, con quien, tiempo hacía, había cortado relaciones. Salcedo, que tenía noticia de la visita del Sr. Poblete, llamó al Fiscal (D. Francisco de Corcuera), y le rogó se apostase detrás de una cortina: Salcedo deseaba que el Fiscal fuese testigo de la entrevista. Llegó á Palacio el Arzobispo. El Gobernador le proporcionó un plantón de casi media hora, y se dice *plantón*, porque de propósito mandó quitar de la antesala todos los asientos. Entró, al fin, su Ilustrísima, y después de los saludos de rubrica, el viejo prelado propuso para el deanato al Mtro. Francisco de Pan, que era el de más edad en el Cabildo. Salcedo, con cierta sorna, preguntóle:

—¿Y cómo no propone al arcediano?

—Porque mi sobrino es todavía mozo para ese cargo. Ahora, si su Señoría quiere favorecerle, déle sueldo de capellán mayor pór entero.

Entonces Salcedo, que debía tener mucha bilis acumulada, replicó con viveza:

—¡Pues ni una cosa ni otra! ¡Ni deanato para Pan, ni capellanía mayor para el sobrino!

El Arzobispo se hizo cruces del exabrupto del Gobernador. Pero éste, para que su Ilustrísima no siguiera santiguándose, tiró de la manta, y le echó en cara que, sobre haber alborotado la república, aconsejando á los prebendados que cerrasen la iglesia, le había sido alevoso é ingrato, escribiendo á la Corte todo linaje de horrores contra él. Poblete intentó sincerarse; pero Salcedo le fué á la mano, haciendo salir de su escondite al Fiscal, quien se vió en el caso de decir que así lo había oído á personas graves... En este punto, Salcedo se encaró con su Ilustrísima y, con aire severo, le espetó esta andanada:

—Porque miro que es un hombre caduco, no hago en su persona una demostración que le impida volver á su casa por su propio pie.

Le volvió las espaldas, y dió por terminada la entrevista.

El Arzobispo salió de Palacio tambaleándose. No hizo más

que llegar á sus habitaciones, y sentirse enfermo. A partir de este día (25 de Mayo de 1667), ya su Ilustrísima no tuvo ninguno bueno: decayó, empeoró, y el 8 de Diciembre de aquel mismo año—fecha designada para celebrar con toda pompa la jura del rey D. Carlos II,—D. Miguel de Poblete abandonó este mundo.

Salcedo, que no era un rencoroso recalcitrante, asistió al entierro, y fué uno de los que cargaron con el féretro; y luego asistió á las honras fúnebres, que presidió con cristiana devoción. Pero á la gente tonsurada nadie le quitó de la cabeza que Salcedo fuese el autor moral de la muerte de Poblete.

VI

EL CATOLICISMO DE SALCEDO

Era rigurosamente exacto que el arzobispo Poblete había escrito cartas contra Salcedo, acusándole, no sólo de inmoral y codicioso, sino de poco católico. Esto último constituía una novedad. En México, lo mismo que en Madrid, estaban ya curados de espanto en lo concerniente á que los gobernadores cometiesen ciertos géneros de abusos; pero en lo que tocaba al cumplimiento de los deberes religiosos, no creemos que con frecuencia se hubieran dado reales cédulas como la que en 11 de Noviembre de 1666 dirigió la Reina Gobernadora á D. Diego de Salcedo, documento en el cual, amén de reprocharle el poco afecto que tenía á los eclesiásticos, le decía: «Faltáis á la »asistencia del culto divino y fiestas de tabla, así de la Cate»dral como de las religiones, sin estar impedido por falta de »salud, á cuyo exemplo se excusan los Oidores, Cabildo y Re»gimiento; y se os advierte cumpláis en esta parte con vuestra »obligación y oficio, sin dar ese mal exemplo, por ser tan im»portante y necesaria la asistencia y veneración al culto divi»no en esas provincias, por los muchos infieles que los asisten »y rodean.»

Pero es que Poblete no se contentó con quejarse á la Corte de la conducta de Salcedo; quejóse también al Inquisidor general, á quien, en carta de 20 de Junio de 1666, hacía estas graves manifestaciones:

«Reconozco sus grandes servicios siendo maestre de campo en Flandes, en los ejércitos de S. M.; pero no se niegue que no es todo español, y más cuando el afecto lo manifiesta en el efecto, y que su inclinación y amor no le aplica á los españoles, sino á los extranjeros: luego que llegó, fué despidiendo á todos los que tenía en Palacio y trajo de España, introduciendo holandeses flamencos, y para esto envió á Jacatra ó Batavia á pedir á los holandeses le enviasen algunos que le sirviesen, y se los remitieron; aplicó uno á mayordomo y los demás en otras ocupaciones de su casa, que son los que hoy tiene á su servicio, y de los que se compone su palacio, y lo más dañoso para esta tierra, y que se debe llorar, es que, siendo extranjeros, son también extrañas sus costumbres y no católicas, y con publicidad se conoce que el uno es calvinista, y sigue la secta de Calvino, y á esta gente, nuevamente convertida, es grave daño y perjuicio, y que apestará esta viña, que tanto ha costado al Rey, nuestro señor, y á tantos varones apostólicos que han plantado la fe en ella.»

Después habla el prelado de la escasa escrupulosidad con que Salcedo administraba la Hacienda Real, y añade:

...«el poco cuidado al gobierno y divertimiento á la codicia y á la asistencia á una mujer casada que tiene en su compañía, con gran nota y escándalo, y asistencia con su marido, llevándola en la carroza y embarcada consigo por el río, es tan grande, que desde que vino á estas islas no ha tratado de cosa que cuide al engrandecimiento y fortificación de esta plaza...

»Lo poco devoto á Dios y á la Iglesia es tan notorio, que ni á fiesta de tabla asiste; antes, cuando el día obliga, busca ocasión de hacer ausencia; ninguna frecuencia de Sacramentos, ni se sabe confiese y comulgue, si no es para cumplir con la Iglesia y Semana Santa; sermón no le oye, y teniéndole la

Real Audiencia en su capilla los miércoles y viernes de las cuaresmas, no se probará ha oído ni siquiera uno»...

Por lo que respecta al P. Paternina, que venía preparando su venganza, parece ocioso decir que también escribió contra Salcedo: precisamente al tiempo que los inquisidores se enteraban de la carta transcrita de Poblete, enterábanse de otra del Comisario, fechada en Manila á 5 de Junio de 1666, en la cual, á vuelta de no pocas reflexiones exageradas, concluía diciendo de Salcedo que, «en general, todas sus acciones le hacían sospechoso de poco catolicismo». Nótese que no se le negaba que fuera católico; decíase de él que simpatizaba con algunos herejes, y que la religión católica la practicaba con excesiva sobriedad ó tibieza.

Cuando llegó la ocasión de concretar el *runrún* de los desocupados, vínose á saber, con referencia á D.ª Clara de Molina, que lo había oído á unos holandeses, cocheros de Salcedo, que éste, en cierta ocasión, como viera al capitán Juan de Haro andar por Palacio con un rosario en la mano, le preguntó con cierto enojo: «¿A qué anda con ese rosario? ¿No basta que rece cuando oye misa?» También se dijo que el general D. Fernando de Bobadilla, que solía por devoción llevar siempre en la mano su rosario, dejó de llevarlo desde que entró á asistir al Gobernador. El citado capitán Haro, á quien le molestaba el que la gente se figurase que Salcedo tenía que ver con la mujer de aquél, y que estaba ya un tanto harto de la protección del Gobernador, llegó á declarar: «Que lo que sabe es, por haberlo oído así comúnmente en la ciudad, que el Gobernador de estas islas no parece católico, según sus obras; y este declarante, fuera de haberle visto oir una misa y cuando tocan las ánimas rezar, no le ha visto otra acción devota.» Es decir, Salcedo oía misa diariamente, y diariamente rezaba la oración; no obstante lo cual, era *poco católico*... Porque el catolicismo entonces consistía en devorar rosarios á diario, hacer frecuentes novenas, oir sermones á cada paso y confesar y comulgar todos los sábados.

Esta tibieza católica, unida á las simpatías que mostraba por los holandeses un hombre que había pasado en Flandes casi toda su vida, y, por último, el rumor que se había esparcido de que, cuando tuviera que regresar á Europa, lo haría por la vía de Oriente, sólo por tocar en Batavia y otros puntos donde había herejes, no hay para qué decir que fué todo ello recogido por el P. Paternina, á fin de utilizarlo como maza de Fraga para aplastar al hombre á quien tanto aborrecía, al hombre de quien había jurado vengarse implacablemente.

En cambio, no se le puso á Salcedo en la cuenta el que había sido decidido protector del P. Sanvítores, fervorosísimo misionero en Marianas, y al cual, como ya veremos, dejó una manda de diez mil pesos para fomento de los misioneros en aquellas islas.

VII

LOS MANEJOS DEL P. PATERNINA

Las primeras quejas del Comisario manilense al Tribunal de México llegaron á éste por Febrero de 1666. El P. Paternina estaba aliado á los más encarnizados enemigos del Gobernador, y había acertado á suscitar el odio de aquellos que, no teniendo nada que agradecer á Salcedo, podían, *motu proprio*, acumular quejas contra el amante de la ex-amante del P. Paternina. Las quejas se contraían á estos dos extremos: *de lo poco que el Gobernador se cuida del servicio de ambas Majestades* y *de la comunicación que tiene con holandeses herejes*.

Como se trataba de un tan alto personaje, el Tribunal acogió con las debidas reservas las denuncias, aunque no dejó de trasladarlas al Consejo de Indias, que, como es sabido, radicaba en Madrid. El Virrey de Nueva España, por su parte, se informó también, y de lo que supo dió traslado al mencionado Consejo. Éste, previendo que pudiera instruirse una causa sin suficiente base, acordó, en 22 de Noviembre de 1667, que el Tribunal de México escribiera á su Comisario de Manila «que

estuviese con cuidado, y *si resultaba alguna otra cosa más contra el Gobernador, recibiese información y la enviase*». En una palabra, nada de proceder contra Salcedo, sino simplemente informar de lo nuevo que contra él se supiera; porque, en opinión del Consejo, lo que hasta entonces se sabía no era bastante para instruir una causa. El Tribunal de México trasladó el acuerdo del Consejo al Comisario de Manila; pero cuando Paternina recibió el traslado, ya había tomado contra Salcedo la resolución estupenda que en breve verá el lector.

A 4 de Septiembre de 1668, el P. Paternina, que ya tenía el terreno preparado, inició un sumario inquisitorial, tomando declaraciones al general D. Sebastián Rayo y Doria—uno de los malvados más refinados que en Manila había;—el 11 del mismo mes declaró el capitán Nicolás Muñoz de Pamplona; el 12, el Br. José Carrión, y en los días siguientes el capitán Diego de Palencia, familiar del Santo Oficio; Miguel Fernández Maroto; Ldo. Alonso Pérez Doca; el capitán Juan de Haro; Fr. Juan de Paz, dominico; Benito Castañeda, soldado de artillería; Diego de Medina, enfermero del Hospital Real; don Francisco Enríquez de Losada y el almirante Francisco Alonso de Vizcarra; todos los cuales, ateniéndose al *se dice* del arroyo, «hablaron de la opinión que el Gobernador merecía en el pueblo, de sus negocios con holandeses, de que *se sospechaba que quería escaparse á Batavia*, del peligro en que el catolicismo se hallaba en las Islas con el frecuente trato de herejes, y de nimiedades como las que quedan consignadas». (MEDINA.)

El 28 del mismo mes de Septiembre, el Comisario nombró á nueve religiosos para que calificasen las proposiciones imputadas al Gobernador. Fueron los calificadores: Fr. Francisco Solier, provincial de franciscanos; Fr. Juan Gómez y Fr. Agustín de San Pascual Bailón, agustinianos; Fr. Juan de Paz, Fr. Diego de San Román y Fr. José de Isusi, dominicos, y los PP. Juan de Landa, Francisco Salgado y Tiburcio de Cifuentes, jesuítas; de los cuales sólo dos dijeron que la causa perte-

necía al Santo Oficio, por considerar al reo «vehementemente sospechoso en la fe y en la herejía de Lutero y de Calvino».

Débil era el clavo, pero clavo tenía ya donde colgar sus pasiones el P. Paternina, quien procedió en el acto á llamar á los consultores, que fueron: D. José Millán de Poblete (sobrino del Arzobispo desdeñado por Salcedo), el canónigo D. Francisco Pizarro de Orellana y el Ldo. Manuel Suárez de Olivera (abogado portugués de pocas letras, que por cierto fué luego procesado por judío); los cuales, el 7 de Octubre siguiente, declararon—dando en ello sumo gusto al P. Paternina—que «se podía proceder á la prisión, pues concurrían de sobra (!) las tres condiciones estatuídas en el Código de procedimientos de la Inquisición». Paternina consultó además con los oidores; pero éstos, precavidos, no informaron por escrito, sino *in voce*, opinando «que el Comisario lo ejecutase con la mano del Santo Oficio»... No se dirá que Paternina no aprovechó hábilmente la oleada de rencores que contra Salcedo había, principalmente por la codicia con que éste se venía conduciendo en los negocios de la nao de Acapulco.

De tiempo atrás, ya sospechaba Salcedo que algo se intentaba contra él; pero apenas si tomó otra medida previsora que dormir encerrado, y dejando junto al lecho unas cuantas armas blancas y de fuego preparadas. De todas suertes, estuvo muy lejos de su ánimo sospechar lo que le iba á suceder; porque, en último término, lo que le sucedió á Salcedo no tenía antecedente en la historia colonial.

VIII

LA PRISIÓN DEL GOBERNADOR SALCEDO

El P. Paternina no se durmió en las pajas: en menos de cuarenta y ocho horas lo arregló todo. Ganó, con amenazas, á la vieja que dormía en la misma cámara que el Gobernador, para que en el acto de oir ciertos golpecitos que convinieron,

franquease la puerta de la cámara; púsose de acuerdo con el maestre de campo D. Agustín de Cepeda, á fin de que éste obligara á la guardia de Palacio á que no experimentase la menor alteración cuando viese entrar de madrugada á cierta muchedumbre armada... Y á las nueve de la noche del 9 de Octubre de aquel año de 1668, entregó al alguacil un mandamiento de prisión contra el M. I. Sr. D. Diego de Salcedo, Gobernador, Capitán general y Presidente de la Real Audiencia de las Islas Filipinas. El alguacil fué á dar aviso á las personas que en dicha prisión tenían que intervenir, y á la una de la madrugada ya estaban todos á la puerta de Palacio.

Entró el primero Fr. José de Paternina, seguido de los alcaldes ordinarios de Manila D. Sebastián Rayo y Doria y don Nicolás de Pamplona; y tras éstos, los capitanes D. Gonzalo Samaniego (sobrino de Paternina), D. Juan Vargas Machuca, D. Juan Robles, D. Diego Morales, D. Juan de Morales, Diego de Palencia y Juan Tirado, «dexando otros veinte hombres en diferentes oficinas de Palacio y doze religiosos de San Francisco siguiendo á su provincial Fr. Francisco Solier, y guardián Fr. Mateo de la Anunciación, *armados todos*». (F. Enríquez de Losada.)

Pase que con el Comisario de la Inquisición fuesen frailes á prender á un Capitán general tildado de tibieza católica; lo que apenas se concibe es que al Inquisidor le acompañasen militares, y menos aún que, al llegar tan extraño contingente y tan á deshora á Palacio, todo un maestre de campo, D. Agustín de Cepeda, le dijese á la tropa que montaba la guardia: «Nadie se altere: ¡es la Inquisición, que hace su oficio!» Y como nadie se alteró, el P. Paternina, con su escolta, subió al piso principal; llegó á la puerta de la cámara donde Salcedo dormía profundamente, dió los leves golpecitos convenidos, la vieja franqueó la puerta del dormitorio, y Fr. Paternina, con los suyos, rodearon el lecho del Gobernador y Capitán general de Filipinas.

Salcedo despertó sobresaltado, al tiempo precisamente que

con el pabellón de la cama le dificultaban todo movimiento los que le habían rodeado. En este momento de sorda confusión, el P. Paternina profirió estas únicas palabras:

—¡Sea preso por el Santo Oficio!

—¡Por el Santo Oficio?—exclamó Salcedo con cierta sorpresa; y repuso en el acto:—¡Seguro estoy!

¡Y tan *seguro!*... Como que, sin dejarle que se incorporase, sin consentirle que se pusiera los calzones, en camisa, tal como se hallaba, sus opresores echáronle un par de grillos, los remacharon, y, como si fuera un fardo, dejáronle caer sobre una hamaca, la misma que solía servir para conducir al hospital pobres enfermos. Y así, de esta guisa, desnudo casi, en la hamaca de los andrajosos, D. Diego de Salcedo fué transportado al convento de Nuestra Señora de los Angeles del P. San Francisco de Manila... ¡Fácil es imaginarse el trago que pasaría el hombre que en Flandes había ganado honrosamente el codiciado empleo de maestre de campo de los tercios españoles!...

A la mañana siguiente—según F. Enríquez de Losada, alcalde mayor de Tondo á la sazón,—«al abrir las puertas de la ciudad, divirtió por sus contornos la voz del inaudito caso; quedaban los hombres atónitos; que sólo podrá concebir y explicar esto el que con experiencia hubiera conocido el poder de un señor Gobernador de estas Islas»... Los indígenas, llenos de estupor, «parecía que se levantaban de algún profundo letargo»: no habían visto jamás, ni se les alcanzaba, cosa semejante; el Gobernador era quien representaba al Rey, y así, le miraban como algo muy sagrado.

La gentecilla española, los vividores sobre todo, ¡cuánto celebraron el inaudito caso!...

IX

EL GOBERNADOR INTERINO

Los oidores, que habían venido viendo con íntima satisfacción los pasos que daba Paternina para preparar el golpe, no pudieron menos de manifestar su júbilo al enterarse, por comunicación oficial del Ayuntamiento, que la prisión de Salcedo era un hecho consumado. Ninguno de ellos, á la verdad, tenía motivos para malquerer al Gobernador; pero es que, depuesto éste, alguien de la Audiencia tenía que hacerse cargo del mando supremo de las Islas, y ser Gobernador general en aquellos tiempos significaba, por poco que durase la interinidad, improvisar una fortuna, amén que hallar oportunidad de otorgar mercedes á los paniaguados y dar palos de ciego sobre la cabeza de los émulos.

Componían la Audiencia en aquella memorable época don Francisco de Coloma, D. Francisco de Montemayor y Mansilla y D. Juan Manuel de la Peña Bonifaz, oidores, más el fiscal D. Francisco de Corcuera y Mejía. Reunidos para decidir á quién de ellos correspondía el bastón, suscitóse una viva polémica entre los dos primeros de los mencionados, porque los dos se creían con mejor derecho: ambos habían venido á Filipinas en el mismo barco; Coloma alegaba en favor suyo el que su nombramiento se hubiera firmado antes que el de Mansilla; en tanto que Mansilla alegaba en su favor el que se había posesionado del cargo días antes que Coloma. Irreducibles ambos, intervino Peña Bonifaz, que era el más moderno, para proponer una solución transitoria: — «Déseme á mí—dijo—el mando por de pronto, porque el país no puede estar sin Gobernador ni un día; luego estudiaré yo el asunto concienzudamente, y cederé el bastón al que tenga mejor derecho.» Acep-

tada la fórmula por sus compañeros, Peña Bonifaz fué reconocido como Gobernador, Capitán general y Presidente interino. El propio Paternina, gran amigote de Peña, le hizo entrega del bastón que había usado el infeliz Salcedo, un bastón «con guarniciones de filigrana de oro».

Reconocido Peña Bonifaz por la milicia, Corporaciones civiles y religiosas y por todas las clases sociales, su primera medida fué nombrar sargento mayor de la plaza á su confidente D. Juan de Morales Valenzuela; á un hijo de éste le nombró en seguida capitán de la guardia de Palacio, y proveyó otros cargos de importancia en los que le eran personalmente más afectos. Para mejor ganarse á la tropa, vació las Cajas reales, pagando á los soldados con largueza... Y pasaban los días, y Peña no soltaba el bastón por nada ni por nadie.

Coloma y Mansilla no tardaron en llamamarse á engaño, pero sobre todo después que vieron que Peña Bonifaz arrojaba al cesto de los papeles inútiles las provisiones que aquéllos le enviaron invitándole á que cediera el mando. Persuadidos al fin de que no lo cedía, decidieron acatar la autoridad del intruso. Peña, sin embargo, como no las tenía todas consigo, á fin de obrar con más desembarazo, prendió primero y desterró después á sus incautos colegas: á Coloma lo mandó al pueblo de Bay (no muy lejos de Manila) y á Mansilla al de Otón (en la isla de Panay). Contra el Fiscal no tuvo nada que hacer, porque, enfermo éste de gravedad, se fué á provincias á reponer la salud, y en provincias murió el 1.° de Julio de 1669.

Fué, pues, profundo el trastorno que trajo á la Colonia la prisión de Salcedo. Aparte el daño que se infirió al principio de autoridad, sobrevino una perturbación administrativa extraordinaria; como que la Audiencia puede decirse que no existía, el Ejército estaba desmoralizado, los funcionarios públicos hacían lo que querían y, á todo esto, Peña Bonifaz, convertido en *Juan Palomo,* muy á satisfacción del P. Paternina, único autor de tan lamentable desbarajuste.

X

EL ENSAÑAMIENTO DEL P. PATERNINA

Cinco años estuvo el P. Paternina acariciando la venganza. Al fin la había visto cumplida. Pero no le bastaba el golpe dado; necesitaba ensañarse, y se ensañó con la más execrable crueldad. No obstante que Salcedo tenía puestos grillos y se hallaba en la más recóndita celda del convento de franciscanos de Manila, el Inquisidor creyó que estaría más seguro todavía en casa del capitán Diego de Palencia, donde le trasladó, pero no porque fuera esta nueva prisión más segura que el convento, sino porque dado el odio que Palencia—hombre de malas entrañas—profesaba al desgraciado Salcedo, entendía que así aumentaría los sufrimientos del preso al verse escarnecido por un subalterno á quien en alguna ocasión le había reprendido. Pasados unos días, el implacable Comisario volvió á trasladar al preso, pero al convento de San Agustín, por ser el edificio más fuerte de Manila; dejóle en la celda que reputó más á propósito, y á los grillos le añadió una pesada cadena, cuyo extremo aseguró en el muro de la celda. ¡Sabe Dios lo que le darían de comer, y sólo Dios sabrá cómo dormiría el que por cinco años corridos había sido Capitán general de Filipinas; á quien, por negárselo todo, se le negó que pudiera nombrar defensor suyo al racionero de la Catedral, Dr. Cartagena y Pantoja!...

Así lo pasó el infeliz Salcedo hasta mediados de 1669, en que, con la causa, y aherrojado como el más odioso criminal, fué embarcado en el patache *San Diego* para México. La suerte, decididamente, le había vuelto del todo las espaldas á Salcedo: los temporales obligaron á la nave á arribar á Filipinas, y otra vez el desdichado Gobernador vióse en la mazmorra de San Agustín, con grillos y cadena.

No hay que decir que se le había embargado, y que buena parte del dinero de Salcedo había ido á dar en manos de nego-

ciantes. Peña Bonifaz, de acuerdo con Paternina, manejó á su antojo los bienes de D. Diego; sólo al capitán Pedro Quintero le entregó 20.000 pesos para que, por cuenta de Peña, «los fuese dando á ganancia»...

A mediados de 1670 volvió á ser embarcado para Acapulco Salcedo. Hallábase el infeliz tan consumido, que, en previsión de que expirase en la travesía, fueron acompañándole dos religiosos de toda la confianza de Paternina, por éste debidamente instruídos: Fr. Antonio de Godínez y Fr. Pedro de Torrenueva. A la mitad de la navegación, Salcedo se sintió morir; en los días 16 y 18 de Octubre se dispuso para ello: confesó repetidas veces, comulgó, testó y, entre otras mandas, dejó una de 10.000 pesos para el P. Diego Luis de Sanvítores, jesuíta, insigne misionero de Marianas, para el fomento de las misiones de dichas islas. Y el 24 del mismo mes, en la inmensidad del Pacífico, acabó para siempre la vida de Salcedo. Su cadáver fué arrojado al mar, probablemente con los grillos y la cadena...

Cualesquiera que fueren los pecados de Salcedo, éste, parangonado con su verdugo, resulta un santo. Tibio fué Salcedo en religión, pero nunca apóstata, como lo había sido Paternina.

XI

EL TRIBUNAL DE MÉXICO

Cedamos la palabra á Fr. Juan de la Concepción, agustino recoleto, prestigioso historiador de Filipinas:

«Llegó—dice,—aunque sin el presumido reo, el proceso al Santo Tribunal de México; registróse por aquellos severos jueces con toda diligencia; consultaron á Calificadores, y hechas averiguaciones necesarias, el día 31 de Octubre de 1671 fallaron de nulidad, sentenciando la prisión por injusta y atentada, mandando que se desembargaran sus bienes y que se restituyesen á los herederos; y á la pública satisfacción, teniendo el

hecho por enorme, y aun sospechoso, privaron al P. Fr. Joseph Paternina del oficio de Comisario, con orden que se remitiese á aquel Tribunal, preso, como así se hizo el año siguiente»...

Este párrafo, con ser tan expresivo, no da, sin embargo, idea de la indignación que experimentaron los inquisidores de México, dicho sea en honra suya. He aquí lo más substancial del primer documento que, sobre el mismo proceso, dirigieron los inquisidores de México al Consejo de Madrid:

«Ahora, Señor, nuestro sentir es que lo obrado y ejecutado por el Comisario ha sido el mayor abuso de jurisdicción que ha hecho ministro, y el atropellamiento de justicia y daño irreparable en honra, vida y hacienda; el mayor que ha causado hombre, con descrédito y daño gravísimo al justificado proceder y atención y prudencia con que obra el Santo Oficio y sus ministros deben ejercer en lo que les toca, nacido todo de pasión y mal ánimo contra D. Diego, y todas las deposiciones están mostrando que fué liga de los testigos y el Comisario; y por otras cartas, se muestra que también de los oidores, por usurparse el Gobierno, habiendo puesto aquella ciudad é islas, además del riesgo de perderse que se deja considerar, en la mayor turbación de ánimos que podamos decir.»

La carta, fechada en México á 18 de Enero de 1671, y firmada por los Ldos. D. Juan de Ortega Montañés y D. Nicolás de las Infantas y Venegas, es larguísima: en ella se extracta lo más interesante del proceso, y se obtiene la consecuencia de que, á todo tirar, Salcedo podía inspirar cierta vaga sospecha de tibieza en materia de fe.

La sentencia á que alude el P. Concepción, de 31 de Octubre de 1671, concluye:

«Fallamos, atentos los autos y méritos de ellos, ser y haber sido nula, injusta y atentada la prisión que el Comisario de Manila, Fr. Joseph Paternina, hizo y ejecutó por sí en la persona del Maestre de campo D. Diego de Salcedo, Gobernador y Capitán general de las Islas Filipinas y Presidente de la Real Audiencia de ellas; y así lo debemos declarar y declaramos por

ninguna y por injusta y atentada, y que todos los embargos que el dicho Comisario hizo en todos los bienes y hacienda de dicho Maestre de campo, Gobernador y Capitán general don Diego de Salcedo, fueron y son y han sido nulos, injustos y atentados; y, en consecuencia de ello, debemos de mandar y mandamos alzar y que alcen todos los embargos que se hicieron, y dar por libres los bienes y hacienda que fué embargada por dicho Comisario, y que por los inventarios que de la hacienda y bienes se hicieron, se haga entera y se dé toda satisfacción, sin disminución ni falta alguna, á los sucesores y herederos de dicho Maestre de campo, D. Diego de Salcedo, y á sus albaceas, y á quien fuere parte legítima de todos ellos y cada uno; y que, para el efecto, que plenariamente se haga la reclamación de la hacienda y bienes, se despachen y den por este Tribunal, además de los mandamientos de alzamiento de embargos, todas las órdenes y comisiones necesarias hasta la debida ejecución...»

Despréndese de aquí una lección, igualmente provechosa para los amigos y para los enemigos de la Inquisición: dirán los primeros que el Tribunal hizo plena justicia; pero dirán los segundos: *¡á buena hora!* Es verdad que no pudo ser antes, porque el Comisario se precipitó. De todas suertes, cabe decir que si no hubiera habido Inquisición, no habría habido Comisario, y sin éste Salcedo no habría sido víctima de una de las mayores iniquidades que registra la historia colonial. Si él pecó de codicioso, para eso estaba el Consejo, y, sobre todo, el Rey: para pedirle cuentas. Todo lo demás que se le imputaba no valía la pena, juzgando las cosas serenamente.

En último término, al Tribunal de México le alcanzará siempre la responsabilidad de haber confiado la Comisaría á quien no debió confiársela. Con poco que hubiese indagado, habría sabido que Paternina había sido apóstata de la fe; que en México observó una conducta licenciosa; y sin indagaciones de ninguna clase, pudo haber advertido que este fraile agustino ni tenía talento, ni tenía letras. ¿A quién, pues, fió

un cargo tan delicado? Fióselo á un hombre vulgar, de bajas pasiones, ¡y así salió ello!...

XII

EPÍLOGO

El Tribunal de México no se conformó con reivindicar la memoria de Salcedo; hizo más: procedió contra el P. Paternina, á quien exigió estrecha cuenta de su conducta. Pero antes de decir qué suerte tuvo este mal religioso, digamos la que tuvieron dos de los principales sujetos que en él asunto de Salcedo intervinieron.

A 24 de Septiembre de 1669, se posesionó del mando de las Islas D. Manuel de León, maestre de campo que había sido en Flandes y en Galicia: su antecesor, el indigno Peña Bonifaz, temeroso de lo que pudiera ocurrirle, se refugió en la iglesia de San Nicolás, de los agustinos recoletos. Suscitóse con este motivo un animado pleito acerca de si era ó no válida esta inmunidad; pero al pleito puso término la muerte de Bonifaz. Su gobierno fué declarado *intruso*, y se le confiscaron los bienes.

El P. Solier, provincial de los franciscanos, que tan activa parte tomó en la prisión, huyó á los montes, y por ellos vagó años enteros, siempre escondido. Es tradición que hacía vida de anacoreta, y llevaba una gruesa soga al cuello. Los naturales, tomándole por santo, sobre que le protegían, le admiraban. Parece que experimentó profundo arrepentimiento, y lleno de melancolía murió en Abril de 1675, en pleno bosque. Su cadáver fué llevado por unos campesinos al pueblo de San Pablo de los Montes, donde le enterraron.

En cuanto al P. Paternina, de orden del Tribunal de México pasó en calidad de procesado á Nueva España en 1673, y el 18 de Enero del siguiente año, navegando por el mar Pacífico, en el mismo paralelo en que precisamente había muerto

D. Diego de Salcedo, murió el Comisario, no se sabe si agobiado por el remordimiento ó de enfermedad natural.

No quiso S. M. que los seglares que habían coadyuvado á la prisión de Salcedo quedasen sin castigo, y á fin de que contra ellos se procediera, dió comisión, en 1580, al sucesor de D. Manuel de León, D. Juan de Vargas y Hurtado. Instruyó éste un proceso, y de resultas del mismo fueron condenados á diez años de presidio y embargo de bienes Rayo Doria y Muñoz Pamplona, alcaldes ordinarios de Manila, que habían sido, y el sargento mayor Tirado. El primero había ya muerto al ser dictada la sentencia. En tiempos del general Curuzalegui volvió á verse la causa: éste declaró nula la sentencia de Vargas, y mandó los autos á Madrid. Los señores del Consejo fallaron: «que debían declarar y declararon por nulos los autos hechos por D. Gabriel Curuzalegui, por defecto de jurisdicción; y revocaron la sentencia de D. Juan de Vargas en todo y por todo, y absolvieron y dieron por libres á los herederos y bienes del general Sebastián Rayo y Doria y capitán D. Nicolás Muñoz de Pamplona de las penas que por ellas fueron impuestas»... La cual sentencia fué confirmada por su Majestad en el Buen Retiro, á 22 de Junio de 1696.

Cerca de treinta años duró este ingrato negocio. Aunque oficialmente fueron absueltos ciertos sujetos, la Historia no podrá nunca levantarles la condena.

W. E. Retana

Madrid, Enero de 1910.

RECUERDOS

Continúo con mis recuerdos sobre mi primera elección de diputado por Quintanar de la Orden.

Me presentaba, ó por mejor decir, me presentó Martos en segundas elecciones por dicho distrito, aprovechando la vacante que había dejado al optar por el acta de Madrid.

Y continuaba yo discutiendo con D. Cristino sobre mis indiscutibles derechos para presentarme por el distrito en cuestión.

Mi primer argumento era éste:—Yo nunca sería un cunero por Quintanar de la Orden; yo tengo arraigo en la localidad, y la prueba de ello es que mi hermano Miguel nació casualmente en Quintanar de la Orden, porque en un viaje que hizo mi madre le sorprendieron los dolores de parto, al detenerse la diligencia en que iba, en el propio Quintanar.

Me oyó D. Cristino con toda la seriedad que el caso exigía, y convino en que, al nacer yo, nací predestinado á ser diputado en su día por aquella ilustre localidad manchega.

Y de acuerdo ya sobre este punto, yo agregué en un arranque de inspiración:

—Y no es eso sólo: no sólo nació mi hermano en Quintanar de la Orden por casualidad, es que yo tengo otros títulos que presentar á mis electores al solicitar su voto.

—¿Otros títulos?—dijo Martos con cierta sorpresa.—¿Y tan firmes como el del nacimiento de su hermano?

—Por lo menos tan firmes.

—Vamos á ver—replicó D. Cristino;—y se reclinó en el sillón, fijando en mí su curiosa mirada.

Entonces yo le referí minuciosamente un suceso, que ya creo haber referido en estas crónicas, pero que estoy dispuesto á referir de nuevo, porque su importancia justifica la repetición.

El año 48 ó 49, no recuerdo bien la fecha, y aunque podría comprobarla fácilmente, no estoy dispuesto á tomarme este trabajo, el año 48 ó 49, repito, vine yo á Madrid en compañía de mi padre, con el objeto de estudiar matemáticas y de prepararme para el ingreso en la Escuela de Caminos.

En aquellos años no había ferrocarril; apenas había diligencia durante algunos meses; el carro de violín en que se transportaba el correo era molestísimo; las mensajerías aceleradas tardaban más de quince días, así es que tuvimos que arbitrar medios extraordinarios para nuestro viaje.

Alquilamos una tartana, con el propósito de hacer el camino en jornadas cortas, deteniéndonos por las noches en las ventas, posadas ó poblaciones qne fuésemos encontrando.

Pero como este medio de transporte resultaba muy caro, buscamos compañeros de viaje, y así nos llegamos á reunir en número de cinco.

Cinco viajeros, con un equipaje ligerísimo, unos cuantos paquetes llevados á la mano y un par de cajones con fiambres, no era carga excesiva para el vehículo.

El reclutamiento de viajeros es curioso, y demuestra las costumbres y el estado social de aquella época, y sobre todo el punto de perfección á que había llegado la industria de los transportes.

Los viajeros éramos los siguientes:

La señora de Ponzoa y su hijo, un joven próximamente de mi edad. Dicha señora de Ponzoa, que, entre paréntesis y sin necesidad de paréntesis, era muy hermosa, muy buena y muy amable, era además la esposa del entonces ministro de Marina.

¡Qué tiempos aquellos en que la esposa de un ministro tenía que hacer el viaje de Murcia á Madrid en tartana!

Además, mi padre y yo.

Y completaba el número cinco un ebanista muy célebre, de Murcia, que venía á trabajar á Madrid: era casi un artista, y persona muy fina y muy simpática.

Véase cuántas clases sociales estaban representadas en el interior de aquella modestísima tartana, montada, no sobre resortes, sino á estilo de Murcia, sobre el brutal y robusto eje de las ruedas.

Con lo que el traqueteo era formidable, aunque la velocidad no era grande, y llegábamos siempre molidos á la venta en que habíamos de hacer noche.

Sin embargo, ¡qué viaje tan agradable y tan poético, sobre todo para mí, que jamás había salido de Murcia sino para ir á Cartagena durante los veranos!

Decía, ó empezaba á decir, hace un momento, que en el interior del modestísimo vehículo estaban representadas muchas clases sociales.

La señora de Ponzoa representaba el poder, la aristocracia, casi la mayor jerarquía de la política, puesto que su esposo era ministro de Marina.

Mi padre representaba la clase media intelectual: médico, profesor de Agricultura y un gran botánico, amigo íntimo de Cutanda y de Amo.

El hijo de la señora de Ponzoa y yo podíamos representar dignamente la simpática clase estudiantil: la juventud, el porvenir de la patria. Y el ebanista simbolizaba, en cierto modo, la clase trabajadora, elevándose hasta las regiones del arte, por su talento y su constancia.

Casi el compendio de toda una sociedad. Agréguese á esto el tartanero, el hombre del trabajo material en una de sus esferas más modestas, y sólo falta un representante para el desvalido, para el mísero, para el que sufre, para el desheredado, para el rebaño de los parias.

¿Tenía esta última clase, esta última capa social, representación apropiada en nuestra modestísima caravana?

Sí lo tenía.

***

Todo esto lo iba yo explicando á D. Cristino, y él me interrumpía de cuando en cuando con sus admirables observaciones, entre serias y humorísticas, con alguno de aquellos discursos del prodigioso orador, que no están escritos en ninguna parte, pero que yo todavía los oigo y los siento flotar en la atmósfera; como veo aquellos ojos, un tanto saltones, pálidos por lo general, chispeantes en ciertos momentos, tras los gruesos cristales de sus quevedos, que afirmaba de cuando en cuando al redondear algunos de sus maravillosos períodos.

—Siga usted, siga usted—me decía;—que después de eso que usted me cuenta, veo venir algo muy importante, algo que demuestre que es una soberana injusticia que no haya sido usted ya diputado por Quintanar de la Orden desde la edad que marca la ley Electoral.

Y yo continuaba mi relación, animado por su asentimiento.

***

Sí; la clase mísera, la clase humilde, la desheradada, la que sufre, tenía también un representante. Donde hay vida, hay dolor; y por el dolor, todos los que sufren son iguales.

Y el representante de la clase dolorosa, era en este caso, el pobre macho que tiraba de la tartana y de todos nosotros.

Al salir de Murcia, ya protestamos ante el dueño del vehículo y de la bestia, haciendo observar al primero, es decir, al dueño de la tartana, que era imposible que el pobre animal, que á ella había enganchado, hiciera viaje tan largo y penoso, y en el rigor del verano, por añadidura, porque era el mes de Agosto.

El dueño protestó á su vez; aseguró que el animal que nos

había puesto para el tiro era un león para el trabajo, que estaba acostumbrado á la fatiga, y que no en ocho días, como deseábamos, sino en seis días, llegaríamos con toda felicidad y sin tropiezo á Madrid.

Nos daba toda clase de seguridades, y respondía de la bestia.

Nos resignamos; ¡qué otro recurso nos quedaba!

Nos venció, porque el amo siempre es el amo, siquiera sea amo de una tartana; pero no nos convenció.

El pobre animal era una lástima.

Más de sesenta años han pasado, y he visto muchas lástimas, y aun me he rozado con muchas bestias; pero la imagen del pobre macho ha quedado en mis pupilas, y sin gran esfuerzo la evocan mis recuerdos.

Era de gran alzada; debió ser en sus buenos tiempos un magnífico animal; pero hambres y trabajos habían ido consumiendo sus carnes, y cuando, carretera adelante, tiraba de nosotros, era un esqueleto colosal arrastrando sobre baches y pedruscos una tartana.

Era como el esqueleto de un animal antediluviano, como de esos que se ven sostenidos por el adecuado armazón de hierros y alambres en los Museos de Historia Natural.

Un gigantesco esqueleto, forrado por una pobre piel llena de matadura.

Sobre las ancas llevaba dos, en carne viva y sangrienta, cuajadas de moscas, que yo de cuando en cuando espantaba, pero que volvían tercas á cebarse en aquella roja papilla.

La pobre bestia no protestaba, cumplía su destino con sublime resignación.

De cuando en cuando, cuando las moscas le picaban mucho en las mataduras, un estremecimiento doloroso corría bajo su piel, pero él marchaba carretera adelante; y cuando por lástima, y con el pretesto de estirar las piernas, bajábamos y nos adelantábamos unos pasos á la tartana, yo volvía la vista y veía los ojos del pobre macho, enormes, muy abiertos, húme-

dos y opacos, como si una niebla, la niebla de la muerte, envolviese ya aquella cabeza tan prosaica, tan humilde, tan trágica.

Procurábamos hacer jornadas cortas, y al llegar á las posadas antes cuidábamos de que le dieran el pienso al macho que no en comer nosotros.

Cuidados inútiles: el animal se iba extinguiendo poco á poco; las jornadas eran cada vez más cortas; el esqueleto cada vez revolvía con más dificultad sus enormes, pero desencuadernados huesos.

Al fin de cada jornada le decíamos al tartanero:—Este macho no puede más; no llega á Madrid; se nos muere en el camino; hay que poner otro.

Y él nos contestaba:—No lo crean ustedes; así está hace dos años; es que es muy tumbón.

¡Tumbón el macho moribundo!

¡Cuántos míseros seres son tumbones de esta manera!

*
* *

—¿Usted creerá—le decía yo á D. Cristino—que nada de esto tiene que ver con los méritos que yo alego para ser diputado por Quintanar?

—Al contrario—me decía él;—todo lo que usted me dice lo demuestra, como yo se lo demostraré á usted, si usted no acierta á demostrarlo.

Y yo seguía con mi relación de este modo:

—Mal que bien, y un día tras otro, emprendimos al fin una jornada, al término de la cual, y en las horas de más calor, debíamos llegar al Corral de Almaguer.

—¿Lo ve usted?—me interrumpió Martos,—ya estamos en el distrito.

—En efecto, ya estamos en el distrito.—Y seguí pintando á mi manera aquella última y dolorosa jornada de nuestro pobre macho.

*
* *

Sus fuerzas se habían agotado; estábamos á dos leguas del Corral de Almaguer; eran las doce del día, de un día de Agosto, y el calor era africano.

El macho hacía esfuerzos supremos; sus movimientos eran sacudidas tetánicas; se paraba y luego arrancaba; su piel estaba cubierta de sudor, y parecía imposible, que aún tuviese jugo, siquiera fuese sudor de agonía; las moscas se encarnizaban en las mataduras; el espectáculo era doloroso y repugnante: el tartanero, con esa crueldad que á veces tienen los pobres para otros más pobres y más míseros que ellos, intentó pegarle; pero de la tartana salió un grito de reprobación formado por nuestras cinco voces compasivas.

—¡No! No le pegue usted; ese pobre animal se está muriendo, ya se lo dijimos á usted esta mañana. Saque usted de las bolsas de la tartana una cazuela que debe haber y un botijo, y pruebe usted á darle un poco de agua.

Y así lo hizo, y el animal, después de un rato, humedeció el hocico.

Un poco de agua en una cazuela humedeciendo el hocico de un macho, era en aquel instante, y bajo el sol abrasador de la Mancha, la expresión de uua piedad suprema.

No el agua, porque no bebió; pero el olfato del agua pareció reanimarle un tanto, y víctima de su deber (¡qué expresión tan prosaica, del deber, tirar de nosotros!), hizo un esfuerzo de de agonía, y arrancó por última vez.

Dió unos pasos, titubeó, tropezó, se balanceó de una á otra parte entre las varas, quiso buscar el equilibrio, no pudo alcanzarlo, tropezó de nuevo y vino á tierra extendiendo el cuello sobre el suelo abrasado, con el último estertor.

Era una pobre bestia, un pobre macho de una pobre tartana, y, sin embargo, sentimos por él verdadera compasión.

¡Qué remedio! Le abandonamos, y recorrimos á pie las dos leguas que nos faltaban para llegar al Corral de Almaguer.

—No siga usted—exclamó Martos;—no agregue usted ni una palabra más á lo dicho; todo lo que dijera usted ahora sería

incongruente, sería estropear la demostración del indiscutible derecho que le asiste para ser diputado por el distrito de Quintanar.

Hasta que murió el macho había sido usted un niño, un joven, un estudiante que no pensaba más que en sus diversiones y en sus libros.

Al sentirse usted conmovido por el destino y la muerte de la pobre bestia, ya fué usted un hombre; y en usted despertaron sublimes sentimientos de compasión por los seres míseros, por los seres humildes, abandonados de la fortuna y muriendo en cualquier parte, en una carretera, donde caen y entre varales de una tartana, como si la suerte les diera de palos aun en la agonía.

Y no era usted sólo un hombre en quien brotan de pronto los sentimientos humanitarios; era usted todo un demócrata, el defensor de las clases desamparadas.

¡Qué digo un demócrata! Era usted el diputado por Quintanar de la Orden, que recibe la consagración de su cargo futuro ante el cadáver de aquel pobre macho.

Caprichos de la suerte no le han hecho á usted antes diputado por Quintanar, pero ahora vamos á corregir sus desaciertos.

Algo parecido á esto me dijo D. Cristino, aunque en otra forma; en aquella forma maravillosa propia del gran orador de la democracia.

Pero las ideas eran las que yo acabo de indicar.

***

Convinimos, pues, en que me presentaría diputado por el distrito que dejaba vacante D. Cristino.

Y en esto yo no temía dificultad ninguna; ¿qué más me daba? Yo me he dejado presentar siempre cuando han querido presentarme mis amigos.

Pero, dicho con toda reserva, si consentía en la presenta-

ción, no estaba dispuesto á hacer ningún sacrificio pecuniario, ni á tomarme ningún trabajo.

De sacrificios pecuniarios no había que hablar, porque el partido radical era rico, estaba bien organizado, los gastos eran mínimos y los comités del partido los sufragaban.

Muchas veces fuí diputado por Quintanar de la Orden, y jamás me costó un céntimo.

Pero Martos exigió que hiciera yo una visita al distrito, y aunque yo me defendí como pude, al fin tuve que ceder, y fuí al distrito y recorrí sus catorce pueblos, desde Madridejos á Santa Cruz de la Zarza, unas veces á caballo, otras veces en carruaje; hice conocimiento con muchas gentes, todas muy amables, no sólo porque siempre nos parecen amables los que van á votar en nuestro favor, sino porque realmente lo eran.

Me festejaron, me obsequiaron muchísimo; tomé una serie interminable de chocolates, cada uno con su correspondiente vaso de naranja, y entretuve la expedición con muchas conversaciones amenas, salpicadas de cuentos y chascarrillos de la localidad.

Recuerdo que entre mis compañeros venía un Sr. Cañavate, que era persona sumamente simpática y de conversación grandemente entretenida.

Era hombre de buen talento, de cultura, de carácter afable, y tenía multitud de habilidades; entre otras, la de imitar á la perfección la voz ó el grito, desde el rugido al rebuzno de multitud de seres de la escala zoológica.

Describía á su manera una escena de familia entre un borrico, la borrica su esposa y el borriquillo su vástago, que era morirse de risa.

Aún me parece oirle, imitando al borriquillo, decir en forma de atiplado rebuzno:—¡No mate usted á mi madre! ¡no mate usted á mi madre!

Así explicado, nada de esto tiene gracia, pero nosotros celebrábamos las habilidades del artista con grandes carcajadas.

En suma: cumplí mi obligación lealmente; recorrí todo el

distrito de una punta á otra punta; gané en aquella excursión muchos amigos, que lo fueron muy leales y muy cariñosos durante mi vida política, y volví á Madrid y me presenté á Martos, diciéndole:—Ya estará usted contento, ya me conocen mis electores.

A lo cual él me replicó:

—Yo siento haberle causado esta molestia, pero ha sido una molestia, no diré necesaria, pero sí conveniente.

Bien sé que no es preciso, para salir diputado, que los electores conozcan al candidato, y muchos diputados hay que no han conocido jamás á ninguno de sus electores; pero un diputado demócrata debe ponerse en contacto con las masas democráticas, y aunque usted se puso en contacto con ellas en aquella triste ocasión de la muerte del macho, han pasado muchos años, y bueno es que usted refresque sus sentimientos y avive sus ideales y aun el recuerdo de aquellas mataduras.

Aquellos eran tiempos ominosos en que el partido moderado dominaba ó, mejor dicho, en que dominaba la reacción; por eso morían machos en las carreteras; hoy son tiempos en que la democracia triunfa, y hay que buscar aliento en la nueva vida que anima á nuestra España.

En suma, ya le mandaré á usted el acta, y vendrá usted al Congreso por segunda vez.

Y, en efecto, llegó el acta, y fuí diputado por vez segunda, y me senté naturalmente en el grupo de los cimbrios, y donde esperaba encontrar calma y conciliación, encontré lucha sorda, odios profundos, el edificio político que crujía, muchas nubes en el horizonte y, tras las nubes, truenos y relámpagos de lejanas tempestades.

Como iré recordando en los artículos siguientes.

José Echegaray

PARNASO INTERNACIONAL

LA MUERTE DEL MONO

(De Anatolio France.)

Dentro de bien acristalada estufa,
Donde rígidas plantas, que lejano
El sol hizo brotar en isla hermosa,
Dormitan bajo un cielo gris y opaco,
Mostrándonos su lenta florescencia
De extraña forma y sus agudos dardos,
Él, trémulo, febril, tosiendo ronco,
Se revuelca y envuelve en los harapos
De sucia lana. Entre sus largos dientes
Se escapa el soplo de su débil hálito,
Y ansioso cruza en el velludo seno
Sus desmedidos y nervudos brazos.
No hay temor ni esperanza en sus pupilas;
A todo son indiferentes. Si algo
Brilla en su resplandor, es la dulzura
Que al bruto presta el sufrimiento. Rápidos
El fuego y el glacial escalofrío,
Circulan por sus miembros casi humanos,
Y las rojas encías descubriendo
Con un gesto feroz, abre los labios;
Cual si fuese á morir, los ojos cierra,
Y esconden ya sus convulsivas manos
El pulgar musculoso. Pero piensa
Que ha visto al sol en bonancible ocaso
Tras los erguidos mástiles de un puerto,

Deslumbrador hundirse, y arrugando
La estrecha frente, con penoso esfuerzo
Su atención reconcentra. ¿Sueña acaso
Que en la selva natal juega dichoso
Con la grey montaraz de sus hermanos;
Que desde el cielo azul el rey del día
Vierte su lumbre cálida, y él, harto
De la sabrosa leche de los cocos,
En el columpio de las palmas blando
Duerme feliz? ¿Recuerda que un enorme
Bajel, que hacia los climas destemplados
Dirige el rumbo, le conduce; que oye
Las voces broncas y los gritos ásperos
De los marinos; que las frías ráfagas
Del viento duro, cual mortal flechazo,
Le traspasan el pecho? Esta memoria
Quizás despierta en el confuso caos
De su torpe cerebro, la luz clara
Que precede á la muerte, y ese vástago
De una estúpida raza, moribundo,
Sólo vislumbra una visión: el áureo
Disco del sol que brilla esplendoroso,
Atrayendo triunfal sus ojos ávidos.
Después, la noche, muda, negra, fría,
Llena de obscuridad su espeso cráneo;
La huesuda cabeza, con resuello
Feroz, deja caer; está expirando.....
La media noche, la hora de la muerte,
Le dará al infeliz paz y descanso.

TEODORO LLORENTE

En el número anterior de LA ESPAÑA MODERNA, y en esta misma sección, se olvidó consignar la firma del traductor de la poesía *Visto al pasar*. El autor de aquella versión, como de todas las que insertamos en nuestro *Parnaso Internacional*, es el mismo, D. Teodoro Llorente.

LA INMENSA HISPANIA

POLITICA MIGRATORIA

Los Estados Unidos tienen una política de inmigración. A pesar de que la densidad media de población es bien escasa (nueve habitantes por kilómetro cuadrado), son sus grandes ciudades las que atraen inmigrantes, y no sus campos. Un proletariado como el de las poblaciones industriales europeas llega á sus puertas, y constituye un peligro social.

El campo no atrae sino con el aliciente de convertirlo en propio, para emanciparse de él luego é ir á consumir su renta á las ciudades. Es el fenómeno universal á que no se sustrae América: «el campo, para Fray Luis de León y para *los pocos sabios que en el mundo han sido*», piensan, aunque no lo digan, los inmigrantes ingleses y alemanes que constituyen 16 millones de los 19 y medio de inmigrantes que han llegado á los Estados Unidos desde 1820. Los yanquis no regalan ya sus campos, ni piensan que para cultivar y sacar todo el provecho á un kilómetro cuadrado son necesarios un centenar de hombres teniendo buenas máquinas. ¿A qué dividir la propiedad y acabar con los grandes capitales? Lo mejor es producir mucho con pocos hombres y buenas máquinas, y colocar los productos como los da la tierra ó transformados. Fabulosos capitalistas y poderosas empresas no piden hombres á quienes sustente el

suelo, sino consumidores de lo que ellos producen, de lo que ellos fabrican y transforman. Por eso los Estados Unidos, que tienen sobreproducción, no quieren más gente, sobre todo gente de aluvión, sino colocar sus productos fuera del país, donde otros no produzcan todo lo que consumen.

En los últimos sesenta años, la producción agrícola se ha quintuplicado, pero el aumento de brazos sólo fué de un 100 por 100; si el aumento en la producción hubiera sido solamente proporcional al aumento de brazos, en vez de ser los Estados Unidos la primera nación del mundo exportadora de productos agrícolas, no produciría bastante para el consumo nacional. Por eso la política migratoria de los Estados Unidos es poco menos que prohibitiva. Los puertos del Pacífico están casi cerrados para la raza amarilla; en los Estados del Sur no quieren ya más negros, y los que hay son tratados de un modo salvaje. En un solo número del *Courrier des Etats-Unis* (Agosto de 1909) encuéntranse los siguientes datos, que lo comprueban: los habitantes de Vermont declaran que no comerán en hoteles que hospeden á negros, y protestan de que se les admita en trenes y tranvías en que viajen blancos; el jefe de la Policía de Mobile (Estado de Alabama) ha ordenado que sean presos todos los habitantes negros que anden por las calles después de las diez de la noche; en Bandon (Misisipí), un negro es ahorcado en presencia de cinco mil personas; en Tallahasee (Florida), un pobre negro loco fué arrebatado de la prisión por un grupo de hombres armados, que le lincharon, colgándole de un árbol.

No solamente los Estados Unidos rechazan á los hombres negros y de raza amarilla, sino que muchos barcos blancos vuelven con su triste carga despedidos de los puertos del Atlántico. Bien es verdad que cuando han necesitado obreros para reconstruir á San Francisco de California, los exigentes investigadores de Nueva York han cerrado los ojos para no ver que los cincuenta duros del empresario pasan de mano en mano entre los obreros italianos y españoles que aquél lleva

contratados; pero cuando el inmigrante no lleva destino, ha de presentar sus cincuenta dólares sin trueque ni trampa, ó ha de buscar más hospitalarias castas, porque los Estados Unidos no admite á quien no los tenga.

El Brasil, la Argentina y el Uruguay también tienen política de inmigración. Pero una política contraria.

El Brasil ha establecido en París, en Amberes y en otras capitales de Europa, agencias de propaganda que informan sin engaño á quien quiere emigrar, y le ofrecen algo conforme á sus aptitudes; no alistan vagos ni aventureros, pero no dejan desamparados en sus puertos á los que ellos contratan. Alemania ha sido hasta hoy la nación que más inmigrantes ha suministrado á la República del Brasil; en 1908 han llegado al país 94.695 inmigrantes, y el día 18 de Junio del mismo año desembarcó en Santos, con destino al Estado de San Pablo, la inmigración japonesa concertada con el Gobierno nipón.

La producción de la Argentina, que en 1870 apenas alcanzaba para el consumo nacional, es tal actualmente, que ha exportado 4.300.000 toneladas de trigo, y el informe del Gobierno, referente al año 1908, calcula la cosecha de este cereal en 5.263.705 toneladas; en los últimos quince años el área del cultivo de cereales se ha cuadruplicado, pues en 1895 era de 4.892.005 hectáreas, y en 1908 era de 15.830.563; en el año 1908 la Argentina se ha colocado en el lugar que antes ocupaban los Estados Unidos en la escala de países exportadores de maíz. El último censo agrícola y ganadero da las siguientes cifras de ganado vivo:

Vacuno	29.116.625
Caballar	7.531.376
Mular	465.037
Asnal	285.088
Lanar	67.211.754
Cabrío	3.245.086
Cerda	1.403.591

con un valor total de 647.000.000 de duros.

La Argentina, que será pronto el primer granero del mundo, es superada en riqueza pecuaria nada más que por la India y los Estados Unidos; Rusia y la República norteamericana la aventajan en el número de caballos, y la Australia únicamente en el número de ovejas.

Como el progreso del país ha ido ligado á la invasión de inmigrantes de un modo claro y evidente, el Gobierno argentino favorece con una sabia política de protección al inmigrante agricultor, seguro de que los tres millones de personas que han llegado en los últimos cuarenta años, han hecho de la República un país verdaderamente grandioso.

La ley uruguaya de inmigración establece una oficina de colocaciones dependiente del ministerio del Trabajo, para procurar gratuitamente un empleo adecuado á los que llegan en vapor ó en buque de vela como pasajeros de segunda ó tercera clase, á quienes se les proporciona, mientras tanto, alojamiento en un hotel; vestidos, muebles, herramientas, gozan de franquicia de aduanas. El Uruguay, que llegó á la vida de independencia con 30.000 habitantes, tenía el 12 de Octubre de 1908, en que se hizo el último censo, 1.039.078 habitantes; en los últimos cuarenta años la inmigración ha excedido de 400.000 personas, y la exportación anual alcanza ya á dólares 37.280.523.

Costa Rica, Nicaragua, Guatemala, Honduras, el Salvador, Panamá, Colombia, Venezuela y Ecuador no tienen política de inmigración.

El Salvador, por estar bien poblado (91 habitantes por kilómetro cuadrado), y otras repúblicas, por la inseguridad á que gobiernos dictatoriales y absolutos las han tenido sometidas, ó por sus guerras intestinas y exteriores, no es raro que no hayan podido preocuparse de aumentar la riqueza nacional por el aporte de brazos extranjeros.

Las obras del canal de Panamá requieren siempre un contingente grande de obreros que, si tienen buenos sueldos, pierden la salud y no son elemento de riqueza sino en cuanto que,

cobrando de la poderosa empresa del canal, dejan su sueldo en los comisariatos de comerciantes yanquis y en los comercios de la capital de la República. Pero no puede llamarse política de inmigración la que da facilidades para que una empresa lleve obreros á un clima mortífero, con el fin de explotar temporalmente sus músculos.

La política de inmigración de la Argentina, del Brasil y del Uruguay, aspira á que el que llega con intención de fijar su residencia, encuentre bienestar, se quede en el país, viva sano y que constituya un hogar que dé ciudadanos factores de producción y de riqueza.

Costa Rica, que tiene clima suave, tranquilidad pública, gobierno democrático, paz inalterable, campos fecundos, tendría una significación y un poderío económico mucho mayores si hubiera seguido una acertada política de inmigración.

*
* *

Lo peor es que el pueblo de Costa Rica no siente la necesidad de inmigraciones. En la lucha electoral que acaba de terminar con el triunfo del llamado partido republicano y de su candidato el Licenciado D. Ricardo Jiménez Oreamuno, notable jurisconsulto y entendido agricultor, se ha lanzado ante las muchedumbres un grito de guerra contra el obispo alemán y los curas extranjeros (españoles muchos de ellos), que tomaron parte activa en la lucha política; y aunque los directores de ella han puntualizado y procurado destruir el equívoco, llenando las columnas de sus periódicos de nombres de extranjeros á quienes la República debe enseñanzas, prosperidad y riqueza, lo cierto es que en la masa poco instruída de nacionales y residentes, ha quedado como axioma que el futuro presidente de la República es enemigo de los extranjeros, con la misma evidencia que tuvo el pueblo de Madrid del vicio de José Bonaparte, *Pepe Botellas,* á quien se suponía siempre borracho, aunque se comprobó que nunca bebió sino agua.

En las elecciones que se han celebrado el 30 de Agosto, ha

obtenido el triunfador 38.025 votos, contra 14.598, no obstante luchar contra el ex-presidente D. Rafael Iglesias, hombre de talento extraordinario, á quien se debe la transformación monetaria y la implantación del patrón de oro, llevada á cabo en lucha abierta con las instituciones bancarias con una firmeza y perseverancia sin ejemplo. Pues si hoy se plantease una política de inmigración, como la que pide el ex-ministro don Leónidas Pacheco, que pertenece al partido triunfante, y hubiera como en Suiza el voto popular para las leyes, el pueblo que ha levantado á su tribuno idolatrado á la primera magistratura, quizás se llamara á engaño; tan arraigado está el error y tanta significación ha dado el pueblo á la campaña antiextranjera. El Licenciado Sr. Pacheco pide, en un concienzudo estudio sobre el tema, nada menos que un millón de colones (dos y medio de pesetas), y lo que es aún más difícil, «fe en la empresa, voluntad persistente de efectuarla y energía inquebrantable en su ejecución».

Probablemente, sin embargo, nadie tiene más condiciones ni mejor orientación para implantar esa política que el Licenciado D. Ricardo Jiménez: porque él ha visto y señalado desde la tribuna del Congreso, el inminente peligro yanqui; porque fieramente ha reivindicado la soberanía popular para emplear el impuesto con que se ha gravado á la poderosa Compañía *United Fruit Company* en lo que á la nación conviniera, y no en la compra de bonos de la deuda, de que ella es en gran parte poseedora; porque si el problema de Costa Rica es poblar, bien claro se ha visto que no es poblar de yanquis, sino de europeos, y que la República no necesita ya de comerciantes, sino de agricultores; pero agricultores que hagan suyo el suelo, que le rieguen con sus sudores y le muevan con sus palas; labradores que amen al terruño, que en él funden hogares y críen ciudadanos para la República, no sociedades anónimas que traigan solamente empleados, porque aquéllas y éstos apenas tocan el suelo, ni dan á la tierra mayor estimación que á las acciones de una casa de préstamos.

La victoria del partido republicano tiene tres significaciones importantes:

1.° El triunfo del principio de alternabilidad en el poder, base de las instituciones republicanas.

2.° La derrota del clericalismo, que había excomulgado á periódicos y periodistas, y había agitado en los pueblos profundamente las pasiones y los sentimientos religiosos contra el Licenciado Jiménez.

3.° La reacción contra las poderosas Empresas norteamericanas y contra la invasión é intervención yanqui.

Y esta última victoria significa una visión clara de que el día en que cada hectárea de terreno mantenga á una familia costarricense, se habrá evaporado el peligro yanqui. Y los costarricenses nacen de españoles, á veces de franceses, italianos, suizos, belgas y alemanes; pero rarísimamente de ingleses ó norteamericanos.

La desgracia es que lo que necesita Costa Rica, es precisamente lo que no viene. Se contrató una inmigración china, y no quedaron de ella sino planchadores, lavanderos y comerciantes de baratijas; llegó después una inmigración de las Islas Canarias, y no quedaron sino algunos individuos que pusieron tiendecitas de abacería; vino después una inmigración italiana, y apenas quedan como recuerdo de ella algunos zapateros; últimamente, el Gobierno quiso traer cien familias de agricultores españoles, y han llegado las veinticinco primeras que se comprometió á traer un Sr. Trepat, catalán, que se hizo pagar solamente en tierras de cultivo. El Gobierno asignó á los inmigrantes una llanura fértil, de clima suave, y les costeó alimentos, vestidos y viviendas modestas. Y, sin embargo... ya dice la prensa local que las hijas mozas vienen á la capital á contratarse como sirvientes, y que la colonia se desgrana y pone comercios, como siempre, para vender cien varas más lejos lo que se compró á cien varas más hacia el centro de San José.

Los políticos que han estudiado el fenómeno no encuen-

tran explicación clara á estos fracasos, ó no quieren profundizar para encontrarla. La inmigración de agricultores fracasará siempre que no se moderen sus deseos de ensayar nuevos cultivos y no se les dirija técnicamente respecto á los conocidos en el país, porque las lluvias tropicales cambian radicalmente las épocas de siembra, cuidados y recolección. Tranquilos y llenos de esperanzas veían crecer sus trigos los colonos recién llegados; pero las espigas de tan lozanas cañas no granaban; si llegaron á fecundación, no maduraron, y las aguas torrenciales troncharon las que mostraban la última esperanza.

Además, aquí hay que colonizar por círculos concéntricos; buscar terrenos baldíos, y querer situar allí una colonia, sin unirla por buenos caminos á un mercado de consumo cercano, es regalar, como aquí dice el pueblo, «confites en los infiernos».

Los alrededores de la capital deberían ser una hermosa huerta que abarataría la vida carísima de ella; regálenlos á inmigrantes gallegos, asturianos ó vascos, que tienen climas y terrenos como éstos, y ya se verá cómo no se meten á comerciantes.

Pero esos terrenos tienen dueños que no los cultivan por falta de capital, por falta de brazos ó por sobra de pereza. Pues cámbiese el sistema contributivo y pídase un mínimum de producción, y el propietario cultivará sus tierras ó las dará baratas; venga la expropiación forzosa para quien no cultive alrededor de los núcleos de población, y tráigase á esos campos agricultores europeos. Ampliado cada centro, las municipalidades, que casi llegarán á unir sus núcleos cultivados, les abrirán caminos.

Vías de comunicación y política de inmigración son dos cosas gemelas, y al par han de marchar para evitar fracasos.

¿No será para eso para lo que el Licenciado D. Leónidas Pacheco desea un presupuesto de un millón de colones?

Podrá ser que el camino para lograr ese millón sean las economías que tanto preconizan algunos, pero yo me permito

dudarlo. Más bien creo que vendría con una transformación radical del sistema contributivo.

No hay contribución rústica, ni urbana, ni pecuaria, ni industrial, ni cédulas personales, ni impuesto de utilidades, ni sobre la renta, ni casi de timbre, ni de transmisión de herencias, ni tantos otros como en Europa gravan al contribuyente.

Costa Rica no tiene problema social, ni político, ni militar, ni religioso, pero tiene problemas económicos de difícil solución; uno es el arreglo de su deuda, que no es ocasión de tratar; otro es la transformación de su sistema contributivo, que se roza con el de la inmigración que motiva este estudio.

El sistema contributivo de Costa Rica es de lo más sencillo y primitivo que existe; el Estado hace dejación de rentas de cuantía indeterminada; para las Juntas de educación, encargadas del mobiliario, edificio y material de escuelas, cede las herencias vacantes, las multas, un tanto por ciento de lo que produzca la renta de licores y la contribución por degüello de reses para el consumo; la pequeña contribución urbana, de industria y comercio que se paga, es para los Municipios. No le quedan al Gobierno casi más que dos rentas de importancia: el impuesto de aduanas y el de alcoholes. La nación es rica y el Estado es pobre. Como los gastos de representación de una nación pequeña son casi de igual importancia que los de las grandes, y ha de tener Tribunal Supremo de Justicia, Congreso, Cónsules y Diplomáticos, Ministros y Subsecretarios y Directores generales; como en las pequeñas naciones, los políticos tienen por lo menos igual número de amigos que en las grandes; como, además, el Presupuesto se hace intencionadamente, con tanto descuido que la cantidad asignada para gastos eventuales en cada Ministerio es de importancia, comparada con la de gastos previstos, y frecuentemente el Poder Ejecutivo llama eventual á cualquier cosa, y rebasa la cifra, no faltan críticos que, con razón aparente, pretendan que la salvación del país está en reducir los gastos á una modestia proporcio-

nal al territorio, ó más bien á su población. Apenas se ocurre á alguien plantear un nuevo cultivo ó una industria, un proteccionismo prohibitivo encarece la vida de un modo horrible. Unas botas nos cuestan en San José siete ú ocho duros; un sombrero hongo, siete duros; un tomate, un real; una coliflor, una peseta. Si el pueblo fuera todavía más virtuoso de lo que es, y no bebiera, y si el país produjese justamente los alimentos que consume, ya que tiene climas y terrenos propios para todos los cultivos, tendríamos una gran prosperidad nacional y un Estado en la última miseria, porque de los ocho millones de colones que importa el presupuesto de ingresos, cinco son por aduanas y dos por el monopolio de licores, los cuales desaparecerían totalmente en nuestra hipótesis.

Y precisamente en Costa Rica el Estado tiene que ser fuerte, vigoroso y rico, porque las iniciativas individuales piden siempre el concurso del Gobierno, y difícilmente se encontrará en el mundo otro ejemplo mejor de *Estado-providencia,* tal como lo quieren muchos socialistas.

Si se quiere poblar el país y dirigir acertadamente la población para que no peligre la independencia nacional, es imprescindible gastar mucho en la colonización; y si de todos los inmigrantes que llegan á América, solamente los de los Estados Unidos traen capitales de sociedades anónimas, el capital que ha de producir hogares y ciudadanos y que ampare á los europeos que vengan á vincularse, ha de ser del Tesoro público, que puede aumentar poderosamente haciendo que las contribuciones caigan menos sobre el consumo y más sobre la riqueza y sobre las utilidades; más sobre el rico y menos sobre el pobre.

Mientras así no sea, habrá que resignarse á la invasión yanqui; á que de Europa venga todo menos lo que conviene y se necesita, y á que la población crezca por nacimientos, y eso menos de lo debido, porque también hace falta llevar la higiene infantil á los campos á costa del Tesoro público, que aquí debe hacerlo todo, hasta que la República tenga quien

saque de la tierra las riquezas que atesora y nazcan también vigorosas las iniciativas de los costarricenses.

*
* *

Ya lo ve Europa. América tiene aún oro, mucho oro, pero no á flor de tierra. Ese se ha acabado ó se está acabando. Yo sé que hay en España quien preconiza la emigración mirando á los palacios que en Avilés y en todo Asturias, en Algorta y en todo Vizcaya han levantado quienes regresaron de viejos á su patria con muchos miles de duros y salieron de mozos sin un céntimo. Ni el país que los recibió, ni España al dejarlos ir, tuvieron política migratoria. Esos españoles han enviado á su patria muchos miles de duros, y al fin de su vida viven en ella espléndidamente y dejan legados é instituciones benéficas ó de enseñanza.

La base de todas esas fortunas ha sido el comercio. En Costa Rica y en todo Centro América aún es posible hacer pequeños capitales. Los españoles son sobrios y laboriosos; el recuerdo de la patria estimula el ahorro, y como se importa ganados, y harinas, y máquinas, y tejidos, y objetos de moda y fantasía, y se exportan café, bananas, oro, plata, maderas, cacao, caucho y pieles, una extensa red comercial de almacenistas, expendedores, corredores, comisionistas, banqueros, se ha extendido sobre estos países, y los españoles, luchadores con la ventaja del idioma sobre alemanes y franceses, han acaparado el comercio, traído á América la moda, el lujo y los alimentos de Europa, y han hecho fortuna. Muchos se han radicado, montado industrias y establecido cultivos.

La importancia del comercio general de la América latina explica este predominio de comerciantes. Es de notar que, siendo las importaciones de los Estados Unidos 1.116.449.681 de dólares, y las exportaciones 1.752.833.247, y su población 84.216.000, lo que representa un movimiento comercial exterior de 32,65 dólares por habitante, hay cinco repúblicas hispánicas que relativamente le superan.

He aquí la estadística del movimiento comercial de la América latina en 1908:

REPÚBLICAS	Importaciones.	Exportaciones.	Total.	Población.	Dólares por habitante.
Argentina.....	272.972.736	366.005.341	638.978.077	6.100.361	104,75
Cuba.....	85.218.391	94.603.324	179.821.715	2.048.980	87,75
Uruguay.....	34.618.804	37.280.523	71.899.327	1.111.758	64,65
Chile.....	97.551.421	116.489.411	214.040.832	3.249.092	66,20
Costa Rica.....	5.629.405	7.757.525	13.386.930	351.176	38,10
Panamá.....	7.806.811	1.757.135	9.563.946	360.542	26,50
Dominicana....	5.127.463	9.486.344	14.613.807	610.000	23,95
Brasil.....	177.450.000	220.475.000	397.925.000	19.910.646	19,50
Méjico.....	110.800.000	121.370.000	232.170.000	13.607.259	17,05
Bolivia.....	16.323.000	17.514.000	33.837.000	2.267.935	14,90
Nicaragua.....	3.000.000	4.500.000	7.500.000	600.000	12,50
Paraguay.....	3.929.000	3.731.000	7.660.000	636.000	12,05
Perú.....	25.000.100	27.750.000	52.750.100	4.500.000	11,70
Ecuador.....	6.950.256	8.346.371	15.296.627	1.400.000	10,95
Venezuela.....	9.778.810	14.560.830	24.339.640	2.591.000	9,40
Colombia.....	13.513.892	14.998.744	28.512.636	4.000.000	7,15
Guatemala.....	5.811.586	6.736.143	12.567.729	1.804.000	6,95
Honduras.....	2.829.979	1.834.060	4.664.039	745.000	6,25
Salvador.....	4.240.560	5.787.677	10.028.237	1.707.000	5,85
Haití.....	4.701.160	3.478.848	8.180.008	1.400.200	5,70

Por lo que hace á Costa Rica, una importación de 5.629.405 dólares y una exportación de 7.757.525 dólares, ó sea 38,10 por habitante, que es en Hispanoamérica sólo inferior al de la Argentina, Cuba, Uruguay y Chile, da margen á un comercio importantísimo, y explica que cada año, sin política inmigratoria de ninguna especie, lleguen á la República, por término medio, 2.500 habitantes, de los cuales, más de la mitad quedan en la zona del Atlántico como empleados y colonos de la poderosa compañía explotadora de bananos, la *United Fruit Company,* y el resto, en que predominan los españoles, se coloca en el comercio. Costa Rica se queja de tanto comerciante, pero mientras una política migratoria no cambie las condiciones de vida, solamente es posible aconsejar la llegada al país de dependientes de comercio. Todavía los españoles hacen capitales peque-

ños, y ya es sabido que en España es difícil establecer tiendas nuevas, porque casas antiguas de comercio tienen acaparados los sitios buenos para comercio de novedades y almacenes.

De cuando en cuando llega algún obrero ebanista, de artes de construcción ó mecánico, y encuentra mejor colocación que tendría en España; pero si vinieran juntos una docena de cualquier oficio, no sería tan fácil encontrarles acomodo.

Oficinistas, escribientes, gentes sin oficio definido, no encontrarán ocupación lucrativa.

Criadas, cocineras, niñeras, no harían mal viaje, porque lo que cuesta más caro, que es la alimentación, corre de cuenta de los amos, y los salarios varían de cuatro á doce duros mensuales.

Hombres de carrera, médicos, abogados, profesores, sólo ocasionalmente encontrarán algo donde ganar su vida.

* * *

¿Sobra gente en España? En épocas determinadas es evidente que en las ciudades y en los campos no hay trabajo. Gente instruída, bachilleres, jóvenes de mérito que no ven recompensados sus afanes porque las plazas son pocas y muchos los aspirantes, no deben venir á América mientras España no tenga una política de emigración concordante con la de inmigración de estos países. Ya iré dando soluciones. ¿No se hacen tratados de comercio? ¿Por qué no hacer tratados migratorios?

Cesen los temores pueriles que coartan la emigración, que es una sangría si no se apoya en una política acertada; pero repartir los españoles por este inmenso mundo sin desampararlos, es tener una grandiosa casa comercial con sucursales gratuitas, dar margen á una inmensa producción y á una industria poderosa.

Realmente, todo este estudio no aspira sino á que del total de sus capítulos se desprendan soluciones para formar una entidad moral que yo he llamado Hispania, inmensa Hispania,

que no se formará con armas ni escuadras, sino con una política emigratoria que, sin perjudicar á nadie, pueda beneficiar á todos. El lazo del idioma es tan fuerte, que valen nada ante él los mares ni los montes. El lazo de la sangre es tan apretado, que sólo una política insensata puede dar mayores afinidades.

Arturo Pérez Martín,
Director del Liceo de Costa Rica.

EL PAÍS DEL PLACER

NOVELA

I

Selden se detuvo sorprendido. Entre la balumba de tarde, en la Gran Estación Central, acababa de ver el sereno rostro de Miss Lily Bart.

Era un lunes de principios de Septiembre: el joven abogado volvía á su tarea después de una rápida escapatoria al campo; pero ¿qué podía hacer Miss Bart en la ciudad en semejante época del año? Si hubiera demostrado la intención de tomar un tren, hubiese él podido inferir que la había sorprendido en camino de una de las dos casas de campo que se disputaban su presencia, una vez terminada la estación de Newport; pero su aptitud indecisa le dejaba perplejo. Permanecía ella aparte de la multitud, á la que dejaba pasar hacia el andén ó hacia la calle, con un gesto irresoluto, que podía encubrir—así lo sospechaba Selden—un proyecto bien definido. Hasta llegó á pensar que la joven esperaba á alguien; sin embargo, no se daba cuenta de por qué se le había ocurrido aquella idea. Ningún cambio se notaba en Lily Bart; pero ¡bah!, nunca la veía sin experimentar cierto asomo de interés; tenía ella el dón de suscitar siempre la reflexión; sus más sencillos actos parecían el resultado de intenciones hondas.

Un movimiento de curiosidad le hizo desviarse del camino que conducía á la salida; pasó por delante de Miss Bart como distraído. Sabía que si ella no deseaba que la viesen, encontraría el medio de evitarlo; y la idea de poner á prueba la habilidad de la joven le divertía.

—¡Señor Selden!... ¡Qué feliz casualidad!—dijo ella acercándosele, sonriente.

Una ó dos personas que pasaban cerca se pararon á mirarla, porque el aspecto de la joven era capaz de detener hasta el viajero de las afueras que corriese á tomar el último tren.

Nunca Selden la había visto tan radiante. Su animado rostro, destacándose sobre los tonos oscuros de la multitud, aparecía más de relieve que en una sala de baile: bajo el sombrero y el velo, recobraba el matiz de jovencilla, puro y terso, que empezaba á perder, tras once años de veladas y de baile sin interrupción... ¿Hacía verdaderamente once años? ¿Tenía ella verdaderamente los veintinueve años que la adjudicaban sus rivales? Esto se preguntaba Selden.

—¡Qué suerte!—añadió ella.—¡Qué amabilidad la de usted en venir en mi ayuda!

El contestó alegremente que no había venido al mundo sino para ello, y le preguntó qué género de ayuda podía prestarle.

—¡Oh! Todo lo que usted quiera... hasta sentarse en un banco y charlar conmigo... Se «charla» un cotillón: ¿por qué no «charlar» el intervalo entre dos trenes? No hace más calor que en los salones de Mrs. Van Osburgh... y las mujeres no son nada más feas.

Se interrumpió riendo, explicó que llegaba de Tuxedo, que iba á casa de los Gus Trenor, á Bellomont, y que había perdido el tren de las tres y quince para Rhinebeck.

—Y no hay otro hasta las cinco y media. (Consultó el relojito de pedrería oculto entre encajes.) Son dos horas justas de espera. Y no sé qué hacerme. Mi doncella ha llegado esta ma-

ñana, y debía salir á la una para Bellomont; la casa de mi tía está cerrada, y no conozco á nadie en la ciudad. (Echó á la estación una ojeada de pesadumbre.) La verdad es que hace más calor que en casa de Mrs. Van Osburgh. Si tiene usted tiempo que perder, lléveme á cualquier sitio á respirar un poco.

El declaró que estaba por completo á su disposición: la aventura le parecía divertida. Como espectador, había siempre apreciado á Lily Bart. Y su género de vida le tenía tan alejado del círculo en que ella se movía, que le seducía verse llevado por un instante á la inesperada intimidad que implicaba la proposición de la joven.

—¿Vamos á casa de Sherng á tomar una taza de té?

Tuvo ella una sonrisa de asentimiento, pero en seguida hizo un mohín.

—¡Viene tanta gente á la ciudad el lunes!... Es seguro el encontrar una porción de personas fastidiosas... Cierto es que yo soy tan vieja como las calles, y por lo tanto, la cosa no tiene importancia; pero si yo soy vieja, usted no lo es—replicó bromeando.—Me muero de ganas de tomar té... ¿pero no hay un sitio más tranquilo?

Selden devolvió la sonrisa que se posaba en él alegremente. Las reservas de Lily Bart le interesaban casi tanto como sus imprudencias: ¡estaba tan persuadido de que unas y otras formaban parte de un mismo plan cuidadosamente elaborado! Al juzgar á Miss Bart, siempre acudía al argumento de las causas finales.

—Los recursos de Nueva York son bastante mezquinos—dijo él.—Pero voy por de pronto á buscar un *hansom*, y luego inventaremos algo.

La condujo á través de la multitud de gentes modestas que volvían del asueto; cruzaron por entre muchachas de tez marchita, con sombreros absurdos, y mujeres de pecho liso, que luchaban con paquetes y abanicos de hoja de palmera. ¿Era posible que fuera ella de la misma raza? El aspecto sombrío y basto de aquella humanidad femenina, hizo ver á Selden el

elevado puesto que Lily Bart ocupaba en la escala de los seres.

Un chubasco había refrescado la atmósfera, y las nubes formaban todavía un toldo sobre la calle húmeda.

—¡Qué delicia! Andemos un poco—dijo ella al salir de la estación.

Tomaron por la avenida Madison, y se encaminaron hacia el Norte. Como ella iba á su lado, con paso ligero y largo, Selden se dió cuenta del placer sensual que le proporcionaba la proximidad de la joven, el modelado de su breve oreja, la sinuosa onda ascendente de su pelo—¿añadía algo el arte á su brillo?—y la poblada línea de las cejas negras y rectas. Todo en ella era á la vez vigoroso y exquisito, á la vez fuerte y fino.

En esto reapareció el sol, y la sombrilla abierta concluyó con la grata contemplación de Selden. A los pocos momentos, Miss Bart se paró suspirando, y dijo:

—¡Dios mío, qué calor y qué sed tengo! ¡Qué horrorosa es Nueva York! Otras poblaciones se engalanan en verano, pero Nueva York parece que se pone en mangas de camisa. (Miró hacía el fondo de una calle lateral.) Alguien ha tenido la caridad de plantar por ese lado algunos árboles: vamos á la sombra.

—Me felicito de que mi calle la agrade—dijo Selden cuando hubieron doblado la esquina.

—¿Su calle?... ¿Vive usted aquí?

Y miró con interés las fachadas de las casas nuevas, de ladrillo y piedra caliza, adornadas con motivos fantásticos para obedecer al gusto americano de la novedad, pero frescas y atrayentes con sus persianas y sus balcones floridos.

—¡Ah! sí... justo... el *Benedik*... ¡Qué construcción tan deliciosa! (Examinaba una casa que, al otro lado de la calle, alzaba su pórtico de mármol y su fachada de un pseudo estilo siglo XVIII). ¿Cuáles son sus ventanas? ¿Aquellas que tienen las persianas echadas?

—En el último piso, sí.

—¿Y es de usted aquel lindo balconcito? ¡Qué fresco debe hacer allí arriba!

Selden vaciló un instante.

—Venga usted á verlo—dijo.—Puedo ofrecerla una taza de té en un momento... y no tropezará usted con gentes fastidiosas.

Lily Bart se ruborizó—no había perdido el arte de ruborizarse en el momento oportuno,—pero aceptó la proposición con tanto desenfado como fué hecha.

—¿Por qué no? Es demasiado tentador... corro un riesgo...

—¡Oh!—contestó Selden en el mismo tono.—Yo no soy peligroso.

Lo cierto era que nunca la había gustado tanto como en aquel momento; pero sabía que ella había aceptado sin segunda intención. No tenía la pretensión de formar parte de los cálculos de la joven.

Al llegar á la puerta de la habitación, se detuvo un momento buscando la llave.

—No hay nadie aquí—dijo,— pero tengo un criado que viene por las mañanas, y puede ser que haya sacado todo lo necesario para el té y que haya traído alguna golosina.

La pasó á una antesala estrecha, adornada con grabados antiguos. Ella observó las cartas y las tarjetas amontonadas sobre la mesa, entre los guantes y los bastones. Después se encontró en una pequeña biblioteca, oscura, pero alegre, con sus paredes tapizadas de libros, una mesa de despacho llena de papeles y, como él lo había predicho, una bandeja de servicio de té, en una mesita, al lado de la ventana... Habíase levantado una brisa que agitaba las cortinas de muselina y aportaba, de los tiestos colocados en el balcón, un fresco aroma de reseda y petunia.

Lily se sentó, con un suspiro de satisfacción, en una de las butacas de cuero.

—¡Qué delicia tener un retiro como éste!—exclamó.—¡Qué cosa tan lamentable es el ser mujer!

Se abandonaba á todas las voluptuosidades del *spleen*.

Selden buscaba las pastas en el armario.

—Hay, sin embargo, mujeres—dijo—que han adoptado el régimen privilegiado de la casa sola.

—Sí, institutrices... viudas. Pero no muchachas... no pobres y miserables jóvenes casaderas.

—Pues yo conozco á una de esas jóvenes que vive sola en su casita.

—¿De veras?—preguntó ella con viveza.

—Sí—contestó él,—sacando del armario las pastas en cuestión.

—¡Ah! ya sé..... se refiere usted á Gerty Farish. (Sonrió poco benévolamente.) Pero yo he dicho: «casaderas»... Y además, esa vive en un horrible agujero, no tiene doncella y ¡come unas cosas tan raras! Su cocinera lava la ropa, y los alimentos saben á jabón... No es eso para mí.

—No debe usted ir á comer con ella los días de colada—dijo Selden.

Y los dos se echaron á reir. Selden se agachó para encender la mecha del infiernillo, mientras que ella ponía en la tetera de porcelana verde la cantidad necesaria de té. Él miraba la mano de Miss Bart, tersa como un trozo de marfil, con sus sonrosadas uñas, y la pulsera de zafiro que se le deslizaba por la muñeca: comprendió lo irónico que era hablarla de una vida como la que había adoptado Gertrudis Farish, que era prima de él. Lily Bart era tan evidentemente la víctima de la civilización que la había producido, que los anillos de su pulsera parecían las esposas que la encadenaban á su destino.

Miss Bart pareció leer el pensamiento de Selden.

—He hecho muy mal—dijo—en haber hablado de esa manera de Gerty. No me acordaba de que es prima de usted. Pero, ya ve, ¡somos tan distintas!... ella gusta de ser buena, yo gusto de ser feliz... Y, además, ella es libre y yo no... Si lo fuese, no digo que no llegaría á ser feliz, hasta en su casita. Debe de dar una alegría muy grande el disponer una de sus

muebles á su antojo, y echar todos los horrores al trapero. Solamente con que yo pudiese transformar el salón de mi tía, estoy segura de que sería una mujer mejor.

—¿Está tan mal verdaderamente ese salón?—preguntó Selden con acento compasivo.

Lily le sonrió, y le dijo:

—Eso prueba que va usted pocas veces á él... ¿Por qué no viene usted más á menudo?

—Cuando voy, no es para mirar los muebles de Mrs. Peniston.

—¡Bah! No viene usted nunca... y, sin embargo, nos entendemos tan bien cuando nos encontramos...

—Tal vez—se apresuró él á replicar—sea esa la razón. Me temo no tener leche... ¿Tomará usted un gajo de limón, en cambio?

—Lo prefiero. (Esperó ella á que hubiese él cortado un gajito de limón.) No es esa la verdadera razón—dijo después.

—¿La razón de qué?

—De que no venga usted nunca. (Lily se inclinó hacia delante, con una sombra de perplejidad en sus ojos de maga.) ¡Me gustaría tanto saber... me gustaría tanto comprender á usted!... Naturalmente, sé muy bien que hay hombres á quienes no gusto... eso se conoce en seguida. Y hay otros que tienen miedo de mí; se creen que quiero casarme con ellos. (Sonrió con franqueza.) Pero yo no creo que le desagrado... y usted no puede pensar que yo deseo casarme con usted.

—No, de eso respondo.

—Entonces, ¿qué?...

Selden contempló divertidamente á Lily. La provocación que había en los ojos de la joven aumentó su buen humor; no hubiera creído que ella gastase la pólvora en honor de una caza tan mezquina; pero tal vez no era aquello para ella sino un ensayo; tal vez también una persona de su clase no podía hablar más que de sí misma. De todos modos, la joven estaba

prodigiosamente bonita, y él la había invitado á tomar té: tenía que mostrarse á la altura de la situación.

—Pues bien—dijo él;—tal vez sea esa precisamente la razón.

—¿Cómo?

—El hecho de que no desea usted casarse conmigo... Quizá no me anime eso mucho á visitarla.

Selden sintió un ligero estremecimiento después de haber aventurado esta frase, pero la risa de Miss Bart le tranquilizó.

—Amigo Selden—dijo ella;—eso no es digno de usted. Es tonto en usted el hacerme la corte, y usted no tiene nada de tonto.

Y la joven se puso á beber el té, con un aspecto tan pensativo, que si se hubieran encontrado en el salón de su tía, él casi hubiese tratado de dar un mentís á su razonamiento.

—¿No ve usted—añadió ella—que hay bastantes hombres para que me digan cosas agradables, y que lo que yo necesitaría es un amigo que no temiera decírmelas desagradables cuando las necesite? He pensado á veces que usted podría ser ese amigo... no sé por qué; como no sea porque usted ni es fatuo, ni malo, y porque con usted no me sería necesario ni estar en escena ni en guardia.

Su voz se había puesto seria, y miraba á Selden con la gravedad inquieta de un niño.

—No sabe usted—siguió diciendo—la necesidad que tengo de un amigo así. Mi tía posee una colección de máximas ejemplares, pero todas ellas pertenecen á las costumbres de hace cincuenta años. En cuanto á las otras mujeres, mis mejores amigas, todo lo que pueda ocurrirme les es completamente indiferente. Se me ha visto demasiado: la gente se cansa de mí; empiezan á decirme que debería casarme.

Hubo una pausa, durante la cual Selden preparó una ó dos réplicas ingeniosas, pero al fin prefirió formular esta sencilla frase:

—Pues bien; ¿por qué no se casa usted?

Lily enrojeció y se echó á reir.

—¡Ah! veo que es usted un verdadero amigo; he ahí precisamente una de las cosas desagradables que yo reclamaba.

—No era esa mi intención—replicó Selden.—¿No es el matrimonio la vocación de usted? ¿No las educan para ello á ustedes todas?

Lily suspiró.

—Así lo creo. ¿Qué otra cosa hay?

—En efecto... Entonces, ¿por qué no hacerlo de una vez?

Ella se encogió de hombros.

—Habla usted como si yo debiera casarme con el primer hombre que se presentase.

—No he querido decir eso. Debe de haber alguno con las cualidades requeridas.

Miss Bart movió la cabeza con cansancio:

—He rechazado una ó dos buenas proporciones en mis comienzos...; me parece que tal es el caso de todas las muchachas... Y usted no ignora que yo soy muy pobre y horriblemente gastadora. Necesito muchísimo dinero.

Selden se había vuelto para coger de encima de la chimenea una caja de cigarrillos.

—¿Qué se ha hecho de Dillevorth?—preguntó él.

—¡Oh! su madre se asustó... Temía que hiciera yo modificar todas las alhajas de familia. Quería que prometiese no tocar al salón.

—Y precisamente se casaba usted para eso.

—En efecto... Así fué que mandó á su hijo á la India.

—¡Lástima!... Pero usted puede encontrar otro mejor que Dillevorth.

Selden le presentó la caja; cogió ella tres ó cuatro cigarrillos, se puso uno en los labios, y se guardó los otros en una petaquita de oro que estaba sujeta á su larga cadena de perlas.

—¿Tengo tiempo?... Fumaré entonces.

Se inclinó y encendió su cigarrillo en el de Selden. Después se levantó y se puso á curiosear los libros.

—¿Es usted muy aficionado á los libros?—preguntó.

—Todo lo que puede ser un hombre que no tiene dinero que gastar—contestó Selden.

—¿Y no le molesta á usted á veces el no ser bastante rico para comprar todos los libros que desease?

—¡Ya lo creo que me molesta!

—¿Y no le fastidia el tener que trabajar?

—Mi trabajo en sí no tiene nada de enojoso. Me gusta bastante el derecho.

—Sí... pero la rutina... ¿No siente usted jamás el deseo de viajar, de ver países nuevos, caras nuevas?

—Sí, muchísimo... sobre todo en primavera, cuando embárcanse todos mis amigos.

Lily hizo un gesto compasivo, y luego dijo:

—¿Pero le contraría á usted eso hasta el punto de que e matrimonio la parezca una solución?

Selden se echó á reir, y exclamó:

—¡No lo quiera Dios!

Lily lanzó un suspiro, tiró el cigarrillo, y dijo:

—¡Ah! esa es la diferencia... una joven se ve obligada á ello, un hombre puede hacerlo si le conviene. (Le miró con ojo crítico.) Su traje está un poco usado... pero, ¿quién se fija en eso? La cosa no impide que la gente le convide á comer. Si yo tuviera un traje en mal uso, nadie me atendería; á una mujer se la invita tanto por su traje como por ella misma. El traje es el fondo del cuadro, el marco, si usted quiere; no determina el triunfo, pero contribuye á él. ¿Quién atendería á una mujer no elegante? De nosotras se espera que seamos bonitas y estemos bien vestidas hasta el final... y si una no puede conseguirlo por sí sola, necesitamos una asociación de dos.

Selden la observaba placenteramente; á pesar de la súplica de sus hermosos ojos, le era imposible considerar el caso de Miss Bard, desde el punto de vista sentimental. Dijo:

—Bien, pero... debe haber una masa de capitales en busca de semejante colocación. Tal vez la espera á usted hoy su destino en casa de los Trenor.

Ella contestó á la mirada de Selden con una interrogación.

—Pensaba que tal vez iría usted... ¡Oh! no en ese concepto. Pero habrá allí muchos amigos suyos... Gwen Van Osbrengh, los Wetherall, lady Cressida Raith... y los Jorge Dorset.

Lily hizo una pausa antes de este último nombre; con los ojos entornados lanzó á Selden una mirada inquisitorial, pero él permaneció impasible.

—Mrs. Trenor me ha invitado, pero no puedo ausentarme antes de fines de esta semana, y esas grandes reuniones me aburren.

—¡Oh! á mí también.

—Entonces, ¿por qué va usted?

—Porque esto constituye parte del oficio... ¿Lo olvida usted? Y, además, si no fuera, tendría que jugar al besigne con mi tía, en Richfield Springo.

—Lo cual es casi más fastidioso como casarse con Dillevorth.

Y los dos se echaron á reir de buena gana, muy satisfechos de su repentina intimidad.

Lily miró al reloj.

—¡Dios mío! tengo que marcharme. Es más de las cinco.

Fué á ponerse el velo ante el espejo. La actitud realzaba la alargada línea de sus caderas finas, que daba una especie de gracia salvaje á su figura—como de una dríada cautiva domesticada en la vida convencional de los salones;—y Selden pensaba que ese mismo asomo de libertad silvestre era lo que daba tanto sabor á todo lo que de artificial tenía.

La siguió á la antesala, pero allí ella le tendió la mano, en ademán de adiós.

—He pasado una hora deliciosa, y al presente está usted obligado á devolverme la visita.

—¿Pero no quiere usted que la acompañe á la estación?

—No; le ruego que nos despidamos aquí.

Dejó un instante su mano en la de Selden, y le dirigió una encantadora sonrisa.

—Adiós, entonces... Y buena suerte en Bellomont—dijo él abriendo la puerta.

Miss Bart miró detenidamente antes de salir; tenía mil probabilidades contra una de no encontrar á nadie; pero, por si acaso, espiaba siempre sus raras inconsecuencias con una violenta reacción de prudencia. No había nadie por allí, nadie más que una criada que fregaba la escalera. Su corpulencia y los utensilios que la rodeaban ocupaban tanto espacio, que Lily, para pasar, tuvo que recogerse el vestido y rozar la pared. La mujer interrumpió su faena, y alzó los ojos con curiosidad, estrujando con sus manos enrojecidas el trapo que acababa de sacar del cubo.

—Perdone usted—dijo Lily, con intención de resaltar con su cortesía el descaro de la otra.

La cual, sin contestar, retiró el cubo y siguió mirando á Miss Bart, que pasó entre un rumor de sedas. Lily se puso encarnada. ¿Qué supondría aquella mujer? ¿No se podría hacer nunca la cosa más sencilla, la más inocente, sin exponerse á alguna odiosa conjetura?

En el portal se paró un momento para ver si había algún coche, pero no se veía ninguno.

Salió á la calle, y apenas lo hizo, dió de manos á boca con un hombrecillo reluciente, con una gardenia en el ojal, que la saludó, y exclamó sorprendido:

—¡Miss Bart!... ¡Qué encuentro tan inesperado!

Y Lily vió entre los párpados medio entornados del hombrecillo una viva curiosidad.

—¡Oh! señor Rosedale... ¿cómo está usted?

Y, en la familiaridad repentina de la sonrisa que apareció en la cara de aquel hombre, vió el reflejo de la contrariedad que la cara de ella no pudo disimular.

Rosedale la contemplaba complacidamente. Era un hombre rechoncho, sonrosado, el tipo del judío rubio, con elegan-

tes trajes hechos en Londres, que parecían puestos por un tapicero, y ojuelos oblicuos, que le daban el aspecto de estimar á las gentes como si se tratase de objetos de venta. Interrogó con la mirada el pórtico del *Benedick*.

—Me figuro que habrá venido usted á la ciudad á hacer algunos encargos—dijo con un tono que parecía un contacto.

Miss Bart reculó ligeramente; después se lanzó á explicaciones precipitadas.

—Sí... He venido á ver á mi modista. Y corro á tomar el tren para ir á casa de los Trenor.

—¡Ah!... Su modista, ¡ah!, sí—dijo Rosedale con voz melosa.—No sabía que hubiera modistas en el *Benedick*.

—¿En el *Benedick*? (Lily se fingió intrigada.) ¿Se llama así ese edificio?

—Sí, ese es su nombre: creo que es una palabra antigua para decir «célibe», ¿no es así? Resulta que yo soy el propietario de la casa... por eso sé su nombre.

Su sonrisa se acentuó, y añadió cada vez con mayor aplomo:

—Pero déjeme acompañarla á la estación. ¿Los Trenor estarán en Bellomont, naturalmente? Tiene usted el tiempo preciso para tomar el tren de las cinco cuarenta... Supongo que la modista la ha entretenido.

Lily se irguió ante la ironía.

—¡Oh! gracias—balbució.

Y en aquel momento vió un *hansom* que llegaba por la avenida Madison; le llamó con un gesto desesperado.

—Es usted muy amable; pero no querría molestarle por nada del mundo—dijo, tendiendo la mano á Rosedale.

Y, sin atender sus protestas, saltó al vehículo salvador y dió, jadeante, una orden al cochero.

II

En el *hansom*, Lily se recostó suspirando.

¿Por qué es preciso que una muchacha expíe tan caro la

menor infracción de la rutina? ¿Por qué no se puede hacer jamás una cosa natural sin tener que disimularla tras un armazón de artificios? Ella había cedido al impulso del momento al ir á casa de Lawrence Selden, ¡y era tan raro que pudiera ella permitirse el lujo de un impulso! Ahora comprendía que había cometido dos torpezas en cinco minutos. La primera, aquella estúpida historia de la costurera, cuando hubiese sido tan sencillo decir á Rosedale, que venía de tomar el té en casa de Selden, puesto que bastaba enunciar el hecho para hacerle inofensivo; la segunda torpeza era, después de haberse dejado sorprender en delito de mentira, descontentar al testigo.

Si hubiese tenido la presencia de espíritu de permitir á Rosedale acompañarla á la estación, sin duda habría comprado su silencio con tal concesión. El judío tenía, por su raza, el arte de apreciar exactamente los valores, y el hecho de que le viesen en el andén, lleno de gente en aquella hora de la tarde, en compañía de Miss Lily Bart, le representaba, hablando en su lenguaje, dinero contante. No ignoraba que en Bellomont eran esperados distinguidísimos huéspedes, y la posibilidad de pasar por uno de éstos, entraba en sus cálculos indudablemente. Rosedale, en su ascensión social, no había aún pasado del punto en que importa producir efectos de este género.

Lo peor era que Lily sabía todo esto. Sabía lo fácil que hubiera sido desarmarle en el acto, y lo difícil que podía serlo en lo sucesivo. Simón Rosedale era un hombre que alardeaba de saber las historias de todos; la manera de demostrar que vivía en la gran sociedad, consistía en ostentar una indiscreta familiaridad respecto á los hábitos de aquellos á quienes deseaba hacer que pasasen por íntimos suyos. Lily estaba segura de que antes de veinticuatro horas, la historia de su visita á la modista de *Benedick* circularía entre las relaciones de Rosedale. Desgraciadamente, siempre le había tratado con despego. Cuando el indiscreto primo de Lily, Jack Stepney, le presentó en una de las grandes reuniones de los Van Osburgh, Rosedale, con la mezcla de sensibilidad artística y de sagacidad pro-

fesional que caracteriza á su raza, se puso en seguida á rondar en torno de Miss Bart. Esta comprendía los motivos de aquél, porque su propia conducta se regulaba por cálculos tan sutiles. El hábito y la experiencia habíanla enseñado á mostrarse hospitalaria con los nuevos conocidos; aun los que peor se anunciaban, podían llegar á ser útiles un día. Pero una instintiva repugnancia, superior á los largos años de disciplina mundanal, la hizo desdeñar desde luego á Rosedale sin ponerle á prueba.

Y hasta el momento, ningún escrúpulo había perturbado á Lily. Entre sus íntimos, Rosedale fué decretado «imposible», y se vituperó á Jack Stepney por haber querido pagar sus deudas con invitaciones. La misma Mrs. Trenor, á quien su afición por las novedadas arrastraba á veces á algunos experimentos aventurados, rechazó los esfuerzos de Jack para que aceptase como novedad á Rosedale. Jack renunció á la lucha, pero se mantuvo bravamente en sus posiciones, y se presentó en los restaurants de moda con Rosedale, en compañía de damas de exterior brillante, pero de situación oscura, con las que se puede siempre contar para este género de demostraciones. Pero la tentativa, hasta el momento, había sido vana.

Rosedale no era, por lo tanto, un factor temible, á menos que no se pusiese uno en su poder. Y esto era precisamente lo que Miss Bart había hecho. Su torpe mentira hacía ver á aquel hombre que algo tenía ella que ocultar. Lily estaba segura de que él tenía que arreglar cuentas con ella; la sonrisa de Rosedale decía que no había olvidado. Desechó esta idea con un ligero estremecimiento, pero la persiguió durante todo el trayecto hasta la estación: la idea la seguía acosando en el andén con una insistencia digna del mismo Rosedale.

Llegó cuando el tren iba ya á ponerse en marcha; después de haberse instalado, miró en rededor, con el deseo de encontrar á algún otro invitado de los Trenor. Quería sustraerse á sí misma, y la conversación era el único medio que para ello conocía.

Tuvo la satisfacción de percibir á un joven muy rubio, de barba rojiza y rala, que en el otro extremo del vagón parecía ocultarse tras un periódico desplegado. No ignoraba ella que Percy Gryce iba á Bellomont, pero no había contado con la suerte de encontrarle en el tren; en un instante desaparecieron todos los desagradables pensamientos que se referían á Rosedale. Tal vez, después de todo, iba á terminar el día mejor que como había empezado.

Lily se puso á cortar las páginas de una novela, examinando con el rabillo del ojo á su presa, mientras que organizaba su plan de ataque. Había algo en la actitud de aquel hombre; su ensimismamiento decíale á Lily que la había visto; nunca está nadie tan acaparado por un periódico de la tarde. Lily pensó que el joven era demasiado tímido para acercarse, y se puso á idear algún medio de acercarse ella disimuladamente. Divertíala pensar que un joven tan rico como Percy Gryce pudiera ser tímido; pero ella poseía tesoros de indulgencia para semejantes particularidades, y, además, aquella timidez serviría mejor á sus designios que un excesivo aplomo. Lily tenía el dón de tranquilizar á los intimidados, pero no estaba segura de intimidar á los tranquilos.

Lily esperó á que el tren saliese del túnel y prosiguiese su marcha entre miserables taludes. Luego, cuando moderó la marcha cerca de Yankers, Lily se levantó y recorrió lentamente el vagón. Al pasar la joven junto á Gryce, el tren se inclinó al tomar una curva, y aquél notó que una mano breve se apoyaba en el respaldo de su asiento. Levantóse sobresaltado, y dejó ver una cara ingenua, que parecía salir de un baño de escarlata; hasta el rojo de su barba parecía avivarse.

El vagón se inclinó de nuevo, y por poco cae Lily en los brazos del joven. Aquélla afianzó, riendo, su equilibrio, y retrocedió.

—¡Oh! señor Gryce, ¿usted? Perdóneme... Iba en busca del conductor para pedir té.

Y le tendió la mano, mientras que el tren reanudaba su

marcha normal, y, en pie, cambiaron algunas palabras. «Sí... iba á Bellomont. Había él oído decir que también iría ella... (Al decir esto se coloreó de nuevo...)—¿Y pensaba él permanecer allí una semana?... Me alegro mucho.»

Pero en aquel momento, unos viajeros, que habían subido en la estación anterior, entraron en el vagón.

—Hay un sitio á mi lado... venga usted—dijo ella.

Gryce, muy azorado, se trasladó y llevó sus efectos al lado de miss Bart.

—¡Ah! aquí está el conductor; quizá nos puedan servir té.

Lily llamó al empleado, y en un instante, con la facilidad que parecía acompañar á todos sus deseos, se armó una mesita entre los dos asientos.

Cuando trajeron el té, Gryce contempló, silencioso y fascinado, las manos de Lily que revoloteaban sobre la bandeja. Costábale trabajo concebir que se pudiera realizar con tanta desenvoltura la tarea de hacer té en público y con el movimiento de un tren. Nunca se hubiera atrevido él á hacerlo, por temor de llamar la atención de sus compañeros de viaje; pero, al amparo de semejante maestría, bebió el brebaje, negro como la tinta, con una sensación de embriaguez.

Lily, cuyos labios conservaban todavía el aroma del té de caravana, bebido en casa de Selden, no tenía el menor deseo de perderlo con la droga del vagón restaurant, que parecía un néctar á su amigo; pero, juzgando, con razón, que uno de los encantos del té reside en el hecho de tomarlo juntos, se dispuso á colmar la satisfacción de Grecy, sonriéndole por encima de la taza alzada.

—¿Está bien? ¿No está demasiado fuerte?—preguntó con solicitud.

Y él replicó, en tono convencido, que nunca había tomado un té mejor.

«Debe de ser verdad»—pensó ella.

Y su imaginación se exaltó ante la idea de que Gryce ha-

cía tal vez su primer viaje en compañía de una mujer bonita; y la pareció providencial el hecho de ser ella el agente de la iniciación.

Otras muchachas no hubieran sabido cómo arreglárselas. Hubieran hecho resaltar con exceso la novedad de la aventura, con la esperanza de que él experimentase lo picante de una escapada. Pero el método de Lily era más delicado. Recordaba que su primo Jack Stepne había definido un día á Percy Gryce, como «el joven que prometiera á su madre no salir nunca sin chanclos cuando lloviera»; y, ateniéndose á esta indicación, decidió dar á la escena un carácter gratamente familiar, con la idea de que su compañero, en vez de pensar que hacía algo temerario é insólito, llegaría á meditar sobre la ventaja de tener siempre una compañera para hacer el té en ferrocarril.

Pero, á pesar de sus esfuerzos, la conversación languideció en cuanto quitaron la bandeja, y Lily hubo de comprobar una vez más los cortos alcances de Gryce. No era la ocasión, sino la imaginación, lo que le faltaba: tenía, indudablemente, un paladar que no aprendería nunca á establecer la distinción entre el néctar y el té de los ferrocarriles. Existía, sin embargo, un asunto en el que ella podía confiar; un resorte que á ella le bastaría tocar para poner en movimiento el mecanismo intelectual de Gryce. Lily se había abstenido de tocarlo, porque era su último recurso, y había acudido á otros procedimientos para suscitar otras sensaciones; pero, por fin, comprendió que las medidas extremas eran necesarias. Así, preguntó:

—Y qué, ¿cómo va usted con sus *Americana*?

(Llámanse *Americana* los primeros libros impresos en América.)

Gryce se animó con la pregunta, y contestó:

—Algo nuevo tengo.

Lo dijo con evidente satisfacción, pero bajando la voz como si temiera que sus compañeros de viaje tratasen de despojarle.

Lily le interrogó de nuevo con simpatía, y poco á poco, Gryce fué llevado á hablar de sus últimas adquisiciones. Era el único asunto en que estaba seguro de sí mismo, y podía ostentar una superioridad que pocas personas estaban en condiciones de disputarle. Casi ninguno de sus conocidos se cuidaba de los *Americana,* casi nadie entendía de ello, y el sentimiento de esta ignorancia hacía agradablemente resaltar el saber de Gryce. La única dificultad era suscitar el asunto, y luego mantenerlo sobre el tapete; los más no manifestaban deseo alguno de enterarse, y Gryce parecía un comerciante cuyos almacenes están llenos de géneros invendibles.

Pero, á lo que parecía, Miss Bart deseaba enterarse; más aún, estaba ya lo suficiente enterada para que la misión de un conocimiento más amplio fuera tan cómoda como agradable. Interrogaba á Gryce con inteligencia, y él, no viendo el aire de cansancio que de ordinario asomaba á las caras de sus oyentes, habló con elocuencia.

Lily se felicitaba de haber demostrado una vez más su talento, para suscitar lo aprovechable. Las sensaciones de Gryce, aunque menos definidas, eran igualmente agradables.

Claro es que el interés de este joven por los *Americana* no nació en él; no era posible pensar que se le desarrollase una afición que le fuera propia. Un tío suyo le había legado una colección ya célebre entre los bibliófilos; la existencia de esta colección era el único hecho que hubiese dado alguna gloria al nombre de Gryce, y el sobrino estaba tan orgulloso de la herencia como si la cosa fuese obra suya. Poco á poco, llegó realmente á considerarla como tal, y á experimentar un sentimiento de satisfacción personal cada vez que veía alguna cita respecto á los *Americana* de la colección Gryce. Por deseoso que fuese de no llamar la atención sobre sí mismo, experimentaba, al ver impreso su nombre, un placer tan exquisito y tan grande, que parecía compensar su aversión de la publicidad.

Para gozar de esta sensación lo más á menudo posible, estaba suscrito á todas las revistas de bibliografía en general y

de historia americana en particular, y como las alusiones á su biblioteca abundaban en esas publicaciones, que constituían su única lectura, llegó á considerarse como ocupando un puesto eminente á los ojos del público, y á figurarse con placer el interés que se despertaría si las personas con las que se encontraba al azar supieran de pronto que era el poseedor de la biblioteca Gryce.

Muchos tímidos tienen semejantes compensaciones ocultas, y Miss Bart era lo suficiente perspicaz para saber que la vanidad íntima está generalmente en proporción con la humildad exterior. Con otra persona, no se hubiera atrevido ella á insistir tanto sobre un mismo asunto, ni á exagerar tan excesivamente el interés que la suscitaba; pero había adivinado con justicia que el egoísmo de Gryce era un suelo sediento, que reclamaba constantemente los alimentos externos. Miss Bart tenía el dón de seguir la corriente de sus pensamientos, haciendo ver al mismo tiempo que bogaba por la superficie de la conversación, y, en aquellos momentos, su excursión mental fué una ojeada sobre el porvenir de Gryce en relación con el de ella.

Los Gryce eran de Albany y nuevos en la metrópoli, adonde la madre y el hijo se habían trasladado, á la muerte del viejo Jefferson Gryce, para tomar posesión de su casa de la avenida Madison: una lúgubre morada, hecha de piedra oscura al exterior y de nogal sombrío en el interior, con la biblioteca de Gryce en una dependencia aneja á prueba de incendios, y que parecía un mausoleo. Lily sabía también todo lo que se podía esperar de ellos; la llegada del joven Gryce á Nueva York hizo palpitar los senos maternos, y cuando una muchacha no tiene madre que palpite por ella, forzoso le es ocuparse por sí misma en el asunto. Por esto Lily, no solamente se las había arreglado para encontrarse en el camino del joven, sino que trabó conocimiento con la mamá, una mujer monumental, con el órgano de un predicador y un espíritu atormentado por las iniquidades de su servidumbre. Mrs. Gry-

ce tenía una especie de benevolencia impersonal: consideraba las cosas de necesidad individual con mirada recelosa; pero se suscribía á las obras cuyos boletines anuales proclamaban un majestuoso excedente. Sus deberes de ama de casa eran múltiples y diversos—desde las visitas furtivas á los cuartos de los criados, hasta las bajadas inopinadas á la bodega;—pero nunca se permitía muchas distracciones. Una vez, sin embargo, hizo imprimir en rojo una edición especial del *Sarum Rule*—el ritual particular de la iglesia de Salisbury,—y regaló sendos ejemplares á los pastores de su diócesis; y el álbum con bordes dorados, en el que estaban pegadas las cartas de gracias, constituía el principal ornamento de la mesa de su salón.

Percy fué educado según los principios que una mujer tan excelente debía infaliblemente de inculcar. Todas las variedades de la prudencia y del recelo habíanse grabado en una naturaleza por sí misma vacilante y circunspecta, hasta el punto de que Mrs. Gryce no hubiera necesitado imponer á su hijo la promesa de los chanclos, porque era poco probable que Percy saliera lloviendo. Al llegar á la mayoría de edad, y puesto en posesión de la fortuna que el difunto Mr. Gryce realizara, merced á un invento con privilegio para excluir el aire fresco de los hoteles, el joven continuó viviendo con su madre en Albany; pero á la muerte de Jefferson Gryce, cuando sus nuevos bienes, nada livianos, cayeron en manos de su hijo, Mrs. Gryce consideró que lo que llamaba los intereses del joven, exigía su presencia en Nueva York. En consecuencia, instalóse la dama en la casa de la avenida Madison, y Percy, en quien el sentimiento del deber no era menor que en su madre, pasaba todos los días de trabajo en las magníficas oficinas de *Broad Street*, en donde una hornada de hombres pálidos y mal retribuídos habían encanecido en la administración del imperio de los Gryce, y en donde Percy fué iniciado con todo el debido respeto en los menores detalles del arte de acumular.

Por lo que Lily podía saber, tal había sido hasta entonces

la única ocupación de Gryce: comprendíase que no considerara como una tarea superior á sus fuerzas la empresa de interesar á un joven sometido á un régimen tan debilitante. En todo caso, sentíase tan por completo dueña de la situación, que se abandonó á una seguridad en la que se desvaneció, y desapareció de su conciencia todo temor de Rosedale y de las dificultades que con ese temor se relacionaban.

La parada del tren en Garrisons no la hubiera distraído de sus pensamientos, si no hubiera sorprendido una repentina expresión de sobresalto en su compañero. El asiento de Gryce estaba frente á la puerta. Lily adivinó que le había turbado la aparición de una persona conocida: intuición corroborada por las cabezas que se volvían y por la sensación de general emoción que su propia entrada en un vagón estaba en el caso de producir.

Reconoció en seguida los síntomas, y no la sorprendió el oirse llamar por la penetrante voz de una linda mujer que subía al tren, acompañada por una doncella, un bull-terrier y un criado que vacilaba bajo el peso de las maletas y las cajas.

—¡Oh, Lily!..... ¿va usted á Bellomont? Entonces, supongo que no podrá usted cederme un asiento. Pero yo necesito un sitio en este vagón... Conductor, es preciso que me busque usted uno en seguida... ¿No se puede hacer que se levante alguien? Quiero estar con mis amigos... ¡Ah! buenas tardes, señor Gryce. Le ruego que haga comprender al conductor que necesito un sitio al lado de Lily y de usted.

Mrs. George Dorset, sin cuidarse de los esfuerzos benévolos de un viajero con saco de noche que cedía su puesto por apearse del tren, permanecía en pie en medio del paso, difundiendo en torno suyo ese sentimiento de exasperación general que crea frecuentemente una mujer bonita de viaje.

Era más baja y más delgada que Lily Bart, con una flexibilidad inquieta—como si hubiera podido contraerse y pasar á través de una sortija, semejante á las sinuosas telas con que gustaba adornarse.—Su carita pálida no parecía ser sino la

montura de sus dos ojos oscuros y grandes, cuya mirada de visionaria contrastaba curiosamente con sus gestos y su tono decididos—de suerte que, según la observación de uno de sus amigos, tenía el aspecto de un espíritu desencarnado que ocupase mucho espacio.

Habiendo, por fin, visto que el asiento de junto á Lily estaba desocupado, se apoderó de él, no sin molestar todavía á varias personas; explicó, mientras lo hacía, que había llegado de Mount Kisco en automóvil, aquella misma mañana, y que acababa de morirse de aburrimiento durante una hora en Garrisons, sin tener siquiera el consuelo de un cigarrillo, pues al bruto de su marido se le había olvidado llenar la petaca antes de marchar.

—Y ahora ya me figuro que no le quedará á usted ni uno, ¿verdad Lily?—dijo con tono lastimero.

Miss Bart interceptó la mirada de asombro de Percy Gryce, cuyos labios no contaminaba nunca el tabaco.

—¡Qué preguntas hace usted, Berta!—exclamó ruborizándose al pensar en la provisión de cigarrillos que había realizado en casa de Lawrence Selden.

—¿Cómo, no fuma usted? ¿Desde cuándo lo ha dejado?... ¿Qué? ¿que nunca ha fumado usted?... ¿Y usted tampoco, señor Gryce? ¡Ah! naturalmente... ¡qué tonta soy!... ya comprendo.

Y Mrs. Dorset se recostó en su asiento con una sonrisa que hizo lamentar á Lily que hubiera encontrado sitio á su lado.

III

El bridge, en Bellomont, duraba de ordinario hasta una hora avanzada de la noche, y cuando Lily subió á acostarse, había jugado, por desgracia suya, demasiado tiempo.

No sintiendo el menor aliciente por las reflexiones que la esperaban en la soledad de su cuarto, se quedó en el vasto ves-

tíbulo, mirando al hall, en donde los últimos jugadores formaban grupo en torno de la bandeja provista de largas copas y de jarras con cuello de plata, que el jefe de comedor acababa de poner en una mesa baja, al lado del fuego.

El hall era de arcadas, con una galería sostenida por columnas de mármol amarillo claro. En las esquinas de las paredes destacábanse altos macizos de plantas en flor sobre un fondo de follaje oscuro. Sobre la alfombra carmesí, dos ó tres perros de raza dormitaban voluptuosamente ante el fuego; la luz que caía de la gran linterna central lustraba las cabelleras de las mujeres, y al menor movimiento arrancaba destellos de las joyas.

Había momentos en que escenas de este género encantaban á Lily, en que satisfacían su sentido de la belleza, su aspiración hacia una vida exteriormente perfecta; había otros en que hacían resaltar las contadas ocasiones que se le ofrecían á á ella. En aquel momento, el sentimiento del contraste predominaba en Lily, y volvió impacientemente la cabeza á la vista de Mrs. George Dorset, que, resplandeciente y serpentina, se llevaba á Percy Gryce tras su estela hacia un rincón íntimo, bajo la galería.

No era que Miss Bart temiese perder el ascendiente que acababa de adquirir sobre Gryce. Mrs. Dorset podía turbarle ó deslumbrarle; pero no tenía ni la habilidad ni la paciencia necesaria para capturarle. Ocupábase demasiado en sí misma, para penetrar en los arcanos de la timidez del joven, y, además, ¿por qué se había de tomar semejante trabajo? A lo más, podría divertirla, jugar por una vez con la sencillez del muchacho, pero sin pasar de ahí. Percy Gryce había aburrido toda la tarde á Lily, y, sin embargo, ésta no ignoraba que había de seguir soportando semejante aburrimiento, con la esperanza de que el joven se dignase decidirse á aburrirla toda la vida.

Era un destino aborrecible, pero ¿cómo sustraerse á él? ¿Qué elección tenía ella? Tenía que ser, ó lo que ella era, ó una

Gerty Farish. Cuando entró en su cuarto, de luz delicadamente tamizada, con el peinador de encajes extendido sobre el cubrepié de seda, sus zapatillas bordadas ante el fuego, un florero con claveles que embalsamaban la atmósfera, y las últimas novelas y revistas ilustradas, sin cortar las hojas, depositadas en la mesa, junto á la lámpara, recordó la estrechez de la vivienda de Miss Farish, con su confort barato y su horrible papel en las paredes. ¡No!, no estaba ella hecha para un medio mezquino, para los sórdidos compromisos de la pobreza. Todo su sér se dilataba en un ambiente de lujo; era el ambiente que necesitaba, el único clima en que podía respirar. Pero el lujo ajeno no le bastaba. Habíase contentado con él hacía algunos años; había aceptado su ración diaria de bienestar, sin cuidarse de los proveedores. Ahora empezaba á irritarse contra las obligaciones que la imponían su cambio, á sentirse sencillamente pensionada por la opulencia que en otro tiempo le parecía suya. Hasta había momentos en que se daba cuenta de que tenía que pagar su escote.

Durante mucho tiempo no quiso jugar al bridge. Sabía que la faltaban los medios, y temía adquirir una afición tan costosa. Había visto la prueba del peligro en la aventura de muchos conocidos—del joven Ned Silverton, por ejemplo, el encantador muchacho rubio, que ahora se extasiaba abyectamente de admiración á la sombra de Mrs. Fishar, una divorciada de nota, con unos ojos y unos trajes tan expresivos como los salientes rasgos de su caso particular. Lily se acordaba también del tiempo en que el joven Silverton apareció en sociedad con el aspecto de un arcadiano extraviado que ha publicado lindos sonetos en el periódico de su colegio. Desde entonces, cultivó su afición por Mrs. Fishar y por el bridge, y el bridge, por lo menos, la condujo á gastos que fueron saldados más de una vez por dos hermanas, viejas solteronas, que conservaban preciosamente los sonetos, y se privaban de azúcar en el té para mantener al Benjamín á flote. La situación de Ned era bien conocida de Lily. Había visto á sus bonitos

ojos—encerraban más poesía que los sonetos—pasar de la sorpresa al entretenimiento, después del entretenimiento á la ansiedad, mientras que experimentaba el prestigio del terrible azar, y se asustaba de descubrir en sí misma síntomas idénticos. El año pasado, en efecto, noto que los dueños de la casa esperaban de ella que se sentase á la mesa de juego. Era uno de los impuestos que tenía que pagar por su hospitalidad prolongada, y por los trajes y las joyas, que llegaban á veces á enriquecer su insuficiente previsión. Y desde que empezó á jugar, se aficionó apasionadamente. Una ó dos veces, en aquellos últimos tiempos, ganó una fuerte suma; pero, en vez de reservarla para atender á las futuras pérdidas, la empleó en trajes y joyas, y el deseo de reparar esta imprudencia, unido á la creciente embriaguez del juego, la llevó á aventurar puestas más elevadas con cada nueva tentativa. Trataba de disculparse, alegando que en casa de los Trenor, si se jugaba, había que jugar fuerte, ó pasar por pedante ó mezquino; pero habíase dominado por la pasión del juego, y sabía también que, en su medio actual, tenía pocas esperanzas de resistir.

Aquella noche, la suerte le fué implacablemente adversa, y el bolsillo de oro que colgaba entre sus dijes estaba casi vacío cuando subió ella á su cuarto. Abrió el armario, sacando su estuche de joyas, y contó el dinero. No le quedaba más que veinte dolars: este descubrimiento la sobrecogió de tal manera, que por un instante se imaginó que la habían robado. Despues sacó papel y lapiz, y, sentándose ante la mesa de escribir, trató de hacer la cuenta de sus gastos del día. Estaba rendida de cansancio, y tuvo que sumar y restar varias veces antes de reconocer que había perdido trescientos dolars al juego. Sacó un librito de cheques, para ver si lo que quedaba era más de lo que creía; pero comprobó que no se había equivocado. Volvió á sus cálculos, pero, por más que hizo, no pudo resucitar los trescientos dolars que habían desaparecido. Era la suma que había apartado para pagar á su modista—á menos

que no diese aquel hueso á roer á su joyero.—De todos modos, lo insuficiente de la cantidad la había impulsado á jugar fuerte, con la esperanza de doblarla. Pero, como es corriente, había perdido; mientras que Berta Dorset, á la que su marido cubría de oro, había debido de embolsarse quinientos dolars por lo menos, y Judy Trenor, á la que sus medios la hubieran permitido perder mil cada noche, se levantó con las manos tan llenas de billetes que no pudo darlas á sus huéspedes al despedirse de ellos.

Un mundo en que semejantes cosas eran posibles, le parecía á Lily Bart una miserable morada; pero ¡ah!, jamás hubiera llegado á comprender las leyes de un universo tan dispuesto á dejarla con sus cálculos fallidos.

Empezó á desnudarse sin llamar á su doncella; la había mandado á acostar. Habíase acomodado durante tanto tiempo al gusto de los demás, que guardaba ciertos miramientos á quienes dependían del suyo, y, en sus horas de amargura, pensaba á veces que ella y su doncella se encontraban en una situación idéntica, salvo que el sueldo de la segunda era pagado con mayor regularidad.

Sentóse ante el espejo para arreglarse el pelo; tenía la cara pálida, desencajada; observó con terror dos líneas pequeñas, junto á la boca, minúsculas estrías en la curva lisa de la mejilla.

—¡Oh! es preciso que deje de atormentarme—exclamó.—A menos que no sea efecto de la luz eléctrica...

Se levantó y encendió los candelabros de la mesa de tocador.

Apagó todas las demás luces y se examinó á la claridad de las bujías. El óvalo blanco de su rostro emergió, indeciso, del último término tenebroso, empañado por el resplandor incierto como por un vaho; pero las dos líneas de junto á la boca permanecían fijas.

Lily se apresuró á acostarse.

«Ello no obedece más que al cansancio y á mis odiosas pre-

ocupaciones»—se dijo; y tuvo por una nueva injusticia que tan mezquinas causas pudiesen dejar huella en su belleza, su única arma contra todos.

Pero las odiosas preocupaciones no la abandonaban. Volvió con fatiga á la idea de Percy Gryce, como un caminante recoge un fardo y prosigue su marcha tras un breve alto. Lily estaba casi segura de haberle llevado á buen puerto; unos cuantos días más, y alcanzaría la recompensa. Pero la misma recompensa parecía insípida en aquel momento; Lily no expeperimentaba placer alguno con la idea de su triunfo. Sería un descanso después de tanto cansancio, nada más, y ¡qué insípido le hubiera parecido esto... algunos años antes! Sus ambiciones habían disminuído poco á poco en la secante atmósfera del fracaso... Pero ¿por qué el fracaso? ¿Debía acusarse á sí misma ó á la fatalidad?

Recordaba que su madre, después de la ruina, acostumbraba á decirla, con una especie de sombrío espíritu de venganza: «Recobrarás todo esto... lo recobrarás todo contu cara...» Este recuerdo aportó todo un cortejo de imágenes, y, acostada, en la oscuridad, se puso á reconstruir el pasado del que su presente había salido.

Una casa en la que nadie comía nunca como no hubiese «gente»; la campanilla de la puerta que sonaba sin interrupción; la mesa del recibidor llena de invitaciones y de recibos; una serie de doncellas, de criadas y de criados que se despedían entre un caos de armarios rápidamente saqueados; disputas en la cocina y en la sala; fugas precipitadas á Europa; regresos con baúles repletos; discusiones, dos veces al año, para saber en dónde se pasaría el verano; grises intermedios de economía con brillantes recepciones de gasto—tal fué el escenario de las primeros recuerdos de Lily Bart.

Reinante sobre aquella perpetua tempestad doméstica, se erguía la vigorosa y bien determinada figura de una madre, bastante joven todavía para usar furiosamente sus trajes de baile, mientras que el perfil brumoso de un padre, más bien

neutro, ocupaba un puesto intermedio entre el jefe de comedor y el hombre que iba á dar cuerda á los relojes. Aun á los ojos de la infancia, tenía aspecto joven Bers Hudson Bart; pero Lily no podía recordar una época en que su padre no era calvo y encorvado. Después se enteró, con asombro, de que su padre no tenía sino dos años más que su madre.

Lily veía pocas veces á su padre, de día. Permanecía todo el tiempo en la ciudad, y, en invierno, era ya muy de noche cuando le sentía volver. Abrazaba á su hija; enviaba recado á su mujer de que comía fuera, y desaparecía otra vez. En verano, cuando iba á pasar un domingo con ellas, en Newport ó Southampton, parecía aún más taciturno que en invierno. El reposo parecía fatigarle más, y se pasaba horas y horas contemplando el mar desde un rincón apacible del terrado, mientras que el estrépito de la existencia de su mujer continuaba, á pocos pasos de él, sin que lo notase. Pero, por lo general, en verano, Mrs. Bart y Lily se iban á Europa. De vez en cuando Lily oía que su madre fulminaba anatemas contra su marido por haberse descuidado en el envío de fondos; pero, de ordinario, no se hablaba de él ni en él se pensaba hasta que aparecía en el muelle de Nueva York, en donde tropezaba con la enormidad de los equipajes de Mrs. Bart y las severidades de la aduana americana.

La vida continuó de esta manera irregular y agitada, hasta los diez y nueve años de Lily—una línea quebrada, según la cual la embarcación familiar se deslizaba por una rápida corriente de placer, atraída desde abajo por el flujo de una perpetua necesidad: la necesidad de más dinero.—Lily no se acordaba de que hubiese habido nunca bastante dinero, y, por alguna razón mal definida, su padre parecía siempre responsable de semejante carencia. No era ciertamente por culpa de Mrs. Bart, que tenía entre sus amigos fama de ser una «organizadora maravillosa». Mrs. Bart era célebre, á causa de los efectos ilimitados que sacaba de limitados medios, y para ella, así como para sus conocidos, constituía una especie de he-

roísmo el vivir como si se fuese mucho más rica de lo que en realidad se era.

Como es natural, Lily estaba orgullosa de las aptitudes de su madre en ese concepto; había sido educada en el principio de que á cualquiera costa necesitábase tener una buena cocina é ir lo que Mrs. Bart llamaba «decentemente vestida». La peor censura de Mrs. Bart á su marido, consistía en preguntarle si quería que ella «viviese como los cerdos», y la negativa respuesta de M. Bart era siempre considerada como una autorización para mandar un telegrama á París encargando uno ó dos trajes suplementarios, y un telefonema al joyero para decirle que, después de pensado, podía enviar la pulsera de turquesas que Mrs. Bart había examinado por la mañana.

Lily conocía personas que «vivían como los cerdos»: su apariencia y cuanto les rodeaba justificaba la repugnancia de su madre hacia ese ese género de existencia. Eran, en su mayoría, parientes que habitaban en sombrías casas con grabados inspirados en el *viaje de la vida* en las paredes de la sala, y con fregonas que contestaban: «voy á ver», á visitantes que se presentaban á una hora en que las personas distinguidas han salido, si no en realidad, teóricamente por lo menos. Lo peor del caso era que muchos de aquellos parientes eran ricos: así, Lily se forjó la idea de que, si las gentes «vivían como cerdos», era por gusto y porque no observaban una discreta línea de conducta. Esta idea la dió un sentimiento de razonada superioridad, y no necesitaba los comentarios de su madre para cultivar el instinto que naturalmente la inclinaba hacia el lujo.

Lily tenía diez y nueve años cuando las circunstancias la obligaron á revisar su sistema del universo.

El año anterior hizo una deslumbradora entrada en la sociedad, pero acompañada por una densa nube de cuentas. La luz del acto permanecía aún en el horizonte, pero la nube se había hecho más espesa, y de repente estalló. Lo repentino aumentó el horror de la catástrofe; y aun había momentos en

que Lily revivía dolorosamente cada detalle del día fatal. Su madre y ella estaban sentadas, para almorzar, ante los restos de la comida de la víspera, puesto que una de las raras economías de Mrs. Bart era consumir en privado los restos de su costosa hospitalidad. Lily experimentaba la agradable languidez de la juventud que ha bailado hasta el amanecer; pero su madre, á despecho de algunas ligeras arrugas junto á la boca, y bajo las ondulaciones doradas en las sienes, estaba tan fresca y viva de color como si se hubiera levantado tras un apacible sueño.

En medio de la mesa, entre los dulces, alzaba sus tallos vigorosos una pirámide de esas rosas de estufa que se llaman «bellezas americanas»; alzaban la cabeza tan en alto como Mrs. Bart, pero su rosado tinte había enrojecido, y su reaparición en el almuerzo ofendía al gusto de Lily.

—La verdad es, mamá—dijo en tono de queja,—que me parece que podríamos tener algunas flores frescas para el almuerzo... Unos muguetes, por ejemplo.

Mrs. Bart la miró asombrada. La delicadeza del gusto de Lily no se mostraba exigente sino en público, poco la importaba el aspecto de la mesa del almuerzo cuando no había más que la familia. Pero sonrió de la candidez de su hija.

—Los muguetes, en esta estación—dijo la madre con calma,—cuestan dos dolars la docena.

Lily no se desconcertó: tenía una noción muy vaga del valor del dinero.

—Seis docenas bastarían para llenar ese cesto—replicó.

—¿Seis docenas de qué?—preguntó la voz de su padre desde la puerta.

Las dos mujeres levantaron los ojos asombradas; aunque era sábado, la aparición de Mr. Bart en el almuerzo era un hecho insólito. Pero ni á su mujer ni á su hija les interesó el hecho, hasta el punto de pedir una explicación. Mr. Bart se sentó y contempló distraídamente el trozo de salmón con gelatina que el criado puso ante él.

—Decía sencillamente —contestó Lily—que detesto ver flores marchitas en el almuerzo; y mamá dice que un manojo de muguetes costaría unos doce dolars. ¿Puedo encargar que lo traigan todos los días?

Y se inclinó hacia su padre con confianza, pues rara vez la negaba algo.

Mr. Bart permaneció unos momentos sin contestar, inmóvil; estaba más pálido que de costumbre, con el pelo desordenado. De repente miró á su hija, y se echó á reir, con una risa tan particular, que Lily se puso encarnada; no gustaba que se burlasen de ella, y su padre parecía haber visto algo ridículo en la petición.

—Doce dolars... doce dolars al día en flores. ¡Oh!, ciertamente, querida... encarga por valor de mil.

Y continuó riendo.

Mrs. Bart le miró y, dirigiéndose al criado, dijo:

—No espere usted, Polewarth; llamaré.

El criado se retiró con aire de desaprobación silenciosa.

— ¿Qué ocurre, Hudson? ¿Estás enfermo? — preguntó Mrs. Bart con voz severa.

No toleraba las escenas cuando no las suscitaba ella, y le era odioso que su marido se diese en espectáculo ante los criados.

—¿Estás enfermo?—repitió.

—¿Enfermo?... No. Estoy arruinado—dijo él.

Lily dió un grito de espanto, y su madre se puso violentamente en pie.

—¿Arruinado?—exclamó Mrs. Bart; pero, reponiéndose en seguida, dijo á Lily con rostro tranquilo:

—Cierra la puerta.

Lily obedeció, y su madre volvió á decirla:

—Tu padre no está bien... no sabe lo que dice. Esto no es nada... pero es mejor que subas á tu cuarto... Y nada de charlas con los criados.

Lily salió sumisamente, pero las palabras de su madre no

la engañaban: comprendió desde luego que estaban arruinados. Durante las sombrías horas que siguieron, esta terrible certeza se sobrepuso á todo, hasta á la muerte lenta y trabajosa de su padre. A los ojos de su mujer, Bart no existía; habíase extinguido desde el momento en que cesó de desempeñar su misión y, sentada á la cabecera, tenía la actitud provisional de un viajero que espera la marcha de un tren retrasado. Los sentimientos de Lily eran más tiernos: compadecíase de una manera temerosa é ineficaz. La muerte de su padre fué un alivio para Lily.

Empezó después un largo invierno. Quedaba un poco de dinero, pero á los ojos de Mrs. Bart era menos que nada—un sarcasmo al lado de lo que juzgaba que le era debido.—«¿Para qué vivir si hay que vivir como los cerdos?...» Cayó en una especie de apatía furiosa, en un estado de cólera inerte contra el destino. Sus facultades de «organizadora» la abandonaban ó no la enorgullecían lo suficiente para ejercerlas. Estaba muy bien el mostrarse buena ama de casa cuando, al hacerlo, se podía tener coche; pero no merecía la pena cuando los más laudables esfuerzos no llegaban á disimular la necesidad de ir á pie.

Lily y su madre vagaban de un lado á otro, haciendo unas veces largas visitas á parientes criticados por Mrs. Bart; vegetando otras en modestos hoteles europeos, en donde ella se mantenía altivamente á distancia de sus compañeras de infortunio. Evitaba con particular cuidado á sus amigos antiguos y al escenario de sus antiguos triunfos. Ser pobre le parecía una confesión de fiasco equivalente al deshonor; recelaba una nota de alegría en las protestas más amistosas.

Unicamente la consolaba la contemplación de la belleza de Lily. La estudiaba con una especie de pasión; como si fuese un arma que hubiese lentamente forjado para su venganza. Seguía con la imaginación la carrera de otras bellezas, señalando á su hija lo que semejante dón podía realizar, é insistiendo sobre el trágico ejemplo de aquellas que, á pesar de ese dón,

no habían logrado sus propósitos: á los ojos de Mrs. Bart, solamente la estulticia explicaba el lamentable desenlace de ciertas aventuras.

A Lily la impresionaba naturalmente la grandeza de las ocasiones que se le ofrecían. La mediocridad de su vida actual daba un encantador relieve á la existencia, á la que se sentía llamada; pero sus ambiciones no eran tan groseras como las de su madre. Había en Lily una vena de sentimiento; gustaba de representarse su belleza como un poder al servicio del bien, un medio de llegar á una posición en la que su influencia se haría sentir por una vaga irradiación de refinamiento y de buen gusto. Placíanle los cuadros, las flores, las novelas sentimentales, y no podía menos de creer que semejantes inclinaciones ennoblecían sus deseos de fortuna. A la verdad, no hubiera deseado casarse con un hombre que no fuese sino rico; avergonzábase en secreto de la codicia de su madre. Las preferencias de Lily hubieran sido por un noble inglés con ambiciones políticas y vastos dominios, ó, en segundo lugar, por un príncipe italiano, con un castillo en los Apeninos y un cargo en el Vaticano —las causas perdidas tenían á sus ojos un encanto novelesco...

¡Cuánto tiempo hacía de todo esto, y qué lejos parecía todo!

Después de dos años de estériles peregrinaciones, murió Mrs. Bart; murió durante una de sus cortas estancias en Nueva York, y Lily fué inmediatamente el centro de un consejo de familia, compuesto por los parientes ricos á quienes la habían enseñado á despreciar porque «vivían como cerdos». Tal vez sabían éstos los sentimientos en que la joven se había educado, porque nadie manifestó un vivo deseo de su compañía; la cuestión amenazaba no solucionarse, cuando Mrs. Peniston declaró con un suspiro:

—¡Voy á probar el tomarla por un año!

Todos se sorprendieron, pero cada cual disimuló su sorpresa por miedo de que Mrs. Peniston se arrepintiese.

Mrs. Peniston era hermana de Mr. Bart. Acogió á su sobrina sencillamente porque ningún otro pariente se ofreció, y por-

que tenía esa especie de vergüenza que impide la manifestación del egoísmo en público, aunque no le sea óbice en privado.

De todos modos, su determinación fué recompensada, y halló en su sobrina una agradable compañía. La joven dió pruebas de un espíritu acomodaticio, que, á una inteligencia más penetrante que la de su tía, hubiera podido parecer menos tranquilizador que el franco egoísmo de la juventud. Las desgracias habían hecho de Lily como una sustancia amoldable, la cual es más difícil de romperse que la que resiste.

Mrs. Peniston era uno de esos personajes episódicos. El hecho más saliente que la concernía era que su abuela fué una Van Alstyne. Esta alianza con la raza bien nutrida é industriosa de la antigua Nueva York, se revelaba en la glacial nitidez de su salón y en la excelencia de su cocina. Tenía una propiedad en la provincia de Nueva Jersey, pero no la había habitado desde la muerte de su marido—acontecimiento, ya lejano, que parecía subsistir en la memoria de la dama como punto de arranque para los recuerdos personales que constituían el fondo de su conversación.—Era una de esas mujeres que recuerdan las fechas con intensidad, y podría, sin un momento de vacilación, decir si los cortinones de la sala se cambiaron antes ó después de la última enfermedad de Mr. Peniston.

Mrs. Peniston hallaba que el campo es triste y los árboles húmedos, y abrigaba un vago temor de encontrarse con un toro. Para librarse de estas contingencias, frecuentaba los establecimientos balnearios más frecuentados, en los que se instalaba, viendo deslizarse la vida, de una manera completamente impersonal. Al cuidado de semejante tutora, Lily no tardó en comprender que no tendría más que las ventajas materiales de una buena cocina y de un elegante vestuario; y, aunque estuviese muy lejos de despreciarlas, las hubiese trocado con gozo por lo que su madre la había enseñado á considerar como ocasiones. Suspiraba al pensar todo lo que las indomables energías de su madre hubiesen realizado, de haber estado unidas á los recursos de su tía. La misma Lily era muy

enérgica; pero estaba paralizada por la necesidad de adaptarse á los hábitos de su tía. Comprendía que necesitaba á toda costa seguir siendo grata á Mrs. Peniston hasta que pudiese, como hubiese dicho Mrs. Bart, andar sin andadores. La vagabunda existencia del pariente pobre no seducía en modo alguno á Lily, y para adaptarse á Mrs. Peniston necesitaba, hasta cierto punto, imitar la actitud pasiva de la dama. Habíase imaginado al principio que la sería fácil arrastrar á su tía en el torbellino de sus propias actividades; pero había en Mrs. Peniston una fuerza estática contra la que se estrellaron en vano todos los esfuerzos de su sobrina. Tratar de ponerla en contacto directo con la vida, era como si se quisiera arrancar un mueble previamente amoldado al piso. Pero la tía no pretendía que Lily permaneciese igualmente inmóvil; tenía toda la indulgencia del tutor americano con la ligereza de la juventud. Era también indulgente con otros hábitos de su sobrina: parecíale muy natural que Lily se gastase todo su dinero en galas, y de vez en cuando suplía con «bonitos regalos», destinados al mismo uso, la exigua renta de la muchacha. Lily, que era profundamente práctica, hubiera preferido una pensión fija; pero Mrs. Peniston apreciaba los periódicos momentos de gratitud, determinados por inesperados cheques, y era lo suficientemente avispada para comprender que semejante manera de dar mantenía con su sobrina un saludable sentimiento de dependencia.

Esto aparte, Mrs. Peniston no había creído que su cargo entrañase otros deberes; habíase mantenido á un lado sencillamente, dejando que su sobrina entrase en campaña.

Lily entró en campaña, al principio, con el aplomo de un posesor al que no se puede desalojar; después con exigencias cada vez más restringidas, y ahora veíase reducida á luchar por un palmo de terreno sobre aquel vasto espacio que en un tiempo pareció ofrecérsele. Todavía no se daba cuenta de cómo había ocurrido esto. A veces pensaba que era porque Mrs. Peniston había sido demasiado pasiva; otras veces temía

no haberlo sido bastante ella misma. ¿Demostró un excesivo ardor para vencer? ¿Careció de paciencia, de habilidad, de disimulo? Que se acusase ó se disculpase de sus errores, la cosa no cambiaba en nada el total de su desastrosa operación. Muchachas más jóvenes y más vulgares que ella habíanse casado á docenas, y ella tenía veintinueve años y todavía era Miss Bart.

Empezaba á tener accesos de ira y de protesta contra el destino, momentos en que ardía en deseos de abandonar la empresa y crearse una vida independiente. Pero ¿qué género de vida podía ser? Apenas tenía dinero para pagar á sus modistas y las deudas de juego; y ninguno de los intereses pasajeros que tomaba por tal ó cual cosa, y á los que dignificaba con el nombre de aficiones, era lo suficientemente pronunciado para que la permitiese vivir satisfecha en la oscuridad. ¡Ah! no: era demasiado inteligente para no ser sincera consigo misma. Sabía que odiaba la mediocridad como su madre la había odiado, y hasta su último suspiro no cesaría de luchar contra ella, subiendo sin descanso hasta alcanzar las brillantes cumbres que presentaban una superficie tan resbaladiza á sus crispados dedos.

EDIT WHARTON

(Continuará.)

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Crítica: Juegos florales.= Costumbres: El romanticismo por defuera.=Ciencias naturales: La vivisección.=Ciencias físicas: El porvenir de las fuerzas invisibles.=Literatura: El humorismo judío.=Impresiones y notas: El valor español.—La economía en la mujer.—Dos casos de farmacomanía.—Adiciones y comentarios á Zaratustra.

CRÍTICA

Juegos florales.—La inocente manía de los juegos florales continúa causando estragos en la literatura, y, á pesar de su descrédito, sigue siendo elemento obligado de toda feria ó fiesta regional. Queriéndonolas echar de intelectuales y de cultos, y reconociendo que no hay programa serio de festejos de verdadera atracción sin el *bárbaro* espectáculo de las corridas de toros, pretendemos aguar con juegos florales el vino de las corridas, poniendo así una vela al San Miguel de la civilización, ya que ponemos un cirio de los más gordos al diablo de nuestro confesado atraso. Y de ahí los juegos florales, que, con las corridas de toros y las sesiones de pirotecnia, forman el trípode obligado que sirve de asiento á toda feria ó exposición.

En los juegos florales aparecen á veces trabajos dignos de loa. ¡Pero son tan raros estos casos! Lo corriente es que las poesías, especialmente de los juegos florales, procedan de una de estas dos fuentes: la del amigo á quien los mangoneadores

de los juegos quieren premiar, ó la del poeta de cierta notoriedad, cuyo nombre se impone al jurado, presente lo que presente, que, generalmente, suele ser un buñuelo ó un refrito, ya por encargo hecho con todo *secreto*, ya *motu proprio* con la esperanza fundada del consabido galardón. En uno y otro caso, nada más natural que la aparición de poesías sin sustancia y sin valor alguno literario.

Si recorremos los álbums de los diferentes juegos florales celebrados en los últimos años en España, veremos cuán difícil es sacar de ellos una poesía que merezca el honor de figurar en una antología medianamente formada. Para un caso como el que se dió en Salamanca con la magnífica composición *El ama*, del malogrado Gabriel y Galán, se dan ciento de completa esterilidad estética. Ahí está, por ejemplo, el resultado de los últimos juegos florales celebrados en la misma Salamanca. Se trataba de una fiesta que había de ser presidida por S. M. la Reina D.ª Victoria, y en la que había de figurar como mantenedor nada menos que D. Segismundo Moret, y era de esperar que con semejantes elementos, que constituían sólidas garantías de formalidad, se tuviera el mayor acierto, y resultara, ó la declaración de no há lugar, si no se hallaba una poesía digna del premio, ó la concesión del premio á una poesía verdaderamente digna de él.

¿Qué salió de esos juegos florales? Una poesía premiada de D. Salvador Rueda. Ya este solo nombre supone una satisfacción para los que intervinieron en la concesión del premio, pues Salvador Rueda es un nombre conocido, y pasa, con razón, por uno de nuestros buenos poetas contemporáneos, de corte zorrillesco, de verbo rico y cálido, de exuberante adjetivación, sin ambiciones de rompe-molde ni aspiraciones necias de creador de género ni de estilos.

Pues con todas estas condiciones, la poesía premiada es un buñuelo más, y aunque tiene felicísimos atisbos, abundan tanto en ella los ripios, las vaciedades, los convencionalismos y los lugares comunes, que parece increíble que haya habido ju-

rado ninguno medianamente competente que la pueda considerar digna de premio. Vamos á verlo.

La poesía se titula *Salamanca*, y se compone de catorce estrofas de seis versos alejandrinos, y como tales, sonoros y cascabeleantes, de esos que dejan el oído encantado con su música, apagando con sus sonoridades la voz de su propio contenido. La primera estrofa dice así:

> Son tus piedras cual ubres empapadas de ciencia,
> saturadas de ritmo, de vigor y elocuencia
> que han nutrido la raza de un licor maternal;
> de tus piedras formadas con remotos vestiglos
> han bebido la leche de la vida los siglos
> que te han vuelto una vasta sementera ideal.

De música, como se ve, no está mal; pero vamos al examen de la letra:

Aceptemos que las piedras de Salamanca son «cual ubres empapadas de ciencia y saturadas de ritmo, de vigor y elocuencia»; pero estas ubres «que han nutrido la raza de un licor maternal» (como todas las ubres, naturalmente, de todos los mamíferos), ¿por qué han de estar «formadas con remotos vestiglos»? Bien se ve que hacía falta una palabra que rimara con siglos, y Rueda ha echado mano de vestiglos,

> Y si en vez de los siglos fueran años,
> los vestiglos serían desengaños.

Hay, evidentemente, en esa estrofa una idea poética; pero el poeta arma tal revoltijo con las ubres y los vestiglos, la sementera y las piedras, los siglos y la raza, que no deja de costar trabajo imaginarse las piedras de Salamanca convertidas en ubres, y de ellas pendiente la raza española, chupando la leche de la vida.

Sigue Rueda haciendo comparaciones, y dice á Salamanca:

> Como clueca gigante, de alas nobles y puras,
> que caldea los claustros de las aves futuras,

difundiendo en el nido su perfume vital,
en tu seno de asombros, ¡oh gran loba materna!
empolló el ígneo ovario de tu cátedra eterna
las bandadas de espíritus con tu ardor inmortal.

Esto sí que es música pura. Salamanca aparece ahora como una gallina clueca de gigantesco tamaño (lo de «alas nobles y puras» es ripio simple), «que caldea los claustros de las aves futuras» (he ahí una comparación de poético efecto), «difundiendo en el nido su perfume vital», ó sea, en prosa llana, caldeando los huevos con perfume. ¿Cree sinceramente Rueda que los perfumes sirven para caldear?

Después, Salamanca se convierte en loba, sin dejar de ser gallina, pues es una «loba materna» que empolla, y «en su seno de asombros» «empolló el ígneo ovario» de su «cátedra eterna las bandadas de espíritus, con ardor inmortal». Pero, ¿qué es esto, Dios mío? ¡Una loba que empolla! ¡El ovario de una cátedra! ¡Un seno de asombros! ¡Un ovario ígneo! ¡Una loba materna con un seno de asombros, dentro del cual hay un ígneo ovario de una cátedra que empolla espíritus! Si esto no es poesía, en el sentido rigurosamente etimológico de la palabra, que venga Dios y lo vea.

Y sigue Rueda con sus piropos:

Ancho río de hombres fué el hervir de tu fuente,
que partió en cien raudales su fecundo torrente
y cubrió todo el mundo de un inmenso laurel.

Ahora nos encontramos con que Salamanca tiene una fuente, cuyo hervir fué un «ancho río de hombres», y cuyo torrente, «se partió en cien raudales», cubriendo todo el mundo con «un laurel inmenso»; ¡y tan inmenso! ¡Para cubrir todo el mundo ya se necesita laurel! Pero, ¿de dónde sale ese laurel?

No queremos desmenuzar las estrofas de Rueda, una por una, pues todas son por el estilo de las citadas: amontonamientos de palabras más ó menos sonoras y rimbombantes, engarzadas por el ritmo y por la rima para producir un todo musical

sin valor alguno interno. Hay alguna, en la que el instinto, que es el que gobierna toda esta creación de Rueda, acierta á desenvolver una idea hermosa y elevada, que no tarda en desvanecerse, como algo fugaz y sin consistencia, en el alma, por demás ligera y vana, del poeta; tal sucede, por ejemplo, con la siguiente:

Tu raíz es tan honda, que recorre y enlaza
todo el plano glorioso del solar de la raza;
no hay poder, Salamanca, que te hiciera morir;
si de ti se tirase, cual de planta frondosa,
toda España sería tu raigambre grandiosa;
¡pan inmenso de tierra que el mar viene á ceñir!

Los cinco primeros versos son magníficos, soberbios, admirablemente pensados y hermosamente dichos. Los dos últimos, sobre todo:

Si de tí se tirase, cual de planta frondosa,
toda España sería tu raigambre grandiosa,

merecerían ser esculpidos en mármoles y bronces, por encerrar un pensamiento tan acertado en la expresión poética, como exacto en la realidad de su contenido. ¿No es una lástima que todo eso venga á deslucirse con el sexto verso?:

¡pan inmenso de tierra que el mar viene á ceñir!

¿Qué tiene que ver ese verso con los anteriores? ¿Qué importa, aparte de lo desdichado de la expresión, que España sea ó no un «pan inmenso», ceñido por el mar ó por las montañas?

Ahí se ve al versificador que sale del paso como puede, y siente uno caérsele el alma á los pies al encontrarse con el desencanto de ese verso que nos revela el hallazgo de un coplero donde creíamos admirar un poeta genial.

¿Y qué decir de esa otra estrofa en que, so pretexto de alabar á Salamanca, se piropea á la reina Victoria, que se suponía había de presidir los juegos florales?:

De tí es digna la cara de esa reina divina
que preside el gran triunfo de esa reina latina
en que á dos fuertes razas logra el arte juntar.
A dos Pueblos preside, y se basta ella sola,
es tan bella la cara de la reina española,
¡que con dos medias lunas Dios la quiso formar!

¡Horror! ¿Qué jurado es ése que se atreve á premiar semejante desatino?

«A dos Pueblos preside, y se basta ella sola.»

¡Vaya un verso! ¡Vaya una inspiración! Él solo sí que bastaría para tirar al cesto de los papeles semejante tontería. Pero lo imperdonable es lo que sigue:

«es tan bella la cara de la reina española,
¡que con dos medias lunas Dios la quiso formar!»

¡Bonita comparación! ¿Cómo habrá visto Rueda la cara de la reina para compararla con dos medias lunas? ¡Qué herejía! Esa comparación sólo es aplicable á otras cosas, que es mejor no mentar, y afortunadamente, y sin lisonja de ninguna clase, de la cara de la reina pueden decirse todos los primores y todas las bellezas, porque todas y todos los reúne.

COSTUMBRES

El romanticismo por de fuera.—Son curiosos los artículos de Luis Maigron, en *La Revue Hebdomadaire,* sobre las elegancias y excentricidades de los románticos que formaban el grupo de la Joven-Francia, en el segundo cuarto del pasado siglo.

Un diario inédito de entonces, exhumado por Maigron, definía así al Joven-Francia ó romántico:

«Un bípedo de largos cabellos, que hace versos dislocados, suele vestirse de un modo ridículo, que llama pintoresco y artístico, fuma como un vasallo del gran turco y se emborracha

como un templario. El primer grado de la iniciación romántica, es el uso del tabaco; el adepto sufre la prueba del humo de su primer cigarrillo haciendo ascos y sintiendo náuseas; pero al cabo de dos ó tres días, el estómago, la boca y la nariz se acostumbran, y el bisoño fumador se convierte en veterano.

»En todas las novelas de la época, el puro, la pipa y el cigarrillo figuran en primer término, demostrando la importancia que tenían en el Joven-Francia; se celebra el cigarrillo en verso y en prosa, y no hay canción báquica que no tenga su estribillo dedicado al tabaco. El cigarrillo es el accesorio indispensable de toda remisión, y, en manos de un hombre, es como el abanico en las de una mujer: facilita las actitudes, entretiene las manos embarazadas, autoriza los silencios, pues

cigarro que encender
dispensa de responder;

da ingenio, pues el humo que se traga se devuelve en *esprit*, y es más, favorece los matrimonios, como lo demuestra el cambio producido en Leoncio, á quien su prima Juana parece horriblemente burguesa hasta el día en que la ve entrar en el fumadero, coger calaverescamente un cigarrillo, encenderlo y fumarlo sin pestañear; el primito se entusiasma, y el matrimonio queda resuelto.»

La nueva manía no dejó de encontrar enemigos, y entre los que protestaron figuraba *La Mode* misma, diciendo que «si algunos elegantes prostituyen así su boca, es á un cigarro de la Habana», y sosteniendo que «fumar un cigarro, es un desorden; pero fumar por hábito, es confesar una degradación intelectual». Se entabló la lucha entre el rapé y el cigarro, y el tabaco que se tomaba por la boca triunfó fácilmente del que se tomaba por la nariz. Algunas madres de familia veían la nueva moda con malos ojos; pero los hijos persistían, y las madres concluían por ceder; las novias hacían lo mismo, pero ellos se resistían y...

El amor al tabaco
triunfaba del amor.

Por todas partes se formaban sociedades y clubs de fumadores.

Como no había clases especiales para fumar, las reuniones se celebraban en casa de cada uno de los socios, sin ningún aparato. Se fumaba hasta hacer la atmósfera irrespirable, se charlaba hasta agotar todos los temas del día, y luego se leían versos de circunstancia, en medio de aquel humo que apenas permitía verse, como los sonetos de B*** á la gloria del cigarrillo, cada uno de los cuales tenía un título especial. «Cómo se hace.—Cómo se coge.—Cómo se enciende.—Cómo se fuma.—Prohibición de escupir.—Honor á España.»

De su habitación, donde celebraban los nebulosos y odoríferos misterios del tabaco, no tardaron los fumadores en atreverse á salir, apareciendo en público con el cigarrillo ó el puro en la boca, y allá por el año 40 se generalizó la costumbre de fumar en público, no sin provocar protestas y burlas de todo género, deplorando la señora de Girardín, en 1839, que el boulevard de los Italianos estuviese oscurecido de *vapor cigarrino*, y consignando melancólicamente que se pedía en Tortoni un helado de fresa, y se tragaba en realidad un horrible sorbete de nicotina. Sólo faltaba á la nueva moda el ser consagrada oficialmente por algunos literatos conocidos. Rabbe compuso un lindo poema en honor de la pipa, y Barthelemy consagró nada menos que tres cantos al arte de fumar; era más de lo necesario. El afán de notoriedad hizo adoptar á las *leonas*, antecesoras de nuestras *cocottes*, el uso del cigarrillo, no siendo esta ayuda la que menos contribuyó á la difusión de la costumbre de fumar y á la consiguiente propagación del romanticismo.

Aliada con el tabaco venía la bebida á caracterizar las costumbres de los Joven-Francia. Se fumaba por fastidiar al burgués, y se emborrachaban para fastidiarle y escandalizarle más, «por bravata, aburrimiento y asco de su solemne simple-

za», y además para *aculotarse* por completo. El modelo fué el mismo Byron y las famosas orgías de Newstead Abbey. Todo el mundo conoce las páginas en que Teófilo Gautier ha contado las excéntricas proezas y las miríficas beberrinas de los románticos: el cráneo traído por Gerardo de Nerval, robado de la colección anatómica de su padre, y que había pertenecido á un tambor mayor muerto en la Moscowa, arreglado en copa por medio de un tirador de cómoda, fijado en el interior con un tornillo; aquel cráneo que lleno de vino circulaba á la ronda, bebiendo todos en él con repugnancia más ó menos bien disimulada; la imitación sencilla de la orgía clásica con todos sus detalles, minuciosamente arreglados de antemano, hasta el de echarse el vino en el chaleco, pues cada convidado tenía abierto el libro en que su autor favorito habla de la orgía descabellada, y traducía fielmente el texto en sus gestos y en sus palabras. «Aquí es donde debo echar vino en mi chaleco, y dar de beber á mi camisa. (Peau de chagrin, pág. 161). He aquí el pasaje: ¡Diablo! Es precisamente mi más hermoso chaleco, un chaleco de terciopelo con botones de oro. No importa, hay que conservar el carácter, perderemos el chaleco. (Se echa un gran vaso de vino por la camisa). ¡Uff! ¡Está frío como un diablo! Hubiera debido tomar la precaución de hacerlo templar. Fortuna será si no pesco una pleuresía. Es muy cómodo tener el pecho empapado.» Mascarada ridícula, de la que ahora nos reímos, pero que entonces se tomaba atrozmente en serio.

La literatura, lo mismo el verso que la prosa, se llena de descripciones de orgías á cual más disparatadas, y nada acredita tanto á un buen romántico como una bella orgía celebrada según ciertos ritos, en la que haya algo de gótico, truhanes y pillos, gitanas y bohemios, todos revueltos con marqueses, condes y maravillosos. Alejandro Dumas dió en 1832 una fiesta que hizo época, y Petrus Borel, para festejar su instalación en la calle del Infierno—bonito nombre para un romántico,—quiso imitarle; como la casa era pequeña, se dedicó el principal á la orgía, y el entresuelo sirvió de enfermería; cuan-

do uno de los convidados no podía ya tenerse, le bajaban, para ser cuidado, al piso bajo. Ninguna de estas fiestas igualó, sin embargo, á la celebrada el 28 de Noviembre de 1835, organizada por todos los románticos, poetas, novelistas y artistas con el nombre de Fiesta de los Truhanes. El disfraz era de rigor. Había trajes soberbios, como el de Rogerio de Beauvois, de veneciano; pero como la mayor parte no tenían un cuarto, la generalidad de los disfraces delataba la pobreza de sus dueños. El ambigú era poco variado, pero copiosamente servido; había mucho embutido y vino caliente; los refrescos estaban reemplazados por frescos. Pero con todo esto, la gente se divirtió en grande, y en mucho tiempo no se habló en París de otra cosa.

La resonancia de aquella fiesta acabó de poner de moda las orgías, y, según las memorias de la época, por dondequiera celebraba la juventud romántica fiestas orgiásticas.

En una de ellas, contada por *Le flaneur parisién*, se sirvió un ponche gigantesco en una ensaladera, hecha *ad hoc*, que contenía quince azumbres, siendo los convidados diez y ocho; la ensaladera se vació, en parte acaso por las ventanas ó por los escotes de las señoras, pero se vació, «y ¡oh horrible!, ¡¡¡horrible!!!, ¡¡¡muerte horrible!!!—añade el narrador,—lo vaciaron bebiendo en cabezas de muertos. La gigantesca ensaladera estaba flanqueada por cuatro calaveras, como un castillo por sus torres; salían de cuatro enormes ramilletes y estaban cubiertas: una con un inmenso fieltro de plumas, otra con un morricón, la tercera con una toca de almenas y la última con una mitra. Cuando descubrieron el cuádruple ornamento del ponche, las señoritas sintieron náuseas, y se pusieron todas á chillar; pero cuando las quisieron obligar á beber dentro de las calaveras, lanzaron aullidos de terror, y una de ellas, corriendo á una ventana, la abrió, pidiendo socorro con todas las fuerzas de sus pulmones, y amenazando precipitarse si la calavera llena de ponche daba un paso más hacia ella. La gente se reunió en la calle, la sala del festín fué invadida, y se nece-

sitó toda la influencia de que gozaban las familias de aquellos concienzudos imitadores de las novelas románticas para echar tierra al escándalo».

La calavera era accesorio indispensable de toda orgía, y el tipo más corriente era, según el *Bol de Ponche*, «una cabeza de muerto con anteojos en la nariz, un gorro griego sobre el cráneo y una pipa aculotada entre las mandíbulas».

En algunas ocasiones se llevaba todavía mucho más allá esta despreocupación. Así, en una orgía de 1836, que duró desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la mañana, á las doce en punto, la hora fatídica, trajeron el ponche; y aquí dejamos la palabra al narrador:

«Cuando fueron depositados los bols inmensos, gigantescos como urnas, sobre la mesa, se les puso fuego. Y las llamas lanzaron por dondequiera sus lengüecitas azules infatigables. Crepitaban persiguiéndose, enlazándose, desprendiéndose para reunirse de nuevo, bailando alegremente la zarabanda como sutiles fuegos fatuos en un cementerio.

»Entonces una voz sepulcral gritó:—Que introduzcan á Yorick.—Y Yorick apareció.

»Hubo un estremecimiento, seguido de gritos de espanto terribles. Las mujeres escondieron el rostro en el pecho de sus vecinos, y arrojándose á los hombros varoniles con un gesto convulsivo que imploraba protección y piedad, lanzaban quejidos prolongados, estridentes. A algunas les pareció bien el desmayarse; se las depositó en un rincón. Hasta entre los hombres había quienes no se atrevían á mirar fijamente al recién llegado.

»Sin embargo, Yorick avanzaba, sostenido con mucha precaución de cada lado por un penitente con cogulla.

»Avanzaba. Cada uno de sus pasos hacía rechinar siniestramente sus huesos. De vez en cuando volvía la cabeza como para enseñar bien á todos su cara asquerosa; luego sus mandíbulas se separaban, y se ponían á chascar como castañuelas.

»Parecía como si se oyeran estremecimientos.

»Siempre con minuciosas precauciones maternales, los dos penitentes con cogulla conducían á Yorick hacia el sillón gótico que le esperaba en medio de la sala. Yorick alargaba á derecha y á izquierda sus manos descarnadas. Los más valientes las tomaban y las sacudían violentamente; pero se veían sus estremecimientos involuntarios, y ¡Yorick daba las gracias, haciendo rechinar más siniestramente aún sus mandíbulas.

»Le plantaron en el sillón gótico. Le pusieron cojines de púrpura bajo su cráneo y por detrás de sus vértebras... Y entonces, en medio del espanto, del horror general, que hacía tener todas las piernas incrustadas en el suelo, Yorick, después de extender horizontalmente los brazos como para ordenar silencio... ¡Yorick habló!

»Esta vez, los que no estaban en el secreto é ignoraban que uno de los penitentes era ventrílocuo, estuvieron á punto ellos también de ponerse malos.

»El esqueleto articulado recita versos, naturalmente.

La vida, ¡ay!, es pasajera.
Amigos, acordaos bien;
para hacerla dulce y ligera,
creedme: nada descuidéis.¡

»Hay diez estrofas de tanta novedad como ésta.

»Finalmente, se instala un bol de ponche sobre las rodillas del esqueleto, se le pone una copa en la mano, y él invita á sus amigos á venir á beber en ella «el olvido de todos los males». Algunos, «intrépidos», recibieron la copa de Yorick; otros, «ridículamente pusilánimes», prefirieron servirse ellos mismos.

»Se propuso organizar una danza macabra, que Yorick hubiera dirigido. Pero su propietario protestó: habrían podido deteriorarlo. «Una emoción extraña suprimida», gime nuestro corresponsal, que se consuela observando que «hay en todas partes especieros».

»Las emociones, sin embargo, no habían faltado. Los que no habían quedado «borrachos perdidos por el suelo», se retiraron como pudieron, haciendo reflexiones.»

CIENCIAS NATURALES

La vivisección.—Tomando por lema las frases de Víctor Hugo, «La vivisección es un crimen»; de San Francisco de Asís, «Amo á los animales como á mis hermanos», y del cardenal Manning, «Ninguna reivindicación de la ciencia, ningún resultado que pueda esperarse, nada puede justificar semejante género de atrocidad», publica en la *Rassegna Nazionale,* de Florencia, Augusto Agabiti, un caluroso artículo en contra de las prácticas viviseccionistas.

Semejante á las famosas cajas de muerto egipcias, cuya estructura se amoldaba al cuerpo de la momia, y cuya tapa, ajustada sobre el cuerpo, reproducía exactamente las líneas generales del difunto, había en Alemania, en la Edad Media, un horrible instrumento de tortura, del que todavía puede verse un ejemplar, perfectamente conservado, en la Eiserne Jungfrau (Virgen de Hierro), guardada en la espantosa Fünfeckige Turm (Torre pentágona) del castillo de Nuremberg: es una caja de hierro enmohecido, como si la hubiera enrojecido la sangre de las víctimas, cuya tapa reproducía la figura de una mujer, y en cuyo interior, lleno de puñales, se metía el condenado, cerrando sobre él la tapa de modo que muriera ahogado y atravesado, y desgarradas las carnes por veinte sitios distintos, sin que sus gritos de dolor fueran oídos ni sus tormentos inenarrables compadecidos por nadie. ¿Hay tormento más feroz? Pues sabed que en los gabinetes de Fisiología de todo el mundo culto se somete á tormentos semejantes, y aun peores, porque duran mucho más, á multitud de séres inocentes.

En esos laboratorios, los animales vivos, conejos, perros,

gatos, palomas, caballos, son inmovilizados con una gota del terrible veneno de los salvajes del Orinoco, el curare, y luego destrozados, atenaceados, quemados, sometidos durante horas y días enteros á toda clase de torturas. El curare inmoviliza los miembros, pero no quita el dolor; el animal, según Claudio Bernard, oye y distingue cuanto se hace en torno suyo, y su sensibilidad subsiste por completo, aunque sin medios para manifestarse. El número de animales sacrificados es enorme: más de 5.000 perros sufren en París tan misérrima suerte, y sólo el profesor Schiff, de Florencia, sacrifica 1.000 perros al año en su laboratorio; por temor á sus aullidos nocturnos, que pueden despertar lástima en la vecindad, les cortan las cuerdas vocales. Recuérdese á Magendie y sus 8.000 perros sacrificados al estudio de la distinción de los nervios en sensitivos y motores, cuestión antes resuelta por Bell; los 6.000 animales sacrificados por Orfila á sus experimentos toxicológicos; los 14.000 inmolados por Schiff en honor de la fisiología experimental; el experimento 330 veces repetido por un vivisector sobre las raíces de los nervios raquídeos, para refutar una sola opinión de Magendie. Sólo en los años 1850 á 1852, según *La Luz*, de Viena, fueron víctimas de la vivisección en aquella capital 56.000 animales, entre ellos 26.000 perros, 25.000 gatos y conejos, y 5.000 grandes mamíferos.

Los instrumentos de tortura son variadísimos: agujas, cuchillos y bisturís de diversos tamaños para punzar, cortar y extirpar las carnes; sierras para abrir los huesos, tenazas para coger y estirar nervios y tendones, clavos para sujetar las manos y las orejas á la mesa incisoria, bozales para sujetar la boca ó para tenerla desmesuradamente abierta, trépanos para agujerear los huesos y poner á desnudo el cerebro, máquinas eléctricas para la galvanización, estufas para la quema lenta y metódica; todos los horrores que pueden inventarse para destrozar y atormentar el cuerpo.

Las narraciones de los experimentos de vivisección dan escalofríos. En la Escuela de Veterinaria de Alfort, da cuenta

el Dr. Murdoch, de que una yegüita alazana había sobrevivido, por su desgracia, á los innumerables tormentos de un solo día, y no tenía ya semejanza con ningún sér de este mundo: los riñones estaban abiertos, la piel desgarrada, laborada por el hierro malvando y atravesada por docenas de cauterios; los tendones cortados, las pezuñas arrancadas, los ojos saltados; y el pobre animal, ciego y sin defensa, fué puesto derecho, en medio de risas, sobre sus ensangrentadas patas, para mostrar á los operadores presentes todo lo que la destreza de los hombres puede hacer en un animal sin matarlo.

¿Cómo soportan los animales su tortura? Los perros, siempre generosos, con el cráneo descubierto y los sesos destrozados, lamen la mano del operador. Un médico inglés cuenta que, siendo estudiante y asistiendo á la clase de fisiología, les llevaron un perro muy bonito, inteligente y delicado; puesto en la mesa de marmol, y viendo los instrumentos y preparativos, comprendió la muerte horrible que le esperaba, y empezó á recomendarse como supo, mirando uno tras otro á todos los asistentes con miradas tan lastimeras y expresivas, que los estudiantes, compadecidos, rogaron al profesor que les vendiese á cualquier precio aquel animal, sin poderlo conseguir. El pobre perro fué cruelmente torturado, y habiendo sobrevivido, volvió á servirles para nuevos experimentos hasta que murió á los dos días.

¿Es útil, ya que no indispensable, la vivisección? Si consideramos que la Universidad de Dublín abolió hace muchos años todo experimento *in anima vili;* que los Parlamentos inglés y francés, tras numerosos informes, han votado leyes restrictivas, y que muchos célebres cirujanos de todos los países la odian y la condenan, nos veremos tentados á refutar por lo menos su justificación.

No pueden negarse los servicios prestados á la ciencia por los viviseccionistas, pero tampoco es posible autorizar los abusos horribles y generales de la vivisección; los abolicionistas objetan, desde luego, que la naturaleza de los animales es muy

distinta de la del hombre. Los experimentos de Weir-Michell han demostrado que el opio y la morfina obran en las gallinas sólo en dosis muy elevadas; que los conejos, palomas, caballos y monos pueden comer impunemente belladona, que es un veneno para el hombre, como las cabras la cicuta y otros animales hasta el ácido prúsico.

Lo que hace odiosa la vivisección, es el dolor á que se somete al animal. Ahora bien; casi todos los médicos célebres están de acuerdo en que no hay necesidad de que los animales sufran, y en que el dolor debe evitarse por ser nocivo á las investigaciones, porque perturba profundamente las funciones del organismo. Piénsese en el espasmo sufrido por las más sencillas operaciones quirúrgicas, como la extracción de una muela ó la extirpación de un uñero, sin la acción preventiva y sedante de los anestésicos, y se comprenderá la perturbación que el dolor produce en las principales funciones, la circulación, la respiración y la secreción. Si esto lo observamos en nosotros mismos, ¿por qué ha de pasar de otro modo en los animales? ¿Y si el dolor produce esos efectos, ¿qué valor científico pueden tener los experimentos hechos en medio del dolor, en plena perturbación de todas las funciones del organismo?

Es verdad que para evitar el dolor están los anestésicos; pero aun así sería preciso que el animal mutilado fuera muerto rápidamente, y no curado para poder servir á nuevos tormentos, ni menos abandonado para morir tan lenta como horriblemente. También podría utilizarse el cinematógrafo para la enseñanza de fisiología experimental, como lo viene haciendo el Dr. Doyen para sus operaciones quirúrgicas; así, un sólo caso serviría para miles de estudiantes, y se ahorrarían muchas vidas y muchos tormentos, sin necesidad de repetir las vivisecciones más dolorosas, en todas las aulas y gabinetes, por cada nueva clase de alumnos.

En la cuestión de la vivisección tienen el derecho y el deber de intervenir los naturalistas, aunque se hubiera demostrado la indispensabilidad, para los progresos de la medicina, de las

prácticas viviseccionistas; porque esos progresos no deben venir mezclados con miasmas morales deletéreos que llevan hasta el sadismo; hay peligros sociales en el desarrollo de la vivisección, que á todo trance deben evitarse.

CIENCIAS FÍSICAS

El porvenir de las fuerzas invisibles.—Por el incesante descubrimiento de las fuerzas invisibles, se va construyendo más allá de las ciencias analíticas y descriptivas el soberbio monumento de la ciencia sintética, la ciencia del porvenir, como la llama Savari en *La Revue*.

Este admirable movimiento de la ciencia moderna es bien reciente, pues basta remontarnos al año 1887, en que Hertz descubrió su oscilador, para encontrar sus orígenes; el oscilador Hertz, en efecto, suministraba el medio teórico de servirse de la electricidad sin hilos. Pero para recibir aquellas ondas tan sumamente débiles, se necesitaba un receptor extremadamente sensible; Branly lo descubrió en 1890 al construir su radio-conductor, y desde aquel momento, ya no se trataba sino de dirigir las ondas hertzianas del transmisor al receptor, aislando éste de modo que no pudiera ser influído por ondas procedentes de otros puestos; tal es el problema que resolvió Marconi, dando forma práctica á la telegrafía sin hilos.

Esto no era más que el principio de los sensacionales descubrimientos relacionados con lo invisible. En 1895, Roentgen, de la Universidad de Martzburgo, observó que unas sales de platino-cianuro de bario, colocadas á cierta distancia de una ampolla crookes, estaban iluminadas como si la luz viniera de ellas mismas, produciéndose el mismo fenómeno aunque la ampolla estuviera envuelta por una hoja de papel ó de cartón, ó de cualquier otro cuerpo perfectamente opaco; el sabio reemplazó su platino-cianuro por una placa fotográfica que fué impresionada; un grueso trozo de madera interpuesto, no im-

pidió tan singular irradiación; un pedazo de metal, por el contrario, la interceptaba casi por completo, desarrollando su negra silueta en la placa fotográfica. Proseguidos los experimentos, se comprobó que el cristal es, para estos nuevos rayos, menos transparente que la madera ó el cartón; que la cera amarilla se deja atravesar por ellos, mientras que la sal gema es opaca; las partes blandas del cuerpo humano son mucho más transparentes que los huesos, etc. Estos rayos invisibles trastornaban todas las nociones admitidas sobre la transparencia de los cuerpos.

Un año después, en 1896, Becquerel demostró que las sales de uranio pueden dar impresiones fotográficas á través del papel negro y de otras diversas sustancias opacas; estos nuevos rayos, semejantes á los de Roentgen ó X en su propagación, reflexión, refracción y polarización, son los uránicos ó de Becquerel, llamándose *radioactivas* las sustancias que los emiten. La señora Curie, que preparaba entonces su tesis de doctorado sobre estas nuevas sustancias, logró medir la densidad de sus radiaciones, y prosiguiendo sus experimentos en compañía de su marido, el sabio profesor de física de la Sorbona, llegó al magno descubrimiento del radio. El radio es una fuente viva de luz y de calor; se compone de tres especies de radios: alfa, beta y gamma, cada vez más penetrantes; el primero, poco desviable por la acción magnética; el segundo, muy desviable, y el tercero, indesviable. ¿Cómo explicar el formidable desarrollo de energía de este cuerpo tan complejo? La física y la química antiguas son impotentes para ello, y tendría que ver que nuestros químicos tuvieran que venir á parar, para explicar este y otros fenómenos, al reconocimiento de la unidad de la materia y á la consiguiente famosa transmutación de los antiguos alquimistas.

Por otra parte, el Dr. Blondelot, de Nancy, estudiando los rayos X, descubrió nuevos rayos que se reprodujeron en la luz emitida por un pico Auer ó una lámpara Nerst. Estos nuevos rayos, llamados N, atravesaban los cuerpos opacos como los X

y los del radio, pero no impresionaban las placas fotográficas, y Blondelot no los pudo descubrir sino por su acción sobre una chispa eléctrica ó una pequeña llama que hacían más vivas. La prosecución de sus experimentos le hizo comprobar que los rayos N existían en la luz solar, y eran producidos por la mayor parte de los cuerpos calentados al rojo, existiendo también en los cuerpos sometidos á la presión, á la torsión ó al temple; cuchillos procedentes del siglo VIII siguen emitiendo todavía rayos N con la misma intensidad que la del acero recientemente templado. Con los rayos N se toca quizá al principio de la energía atómica, inmediata, es decir, á la constitución física de los cuerpos.

El profesor Charpentier, de Nancy, que en colaboración con el Dr. Blondelot había orientado sus investigaciones radioactivas en el sentido de los seres vivos, observó que, acercando una parte cualquiera del cuerpo á un objeto untado de platinocianuro de bario, en el que se hubiera colocado una partícula de sal de radio, el objeto se iluminaba más ó menos vivamente; luego el cuerpo humano obra á la manera de los rayos N, reforzando la fosforescencia. Como, por otra parte, el comandante Darget, de Tours, había impresionado placas fotográficas á través de varias envolturas de papel negro y rojo, por la simple aproximación de los dedos, demostrándose después que hay personas que dan fuertes impresiones fotográficas, á veces hasta coloreadas, y como los rayos N carecen de esa propiedad, había que admitir la existencia de una nueva irradiación, bautizada por Derget con el nombre de rayos V (emitidos por los seres vivos). Estos rayos son sumamente penetrantes; atraviesan los metales y la mayor parte de los cuerpos sólidos ó líquidos; son insensibles al calor, á la luz, y sobre todo al magnetismo, y se conducen en sus propiedades fundamentales como los rayos gamma del radio y los rayos primarios de Roentgen.

Estos rayos V, que quizá son tan complejos como los del radio, gozan de propiedades especiales, pues son dinámicos,

como lo prueban numerosos experimentos, y aunque adquieren gran intensidad en ciertas personas, existen en todos los seres vivos, como lo muestran los aparatos de Thore, de Baraduc, del conde de Tromelin, el estenómetro de Foire, etc. Probablemente, hay que referir á la acción de los rayos V todos los fenómenos de hipnosis, telepatía y televisión, de que tantos ejemplos se han recogido; por eso importa proseguir con empeño el estudio de estos rayos, que tantos problemas pueden resolver cuando sean bien conocidas todas sus propiedades.

LITERATURA

El humorismo judío.—El judío es burlón como el francés, según afirma Andrés Spire en el *Mercure de France*. Cortés y lleno de sí mismo, se complace en burlarse de sus faltas por cortesanía y por orgullo; habla de sus cualidades en voz baja, y de sus defectos en alta voz. En lugar de ideas generales, prefiere siempre la imagen y el ejemplo; tratad de convencerle por un razonamiento, y no os presta atención; acertad con una buena anécdota, y lo tenéis cogido. Así hablaba Jesús, y sus parábolas entusiasmaban al auditorio. Por eso el pueblo judío posee un inmenso repertorio folk-lorístico, historietas, fábulas, leyendas, calembours, chistes, procedentes de todos los países de Palestina y de Africa, de España y de Alemania, de Polonia y Rusia, de todos los lugares en que ese pueblo errante ha descansado entre ignominias y temores.

Otra fuente más turbia, de donde procede también la guasa judía, es la de los conversos ó relegados. La mayor parte de las razas idealizan su tipo: toda griega está orgullosa de tener la frente estrecha y la nariz recta, como toda armenia desea tener la cara tan redonda, que su amante pueda compararla con una manzana, una granada, una naranja, ó la cara misma de la luna. Una raza vencida ó secularmente despreciada, acaba por despreciarse á sí misma, no admirando sino el tipo y el

alma de sus vencedores. Los judíos conversos rabian por no poder cambiar de cabeza como han cambiado de religión; desidealizan su tipo, y se sienten halagados cuando se les dice que no tienen nariz judía, ó pelo judío, ó maneras judías. De estos hebreos que cambiarían con gusto sus movibles narices por la nariz elevada y pastosa de un auvernés, proceden no pocos chistes, fáciles de reconocer entre los demás. En la masa enorme del repertorio hay, naturalmente, de todo. Enrique Heine cuenta que el rabino de Albona mostraba al incrédulo Salomón Maimón el Schofar la trompeta primitiva de que el oficiante saca gritos salvajes cuando la sinagoga pronuncia el *Herem*, ó excomunión judía.—¿Sabes lo que es esto?—le preguntó con aire sombrío; á lo que Salomón contestó muy tranquilamente:—Sé que es el cuerno de un macho cabrío.

En esta anécdota, Heine admira el rostro inmóvil y la audacia tranquila del filósofo, viéndose claramente la intención del cuentista; pero en la que la intención es más dudosa, es en este cuento de Alsacia: Un mozo de cordel, que no había ganado un cuarto en toda la semana, quiere volver á su casa de Colmar para el sábado. Consigue deslizarse en el muelle, y toma el tren; en el camino, el revisor le pide el billete.—No tengo billete—dice el judío.—Entonces, paga—dice el revisor.—No tengo dinero—dice el judío.—Entonces, fuera de aquí;—y el revisor le hace bajar en la primera estación. El judío se sienta en un banco hasta que pasa otro tren, al que sube tranquilamente. Nueva revisión, nueva expulsión, nuevo tren y repetición de las mismas escenas, hasta que un empleado, que ya le había visto, le reconoce, y le dice:—¡Ah! ¿Otra vez tú? ¿Hasta cuándo va á durar este manejo?—El judío baja la cabeza, levanta los hombros, y dice con una semisonrisa:—Hasta que llegue á Colmar.—¿Se trata aquí de mofarse de la bajeza del judío, ó se celebra la tenacidad de aquel pobre diablo, cuya aventura es una especie de símbolo cómico de la trágica historia de Israel, siempre progresando bajo la persecución de que es objeto?

He aquí otra historieta, cuya intención es más evidente: Dos bolsistas tienen, por economía, la misma querida; la mujer queda en cinta: ¿quién se ocupará del niño?

—Paciencia, dijo uno.—Es cierto, dijo el otro. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir!—No ocurrió nada, salvo los dolores del parto. En la calle, ante la puerta del hotelito, los dos amigos se encuentran.—Sube tú—dijo el primero;—yo no podría ver eso; ya me contarás lo que ha pasado.—Y se quedó paseando por la acera. Al fin su amigo baja.—¿Cómo va el niño?—le pregunta.—¿El niño? No hay un niño, que hay dos.—¿Hay dos niños? Muy bien, muy bien. Entonces, tendremos uno cada uno. —Sí... Eso es... Pero... hay una desgracia.—¿Qué desgracia? —Que el mío ha nacido muerto.

De este tipo hay muchos chistes, pues no hay que olvidar que se trata de un pueblo eminentemente comerciante. La última palabra, en materia de intermediarios, la tiene Schadchen, el agente matrimonial.—La suegra no me gusta—le objetan;—es una mujer estúpida y mala.—No es la suegra; es la hija la que le propongo.—Pero no es ya joven ni tampoco guapa.—¿Qué importa? Con eso le será á usted más fiel.—Tiene poco dinero.—Pero ¿quién le habla á usted de dinero? ¿Se va usted á casar con el dinero? Usted pide una mujer.—Sí; pero la que usted me da tiene una joroba.—Es usted muy difícil, caballero. ¿Pretende usted que le den una mujer sin ningún defecto?

Formando *pendant* y contraste con el anterior, puede citarse la respuesta que dió un comprador á un tratante en caballos, examinando un magnífico potro de silla.—Es tan rápido—decía el propietario del animal,—que si lo monta usted aquí á las cuatro de la mañana, está usted á las seis y media en Strasburgo.—¿Y qué quiere usted que haga yo en Strasburgo á las seis y media?

La risa del judío es voluntaria, estridente, amarga, histérica; se ríe con risa que hace daño, pero se ríe. Es Enrique Heine. Y es Zangwill; porque uno y otro son bromistas de

ghetto, por haber mamado en su infancia la leche grosera de la guasa judía. La cultura inglesa, unida al genio judío, ha dado nacimiento á una planta nueva: el humorismo judío. Este humorismo tiene de común con los demás el sentido agudo de la ironía de las cosas, que todo es vano y, sin embargo, necesario; el dón de mirar el mundo, ya en su generalidad, ya en sus más minuciosos pormenores; el ingenio, la chocarrería, lo trágico, una gran seguridad de sí y un inmenso placer en romper las estrechas tablas de la ley del pensamiento medio. Pero á este humorismo agrega Zangwill el empleo frecuente de la guasa judía, hasta el punto de que hay trozos de sus obras que parecen fragmentos de folk-lore con mezcla de citas bíblicas y discusiones filosóficas. Pero lo que caracteriza principalmente el estilo de Zangwill es el empleo constante del razonamiento talmúdico. Se dice al talmudista:—Usted debe el diezmo desde que los frutos han entrado en la casa.—Pero ¿lo deberé si me los como en el patio?—No; si el patio está abierto, y los vecinos los pueden ver comer.—¿Y si en parte está cerrado y en parte está abierto?—La parte cubierta se considerará como la casa.—¿Y si me cómo los higos en el umbral de la puerta?

Así como Pascal, en sus provinciales, ha prestado á sus jesuítas el lenguaje de la casuística jesuítica, así Zangwill hace hablar á sus personajes en la lengua tarabiscótica del comentarista del Talmud, siendo este uno de los aspectos más originales de su humorismo. En general, los escritores que han inventado personajes judíos, no han sabido tomarlos de la realidad. Enrique Heine y Anatolio France escriben para cristianos, á quienes hay que distraer sin enredarse con los judíos; Zangwill escribe para un público judío; por eso no ha temido forjar un tipo singular que reúne los dos rangos singulares del judío oriental, el idealismo desvergonzado y el parasitismo: Melquisedec Pinchas, el poeta neo-hebreo.

Pinchas envía sus obras á los judíos ricos, que, para desentenderse de él, le dan en cambio algunas pesetas. También las lleva á domicilio á los más humildes, recibiendo en cam-

bio cumplimientos y *breakfasts*. Hele aquí que se presenta en casa del rabino Samuel. «Entró por la puerta de la calle, que estaba entreabierta, llamó ligeramente á la puerta de la habitación y, abriéndola, se adelantó hacia la rabina; la cogió la mano que sostenía la cafetera y la besó devotamente; luego se inclinó é imprimió sus labios en la levita del rabino.—He venido—dijo—para rogaros que me hagáis la honra de aceptar un ejemplar de mi nueva colección de poemas titulado *Las llamas del Metamorón* ¿No es un hermoso título? Cuando Enoch fué arrebatado vivo al cielo, fué cambiado en fuego y llegó á ser Metamorón, el Gran Espíritu de la cábala; así mi alma se eleva al cielo de la poesía lírica y se transforma en fuego, en llama, en luz.—Y ¿quién ha pagado la impresión esta vez, señor Pinchas?—dijo la rabina.—¿Quién?—balbució Melquisedec—¿quién sino yo?—Pero usted dice que es un pobre diablo. —Cierto, como la ley de Moisés; pero escribo artículos para los periódicos, y me han impreso el libro en pago de mis artículos. No pienso, sin embargo, que la venta me llene el estómago; que el Omnipotente, bendito sea Él, os bendiga, rabina. Naturalmente, tomaré una taza de café; no conozco á nadie que sepa hacer el café con tal perfume.—Es usted un feliz mortal, rabina. ¿Permitirá usted que me siente á la mesa?—Y sin esperar el permiso cogió una silla y se sentó; luego se lavó las manos y se puso á tomar un huevo.—Aquí tiene usted un ejemplar, rabino Samuel; ya sabe usted que usted y yo somos las dos personas de Londres que saben escribir correctamente la lengua sagrada.—No, no—dijo el rabino con modestia.—Sí, sí—replicó Pinchas,—usted la escribe tan bien como yo; pero mire usted la dedicatoria que he escrito especialmente para usted por mi propia mano. «A la luz de su generación, al gran Gaon, cuya perfección es famosa hasta los confines de la tierra, á cuyos labios el pueblo entero de Dios viene á pedirle conocimiento; á la fuente inagotable; al águila poderosa que se eleva hasta el cielo en alas de la inteligencia; al rabino Samuel. Quiera Dios que su luz no se oscurezca nunca, y que, viviendo él, baje el Re-

dentor sobre Sión.»—Tenga usted. Hágame usted el honor de aceptar; es el homenaje del hombre de genio al hombre de ciencia, el humilde presente de uno de los dos únicos sabios hebreos de Inglaterra, al otro.—Así entra Pinchas en todas partes, sin que nadie se atreva á ponerle á la puerta; su método insinuatorio es irresistible.

Es difícil dar ejemplos completos de cada uno de los elementos que componen el humorismo de Zangwill; pero con lo indicado basta para dar á conocer el humorismo judío, que en él tiene su mejor representante y la fisonomía literaria del autor de *The Children of the Ghetto* que, según Andrés Spire, es el más extraño y el más emocionante de los libros, y una de las más bellas obras de la literatura europea contemporánea.

IMPRESIONES y NOTAS

El valor español.—Sin comentario ninguno nos limitamos á reproducir textualmente la siguiente anécdota que encontramos en *La Revue Hebdomadaire,* de París, y que revela que, en medio de tantos detractores como tenemos dentro y fuera de casa, todavía existen quienes saben hacer justicia á esta calumniada España.

«La guerra de Marruecos, que después de Francia sufre España, revela una vez más el valor de sus soldados. El soberbio arranque de su aristocracia, de sus «grandes», marchando como simples soldados á esta ruda campaña, ha probado la generosidad inagotable de esta raza latina, hermana de la nuestra. Pero en los españoles el heroísmo es también general, y, entre mil hazañas ignoradas, hemos sabido la de aquel cabo de infantería que, rodeado por seis guerreros moros, se negó á rendirse; mató cuatro y puso en fuga á los demás; la de aquel soldado degollado sobre el cuerpo de un oficial, á quien ni aun muerto consintió en abandonar. Hechos de guerra cuya poca trivialidad consuela.

»Los recuerdos del abate Lanusse, de la guerra de Méjico, están llenos de rasgos semejantes. En la lucha que sostuvieron contra los americanos del Norte, los españoles demostraron lo que tiene su valor de feroz y de indomable. En Jiquilpan, un coronel de artillería, que yacía gravemente herido en el campo de batalla, se negaba á ser recogido antes de ver quién triunfaba, y como supiese que el enemigo, poco numeroso, había vencido, dijo:

—¡Cómo! ¿No érais más que ese corto número y estamos derechos? ¡Ah! ¡Si lo hubiéramos sabido durante el combate, nos hubiéramos hecho matar todos!

El abate Lanusse cuenta también que en el momento de partir para Méjico, su padre, antiguo soldado del Imperio, le dijo:

—¿Son españoles allí?

—Sí.

—Pues bien; volveréis como volvimos nosotros, y eso que teníamos á Napoleón. Con esa raza tan valiente hay que tener cien veces más valor. Y todavía... Los españoles nunca serán vencidos en su país.—Ni en los demás.»

***

La economía en la mujer.—Dice en *La Mode Ilustrée*, Alina Raymond, que hay muchas mujeres que, haciendo alarde de económicas, no saben en qué consiste la verdadera economía. Creen que lo más ventajoso es lo barato, y no comprenden que una mujer, dotada del verdadero sentido de la economía, no debe comprar una tela de 20 céntimos para un traje de hechura cara, ni entregar una tela de precio á manos ineptas, por baratas que sean.

Disipar, derrochar, dejar que el desorden se introduzca en casa, aunque sea por la más pequeña puerta, es provocar la ruina; pero negar á sus hijos ó á sus criados lo necesario, y hacerles de cuando en cuando alguna larguéza si se puede, no

es el mejor medio de prevenirse contra los abusos. Conceded lo que es posible, legítimo, razonable, mostrándoos generosos si podéis; pero no toleréis nunca que nada se extravíe ó se pierda en vuestra casa, ni una provisión, ni un objeto, ni el tiempo, más que nunca precioso en nuestra época de trabajo reglamentado y de descanso semanal.

Una mujer económica no se dejará coger, tenga la fortuna que quiera, por ese engranaje mundano que se traga las fortunas sacrificadas al snobismo; nunca confundirá lo que exige su situación social y el bienestar de los suyos, con lo que reclaman su vanidad, su placer, su capricho del momento; antes de montar su casa en grande debe montarla en sólido. El respeto de la economía debe ser inculcado desde su más tierna edad á los niños; una madre de familia seria y económica no permitirá á sus hijos que maltraten los objetos familiares, los acostumbrará á cuidar y arreglar sus vestiditos, á saber pasarse sin muchas cosas, aunque pertenezcan á las clases más ricas; por ejemplo, del servicio asiduo de un criado, temible sujeción para el porvenir. Les enseñará á no echar inútilmente un leño al fuego, á no estropear un pedazo de pan, á no disipar una partícula de esos bienes dados por Dios que, si no se necesitan, constituyen la fortuna de los pobres, pues la economía bien entendida se enlaza perfectamente con la caridad.

Otra forma de la economía, consiste en saberlo hacer todo: las hijas de los grandes archimillonarios americanos han sido las primeras en darnos el ejemplo de las señoritas que saben hacerlo todo; la perpetua huelga de los criados de que su país es víctima, las encuentra advertidas y resueltas, cacerola en mano, prontas á encender las hornillas y á espumar los pucheros. La economía así entendida, lejos de quitar encanto á la mujer, aumenta los que tiene.

*
* *

Dos casos de farmacomanía.—Se trata de un jornalero de cincuenta y seis años, en el primer caso, atacado á los cuarenta de una gastro-enteritis grave que persistió durante tres meses. Según vemos en los *Archivos de Psiquiatría*, el enfermo comenzó á usar, para contener los progresos del mal, sulfato de magnesia, en la dosis, al principio, de una cucharada en medio vaso de agua cada dos días; como esta cantidad resultara insuficiente, la fué aumentando á una, dos y tres cucharadas diarias; hace cinco años llegó á 50 gramos, y posteriormente ha seguido el aumento hasta llegar á 130 gramos diarios, mezclándola entonces con carbonato de magnesia y bicarbonato de sodio; se calcula que el paciente absorbe al año medio quintal de sulfato de magnesia, 3 kilos de carbonato de magnesia y 5 de bicarbonato de sodio. A pesar de estas cantidades considerables de alcalinos, el enfermo no presenta la caquexia alcalina; se entrega á ocupaciones fatigosas, ha conservado su buen apetito y no tiene diarrea; la secreción biliar no ha aumentado, la cantidad de orina es normal y la reacción fuertemente ácida. Es un caso curioso, digno de ser estudiado por los especialistas.

El otro caso es el de una mujer de cincuenta y nueve años, con buena salud, que para combatir el estreñimiento empezó á usar, á los cuarenta y tres años, en el período de la menopausa, el aceite de ricino; al principio tomaba dos cucharadas, recurriendo á él de cuando en cuando; pero después, la necesidad del purgante se hizo diaria, y las dosis fueron aumentando. Como el ricino la producía efectos eupépticos, la mujer se sirvió de él á título de digestivo y aperitivo. Después de las comidas sufre una sensación de pesadez al nivel del estómago, toma una cucharada de aceite de ricino, é inmediatamente se facilita la digestión; cuando al despertar se siente mal, otra cucharada de ricino la repone. Así viene á tomar 76 gramos por día, que representan más de 1 kilo por quincena y más de 25 kilos al año. A pesar de este uso inmoderado de un purgante tan enérgico, la mujer ha conservado su gordura, sin presentar el menor

signo de irritación intestinal ni de perturbaciones digestivas.

Los dos casos citados han sido recogidos por la *Gazzetta de gli Ospedali*.

*
* *

Adiciones y comentarios á Zaratustra.—Entre las obras póstumas de Nietzsche figuran varios fragmentos, que parecen destinados á completar ó á interpretar el famoso *Así hablaba Zaratustra* del genial filósofo. Aquí reproducimos algunos de los que nos parecen más interesantes y más comprensibles:

—Todos los fines están destruídos. Es preciso que los hombres se *asignen* uno. Era un error creer que *poseen* uno: se los han dado todos. Pero las *condiciones primeras* para todos los fines de otro tiempo están hoy destruídas.

—Mientras vuestra moral estaba suspendida sobre mi cabeza, respiraba como alguien que se ahoga. Desde entonces tuve que ahogar aquella serpiente. Quería vivir, y por eso debía morir.

—No hay que dar brincos en la virtud, pero es preciso que cada uno siga un camino diferente. Cada uno, sin embargo, no debe querer llegar á lo más alto; por lo contrario, cada uno puede servir de puente y de enseñanza para los demás.

—El hombre hace preciosa una acción; pero ¿cómo una acción haría precioso á un hombre?

—«Ama á tu prójimo», quiere decir, ante todo: «no te ocupes de tu prójimo». Y ese lado de la virtud es precisamente el más difícil.

—El que da, el que crea, el que enseña: he ahí los precursores del que domina.

—Toda virtud, toda victoria sobre sí mismo, no tiene el sentido sino como preparación del que domina.

—El gran educador es como la naturaleza: debe acumular obstáculos para que esos obstáculos sean vencidos.

—Derechos iguales para todos: esa es la más maravillosa injusticia; porque los hombres superiores son los que padecen con ese régimen.

—La doctrina de la Vuelta es el punto solsticial de la historia.

—El antípoda del *Sobrehumano* es el *último hombre;* yo los he creado al mismo tiempo.

—Cuanto más libre y determinado es el individuo, más exigencias tiene su amor. Al fin concluye por aspirar al *Sobrehumano*, porque todo lo demás no satisface su amor.

—Yo estaba inquieto en medio de los hombres; tenía el deseo de vivir entre los hombres, y nada podía satisfacerme. Entonces me fuí á la soledad y creé el *Superhombre*, y cuando lo hube creado, lo envolví en el gran velo del llegar á ser, y dejé brillar sobre él la claridad del medio día.

—«Queremos crear un sér»; todos queremos tomar parte en ellos; queremos amarlo, queremos empollarlo y, *por causa suya*, honrarnos y estimarnos. Es preciso que tengamos un fin, á causa del cual nos amemos todos unos á otros. *Todos* los otros fines son dignos de ser destruídos.

—Que podamos soportar nuestra inmortalidad, esa sería la cosa suprema.

—Doctrina principal: tenemos el poder de interpretar el sufrimiento como una bendición, el veneno como un alimento.

—Debemos dejar de ser hombres que ruegan, para convertirnos en hombres que bendicen.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

Págs.

Madrid «in illo tempore», por Carlos Cambronero. 5

Los traidores, por Juan Pérez de Guzmán..... 22

El desenvolvimiento de la industria en España, por Francisco Espinosa y González-Pérez..... 39

¿Debe estudiarse el espiritismo?, por Antonio Gota. 54

La Inquisición en Filipinas: caso inaudito del gobernador Salcedo, por W. E. Retana. 84

Recuerdos, por José Echegaray..... 107

Parnaso internacional: La muerte del mono, por Anatolio France. 117

La inmensa Hispania, por Arturo Pérez Martín..... 119

El país del placer (novela), por Edit Wharton..... 133

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 170

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas
175	**Aguanno.** — La génesis y la evolución del Derecho civil..	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	**Alcofurado.** — Cartas amatorias de la monja portuguesa.....	3
315	**Amiel.**—Diario íntimo..	9
327-328	**Antoine.**—Curso de Economía Social, 2 vols.	16
178	**Anónimo.**--¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
183	**Araujo.**—Goya.....	3
180	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
323	**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas.....	7
114	**Arnold.** — La crítica en la actualidad.....	3
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
368	**Bargehot.**—La Constitución inglesa.....	7
391	— Leyes científicas.....	4
416	**Baldwin.**—Elementos de Psicología	8
111	**Balzac.**--César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet. ...	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.....	3
62	— Papá Goriot..... ...	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.** — El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel..	3

N.º del Catál.º		Pesetas
131	— La Hechizada.	3
120	— Las Diabólicas.	3
124	— Una historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
130	**Baudelaire.**— Los paraísos artificiales.	3
163	**Becerro de Bengoa.**— Trueba.	1
174	**Bergeret.**—Eugenio Monton (Merinos)	1
353	**Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política	10
311	**Boissier.**—Cicerón y sus amigos.....	8
380	— La Oposición bajo los Césares.....	7
169	**Bourget.**--Hipólito Taine	0,50
395	**Bréal.**—Ensayo de Semántica.....	5
447	**Bredif.** — La Elocuencia política en Grecia.....	7
399	**Bret Harte.** — Bloqueados por la nieve.....	2
300	**Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra.....	6
367	**Bunge.**—La Educación..	12
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados *(dos tomos)*	14
187	**Buylla.**—Economía.....	12
36-37	**Campe.** — Historia de América *(dos tomos)*..	6
156	**Campoamor.**—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.	3
69	— Ternezas y flores.....	3
317-354-371	**Carlyle.**—La Re-	

N.º del Catál.º		Pesetas
	volución francesa (*tres tomos*)	24
393	— Pasado y presente	7
188	**Carnevale.** — Filosofía jurídica. — Crítica penal	5
189	— La cuestión de la pena de muerte	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias	3
140	— El Derecho y la fuerza.	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX	3
65	**Caro.**—El suicidio y la civilización	3
127	— Littré y el Positivismo	3
363	— La filosofía de Goethe	6
293	**Castro.**—El libro de los galicismos	3
361	**Champcommunale.**—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado	10
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer (*dos tomos*)	15
64	**Coppée.**—Un idilio	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles	3
26	— La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdenis	3
18	— Mis Rovel	3
91	— Paula Mere	3
394	**Colombey.** — Historia anecdótica de El Duelo.	6
437	**Comte.** — Principios de Filosofía positiva	2
404	**Couperus.**—Su Majestad.	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (*dos tomos*)	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino	3
125	— Cuentos y fantasías	3
93	— El sitio de París	3
13-14	— Jack (*dos tomos*)	6
22	— La Evangelista	3
46	— Novelas del lunes	3
100	— Tartarín en los Alpes	3
425	**Dollinger.**— El Pontificado	6
166	**Dorado.** — Concepción Arenal	1
289	— El Reformatorio de Elmira	3
192	— Problemas jurídicos contemporáneos	3
31	**Dostoyusky.** — La casa de los muertos	3
33	— La novela del presidio.	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa	9
402	**Dumas.**—Actea	2
326	**Emerson.**—La ley de la vida	5
332	— Hombres simbólicos.	4
413	— Ensayo sobre la naturaleza	3,50
442	— Inglaterra y el carácter inglés	4
459	— Los veinte ensayos	7
340	**Eltzbacher.** — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7
342	**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos	4
193	**Engels.** — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado	6
162	**Fernán Flor.**—Tamayo	1
158	— Zorrilla	1
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
73	**Ferry.**—Nuevos estudios de Antropología	3
329	**Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna.	5
352	**Finot.**—Filosofía de la longevidad	5
357	**Fitzmaurice-Kelly.** — Historia de la Literatura española	10
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo	3
390	**Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania.	7
196-197	**Fouillee.** — Historia de la filosofía (*dos tomos*)	12
195	— La ciencia social contemporánea	8
194	— Novísimo concepto del derecho	7
451-452	— Historia de la filosofía de Platón (*dos tomos*)	12
333	**Fournier.** — El ingenio en la historia	3
198-199	**Framarino del Malatesta.**—Lógica de las	

N.º del Catál.º		Pesetas
	pruebas (*dos tomos*)....	15
302-303	**Gabba.**—Derecho civil moderno (*dos tomos*).	15
307	**Garnet.**—Historia de la Literatura italiana....	9
201	**Garofalo.** — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
200	— La criminología.....	10
202	— La superstición socialista.....	5
98	**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas.....	3
167	— Enrique Heine.....	1
132	— Madama de Girardín y Balzac.....	3
121	— Nerval y Baudelaire..	3
70	**Gay.**—Los Salones célebres.....	3
345	**George.** — Protección y librecambio.....	9
421	— Problemas Sociales..	5
261	**Giddings.**—Principios de Sociología.....	10
414	— Sociología inductiva.	6
286	**Giuriati.** — Los errores judiciales.....	7
203	**Gladstonne.**—Los grandes nombres.....	5
164	— Lord Macaulay.....	1
287	**Goethe.**—Memorias....	5
406	**Gonblanc.**—Historia general de la Literatura.	6
21	**Goncourt.** — Germinia Lacerteux.....	3
205	— Historia de la Pompadour.....	6
204	— Historia de María Antonieta.....	7
44	— La Elisa.....	3
61	— La Faustín.....	3
129	— La señora Gervaisais..	3
318	—Las favoritas de Luis XV	6
6	— Querida.....	3
11	— Renata Mauperín....	3
358	— La Du-Barry.....	4
206	**González.**-Derecho usual	5
282-283	**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado (*dos tomos*).....	14
207	**Goschen.**—Teoría de los cambios extranjeros..	7
208	**Grave.** — La sociedad futura.....	8
469, 470, 461 - 462.	**Green.**—Historia del Pueblo inglés (*cuatro tomos*).....	25
209	**Gross.**—Manual del juez.	12
210	**Gumplowicz.** — Derecho político filosófico.....	10
211	— Lucha de razas.....	8
330	—Compendio de Sociología	9
212	**Guyau.** — La educación y la Herencia.....	8
331	— La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.....	12
471	**Hailman.**—Historia de la Pedadogía.....	2
290	**Hamilton.** — Lógica parlamentaria.....	2
213	**Hausonville.** — La juventud de Lord Byron.	5
324	**Heiberg.** — Novelas Danesas.....	3
41	**Heine.**—Memorias.....	3
314	— Alemania.....	6
396	**Höffding.**—Psicología experimental.....	9
426	**Hume.**—Historia de la España contemporánea..	8
412	— Historia del Pueblo Español.....	9
214	**Hunter.** — Sumario del Derecho romano.....	4
316	**Huxley.**—La educación y las ciencias naturales..	6
3	**Ibsen.**—Casa de muñeca.	5
119	— La Dama del mar y Un enemigo del pueblo....	3
53	— Los Aparecidos y Edda Gabler.....	3
215	**Ihering.**—Cuestiones jurídicas.....	5
216	**Janet.**—La familia.....	5
423	**Jitta.**—Método de Derecho internacional.....	9
217	**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política.	7
218	**Kidd.** — La evolución social.....	7
219	**Koch y otros.** — Estudios de higiene general.	3
295 bis.	**Korolenko.** — El desertor de Sajalín.....	2,50
88	**Kropotkin.** — La Conquista del Pan.....	3
322	— Campos, fábricas y talleres.....	6
299	**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
221	**Laveleye.** — Economía	

N.º del Catál.º		Pesetas
	política	7
369	— El Socialismo contemporáneo	8
220	Lange.—Luis Vives	2,50
454	Larcher y Jullien. — Opiniones acerca del matrimonio y del celibato	5
319	Lemcke.—Estética	8
288	Lemonnier.—La Carnicería (Sedán)	3
321	Leroy-Beaulieu.—Economía política	8
434	Lewis-Patte.—Historia de la Literatura de los Estados Unidos	8
83	Lombroso. — Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal	3
72	— El Hipnotismo	3
222	— La Escuela criminológico-positivista	7
125	— Ultimos progresos de la Antropología criminal	3
385-386	— Medicina legal (*dos tomos*)	15
45	— Antropología y Psiquiatría	3
382	Liesse.—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social	9
223	Lubbock. — El empleo de la vida	3
99	— La Vida dichosa	3
438	Macaulay. — Estudios jurídicos	6
294	— La Educación	7
305-306	— Vida, memorias y cartas (*dos tomos*)	14
460	Mac-Donald.—El criminal tipo	3
224	Manduca.—El Procedimiento penal	5
225-226-227	Martens.—Derecho internacional (público y privado) (*tres tomos*)	22
424	— Tratado de Derecho internacional.—Apéndice. —La Paz y la guerra	8
410	Martín.—La Moral en China	4
173	Maupassant.—Emilio Zola	1
228	Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión.	7
375	La ciencia del lenguaje	8
366	— Hist. de las religiones.	8
455	— La Mitología comparada	7
341	Max-Stirnr.—El Unico y su propiedad	9
160	Menéndez y Pelayo.—Martínez de la Rosa	1
152	— Núñez de Arce	1
284	Meneval.—María Estuardo	6
383	Mercier.—Curso de Filosofía: Lógica	8
387-388	— Psicología (*dos tomos*)	12
392	— Ontología	10
427	— Criteriología general.	9
418	Merejkowsky. — La Muerte de los Dioses	2
118	Merimee.—Colomba	3
133	— Mis perlas	3
450	Merker.—Derecho penal.	10
229	Meyer.—Derecho Administrativo.—La Administración y la organización administrativa	5
230-231	Miraglia.—Filosofía del Derecho (*dos tomos*)	15
296	Mommsen.—Derecho público romano	12
440-373	— Derecho penal romano (*dos tomos*)	18
398	Monton. — El deber de castigar	4
170	Molins. — Bretón de los Herreros	1
295	Murray.—Historia de la Literatura clásica griega	10
312	Nansen.—Hacia el Polo.	6
472	Nardi-Greco.—Sociología jurídica	9
232	Neera.—Teresa	3
233	Neumann.—Derecho Internacional público moderno	6
308	Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra	7
335	— Más allá del bien y del mal	5
336	— La Genealogía de la moral	3
350	— Humano, demasiado humano	6
370	— Aurora	7
405	— Ultimos opúsculos	5
431	— La Gaya ciencia	6
466	— El viajero y su sombra	6

N.º del Catál.º		Pesetas
355	**Novicow.**—Los despilfarros de las Sociedades modernas.....	8
365	— El porvenir de la raza blanca.....	4
407	— Conciencia y voluntad sociales.....	6
473	**Papini.**—Lo trágico cotidiano y El piloto ciego.	3
157	**Pardo Bazán.**--Alarcón.	1
171	— Campoamor...	1
151	— El P. Luis Coloma...	2
168	**Passarge.**—Ibsen.....	1
161	**Picón.**—Ayala.....	1
234	**Posada.** — La Administración política y la Administración social.....	5
417	**Potapenko.**— La novela de un hombre sensato..	2
379, 432 y 433	— La Historia Universal (*tres tomos*)..	16
384	**Quinet.** — El Espíritu nuevo.....	5
235	**Renán.** — Estudios de historia religiosa.....	6
236	— La Vida de los Santos.	6
56-57	— Memorias íntimas (*dos tomos*).....	6
422	**Ribbing.** — La higiene sexual.....	3
237-238	**Ricci.** — Tratado de las pruebas (*dos tomos*).	20
397, 411, 435, 436, 348, 349, 444, 445, 456, 457, 463 y 467	— Derecho civil (*doce tomos*)..... ...	83
285	**Rod.**—El silencio.....	3
409	**Roguin.**—Las Reglas jurídicas..... .	8
415	**Roosevelt.**—New-Yorw.	4
453	**Rozan.**—Locuciones, proberbios.....	3
346	**Ruskin.**—Las siete lámparas de la arquitectura	7
446-439	— Obras escogidas, (*dos tomos*).....	13
122	**Sainte-Beuve.** — Retratos de mujeres.....	3
441	— Estudios sobre Virgilio.....	5
49	— Tres mujeres.....	3
381	**Sansonetti.**—Derecho constitucional.....	9
84	**Sardou.**- La Perla Negra	3
240	**Savigny.**— De la vocación de nuestro siglo para la legislación	3
242-344-372	**Schopenhaüer.** El mundo como voluntad y como representación (*tres tomos*).....	30
78	— Estudios escogidos...	3
241	— Fundamento de la moral	5
465	— Ensayos sobre Religión, Estética.....	4
464	— La nigromancia.....	3
458	— Estudios de Historia filosófica.....	4
448	— Eudemonología.....	5
401	**Sienkiewiez.** — Orso en vano.....	2
430	**Sieroszewski.** — Yang-Hun-Tsy.....	2
243	**Sighele.**—El delito de dos	4
244	— La muchedumbre delincuente.....	4
245	— Teoría positiva de la complicidad.....	5
320	**Sohm.**—Derecho privado romano.....	14
378	**Sombart.**— El Socialismo y El movimiento social en el siglo XIX....	3
256	**Spencer.**— De las leyes en general.....	8
253	— El organismo social..	7
254	— El progreso.....	7
257	— Etica de las prisiones.	10
255	— Exceso de legislación.	7
248	— La beneficencia.....	6
246	— La justicia.....	7
247	— La moral	7
260	— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...	9
249	— Las instituciones eclesiásticas.....	6
251-252	— Las instituciones políticas (*dos tomos*)...	12
258-259	— Los datos de la Sociología (*dos tomos*)...	12
250	— Las instituciones sociales.....	7
353	— Las instituciones profesionales.....	4
351	— Las instituciones industriales.....	8
362	**Starcke.**— La Familia en las diferentes sociedades	5
292	**Stead.** -El Gobierno de Nueva York.....	3
136	**Stendhal.**—El Amor...	3
138	— Curiosidades amatorias.....	3

N.º del Catál.º		Pesetas
262	**Sthal.** — Historia de la filosofía del Derecho...	12
341	**Stirner.**—El Unico y su propiedad.....	9
376-377	**Stourm.** — Los Presupuestos (*dos tomos*)..	15
27	**Stuart-Mill.** — Mis memorias.....	3
449	— Estudio sobre la religión.....	4
291	**Sudermann.**—El Deseo.	3,50
263	**Sumner-Maine.**—El antiguo derecho y la costumbre primitiva.....	7
265	— Historia del Derecho..	8
264	— La guerra según el Derecho internacional.	4
266	— Las instituciones primitivas.....	7
267	**Supino.** — Derecho mercantil.....	12
403	**Suttner.**—High-Life...	3
96	**Taine.**—El Arte en Grecia.....	3
101	— El ideal en el Arte...	3
66	— Filosofía del Arte....	3
106	— Florencia.....	3
268-269-313-337-347.	—Historia de la literatura inglesa (*cinco tomos*).....	34
270	— La Inglaterra.....	7
74	— La pintura en los Países Bajos.....	3
108	— Milán.....	3
103	— Nápoles..... ...	3
310	— Notas sobre París....	6
104-105	— Roma (*dos tomos*).	6
107	— Venecia.....	3
334	— Los orígenes de la Francia contemporánea: *tomo 1.º*, El antiguo régimen.....	10
468	— Los orígenes de la Francia contemporánea: *tomo 2.º*, La Revolución; *tomo 1.º*, La anarquía...	7
359	— Los filósofos del siglo XIX.....	6
272	**Tarde.**—El duelo y el delito político.....	3
109	— Estudios penales y sociales..	3
273	— La criminalidad comparada.....	3
271	— Las transformaciones del Derecho.....	6
339-360	**Todd.**—El gobierno parlamentario en Inglaterra (*dos tomos*).....	15
400	**Tchekhof.**—Un Duelo..	1
239	**Thorold Rogers.**—Sentido económico de la Historia.....	10
134	**Tcheng-Ki-Tong.** — La China contemporánea..	3
5	**Tolstoy.** — Dos generaciones.....	3
7	— El ahorcado.....	3
71	— El camino de la vida..	3
63	— El canto del cisne....	3
77	— El dinero y el trabajo.	3
10	— El Príncipe Nekhli..	3
34	— El sitio de Sebastopol.	3
81	— El trabajo.....	3
15	— En el Cáucaso.....	3
15	— Fisiología de la guerra	3
52	— Iván el imbécil.....	3
117	— La escuela.....	3
20	— La muerte.....	3
1	— La sonata á Kreutzer.	3
95	— Lo que debe hacerse..	3
48	— Los Cosacos.....	3
90	— Los hambrientos.....	3
3	— Marido y mujer.....	3
85	— Mi confesión.....	3
113	— Mi infancia.....	3
126	— Mi juventud.....	3
75	— Placeres viciosos.....	3
94	— ¿Qué hacer?.....	3
294	**Trevelyan.**—La Educación de Lord Macaulay.	7
89	**Turgueneff.**—Aguas primaverales.....	3
97	— Demetrio Rudín.....	3
25	— El judío..... ...	3
123	— El reloj.....	3
47	— El Rey Lear de la Estepa.....	3
8	— Humo.....	3
139	— La Guillotina.....	3
16	— Nido de hidalgos.....	3
137	— Padres é hijos.....	3
80	— Primer amor..... .	3
304	— Tierras vírgenes.....	5
60	— Un desesperado.....	3
281	**Uriel.**—Historia de Chile	8
153	**Valera.** — Ventura de la Vega.....	1
116	**Varios autores.**—Cuentos escogidos.....	3
276	— El Derecho y la Sociología contemporáneos..	12
274-275	— La nueva ciencia jurídica (*dos tomos*)...	15

N.º del Catál.º		Pesetas
277	**Varios autores.**—Novelas y caprichos.....	3
55	— Ramillete de cuentos.	3
82	— Tesoro de cuentos. ...	3
428	— Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos.	7
338	**Virgilii.**—Manual de Estadística.....	4
278	**Vivante.**—Derecho mercantil.....	10
419-420	**Vocke.**—Principios fundamentales de Hacienda (*dos tomos*)....	10
4	**Wagner.**—Recuerdos de mi vida.....	3
325	**Waliszewski.**—Historia de la Literatura rusa..	9
408	**Wallace.**—Rusia.....	4
309	**Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana.....	12
356	**Wilson.**—El Gobierno congresional; Régimen político de los E. U...	5
443	**Willaughby.**—La legislación obrera en los Estados Unidos.....	3
364	**Witt.**—Historia de Washington y de la fundación de la República de los Estados Unidos....	7
279-280	**Wolf.**—Historia de las literaturas castellana y portuguesa (*dos tomos*).	15
374	**Wundt.**—Compendio de Psicología.....	9
429	— Hipnotismo y sugestión.....	2
143	**Zola.**—Balzac.....	1
148	— Chateaubriand.....	1
144	— Daudet.....	1
146	— Dumas (hijo).....	1
86-87	— El Doctor Pascual (*dos tomos*)	6
50-51	— El naturalismo en el teatro (*dos tomos*).....	6
35	— Estudios críticos.....	3
17	— Estudios literarios...	3
147	— Flaubert.....	1
154	— Gautier.....	1
141	— Jorge Sand.....	1
23	— La novela experimental.....	3
9	— Las Veladas de Medán.	3
149	— Los Goncourt.....	1
67-68	— Los novelistas naturalistas (*dos tomos*)....	6
30	— Mis odios.....	3
150	— Musset.....	1
32	—Nuevos estuds. literarios.	3
165	— Sainte Beuve.....	1
145	— Sardou.....	1
159	— Stendhal.....	1
142	— Víctor Hugo.....	1
128	— Los hombros de la marquesa.....	3

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 22. NUM. 255.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

MARZO 1910

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle de López de Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

EL RECONOCIMIENTO POR ESPAÑA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Hace un año trazamos en estas mismas páginas los preliminares del reconocimiento de la independencia de las Repúblicas hispano-americanas, lo cual nos permitió poner de relieve los errores y los apasionamientos, la parcialidad y la injusticia con que ha sido juzgada la conducta de España.

Complemento de tal labor sería trazar el cuadro de las relaciones entre los pueblos de raza española de uno y otro lado del Océano, desde el momento en que se consumó la separación de la Metrópoli y de las antiguas Colonias, porque del relato que habría de hacerse resultaría evidenciado, con el testimonio de documentos de indiscutible autoridad, que si bien es innegable que España ha incurrido en lamentables equivocaciones, ni la ha guiado el egoísmo, ni se ha inspirado en ciega intransigencia, ni de esas mismas equivocaciones han dejado de participar las Repúblicas hispano-americanas.

Tal empeño, sin embargo, cuya altísima conveniencia no es necesario encarecer, no podría llevarse á cabo sin emplear en su realización mucho más tiempo y muchísimo más espacio del que habría de tolerar la benevolencia de los lectores; porque ni España ni las Repúblicas hispano-americanas han tenido una política concreta y definida para dirigir y regular sus mutuas relaciones; porque son muy numerosos los incidentes que entre ellas han surgido, y porque es mucha la

labor realizada, aunque no sea mucha la verdaderamente útil y conveniente para sus comunes intereses de raza, sacrificados en más de una ocasión á las menudencias de la política interior. Por ello renunciamos á acometerlo en la forma y de la manera exclusivamente históricas que la índole de la materia exigiría.

Sin embargo, como aquí y allí, en España y en las jóvenes Repúblicas, si seriamente se piensa en estrechar las relaciones entre una y otras, haciendo política de raza, es preciso tener muy en cuenta las lecciones que se deducen de la historia de los cien últimos años, creemos que podrá ser de alguna utilidad el ir exponiendo poco á poco, en breves síntesis, á medida que el espacio lo consienta y siempre que la ocasión sea propicia, el cuadro de nuestras relaciones con los Estados hispano-americanos; y como ahora van á celebrarse en Buenos Aires las fiestas del centenario de su independencia, y á esas fiestas piensa asociarse España enviando autorizadísimos delegados, parece natural que comencemos nuestra modestísima labor por la floreciente y cultísima República Argentina.

*
* *

Al surgir la insurrección americana, en vez de agruparse las distintas provincias, para formar, frente al que consideraban como enemigo común, grandes núcleos que uniendo sus fuerzas les permitiesen resistir, primero, más fácilmente el poderío español, y asegurar luego mejor su independencia, haciendo estéril toda tentativa de reconquista por parte de la Madre patria, en vez de hacer esto, imitando el ejemplo que treinta y seis años antes diera la Confederación norte-americana, se dejaron dominar por un particularismo suicida, dividiéndose y fraccionándose de un modo contrario á sus intereses, y dificultando de este modo su desarrollo y su progreso.

No respetaron las agrupaciones hechas por España, ni si-

quiera se atuvieron á las exigencias del suelo. Los nuevos Estados se organizaron de un modo caprichoso, y esto dió origen á repetidos cambios y agravó las innumerables cuestiones de límites que forzosamente habían de surgir entre ellos, y que han surgido, perturbando su existencia durante casi toda la centuria.

Esos cambios en la composición territorial de los nuevos Estados, unido á la inestabilidad de los Poderes que en ellos se organizaron, dificultó grandemente su reconocimiento por parte de España, no sólo porque ésta no podía tener seguridad de que se cumplirían las condiciones que pactaba, sino por la diversidad de criterio que sustentaba cada uno de aquellos efímeros Gobiernos.

Tal ocurrió con lo que hoy se llama República Argentina.

Buenos Aires, uno de los virreinatos existentes al estallar la insurrección, fué de los que por más tiempo y con más intensidad sufrieron los efectos de ese perturbador particularismo, pues el primer Gobierno nacional, constituído en 1810 en los países del Plata, que tomaron el nombre de Provincias Unidas del Río de la Plata, fué sustituído en 1811 por un Triunvirato ó Comisión ejecutiva, y en 1813 por el Directorio que creó la primera Asamblea constituyente argentina. En 1816, el Congreso de Tucumán proclamó la independencia; en 1820 desapareció el Directorio y se volvió al sistema federal; en 1826 se separó el alto Perú, constituyéndose en República con el nombre de Bolivia, y las provincias que permanecieron unidas tomaron el título de República Argentina, siendo declarada capital de ésta la ciudad de Buenos Aires, que desde 1776 lo era del virreinato del Río de la Plata; en 1827 surgió la guerra con el Brasil; las tropas brasileñas se apoderaron de Montevideo, y débiles unos para reconquistar esta plaza y los otros para sostenerse en ella, se pactó el Tratado de Río Janeiro, que dió origen á la República del Uruguay; y prevaleciendo de nuevo el sistema federal, Buenos Aires quedó reducida á capital de provincia. Apareció luego la figura de Rozas, cuya dictadura se pro-

longó hasta que ese caudillo fué vencido en 1852 por el general Urquiza; el Congreso Constituyente de Santa Fe dió la nueva Constitución, que no fué aceptada por Buenos Aires, y estalló la guerra, que duró hasta 1859, en que dicha ciudad volvió á formar parte de la Confederación; y en fin, dos años más tarde renovó Buenos Aires sus pretensiones, cayó el presidente Derqui y fué proclamado el famoso Mitre.

No hace falta prolongar esta enumeración para comprender que, por muy bien dispuesto que se encontrase el Gobierno español á otorgar el reconocimiento, era difícil que lo llevase á cabo, porque, en medio de tantos cambios y de tan repetidas mudanzas, no podía pactar sin exponerse á que, como repetidamente ocurrió, lo concertado con un Gobierno fuese anulado al día siguiente por el que le sustituyera. Además, á las mudanzas en las esferas gubernamentales de las Repúblicas hispano-americanas se unieron las mudanzas en las regiones oficiales de España, porque desde el regreso de Fernando VII en 1814, hay que registrar sucesos tan importantes como el profundo cambio político que ese hecho determinó, la revolución de 1820, la reacción del 23, la lucha, despiadada siempre y á veces sangrienta, de los partidos, la muerte del Rey en 1833, la guerra civil y el incesante cambio de ministros. ¿Era posible que en tales circunstancias, por buenos que fuesen los deseos de unos y otros, se llegase á resultado alguno satisfactorio?

Así ocurrió, que la tentativa realizada por Martínez de la Rosa en 1823, siendo ministro de Estado, fracasó por un cambio de política. Hallábase aquél dispuesto á concertar con América pactos comerciales, pero sin excluir, si era preciso para últimar aquéllos, la cláusula de reconocimiento. Envió, al efecto, sin credenciales, con un simple nombramiento del Rey, dos comisionados, D. Antonio Luis Pereira y D. Luis de la Robla, los cuales firmaron el 4 de Julio de 1823 el armisticio de Buenos Aires, en cuyos artículos se pactaba la admisión mutua de los respectivos pabellones hasta la paz definiti-

va. De adoptarse esa solución, se habría acortado considerablemente el período de incomunicación entre España y sus antiguas Colonias; mas como poco después fué abolido el sistema constitucional y restablecido el absolutismo, merced al concurso de los cien mil hijos de San Luis, Fernando VII, que se forjaba tan grandes como infundadas ilusiones respecto del apoyo de la Santa Alianza, rechazó aquel pacto, y continuó el alejamiento de unos y otros pueblos.

¿Es necesario agregar algo más, para que se comprenda por qué tardó tanto en restablecerse la comunicación entre España y América? Si algo faltase, lo suministraría el estudio de las negociaciones que precedieron al Tratado de paz y amistad entre España y la República Argentina.

***

Queda dicho cómo, á consecuencia de la guerra entre la Argentina y el Brasil, se constituyó en 1828 la República del Uruguay. Ninguno de los dos beligerantes contaba con fuerzas suficientes para imponer su voluntad al otro; y como ambos se disputaban la posesión de Montevideo, situada en la ribera oriental del Plata, acordaron que fuese independiente.

Constituyóse la nueva República, poniendo á su frente al general D. Manuel Oribe. Poco después, habiendo estallado la guerra entre Buenos Aires y Francia, exigió ésta al Presidente Oribe que le ayudase á hostilizar á Rozas, cerrándole el puerto de Montevideo, y como aquél se negase á ello y se declarase neutral, los agentes franceses provocaron secretamente, en 1838, una revolución, auxiliando á los unitarios, que, capitaneados por D. Frutos Ribera, derribaron á Oribe, que se refugió en Buenos Aires.

Ribera se alió con los franceses, y declaró la guerra á Rozas; pero conociendo su impopularidad, como hechura de una intriga anglo-francesa, trató de buscar apoyo en la mayor

suma de alianzas extranjeras, y esto y el influjo que ejercía la colonia española, altamente considerada por los indígenas desde el momento en que cesaron las hostilidades (1), le movió á solicitar la amistad de España, pactándose el Tratado de 1841, que el Uruguay ratificó después del plazo convenido, lo cual sirvió de pretexto al Gabinete de Madrid, que estimaba perjudiciales las cláusulas de aquél, para rechazarlo. De aquí que quedasen interrumpidas las relaciones hasta que, por excitaciones del Gobierno de Montevideo, acordó el español enviar un agente, para cuyo cargo fué elegido el Sr. Creus, el cual partió escoltado por la fragata *Perla* y el bergantín *Héroe*.

El Uruguay era inferior á la Argentina en extensión territorial, en población y, por consiguiente, en fuerza; la colonia española que en aquél residía era de menos importancia que la que habitaba en la derecha del Plata, y el comercio de Montevideo ofrecía á España muchas menos ventajas que el de Buenos Aires. Por todo ello, el Gobierno español no dejó de pensar en la conveniencia de entablar relaciones con el de la Argentina, y aunque no se decidió á dar públicamente el primer paso, se mostró desde luego resuelto á aprovechar la primera oportunidad que se le presentase. Al efecto, se dieron al Sr. Creux plenipotencias para los dos Gobiernos, y en sus instrucciones se le dijo que su misión no era exclusiva para uno de dichos Gobiernos, sino para ambos; que se presentase como agente de España, meramente protector de los súbditos de su nación y de sus intereses, y *del todo ajeno* á sus luchas interiores; que lo mismo dirigiese sus gestiones al Gobierno de una banda que al de la otra, si bien respecto del de Buenos Aires deberían ser confidenciales; y que, si era por este último re-

(1) Es interesante hacer notar que al día siguiente de cesar la lucha, los españoles eran muy considerados en las Repúblicas hispano-americanas. Sobre todo el pueblo los miraba como hermanos, en tanto que odiaba á los demás extranjeros, con el odio propio de los pueblos nuevos, poco ilustrados y mal seguros de su independencia.

querido á tratar, debía hacerlo, pues para los dos llevaba plenipotencia, como ya queda dicho.

Bien pronto, mucho antes de lo que podía sospechar el Gobierno español, se realizó esa hipótesis, pues no bien hubo llegado á Río Janeiro el Sr. Creux, recibió la visita del general Guido, ministro de la República Argentina en aquella corte, el cual no sólo le dió verbalmente seguridades de las amistosas disposiciones de su Gobierno, sino que le pasó una Nota oficial, manifestándole que aquél, noticioso del envío de una Legación española al Río de la Plata, con buques de la Armada Real, había ordenado al comandante general de la escuadra argentina que, al arribo de aquéllos, se pusiese en comunicación con su comandante y con el Sr. Creux, manifestando á éste *que el Gobierno argentino estaba dispuesto á acreditarles su sincera amistad,* y que, aunque no existía Tratado, podían pasar, si gustaban, al puerto de Buenos Aires.

Este paso, que constituía una verdadera iniciativa por parte del Gobierno argentino, colocaba al representante español en una situación ventajosísima, pues, requerido por ambos pueblos de las orillas del Plata, ajeno á las discordias que los dividían y extraño por completo á la intervención armada que ejercían Inglaterra y Francia, podía acrecer el prestigio y la influencia de España con su actitud neutral y con sus buenos oficios, y obtener concesiones más favorables á los intereses españoles.

Así lo entendió el Sr. Creux, no obstante lo cual, fuese por falta de tacto en éste ó por imposición de las mismas circunstancias, el hecho es que no sacó el partido que podía esperarse del estado de ánimo del Gobierno argentino. El representante español fué acogido en Montevideo con entusiasmo por los españoles, obsequiado por los ministros de Francia é Inglaterra y halagado por los miembros del Gobierno y del Senado; pero en vez de trasladarse luego á Buenos Aires y ponerse en relaciones personales con el Gabinete argentino, permaneció en el Uruguay, y acaso se mostró un tanto parcial

en favor de éste. No se hizo cargo de que la rivalidad existente entre el Uruguay y la Argentina exigía por su parte una exquisita neutralidad.

Unióse á esto el rumor de que el Gobierno español favorecía los planes del exgeneral Flores, al que se acusaba de preparar una expedición contra las Repúblicas hispano-americanas, y por todo ello ó porque en el fondo el dictador Rozas no fuese muy partidario de tratar con España, lo cierto es que el el Sr. Creux nada positivo logró, y que el Gobierno argentino se mostró quejoso y hasta hostil. Se había desaprovechado la ocasión, y ésta tardó en volver á presentarse.

El Gobierno español no quedó muy satisfecho de las gestiones de su representante, y le reiteró la orden de mostrarse perfectamente neutral en lo relativo á la intervención extranjera, dirigiéndose, para dispensar su protección á los españoles, á todo Gobierno ó poder constituído en ambas orillas del Plata, sin dar, ni en el fondo ni en la forma, más carácter de legitimidad á uno que á otro, y prestando á todos ellos indistintamente aquellos servicios de humanidad que prestan los agentes de un país neutral en otro donde existe guerra y donde los partidos se persiguen. Le encargó, además, que pasase una Nota al Gobierno argentino diciéndole que el de S. M., á quien el propio decoro no permitía dar el primer paso en una reconciliación con aquella República, á pesar de los deseos que le animaban de verificarlo, enterado con satisfacción de la iniciativa tomada á nombre del Gobierno argentino por un ministro del Brasil, y viendo en este paso, dado aun antes de la llegada del agente español al Río de la Plata, el vivo deseo de entrar en relaciones, le había mandado corresponder con igual benevolencia á aquella amistosa invitación, pasando á la ciudad de Buenos Aires á avistarse con el Gobierno argentino, en la seguridad de que aquel primer paso de franca inteligencia conduciría al feliz resultado que se anhelaba; y, por último, le previno que, una vez llegado á la capital argentina, debía empezar por desvanecer la prevención que aquel Gobierno pudiese

abrigar á causa de la anterior y exclusiva permanencia del enviado español en Montevideo, manifestando que la necesidad de dejar definitivamente terminada la exención de los súbditos españoles del servicio de las armas, tanto en la plaza como en el campo de Oribe, era lo que había causado su larga permanencia en la banda oriental.

Conviene hacer notar, para comprender esa última parte de las nuevas instrucciones dadas al Sr. Creux, que los españoles, tanto en el Uruguay como en la Argentina, se habían visto obligados á tomar las armas y á formar parte de los ejércitos que en una y otra luchaban á las órdenes de distintos caudillos que se disputaban el poder. Era indispensable, por tanto, obtener que se les eximiese del servicio militar, y así lo hizo el agente español en Montevideo, logrando que el Gobierno licenciase á los españoles. Sin moverse de aquella capital, cuando todo aconsejaba que personalmente se pusiese en relación con el general Oribe, que dominaba en el resto del país, y que era un poder constituído de *hecho*, ni más ni menos legal para España que el establecido dentro de la plaza, dirigió Notas á aquél sobre el mismo asunto; pero tuvo el poco tacto de faltar á las fórmulas reconocidas y herir su susceptibilidad, dirigiéndose al mismo general Oribe, Presidente de la República. En vano fué que la respuesta viniese autorizada, á nombre del Presidente, por su ministro de Relaciones exteriores, D. Carlos Villademoros; el Sr. Creux, en su réplica, volvió á dirigirse al Presidente; pero, por fortuna, este pasó por alto la incorrección y accedió al licenciamiento de los españoles.

También se dirigió el Sr. Creux al Gobierno argentino, enviando su Nota por medio de un oficial de Marina, y la respuesta fué en el fondo tan satisfactoria como aquéllas, pues aseguró que en el ejército argentino no había español alguno alistado contra su voluntad, y que si alguno existía sería por sentencia judicial dictada en causa por delitos comunes. Sin embargo, añadió que á ningún agente acreditado cerca del

Gobierno de Montevideo y situado en aquella plaza hubiera dado contestación, y que se la daba al Sr. Creux por ser enviado de España, á la cual deseaba manifestar todo el afecto y simpatía que le merecía por los antiguos vínculos de fraternidad. Esto debió impulsar al representante español á trasladarse á Buenos Aires, rectificando así el error que había cometido, pero el Sr. Creux no lo hizo, y, no obstante esto, se mejoró algo la situación de nuestros compatriotas, pues algunos de éstos obtuvieron pasaporte como tales españoles, cosa que antes no ocurría. ¡Qué no habría sucedido si el Sr. Creux hubiese ido en el *Héroe* á Buenos Aires en vez de enviar su Nota con un oficial.

Es indudable que la actitud personal del representante español, tan opuesta á los deseos y á las instrucciones del Gabinete de Madrid, entorpeció el reconocimiento de la República Argentina por España, y que la conducta del Sr. Creux fué poco hábil, cuando menos, pues en el supuesto de que éste tuviese razón al afirmar que Rozas no quería pactar con la antigua Metrópoli, su interés como diplomático, y el mismo interés de España, se cifraba en hacer pública y notoria esa resolución del famoso dictador argentino. Pero si esto es indudable, no lo es menos, y conviene consignarlo en descargo del negociador español, que dada la rivalidad existente entre Montevideo y Buenos Aires y el estado de una y otra República, era dificilísimo, ya que no imposible, que un mismo Agente, por grandes que fuesen su tacto y su habilidad, se entendiese á la vez con ambos Gobiernos. Así lo comprendió luego el Sr. Creux, y por ello indicó al Gobierno la conveniencia de nombrar otro representante para Buenos Aires (1). De todos modos, salvando este pequeño error, no puede culparse al Gabinete de Madrid por lo ocurrido.

(1) Despacho de 1.° de agosto de 1847.—En este mismo despacho añadía el Sr. Creux que si Rozas señalaba alguno de sus actos como inconveniente para abrir las negociaciones, se le separase inmediatamente, dando á este paso todo el carácter de una satisfacción.

¿Tenía razón el Sr. Creux al acusar de mala fe á Rozas? En apoyo de este aserto envió aquél al Ministerio de Estado ejemplares de la *Gaceta,* de Buenos Aires, en los cuales se insertaban violentos artículos contra el Gobierno de S. M., fundándose en el supuesto de que éste había favorecido los proyectos del general Flores de realizar una expedición. El Gabinete de Madrid negó terminantemente esa especie; pero lo cierto es que el rumor, esparcido y fomentado acaso por los enemigos de la influencia española en América, nos hizo mucho daño, y sirvió de pretexto á Rozas para la actitud que adoptó.

Decimos que eso fué un pretexto, porque en realidad el dictador tenía otras razones de índole interior.

Si trataba con España, la población española que residía en territorio argentino, y que no bajaba de seis á siete mil almas, habría tenido una garantía contra la arbitrariedad con que de ella disponía, imponiendo fuertes contribuciones á los ricos y engrosando las filas de su ejército con las clases jornaleras. Su política se encaminaba á restringir las franquicias y privilegios que habían obtenido los demás extranjeros, y no podía prestarse á hacer extensivas unas y otros á los españoles. Además, Rozas consideraba como provincia argentina la República del Paraguay, y abrigaba la esperanza de que lo fuese un día la banda Oriental, y comprendía que España tenía que negarse á comprender esos territorios en el Tratado de paz. Por último, la ratificación del Tratado exigía la reunión del Congreso general de la República, y la reunión del Congreso podía ser su ruina.

Era indiscutible que habíamos dejado pasar la ocasión, y que las circunstancias ya no nos favorecían.

No obstante esto, el Sr. Creux, ante las nuevas instrucciones que se le enviaron el 24 de Noviembre de 1846, se decidió á dar algún paso, y aprovechando la visita de un Sr. Chain, sujeto hijo de español y educado en España, que mantenía íntimas relaciones de amistad con el general Urquiza y era agente de éste para la mediación entre Montevideo y Buenos Ai-

res, celebró con él una conferencia. Como consecuencia de ésta, el Sr. Chain dirigió una comunicación al representante de España, rogándole, en interés de ambos países, se sirviese darle conocimiento de la parte que el Gobierno de S. M. tomaba en la expedición Flores, ó de las disposiciones que hubiese adoptado para impedirla; y el Sr. Creux le contestó justificando al Gabinete de Madrid de la acusación de proteger la expedición, asegurando que los agentes de España se abstenían de intervenir en las guerras intestinas de los Estados americanos, sin ponerse del lado de ninguno de los partidos que mantenían la lucha, haciendo observar que si había tratado con el Gobierno de Montevideo, fué porque éste inició las negociaciones tres ó cuatro años antes; pero que hasta tanto que España se encontrase ligada por un Tratado, consideraba como Gobiernos de hecho lo mismo al del general Oribe que al del general Suárez; y, en fin, recordó que estaba autorizado con la correspondiente plenipotencia para tratar con el Gobierno de Buenos Aires, que para abrir la negociación con la República Argentina había dado algunos pasos, y que tan luego como se le invitase á verificarlo, dándole garantías de que se le trataría con la consideración debida á su rango, estaba pronto á trasladarse al punto que se le designase para negociar (1).

Esta gestión no dió resultado alguno, y algunos meses después, el Sr. Creux, persistiendo en la línea de conducta que se le había trazado, escribió una carta á D. Francisco C. Beláustegui, miembro influyente del Cuerpo legislativo de Buenos Aires y cuñado del ministro de Negocios Extranjeros, señor Arana, con el cual parece que había tenido ya verbalmente algunas explicaciones. El Sr. Beláustegui dió lectura de la carta á su hermano político, y comunicó al Sr. Creux las observaciones que sobre el contenido de aquélla había hecho el ministro argentino.

---

(1) Despacho del Sr. Creux al ministro de Estado; fecha, Montevideo, 18 de Enero de 1847.

Decía el Sr. Arana que el Gobierno de Buenos Aires nunca había recriminado al Sr. Creux por la conducta que hubiese creído conveniente emplear en el desempeño de sus funciones en Montevideo, pero sí había mirado con extrañeza algunos pasos que le habían separado de la neutralidad que le correspondía observar en la contienda que sostenían los dos Gobiernos del Plata; que los actos del jefe de las fuerzas navales españolas en Buenos Aires habían tenido una tendencia manifiesta á sublevar la población española contra las autoridades; que no desconocía la comunidad de intereses que existía entre España y la República Argentina, pero que el regular aquélla por un Tratado era obra para tiempos de más calma que los de entonces, en los cuales el Gobierno argentino estaba consagrado exclusivamente á salvar la existencia é independencia nacional, amenazadas por la infausta intervención extranjera; que mientras subsistiese esta necesidad, creía que nada podía hacer el Gobierno, y que más de una vez había desatendido iguales invitaciones por agentes públicos de otras naciones amigas; y, por último, que apreciando los sentimientos de simpatía y benevolencia del Sr. Creux respecto á Buenos Aires, así como también los del Gobierno español, parecían poco favorables para abrir negociaciones los momentos en que aún duraba en los pueblos americanos la impresión producida por los aprestos de la expedición Flores, armada en España, y protegida, según algunos, por el Gobierno español.

Compréndese fácilmente que estos asertos no podían quedar sin contestación; y, en efecto, el Sr. Creux replicó manifestando al Sr. Beláustegui el sentimiento que le causaba el desvío del Gobierno argentino, haciéndole ver lo absurdo de que el jefe de las fuerzas navales españolas intentase sublevar la población española en Buenos Aires, cuando ni aun conocía las personas que allí podían ejercer influencia, ni había practicado otra gestión respecto de los españoles que la de pedir no se negase pasaporte á los que lo solicitasen, y demostrándole,

con los testimonios de aprecio y simpatía que había recibido el Gobierno de S. M. de varias Repúblicas de América, que se había calmado completamente la alarma producida por los rumores de la expedición Flores (1).

Tampoco esta gestión dió resultado alguno; pero antes de conocerlo dió el Gobierno español un paso que acreditaba su sincero deseo de establecer amistosas relaciones con la República Argentina.

En efecto; en 17 de Octubre de 1847 dirigió una Real orden á los ministros plenipotenciarios de S. M. en Londres y Wáshington, á fin de que entablasen negociaciones puramente confidenciales con los ministros de Buenos Aires en dichas capitales para adquirir la seguridad de que en aquella República sería recibido con el decoro correspondiente cualquier agente del Gobierno español, encargado de proteger las personas y las propiedades de los españoles que allí residían, y de regularizar las relaciones entre ambos países por medio de un Tratado de reconocimiento y amistad. Las contestaciones, aunque nada en definitiva resolvían, no dejaron de ser satisfactorias, pues tanto el ministro argentino en Londres, D. Manuel de Moreno, como el general Alvear, que desempeñaba igual cargo en Wáshington, se mostraron favorables á la idea y prometieron escribir á su Gobierno (2); pero antes de que llegase la respuesta de éste á sus agentes, tuvo conocimiento el de Madrid de la fracasada gestión cerca del Sr. Beláustegui y de otros hechos que aclaraban los propósitos del general Rozas.

Habiendo incluído el Gobierno de Buenos Aires, en su mensaje á la 25.ª Legislatura, con fecha 27 de Diciembre de 1847, un párrafo en el que acusaba al Gobierno español de ha-

(1) Despachos del Sr. Creux al ministro de Estado, fechas 11 de Agosto, 29 de Septiembre y 9 de Octubre de 1847.

(2) Despacho del ministro de S. M., en Londres, al ministro de Estado, fecha 3 de Diciembre de 1847.

Idem íd. en Wáshington al íd., fecha 15 de Diciembre de 1847.

ber prestado auxilio al general Flores para la expedición que proyectó contra el Gobierno del Ecuador, el Sr. Creux dirigió una Nota confidencial al ministro de Relaciones Exteriores de Buenos Aires, manifestando el sentimiento del Gobierno de S. M., al ver que, por circunstancias imprevistas y por incidentes lamentables, se hallaban España y Buenos Aires en un estado de alejamiento deplorable, haciendo constar de nuevo que, dadas por el Gobierno de S. M. las explicaciones oportunas sobre la expedición de Flores, los pueblos americanos habían reconocido la lealtad de aquél y renunciado á la política hostil á España que en los primeros momentos se había iniciado; y añadiendo que, siendo ya tiempo de que se estableciesen relaciones de amistad entre ambos países, esperaba el Gobierno de S. M., para enviar un agente á Buenos Aires, á saber si hallaría buena acogida por parte del Gobierno argentino (1).

Justo es decir que si el Sr. Creux había errado, no aprovechando los primeros momentos de su llegada al Plata para estrechar relaciones con el Gobierno de Buenos Aires, procuró después, quizá hasta con exceso, remediar su falta; pero su insistencia, que iba tal vez un poco más lejos de lo que consentía el decoro de España, no podía dar, y no dió, el resultado apetecido. El ministro de Negocios Extranjeros de la Argentina contestó al Sr. Creux que su Gobierno apreciaba los sentimientos del de S. M. respecto á la Confederación argentina, y que prestaría al agente español que se enviase á Buenos Aires una hospitalidad satisfactoria, pero que no podría reconocerlo como agente público, porque las disposiciones vigentes en su país le prohibían recibir con ese carácter á un agente de cualquier Gobierno extranjero que no hubiese reconocido la independencia de la República.

---

(1) Despacho del Sr. Creux al ministro de Estado, fecha 7 de Febrero de 1848.

Aunque al dar cuenta de esta respuesta añadió el Sr. Creux que sabía que el general Rosas había dicho á un íntimo amigo suyo que sentía mucho no haber podido acceder á la propuesta del Gobierno español, y que más adelante era necesario anudar relaciones con España y dar á ésta la preferencia sobre todas las demás naciones, como la única que era acreedora á ella, el Gabinete de Madrid se sintió molestado por aquella contestación, estimando ésta como una negativa, y resolviendo que no podía acceder al reconocimiento previo, porque no debía comenzar despojándose del arma más poderosa, de la única con que contaba para defender las vidas y las haciendas de los españoles residentes en Buenos Aires; para descargarse de la deuda que pesaba sobre aquel territorio cuando formaba parte de los dominios de la corona de Castilla, y para restituir la nacionalidad española á los súbditos de S. M. que, por su seguridad personal y la de sus bienes, se habían acogido al pabellón de la República durante el período de la guerra y la interrupción de las relaciones.

En vista de todo esto, y habiendo confirmado el secretario de la Legación española en Montevideo, D. José Zambrano, en la visita que con carácter privado hizo á Buenes Aires, esa disposición de ánimo del Gobierno argentino, el de S. M. se decidió á hacer público, aunque de un modo confidencial, los pasos que había dado para restablecer las relaciones con la República Argentina; pero Rozas hizo más, pues llevó á la *Gaceta Mercantil* de Buenos Aires, del 30 de Mayo, las comunicaciones de los ministros argentinos en París y Londres, Sarratea y Moreno, dando cuenta de las conferencias que con ellos había celebrado el plenipotenciario español cerca de S. M. Británica, Sr. Istúriz, acerca de la admisión de un agente español.

Esto aumentó el disgusto del Gobierno de S. M., no sólo porque esas conversaciones, puramente confidenciales, no podían darse lícitamente á la publicidad, sino porque en el despacho de Moreno se atribuía á Istúriz la especie de que se retiraría de Montevideo el Sr. Creux, lo cual no podía menos de

suscitar recelos en el Gobierno oriental del Plata; y le puso en el caso, á fin de restablecer la verdad, de autorizar al enviado español en Montevideo para publicar, si lo juzgaba necesario, las instrucciones que, con fecha 17 de Octubre de 1847, se habían enviado á los ministros de Londres y Wáshington (1).

Dados estos antecedentes, compréndese perfectamente que el Gobierno español no podía ni debía insistir en sus gestiones, y aunque sin abandonar por completo la patriótica idea que perseguía, hubo de esperar á que cambiase la situación de la República Argentina ó se modificase el criterio del general Rozas. Esto último no era muy fácil, pues las circunstancias obligaban á aquél á persistir en los puntos de vista que había adoptado. Diez y seis años llevaba ya al frente de la República, y lejos de haber conseguido destruir á sus adversarios, no obstante el extremado rigor de su política, cada día eran aquéllos más y más poderosos.

Esperó, pues, y el cambio no se hizo esperar mucho. El 3 Febrero de 1852 fué derrotado el dictador, en los campos de Caseros, por el general D. Justo José de Urquiza, que fué proclamado Presidente; pero aunque la situación de los españoles mejoró bastante bajo la administración del nuevo Gobierno, y aunque el general Urquiza se mostró dispuesto á recibir á un agente español, reconoció los nombramientos que se hicieron de cónsules y vicecónsules, y proyectó enviar á Madrid una persona para celebrar un tratado, deteniéndole únicamente para esto la angustiosa situación del erario de la República; no por ello eran más favorables las circunstancias para consagrar en un pacto el restablecimiento de las relaciones, porque en realidad la Argentina no constituía un verdadero Estado, pues había en ella dos Gobiernos meramente de hecho, que bien pronto se combatieron rudamente.

---

(1) Despacho del Sr. Creux al ministro de Estado, fecha 14 de Junio de 1848, y Real orden del ministro al enviado en Montevideo, fecha 6 de Noviembre.

Urquiza, que, como gobernador de la provincia de Entre-Ríos, había sido uno de los más decididos defensores de Rozas, pudo un día lograr sustituir á éste, pero no dominó la situación. Recibido en Buenos Aires con la gratitud más profunda y con la espansión más abierta, no tuvo habilidad para comprender que la populosa capital deseaba, más que un cambio de personas, un cambio de política. «Buenos Aires—escribía más tarde uno de los agentes de este Estado,— á poco de haber sacudido el yugo de la más repugnante tiranía, tuvo ocasión de conocer que se le trataba no como á un pueblo hermano, sino como á un pueblo vencido. El general Urquiza dispuso á mansalva de los caudales públicos, se apoderó de todo el material de su parque de artillería y dictó medidas represivas contra la libertad y seguridad de esclarecidos ciudadanos. No había transcurido un mes todavía desde la victoria de Caseros, cuando apareció un decreto, firmado por dicho general, en virtud del cual se restablecía el uso vergonzoso de la divisa punzó, de esa divisa que llevaba por mote estas tristes y calamitosas palabras: *¡Mueran los salvajes unitarios!*»

«El Estado de Buenos Aires, que venía siendo testigo de los sucesos que someramente acabo de referir, se levantó de súbito como un solo hombre, decidido á no dejarse arrebatar el beneficio que poseía, pues el vulgar instinto de su conservación y su decoro le aconsejaban esta resolución. El general Urquiza se aproximó hasta las puertas de la ciudad, á la cabeza de un poderoso ejército; pero vencido en breve tiempo, vióse obligado á regresar al seno de su provincia. El rompimiento, pues, era inevitable. La ley de los acontecimientos así lo determinaba, y no puede esconderse á la rectitud é ilustración de V. S. que, por más sensible que haya sido este acontecimiento, no era ya dable prescindir de sus consecuencias, sobre todo, desde que, reunidas en Congreso las trece provincias en la ciudad de Santa Fe, para nadie fuera dudoso que la presidencia de la Confederación iba á recaer necesariamente

»en la misma persona que acababa de convocarlas para consti»tuir la nación» (1).

Reunido, en efecto, el Congreso Constituyente, se promulgó la Constitución de 1853, pero Buenos Aires no la aceptó y se declaró Estado independiente, constituyéndose con dos Cámaras (Sala de Representantes y Senado), y colocó á su cabeza á un joven magistrado. La lucha, y lucha sangrienta que se prolongó hasta 1859, fué el resultado de la división. El Gobierno de la Confederación se estableció en Paraná.

La separación de Buenos Aires constituía un rudísimo golpe para el general Urquiza. Dicha capital, por su población, que pasaba ya de doscientas mil almas; por su situación en el Río de la Plata; por su riqueza, y por haber sido ya en dos épocas la capital de la República, ejercía una influencia que ninguna de las otras trece provincias de la Argentina podía disputarle. Por esto el general Urquiza comprendió toda la importancia que para él tenían las relaciones internacionales y procuró cultivarlas, tratando de atraer á Paraná al Cuerpo diplomático (2), y á esto obedeció, sin duda alguna, el decreto que su Gobierno dictó acreditando un agente suyo cerca de las Cortes de Londres, París y Madrid. El decreto, que es digno de ser conocido, decía así:

«Departamento de Relaciones Exteriores.—Paraná, Junio 8 de 1854.—El Vicepresidente de la Confederación Argentina.—Considerando: Que ha desaparecido la situación producida por la guerra de la Independencia contra la Metrópoli, y deseoso de manifestar á la Madre Patria las profundas simpatías que tiene el Gobierno de la Confederación por S. M. C. y por la Nación española, á la que nos ligan vínculos de sangre, de religión y de idioma, y demostrar al mundo que es un prin-

(1) Comunicación dirigida al ministro de Estado, en 5 de Abril de 1856, por D. Juan Thompson, agente confidencial de Buenos Aires en Madrid.

(2) Sólo el Gobierno francés nombró un representante suyo cerca del general Urquiza, en Paraná: los demás se mantuvieron por entonces á la expectativa.

cipio inalterable de la política argentina el de la paz y unión con las Naciones del Orbe.=Que ha llegado el momento de entablar relaciones diplomáticas con el Reino de España, cuyo comercio es tan importante en la Confederación, y por el acrecentamiento del cual hace fervientes votos el Gobierno nacional.=Y, por último, que es necesario y conveniente manifestar á la España que el Gobierno argentino desea entrar en relaciones amistosas con la antigua Metrópoli.=Ha acordado y decreta:=Art. 1.° El Encargado de Negocios de la Confederación Argentina cerca de los Gobiernos de S. M. la Reina del Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda y de S. M. el Emperador de los franceses, Dr. D. Juan Bautista Alberdi, queda nombrado en igual carácter, cerca del Gobierno de S. M. C.= 2.° Expídansele las credenciales correspondientes, comuníquese este decreto, publíquese y dese al Registro Nacional.—Carril.—Juan María Gutiérrez.»

El Gobierno recibió con satisfacción la noticia del nombramiento del Sr. Alberdi, que era un abogado que se hallaba ejerciendo en Chile y gozaba de buena reputación en aquellos países, tanto por su saber como por la moderación de sus ideas políticas (1); pero quiso que se indicase al general Urquiza la conveniencia de que aquél trajese plenos poderes para concertar un Tratado de paz y amistad. «La celebración de este Tratado—dijo el Encargado de Negocios en Montevideo—ha de preceder necesariamente á la entrega de las credenciales, y faltando semejante requisito, se hace imposible el establecimiento de relaciones diplomáticas con la Confederación, que el Gobierno de S. M., no menos que el de dicho Estado, desea ver asentadas sobre bases sólidas y de mutua conveniencia» (2).

Poco después de esto, el Estado de Buenos Aires nombró

(1) Despacho del Encargado de Negocios en Montevideo, Sr. Alós, al ministro de Estado; fecha, 4 de Julio de 1854.

(2) Real orden al Encargado de Negocios en Montevideo; fecha, 4 de Septiembre de 1854.

á D. Juan Thompson agente confidencial suyo cerca del Gobierno de S. M. C., para concertar un Tratado de paz y de reconocimiento; de modo que España, después de las resistencias anteriores, se vió solicitada por los dos contendientes en la Argentina.

En vista de esto, parecía natural que se esperase la llegada de ambos agentes para entablar en Madrid las negociaciones; pero no sólo no se hizo así, sino que, en virtud de un largo informe del Subsecretario de Estado, D. Juan Antoine y Zayas, se acordó nombrar un Ministro plenipotenciario, que, provisto de los correspondientes plenos poderes, llevase la misión de negociar Tratados de paz y reconomiento con todos los Estados del Río de la Plata. Para ese cargo fué nombrado el Director de la Sección de Política en el Ministerio, D. Jacinto Albístur, al cual se dieron también patentes de Cónsul general para el Uruguay, la Confederación Argentina, Buenos Aires y el Paraguay.

No se explica bien, y el informe de la Subsecretaría no lo aclara, por qué el Gobierno, después de haber tocado las consecuencias de acreditar á una misma persona cerca de dos poderes distintos y rivales, volvía á este procedimiento, ni se comprende qué razón tenía para preferir una duplicidad de gestiones que forzosamente habían de producir embarazo en una negociación que desde luego presentaba serias dificultades, toda vez que la Argentina había de rechazar, como ya lo había hecho antes Rozas, el criterio sostenido por el Gobierno español respecto de la nacionalidad de los hijos de españoles nacidos en la Confederación. Pero, en fin, el hecho es que se nombró á Albístur en los mismos momentos en que se esperaba á Alberdi.

Lo que uno y otro Plenipotenciario hicieron, y el desenlace de esta larga gestión, exigen capítulo aparte.

Jerónimo Bécker

EL AÑO MUSICAL

(1909)

Música de cámara.—La Sociedad Filarmónica Madrileña: artistas y obras.—Los Cuartetos Francés y Vela.—La Sociedad de Instrumentos de viento.—Conciertos varios.—La *Suite Iberia*, de Albéniz.

Música sinfónica.—La Orquesta Sinfónica.—Obras españolas estrenadas: *Suite de aires murcianos*, de Pérez Casas; fragmentos de *Rodrigo Díaz de Vivar*, de Manrique de Lara, y de *Almas muertas*, de la Viña.

Teatro Real.—María Gay, en *Carmen*.—Estrenos de *El ocaso de los dioses*, de Wagner; *Hesperia*, de Lamote de Grignon, y *Margarita la Tornera*, de Chapí.

Varia.—Conservatorio: composiciones de los alumnos y concursos de fin de año.—Ateneo: premio Charro Hidalgo, conferencias.—Periódicos y publicaciones.—Varias noticias.

Necrología.—Chapí, Albéniz, Olmeda.

Provincias.—Bilbao, Oviedo, Gijón, Zaragoza, etc.—Valencia.—Barcelona.

La música de cámara sigue siendo la que más intensamente se cultiva en Madrid. A las series de conciertos de la Sociedad Filarmónica Madrileña y de los Cuartetos Francés y Vela, hay que agregar en el año último los dados por la *Sociedad de Instrumentos de viento de Madrid*, nacida bajo los mejores auspicios.

El año 1908-1909 de la Sociedad Filarmónica Madrileña, si muy interesante desde el punto de vista artístico, arroja pocas novedades dignas de especial mención.

Las sesiones de *lieder* estuvieron á cargo de la célebre *liedersängerin* alemana, Thèrese Behr-Schnabel, artista finísima, de íntimo y encantador expresivismo, de admirable dicción.

Su arte es de los que miran enteramente al interior poético, sin dejar intervención al efectismo, arte de intensidad espiritual de apariencia poco galana. El pequeño volumen de su voz la hace mover la gama de la cantidad sonora dentro de un estrecho límite, pero, en cambio, le permite abordar el pianísimo más delicioso que puede concebirse. Los *lieder* de Brahms y los de Wolf, los más íntimos, fueron, en mi gusto, lo más exquisitamente perfumado por su talento. Con ella actuó su marido, Artur Schnabel, el célebre pianista alemán á quien ya oímos el año anterior con el Cuarteto Checo. El arte alemán de hoy, el arte de la interpretación, se concentra principalmente en el elemento interno de las obras, en su jugo vital, en su perfume poético. Parece como si se desprendiera, de propósito, de todo cuidado de la apariencia, del halago de los sentidos, del efecto que trae el aplauso, para consagrar toda la atención del ejecutante á penetrar, á ahondar más en la intención emotiva del compositor. Los alemanes, los familiarizados con este tipo artístico de interpretación, encuentran generalmente poco profundas esas otras interpretaciones que á los pueblos de la raza latina entusiasman, y así no es de extrañar que cuando Risler ejecutó la serie de sonatas de Beethoven en Berlín, lo encontrara la crítica, en general, poco interno, con poco *pathos*. Nuestro público, en cambio, es un enamorado de la apariencia bella, del exterior sonoro. Inconscientemente, por la tradición de dos siglos que ha venido formando su alma con los modelos italianos de menos interioridad, todo fachada, fachada bellísima, pero fachada al fin, comienza ahora á vislumbrar ese elemento de fuerza interior, de espíritu que se reviste de forma en cuanto la forma es necesaria para la transmisión sensible, y sin penetrar por entero en la interioridad, busca, como elemento necesario, imprescindible, esa belleza sensual de que los otros prescinden voluntaria ó involuntariamente, por ascetismo artístico ó por visualidad de raza. El matrimonio Schnabel consagró á Brahms uno de sus conciertos, el primero en España donde figuraba solo el nombre

de este compositor. Fué un poco duro para la inmensa mayoría de los oyentes el escuchar una sesión entera de Brahms, un asceta de la música de cámara, interpretado por otros ascetas de la interpretación; pero de mí puedo decir que, enamorado cada día más de este compositor, encontré placer delicioso en sumirme durante dos horas en ese ambiente tan puro y tan hondamente emotivo.

El Cuarteto Rosé de Viena es un cuarteto ideal. Tiene, como los alemanes, la gravedad de pensamiento, la penetración íntima, la seriedad que todo lo subordina á la conciencia sin reproches. Pero tiene también esa elegancia típica de los vieneses, esa limpieza y esa tersura encantadoras, y, sobre todo, es fino, finísimo, delicado. Oyéndole, acude involuntariamente la evocación de Taine; la influencia del medio en la elaboración del producto. Alemanes por dentro, sin apelar al sentimentalismo fácil ni á recursos de pura exterioridad, lo envuelven todo en un delicado, tenue perfume aristocrático de selección específica, dando á sus narraciones musicales un aroma de instintivo refinamiento, donde ni aun de lejos se descubre la afectación. Un aspecto particularmente curioso de su técnica es el de colocar los cuatro instrumentos en el mismo plano de sonoridad, haciendo surgir la melodía por *flotación,* no por la perspectiva de términos sonoros. Las gradaciones, los empastes, los matices, la calidad de sonido, es de lo más admirable que puede concebirse. De sus tres conciertos (18, 20, 2 de Enero), no sabría cuál elegir: si el primero, dedicado á los clásicos con Cherubini, Haydn y Mozart; si el segundo, con los románticos Schubert, Schumann y Mendelsohn, donde parecía un cuarteto distinto, ó si el tercero, donde Brahms vivía su propio ambiente y Borodin se nos presentaba con ese delicioso color que tanto le caracteriza. Con Brahms y Borodin alternaba un juguete para cuarteto, de Jaques-Dalcroze, el compositor suizo ferviente propagandista de la gimnasia rítmica, mezcla de humor sajón y de *esprit* francés, más interesante y curioso que profundo.

A la audición completa de los cuartetos de Beethoven consagró el Cuarteto Checo seis inolvidables sesiones (26 y 27 de Febrero, 1, 8, 10 y 12 de Marzo). ¿A qué hablar aquí de esta obra colosal? Los cuartetos representan las tres cumbres de los tres estilos beethovenianos. Cuando va á abandonar su primera manera, escribe la primera serie de cuartetos; en plena madurez, en plena posesión de su segundo estilo, hace los cinco segundos; los tres últimos años de su vida producen los seis finales; el cuarteto de instrumentos de arco es el testamento donde Beethoven encierra su alma, donde recoge y condensa su espíritu en cada uno de los tres períodos de su vida artística. El temperamento violento, apasionado, entusiasta de los Checo, nos dió una versión inolvidable de esta obra colosal, más inolvidable aún en los de la segunda época, cuando el alma de Beethoven rebosa el fuego, la fuerza, la grandeza, la pasión, el color exuberante que tanto caracteriza el estilo del célebre Cuarteto bohemio.

Cerró el año el trío Cortot-Thibaud-Casals, del que ya hablé en mi resumen del año anterior. Particularmente interesantes fueron las obras de Corelli y de Rameau, dos prehaydnianos que son á la música de cámara lo que los prerrafaelistas á la pintura. De ellos á César Franck, ¡cuánta distancia recorrida! Una sesión particularmente encantadora fué la segunda (15 de Abril), dedicada á los tríos de Schumann.

Las sesiones del Cuarteto Francés tuvieron dos características: la de la gran intervención que concedieron á las obras con piano, utilizando el concurso de D. José Guervós, y el de introducir en un concierto unos *lieder* de Grieg, cantados por la señorita Ortega Villar. El repertorio se movió en lo ya conocido y estrenado: sólo el cuarteto incompleto de Grieg y un cuarteto para piano, clarinete, violín y violonchelo, de Rabl, obra de juventud, poco interesante, figuraron como novedad de sus programas. Obras españolas no estrenaron ninguna, limitándose á repetir el segundo cuarteto de Chapí, los *Caprichos románticos*, de Conrado del Campo, y un trío en *mi*, de

Bretón, para piano, violín y violonchelo, escrito hace muchos años, uno de cuyos tiempos, el *allegro molto*, fué instrumentado por su autor y ejecutado repetidas veces en la antigua Sociedad de Conciertos. La obra es muy interesante, principalmente influenciada por los estilos de Schubert y Schumann. Sólo el tercer tiempo, de acentuado color español, se sale del ambiente clásico (ambiente excelentemente asimilado) del resto de la composición.

Las siete sesiones del Cuarteto Vela fueron, en cambio, dedicadas por entero al cuarteto de arco. El año anterior llamaba á este cuarteto de chicos de diez y siete y diez y ocho años el *Cuarteto milagroso;* tan grande era la intuición que revelaba, el acierto con que instintivamente buscaba en cada obra la nota de poesía, de gravedad ó de pasión para exhibirla y mostrarla. En su segunda campaña ha ganado más aún, ha recorrido mayor camino. Los dos cuartetos de Grieg, los de Dvorak y Debussy, los dos tríos de Beethoven (el serenata y el en *do* menor), todos los revistieron con primorosas interpretaciones. Cuatro obras españolas figuraron en sus programas: el primer cuarteto de Chapí y el en *mí* bemol (en estilo antiguo) de Manrique de Lara, y los cuartetos primero y tercero de Arriaga, el compositor bilbaíno de principios del pasado siglo, muerto tan prematuramente, cuando su nombre comenzaba apenas á rodearse con la aureola de la gloria. Son encantadores estos dos cuartetos de Arriaga. Sus devociones, quizá más que propias, impuestas por sus maestros, por Fetis principalmente, que veía en Mozart y en Rossini el ideal artístico de su generación, se transparentan graciosamente en formas melódicas, en la factura, en el pensamiento fundamental. Pero en estas producciones, fruto de un ingenio de diez y siete años, se acusa algo de un gran valor, una nota personal de alma española, que sabe Dios el fruto que hubiera dado al expansionarse y madurar con la formación completa de la personalidad propia. El trío del minué del primer cuarteto, acertadamente calificado por Miguel Salvador de *minué tonadillesco*,

introduce en la obra una nota de travesura y de perfume genuinamente nuestro; en la *Pastoral* del tercer cuarteto, mira Arriaga á los tiempos tercero y cuarto de la sinfonía pastoral de Beethoven desde un punto de vista completamente personal, atrevido y pintoresco.

El año último di cuenta de la presentación en el Ateneo de Madrid de una nueva Sociedad de Música de Cámara, la *Sociedad de Instrumentos de viento de Madrid*, dirigida por el excelente compositor D. Bartolomé Pérez Casas. Compónenla los Sres. Arteta (flauta), Adán (oboe), San Miguel (clarinete), Bustos (trompa), Romo (fagot) y Nogueras (piano), y sus interpretaciones se distinguen por la perfección del empaste, del cuidado sonoro en lo que principalmente atañe á la ortografía musical. Las dos sesiones que dieron en el teatro de Lara (13 y 20 de Febrero) tuvieron tal éxito, que, á petición general, agregaron una tercera sesión (5 de Marzo). Entre las obras ejecutadas merecen citarse especialmente los quintetos de Mozart y Beethoven y el sexteto de Thuille, el compositor de Munich, á quien el exceso de trabajo aceleró tan considerablemente la hora de la muerte.

Pocos conciertos se verificaron fuera de las series antes referidas: uno de D. Juan Marlet, joven pianista catalán, aún no completamente formado; dos del violinista Manen; dos de la condesa Helene de Morsztyn, y otros dos de nuestro gran Malats.

Los programas de la joven condesa austriaca se movieron en el tipo ordinario del programa del concertista. Una literatura tan rica, tan variada, de tanto valor como la literatura del piano, ha quedado reducida para los virtuosos á un centenar de obras, siempre las mismas, que con implacable perseverancia vemos aparecer un día y otro y siempre. Si por excepción, alguna autoridad profesional resucita una obra, al poco tiempo la adoptan todos y entra á engrosar el repertorio que, á pesar de su bondad indiscutible, más produce hastío que placer.

Estas observaciones no son aplicables á Malats, que si compuso sus programas, en parte, como todos, nos dió una interpretación primorosa, en ambiente de siglo XVIII, de la sonata en *la* mayor, de Mozart, y otra no menos interesante de la en *mi* bemol, de Beethoven. El principal aliciente de sus conciertos estuvo para todos en los números que seleccionó de la *Suite Iberia,* de Albéniz, y que, ejecutados con el mecanismo prodigioso de Malats, con el vigor y la poesía de su alma española, con el cariño y la devoción del creyente, nos hicieron gustar en todo su valor la obra tan hermosa del desgraciado Albéniz.

La *Suite Iberia,* publicada en cuatro cuadernos, está constituída por doce números: *Evocación*, *El Puerto*, *Procesión (Fête-Dieu) en Sevilla*, *Triana*, *Almería*, *Rondeña*, *El Albaicín*, *El Polo*, *Lavapiés*, *Málaga*, *Jerez* y *Eritaña*. De ellas seleccionó, para su concierto, *Evocación*, *El Puerto*, *El Albaicín*, *Málaga*, *Jerez* y *Triana*.

Desde las primeras obras de Albéniz, su vena melódica, tan espontánea y tan fácil, encantó á los aficionados. Célebres fueron hace un cuarto de siglo sus sevillanas, su serenata granadina, su gavota, multitud de piezas más, cuyos títulos no recuerdo, pero cuyas melodías graciosas, frescas, alentando carácter español, cantábanlas casi todos los pianos de España. Albéniz fué entonces el compositor más popular entre los pianistas. Después vivió en Francia, se enamoró de los modernos procedimientos de Debussy y de otros compositores franceses, y á aquellas composiciones primeras, que tanto divulgaron su nombre, respondió con otra serie, hecha á la moderna, con los doce números que forman la *Suite Iberia*. En las primeras obras, en las de antaño, había tal sinceridad, tal perfume de juventud, tal despreocupación del ropaje con que vestía las melodías, que, más que obra de un compositor, parecían exhaladas directamente por el alma popular; en las de ahora, la poesía surge del ropaje, de la envoltura musical, más bien que de la creación melódica.

No con propósito de crítica, sino por establecer la posición en que el autor se coloca, conviene apuntar lo que constituye el material de la canción andaluza, que es la principalmente cultivada en la *Suite* de Albéniz. Los cantos populares de la tierra baja, los que se acompañan con la guitarra, tienen tres elementos típicos: un ritmo fijo, inmutable; unas variaciones caprichosas, donde se admite la fantasía y la creación del instrumentista, variaciones que, como es sabido, toman el nombre de *falsetas;* y la copla ó el canto propiamente dicho, con su variedad de estilos y de caracteres. Los tres elementos forman una unidad orgánica. El ritmo de *soleares,* por ejemplo, sólo admite las falsetas de *soleares*, y las *soleares* en el canto. Ritmo, falseta, coplas de *seguiriyas gitanas* ó de *serranas*, son tan ajenas á las *soleares,* como las *alegrías*, las *malagueñas* ó las *granadinas.* Albéniz baraja todos esos elementos caprichosamente, sin atenerse ni esclavizarse en un modelo determinado. Con una falseta de *soleares* comienza el número titulado *Albaicin.* Esa falseta, tomada por él como ritmo esencial, sirve de fondo á nuevas falsetas de su invención, y á una copla fuera de todo tipo de imitación andaluza, donde al arabismo convencional introducido en la música española desde hace tiempo, se unen giros y alguna que otra frase de abolengo gitano. Lo mismo ocurre en *Jerez.* El ritmo tipo es aquí el de las *seguiriyas gitanas*, el del *cante hondo*, por cierto deliciosa y artísticamente traducido por el compositor en el epílogo del número; pero la copla se separa en absoluto del carácter de las *seguiriyas* en una invención de carácter levantino, murciano quizá.

No tienen, pues, estos números el carácter de documento; son cuadros libres, caprichosos, de musicalidad personal, como podría hacerlos cualquier alma artística que sintiera el perfume lejano de esos ritmos y esas melodías. En lo que Albéniz se muestra más español es en un propósito que me parece ver intensamente acusado en casi todos los números de *Iberia:* el de mantener la pureza del ritmo, el de no hacer *debusismo*

sino en las falsetas ó elemento libre, el de mantener el canto español, cuando lo emplea, en una pureza armónica, muchas veces relativa, pero siempre lejana de los momentos donde se entrega al moderno gusto francés. Entre los números de la *Suite* que nos dió á conocer Malats, mis preferidos fueron *El Puerto*, un zapateado con mucho carácter; *Albaicín*, donde el ritmo de *soleares* aparece tratado con singular fortuna; algunos trozos de *Jerez*, principalmente el principio, y aun más el final, un acierto de color maravilloso; y *Triana*, de la que ya hablé en años anteriores. *Málaga* es quizá el que menos me agrada, quizá por lo extraño que á mi sentimiento andaluz hace el juntar á un ritmo de *soleares tristes* una copla de malagueña y un elemento á lo barcarola italiana; quizá también por el procedimiento de que se sirve para acompañar la copla, tan resobado hace tiempo por los Thalberg, Ascher y Leybach. De cualquier modo, la obra es de un valor extraordinario: lo más importante en carácter español que hasta ahora ha producido la literatura del piano.

*
* *

La música sinfónica da materia para muy poco espacio. Sólo cuenta en el año con los conciertos dados por la orquesta que dirige el Sr. Fernández Arbós, y en ellos con unas primeras audiciones de la Sinfonía de César Franck, la cuarta de Brahms, *Fêtes,* de Debussy, y algunas otras, que si oídas por primera vez en Madrid, hace ya tiempo que están juzgadas y consagradas como dignas de figurar en lo más excelso de la música orquestal. A pesar de ello, no faltaron *críticos* que juzgaran estas obras como si se tratara de una *Lucía* ó una *Linda,* y que dijeran de la cuarta sinfonía de Brahms, que no tenía importancia para figurar en la segunda parte de un concierto de la Orquesta Sinfónica, parte destinada por tradición á la obra de más solidez y enjundia de las que componen el programa.

Tres nuevas obras españolas figuraron en estos conciertos: la *Suite* sobre temas populares murcianos, del Sr. Pérez Casas, y dos fragmentos de dos óperas: *Rodrigo Díaz de Vivar*, de Manrique de Lara, y *Almas muertas*, de la Viña.

La *Suite* de Pérez Casas fué premiada en un concurso abierto por la Academia de Bellas Artes de San Fernando, años atrás, y ejecutada por primera vez el año último en la sesión solemne que celebró la misma Real Academia. Con ocasión de su estreno hablé de ella como merecía, en el resumen del año 1908, terminando allí mi juicio con estas palabras: «Obra moderna, de corte y forma española, dentro de la tradición clásica, es, á mi juicio, la de más relieve y altura entre las de autores españoles que por primera vez se han ejecutado en los años últimos.» El público de los conciertos la acogió con una ovación inmensa.

Las otras dos obras eran, como antes dejé apuntado, dos fragmentos de dos óperas inéditas. En otro lugar me lamentaba de que al entusiasmo que los enamorados platónicos de la música ponemos en nuestro empeño para que se forme un arte patrio, un arte de elevación y de altura, responda en los hechos una apariencia, cuando menos de desvío, por parte de los compositores jóvenes, los cuales, en vez de trabajar en el género sinfónico, donde encuentran cierta facilidad para exhibirse, abordan la escena del concierto con fragmentos de óperas, muchas de ellas escritas años ha, otras no terminadas aún. Ellos experimentan el placer de oirse; el público saborea á veces un número agradable ó bien escrito; el arte, en cambio, no sale ganando nada con esas tentativas, ráfagas que pasan y que no dejan huella, ni aumentan el catálogo del repertorio nacional.

La escena primera del segundo acto de *Rodrigo Díaz de Vivar*, tiene al principio un momento interesante poético para la escena, efecto que en el concierto se debilita mucho. Las voces de los centinelas cantando *¡Eya velar!* en giros españoles, y repitiendo el alerta como fondo del monólogo de Jime-

na, han de producir en el marco escénico un efecto muy superior al que producen sin los elementos de la decoración, la distancia y el ambiente. El monólogo de Jimena, como el dúo de amor que ya estrenó su autor en otro concierto en años anteriores, acusa su devoción por el estilo, los procedimientos y la instrumentación wagneriana, de los que es perfecto conocedor.

El otro fragmento de *Almas muertas,* apasionado, lleno de color juvenil, hace desear oir al autor, Sr. La Viña, en obra de más carácter sinfónico, más adecuada al marco del concierto.

***

De haber seguido en este resumen el orden de importancia de los acontecimientos artísticos, hubiera correspondido el puesto de honor al Teatro Real, que en el curso del año estrenó *El ocaso de los dioses*, de Wagner; *Hesperia*, de Lamote de Grignon, y *Margarita la Tornera*, de Chapí.

El resto de la temporada, así el final de la que comenzó en 1908, como el principio de la que terminará en 1910, fué el acostumbrado desfile de celebridades escénicas italianas, ya una tiple como la Storchio, ya un tenor como Anselmi, ya barítonos como Titta Ruffo ó Stracciari; estrellas que brillan en el firmamento de la escena lírica italiana, y que sólo se exportan con éxito al mercado español y al ruso, ó al de algún sitio elegante, donde el teatro sirve de pretexto para atraer clientes á un negocio más lucrativo.

Entre esos artistas merece una mención aparte María Gay, no por su condición de española, sino por su talento, por su genial manera de hacer la *Carmen*, de Merimée.

Una larga tradición había traído consigo el absoluto almibaramiento en la escena de la ópera. Tiples y tenores, mezzos y barítonos tenían que cantar sus arias, sus dúos, envueltos en dulcísima azúcar, preparando los comienzos del canto con paseos por la escena, mientras la orquesta parecía recordarles

con su *ritornello* la melodía que habían de cantar. Todo había de ser almibarado y sutilísimo: el asunto, histórico y romántico, sin mezcla de crudeza alguna; el libro, escrito en versos de almíbar aun para las situaciones más vibrantes; la música, siempre vestida de seda y terciopelos, con finísimos encajes tejida; los trajes, las actitudes, las escenas de amor, la manera de coger á la tiple, todo, todo había de moverse con arreglo al convencional patrono del hábito escénico.

En este ambiente se produce un libro brutal, un libro de la vida canallesca, donde una mujer ordinaria y agitanada es el centro de la acción, donde, dando de lado á ciertos enfermizos anhelos del romanticismo y á los sobados convencionalismos del drama histórico, viene una palpitación de la vida baja, de la vida canalla, si se quiere, pero de la vida con sangre arterial, roja y caliente.

Ese libro era el de *Carmen*: un cuento de Merimée, trasladado á la escena lírica por Meilhac y Halevy. Bizet, temperamento sencillo, casi idílico, aspiró la belleza del espíritu de *Carmen*, pero no sintió la fuerza de su palpitación. Hizo una música preciosa, encantadora; almibaró con almíbar de buena ley el ropaje de la trágica cigarrera, limitando casi el sentimiento dramático á la frase terrible que, como amenaza profética, surge ya en el preludio.

No creo que la osatura del libro de *Carmen* sea tan disparatada como generalmente se cree. Una cigarrera que riñe con sus compañeras, que trastorna la cabeza á un sargento, que hace que éste falte á sus deberes militares, que luego se olvida de él y se enamora de un torero, y que, finalmente, muere á manos de su primer amante, podrá ser asunto de una crónica de tribunales, pero un disparate, no.

Carmen no gustó cuando fué estrenada en la Opera Cómica, y no gustó por la crudeza del libro. Podría citar varios textos; pero me reduzco al de *Los Anales del Teatro y de la Música* (1875). «Falta por saber—dice el crítico—si este asunto conviene al teatro, y sobre todo al teatro de ópera cómica. La

respuesta no puede ser dudosa. ¿No es el personaje de *Carmen horriblement deplaisant*, y, á excepción de Micaela, una Alice tan trillada como ñoña, no es imposible citar en toda la obra un solo carácter simpático? La mala impresión del poema cae también sobre la música.» Aumentó el desvío del público la interpretación realista de la Galli-Marié. «Vedla ahí—decía el crítico antes citado—balanceando sus caderas, como una potra de las yeguadas de Córdoba... ¡Qué verdad, pero qué escándalo!»

Carmen triunfó después, pero ¿como triunfó? Almibarando el tipo escénico, emparejándose con Rosina, unciéndose en el mismo yugo con *Linda* y con *Dinorah;* convirtiéndose, á lo más, de diabólica, en chiquilla traviesa y casquivana. Así han hecho *Carmen* casi todas las artistas que he visto, todas menos la Calvé, que miraba el tipo desde el punto de vista francés, Elena Fons y María Gay.

María Gay es una artista que procede de *lied*, y con esto solo basta ya para comprender que su interpretación toma como punto de partida el texto literario, y que su esfuerzo se consagra por entero á intensificarlo y vivirlo, subordinando á él todo lo demás: la belleza vocal, el movimiento y la acción escénica. Su temperamento ve en el primer acto una *Carmen* pintoresca, alocada, bravía, ordinaria; en el segundo, un tipo más diabólico aún; en los actos tercero y cuarto, donde el alma de la protagonista se universaliza en el sentimiento de las pasiones odio, despecho, amor indómito, el aspecto pintoresco pierde gran parte de su fuerza para fundirse y disolverse en la intensidad pasional. La manera de hacer los dos actos primeros provocaron vivas discusiones. Para mí, ha sido la suya una *Carmen* magistral. Viéndola, perdía casi siempre la noción de la música, absorto en el sentimiento complejo, resultado de la fusión de todos los elementos que constituyen el arte escénico musical.

Sería inocente disertar aquí á propósito del estreno de *El Ocaso de los dioses*, sobre Wagner y su obra, sobre esa cúpula

colosal que recoge y funde con majestad soberana todo el aliento musical y poético de *El anillo del Nibelungo*. *El Ocaso* fué el origen de la *Trilogia*, cuando Wagner, después de terminado *Lohengrin*, fluctuaba entre el drama histórico y el drama legendario; *El Ocaso* (entonces titulado *La muerte de Sigfrido*) fué el que desveló á Wagner el verdadero sentido y la verdadera dirección de su drama musical, el que lo estimuló á formular su programa estético, la estrella que súbitamente apareció en su horizonte, guiándole en el camino que había de seguir. Pero esa *Muerte de Sigfrido* ó ese *Ocaso de los dioses* parecía predestinado á ejercer en la vida de Wagner una influencia decisiva. Concebido á punto para trazar un programa estético, unos mandamientos artísticos, la suerte fué dilatando su realización, hasta alejarla más de un cuarto de siglo de su concepción primera. Primero consideró indispensable hacerle un prólogo—*La juventud de Sigfrido;*—después amplió ese prólogo á las tres jornadas *El Oro del Rhin*, *La Walkyria* y *Sigfrido;* después, en plena realización de su obra, casi cuando mediaba, separó de ella su atención, para hacer el *Tristán* y *Los Maestros cantores;* y así, aquel ideal lejano que decidió su dirección artística, sólo fué alcanzado en plena madurez de su talento, cuando la pluma obedecía con más docilidad, cuando su alma y su genio habían llegado, por el trabajo de creación, á la cumbre más alta.

El público de Madrid acogió *El Ocaso*, como acoge una bocanada de oxígeno el que anda cerca de la asfixia, con cariño, con amor, con entusiasmo. Cantado por artistas alemanes, no ciertamente de los mejores, pero convencidos de la obra, de los caracteres, de su misión escénica; dirigida por Rabl en su marco, en su ambiente, sin dislocaciones ni mixtificaciones, obtuvo un éxito enorme, sin que la excesiva duración del primer acto, ni la extrañeza de las voces alemanas irritaran los nervios del público.

El arte español entró, por fin, en el Teatro Real, con los estrenos de *Hesperia* y de *Margarita la Tornera*.

Hesperia se estrenó casi por sorpresa en la noche del 2 de Febrero. El libro de J. Oliva Bridgmann es una variante más del eterno libreto de ópera á la antigua: el consabido amor entre el tenor y la tiple; el consabido tercero que se interpone; coros guerreros, coros religiosos y desenlace trágico. Un libro así era muy difícil que despertara interés, y ni aun llevando la escena á los bosques de Tarragona, y la acción á la época de la dominación romana, algunos siglos antes de J. C., podía salirse del tipo tan sobado del libreto universal.

La obra no gustó, ó gustó poco. Su único acto se desenvuelve en una cierta monotonía sonora, quizá efecto de la ejecución, presentada sin la preparación suficiente, á pesar del empeño que artistas y orquesta pusieron para salir airosos. Bien hecha, de un técnico, de un músico familiarizado con el procedimiento y las obras wagnerianas, es obra de un compositor culto á la moderna. Las voces declaman bien sobre el polifónico tejido de la orquesta sin buscar efectos ni aplausos, sin contacto alguno con el modelo italiano; la orquesta es siempre interesante, y á cada nueva audición descúbrense nuevas bellezas. Tiene, como toda obra humana, puntos culminantes y otros de un desaliento visible. Entre los primeros merecen citarse la canción de Hesperia (soprano), al comenzar la obra; el coro religioso escrito en el modo frigio de los griegos (la escala de *re* sin accidentales), armonizado con singular acierto; un largo trozo del dúo final y algunos otros.

Más importante y de mayor resonancia fué el estreno de *Margarita la Tornera* (24 de Febrero), leyenda lírica en tres actos, divididos en cuatro cuadros, libro de D. Carlos Fernández Shaw, música de D. Ruperto Chapí.

Chapí había escrito esta obra en una fiebre de trabajo el año 1905, por puro amor, sin pensar siquiera en la posibilidad de su estreno. Era el que marchaba á la cabeza de los compositores españoles, el que en la zarzuela grande y en el género chico había avanzado más en inspiración, en técnica, hasta

formar un estilo propio, estilo que imitaban todos, que todos trataban de asimilarse, seguros de que su orientación marcaba el verdadero norte de la zarzuela española.

Desde los comienzos de su carrera no había vuelto á abordar la escena de la ópera. Ahora venía á ella completamente formado, resuelto á conquistar un triunfo, triunfo que si fué ruidoso por parte de la crítica en general, no lo fué tanto en el entusiasmo del público.

En otro lugar dediqué un largo estudio á *Margarita la Tornera* y á las causas que, á mi juicio, han hurtado á esta obra parte del éxito que debió tener. Síntesis de aquel trabajo son las observaciones siguientes:

El nervio de la leyenda utilizada en *Margarita* puede concentrarse en estas palabras: una monja devota de la Virgen, cuya imagen cuida en el convento con singular amor, huye de él en compañía de un seductor. En el mundo vive durante muchos años, y cuando, arrepentida de sus culpas, agostada, vuelve á su convento, sabe con estupor que jamás faltó de allí: la Virgen, por amor á ella, ocupó su puesto, desempeñó sus menesteres y edificó á las monjas con su santidad. La prófuga, arrepentida, vuelve á ocupar su puesto, y consagra toda su vida al amor de su Virgen.

Esta leyenda nació en el siglo XIII, quizá antes, y encarnó en formas distintas en las literaturas española y francesa. Las Cantigas de Don Alfonso el Sabio la presentan en más de una versión; el *Quijote* de Avellaneda la transforma en una novela de aventuras, detallando la vida de los amantes, la abyección á que la monja llega, ampliando siempre los episodios de la narración; el cuento de Nodier la espiritualiza en un ambiente de delicada poesía; la versión de Zorrilla multiplica los episodios, dando quizá más importancia á la figura del seductor que á la de la monja, en el carácter de sensacional aventura, con fuertes sacudidas, con descripciones pintorescas y felicísimas, en versos fluidos y sonoros, en ese tipo romántico que tan magistralmente manejaba con su vibrante y ardoroso estilo.

Dos versiones escénicas, muy interesantes ambas, hay que poner al lado de las anteriores: *La Buena Guarda,* de Lope de Vega, que agrega á la leyenda un elemento simbólico, que parece espiritualizarla aún más, aun á través de los episodios y escenas extrañas al nervio del asunto; y la *Sœur Beatrice*, de Mæterlinck, donde se procede, por simplificación, y de un cuento extenso se eligen tres escenas, tres momentos, para encarnar allí toda la mística poesía, todo el sobrenatural perfume de la tradición, despojándola de cuanto no contribuya á intensificar y realzar su jugo poético, del mismo modo que Wagner había extraído de los poemas éddicos y de los Nibelungos la esencia simbólica y heroica para su trilogia famosa, y de las leyendas del ciclo artúrico la esencia mística del *Parsifal*.

Aun concediendo que el arte sólo procede por modas, la moda actual en la ópera, drama lírico, ó como quiera llamársele, es la opuesta á la que privaba medio siglo hace. Entonces, la estética del libro destinado á la escena lírica, exigía variedad de situaciones, amplitud y magnitud de elementos (coros, bailes, etc.), violentos choques que dieran variedad á la representación, gran aparato, escena grande. Hoy, la moda del drama lírico busca la esencia emotiva del asunto; desprecia y descarta cuanto no contribuye á realzarla; prescinde de lo accesorio, y, como si mirara á la doctrina de Schopenhauer, va á sumergirse en el fondo de la emoción para revelarnos su esencia más íntima y profunda. Un libro para una ópera de hoy no puede construirse como se construía en la moda anterior.

De aquí arranca, para mí, el defecto fundamental de *Margarita la Tornera*. El libro parece hecho para una ópera á lo Meyerbeer ó á lo Halevy, no para un drama lírico de hoy. Casi todo él empequeñece la figura de la protagonista; es un libro de aventuras, no un libro de emoción. El verdadero libro para una ópera de hoy está hecho por Mæterlinck.

De aquí que la música de Chapí no pueda ir á buscar la emoción de la leyenda sino en dos momentos: en el final de los actos primero y tercero; que todo lo pintoresco, lo dramático,

lo sensual, distraiga, aparte y aleje de la emoción única que con arreglo al patrón artístico actual anhela nuestra alma, y que, en suma, *Margarita la Tornera* derive hacia el mosaicc, hacia ese mosaico que, independientemente del valor artístico, ha hecho archivar un repertorio antes aclamado.

Fuera de este defecto fundamental, la composición de Chapí, tomada en partes, agrupando en cada una de ellas lo homogéneo, me encanta y me admira. Las escenas, los momentos típicos de la tradición medioeval, están tratados con intensa poesía, con elevación que llega al alma; el elemento pintoresco, donde Chapí había elevado más su nombre en su producción ordinaria, quedará como tipos de habilidad, de ingenio, de espíritu fino, de dominio de los recursos y color de la orquesta; la labor total acusa una técnica depurada, verdaderamente maestra; todo, en fin, proclama al artista que, al trabajar sobre base más sólida, sobre un libro más de hoy, hubiera acertado, creando la obra española por la que suspiramos los amantes del arte.

*
* *

El Conservatorio perseveró en su plausible acuerdo de dedicar uno de los ejercicios escolares á hacer oir los trabajos de los alumnos de las clases de composición. Las obras oídas fueron este año: una *Suite* montañesa, de D. Abelardo Bretón, en la que la primera parte del *minuetto* es deliciosa, sobre todo por el desenfado con que está tratado el ritmo; el primer tiempo de una sinfonía del Sr. Calés, revelador de un temperamento brioso y poético, y una *Serenata española,* de la señorita María Rodrigo, bien hecha. Como característica común, debe apuntarse la hermosa instrumentación de todas las obras, la excelente disposición de la orquesta, la habilidad y soltura con que la manejan los jóvenes discípulos de los Sres. Serrano y Grajal. El tipo al que todos miraban algo de lejos, sin intentar la imitación, más bien parece ser Wagner que ningún otro; savia española circula por casi todas las composiciones, y esto es tan-

to más meritorio, cuanto que, hasta hace poco tiempo, era raro dejar de ver en las obras de los alumnos reminiscencias veristas y francesas, en el tipo de Gounod y Massenet.

Los concursos á premios ofrecieron el deplorable espectáculo que todos los años presenciamos: un interminable desfile de señoritas, rara vez un hombre, y un número de primeros premios casi igual al de concurrentes. Todo esto halaga mucho la vanidad de los alumnos, la de los profesores, y hasta quizá lo traduzca algún espíritu cándido, por el excepcional valer de las enseñanzas y la no menos excepcional aptitud de nuestra raza como raza artística; pero el hecho es, que el 90 por 100 de esos primeros premios valen tan poco, que casi va á ser preciso, para distinguirse de ese montón, ostentar el título de «no premiado en el Conservatorio de Madrid». El premio más auténtico, más verdad, en el piano, lo mereció, y por supuesto lo obtuvo, un niño, Tomasito Gutiérrez de Terán, que, al presentarse como opositor al premio Estela, hizo que todos sus adversarios se retiraran. Excelentes, también, fueron los ejercicios de las señoritas Nieves Rodríguez, Araceli Ancochea y Blanca Villanueva, en la enseñanza de piano, y de Carmen y Luisa Pastells y Elisa Calvo, en el arpa.

Del Ateneo de Madrid, lo más importante fué la adjudicación del premio Charro-Hidalgo, á D. Conrado del Campo, por sus *Caprichos* para cuarteto sobre aires populares asturianos. Entre las conferencias dedicadas á la musica, las más principales fueron dos del Sr. Borrell, sobre *El anillo del Nibelungo* y *El ocaso de los dioses,* conferencia de divulgación, preparación primorosa para el estreno del final de la trilogia; dos del crítico francés M. Collet, sobre los paisajes de Wagner; una del escritor argentino Dr. Drake, sobre estética musical; la de D. Miguel Salvador, sobre Bach, y la velada necrológica, celebrada en honor de Chapí, el día que cumplía el novenario de su muerte, en la que tomaron parte los Sres. Arín, Bretón, J. Serrano, Sinesio Delgado, Manrique de Lara, D. Amós Salvador y el que estas líneas escribe.

El año ha producido tres periódicos musicales: la *Revista Musical,* editada en Bilbao, periódico serio, doctrinal y de información, que cuenta entre sus colaboradores las primeras firmas españolas; *Música Sacro-Hispana*, bilbaína también, órgano de los Congresos españoles de Música Sagrada, también con excelente colaboración y gran altura de miras, y un periódico semanal madrileño, *Bellas Artes*, redactado por los compositores jóvenes, más modesto que los anteriores, pero inspirado también en miras elevadas.

Aparte de ellos, merecen citarse, en primera línea, dos interesantes libros de Mitjana, titulados: *Cancionero de Uppsala* y *El Maestro Rodríguez de Ledesma*, principalmente el primero, donde inserta la letra de las composiciones contenidas en un curioso volumen español del siglo XVI, descubierto por él en la biblioteca de Uppsala; un tratado de D. José Salvador Martí, *Técnica moderna del piano;* las *Memorias de Sarasate,* por D. Julio Altadill, muy documentado; la *Antología moderna orgánica española,* coleccionada por el R. P. Nemesio Otaño, de la Compañía de Jesús, obra del más alto interés; la publicación de *Margarita la Tornera* (canto y piano), muy bien editada, etc.

Esta breve sección de noticias no debe cerrarse sin agregar algunas más: el concurso celebrado en el Círculo de Bellas Artes, entre alumnos de piano del Conservatorio, en el que salió vencedor el joven Pepito Cubiles; el debut en el teatro Real, con excelente éxito, de una alumna del Conservatorio, Luisa Buissen, cantando la Dalila del *Sansón*; el incendio del teatro de la Zarzuela, al que estaba vinculada la historia moderna de nuestra producción lírica, y la creación de la Banda Municipal de Madrid, acogida con extraordinario entusiasmo por la Prensa y el público.

*
* *

La nota más triste del año la arroja la necrología. El año pasado, Sarasate y Chueca; en 1909, Chapí, Albéniz y Olmeda,

cinco personalidades que, cada una en su estilo, eran lo más saliente del arte español.

La figura de Chapí era indiscutible. Los no afectos á su arte podrían discutir su valer; nadie discutió jamás su importancia. Chapí comenzó su carrera artística por lo más humilde: de cornetín en un teatro de zarzuela; luego fué subiendo, subiendo, hasta ocupar el primer lugar en la música española contemporánea. Llevó su sangre y su savia, su educación robusta, su buen gusto, su gracejo español á la zarzuela entonces entronizada en el más absoluto italianismo, y sin afán por hacer una revolución, mejorándose incesantemente, acabó por formarse un estilo propio, poético, gracioso, travieso, y por imponer su estilo, sus formas y su concepto de la zarzuela como programa práctico que sigue toda la nueva generación.

En España no da dinero más que el género teatral que el público favorece, y Chapí, sin medios personales de fortuna, sin otro apoyo para sostener su vida material que los frutos de su talento, se consagró por entero á él. En otras condiciones hubiera sido un sinfonista, un compositor de un género elevado, un cultivador del oratorio; la vida lo empujó á la zarzuela, y la zarzuela fué el campo que recogió las flores de su ingenio. Entre un poema épico y un epigrama, entre un libro de literatura trascendental y una novela humorística y risueña, media gran distancia; pero no todas las epopeyas ni todas las tragedias, por el hecho de serlo, son superiores en valor á la novela entretenida ó al cuento ameno. España, ni en poetas épicos ni en poetas trágicos puede competir con el caudal que arrojan otras literaturas; pero en el género gracioso, fino, humorístico, no siempre superficial, se envanece con el nombre de Cervantes y con toda una literatura picaresca de grandísimo valor. En música ocurre lo mismo. Aparte de aquellos compositores del siglo XVI, grandes, sólidos poetas, todo lo que después ha producido de más personal, es en ese género de música que va de la mano con la literatura picaresca: la tonadilla en el siglo XVIII, la zarzuela en el XIX, y en ese género, tan difícil

como otro cualquiera para conquistar en él una personalidad artística, en ese género Chapí brilló, y Chapí produjo creaciones tales, que dudo yo que puedan ser superadas. No era la suya la creación libre, como la de Chueca; no era la espontánea facilidad de un temperamento; era todo: el sentimiento, la espontaneidad, la técnica admirable que no se saca al escaparate para exhibirla, sino que se muestra allí donde hace falta, el acierto, las novedades, los descubrimientos.

Chapí era mucho más. El aspecto artístico era un aspecto, sólo un aspecto de su figura tan personal. Culto, cultísimo, gran corazón, luchador infatigable, voluntad de acero para conseguir cuanto se proponía, á todo llevó su actividad, y en cuanto tocó, dejó la huella de su espíritu selecto. Para detallar aquí cuánto hizo, sería preciso un artículo especial.

Albéniz, como Chapí, murió muy joven. En la primera parte de su vida fué un pianista, después un pianista-compositor, luego un compositor. Como Chapí, fué formándose entre las peleas de la vida y el batallar por la existencia. Franco, cariñoso, amable, aún lo recuerdo cuando en Madrid vivía, muchos años hace, y comenzaba á interesarse por la música de cámara. Aquellas innolvidables sesiones en el estudio de Plasencia, con Albéniz, Arbós y Rubio, no se borrarán nunca de mi recuerdo. Como compositor, no pasaba Albéniz de ser un aficionado cuyas obras encontraban eco entusiasta en el alma nacional.

Después, hace ocho años volví á verle, cuando en el Teatro Lírico se hacía la tentativa de ópera española, capitaneada por Chapí. Un día, hablamos de sus trabajos; conocí su *Pepita Jiménez*, obra que ya marca un progreso grande con respecto á su arte anterior, y en un salón de pianos, los dos solos, hablamos largo y tendido de sus proyectos, de una trilogia *Merlín-Lanzarote-Genoveva*, que traía entre manos, y de la cual sólo había hecho, no recuerdo si enteramente, *Merlín*. Con la partitura manuscrita pasamos encantadores ratos. Algunos trozos, un prólogo ó un intermedio, un dúo, algo más, los vimos des-

pacio, sobre la partitura primero, tocando él después, y mi admiración subió de punto al ver allí un compositor muy lejano de *Pepita Jiménez*, sin contacto alguno con el Albéniz de la *Gavota* y la *Serenata*.

Después de morir, llegó á mis manos *Iberia*, la *Suite* de piano que va reseñada en otro lugar. Era de otro Albéniz nuevo, sólido, completamente formado, de un Albéniz que no parecía el mismo de *Merlín*. En *Merlín*, si mi recuerdo es fiel, veíase un compositor wagneriano, grandioso, con tendencias á volar alto; en *Iberia*, la preferencia por Wagner trócase en debussismo, en procedimiento francés de la novísima escuela. Pero tanto en una como en otra, y más que en ellas, en *Pepita Jiménez*, su alma española se conservaba intacta; el espíritu era el suyo, el ropaje variaba con las modas.

De Olmeda puedo decir muy poco. Su nombre ha sonado mucho, debido principalmente á los elogios y á la admiración que por su obra siente un jóven crítico francés, M. Henri Collet. Sin conocerla apenas, bástame que sea un nombre español, y que de su bondad salga garante un conocedor artístico, para que acepte cuanto de él se dice, y admita á Olmeda, sin vacilar, en la categoría de pérdidas dolorosas para el arte patrio.

Algo, sin embargo, puedo decir de él por cuenta propia. La Sección de Música del Ateneo, siendo yo su presidente, invitó á los compositores españoles para que ejecutaran allí sus obras, dentro de la modestia de medios que el Ateneo podía ofrecer. Uno de los que vinieron fué Olmeda, y en el concierto vocal é instrumental que dió con obras suyas, recuerdo que sus ideas, sencillas é ingenuas como las de Haydn, vestíanse con un estilo que miraba á César Frank. De sus obras me llamó la atención especialmente una Sonata para piano, donde, como *scherzo*, introducía un zortzico admirablemente tratado, en adaptación típica del canto popular al molde clásico. Poco después, desde Burgos, donde vivía desempeñando el cargo de organista de la Catedral, me envió el zortzico y algunas otras

cosas que acusaban un contrapuntista muy bien formado. Eso y sus libros *Viaje á Santiago*, *La orquesta religiosa*, *Folk-lore de Burgos*, *Pío X y el canto romano*, *Kiriale vaticano*, la revista que fundó ya en Madrid con el título de *Voz de la Música*, y en la que trabajó con infatigable perseverancia; la hermosa colección de libros que comenzaba á formar, es todo lo que conozco de él.

*
* *

La música en las provincias españolas merece hoy una mención especial. Las Sociedades Filarmónicas de Bilbao, León, Gijón, Oviedo, Santander, Salamanca y Zaragoza, formando núcleos cada vez más compactos, ejerciendo su culta misión sin propósito de lucro, con absoluto desprendimiento, agrupando á los aficionados, y haciendo desfilar ante ellos lo más afamado que por Europa se exhibe, lo más depurado que en España va formándose, no sólo llevan un aliento de cultura y de progreso á sus ciudades respectivas, sino que hacen crecer en ellas el número y el grado de la afición, demostrando así lo que puede hacerse sin subvenciones oficiales, sin apoyos de fuera, cuando el trabajo lo inspira el amor y el desinterés.

Bilbao ha oído á los Cuartetos Rosé, Checo y Vela; á la Sociedad coral; la Conferencia-concierto sobre el canto gregoriano del P. Luciano Serrano, la Nueva Sociedad de Instrumentos de viento, de París; al niño Tomasito Gutiérrez Terán (de quien hablé al ocuparme en los premios del Conservatorio); al violinista Bachman y al Sr. Guervós, y á la Orquesta Sinfónica de Madrid, presenciando, además, el estreno de dos óperas vascas, *Anboto*, de Zapirano, y *Mailena*, de Colín y Decrept. En Oviedo y Gijón han tenido los mismos Cuartetos Rosé, Checo y Vela, el trío Cortot-Thibaud-Casals y el de las hermanas Chaigneau; los Sres. Bauer y Fernández Bordas (piano y violín); Risler, la Orquesta Sinfónica y la Banda Municipal de Madrid. En Zaragoza, Bauer-Bordas, los Cuartetos Checo,

Francés y Vela; la Nueva Sociedad de Instrumentos de viento, de París; la Orquesta Sinfónica, y otros varios artistas españoles, Gloria Keller, Angeles Sirvent, Sres. Ballo, Laclaustra, López Debesa, etc. Y así Santander, Valladolid, Salamanca, San Sebastián, donde, entre otras obras, se han ejecutado la Sonata para piano y violoncello, de Dohnanyi, y un adagio para órgano, del P. Otaño.

Entre las fiestas musicales que ha celebrado Valencia, con motivo de la Exposición, fiestas que la brevedad del espacio me impide reseñar y aun enumerar, merecen ser especialmente citadas las sinfónicas, dirigidas por el maestro Lasalle, el director catalán que actualmente figura al frente de la *Tonkunstler-Orchester*, de Munich; en las que, entre otras obras, se estrenaron los *Cuadros levantinos* del crítico y compositor D. Eduardo López Chavarri.

Los acontecimientos musicales de Barcelona, de los que puedo hablar, merced á las notas que galantemente me suministra mi querido amigo D. Francisco Suárez Bravo, pueden agruparse en dos secciones: ópera y conciertos.

La temporada del Liceo ofreció, como novedades únicas, el estreno del *Asalto al molino*, del compositor francés M. Alfred Bruneau, y unas cuidadas representaciones de *Lohengrin* con decorado y vestuario nuevos. Asistí á algunas del *Asalto al molino*, y parecióme obra poco afortunada. El autor no se decide francamente, ni por el declamado, ni por lo melódico. De instrumentación opaca, sorda, sin relieve en las ideas, abruma con la pesadez de su monotonía, sólo iluminada por algún fragmento que recuerda á Massenet, y por un *lied* alemán, del que el autor ha sacado poco partido. Otra temporada de ópera se celebró en la plaza de toros, á imitación de los espectáculos estivales del Mediodía de Francia. El escenario se instaló en la meseta del toril, avanzando hasta ocupar parte del redondel, y la embocadura hallábase adornada en estilo greco-romano, dominando en la pintura el color blanco. Por el mal tiempo, por acontecimientos de otra índole, la temporada no

llegó á finalizar, cantándose sólo *La Walkyria, Tosca, Aida, Carmen* y otras pocas más del repertorio.

El capítulo de conciertos fué más amplio. La «Asociación Musical de Barcelona» dió ocho sesiones, dirigidas sucesivamente por Franz Beidler, Gustave Fauré, Pablo Casals y Lamote de Grignon. Entre las obras ejecutadas figuraron la *Novena Sinfonía* de Beethoven, en la que tomaron parte los coros del Orfeó Catalá (450 ejecutantes); el *Requiem* de Fauré; el Concierto para dos violonchelos y orquesta, de Moor, ejecutado por el Sr. Casals y su esposa; el *Prólogo á la Divina Commedia*, del Sr. del Campo; la *Catalonia*, de Albéniz, y una melodía de Lamote, *Prec de Madona Elisenda*.

Si grande fué el triunfo de la Orquesta Sinfónica de Madrid en su *tournée* por las provincias españolas, antes reseñadas, mayores proporciones revistió aún en Barcelona. Toda la prensa, unánime, la proclamó «al nivel de las más famosas orquestas del mundo, sin exceptuar la Filarmónica de Berlín, tal como fué á Barcelona dirigida por Nickisch»; el público llenó por completo el salón, tributándola ovaciones delirantes.

Durante la Cuaresma celebráronse, en el Palau de la Música Catalana, tres conciertos por el Orfeó Catalá, con el concurso del organista de Francfort, Heyse, obteniendo un éxito extraordinario el *Himno*, á diez y seis voces, de Richard Strauss, admirablemente cantado por el Orfeó.

*
* *

Aquí termina el resumen del año musical, en cuanto comprenden las notas que tengo á la vista. Aunque sólo es el tercer año que este resumen aparece en La España Moderna, basta este corto espacio de tiempo para sentir la palpitación de vida que el arte musical va teniendo entre nosotros, para apreciar cómo se extiende y cómo camina haciendo su marcha, implantando su influencia con mayor extensión y con mayor intensidad. ¡Quiera Dios que así siga!

Cecilio de Roda

LOS PROGRESOS ECONÓMICOS DE ESPAÑA

Difícil y penosa tarea es la intentada por mí en este trabajo. Pretendo hacer un cuadro, lo más acabado y expresivo que me sea posible, de la economía pública de nuestro país y, en aquello que los materiales estadísticos lo consientan, ofrecer la comparación de datos, por donde fácilmente se puedan apreciar los progresos realizados en estos últimos años, que nadie puede negar existen. Datos y noticias de nuestra Población, Agricultura, Ganadería, Minería, Industria y Comercio, los encontrará el lector en multitud de publicaciones oficiales dispersos. Trabajos de conjunto, ya sistematizadas las materias y seleccionados los datos, no se publican, y en esto precisamente cifra mi empeño en el presente. Las deficiencias de muchos de nuestros servicios económicos y administrativos son otras tantas dificultades que me salen al paso al realizar mi empresa, que no estoy seguro de vencer, por grandes que sean los esfuerzos de mi voluntad en ello, y así me veo obligado á pedir, ante todo, su indulgencia al amable lector. Y sin más prólogo, por no disponer de mucho espacio, entremos en materia.

I.—LA POBLACION

Pasa hoy como un postulado de la ciencia económica contemporánea, que la fuente y origen de toda riqueza está en el trabajo, en una proporción mucho mayor que en los llamados

por los economistas agentes naturales ó, propiamente, naturaleza. El hombre es, en efecto, el centro hacia el cual convergen todas las cuestiones que se agitan en el mundo económico; es el hombre el que produce la riqueza y el hombre quien la consume; él es el comienzo y el fin de toda evolución económica. De aquí, que los pueblos que van hoy á la cabeza de la civilización tengan por base de su política económica el desenvolvimiento de la población, seguros de encontrar en ella el primero y más indispensable factor de su riqueza. La densidad de la población, es el signo que mejor da á conocer el grado de desenvolvimiento que alcanza un pueblo.

Los censos de la población que se hicieron en España en la primera mitad del siglo pasado, más que censos generales, fueron censos para servicios especiales, ya para averiguar el número de electores que había en el país, como el del año 1846, ya para conocer el número de contribuyentes; eran, pues, censos políticos y fiscales. La primera estadística seria y de carácter general que se hace de la población de España fué la del año 1857, y, sobre todo, las posteriores á la creación del Registro civil y de la Dirección general del Instituto Geográfico y Estadístico.

Tomando por punto de partida el censo del 57, resulta que desde esa fecha hasta 1900, último formado y publicado, el desenvolvimiento de la población de nuestro país ha sido el siguiente:

Censos de la población en los años de	Número de habitantes.	Tanto por 100 de aumento.	
		En el período.	Cada año.
1857	15.464.340	»	»
1860	15.673.481	1,35	0,39
1877	16.634.345	6,13	0,36
1887	17.565.632	5,60	0,56
1897	18.132.475	3,23	0,32
1900	18.618.086	2,68	0,89

La estadística de la población es una operación costosísima y de difícil realización en todos los Estados modernos. El período generalmente adoptado para su formación es el nuestro: cada decenio. Las deficiencias que en todas partes tiene este servicio, hace que sus cifras se tomen con una gran reserva, sobre todo cuando ellas van á servir de base á otros cálculos, como el de la natalidad, matrimonios, defunciones, etcétera. A esas deficiencias, que pudiéramos llamar de carácter general, tenemos que añadir una especial de nuestro país, que es la siguiente. Gran parte de nuestro sistema tributario descansa en el censo; según es la base de la población, así es la carga que pesa sobre los contribuyentes y los pueblos. A los Municipios se les señalan los cupos que han de pagar á la Hacienda en relación á su población; los industriales y comerciantes pagan una cuota, mayor ó menor, según el número de habitantes del lugar donde ejerzan sus profesiones. Contribuyentes y pueblos están unidos en el mismo interés de ocultar población; así, unos y otros hacen más llevadera la carga de los tributos. Esto se viene haciendo de tiempo inmemorial, y en esa tradición continuaremos hasta tanto que el censo deje de ser instrumento fiscal, que es el carácter que hoy tiene. Cuando esto suceda, sabremos cuál es la verdadera población de España, muy distante por cierto, según otra clase de cálculos, de la cifra que la estadística oficial ofrece.

La clasificación de los diez y ocho millones y pico de habitantes, según las profesiones que ejercen, daría lugar á una prolija enumeración que no viene al caso. Sólo vamos á consignar el número de individuos consagrados á la Agricultura, Ganadería, Minería, Industria y Comercio; es decir, aquellas profesiones más íntimamente relacionadas con la finalidad de este trabajo. He aquí su resultado, según el Instituto Geográfico:

Número de habitantes empleados en	Varones.	Hembras.	Total.
La Agricultura y Ganadería.	3.841.730	775.320	4.617.000
La Industria.....	749.063	172.435	921.435
La Minería.....	96.542	2.138	98.680
El Comercio.....	113.357	22.615	135.972
Total.....	4.800.692	972.508	5.673.087

Respecto á la densidad de población, la media de España son 38 habitantes por kilómetro cuadrado. Dos provincias, Barcelona y Pontevedra, exceden de 100; Guipúzcoa y Vizcaya llegan á 88; 72, 74 y 75, respectivamente, Alicante, Madrid y Coruña. Y no nos detenemos más en este punto, por la sencilla razón de que el Censo que estamos comentando es ya antiguo. Se rectificará este año, para lo cual ya se han dictado las disposiciones oportunas para comenzar los trabajos.

No conocemos nuestra población interior; ¿cómo, pues, pretender conocer la que vive esparcida por el mundo y la que anualmente sale? Respetuoso á la verdad oficial, voy á consignarla antes de todo comentario.

La estadística de emigración é inmigración se publica por el Instituto Geográfico: es un servicio algo retrasado. La última es la referente al año 1901-902.

El número de españoles residentes en el extranjero y de extranjeros residentes en España, es según el Instituto, el siguiente, con expresión de las partes del mundo (menos Oceanía) en que se encuentran repartidos y de donde proceden:

Partes del mundo.	Número de españoles residentes en el extranjero en	Número de extranjeros residentes en España de
Europa	274.120	51.547
Africa	5.523	745
Asia	258	45
América	359.860	3.043
Sin clasificar	»	3
TOTAL	639.761	55.383

Los cálculos de la emigración é inmigración se suelen hacer sobre un período de tiempo relativamente largo; más que la cifra anual de emigrantes, conviene saber el promedio de varios años. De este modo queda atenuado el error que provenga de las circunstancias anormales, pasajeras, porque pueda atravesar un país que dé, como consecuencia, un número mayor de emigrantes en un año dado. El período generalmente adoptado es el quinquenio, y el comprendido en los años 1898 á 1902, que consignamos á continuación:

MOVIMIENTO DE LA EMIGRACIÓN É INMIGRACION

Años.	Entrada.	Salida.	ESCESO EN LA	
			Entrada.	Salida.
1898	137.238	59.543	77.695	»
1899	116.584	53.862	62.722	»
1900	57.584	63.020	»	5.436
1901	53.063	56.906	»	3.843
1902	58.223	51.593	6.630	»
	422.692	284.924	147.047	9.279
Promedio	84.538	56.984	29.409	1.855

La cifra que ofrece el Instituto de los españoles residentes en el extranjero, es solamente la de aquellos que figuran inscritos en los respectivos consulados. Respecto á la emigración, se han formado todas esas cifras del número de pasaportes expedidos cada año por las autoridades civiles. Es decir, el Instituto da el número de españoles que han emigrado cumpliendo todas las formalidades de la ley. Muy recientemente se ha organizado entre nosotros el servicio de emigración; todavía no ha publicado ninguna información ni estadística; hay que esperar á ver cómo este nuevo Instituto cumple sus fines, y la cifra que nos ofrece.

El contingente mayor de nuestra emigración va á la Argentina. Según la estadística de este país, el número total de inmigrantes en 1907 fué de 208.000; de ellos, 90.000 italianos, 82.000 españoles, y el resto corresponde, en cifras mucho más pequeñas, á rusos, turcos, franceses, etc. En 1908 hemos dado á la Argentina un contingente mayor. Según datos oficiales, llegaron en ese año 125.997 españoles; de ellos regresaron 23.701, quedando en dicha gran República un excedente de 102.296 españoles.

Los españoles residentes en Argelia, según el censo últimamente publicado (1908), son 196.784. En toda la costa de Marruecos, según un trabajo de información llevado á cabo por el jefe del partido colonial alemán, y publicado en la *Revue Economique International* del año 1904, existen más de 13.000. La colonia española en Méjico, según M. Fallex y A. Mairey (Amérique 1909), alcanza á 16.258; la de Chile, á 8.000, y la del Brasil, á 100.000. En Cuba han entrado en el año 1908, según la Memoria de nuestro Consul, 24.556, y el 1907, 47.902

II.—LA AGRICULTURA

Constituye la agricultura la principal fuente de nuestra riqueza nacional. En los años de 1872 al 77, se dedicó el Instituto Geográfico á levantar planos topográficos por masas de

cultivos, con el fin de conocer la extensión é importancia de éstos. No llegó á realizar esos trabajos más que en algunas provincias (Madrid, Toledo, Ciudad Real); así es que, la parte del territorio nacional destinado á la agricultura, nos es realmente desconocida hasta en 1899, en que se organiza el servicio agronómico en España.

Para los efectos de la agricultura, se considera dividido el territorio en trece regiones, con trece Granjas agrícolas oficiales y otros tantos Laboratorios, campos de experiencias, etc. Pero toda provincia ó población de importancia que desee tener esos organismos, basta con que lo solicite del Gobierno y ponga á su disposición un local para su instalación, ó el terreno adecuado para realizar las experiencias. El Estado se encarga de dotarlos del personal y material necesarios, así como de sostener su funcionamiento permanente con los fondos generales. Hoy rara es la provincia que no cuenta con una Granja-modelo con su Laboratorio y campo de experimentación; hasta los pueblos más insignificantes lo tienen.

El carácter más saliente de nuestra producción agrícola es la variedad. Dos causas contribuyen á ello: una, la diversa constitución geológica del territorio y su diversa orografía; y otra, la diversidad de climas. A esto obedece también la diversa fertilidad de nuestro suelo.

Anualmente, la Junta Consultiva Agronómica, con los datos que remiten los ingenieros de cada provincia, forma la estadística de la producción agrícola. Esta se publica en cuadernos separados: unos para los cereales, otro para los vinos y aceite, otros para las frutas y plantas industriales, etc.

La exposición y razonamiento de las cifras de las estadísticas requiere un orden. Éste no puede ser otro que el siguiente. Primero voy á consignar los datos referentes á la distribución en grandes grupos que hace de todo el territorio la Junta Consultiva; así podrá apreciar el lector, como primer dato, la proporción en que se encuentra la zona actual de cultivos con la total superficie de nuestro suelo. Después nos ocupare-

mos de la distribución de ésta, con lo cual se apreciará la importancia de cada cultivo; y, por último, transcribiremos las cifras referentes á la producción de ésta.

He aquí el primero:

RESUMEN GENERAL DE LA SUPERFICIE DE ESPAÑA
(CON BALEARES Y CANARIAS), CLASIFICADA EN GRANDES GRUPOS

Total superficie. — *Hectáreas.*	Dehesas y montes. — *Hectáreas.*	Tierras sometidas á cultivo.		Superficie improductiva. — *Hectáreas.*
		Secano. — *Hectáreas.*	Regadío. — *Hectáreas.*	
50.451.688	24.055.547	19.376.848	2.325.848	4.693.261

De los diversos cuadernos que forman la Estadística de nuestra producción agraria referente á los años 1900 y 1908 (primero y último publicados), están tomadas las cifras siguientes, expresivas de la extensión que ocupa cada cultivo y de la total de éstos en cada uno de dichos años. Como se verá, en un espacio de tiempo relativamente corto (nueve años) hemos ampliado la zona de cultivos en más de tres millones de hectáreas.

DISTRIBUCIÓN DE LA ZONA DE CULTIVOS

Naturaleza de los cultivos.	SUPERFICIE EN HECTÁREAS QUE OCUPA EN	
	1900.	1908.
Cereales	14.190.000	16.295.056
Vid	1.360.000	1.444.174
Olivo	1.160.800	1.333.383
Los demás cultivos	1.980.000	2.630.267
TOTAL	18.690.000	21.702.280

El más importante de nuestros cultivos agrarios son los *cereales*. A ellos dedicamos muy cerca del 75 por 100 de la superficie cultivada, si bien hay que tener en cuenta que en esa zona van incluídos los barbechos y los cultivos de leguminosas, que se alternan con los cereales.

Los diez y seis millones de hectáreas en números redondos, en que se computa la superficie destinada á los cereales, pueden estimarse repartidos en tres grandes zonas. La septentrional, toda la región pirenaica, comprende diez y ocho provincias; tienen en junto dedicadas á este cultivo tres millones de hectáreas. La zona central comprende veinte provincias (de Castilla la Vieja, León, Cáceres, Castilla la Nueva y Levante) con siete millones cuatrocientas mil hectáreas. Y la zona meridional, formada por las ocho provincias andaluzas, y la extremeña de Badajoz, con cinco millones doscientas mil hectáreas.

De todos los cereales, el *trigo* es el de mayor importancia. Su producción media en el último decenio alcanza á treinta millones de quintales métricos. Tanto se ha desarrollado este cultivo, especialmente en la parte meridional, que hoy no es sólo Castilla el granero de España, pues casi le iguala la producción de las provincias del Mediodía. Ambas zonas realizan los dos tercios de nuestra total producción triguera.

Durante mucho tiempo, con buenas, regulares y malas cosechas, teníamos un déficit anual en la producción, que nos obligaba á demandar grandes cantidades de trigo y harina del extranjero. Hoy, aun siendo mayor el consumo del país, no sólo por el aumento de población, sino por ser mayor el número de habitantes que comen pan de trigo, la cosecha es casi suficiente, como lo demuestran las cifras de las importaciones en el último trienio, que son las siguientes:

AÑOS	IMPORTACIONES	
	Trigo. — *Pesetas.*	Harina de trigo. — *Pesetas.*
1906.....	115.634.969	4.602.106
1907.....	24.522.339	19.155
1908.....	16.586.906	4.721

Los cereales que siguen al trigo, en orden de importación, son: *la cebada,* con una producción media anual de 14.113.222 quintales métricos y un valor de 280,7 millones de pesetas; *el centeno*, con 5.573.444 y 111,9 respectivamente; *el maíz*, con 6.261.959 y 125,5; *el arroz*, cuya producción media se estima en 1.854.409 quintales métricos, que valen 60.961.558 pesetas. Entre las leguminosas, sólo merecen citarse: *el garbanzo*; su producción media se eleva á 724.547 quintales métricos, valorados en 34,9 millones de pesetas; *las habas*, *judías y algarrobas*.

Después del trigo, la *vid* constituye principalísimo elemento de nuestra riqueza. Casi todo el suelo español es apto para el cultivo de la vid; pero las principales regiones vitícolas son Cataluña, Aragón, las dos Castillas, Valencia y Andalucía. La producción media anual es de 19.320.961 hectolitros, valorados en 348,4 millones de pesetas.

Antigua y copiosa fuente de nuestra producción agrícola son los *olivares*. En la producción mundial del aceite ocupamos el primer puesto. Se calcula la producción media anual en 2.108.128 quintales métricos, cuyo valor es de 186.902.442 pesetas. Nuestras principales regiones olivareras son: Andalucía (provincias de Jaén, Córdoba y Sevilla), Valencia y Cataluña.

A éstos siguen otros cultivos que de año en año adquieren en nuestro país un mayor desenvolvimiento. Clasificados por

grupos, son: los de *raíces* y *tubérculos* (patatas, remolacha forrajera, hortalizas), cuya producción media anual se eleva á 533,9 millones de pesetas. Los de *frutales* (naranjas, limones, algarroba, granadas, almendras, higos, etc.), que dan un rendimiento medio de 175,7 millones. Los de *plantas industriales* (caña de azúcar, remolacha azucarera, azafrán, lino, cáñamo), que producen 631 millones. Y por último, cierra el cuadro de nuestra producción agraria el rendimiento de los *pastos* y *forrajes*, que producen anualmente 776,8 millones de pesetas.

(1) *Ensayo estadístico de la producción agrícola anual de España y su valor.*

	Total producción. — *Quintales métricos.*	Total valor. — *Pesetas.*
A).—Cereales.		
Trigo	29.520.046	787.019.968
Cebada	14.113.222	280.708.775
Centeno	5.573.444	111.943.543
Maíz	6.261.959	125.790.205
Arroz	1.854.409	60.961.558
Avena y demás cereales	3.696.873	56.859.148
B).—Leguminosas.		
Garbanzos	724.547	34.967.324
Habas	1.449.536	33.797.631
Judías y guisantes	1.261.997	41.447.828
Algarrobas y demás leguminosas	1.244.222	24.236.750
C).—Raíces y tubérculos.		
Remolacha	3.233.106	9.602.324
Nabos	10.267.254	21.766.587
Patatas	22.992.082	119.341.350
D).—Vid	(2) 19.321.161	348.409.346
E).—Olivo	2.108.128	186.902.442
F).—Hortalizas.—Frutales.—Plantas industriales	171.169.782	694.339.467
G).—Pajas y rastrojos	»	285.783.939
H).—Hierbas	»	144.171.131
I).—Productos forrajes	»	194.686.885
TOTAL		3.642.735.192

(1) Formado por la Comisión extraparlamentaria para la transformación del impuesto de consumos, con datos del Instituto Geográfico.
(2) Hectolitros.

A).—*El regadío.*

Desde que la frase «política hidráulica» fué generalmente aceptada como símbolo de nuestra regeneración agrícola, se ha remontado la fantasía popular más allá de lo que sin duda conviene para realizar en la posible medida esos anhelos. La conversión del secano en regadío tiene límites infranqueables en la cuantía del agua disponible, en la orografía del suelo, en la inteligencia y aptitud de los que han de utilizarla, y en otra porción de circunstancias de índoles económicas y sociales, que es necesario concertar en precisas y bien estudiadas medidas para obtener un éxito favorable, y que el mejoramiento que se busca no se torne en quebrantos y ruinas. Pensar en que todo el porvenir agrario de nuestro país está en extender la zona de regadío, es pensar en una ilusión peligrosa. En 1904 invitó nuestro Gobierno á una Comisión de ingenieros ingleses—los que habían realizado las obras hidráulicas del Nilo—á venir á España á estudiar sobre el terreno nuestro problema hidráulico. Y tanto de los trabajos realizados por esta Comisión, como de los estudios de nuestros ingenieros, resulta que el aprovechamiento de todas las aguas que hoy se pierden nos permitirían ampliar en millón y medio de hectáreas la zona regable, que es próximamente la que tenemos en la actualidad.

No es esto quitarle importancia al problema hidráulico, que sin duda la tiene y grande; y poco á poco, en la medida que las fuerzas económicas del país lo consienten, el plan de riegos se va ejecutando. Ya se han empezado las obras de canalización del Guadalquivir, río el más caudaloso de nuestro territorio, que transformará en terrenos de regadío, el día que se hayan realizado, una zona superior á 500.000 hectáreas, comprendidas en el territorio de tres provincias. Los trabajos reanudados en algunos «Pantanos», que por estar paralizadas

las obras los hacían inservibles, han puesto en estado de regadío una extensión de más de 100.000 hectáreas, en cinco ó seis años.

Los canales de riego más importantes en nuestro país son: los de *Aragón* y *Cataluña,* con una dotación de agua de 35.000 litros por segundo y una zona regable de 104.000 hectáreas; *Urgel,* con 33.000 y 62.000; *Real acequia del Júcar,* con 26.000 y 13.000; *Imperial de Aragón,* con 25.000 y 27.000; *Guadalquivir* (en construcción) aprovecha hoy 15.000 litros por segundo y riega 23.370 hectáreas. A éstos siguen otros de menor importancia, y en los que se están realizando obras actualmente para ampliar la zona regable. Con un caudal de agua de 4.000 á 9.000 litros por segundo, existen ocho *(Henares, Esla, Príncipe Asturias, Genil, Castilla, Duero, La Infanta* y *Guadalentín);* nueve de 1.000 á 2.000 *(Guadiaro, Acequia Jarama, Real Sitio, Jaca, Genora, Manresa, Tauste, La Oliva* y *Güéjar Sierra),* y otros de menos importancia.

Los «Pantanos» en proyecto que han de regar una zona de 110.000 hectáreas son nueve: el de *Portillo de Priego,* con un embalse de 114.000.000 de metros cúbicos de agua; el de *Guadalcacín,* con 76; el de *Santola,* con 33; el de *Cueva de Torada,* con 28; el de la *Peña,* con 19; el de *Santa María de Belzue,* con 12, y los de *Azuébar, Cazuar* y *Buezo,* de menos consideración.

Realizado todo el programa hidráulico, todavía nos quedaría una gran masa de tierras de secano, en donde, como dice muy bien el Sr. Rodrigáñez, en su Memoria premiada en el concurso abierto por S. M. el Rey el año 1904, radica todo nuestro porvenir agrícola.

A la vez que vamos ampliando la zona regable de nuestro suelo, vamos mejorando también los cultivos de secano, aumentando su rendimiento por hectárea, gracias al empleo de la maquinaria y de los abonos, cada vez más generalizados. Fábricas de construcción de maquinaria agrícola las tenemos en Vizcaya y Barcelona, y de abonos en muchas provincias. Y

á pesar de la fuerte protección arancelaria que ambas industrias tienen, véase, como el dato más concluyente de cuanto decimos, el de las importaciones de ambas cosas. Al lado de las cifras referentes á las importaciones de maquinaria agrícola y de abonos en los años 1906, 1907 y 1908, consignamos las relativas á los de 1896, 97 y 98, para así apreciar mejor las diferencias.

	IMPORTACIONES	
	Maquinaria. — *Pesetas.*	Abonos minerales. — *Pesetas.*
1896	205.784	2.425.533
1897	334.676	4.356.201
1898	167.263	4.792.635
1906	2.425.431	8.943.395 (1)
1907	2.703.983	25.133.598
1908	3.778.963	25.323.604

B).—*Riqueza forestal.*

Nuestra riqueza forestal, muy disminuída durante el siglo XIX, ocupa actualmente una superficie de unos *quince* millones de hectáreas, de los que más de *diez* corresponden al Estado. Su producción media se calcula en *sesenta y cinco* millones de pesetas. Se halla distribuída á lo largo del Pirineo y de toda la cordillera Cántabro-Astúrica y Galaica, sombreadas de *robles, hayas y castaños.* Las altas mesetas centrales sólo ofrecen vastas regiones de montes, generalmente pinares, en las provincias de Soria y Cuenca, Extremadura, Andalucía y Cataluña llenan extensas superficies de *encinas y alcornoques*, dando origen á la industria *corcho-taponera.*

(1) Aquí no están incluídos los *superfosfatos de cal,* que importamos por valor de 9,5 millones de pesetas.

III.—LA GANADERÍA

Desde el punto de vista económico en que aquí discurrimos, cabe definir la ganadería de este modo: «el conjunto de animales que forman parte de la explotación agrícola». Su importancia no es necesario encarecerla. La ganadería ofrece los productos más diversos (carne, leche, lanas, abonos, pieles, etc.), que son primeras materias de multitud de industrias.

Desgraciadamente, hay que reconocerlo y confesarlo: nuestra ganadería se halla en un estado de decadencia lamentable. Creamos la mejor raza de ganado lanar, el famoso *ganado merino* que hicieron de nuestro país el mercado universal de lanas finas. Poco á poco lo fuimos exportando, sin preocuparnos de la cría, hasta no quedar aquí ni rastro. Tuvo gran renombre también la especie de nuestro ganado vacuno, que hoy la forman, en su gran parte, las ganaderías de *reses bravas*. Ya Jovellanos señaló este peligro de las *reses bravas* para toda la ganadería española, pues el alto precio que alcanza ha hecho que únicamente de su selección y cría se preocupen nuestros ganaderos, en detrimento de las demás especies.

He aquí los datos estadísticos csmparados de la ganadería en España:

ESTADÍSTICA GENERAL COMPARATIVA DE LA GANADERÍA EN ESPAÑA

Clase de ganado.	CENSO DE 1891		CENSO DE 1905	
	Número de cabezas.	Valor. — *Pesetas.*	Número de cabezas.	Valor. — *Pesetas.*
Caballar.....	397.172	188.656.700	498.157	236.624.575
Mular.....	767.928	460.756.800	767.570	460.542.000
Asnal.....	753.914	113.087.100	663.054	99.458.100
Vacuno.....	2.217.659	997.946.550	2.075.142	993.813.900
Lanar y cabrío.	15.893.692	353.634.647	15.411.176	342.898.666
Cerda.....	1.927.864	221.704.360	1.743.863	200.544.245
TOTALES...	21.958.229	2.335.786.157	21.158.962	2.273.881.486

A).—*Avicultura.*

Es éste un ramo de nuestra riqueza agrícola, cuya importancia nos ha sido completamente desconocida hasta muy recientemente. Con motivo de los estudios que ha tenido necesidad de hacer la Comisión extraparlamentaria, para la transformación del impuesto de consumos, se ha formado, á título de *Ensayo*, solamente, la primera Estadística de las aves en España. Los principales criaderos se encuentran en Castilla, Galicia y Andalucía.

Los rendimentos de las *avejas* y *gusanos de seda* los desconocemos. Esta última industria tiene gran importancia, aunque no la de otras veces, en Valencia, Murcia y parte de Cataluña.

He aquí los datos más interesantes de la estadística de las aves en España:

ENSAYO ESTADÍSTICO DE LAS AVES EN ESPAÑA

CLASES	Número.	Valor. — *Pesetas.*
Gallinas	42.101.037	105.252.592
Pavos	441.540	2.538.855
Patos	272.580	890.320
Palomas	6.468.800	5.175.040
TOTAL	.....	113.856.807

IV.—LA MINERÍA

Después de la Agricultura, la Minería constituye el ramo más importante de nuestra riqueza pública. Más de 515 millones de pesetas llegó á producir el año de 1.907 (última esta-

dísta publicada): millares de obreros viven de ella, y á ella acuden cuantiosos capitales, contribuyendo con sus productos al desenvolvimiento del comercio nacional.

Pocas naciones pueden presentar un contingente tan rico y variado de sustancias que son objeto de la explotación minera, como España. Y dentro de la Península, pocas provincias ó regiones dejan de presentar criaderos de más ó menos importancia. En el *Norte* abundan los minerales de *hierro* (Vizcaya, Santander, Oviedo); la *hulla* (Asturias, León y Palencia); las minas de *zinc* (Santander, Guipúzcoa y Vizcaya); mineral de *cobalto* y de *manganeso*, en Oviedo, y de sulfato de *sosa* y *sal gemma*, *hulla* y otros, en Burgos. En el *centro* de la Península existen los *azogues* de Almadén (Ciudad Real), las *hullas* de Espiel y Bélmez (Córdoba), las *fosforitas* de Cáceres, los *plomos* de Badajoz y Ciudad Real, los *kaolines* de Madrid y Toledo, las *glauberitas* de Aranjuez (Madrid), á orillas del lago, y las *salinas* y criaderos de *plata* de Guadalajara. En el *Mediodía* se distinguen: por sus *plomos*, las provincias de Murcia, Jaén y Almería; por sus *hierros*, Murcia, Almería y Málaga; por sus *cobres* y *hierros*, Huelva y Sevilla; por sus *manganesos*, Huelva y Almería; y por sus *azufres*, Murcia y también Almería. En la región de *Levante* se señalan los *lignitos* de Teruel, Barcelona, Alicante y Castellón; las *salinas* de Barcelona, Tarragona y Alicante; las *hullas* de Gerona y Lérida, y otros criaderos menos notables.

Al amparo de la minería se desarrolla con notable incremento la industria metalúrgica en tan importantes fábricas como las de *hierro*, de Asturias, Bilbao, Barcelona, Valencia y Málaga; las de *plomo*, de Linares (Jaén), Ciudad Real, Córdoba, Murcia y Rentería (Guipúzcoa); las de *cobre*, de Huelva, San Juan de Alcaraz, en Riopar (Albacete), y las de Cartagena (Murcia); las de *zinc*, en Arnao (Asturias), y otras varias de menos consideración.

A principios del pasado siglo estaba limitado en nuestro país la minería á las minas de Almadén, Ríotinto, Linares,

Falset y Marbella, y á las minas de hierro de Vizcaya; las plomizas de las Alpujarras y alguna que otra de cobre. Su producción total no llegaba á 30 millones de reales.

De entonces acá, la minería se ha desenvuelto de un modo portentoso, como lo demuestran las cifras siguientes, que corresponden al último año de cada decenio y todo el último quinquenio:

ESTADÍSTICA COMPARATIVA DE LA PRODUCCIÓN MINERA EN ESPAÑA

AÑOS	Valor de la producción. — *Pesetas.*
1860	89.060.058
1870	140.225.499
1880	152.469.858
1890	267.485.834
1900	343.338.653
1903	377.394.732
1904	399.299.160
1905	437.984.527
1906	498.459.851
1907	515.751.838
Promedio en el quinquenio...	405.738.020

Circunscribiéndonos ahora á los últimos datos publicados (1907), resulta que el número de minas en explotación en este año ha sido de 2.148, ocupando una superficie de 261.383 hectáreas. He aquí las sustancias principales extraídas, base de nuestra riqueza minera, en toneladas y su valor en pesetas:

SUBSTANCIAS	PRODUCCIÓN EN	
	Toneladas.	Pesetas.
Cobre	3.182.645	67.110.996
Hierro	9.896.178	50.262.190
Hulla	3.531.337	44.341.403
Plomo argentífero	165.289	35.206.081
Plomo	113.632	23.214.259

V.—LA INDUSTRIA

Tiene la palabra Industria acepciones muy diversas; aquí la empleamos en su estricto sentido económico, ó sea para averiguar el conjunto de empresas de todas clases, cuyo objeto inmediato es la transformación de la primera materia.

El servicio de estadísticas de esta clase corre á cargo del Ministerio de Fomento (Dirección de Agricultura, Industria y Comercio); pero la reciente organización del mismo, y sin duda la escasez de personal, hacen que estos trabajos se vayan realizando con una gran lentitud. Hasta ahora sólo se han publicado dos trabajos, uno referente á las industrias en Vizcaya y otro á las de Santander. Una Estadística de «Industria y Comercio» publica anualmente el Ministerio de Hacienda; pero como estadística fiscal, sus datos darían ocasión á muchos errores.

Vamos á ir exponiendo, por el orden de su importancia, las industrias principales de nuestro país.

Los trabajos ya citados y la Estadística anual de la producción minera y metalúrgica, ofrecen datos más que suficientes para conocer el estado de nuestra industria siderúrgica, que es la primera que vamos á estudiar.

La industria *siderúrgica* es aquella que trabaja el hierro y lo transforma en acero; constituye la *siderurgia* el ramo principal de la *metalurgia* ó elaboración de los metales en general. Sus dos grandes focos están en Vizcaya y Asturias, que son también los grandes focos de producción del hierro y de la hulla. Hoy suministran nuestras fábricas á las compañías de ferrocarriles todo el material de hierro y acero que antes importábamos; también suministran las industrias *siderúrgicas* nacionales todo el material necesario para las construcciones navales, cuyas industrias parecen ahora renacer. Aún nos queda anualmente un excedente de cerca de 30 millones de pesetas de hierro manufacturado que exportamos.

El dato que mejor puede dar á conocer el estado de esta industria, es el número de fábricas en actividad; de máquinas, hidráulicas, de vapor y eléctricas, que trabajan, y el número de caballos de fuerza empleados como fuerza motriz. Datos todos éstos que los consignamos á continuación, comparados con los del año 1884, en que se celebró en Madrid la Exposición de productos minero-metalúrgicos.

Es el siguiente:

	1884	1908	De + ó — en 1908.
A). Fábricas en actividad:			
Número de fábricas.	151	167	+ 16
B). Máquinas en ídem:			
Hidráulicas.....	59	80	+ 21
De vapor.....	302	396	+ 94
Eléctricas.....	»	97	+ 97
Caballos de fuerza.	*11.260*	*50.134*	+ *38.874*
C). Valor de la producción:			
Pesetas.....	*79.624.503*	*268.510.097*	+ *188.885.594*

Sigue á ésta, en importancia, la industria algodonera. El

primer centro fabril en España es Barcelona, pero hay también numerosas fábricas en otras muchas poblaciones de Cataluña, y alguna que otra en el resto de la Península, como Málaga. La industria algodonera catalana ha llegado á un alto grado de perfección; hoy compite con la de los países más adelantados, como lo demuestran las cifras de exportación, á aquellos países donde no gozan de ningún favor arancelario. No producimos la primera materia de esta industria, pues los cultivos algodoneros que existen en España son insignificantes. Nuestras grandes fábricas se surten de los Estados Unidos. A muy cerca de 150 millones de pesetas alcanza la cifra del algodón importado en el año 1908.

Cuba nos suministraba antes del 98 el azúcar necesario para nuestro consumo. Después de esa fecha es cuando renace entre nosotros la industria azucarera, que ha sido tal su desenvolvimiento, que él es la causa de la crisis por que atraviesa actualmente, crisis determinada por una desproporción grande entre la capacidad productora y la consumidora del país. Una gran superproducción, que, por duro que sea, será necesario resolver limitando la primera, es decir, clausurando fábricas.

He aquí las últimas cifras publicadas:

AÑOS	Producción. — *Kilogramos.*	Consumo. — *Kilogramos.*
1905	70.828.796	56.631.044
1906	75.996.62 9	60.232.345
1907	80.262.507	58.126.111

La industria vinícola tiene su natural asiento en las regiones vitícolas, y constituye una de nuestras principales industrias agrícolas. *Jerez*, que produce sus vinos de renombradas marcas; *Málaga*, que elabora vinos generosos de su nombre y

similares á los de Oporto y Madera; *Sanlúcar de Barrameda*, que produce el oloroso *manzanilla; Valdepeñas, Cariñena, Alicante, la Rioja* y *el Priorato,* con sus afamados vinos de mesa.

A esta bebida siguen en importancia los *aguardientes* de *Ojén, Chinchón, Cazalla* y la *licorería.*

Tienen gran importancia en nuestro país, y cada vez la van adquiriendo mayor, las industrias de *fabricación de armas blancas*, de Toledo, y de *fuego*, de Eíbar y Plasencia. La de *fundición de cañones*, de Trubia, y la de *maquinaria,* de Vizcaya y Cataluña, donde se construyen *máquinas agrícolas, eléctricas* y *de vapor, instrumentos de cirugía* y *música.*

Las industrias de *cerámica* y *cristalería* vuelven á renacer, aunque no con el esplendor que la de *vidrio* y *cristal* tuvo otras veces. Sin embargo, hoy son productos de nuestras industrias de exportación, así como los *mosaicos* y *azulejos.*

La industria *lanera* tiene sus principales centros en Tarrasa y Manresa y otros puntos de Cataluña, y en Alcoy, Béjar y Palencia. La *sedería*, tan extendida y floreciente en otros tiempos, hállase hoy limitada á las fábricas de Murcia, Valencia y Barcelona.

La industria *corcho-taponera* tiene sus centros principales en Cataluña, Extremadura y Andalucía. La de *maderas,* cuyo ramo principal es la fabricación de muebles, Vitoria y Cádiz.

La industria de *curtidos* tiene su centro principal: en *calzado*, Baleares; en *guantes*, Valladolid, y en *petacas*, Ubrique.

La *papelera,* en Játiba, Valencia, Alcoy, Béjar, Tolosa y Madrid.

Y por último, las industrias de *salazón* de pescado y conservas, en Galicia, Asturias, Huelva y Cádiz; las de *quesos, manteca* y *mantequilla* de Soria, Galicia, Asturias y Castilla, y la de *pastas* y *confitería* de Cádiz, Toledo, Alicante y Jijona, son las industrias más salientes en nuestro país.

V.—COMERCIO

La revisión arancelaria que hicimos el año 1906, acentuando el sentido proteccionista de las tarifas anteriores, ha encontrado, como era lógico, la represalia en aquellos países á quienes principalmente afectaba. Poco después de promulgado nuestro arancel, Alemania cerraba sus mercados á nuestros vinos, y esta es la causa de la crisis actual por que atraviesa este ramo de nuestra riqueza agraria. Considerándose también perjudicada Francia, eleva en su nuevo arancel los derechos de entrada á nuestras frutas y legumbres, en que consisten nuestras principales exportaciones á la vecina República. A este quebranto que ha experimentado nuestro comercio exterior, obedece la reciente creación de una Comisión, denominada de «Relaciones exteriores», cuyo fin no es otro que preparar la celebración de tratados de comercio.

A continuación damos un breve resumen, que da una idea clara de nuestro comercio exterior, de los artículos principales de nuestra exportación é importación, señalando á la vez aquellos países con quienes tenemos relaciones comerciales más importantes. (Las cifras expresan millones de pesetas.)

AÑO	Importación.	Exportación.	TOTAL
1908	966,5	911,2	1.877,7

Algodón.	Minerales y metales.
Carbones minerales.	Vinos.
Abonos ídem.	Frutas y legumbres.
Bacalao.	Corcho obrado.
Café.	Tejidos algodón.
Cueros sin curtir.	Aceites.

Nuestros grandes clientes.			Nuestros principales suministradores.		
1.º	Gran Bretaña.....	296	1.º	Gran Bretaña.....	180
2.º	Francia.....	197	2.º	Francia.....	158
3.º	Cuba.....	63	3.º	Estados Unidos.....	136
4.º	Alemania.....	59	4.º	Alemania.....	98
5.º	Holanda.....	53	5.º	India inglesa.....	62
6.º	Italia.....	49	6.º	Portugal.....	48

No se me ocultan la multitud de cuestiones que quedan fuera de este trabajo, como son la caza y pesca, lo medios de comunicación terrestres y marítimos, el estado de nuestra Hacienda, etc.; pero yo sólo prometí trazar el cuadro de nuestra economía, y no hacer el relleno, que será objeto de otro estudio.

Todas las cifras que consigno están tomadas de las estadísticas oficiales; yo sólo he hecho adaptarlas á la técnica de un artículo de Revista. Y creo que, con lo dicho, cualquiera podrá apreciar el estado actual de nuestra riqueza, y reconocer que, aunque no con toda la rapidez que deseáramos, progresamos.

FRANCISCO ESPINOSA G. Y PÉREZ

LA INMENSA HISPANIA

EL PELIGRO YANQUI

¿Los Estados Unidos se apoderarán de la América española?—La fórmula del imperialismo yanqui.—El dólar americano.—El hombre norteamericano.—La hostilidad de la prensa norteamericana.—La vaselina y el *champagne* panamericanos.—La Corte de Justicia Centroamericana.

¿Les Etats-Unis mangeront-ils l'Amérique espagnole?—He aquí la pregunta que Maurice de Waleffe se hizo en París, y vino á contestar á la América Central, escribiéndola como lema de un libro al que irónicamente tituló *Les Paradis de l'Amérique Centrale.*

Dos párrafos resumen el libro, ambos escritos en París, uno antes de la salida y otro al regreso. El primero dice:

«Los Estados Unidos harán la conquista de la América istmica, desde el itsmo de Tehuantepec hasta el golfo de Darién. Panamá ya es suyo. Costa Rica tardará en serlo unos *cinco* años. A cinco años por república, es cuestión de un cuarto de siglo el que la bandera estrellada tenga cinco astros más en su constelación.» Para justificar este párrafo, vino Waleffe á América en busca de argumentos. Y á su regreso escribió este otro:

«¡Seis meses de peregrinaciones molestas, embarcar en sie-

te vapores, aprender el español, vivir entre negros, mosquitos y fondistas, estropearme el estómago por veinte cocinas bárbaras, é interrogar á doscientos ó trescientos hombres, para llegar á la conclusión de que América no vale lo que Europa, ni siquiera bajo el aspecto pintoresco! Ni los exuberantes bosques de Costa Rica, ni las avenidas de orquídeas de Jamaica, ni las nevadas cimas del Popocatepelt valen siquiera lo que un simple valle de las riberas del Loira. La naturaleza tropical es brutal como una negra desnuda; la nuestra, más púdica, nos ha enseñado el encanto de los velos y las gasas.»

Todo el libro es hiperbólico; pero, como las buenas hipérboles, tiene un fondo de verdad.

Los Estados Unidos han entrado en una política imperialista como la de Alemania ó Inglaterra. Quizás *mangeront* parte de la América española, pero quizás se les indigeste. El libro de Waleffe ha dolido; quizás sirva para llamar la atención de la distraída Europa hacia este continente. El mensaje al Congreso del Presidente Monroe, del 2 de Diciembre de 1823, es ciertamente un veto á Europa que ha resguardado á estas naciones del bandidaje internacional europeo; pero es también una garantía que algún día han de alegar ante Europa las repúblicas víctimas del bandidaje del ogro de América.

La doctrina de Monroe es realmente un pacto acatado y no firmado. Europa se dió por advertida y se ha resignado; algún día le tocará advertir, y venir en auxilio moral ó material de estos pueblos, y á los Estados Unidos les tocará resignarse á su vez y atenerse á los términos del pacto tácito. La independencia de la América española sufrirá algún eclipse parcial como el de Puerto Rico y Cuba; pero algún día serán todas las repúblicas latinas unidas las que proclamarán un ideal nuevo internacional. El doctor Zambrana, en Costa Rica; Pérez Triana, en Colombia; el doctor Drago, en la Argentina, han entrevisto una inmensa Hispania por la que corre igual sangre, y capaz de proclamar ante el mundo el Evangelio de la independencia de todas y cada una de las naciones de Amé-

rica, desligadas de lazos de dominación de Europa y de Estados Unidos, y unidas por las tradiciones de raza y el verbo de su lengua, á una España nueva, tan progresista como sus hijas, que está soterrada por las medianías que han sabido alumbrar los hombres de Gobierno, pero que algún día ha de surgir, cambiando los rumbos de una política fundada en ideales de dominio sobre la tierra y sobre las conciencias de los hombres. Ese día serán los Estados Unidos los que sin firma alguna acaten la doctrina y se resignen. De que no está lejano, es garantía lo ocurrido en la conferencia de la Haya, en que, al lado del marqués de Villa-Urrutia, representante de España, se agruparon todas las representaciones de la América latina: todas aceptaron la doctrina de Drago, que establece que las deudas internacionales no pueden cobrarse por la fuerza y, todas unidas, rechazaron la proposición de Mr. Choate, representante de los Estados Unidos, que daba menor representación á las naciones pequeñas de América que á las grandes en un tribunal á que aquél quería sujetar las discordias internacionales. Los Estados Unidos, dice Pérez Triana, «incurrieron en un grave error de perspectiva internacional, acostumbrados á considerar á Wáshington como á la capital de toda América en que se forjan los destinos de todas las naciones del continente sobre el yunque de Monroe con el martillo rooseveltiano, manejado por su acólito mayor Mr. Root.»

*
* *

Los ciudadanos de los Estados Unidos no se llaman asimismos *norteamericanos,* sino simplemente *americanos.* Las legaciones de los Estados Unidos se anuncian por un escudo con esta leyenda: *American Legation,* y, lo que es más raro, en Centro América, para indicar la nacionalidad de un yanqui, se dice: «es americano». Los yanquis han empezado por apropiarse el nombre del Continente, y los demás americanos han consentido en la usurpación. Con esa aclaración se entenderá toda la

doctrina de Monroe, tal como hoy se quiere practicar: «América para los americanos», significa ya «América para los Estados Unidos». Y con esta significación se han concretado en otra frase las etapas de la política de invasión:

«Primero, el dólar americano; tras del dólar, el hombre americano; detrás de los dos, el Gobierno americano.»

No es fácil decir cuál es el límite de la ambición norteamericana; su política internacional, astuta y vigilante, procura no dar un mal paso; y si bien es harto clara su intromisión en todas las latitudes de América, por ahora se concentran sus energías en Méjico, las Antillas, Guatemala, Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá.

No es aventurado predecir que los Estados Unidos, construído el canal, pretenderán ser de ambos lados árbitros é interventores, y que soñarán ya sus estadistas con Venezuela, Colombia y Ecuador, y quién sabe si con las Guayanas, mediante una política tan pérfida como la que siguieron respecto á España en Cuba.

La prensa chilena acoge alborozada un artículo editorial del *Financial Thimes,* de Londres, en el que se declara que bajo la línea ecuatorial no deben vivir más que tres repúblicas: Chile, Brasil y la Argentina. El Perú sería absorbido por Chile; Bolivia, Paraguay y Uruguay, por la Argentina.

Antes de que estos arreglos pasen de fantasías, todas las repúblicas latinoamericanas habrán depuesto sus rivalidades, se negarán sistemáticamente á toda connivencia con el enemigo común, y Puerto Rico, Panamá y Cuba reconquistarán la plenitud de su soberanía, porque es fácil augurar que la política panamericana terminará por un estallido, en el que los cañones restablecerán la verdadera doctrina de Monroe: «América para los ciudadanos de cada región del continente colombino», que así hay que decir desde que los yanquis han acaparado para sí el nombre de «americanos.»

*
* *

El oro americano es arrollador é irresistible. Enajenó de manos francesas la concesión del canal de Panamá, y favoreció la independencia de esta provincia antigua de Colombia, realmente sometida á un protectorado. La fiebre amarilla, que sembró de cadáveres toda la zona del canal, ha sido vencida por el oro: se han desecado las marismas; se abrió cauce á toda agua estancada, donde el mosquito, agente de la inoculación de la fiebre amarilla, pudiera reproducirse, y se ha saneado la capital. El personal directivo goza sueldos enormes que le permiten vivir en casas envueltas en fino cedazo metálico, no beber sino aguas minerales y alimentarse exclusivamente de productos norteamericanos. El coronel Goethaels, ingeniero jefe, tiene 38.000 dólares de sueldo al año, y 15.000 sus cuatro segundos ingenieros militares. Las obras cuestan al tesoro de los Estados Unidos cuarenta millones de dólares al año, y faltan por lo menos diez para la apertura del canal. El oro americano paga 25.000 negros á 6 pesetas diarias, 4.000 españoles é italianos á 8 pesetas y 1.000 norteamericanos á razón de 25 á 100 pesetas diarias.

El oro americano explota las minas de Méjico y los ferrocarriles. Desde Tuxtla hasta Chihuahua, desde Tampico á Hermosillo, el capital norteamericano ha tomado en los diez últimos años la mayoría de los negocios mineros, ferroviarios y agrícolas.

El oro americano compra las plantaciones de tabaco de las Antillas. En Guatemala, Honduras y Nicaragua es dueño de multitud de empresas. Solamente el Salvador, por su falta de comunicación con el Atlántico y por su exceso de población, se ve algo libre del ataque.

El oro de la *United Fruit Company* ha convertido la antes desierta región atlántica de Costa Rica en hermosas plantaciones de bananos, que tres líneas especiales de vapores transportan rápidamente á Nueva Orleans, á Boston y á Inglaterra. La misma Compañía tiene siembras de bananos en Guatemala, en Honduras, en Panamá, en Colombia, en Cuba y en Jamaica, y

cifra su negocio en el monopolio de esta fruta, que vende sin competencia, repartiendo dividendos hasta del 20 por 100.

Poderosas sociedades anónimas de los Estados Unidos se aprestan á explotar minas, á exportar las riquísimas maderas de los trópicos, y aspiran á conquistar para sí, de este modo pacífico, toda la América tropical.

He aquí el argumento de Waleffe:

«Los bosques malsanos del Atlántico han sido adquiridos por los yanquis, quienes, importando negros de Jamaica, les han convertido en lucrativas haciendas de bananos y ganadería. Ahora van á comenzar el ataque de las altas mesetas donde se cultiva el café. Todo es cuestión de que paguen lo que se les pida, y cuando el norteamericano sea dueño de las tres cuartas partes de la meseta y de las costas, querrá organizar las finanzas y la policía. Cuando uno se encuentra en su casa, quiere ser dueño de ella. «Así desaparecerá la América Central.»

Aparentemente, los yanquis reintegraron á Cuba su soberanía el 28 de Enero de 1909 al tomar posesión de la presidencia el general D. José Miguel Gómez. Cuando el presidente y los flamantes ministros embarcaron á Mr. Magoon y leyeron las felicitaciones de Roosevelt, de Wright, ministro de la Guerra, y de Taft, presidente electo, vieron que, aunque se perdía en el horizonte la silueta de los soldados, el oro americano, primer jalón de la política imperialista, no abandonaba ni abandonará su presa; el tabaco es suyo y las fábricas también. No hay que pensar que el oro americano reciba la repulsa que le dió D. Manuel López al proponerle el *trust* yanqui la venta de su negocio.

—Los Estados Unidos no tienen oro bastante para comprar la fábrica de Manuel López.

No hay medio práctico de oponerse al oro invasor. Si la fórmula imperialista no dijera que tras el dólar está el Gobierno de los Estados Unidos, habría que festejar la inmigración del oro, que beneficia tanto las regiones en que cae. Abrir

paso al oro y cerrarlo al Gobierno que lo impulsa, es política díficil, un jugar con fuego permanente y peligroso.

Pero el tigre ha enseñado sus garras demasiado.

El oro es mejor arma que el fusil, piensan los estadistas norteamericanos. Pero dicen: el oro es menor de edad, y necesita tutela. Al contrario de lo que sostenía Mr. Campbell Bannerman, ex-presidente del Gobierno inglés, con palabras que merecen ser meditadas en España para decidir si el capital que va á Africa es menor de edad como el capital norteamericano, ó mayor de edad como el capital inglés: «Me atrevo á decir que no podría haber nada más pernicioso que el solo hecho de que pareciéramos aceptar la doctrina, si merece llamarse doctrina, de que cuando nuestros compatriotas invierten sus capitales en empresas arriesgadas en países extranjeros, y los compromisos no se cumplen, es deber público rescatar esos capitales por la fuerza. Todo el que invierte dinero en un país como Venezuela, sabe muy bien lo que se hace. Me parece que no sería muy exacto decir que los grandes riesgos significan siempre grandes dividendos; mejor podría afirmarse que los grandes dividendos implican grandes riesgos. Ahora bien; si todo el poder del Imperio británico fuera á ponerse detrás del capitalista, el riesgo desaparecería para éste, y tendría que compartir con el Estado el dividendo.

La política imperialista de los Estados Unidos garantiza el juego de los dividendos y los riesgos, no ya sólo excitando á la adquisición de propiedades de particulares, sino ofreciendo dinero á estos gobiernos, cuya hacienda y política financieras no son, ciertamente, serias garantías. El *New York Herald* de 23 de Agosto último explicaba claramente esta política en los párrafos que extracto:

«De una manera apacible el ministerio de Estado se ha hecho dueño de la tan deseada llave para la paz centroamericana.

El ministro, Mr. Knok, ha comprendido que el principal acreedor de Honduras podrá ejercer la mayor influencia res-

pecto al Gobierno de este país, y ha logrado que un sindicato americano preste á Honduras diez millones de dólares, que se han de reintegrar con sus intereses por mediación del departamento de Estado.

»Guatemala ha entrado en negociaciones con la casa J. P. Morgan y C.ª para el reembolso de un préstamo. Los derechos de los Estados Unidos para la protección de estas especulaciones son los mismos en Guatemala que en Honduras.

A Costa Rica le prestará el *National City Bank of New York* trece millones de dólares.

Como consecuencia de esta diplomacia financiera, la influencia americana será fuerte en Honduras y separará á Nicaragua del turbulento Salvador y de la rica Guatemala; por la forzosa paz de Costa Rica se separará á Nicaragua de Panamá.

»El presidente de Méjico secunda benévolamente toda nuestra política en Centro América, á pesar de la prensa de su país, que la designa con el nombre de política del garrotazo *(big stick)*.»

Al precio de la intervención americana, Costa Rica no ha querido dinero, ni aun encontrándose en situación económica difícil. El Congreso ha rechazado de plano la negociación del Gobierno con el banco neoyorkino.

El presidente del Congreso, triunfador en las últimas elecciones para la presidencia de la República, sobre quien pesaban ya las responsabilidades de un período de gobierno que comprenderá de 1910 á 1914, bajó á su escaño de diputado y pronunció un arrogante discurso, que es todo un programa de relaciones con la orgullosa República del Norte. He aquí las palabras del licenciado D. Ricardo Jiménez:

»¿Habríamos de cometer un acto tan imprudente como el de quitar nuestra deuda de Inglaterra para pasarla á los Estados Unidos? A no ser que se nos dijera que el Gobierno de los Estados Unidos jamás consentiría que en América, ni ellos ni nadie, cobren las deudas por la fuerza. Pero es el caso que los Estados Unidos han hecho lo contrario. Dígalo si no el bloqueo

de San Juan del Norte y la proposición de Mr. Blaine de apoderarse de las Aduanas de Venezuela, para satisfacción de los acreedores extranjeros. De manera que si no hubiera el peligro de la intervención, yo podría admitir que hiciéramos el tanteo; vamos á cargar con esta cruz todo el tiempo que podamos; pero es que los americanos harán con nosotros lo que los judíos hicieron con Jesucristo: nos obligarán á cargar con nuestra cruz, llegaremos con ella hasta el Calvario, y allí nos habrán de crucificar.

»¿Cuál es la tendencia del pueblo americano? La tendencia á crecer, mientras no haya algo formidable que lo impida. Veamos la historia de los Estados Unidos. La primera gran adquisición de tierra fué en tiempo de Jéfferson. Napoleón les vendió la Louisiana. ¿Esa compra era constitucional? No. Jéfferson dijo que era un acto que iba contra la Constitución. Tuvo dudas, pero se firmó, no obstante el Tratado, porque los americanos necesitaban llegar al Golfo de Méjico, que el Misisipí corriera siempre por tierra americana. Luego, por motivos de equilibrio político interior, necesitan á Texas. Americanos, adelantándose al ejemplo de Panamá, hacen allí una revolución; se independiza Texas, y ese no es sino el primer paso de la anexión subsiguiente. España fué descubridora y conquistadora de Florida. El pueblo americano no veía bien aquella vecindad. Comenzó una era de disputas y vejaciones. Por fin, España traspasó su posesión á su inquieto vecino. Pronto los americanos no cupieron dentro del territorio que tenía por una de sus fronteras las vastas soledades del Oeste. Necesitaban límites naturales, y de allí su guerra con Méjico, que dió por resultado que la nación americana se extendiera de Oceano á Océano. Llegaron al Pacífico, y todavía no estaban colmados sus deseos. Empresarios americanos se apoderaron de Hawai, y ofrecieron aquella isla á su patria, como se ofrece á la madre un ramillete de flores. Mr. Cléveland rechazó el presente. Pero salió del poder Mr. Cléveland, y enseguida vino la anexión de Hawai. Los barcos americanos no para-

ron en aquella isla; se posesionaron luego de Filipinas, porque los americanos que dicen «América para los americanos», no consienten que en Oriente se diga «Asia para los asiáticos», sino que completan su fórmula de Monroe, y dicen «América para los americanos y Asia también». Por el Atlántico, la misma expansión. Mantienen fortalezas en Cuba, porque Cuba es la llave del Golfo de Méjico. Retienen á Puerto Rico, porque Puerto Rico está en la vía de Panamá. Y adquieren el señorío de la zona del canal de Panamá, porque ello es necesario para la civilización del mundo. Las razones varían; pero es una sola la tendencia y una sola la expansión resultante.

»¿Merece Costa Rica perder su independencia?

»¿Tan mal papel ha hecho en el mundo? ¿No ha resuelto problemas importantes de sociología? ¿No ha dado el ejemplo de un pueblo en el que se ha sostenido y se está sustentando el principio de que el Poder se entrega á la opinión del pueblo? Hemos vivido exentos de revoluciones; aquí no hay hambre; además, este es un pueblo que tiene en su presupuesto una suma mayor para las escuelas que para los cuarteles. Entonces, ¿por qué hemos de querer que esta hormiga trabajadora sea aplastada por la bota del americano? No, señores: defendamos nuestra patria.

»No quiero ofender á los americanos cuando sostengo estas ideas. Quiero que vengan á Costa Rica, uno á uno, á aumentar nuestra población y á traernos sus útiles enseñanzas. Por lo que no opino es porque vengan organizados y constituídos como un Estado dentro de otro Estado; y menos como un Estado encima de otro Estado.»

*
* *

Los Estados Unidos podrán apoderarse de estas repúblicas; pero nunca serán dueños sino del terreno que pisen.

Es imposible una fusión de sentimientos, de ideas y de intereses. En este sentido, vale muchísimo menos el hombre ame-

ricano que el latino, especialmente que el español. Puede afirmarse que América está llena de españoles, y que los norteamericanos todavía no han llegado, ni quizás lleguen nunca.

El oro americano no ha traído hombres, sino empleados. Grandes sueldos les permiten poner en el campo ó á la boca de una mina una casa á estilo americano y tomar sirvientes negros de Jamaica, para que los lares domésticos no oigan más que el inglés; van á buscar mujeres á los Estados Unidos ó las traen consigo, y devuelven sus hijos á que se eduquen en su tierra.

No saben español, ni quieren aprenderlo, ni aunque lo sepan quieren hablarlo. Cuando se enriquecen se van de la América española, y sacuden sus zapatos como Santa Teresa en el puente de Avila: «De esta tierra, ni el polvo.» Llaman tontería á lo que es educación, finura y buenos modales; toman por cualidad superior su nativa rudeza, y como sus conocimientos son siempre muy especializados, desprecian groseramente al latino que no hace tanta labor *útil*, porque recrea su espíritu con un trabajo variado ó con un recreo agradable.

Altivos para obedecer, déspotas para mandar, no se encuentran bien sino entre los suyos.

Trabajadores como los españoles, más constantes que ellos, más ambiciosos y menos sobrios, arriesgan su vida, por la sed del oro, en parajes malsanos, por un buen sueldo ó la perspectiva de una fortuna.

Mientras subsista el régimen capitalista—y va para rato en América,—el norteamericano, como todos los hombres de su raza, será irreemplazable como agente del capital, como empleado de sociedad anónima, como rueda de la máquina administrativa de sacar dividendos. El norteamericano, cuando emigra, trae ya hecho su negocio, que consiste en su sueldo que le permite vivir bien, y no necesita pensar, sino trabajar: el capital, que le ha impulsado, ha pensado por él.

Poned á un norteamericano en un bosque pantanoso, y morirá ó saldrá rico. Ponedle en un salón con hombres corteses y

mujeres hermosas que no sepan inglés, y si no encuentra la puerta, sacará su cigarro, roncará luego en un diván y enfermará de tedio.

El hombre americano no sería peligroso si no viniese formando parte de un armazón trabado por el oro americano y asegurado por el Gobierno. Lo grave es que cuando la sociedad anónima plantea un negocio agrícola ó minero, los americanos llegan en bloque, como una unidad táctica de un ejército de ocupación, y constituye un Estado dentro de otro Estado, imponiendo sus gustos, sus costumbres y su lengua á quien se acerque á comprar ó vender, ó á trabajar en su empresa.

Todos los observadores coinciden en que los norteamericanos y latinoamericanos se odian cordialmente. Viven mezclados, pero no combinados; los primeros miran á los latinos con un aire de superioridad y un desdén olímpicos; éstos se contentan con tenerles por groseros y mal educados. No hay posibilidad de mezcla de razas. Falta el instinto genésico. La gracia, la fina coquetería, la languidez de la criolla, no excitan en el sanguíneo norteamericano ningún deseo. La mujer norteamericana, sonrosada, fuerte, trabajadora, le parece al hispanoamericano hombruna.

La mimosa criolla quiere en su hogar un culto que no le otorga el norteamericano, más camarada que adorador. La mujer norteamericana encuentra empalagosa toda intimidad á destiempo.

Entre una señorita indígena y una americana, no hay sino mutuo desprecio; el vestir, el andar, el hablar de cada una, jamás inspira envidia á la otra, ni deseo de imitación.

Del norteamericano no nacen más que norteamericanos; de los españoles, y en general de los latinos, nacen ciudadanos de estas Repúblicas, aunque padre y madre sean extranjeros.

En esta lucha entre el norteamericano y el español, el primero perderá la batalla, si los Gobiernos de estos países comprenden que el problema de su independencia se cifra en po-

blar. Aquel que más hijos tenga será dueño de más metros cuadrados de tierra, con la diferencia de que el norteamericano hará extranjero el suelo, y el español se hará tan nacional como el piso en que pone su tienda.

Si el conflicto de razas se traduce, como habrá de ocurrir tarde ó temprano, en lucha armada, no es aventurado suponer que al lado de cada una de estas naciones estará la hacienda y la vida de los latinos que en ellas viven. Si, por el contrario, un conflicto internacional con Europa se suscitase, el capital y el Gobierno americanos jugarían la partida en que fuera probable ganar; pero el hombre americano no parecería por ninguna parte.

El empleado americano, el oro americano y el Gobierno americano, se respiran en el ambiente y por todas partes. El hombre americano no ha venido, ni quizás venga.

¡No son los hombres de Centro y Sud América, sino las mujeres, quienes garantizan la independencia de su patria!

*
* *

La prensa norteamericana que no recibe inspiraciones oficiales, es ignorante, insensata y ávida de todo lo sensacional, más extremadamente que toda la del mundo. Para ella no existen en América, ni quizás en el orbe, más que dos regiones, *Yankilandia* y *Zululandia*. De esta última cabe decirlo todo para que lo crean los yanquis, y de la primera todo lo que convenga que crean los *zulúes*.

Pocos días después del terremoto de Messina, la prensa de los Estados Unidos propagó en su tierra, y telegrafió al resto de América, la horrible destrucción de Barcelona por otro terremoto aún más trágico.

Cuando se verificaban en Costa Rica las elecciones presidenciales en que no hubo ni un herido, ni una colisión, telegrafiaron al mundo entero que á la entrada de San José, en el puente del río Reventazón, había habido una batalla en la

que resultaron centenares de muertos. (El río Reventazón esta á 102 kilómetros de San José.)

Al trazar estas líneas, esa prensa propaga por el mundo que ha estallado una formidable revolución en Costa Rica, donde gozamos de absoluta calma, y exagera enormemente al hablar de la que existe en Nicaragua.

Se juega al descrédito de la América latina. Cuba está nuevamente amenazada, sin motivo. He aquí parrafitos cortos de la prensa: El *Cleveland Plain Dealer:* «Dejar solos á los cubanos, y dejarlos que ellos mismos se salven ó se revienten. Cuba ha venido á ser una sucia, inmoral é irresponsable calamidad.» Del *San Francisco Chronicle:* «Parécenos que Cuba no será mucho tiempo independiente. Políticos demagogos cubanos no buscan sino el saqueo del Tesoro público. Tendremos que mandar allí nuestro ejército.» Del *Saint Louis Globe Democrat:* «Los Estados Unidos no pueden continuar indefinidamente salvando á Cuba de los cubanos mismos. Esta política sería quijotesca y costosa. La anexión es inevitable.»

El hombre norteamericano y la prensa norteamericana van fomentando el odio de raza. El *Búffalo Commercial* se hace cargo de todo: «A los americanos no nos quita el sueño la noticia de que Cuba nos hará la guerra en cuanto pueda. Es el procedimiento de esa gente, y España fué feliz al desembarazarse de ella.

Waleffe, que estaba en Cuba cuando la recepción del *Nautilus,* dice que el entusiasmo delirante por España era el mismo que el de los parisienses hace quince años por los marinos rusos del almirante Avellan. En París no era el amor á Rusia el que movía á las muchedumbres, sino el odio á Alemania; en la Habana no era tanto el amor á España como el odio á los Estados Unidos.

***

Para vencer ese odio, el Gobierno de los Estados Unidos sigue una política fría, perseverante y metódica, dictada por sereno raciocinio. Procura atraerse á los hombres públicos de los países latinos, colocándoles en el dosel de la poderosa República para halagar la vanidad de ellos.

Los Estados Unidos han nombrado al Dr. Luis María Drago, argentino, juez del Tribunal arbitral para convenir con la Gran Bretaña una cuestión de pesquería. En las suscitadas con Panamá han tomado por árbitro á D. Augusto B. Leguía, Presidente del Perú.

Los representantes diplomáticos del resto de América gozan en Wáshington de extremadas consideraciones.

Se va á la intervención, levantando una *aristocracia* de anexionistas, y creando vínculos, tanto más arriesgados, cuanto mayor es el ansia de intervenir. Los empréstitos, por ejemplo, á Gobiernos poco solventes, dan motivos jurídicos de intervención. *Buscar motivos jurídicos de intervención:* he aquí, compendiada, toda la política norteamericana.

El Maese Pedro del retablo de la política panamericana es Mr. Elihu Root; porque, aunque la iniciara Blaine y la siguieran, sin entusiasmo, Hárrison, Cleveland y Mac-Kinley, hasta que el ministro de Roosevelt no pronunció ante los tres mil delegados del Congreso Comercial de Kansas City, Missouri, su célebre discurso resumen de su viaje por Méjico y la América del Sur, no hubo programa definido. He aquí, en síntesis, el sistema de Root: «Seamos amables, finos y bien educados; aprendamos el español, halaguemos la vanidad de los latinos, y ellos se entregarán.»

Todos los Congresos son ya panamericanos. Al de irrigación de 1910 ha convocado el Presidente Taft á los de repúblicas que no tienen una hectárea de regadío. Se han verificado conferencias panamericanas en Wáshington (1889-90), en Méjico (1901-1902), en Río Janeiro (1906), y se prepara la de Buenos Aires en 1910. Se han verificado en 1908 el primer Congreso científico en Santiago de Chile y el Médico-paname-

ricano de Guatemala. San José de Costa Rica ha sido designado para que en Enero de 1910 se verifique otro Congreso médico. A todos ellos, los Estados Unidos mandan numerosas y lucidas delegaciones.

Para instalar la oficina panamericana en edificio propio, Mr. Andrew Carnegie ha regalado 750.000 dólares. La oficina gasta anualmente 88.600 dólares, y su director, Mr. John Barrett, tiene 12.000 dólares de sueldo al año. La oficina edita una primorosa revista mensual con espléndidos fotograbados, la cual, escrita en inglés, español, portugués y francés, se regala profusamente. Mr. Barrett, ex-ministro americano en Panamá y Colombia, es una máquina de conferencias que anuncia con títulos llamativos y letras mayúsculas á profusión: «La América Latina, País Maravilloso del Progreso y de las Oportunidades», titulaba la última con la que recorrió treinta y dos Estados de su tierra, sin más que poner las «Oportunidades» delante del «Progreso» ó lo «Maravilloso» delante del «País», para cambiar el título.

La especialidad de Mr. Barrett es el autobombo para su revista y la organización de banquetes: «El *Boletín* va siendo popularísimo; antes no recibía más que treinta cartas de felicitación por cada artículo, pero ahora llegan ciento tres por minuto.» A los comerciantes les va predicando el aprendizaje del español, y que no envíen catálogos en inglés ó en mal castellano. Esta propaganda va haciendo efecto. En la Universidad de Wáshington de la ciudad de Seattle, había solamente 20 estudiantes de español hace once años. En 1908, los matriculados ascendían á 202, y al empezar el año 1909 eran 275 los alumnos que estudiaban en español obras de Lope, Calderón, Cervantes, Galdós, Valera y Echegaray. Lo más gracioso de la propaganda de Mr. Barrett, es que no olvida nunca decir á sus paisanos que envíen á la América latina «personas de buenos modales».

El *Manual de Urbanidad de Estados Unidos,* debe tener cánones graciosísimos, á juzgar por lo que hace Mr. Barrett

en sus banquetes, parecidos á los convites con que obsequia Rioja, el director de la Estación de Biología de Santander, á los niños de sus amigos, los cuales convites empiezan siempre con fuegos artificiales en la habitación, bengalas, ópera de fonógrafo chillador, cuadros disolventes y lloro de chiquillos, todo á la vez y en bullidora algarabía. Mr. Barrett derrocha el *champagne,* hace tocar los 21 himnos nacionales, deja el salón á oscuras y lo ilumina con banderas flotantes de todas las repúblicas, exhibe vistas de edificios y calles y regala á sus convidados colecciones de banderas llevadas, para cada uno, por seis mozos de cordel. Luego, Mr. Barrett se levanta, brinda y termina diciendo: «Ruego al señor ministro de Estado de los Estados Unidos que conteste á mi brindis.» Mr. Knox pronuncia un discurso. El anfitrión se levanta de nuevo, y dice: «Muy pocos extranjeros existen de tanto talento como el embajador del Brasil; yo le ruego que hable.» El Sr. Nabuco brinda, á título de hombre extranjero de talento. El director de la Oficina de las Repúblicas americanas se levanta otra vez, y dice: «Como no ha venido Mr. Taft, ruego que hable el Vicepresidente de la República y Presidente del Senado, Mr. Shermann.» Después pide que hable el Sr. Calvo, ministro de Costa Rica, como decano del cuerpo diplomático. Y luego, por igual procedimiento, hace hablar á Mr. Cannon, presidente de la Cámara de Diputados, por ser el más viejo de los comensales; y al Sr. Portela, ministro de la Argentina, por ser elocuente; y á Mr. Elihu Root, por ser el autor de la comedia panamericana; y al fin, á Mr. Clark, jefe de la oposición en el Congreso. Socarronamente, puso éste fin al banquete: «Mr. Barrett, dijo, conoce el caso de Mr. Littauer, que logró pasar una ley á fuerza de banquetes. Si no se le agotan sus *argumentos,* y son tan buenos como el de hoy, las 21 repúblicas de este hemisferio constituiremos una completa unión comercial.»

Seamos «personas de buenos modales» y explotemos el entusiasmo digestivo, dice Mr. Barrett, traduciendo, un poco li-

bremente, el programa de Mr. Root. Este hubiera dicho: «La vaselina y el *champagne* son las armas de la política panamericana.»

***

Tiene asiento en Cartago, segunda ciudad de la república de Costa Rica, un tribunal internacional, único en el mundo, de fallo inapelable para todas las contiendas que se susciten entre las cinco repúblicas de Centro América. Se llama *Corte de Justicia Çentro Americana*. El filántropo americano Mr. Carnegie, ha regalado 100.000 dólares para construir un palacio al augusto tribunal. El aventurado ensayo ha tenido éxito feliz. Un mes después de constituída la Corte, la república de Honduras demandó á las del Salvador y Guatemala por supuesto auxilio á un movimiento revolucionario surgido en aquélla á fines de Junio de aquel año. El tribunal absolvió á los demandados, y el fallo, que contrarió grandemente á Honduras y á Nicaragua, fué acatado sin protesta.

Este tribunal, que, constituído libremente integrado por representantes de las cinco repúblicas y por un presidente nombrado por España, ó por otra nación europea, ó por la Argentina, sería orgullo y tranquilidad de estas repúblicas; que debería residir en La Haya y estar lejos de las influencias políticas y sus magistrados más libres del mandato de sus gobiernos, es, en cambio, origen de permanente inquietud, amenazador espectro de la intervención norteamericana y limitación impuesta á la soberanía de los poderes legislativos y ejecutivos de estas repúblicas.

Los hombres del gobierno aseguran que los fallos de la Corte de Justicia los hará cumplir el propio honor nacional, como todos los fallos arbitrales. Durante el siglo XIX las naciones acudieron al arbitraje en el siguiente número de ocasiones:

Gran Bretaña	86
Estados Unidos	66
Francia	38
Chile	28
Italia	21
Perú	19
Alemania	15
Brasil	14
Portugal	13
Colombia, Nicaragua, Venezuela y Méjico	11
España	10
Holanda, Ecuador y Guatemala	8
Argentina, Costa Rica, Haiti y Honduras	7
Rusia, Suecia, Turquía y El Salvador	5
Austria, Grecia, Transvaal, Japón, China y Bolivia	4
Santo Domingo, Bélgica, Paraguay y Persia	3
Suiza, Siam y Marruecos	2
Dinamarca, Hawai, el Congo y Liberia	1

Las sentencias pronunciadas se elevan á doscientas, sin que un solo fallo fuera desacatado, ya que en el arbitraje de Holanda entre Inglaterra y los Estados Unidos concurrió la voluntad de ambas partes en la recusación.

El fallo de la República Argentina, tan impugnado por Bolivia en su pleito con el Perú, ha sido al fin acatado con modificaciones convenidas entre ambos litigantes.

Los enemigos de la institución ven un gravísimo peligro, porque la contínua revuelta de las cuatro vecinas de Costa Rica es expuesta á traer un desacato de una de ellas, cualquier día. Entonces, el fallo será impuesto por los cañones de la escuadra yanqui.

Costa Rica debió negarse en absoluto á la asociación con sus turbulentas hermanas, y pedir en el concierto el papel de espectador con que quedaron Méjico y los Estados Unidos. Si éstos quieren sacar las castañas de La Haya con dedos de Centro América, Costa Rica debió decir que los suyos eran tan limpios de discordia como los de los interventores, y que sólo

se metería si ellos también se sometían á la nueva institución, que sería honor universal, Tribunal el más augusto sobre la haz de la tierra.

Porque el orígen del Tribunal no puede ser más turbio. Los Estados Unidos, recabando el auxilio de Méjico, *invitaron* á una Conferencia de Paz Centro Americana en Wáshington, señalando fecha. No se olvide que Mr. Joseph H. Choate, representante de los Estados Unidos en la segunda Conferencia de La Haya, acababa de ver rechazada su propuesta de un tribunal análogo de arbitraje, precisamente por el esfuerzo de los representantes de las otras repúblicas de este continente, que respondieron al grito de alarma del Dr. Ruiy Barboza, primer delegado del Brasil, secundado por el representante de España, marqués de Villa-Urrutia.

Las fiestas de inauguración dejaron en mi ánimo imperecedero recuerdo. Un día magnífico, de sol esplendoroso, los niños de las escuelas y los estudiantes formaron en dos filas á lo largo de la carrera que habían de recorrer Mr. Buchanan, representante de los Estados Unidos, y D. Enrique C. Creel, representante de Méjico, que venían á la inauguración como enviados extraordinarios de sus respectivos países. Los niños agitaban banderas de las cinco repúblicas centroamericanas y de las dos que habían mediado en la convencion de Wáshington. Esas eran las instrucciones, y así se hizo. Nadie había dicho que se dieran vivas, y no se oyó uno.

Al día siguiente fuimos á Cartago. La estación estaba ocupada por el pueblo que, en silencio, vió pasar la comitiva. El enviado extraordinario de los Estados Unidos anunció solemnemente el donativo de los cien mil dólares del multimillonario americano para construir un palacio en Cartago. La población, que volvía á adquirir importancia que acaso sería designada como metrópoli de todo Centro América, si las corrientes de fraternidad impuestas se convertían en poderoso flujo de corazones, á quien regalaban un monumental edificio, despidió á sus huéspedes cortésmente, pero sin entusiasmo alguno.

Sobre la frente tersa y espaciosa del Presidente de la República aparecieron aquellos días profundos surcos. ¿Era aquello el nacimiento de la paz? Cualquiera hubiera creído asistir á unos funerales de un suicida ó de un ejecutado: los discursos, escritos ó aprendidos de memoria, para no mentar la soga en casa del ahorcado; los oradores se complacían en lanzar puerilmente á la cara sanguínea del representante del Norte el verdadero nombre de la república de Méjico: «Los Estados Unidos Mexicanos»; ¿creía Mr. Buchanan que no había más que unos Estados Unidos?

Pero este significado hombre panamericanista, que había aprendido cortesía en el Manual de Mr. Barrett, contestaba indefectiblemente con discursos en inglés, y cuando le obsequiábamos con un partido de *basket-ball*, jugado en su honor por alumnos del Liceo, viéndoles, jadeantes, lanzar la enorme pelota, no podía contener su impresión, diciendo con displicente tono:

—El *basket*, en mi país, no es más que juego de señoritas.

Arturo Pérez Martín,
Director del Liceo de Costa Rica.

PARNASO INTERNACIONAL

LA ALBORADA

(De Juan Aicart.)

—A ti, hermosa Margarita,
Te cantaré esta alborada;
El tamboril ya palpita;
Escúchala, prenda amada.

—Siempre es igual tu canción;
¡No la puedo soportar!
Si su aborrecido són
No cesa, me arrojo al mar.

—No, con tan fiero desdén,
Podrás escapar de mí;
Me echaré á nado también,
Y te traeré pronto aquí.

—Por tu amenaza, intranquila
No estoy, nadador ufano;
Me convertiré en anguila,
Y resbalaré en tu mano.

—Burla, niña picaresca,
La anguila al buen nadador
Pero el pescador la pesca,
Y yo seré pescador.

—Agua clara de una fuente
Seré, que corriendo irá;
—Cauce yo, que á la corriente
Blando lecho siempre da.

—Seré yo rosa bermeja
Que brilla en jardín ameno.
—Yo seré entonces la abeja
Para dormir en tu seno.

—Seré estrella—y yo la nube,
Gasa sutil y flotante,
Que hasta el astro de oro sube
Para velar su semblante.

—Aunque posible eso fuera,
Inútil será tu intento.
Yo seré una monja austera,
Encerrada en el convento.

—Para mi afán temerario
Será vana precaución;
Yo seré el padre vicario,
Y te oiré en confesión.

—No importa que abra la puerta
De mi celda el capellán;
Yo seré una pobre muerta;
Las monjas me llorarán.

—Muerta, no podrás huir;
Yo seré la tierra fría,
Y te habré de recibir,
Y serás por siempre mía.

—Ya en tu voz no encuentro agravios;
Me ha conmovido tu amor.
Estampa un beso en mis labios,
Y tú serás mi amador.

TEODORO LLORENTE

RECUERDOS

Decía en el anterior artículo, que salí diputado por Quintanar de la Orden, después de una visita al distrito, de que di cuenta detallada á mis lectores.

De esta primera visita conservo recuerdos muy gratos: mis correligionarios eran amables, simpáticos, y fueron siempre de una lealtad á prueba.

En todo este cuadro sólo hay una mancha, y eso que en plena Mancha estábamos.

Una mancha muy prosaica, muy vulgar; no me atrevo á señalarla con enojo y sólo la señalo como acto humildísimo de contrición.

Yo no soy rencoroso; olvido las ofensas, y, sin embargo, hay en mi sér un centro en que todo el rencor de que yo pudiera ser susceptible se ha reconcentrado.

Ya creo haberlo dicho en otra ocasión: mi estómago es rencoroso y agradecido.

No perdona una mala comida ni la olvida jamás; por eso es rencoroso.

Una buena comida no la olvida tampoco, aunque pasen años y años.

¿Es que soy exigente para la cocina?

No, en verdad; me contento con los platos más vulgares: un guisado de carne con patatas, un plato de judías, unas so-

pas de ajo, los platos más modestos de la cocina española; pero si soy modesto en la clase, soy exigente en la calidad.

En estos platos que he señalado, ó en otros tan prosaicos como ellos, cabe más sublimidad que en los mayores refinamientos de la cocina francesa, de la cocina inglesa ó de la cocina italiana.

No conozco la cocina alemana lo bastante para formular un juicio crítico sobre ella, y por eso me abstengo de juzgarla.

Pero la cocina española sí la conozco, la admiro, la saboreo, la digiero y me identifico con ella.

No busco aristocracias culinarias; yo he comido una vez en Vigo un rancho de soldados, verdaderamente delicioso; he comido migas de pastores y paellas improvisadas; pero es imposible que yo agote la lista de creaciones del genio nacional, y en cualquiera de estos platos encuentro más aroma poético que en el más refinado *foi-gras*.

A veces, un romance popular encierra más inspiración que todo un poema épico; soy muy viejo, por desgracia, y conservo, sin embargo, en mi memoria una lista luminosa de las comidas excelentes que he saboreado en esta vida, y una lista implacable de las malas comidas que en mí se cebaron por triste imperio de las circunstancias.

Digo todo esto para venir á parar á este recuerdo sombrío: que en aquella expedición electoral, en Santa Cruz de la Zarza, quisieron envenenarme con unos cuantos guisos infames, que yo rechacé indignado.

Un acta de diputado no vale un guiso nauseabundo.

No; ante todo la dignidad, y después de la dignidad el estómago.

Y su dignidad tienen también el estómago y el paladar.

¡Qué guisotes! ¡qué grasas! ¡qué sebos! ¡qué carnes, correosas ó pútridas!

¡Lejos, lejos de mí!

Me gustan los guisos de los pobres, pero no me gustan masas repugnantes de alimentos bastardos.

Un demócrata puede ser un buen demócrata, y, por humilde que sea, nunca se confundirá con un canalla.

Un mal guisote es algo canallesco sobre un plato.

Pues tales tormentos sufrí en Santa Cruz de la Zarza.

Zarza en que me dejé jirones de mi propia carne, y Cruz grosera en que me clavaron y que no tenía nada de santa.

¡Qué tortura! ¡qué martirio! Yo no quería ofender á nadie: eran buena gente; allí tuve con el tiempo buenos amigos, quizá en alguna casa comerían bien; pero yo comí horriblemente.

Es decir, no comí; fingí que estaba enfermo, y pedí un par de huevos pasados por agua.

¡Imposible! El destino tiene crueldades infinitas; contra la fatalidad no hay defensa.

Ni los huevos pasados por agua.

Tenían gusto repugnante; tenían sabor á cieno.

Quizás las gallinas de donde aquellos huevos procedían, con cieno se alimentaban.

Y me di por vencido.

Olvidemos aquel final siniestro de mi expedición, que tan alegre había sido hasta entonces.

*
* *

Regresé á Madrid, y empecé un nuevo período de mi vida política, hasta que vino la crisis del Ministerio de conciliación, y la conciliación quedó rota, y empezó la lucha despiadada entre demócratas y conservadores de la nueva monarquía de D. Amadeo.

Presenté mi acta, fuí admitido en el Congreso y tomé posesión de mi cargo.

En aquella etapa política, al menos hasta el final, creo que nada hice ni tomé parte en ninguna discusión ni pronuncié ningún discurso.

Toda esta parte de mis recuerdos es un cuadro muy negro,

como si dijéramos, un agujero oscurísimo en la masa de mis celdillas cerebrales.

Sólo recuerdo, de una manera muy vaga, que la lucha entre los demócratas, los que después constituyeron el partido zorrillista, y los partidarios del duque de la Torre y de Sagasta, aunque éstos todavía no constituían partido, era sordamente cada vez más cruel y más implacable.

Para estos últimos, todo demócrata era una especie de bandido, sin fe ni conciencia en política, una especie de republicano disfrazado, y en el orden social, un demoledor de todo orden y de toda sociedad, y entre ellos, muchos pasaban á los ojos de los conservadores por ser unos grandísimos tunantes.

En cambio, para los demócratas, los conservadores de aquella época, es decir, los antiguos unionistas y muchos progresistas que á ellos se aproximaban, eran unos infames, unos reaccionarios, unos traidores á la revolución de Septiembre y á sus grandes principios; unos ambiciosos sin conciencia, que pretendían monopolizar al Rey para que les diese el poder, y con el poder el reparto del botín.

Bonita hubiera sido la España de aquella época, si los unos hubieran sido lo que pensaban los otros y los otros lo que pensaban los unos.

Eran preludios ó anuncios de la lucha que más tarde había de estallar, y que había de producir el derrumbamiento de aquella situación.

Y para todo el que observase con severa imparcialidad el estado de los ánimos, la violencia de las pasiones, los odios ocultos y las ambiciones despiertas, no podía ser dudosa la catástrofe final.

Varía con las épocas el organismo político de las naciones, y vivíamos entonces, y aun hoy vivimos, dentro de un organismo que se llama constitucional, que en la práctica ha prestado grandes servicios á la paz y al progreso, y que en teoría es bastante perfecto y es ingenioso.

Habrá quien diga que es un puro convencionalismo; pero

ésta es materia muy discutible, y no para discutida de paso en estos artículos, dictados al capricho de los recuerdos, sin pretensiones históricas, ni filosóficas, ni literarias.

Conversación que sostengo conmigo mismo ó con un lector acaso imaginario en el sentido de las imaginarias matemáticas; monólogo, en suma, entregado al puro capricho del recuerdo y de la imaginación.

Bien mirado, casi todo es convencionalismo; y pensándolo bien, el convencionalismo es algo sólido, algo muy serio y algo muy permanente hasta que se gasta como se gasta todo, y á un convencionalismo sustituye otro más acomodado á las nuevas ideas.

*
* *

Y decía que el convencionalismo constitucional es bastante ingenioso y ha sido bastante fecundo para que le estemos agradecidos.

En la cumbre de todo el organismo, un rey, un jefe del Estado que reina y no gobierna, un símbolo de grandes unidades, un poder moderador, y casi me atrevería á decir un juez del campo.

Juez del campo, repito, en el campo de las luchas políticas.

Después dos grandes partidos: esto es lo clásico; otros dirán que éstos son los viejos moldes; pero de los viejos moldes debo hablar, puesto que hablo de los años 70, 71 y 72.

Dos grandes partidos, repito: uno, el partido liberal, el partido avanzado, tenga el nombre que tuviere, llámese partido progresista ó partido democrático, ó partido radical, ó partido liberal, en suma.

Este representa el progreso, las reformas, el avance, la renovación, la revolución pacífica, pudiéramos decir.

Es el motor de la gran máquina; es la nueva vida con sus precipitaciones, sus errores, sus violencias y sus peligros.

El otro es el partido conservador, que cambia de nombre

en cada época, como de nombre cambia el partido liberal, y así unas veces se llamará partido moderado y otras veces unión liberal, y en tiempo de D. Amadeo será el partido del duque de la Torre y de Sagasta, y frente á los zorrillistas será el partido sagastino, y hoy ante el partido liberal será el partido conservador.

Este segundo partido representará la resistencia mesurada y prudente á las innovaciones peligrosas, el órgano que convierte en movimiento uniforme el que sería movimiento acelerado en la sociedad si ésta sólo obedeciese al empuje del partido avanzado; el que no se niega á avanzar, pero avanza resistiendo: unas veces el freno, otras veces el volante de la gran maquinaria, y también tiene, como todo lo humano, sus deficiencias, sus imperfecciones y sus peligros.

A fuerza de resistir, siente en su seno tentaciones de empujar, pero no hacia adelante, sino hacia atrás, y de conservador puede convertirse en reaccionario.

Él debe recoger todas las reformas del partido avanzado, no para anularlas, sino para conservarlas, perfeccionarlas y afirmarlas.

Si se me permitiera una imagen vulgarísima, diría que el partido avanzado hilvana, y el partido conservador cose.

Y si se me permite completar esta imagen de sastrería, diré que, muchas veces, los partidos revolucionarios son los que cortan, á veces cabezas, y los partidos reaccionarios son los que desgarran en jirones toda una civilización, y si tanto no consiguen, al menos lo intentan.

Y después de estos dos elementos de la gran maquinaria: el rey ó el poder moderador; y los dos partidos clásicos, el conservador y el liberal, viene la gran masa del país representando la opinión pública por sus grandes funciones y por sus grandes organismos internos: la prensa, la reunión pública, las asociaciones libres y, en suma, la inmensa palpitación de todo un pueblo con sus anhelos, sus esperanzas, sus dolores, sus entusiasmos y su inmensa circulación de vida.

Y nada más; el organismo es éste, que luego se determina en otros organismos; pero los elementos principales son éstos, ó eran éstos en aquella época á que me refiero: un rey, dos partidos, una opinión pública.

Este es, en cierto modo, el esqueleto de la máquina; y la máquina, al moverse, determina el funcionamiento constitucional.

La opinión pública inspira, anima y empuja á los partidos.

Los partidos luchan en los comicios y luego en las Cámaras, y unos vencen y otros son vencidos en lucha pacífica, pero ardiente, de ideas.

Y el poder moderador, que es el juez de campo, concede el poder al vencedor.

Y, parodiando la frase vulgar, podemos decir: *A quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.*

Y esto así dicho, resulta bastanse satisfactorio y parece un sistema de paz, de orden, de progreso y de respeto supremo á la esencia íntima del sér humano.

Y bien ó mal, con vuelcos ó descarrilamientos, en forma más ó menos perfecta ó en formas más ó menos impuras, entre calmas y revoluciones, esto ha venido siendo el sistema constitucional desde el principio del siglo pasado, y en Inglaterra aún antes.

¿Por qué digo todo esto, que es ya latoso de puro sabido? Porque esto es lo que quisieron hacer los hombres de la revolución al advenimiento de la nueva monarquía.

Esto es lo que quisimos hacer, y tomo el puesto modestísimo que me corresponda, desde el año 1870 hasta el 1873: una monarquía constitucional á estilo de Inglaterra.

Pero no fué esto lo que hicimos, ni unos ni otros ni todos juntos, como ya iremos viendo en estos recuerdos, en que procuraré ser imparcial, con imparcialidad absoluta.

Realmente, la empresa era muy difícil, difícil para cuantos elementos habían de constituir el nuevo organismo de la vida política, regular y ordenada.

Difícil para el Rey, no sólo porque era muy jóven, sino porque venía á un país completamente desconocido para él.

No hablaba nuestro idioma, y en los primeros meses apenas lo comprendía.

No conocía á nuestros hombres políticos; puede decirse que los veía por primera vez, y su vida debió ser la del que vive en el centro de un torbellino de figuras extrañas, verdaderos fantasmas de la política que pasan, desfilan, giran con sus pasiones y sus intereses.

La mayor parte de la aristocracia era hostil á la nueva dinastía, porque era alfonsina, por tradición, por simpatía, por lealtad y por odio á la revolución y á los principios democráticos; de suerte que el Rey estaba fuera de su elemento natural, y debía sentir en el alma el vacío y el desaire y la hostilidad.

Hostilidad que á veces se manifestaba en forma palpable, no por el alejamiento, sino por ciertas manifestaciones insultantes y agresivas de que acaso he de hablar en otra ocasión.

El Rey se veía rodeado por la clase media adicta á la revolución, por empleados y políticos, y por las familias de unos y otros, y no es este el ambiente propio de los palacios. Los dos partidos políticos, que representaban las fuerzas monárquicas de la revolución, hubieran podido ser el apoyo natural de la nueva dinastía, si la prudencia y un sentido superior de sus deberes les hubieran unido sin confundirlos, como la unidad del organismo humano, y perdóneseme lo prosaico de la comparación, une las dos piernas que nos sostienen y nos conducen; pero si están mal avenidas, y una quiere ir hacia adelante y otra hacia atrás, ó una á la derecha y otra á la izquierda, y se golpean con imbecilidad suicida ó se retuercen con furor insensato, el cuerpo viene á tierra por saña y enemiga de sus dos sostenes naturales.

Por vulgar que la comparación sea, la comparación es exactísima.

El partido liberal y el partido conservador de aquella época debieron sostener la nueva monarquía, que era su obra; y

sin embargo lucharon á muerte sin más que la brevísima tregua de unos meses, y la nueva monarquía se desplomó, y se hubiera desplomado aunque no hubiera sido nueva, aunque hubiera tenido el prestigio y la fuerza de la tradición, como se desplomó el trono de doña Isabel II por las luchas de moderados y progresistas.

Y tampoco el resto de las fuerzas sociales, que, integradas armónicamente, debieran constituir la opinión pública, eran muy á propósito para mantener el equilibrio del nuevo organismo, prestándole empujes ordenados y aliento sano, en vez de sacudir con ira todo el edificio, infundiendo en el cuerpo social aliento de calentura.

Los federales querían la República, la República federal, que había de concluir por el cantonalismo; los carlistas renegaban de aquel trono, que no era suyo; odiaban los principios democráticos y odiaban sobre todo la libertad religiosa.

Y cuenta que por entonces, la reforma social no había adquirido, ni habían adquirido socialistas y anarquistas la fuerza de que hoy hacen alarde.

¡Cómo era posible que aquello viviese!

Sólo viviendo el general Prim, con su talento, con su energía, con su alto espíritu político, con su autoridad indiscutible sobre el ejército, hubieran podido compensarse tantos elementos de destrucción.

Pero el general Prim había muerto, y sus funerales, que se prolongaron tres años, fueron funerales sangrientos.

Y la responsabilidad de tantos gérmenes destructores, ¿de quién ó de quiénes era?

De todos y de ninguno. Todo aquello era fatal, necesario; estaba en la atmósfera, en nuestra sangre y en nuestra tradición; á decir verdad, jamás se había hecho en España el ensayo leal de una monarquía, no ya democrática, que esto hubiera sido anticipar los tiempos, pero ni siquiera de una monarquía doctrinaria.

España era la de los pronunciamientos militares, la de las

guerras civiles, la de las revoluciones, y esa había sido la escuela de nuestros partidos políticos y de nuestros hombres.

Coged de pronto á un americano de las pampas ó á un árabe del desierto acostumbrado á montar y á dirigir potros y caballos salvajes, y subidle de repente á la plataforma de una locomotora para que la dirija, sin más que una lección previa de palancas, frenos y válvulas, y ya veréis lo que resulta: descarrilamientos, y choques, y ruina, y muerte del tren, de la máquina y del maquinista.

No; la culpa era de todos y no era de nadie.

Los hombres políticos tenían que estrenar un drama que no habían ensayado.

No sabían su papel; tenían que entregarse á la inspiración, y la inspiración del alma española será sublime á veces, pero es desordenada y caprichosa.

Todo esto acaso es muy vago, pero mis recuerdos lo irán precisando.

Y á la gracia de Dios.

José Echegaray

EL PAÍS DEL PLACER

NOVELA

IV

Al día siguiente por la mañana, en la bandeja del desayuno, Miss Bart encontró este billete del ama de la casa.

«Querida Lily: Si no la molesta demasiado, haga el favor de venir á mi gabinete, á las diez, para ayudarme en algunas enojosas tareas.»

Lily dejó á un lado el billete, y se recostó en las almohadas suspirando. Sí; era enojoso ir á las diez—una hora en que los huéspedes de Bellemont creíanse vagamente en el amanecer,—y ella conocía harto bien el género de las enojosas tareas en cuestión. Miss Pragg, la secretaria, estaba ausente, y habría que escribir cartas, invitaciones, habría que buscar señas extraviadas y realizar otros trabajos mundanos. En semejantes circunstancias, Miss Bart tenía que reemplazar á la secretaria, y, de costumbre, sometíase sin murmurar á esta necesidad.

Ahora, sin embargo, reavivaba aquello el sentimiento de servidumbre que despertó el examen de un librito de cheques. Cuanto la rodeaba contribuía á darla sensaciones de bienestar y de dulzura. Las ventanas abiertas dejaban penetrar la frescura grata de una mañana de Setiembre, y, á través del ramaje amarillento, descubría una perspectiva de jardín que se perdía en las libres ondulaciones del parque. Su doncella había

encèndido en la chimenea un fuego que rivalizaba en alegría con los oblicuos rayos del sol. Al lado de la cama brillaban la plata y la porcelana del servicio del desayuno. No había nada nuevo para Lily en todos los lujosos detalles que estaban á su vista; pero, que aunque formaban parte integrante de su vida, nunca se mostraba ella invencible á semejantes encantos. Lily se encontraba superior á la mera ostentación; pero sentíase una afinidad con todas las más sutiles manifestaciones de la riqueza.

El aviso de Mrs. Trenor la recordó bruscamente su dependencia; se levantó y se vistió en un estado de irritabilidad á la que, de ordinario, tenía la prudencia de no abandonarse. Sabía que estas emociones dejan tanta huella en la cara como en el carácter, y habíanselo advertido las pequeñas arrugas que se observó la noche antes.

Aumentó su irritación la acogida de Mrs. Trenor, que la dió los buenos días de la manera más natural del mundo. Levantarse á tal hora, bajar fresca y pimpante, para sufrir la monotomía de aquella correspondencia, bien merecía, en su concepto, que se lo agradeciese de una manera especial. Pero el tono de Mrs. Trenor no experimentaba el menor sentimiento de la situación.

—Gracias Lily—dijo sencillamente desde detrás del caos de cartas, facturas y otros documentos domésticos que daban un enojoso aspecto comercial á la frágil elegancia de su mesa de escribir.—¡Hay aquí un horror de cosas!—añadió poniendo mano en aquel desorden.

Después se levantó, cediendo su asiento á Miss Bart.

Mrs. Trenor era una dama á la que su elevada estatura libraba de parecer gruesa. Su rubicunda figura había sobrevivido á unos cuarenta años de actividad fértil, sin que la hubiese maltratado el tiempo excesivamente; solamente su cara se había hecho menos expresiva. No parecía existir sino como ama de casa; era difícil definirla de otra manera: no es que llevase demasiado lejos el instinto de la hospitalidad, pero no la era

posible vivir sino entre gente. La naturaleza colectiva de sus gustos la emancipaba de las rivalidades habituales de su sexo, y no conocía otra emoción personal que la del odio á la mujer que se le ocurriese dar más grandes comidas que las suyas ó tener en el campo series más divertidas que las de ella. Como sus talentos de sociedad, sostenidos por la fortuna de Mr. Trenor, aseguraban casi siempre su victoria final, en concursos de este género, el triunfo había desarrollado en ella una indulgencia desprovista de escrúpulos para lo restante de su sexo, y en la clasificación utilitaria que Miss Bart hacía de sus amigos, Mrs. Trenor figuraba como la mujer que menos parecía jugarle una mala pasada.

—Es sencillamente inhumano, por parte de Miss Pragg, el haberse marchado en estos momentos—declaró Mrs. Trenor.—Dice que su hermana va á tener un niño... como si esto fuera compatible con las invitaciones. Estoy segura de que voy á confundirme y me voy á armar un lío... Cuando estuve en Tuxedo, invité á un sinnúmero de gentes para la semana próxima; he perdido la lista y no puedo ya acordarme de quien debe venir... Y esta semana será un caos... y Gwen Van Osburgh irá contando á su madre lo que se han aburrido los invitados... No tenía intención de invitar á los Wetherall... esto ha sido cosa de Gus. No aprueban que se reciba á Carry Fisher, ya sabe usted. ¡Como si se pudiera prescindir de Carry Fisher! Cierto es que ha hecho una tontería con eso de su segundo divorcio; Carry exagera siempre mucho... Pero pretende que la única manera de obtener un céntimo de Fisher era divorciarse y obligarle á pasarla los alimentos. Y la pobre Carry está muy apurada... Son verdaderamente absurdos los aspavientos de Alicia Wetherall á propósito de este asunto, cuando se piensa cómo está hoy la sociedad. Alguien dijo el otro día que hay un caso de divorcio y un caso de apendicitis en cada una de las familias conocidas... Además, Carry es la única persona que puede distraer á Gus cuando tenemos personas fastidiosas en casa. ¿Ha observado usted lo que gusta á todos los maridos? A

todos... excepto á los suyos. Es muy curioso el que se haya creado la especialidad de consagrarse á las personas aburridas. Sin duda encuentra en ello compensaciones; sé que pide dinero prestado á Gus. Pero la pagaría gustosa para que la tuviese de buen humor; de suerte que, después de todo, no puedo quejarme.

Mrs. Trenor hizo una pausa, mientras que Lily revisaba la correspondencia, y después continuó:

—Pero no se trata solamente de los Wetherall y de Carry. La verdad es que Lady Cressida Raith me ha causado una decepción horrible.

—¿Decepción?... ¿Pues no la conocía usted?

—No; la he visto ayer por primera vez. Lady Skiddan la mandó con cartas de recomendación para los Van Osburg, y supe que Naría Van Osburg había invitado á muchas personas para que se encontrasen con la forastera; así fué que me propuse quitársela, y Jack Stepnay, que la conocía de las Indias, me arregló el asunto. María se puso furiosa, y llevó el descaro hasta obligar á Groen á que se invitase aquí para no estar completamente fuera de la combinación... Si hubiera sabido lo que era lady Cressida, hubiesen podido quedarse con ella, se la hubiera dejado de buena gana. Yo pensaba que por ser amiga de los Skiddan sería seguramente una persona divertida. ¿Se acuerda usted de lo graciosa que era lady Skiddan? Había momentos en que era preciso echar á los muchachos... Además, lady Cressida es hermana de la duquesa de Beltshire, y supuse que serían del mismo estilo; pero nunca se puede acertar con estas familias inglesas. Son tan dilatadas, que hay lugar para todos los géneros; y resulta que lady Cressida representa el género moral; se ha casado con un *clergyman*, y ejerce el apostolado en todos los barrios de Londres... ¡Pensar que me he tomado tanto trabajo por la mujer de un *clergyman*, que lleva joyas indias y se ocupa de botánica!... Ayer se hizo acompañar por Gus, visitando todos los invernaderos, y le aburrió mortalmente preguntándole el nombre

de las plantas... ¡Bonita ocurrencia la de tomar á Gus por jardinero!

—Entonces, tal vez la presencia de lady Cressida reconciliará á los Weltherall con la idea de encontrar á Carry Fisher—dijo beatíficamente Lily.

—Me alegraría. Pero aburre terriblemente á los hombres, y si, como me aseguran que tiene por costumbre, se pone á distribuir libritos piadosos, va á ser una consternación... ¡Lo peor es que hubiera sido tan útil en el momento oportuno! Ya sabe usted que estamos obligados á recibir al obispo una vez al año, y ella hubiera dado en esos momentos la nota conveniente... ¡Temo siempre tanto esas visitas del obispo! El año último, cuando estuvo aquí, Gus se olvidó de él por completo, é invitó á los Ned Winton y á los Farley... ¡cinco divorciados é hijos de seis lechos diferentes!...

—¿Cuando se va lady Cressida—preguntó Lily.

Mrs. Trenor alzó los ojos con desesperación.

—¡Quién lo sabe!... Me corría tanta prisa el arrebatársela á María, que me olvidé de indicar fechas, y Gus pretende que ella ha dicho á no se quién que pensaba quedarse aquí todo el invierno.

—¿Quedarse aquí?... ¿En esta casa?

—No se haga la tonta; en América... Pero si no hay otra persona que la invite... ya sabe usted, esas gentes no van nunca á un hotel.

—Tal vez no haya dicho eso Gus sino para asustar á usted.

—No. He oído á lady Cressida decir á Berta Dorset que tenía seis meses por delante, mientras que su marido permanecía en Engadina por prescripción médica... Si pasa el otoño aquí, lo estropeará todo, y María Van Osburgh rebosará de gozo.

Al pensar en esto, la voz de Mrs. Trenor tembló de compasión hacia ella misma.

—¡Oh, Judy! Nadie se ha aburrido nunca en Bellomont—insinuó Miss Bart con tacto.—Bien sabe usted que, aun cuando María Van Osburgh consiguiese reunir á todas las personas

agradables y la dejase á usted las otras, siempre usted quedaría victoriosa.

Tal afirmación hubiera, en cualquier otro caso, tranquilizado á Mrs. Trenor. Pero esta vez no se disipó la nube de su frente.

—No es solamente lady Cressida—gimió.—Todo se presenta mal esta semana. Veo bien que Berta Dorset está furiosa conmigo.

—¿Furiosa con usted? ¿Y por qué?

—Porque la he dicho que Laurence Selden vendría, y no viene, y á ella se la ha metido en la cabeza que yo tengo la culpa.

Miss Bart dejó la pluma y miró distraídamente la carta empezada.

—Creía que eso había terminado—dijo.

—Sí, por parte de él. Y, naturalmente, Berta no ha perdido el tiempo después. Pero me figuro que ahora está libre... y alguien me insinuó que haría bien en invitar á Selden. Y le invité... pero no he podido obligarle á venir. Y ahora me figuro que me castigará ella mostrándose desagradable con todos los demás.

—O bien puede castigarle á él mostrándose amable con otro.

Mrs. Trenor se encogió de hombros.

—Sabe que le tendría sin cuidado. Y, además, ¿qué otro hay? Alicia Wetherall no pierde de vista á su marido. Ned Silverton, el pobre muchacho, no puede apartar los ojos de Carry Fisher; Gus no puede soportar á Berta; Jack la conoce demasiado bien... Queda Percy Gryce...

Y sonrió al pensarlo. Miss Bart, sin sonreirse, dijo:

—¡Oh! no parecen hechos el uno para el otro.

—¿Quiere usted decir que ella le escandalizará y que él la aburrirá? ¡Quién sabe! Pero, en fin, espero que á ella no se la ocurrirá coquetear con Percy Gryce, puesto que le he invitado expresamente para usted.

Lily se echó á reir.

—Gracias por el cumplido... yo no puedo rivalizar con Berta.

—¡Bah! Todos saben que es usted más linda y más inteligente que Berta, pero no es usted mala. Y, para conseguir á la larga lo que se desea, deme usted una mala mujer.

Miss Bart la miró, afectando un gesto de reproche.

—Creí que quería usted á Berta.

—La quiero... Más vale siempre querer á las personas peligrosas... Ella lo es, y, en este momento, la veo en camino de hacer daño; me lo indica el aspecto del pobre Jorge. Ese hombre es un perfecto barómetro; sabe siempre cuándo está Berta á punto de...

—De caer...

—No diga usted inconveniencias... Ya sabe usted que él siempre cree en ella. Y, por de contado, no creo que haya realmente nada culpable en el caso de Berta. Solamente que la encanta hacer desgraciadas á las personas, y particularmente á ese pobre Jorge.

—Pero parece que está cortado para ese papel; no me choca que prefiera ella una compañía más alegre.

—¡Oh! Jorge no es tan fúnebre como usted piensa. Si Berta no le atormentase, sería otro muy distinto... O si le dejase en paz y en libertad de arreglarse la vida á su gusto... Pero ella no se atreve á soltarle las riendas, á causa del dinero; de suerte que cuando él no está celoso, finge estarlo ella.

Miss Bart continuó escribiendo en silencio; pero, al cabo de un rato, la interrumpió de nuevo Mrs. Trenor:

—¿Sabe usted una cosa? Que voy á llamar á Selden al teléfono y á decirle que es preciso que venga.

—¡Oh! no haga usted eso—dijo Lily, poniéndose bruscamente encarnada.

Aquel rubor la sorprendió casi tanto como á su interlocutora. Mrs. Trenor no observaba, por lo general, los cambios de fisonomía; pero, sin embargo, miró á Lily, intrigada.

—¡Qué bonita está usted, Lily!... Pero, ¿por qué?... ¿Le desagrada á usted hasta ese punto?

—De ningún modo; me agrada. Pero si está usted animada por la intención benévola de protegerme contra Berta... no creo que necesite esa protección.

Mrs. Trenor se puso en pie con una exclamación:

—¡Lily!... ¿Percy? ¿Es un hecho?

Miss Bart sonrió.

—Quiero decir sencillamente que M. Gryce y yo estamos en camino de llegar á ser muy buenos amigos.

—Ya, ya... Ya sabe usted que dicen que tiene ochocientos mil dolars de renta... y no gasta nada, sino en algunos viejos librotes. Y su madre está enferma del corazón, y le dejará mucho más todavía... Ande usted con tino, Lily.

Miss Bart siguió sonriéndose, y replicó:

—Así no voy á decirle que tiene un lote de librotes.

—Claro que no... ya sé que es usted maravillosa para ponerse al corriente de la especialidad de cada cual... Pero es terriblemente tímido y se escandaliza fácilmente, y... y...

—¿Por qué no decirlo, Judy? ¿Tengo fama de correr tras un marido rico?

—No quiero decir eso... Tampoco él lo creería de usted— contestó Mrs. Trenor con una malicia un poco ingenua. Pero hay que tener cuidado aquí. Advertiré á Gus y á Jack... En fin, no se ponga para comer el vestido rojo, y no fume, si puede usted evitarlo, querida Lily.

Lily, que había concluído su trabajo, dijo con sonrisa forzada:

—Voy á encerrar bajo llave mis cigarrillos, y me pondré el vestido del año pasado que me envió usted esta mañana... Y si la interesa de veras mi porvenir, haga el favor de no pedirme que juegue al bridge esta noche.

—¿También le asusta el bridge? ¡Oh, Lily! ¡Qué vida tan espantosa va usted á llevar!... ¿Por qué no me lo dijo usted anoche? En fin, ya sabe que no he de dejar de hacer nada para verla feliz.

Y Mrs. Trenor la abrazó efusivamente. Después la preguntó inopinadamente:

—Pero ¿está usted bien segura de que no la agradará que telefonee á Selden?

—Completamente segura—contestó Lily.

* * *

Los tres días siguientes, con gran satisfacción de Lily, demostraron los talentos de ella para llevar sus asuntos sin ayuda ajena.

Sentada el sábado por la tarde en la terraza de Bellomont, se reía del temor de Mrs. Trenor, respecto á que no se precipitase. Sí, hubo un tiempo en que pudo serle útil semejante advertencia; los años le habían dado una saludable lección, y se jactaba ahora de saber atemperar su conducta al objeto de sus deseos. En el caso de Mr. Gryce, juzgó conveniente adelantarse un poco y atraerle paulatinamente, sin que él lo notase, á las profundidades de su amistad. El ambiente era favorable. Mrs. Trenor, fiel á su palabra, fingió no contar con Lily para la mesa de bridge, y advirtió á los otros jugadores, para que no manifestasen sorpresa por semejante deserción.

Mis Bart estaba apoyada aquella tarde en la terraza de Bellomont; parecía sumida en un dulce ensueño. En realidad, sus pensamientos se fijaban de una manera muy precisa en la grata recapitulación de los goces que la estaban reservados. Desde donde estaba podría verlos encarnados en la persona de Mr. Gryce, quien, encapillado el gabán y con un pañuelo al cuello, escuchaba algo nervioso á Carry Fisher, la cual, con toda la energía de la mirada y del ademán de que la habían dotado combinados la Naturaleza y el arte, insistía cerca de él sobre el deber de tomar parte en la reforma municipal.

La reforma municipal era la última postura de Carry Fisher. Fué precedida de un celo igual por el socialismo, reemplazado á su vez por una enérgica apología de la *Christian*

Science—reciente método de curación por el rezo que tiene numerosos adeptos en los Estados Unidos.—Mrs. Fisher era pequeña, ardorosa y dramática; sus manos y sus ojos eran admirables instrumentos la servicio de todas las causas que adoptaba. Tenía, sin embargo, el defecto de todos los entusiastas: no notan la tibieza con que sus oyentes les contestan. Lily se divertía en ver en todos sus detalles la situación de Gryce; comprendía que el joven vacilaba entre el miedo de resfriarse, si continuaba allí mucho tiempo, y el de que Mrs. Fisher le siguiese con un papel para firmar si se retiraba á la casa. Mr. Gryce tenía una repugnancia ingénita por lo que llamaba «comprometerse», y, por mucho que cuidase de su salud, era indudable que juzgaba más prudente mantenerse fuera del alcance de la pluma y del tintero, hasta que el azar le librase de las redes de Mrs. Fisher; mientras tanto dirigía miradas angustiosas á Miss Bart; pero ésta no contestaba más que abandonándose cada vez más á una actitud de graciosa absorción.

Sacóla de su ensueño la aparición de su primo Jack Stepney, quien, al lado de Gwen Van Osburgh, atravesaba el jardín, de vuelta del Stenosis.

La pareja en cuestión vivía una novela análoga á la que Lily soñaba, y ésta experimentó cierto desagrado al contemplar lo que le parecía una caricatura de su propia situación. Miss Van Osburgh era una muchachota cuyo rostro carecía de relieve, y el espíritu de vivacidad; Jack Stepney dijo de ella una vez, que era todo reposo como un asado de cordero. Los gustos de él la llevaban hacia un alimento menos sustancioso y más selecto; pero el hambre hace que sepa bien cualquier manjar, y hubo períodos en los que Stepney estuvo reducido á un mendrugo.

Lily los examinó con interés: el rostro de la joven se volvía hacia su compañero como un plato vacío que se presenta para que lo llenen; mientras que el hombre acusaba el creciente fastidio que no tardaría en concluir con la forzada sonrisa.

«¡Ah! ¡qué impacientes son los hombres!—se decía Lily.—Jack, para lograr todo lo que desea, no tiene más que estarse quieto y dejar que esa muchacha se case con él; mientras que yo tengo que calcular, combinar, avanzar, retroceder, como si ejecutase una danza complicada, en la que sólo un paso en falso me pusiera irrimisiblemente fuera del baile.»

Lily se fijó también entonces en el parecido que ofrecían Gwen Van Esburgh y Percy Gryce. No tenían, sin embargo, semejanza alguna en las facciones. Gryce era una especie de belleza clásica—la del dibujo de un buen alumno de modelado,—y la cara de Gwen era como un rostro pintado en un globo de niño. Pero la afinidad profunda era indiscutible; ambos tenían los mismos prejuicios, el mismo ideal, y ese dón de suprimir por ignorarlo todo, otro punto de vista que no sea el propio. En suma, Gryce y Miss Van Esburgh estaban hechos el uno para el otro, con arreglo á todas las leyes de la atracción física y moral... «Sin embargo, jamás se les ocurriría esa idea, pensó Lily. Cada uno quiere una criatura de raza diferente, de la raza de Jack y de la mía, con toda suerte de intuiciones, de sensaciones, de percepciones, cuya existencia ni siquiera suponen... Y siempre logran procurarse lo que desean...»

Se puso á hablar con su primo y Miss Van Osburgh, hasta que un gesto de Gwen la advirtió que hasta la confianza de parentesco está sujeta á sospechas, y Miss Bart, cuidadosa de no crearse enemistades en aquel momento decisivo de su carrera, dejó á la feliz pareja que se dirigía á la mesa de té.

Sentándose en el escalón más alto del terrado, Lily apoyó la cabeza en la madreselva que festoneaba la balaustrada. El perfume de estas últimas flores parecía una emanación de aquella apacible vista de paisaje que llegaba al último grado de la elegancia rural.

Allí permaneció largo rato Lily entregada por completo á sus pensamientos, que, por lo gratos, estuvieron en armonía con lo refinadamente delicioso de aquel paraje.

De pronto oyó pasos en la terraza. Supuso que sería Percy Gryce, y sonrió al pensar lo significativo que era que viniera á buscarla á aquel sitio, en vez de refugiarse junto al fuego en cuanto pudo escaparse de Mis Farish.

Se volvió, dispuesta á acogerle como merecía semejante galantería; pero su saludo vaciló y enrojeció de asombro, porque el hombre que se acercaba á ella era Laurence Selden.

—Ya ve usted—dijo éste—que al fin y al cabo he venido.

Pero Lily no tuvo tiempo de contestarle; Mrs. Dorset se presentó de improviso con un ademán de reivindicación.

V

La observancia del domingo en Bellomont señalábase principalmente por la puntual aparición del elegante ómnibus que venía á llevar á los huéspedes á la iglesia próxima. Que subiera alguien ó no, era una cuestión de importancia secundaria; la sola presencia del ómnibus acusaba las intenciones ortodoxas de la familia.

Mrs. Trenor pretendía que sus hijas fuesen realmente á la iglesia; pero como las creencias de la institutriz francesa la llamaban al templo rival, y el cansancio de la semana retenía á la madre en su habitación hasta la hora de almorzar, rara vez había nadie para comprobar el hecho; de vez en cuando, en un espasmódico acceso de virtud—cuando se había alborotado mucho la víspera,—Gus Trenor ajustaba su corpulencia en una ceñida levita, y despertaba á sus hijas; pero, por lo general, como explicaba Lily á Gryce, olvidábase este deber paternal hasta el momento en que las campanas repicaban á través del parque, y el ómnibus se marchaba vacío.

Lily dijo á Gryce que esta negligencia en las prácticas religiosas repugnaba á sus hábitos de la niñez, y que durante sus estancias en Bellomont acompañaba siempre á la iglesia á Muriel é Hilda. Esto cuadraba bien con la afirmación—hecha tam-

bién confidencialmente—de que nunca había jugado al bridge, sino por compromiso la noche de su llegada, en que perdió atrozmente por su misma ignorancia del juego. Era indudable, que á M. Gryce le agradaba Bellomont: gustábale la vida fácil y brillante, y el lustre que le daba la compañía de aquellas gentes ricas y de viso. Pero parecíale que era una sociedad muy materialista; había momentos en que le asustaban la conversación de los hombres y la mirada de las mujeres, y se alegró de descubrir que Miss Bart, á pesar de todo su aplomo, no se sentía á gusto en una atmósfera tan equívoca. Así fué, que le satisfizo particularmente el saber que Lily iría como siempre á la iglesia con las niñas de Trenor, el domingo por la mañana; y mientras que esperaba á la puerta del parque, con su gabán al brazo y su libro de oraciones en la mano, meditaba gratamente sobre la fuerza de carácter que había conservado á Lily fiel á su educación primera en un medio tan contrario á los principios religiosos.

Durante mucho tiempo permanecieron solos á la puerta del parque Mr. Gryce y el ómnibus; pero el joven, lejos de lamentar esta deplorable indiferencia de los otros huéspedes, abrigaba la esperanza de que Miss Bart fuese sola. Pasaba el tiempo, y no se presentaba nadie; Gryce consultaba su reloj con impaciencia. Por fin se oyó ruido de faldas, pero quien apareció fué Mrs. Wetherall.

Los Wetherall iban siempre á la iglesia. Pertenecían á ese vasto grupo de autómatas humanos que pasan por la vida sin dejar de hacer ni uno solo de los gestos de los muñecos que los rodean. Los muñecos de Bellomont no iban á la iglesia, es verdad; pero iban otros de una importancia igual, y las relaciones de los señores de Wetherall eran tantas, que Dios figuraba en la lista de sus visitas. Tras los Wetherall aparecieron Muriel é Hilda, bostezando. Declararon que habían prometido á Lily ir á la iglesia con ella: Lily era tan buena con ellas, que deseaban complacerla, por más que no acertaban á comprender por qué se le había ocurrido semejante idea... A las

pequeñas Trenor siguió Lady Cressida Raith, con un traje de seda *liberty* y sus dijes etnológicos, la cual, á la vista del ómnibus, se asombró de que no se fuese á pie; pero Mrs. Wetherall protestó horrorizada, diciendo que la iglesia estaba á una milla de distancia, y Lady Cressida, despues de mirar los tacones de la otra, admitió la necesidad del coche: el pobre Gryce se encontró de esta suerte embarcado con cuatro mujeres cuya salvación no le interesaba ni poco ni mucho.

Tal vez le hubiera consolado un poco el saber que Miss Bart había tenido realmente la intención de ir á la iglesia. Hasta se levantó con tal objeto más pronto que de costumbre. Pensaba que, al presentarse ante Gryce con un traje gris, de pudibundo corte, y con sus hermosos párpados inclinados sobre un libro de oraciones, remataría su obra de conquista, y haría inevitable cierto incidente que se produciría, así lo había decidido, durante el paseo que habían de dar juntos después del almuerzo. En suma, sus proyectos fueron más precisos que nunca; pero la pobre Lily, á pesar del impenetrable barniz exterior, era interiormente tan manejable como la cera. Su facultad de adaptarse y de entrar en los sentimientos ajenos, que á veces la servían en circunstancias insignificantes, la perjudicaba en los momentos decisivos de su vida. Era como una planta marina en el flujo de las mareas, y hoy toda la corriente de su humor la llevaba hacia Selden. ¿Por qué había venido? ¿Por verla á ella ó ver á Berta Dorset? Esto era lo último que debiera haberse preguntado. Mejor hubiera hecho en limitarse á pensar que Selden había respondido á las desesperadas llamadas de Mrs. Trenor. Pero Lily no dejó de pensar en el asunto desde que Mrs. Trenor la dijo que el joven había venido espontáneamente.

—Ni siquiera ha telegrafiado; por casualidad encontró la charrete en la estación... Tal vez no haya concluído con Berta, después de todo—declaró Mrs. Trenor.

Y se fué á arreglar los puestos de la comida. Por principio, favorecía siempre la felicidad de sus amigas casadas, y puso

á Selden al lado de Mrs. Dorset; en cambio, con arreglo á las antiguas y venerables tradiciones de las casamenteras, separó á Lily de Mr. Gryce, confiando la primera á Jorge Dorset, mientras que Gryce daba el brazo á Mis Van Osburgh.

La conversación de Dorset no molestaba en nada los pensamientos de su vecina. Era un lamentable dispéptico, dedicado á descubrir los ingredientes de cada plato, y á quien solamente la voz de su mujer podía distraer de semejante cuidado. En esta ocasión, sin embargo, Berta no tomó parte en la conversación general. Hablaba en voz baja á Selden, y volvía desdeñosamente al anfitrión un hombro desnudo. Gus Trenor, lejos de molestarse por esta exclusión, se sumía en los excesos del *menú* con la alegre irresponsabilidad de un hombre libre. Mas, para M. Dorset, la actitud de su mujer era evidentemente un motivo de alarma: en los momentos en que no estaba ocupado en quitar la salsa de su trozo de pescado ó en apartar la miga demasiado fresca de su panecillo, tendía su flaco cuello para verla entre las luces.

Mrs. Trenor había puesto al marido y á la mujer en los lados opuestos de la mesa: Lily podía ver á Mrs. Dorset, y mirando un poco más allá, establecer una rápida comparación entre Selden y Gryce. Esta comparación la perdió. ¿Cómo explicar de otra manera que de repente se interesase por Selden? Hacía ocho años, ó más quizás, que le conocía. Siempre le había juzgado más agradable que la mayoría de los hombres, y había deseado vagamente que poseyera las otras cualidades necesarias para fijar su atención. Pero hasta entonces no vió en él más que uno de los gratos accesorios de la existencia. Miss Bart leía á libro abierto en su propio corazón; comprendió que su repentino interés por Selden era efecto de la nueva luz que la presencia de aquel hombre arrojaba sobre los presentes. No es que fuese notablemente brillante ó excepcional; en su profesión, más de uno le aventajaba y aburría á Lily durante fastidiosas comidas. Era más bien que había sabido conservar una personalidad propia en medio de la vida mundana; parecía

considerar el espectáculo objetivamente, tener puntos de contacto dentro de la gran jaula dorada en la que estaban todos metidos, para deslumbramiento de los tontos.

Lily pasó revista á los invitados, desde Gus Trenor, que devoraba, hasta su mujer, que parecía el escaparate de un joyero. ¡Qué vulgares eran todos!

La revista mental de Lily fué interrumpida por M. Dorset, que la interpeló de pronto:

—Mire usted, Miss Bart—dijo con lúgubre alegría.—Perdone, pero mire á mi mujer, que está poniendo en ridículo á ese pobre diablo... Diríase verdaderamente que ella está interesada por él, y sucede todo lo contrario, se lo aseguro.

Ante estas palabras, Lily volvió los ojos hacia el espectáculo que producía á M. Dorset una hilaridad tan legítima. Tenía razón, y ciertamente, por las apariencias, Mrs. Dorset desempeñaba en la escena el papel más activo: su vecino parecía recibir sus avances con un entusiasmo moderado que no bastaba á distraerle de la comida. Lily, al ver esto, volvió á su buen humor, y como conocía el particular disfraz que tomaban los temores maritales de M. Dorset, le preguntó jovialmente:

—¿No está usted terriblemente celoso?

Dorset contestó en el mismo tono:

—¡Oh! extraordinariamente... Ha dado usted en el clavo... La cosa no me deja dormir por la noche. Dicen los médicos que los celos tienen la culpa de mis malas digestiones.

Lily iba á replicar algo, cuando la sorprendió una frase pronunciada al otro lado de la mesa. Miss Corby, que era la graciosa de la reunión, bromeaba con Jack Stepney sobre la boda de éste, y le dijo:

—El padrino será, naturalmente, Sim Rosedale.

Stepney contestó sin desconcertarse:

—Es una idea, me hará un regalo asombroso.

«¡Sim Rosedale!» Aquel nombre, más odioso aún por el empleo del diminutivo, importunaba á Lily tanto como una

ojeada indiscreta. Significaba una de las numerosas y abominables posibilidades que rodaban por los confines de su existencia. Si no se casaba con Percy Gryce, tal vez llegaría un día en que tendría que ser atenta con gentes como Rosedale... ¿Si no se casase con Percy?... Pero contaba ciertamente con esto—estaba segura de él y de sí misma... Y, sin embargo...

Cuando subió aquella noche á su cuarto, se encontró con una nueva remesa de cuentas, que Mrs. Peniston en persona, concienzudamente, la había enviado por el último correo.

Miss Bart se levantó al día siguiente, muy seriamente convencida de que estaba en el deber de ir á misa. Llamó para que la preparasen el vestido gris y mandó á buscar un libro de oraciones.

Pero semejante decisión era excesivamente razonable para que no contuviera en sí gérmenes de rebelión: una vez terminados los preparativos, despertaron en Lily un sordo sentimiento de resistencia. Una chispa pequeña bastaba para inflamar su imaginación, y la vista del traje gris y del libro de oraciones iluminó á lo lejos los años futuros. Tendrían que ir á los oficios todos los domingos con Percy Gryce. Tendrían un banco, cerca del altar, en la iglesia más cara de Nueva York, y el nombre de Percy figuraría en el anuario de las caridades parroquiales. Al cabo de algunos años, cuando hubiera engordado, harían de él un miembro del consejo de fábrica. El pastor iría á comer con ellos una vez al año, y Percy la rogaría que tuviese cuidado con los invitados, en los que no había de haber divorciadas, excepto aquellas que hubieran dado prendas de arrepentimiento al volverse á casar muy ricamente. No había nada muy arduo en este conjunto de obligaciones religiosas; pero esto representaba una parte de la gran masa de enojos que se dibujaba en su camino. ¿Y quién podía consentir en ser enojado en semejante mañana? Lily había dormido bien, y el baño la dió un esplendor delicioso.

El día conspiraba con su humor; invitaba á la libertad y á la pereza. En el aire ligero flotaba un polvillo de oro; el pai-

saje estaba radiante. Cada gota de la sangre que corría por las venas de Lily la invitaba á la felicidad.

El ruido de las ruedas la hizo asomarse tras las persianas; no se arrepintió. Hasta el rostro de contrariedad de Gryce la hizo pensar que había obrado cuerdamente al abstenerse: así desearía él más el paseo de la tarde. De este paseo no pensaba prescindir: las cuentas que tenía delante se lo exigían. Pero mientras tanto tenía la mañana por suya, y podía meditar agradablemente sobre el empleo de aquellas horas. Conocía bastante bien las costumbres de Bellomont para saber que, según todas las probabilidades, tendría el campo libre hasta el almuerzo. Había visto á los Wetherall, á las pequeñas Trenor y á lady Cressida, encajonados con toda seguridad en el ómnibus en compañía de Percy Gryce; Judy Trenor debía de estar ocupada en hacerse lavar el pelo; Carry Fisher había debido de llevarse á Mr. Trenor para un paseo en coche, y Ned Silverton estaría probablemente en su cuarto fumándose el cigarrillo de la desesperación juvenil. En cuanto á Kate Corby, jugaba sin duda al tennis con Jack Stepney y Miss Van Osburgh. De mujeres no quedaba más que Mrs. Dorset, y ésta no bajaba nunca hasta el almuerzo, porque decía que los médicos la habían prohibido exponerse al aire vivo de la mañana.

A los otros miembros de la reunión, Lily no concedió ni la limosna de un pensamiento; estuviesen donde quisieran, no había probabilidades de que la perturbasen en sus proyectos. Estos, por el momento, consistían en ponerse un traje más estival y de campo que el elegido antes, y bajar la escalera con la sombrilla en la mano y como dispuesta á hacer ejercicio. Atravesó el salón vacío y se dirigió á la biblioteca, situada en el extremo de la casa. Nunca se leía en la biblioteca de Bellomont, pero la estancia gozaba de cierta popularidad como fumadero ó como retiro tranquilo para el *flirt*. Lily pensó, no obstante, que la biblioteca podría estar ocupada á la sazón por la única persona capaz de utilizarla para lo que era. Antes d ellegar á la mitad de la pieza vió que no se había equi-

vocado. Laurence Selden, en efecto, estaba sentado en el otro extremo; pero aunque tenía un libro sobre las rodillas, su atención estaba en otra parte: hallábase acaparada por una dama, llena de encajes, cuya línea se destacaba con esbeltez exagerada sobre el cuero oscuro del asiento.

A la vista del grupo, Lily se detuvo un instante; pareció á punto de retirarse; después, con decisión, anunció su presencia; sacudiendo ligeramente su falda; la pareja alzó la cabeza—Mrs. Dorset, con una mirada de franco desagrado y, Selden con la apacible sonrisa que le era habitual. La serenidad de su aspecto turbó á Lily; mas para ella, el turbarse era motivo para hacer en el acto un brillante esfuerzo á fin de recobrar su sangre fría.

—¡Dios mío! ¿estoy retrasada?—preguntó tendiéndole la mano.

—¿Retrasada para qué?—preguntó Mrs. Dorset con acritud.—En todo caso, no será para el almuerzo... pero tal vez tendría usted una cita más temprano.

—Sí; tenía una—dijo Lily con aplomo.

—¿De veras? Entonces tal vez la moleste. Pero el señor Selden está por completo á su disposición.

Mrs. Dorset estaba pálida de cólera, y su adversario experimentaba cierto placer en prolongar su suplicio.

—No, por Dios... quédese—dijo Lily.—No tengo el menor deseo de echarla.

—Es usted muy amable, querida; pero yo no tengo la costumbre de perturbar las citas del Sr. Selden.

Esta declaración fué hecha con un pequeño acento de autoridad, que no se le escapó á Selden; se coloreó un poco y lo disimuló agachándose para recoger el libro que había dejado caer. Los ojos de Lily se agrandaron deliciosamente, y se echó á reir.

—Pero si yo no tengo ninguna cita con el Sr. Selden... Tenía cita para ir á la iglesia, y temo que el ómnibus se haya marchado sin mí... ¿Saben ustedes si se ha marchado, en efecto?

Selden contestó que le había visto alejarse hacia ya algún tiempo.

—¡Ah! entonces tendré que ir á pie; he prometido á Muriel é Hilda acompañarlas á la iglesia. ¿Dice usted que es muy tarde para ir á pie? Bueno, pues me agradecerán que lo haya intentado por lo menos... y tendré la ventaja de esquivar una parte del oficio.

Y, con amistosa inclinación de cabeza, Miss Bart salió de la habitación.

Tomó el camino de la iglesia, pero sin andar de prisa, cosa que no pasó inadvertida para Selden. Lo cierto es que ella experimentaba una decepción bastante viva. Todos sus planes de la jornada tenían por fundamento la creencia de que Selden había venido por ella á Bellomont. ¿Era posible, en efecto, que hubiera venido por Berta?

Dando vuelta á estos pensamientos, caminaba despacio y, al entrar en el bosque, concluyó por sentarse en un asiento rústico en un recodo del sendero. El lugar era delicioso, y Lily no era insensible á su encanto, ni al hecho de que su propia persona realzaba el paraje. Nadie, sin embargo, aparecía para gustar del cuadro y, tras media hora de espera estéril, se levantó y continuó vagando. Experimentaba una vaga sensación de aislamiento interior más profundo que la soledad que la rodeaba... De pronto oyó pasos á su espalda, y vió á Selden á su lado.

—¡Qué de prisa anda usted!—dijo él.—No creí alcanzarla nunca.

Ella contestó jovialmente:

—Debe usted de estar rendido. He estado una hora sentada bajo ese árbol.

—¿Para esperarme, sin duda?

—Esperaba... para ver si venía usted.

—Aprecio el matiz, pero no me preocupa, porque usted no podía hacer una cosa sin la otra... ¿Pero no estaba usted segura de que vendría?

—Sí, lo esperaba... pero no tenía más que un tiempo limitado para cerciorarme.

—¿Por qué limitado?... ¿Limitado por el almuerzo?

—No; por mi otra cita.

—¿La cita para ir á la iglesia con Muriel é Hilda?

—No; para volver de la iglesia con algún otro.

—¡Ah!, ya veo... Debería saber que usted está siempre ricamente provista de alternativas... Y esa otra persona, ¿volverá por aquí?

Lily se echó á reir.

—Eso es lo que no sé, y, para saberlo, necesito llegar á la iglesia antes que termine el oficio.

—Perfectamente. Y yo necesito impedirlo... en el cual caso, la otra persona, molesta por la ausencia de usted, tomará la resolución desesperada de volver en ómnibus.

Estas palabras parecieron impresionar á Lily.

—¿Es eso lo que haría usted en semejantes circunstancias?

Selden la miró solemnemente.

—Yo estoy aquí para probar á usted lo que soy capaz de hacer en ciertas circunstancias.

—Andar á la velocidad de una milla por hora... Reconozca usted que el ómnibus iría más de prisa.

—¡Ah! ¿Pero es que la encontrará á usted por fin? En eso se verá si ha triunfado.

Se miraron con el mismo gusto que tuvieron al charlar el día del te; pero de pronto cambió la expresión de Lily.

—Pues bien, según usted, ha triunfado.

Selden, siguiendo las miradas de la joven, vió unas personas que avanzaban por el sendero. Lady Cressida había indudablemente insistido para que se volviese á pie. Selden examinó rápidamente á los hombres que venían: Wetherall, que marchaba respetuosamente al lado de lady Cressida, con su mirada oblicua, atento y nervioso, y Percy Gryce, cerrando la marcha con Mrs. Wetherall y las pequeñas Trenor.

—¡Ah! Ya comprendo ahora su afición por las *america-*

nas—exclamó Selden con franca admiración al recordar unas preguntas que sobre tales libros le hiciera una vez la joven.

Pero la brusca coloración de Miss Bart cortó á Selden.

Lily Bart no gustaba por lo visto de que la embromasen sobre sus adoradores ó sobre sus medios de atraerlos. Esto era para Selden un fenómeno nuevo: un relámpago de sorpresa iluminó ante él todo un mundo de posibilidades. Pero ella se irguió bravamente para defender su turbación, y dijo:

—Para eso le esperaba... para darle gracias por haberme enterado de este asunto.

—¡Ah! No puede usted dármelas en tan poco tiempo—dijo Selden en el momento en que las niñas vieron á Miss Bart.

Y mientras que ella contestaba con la mano á los saludos, añadió prontamente:

—¿No quiere usted consagrarme la tarde? Ya sabe usted que es preciso que me marche mañana. Daremos un paseo, y podrá usted darme las gracias con calma.

VI

La tarde estaba espléndida. Reinaba en la atmósfera una profunda calma.

En los macizos del bosque había ya un poco de humedad; pero en las alturas el aire era más ligero, y al subir una colina, después de haber andado la carretera, Lily y su compañero llegaron á una región en donde el verano persistía. El camino serpenteaba á través de una pradera con árboles, y desde lo alto se descubría un magnífico panorama. Lily no tenía real intimidad con la naturaleza, pero sí la pasión de la armonía, y podía mostrarse vivamente sensible á un lugar que fuese la justa decoración de sus propias sensaciones. El paisaje que se desarrollaba ante sus ojos le parecía una expansión de su presente estado de ánimo, y hallaba cada cosa de sí misma

en aquella tranquilidad, aquella amplitud, aquellas largas perspectivas.

—Sentémonos aquí—dijo Selden al llegar á una concavidad rocosa, sobre la que los robles se erguían á pico.

Lily se sentó en la roca, con el rostro brillante por la larga ascensión. Estaba sentada, silenciosa, entreabiertos los labios por el esfuerzo de la subida, con la mirada errante apaciblemente por las quebradizas líneas del paisaje. Selden se tendió á sus pies en la hierba, amparándose con su sombrero de los rayos del sol y cruzando las manos detrás de su cabeza, que descansaba en la roca. No tenía el menor deseo de hacer hablar á Lily; el silencio, un poco anhelante de la joven, parecía formar parte de la calma general y de la armonía de las cosas. En su propio espíritu no había más que un indolente sentimiento de placer, que embotaba las vivas aristas de la sensación como la ligera bruma de Setiembre esfumaba el paisaje bajo ellos. Pero Lily, á pesar de su actitud, tan apacible como la de Selden, palpitaba secretamente al choque de los pensamientos que la asaltaban. Había en ella, en aquel momento, dos seres distintos: el uno que aspiraba ampliamente la libertad y la alegría, el otro que jadeaba en la sombría celda de las inquietudes. Pero poco á poco disminuyeron los suspiros del prisionero, ó tal vez su compañero les prestó menos atención: el horizonte se dilató, el aire se hizo más vivificante, y el espíritu libertado batio las alas para volar.

La misma Lily no hubiera podido definir aquel impulso que parecía levantarla y mecerla por encima de aquel mundo soleado que se extendía á sus pies. ¿Era el amor, se preguntaba ella, ó simplemente un accidental consorcio de pensamientos y sensaciones felices? ¿En qué medida debíase aquel impulso: á la influencia de la maravillosa tarde, á los perfumes de los bosques que languidecían, á la idea de todo el fastidio de que se había evadido? Lily no tenía en su pasado ningún recuerdo preciso en el que contrastar la calidad de sus sentimientos. Varias veces estuvo enamorada de fortunas ó de carreras; una

vez solamente de un individuo. Hacía años de esto, y fué cuando se presentó en sociedad; experimentó una pasión novelesca por un joven llamado Herberto Melson, que tenía ojos azules y el pelo ligeramente ondulado. Melson, que no poseía otros títulos que tuvieran curso en el mercado, se apresuró á servirse de ellos para conquistar á la mayor de las Van Osburgh: después engordó y se hizo asmático, convirtiéndose en un sujeto de esos que gustan cantar las gracias de sus hijos. Si Lily se acordaba de esta primera emoción, no era para compararla con la que ahora experimentaba; el único punto de comparación era ese sentimiento de ligereza, de emancipación, que recordaba haber sentido en el torbellino de un vals ó en una entrevista en el fondo de su invernadero, durante el corto tiempo de su novela juvenil. Después no había vuelto á encontrar esa elasticidad, ese ardor de libertad; pero hoy tratábase de algo más que de un ciego tanteo del instinto. El encanto particular de su sentimiento por Selden consistía en comprenderlo; podía ella poner la mano sobre cada anillo de la cadena que los unía á ambos. Aunque la popularidad de Selden no fuese ruidosa—era sentida más bien que expresada en el círculo de sus amigos,—Lily jamás había tenido por oscura la vida de aquel hombre que no se ponía de relieve. Su cultura bien conocida era generalmente considerada como un pequeño obstáculo para la facilidad de las relaciones; pero Lily, que se preciaba de tener ideas amplias y de rendir tributo á la literatura, y que llevaba siempre un Omar Khayam en un saquito de noche, sentíase atraída por aquella cualidad, cuya distinción—pensaba la joven—hubiera sido apreciada en una sociedad más antigua. Además, tenía el dón de poseer el físico del personaje. Era de arrogante estatura, y sus facciones, finamente moderadas, en aquel país de tipos amorfios, le daban el aspecto de pertenecer á una raza más rara, de llevar en sí la huella de todo un pasado concentrado. Las personas expansivas le hallaban un poco soso, y las muchachas muy jóvenes le juzgaban escéptico; pero precisamente aquel aire de reser-

va amistosa, todo lo lejos posible de una afirmación de méritos personales, excitaban el interés de Lily. Todo en él concordaba con las exigencias un tanto desdeñosas del gusto de ella; hasta aquella ligera ironía con la que pasaba revista á lo que Lily juzgaba como más sagrado. Pero le admiraba, sobre todo, por el poder que tenía de emanar un sentimiento de superioridad tan indiscutible como el hombre más rico que hubiera ella encontrado nunca.

El inconsciente prolongamiento de este pensamiento la hizo decir riendo:

—Hoy he faltado á dos citas en honor de usted. ¿A cuántas ha faltado usted por mí?

—A ninguna—contestó Selden con calma.—No tenía más que una cita en Bellomont: era con usted.

Miróle Lily, y preguntó con sonrisa maliciosa:

—¿De modo que ha venido usted á Bellomont por verme?

—Así es.

El rostro de Lily tomó una expresión más seria.

—¿Por qué?—murmuró en un tono que quitaba á la pregunta hasta el menor asomo de coquetería.

—Porque usted es un espectáculo maravilloso: me gusta siempre ver lo que usted hace.

—¿Cómo sabe usted lo que yo haría si usted no estuviera aquí?

Selden sonrió:

—No tengo la pretensión de haber desviado en lo más mínimo con mi llegada el curso de sus acciones.

—Eso es absurdo; si no estuviera usted aquí, evidentemente que no estaría yo paseándome con usted.

—No; pero pasear conmigo no es sino otra manera de utilizar sus materiales. Usted es una artista, y resulta que yo soy el color de que se sirve usted hoy. Una parte de la habilidad de usted, consiste en improvisar efectos premeditados.

Lily sonrió también; aquellas palabras eran demasiado finas

para no despertar en ella su sentido de lo «humour». Era absolutamente cierto que tenía la intención de hacer que la presencia accidental de Selden representase un papel muy definido: tal era, por lo menos, el secreto pretexto que había encontrado para faltar á su promesa de salir con Gryce. Habíanla acusado á veces de ser demasiado impaciente; Judy Trenor la aconsejó que fuese más despacio. Pues bien; esta vez no se apresuraba demasiado; dejaría que su pretendiente saborease por más tiempo la incertidumbre. Cuando el deber y el placer se presentaban unidos, no entraba en el carácter de Lily el separarlos. Habíase excusado del paseo, alegando una jaqueca; la horrible jaqueca que por la mañana la impidiera ir á la iglesia. Su aparición en el almuerzo confirmó esta excusa; estaba lánguida, como penetrada de un suave sufrimiento; llevaba en la mano un frasco de sales. Manifestaciones de este género eran una novedad para Mr. Gryce, quien se preguntó con cierta ansiedad si sería ella delicada; experimentaba temores á largo plazo sobre el porvenir de su progenitura. Pero triunfó la simpatía, y recomendó á Lily que se cuidara; siempre ansiaba el aire libre á las ideas de peligro.

Lily acogió su simpatía con un reconocimiento lánguido, insistiendo—¡era ella una compañía tan insignificante!—para que se uniese con los que, después del almuerzo, iban en varios automóviles á visitar á los Van Osburgh, en Peckshill. Mr. Gryce apreció tanto desinterés, y para matar la tarde, que amenazaba ser larga, siguió el consejo y marchó, fúnebre, con su guardapolvo y sus anteojos; al arrancar el auto, Lily se rió del parecido que ofrecía Gryce con un escarabajo.

Selden observó las maniobras de la joven con divertida indolencia. Lily no le había contestado á la proposición de pasar la tarde juntos; pero á medida que se desarrollaba el plan de la joven, convencíase de que le había comprendido. La casa estaba vacía, cuando Selden oyó los pasos de Lily en la escalera, y salió de la sala de billar para esperarla. Estaba ella en traje de paseo, y los perros saltaban á su alrededor.

—He pensado que, después de todo, tal vez me siente bien el aire—dijo la joven.

Y Selden reconoció que un remedio tan sencillo merecía ser ensayado.

La excursión duraría cuatro horas, por lo menos; Lily y Selden tenían toda la tarde por suya, y aquella sensación de reposo y seguridad acabó de orear el espíritu de Miss Bart. Con tanto tiempo para hablar, y sin asunto definido, podría gustar las raras delicias del vagabundeo mental...

Sentíase tan libre de todo pensamiento oculto, que acogió la última imputación de Selden con un poco de resentimiento.

—Verdaderamente que no sé—dijo ella—por qué me acusa usted siempre de premeditación.

—Creía que usted misma lo había confesado; me dijo usted, el otro día que necesitaba seguir cierta línea de conducta; cuando se hace una cosa, lo mejor es hacerla hasta el final.

—Si quiere usted decir que una muchacha que no tiene á nadie que se ocupe de ella se ve obligada á hacerlo por sí misma, estoy dispuesto á declararme culpable. Pero debe usted de juzgarme muy duramente si supone que no cedo nunca á un impulso.

—¡Ah! No supongo eso; ¿no la he dicho que su talento consiste en convertir los impulsos en intenciones?

—¿Mi talento?—exclamó ella con un acento de repentino cansancio.—¿Hay, en último término, otra prueba de talento más que el triunfo? Y yo, ciertamente, no he triunfado.

Selden se echó el sombrero hacia atrás, y la miró de soslayo.

—¿El triunfo?... ¿Qué es el triunfo? Celebraría mucho conocer su definición.

—¿El triunfo?... (Lily vaciló). Pues me figuro que es sacar de la vida todo el partido que se pueda sacar... Es una cualidad relativa, después de todo... ¿No tiene usted también esa idea respecto del tiempo?

—¿Esa idea?... ¡No lo quiera Dios!

Irguió el busto con una energía repentina, apoyando los

codos en las rodillas, y con los ojos fijos en el armonioso paisaje.

—Mi idea del triunfo—dijo—es la libertad personal.

—¿La libertad?... ¿Estar libre de cuidados?

Libre de todo... del dinero y de la pobreza, de la comodidad y de la inquietud, de todos los accidentes materiales mantener en sí una especie de república del espíritu, he aquí lo que yo entiendo por triunfo.

Ella se inclinó hacia adelante, con un relámpago de inteligencia.

—Ya sé... ya... es raro; pero eso es precisamente lo que yo he sentido hoy.

Los ojos de Selden buscaron con secreta dulzura los de Lily.

—¿Es tan raro ese sentimiento en usted?—preguntó.

Lily se ruborizó un poco ante aquella mirada, y replicó:

—Usted me desprecia terriblemente, ¿no es así? Pero tal vez es que yo no he tenido nunca la iniciación. Quiero decir, que no habría nadie que me hablase de la república del espíritu.

—Nunca hay nadie... Es éste un país en el que es preciso descubrir el camino uno mismo.

—Pues yo no lo hubiera descubierto nunca si usted no me lo hubiera enseñado.

—¡Ah! hay postes indicadores... pero todavía se necesita saber leerlos.

—Pues bien; yo lo sé, lo sé ahora—exclamó Lily con entusiasmo.—Cada vez que le veo á usted, me parece que descifro una de las letras del letrero... y ayer, ayer por la noche, en la comida, vi bruscamente un poco del fondo de su república.

Selden la seguía mirando, pero con distinta mirada. Hasta entonces, en la presencia y en la conversación de Lily, había gustado la dirección estética que un hombre inteligente puede buscar en caprichosas relaciones con mujeres bonitas. Su actitud fué la del espectador que admira, y hasta hubiera casi sen-

tido sorprender en ella alguna emoción debilitante que pudiese perturbar la realización de sus designios. Pero en aquel momento, la entrevista debilidad de la joven era precisamente lo más interesante de su persona. Habíala sorprendido aquella mañana en un momento de ansiedad; su rostro estaba pálido y alterado, y la misma disminución de su belleza la daba un encanto punzante. «He aquí cómo es cuando está sola.» Tal había sido el primer pensamiento de Selden; y el segundo fué notar en ella el cambio producido por la llegada de él. Este era el punto peligroso de sus relaciones, puesto que él no podía poner en duda el espontáneo agrado con que le miraba Lily. Bajo cualquier aspecto que considerase aquella intimidad naciente, no acertaba á colocarlo en el plan de vida de la joven; y ver lo imprevisto en una carrera tan cuidadosamente preparada, era cosa capaz de estimular incluso á un hombre que habría renunciado á los experimentos sentimentales.

—Pues bien—dijo Selden.—¿Le ha dado á usted ganas esa primera ojeada de conocer más? ¿Va usted á ser de los nuestros?

Mientras hablaba había sacado del bolsillo la pitillera, y ella tendió la mano:

—¡Oh! le ruego que me de usted uno... hace muchos días que no fumo.

—¿Y por qué semejante abstinencia? Todo el mundo fuma en Bellomont.

—Sí... pero no se considera como correcto en una muchacha casadera; y en este momento yo soy una joven casadera.

—¡Ah! entonces me temo que no podamos admitirla en nuestra república.

—¿Por qué? ¿Es una orden de célibes?

—No, aunque reconozca que hay pocas personas casadas... Pero usted se casará con alguien muy rico, y nuestra república es de tan difícil acceso para la gente rica, como el reino de los cielos.

—Eso me parece injusto, porque, si he comprendido bien, una de las condiciones de admisión, es la de no pensar dema-

siado en el dinero... y el único medio de no pensar en el dinero, es tener mucho.

—Igualmente podría usted decir que el único medio de no pensar en el aire, es el tener bastante para respirar. Esto es verdad, en cierto sentido; pero los pulmones de usted piensan en el aire, aunque usted no piense en él. Lo mismo ocurre con las personas ricas: puede suceder que no piensen en el dinero, pero no cesan un instante de respirarlo; si se las transporta á otro elemento, se verá cómo padecen.

Lily miraba distraídamente á través de las azuladas espirales del humo de su cigarrillo.

—Me parece—dijo tras una pausa—que usted pasa mucho tiempo en el elemento que desaprueba.

Selden recibió este floretazo con serenidad.

—Sí; pero yo he tratado de permanecer anfibio: todo va bien mientras que nuestros pulmones puedan funcionar en otra atmósfera. La alquimia verdadera consiste en poder convertir el oro en otra cosa; y este es el secreto que han perdido casi todos los amigos de usted.

Lily hizo otra pausa, y replicó:

—¿No cree usted que los que hablan mal de la sociedad, están demasiado inclinados á ver en ella un fin y no un medio, del mismo modo que los que desprecian el dinero, hablan de él como si estuviera hecho únicamente para esconderse en talegas y ser devorado con los ojos? ¿No es mejor considerar á ambos como ocasiones de las que se sirve una persona con estupidez ó con inteligencia, según la capacidad que se tenga?

—Esa es ciertamente la sana manera de ver; pero lo raro de esta cuestión de la sociedad, es que los que la consideran como un fin, son los que forman parte de ella, y no los críticos de fuera. Es precisamente lo contrario de lo que ocurre en la mayoría de los espectáculos: el público puede sufrir la ilusión, pero los actores saben que la vida real está fuera del escenario. Quienes utilizan la sociedad como recreo después del trabajo, hacen de ella el uso conveniente; pero cuando se convierte en

objetivo del trabajo, desnaturaliza todas las relaciones de la vida.

Selden se incorporó sobre un codo.

—Bien sabe Dios—siguió diciendo—que no quisiera despreciar el aspecto decorativo de la existencia. Me parece que el sentido del esplendor se justifica por lo que ha producido. Lo malo es que se pierda en ello tanta cantidad de naturaleza humana. Si somos todos la materia bruta de ciertos efectos, se preferiría ser la llama que templa el acero que la mecha que tiñe un manto de púrpura. ¡Y una sociedad como la nuestra derrocha tantas buenas cosas para producir su pequeño trozo de púrpura! Mírese á un muchacho como Ned Silverton: vale, á la verdad, demasiado para que se dedique á reparar las armas enmohecidas de una mujer de mundo. He ahí un joven que marcha á la conquista del universo; ¿no es una lástima que acabe por encontrarla en los salones de Mrs. Fisher?

—Ned es un buen muchacho, y confío que conservará sus ilusiones el tiempo suficiente para que le inspiren bonitas poesías; pero ¿cree usted que es el único en el mundo que se exponga á perderlas?

Selden contestó:

—¿Por qué llamamos á todas nuestras ideas generosas ilusiones, y á todas nuestras ideas mediocres verdades? ¿No hay motivo bastante para condenar á una sociedad en el hecho de emplearse en ella semejante fraseología? A la edad de Silverton estuve á punto de adoptar esa jerga, y sé hasta qué punto pueden alterar los nombres el color de las creencias.

Lily no le había oído hablar nunca con tanta energía en la afirmación. Su estilo habitual era el del ecléctico que resbala ligeramente y compara; impresionó á la joven la ojeada que pudo dar al laboratorio en donde se formaban las convicciones de Selden.

—¡Ah! No vale usted más que los otros sectarios—exclamó ella;—¿por qué llama usted á su república una república? Es una corporación cerrada, y usted crea objeciones arbitrarias, á fin de apartar á las gentes.

—No es *mi* república; si lo fuese, daría un golpe de Estado y pondría á usted en el trono.

—Mientras que en realidad juzga usted que ni siquiera puedo pasar del umbral... ¡Oh! comprendo lo que usted quiere decir. Usted desprecia mis ambiciones, las juzga indignas de mí.

Selden sonrió, pero sin ironía alguna.

—Pues bien, ¿no es eso un homenaje? Yo juzgo esas ambiciones completamente suficientes para las gentes que viven de ellas.

Lily le contempló con gravedad, y dijo:

—Pero ¿sería imposible el que yo, si tuviese las mismas ocasiones que esas gentes, hiciese un uso mejor? El dinero representa una porción de cosas... no solamente brillantes y automóviles.

—Evidentemente, podría usted expíar el placer que esos objetos la hubieran proporcionado, fundando un hospital.

—Pues si considera usted que esos objetos me proporcionarían la clase de placer que me conviene, debería usted considerar también que mis ambiciones son bastante buenas para mí.

Selden se echó á reir:

—¡Ah! yo no soy la Divina Providencia: no puedo garantizar el que verdaderamente gozase usted con lo que quiere usted obtener.

—Entonces lo que viene usted á decirme es que, después de haber luchado por obtener esas cosas, lo probable será que no las logre. (Exhaló un profundo suspiro.) ¡Qué porvenir tan miserable me prevé usted!

—Pero... ¿acaso no lo ha previsto nunca usted misma?

Lentamente se colorearon las mejillas de la joven: no era este color un signo de agitación; procedía de las fuentes más profundas de la sensibilidad.

—Sí, muy á menudo—dijo,—pero me parece mucho más sombrío cuando es usted quien me lo muestra.

Selden no replicó, y ambos permanecieron silenciosos unos instantes; algo palpitaba entre ellos en el vasto silencio de la atmósfera. Luego, bruscamente, Lily se volvió hacia él con una especie de vehemencia, y exclamó:

—¿Por qué me trata usted así? ¿Por qué me hace usted odioso cuanto yo he elegido, si no tiene usted nada que ofrecerme en cambio?

Estas palabras despertaron á Selden del ensueño en que estaba sumido. Ni él mismo sabía por qué había dado aquel giro á la conversación; vaciló un momento, pero de pronto dijo:

—No, no tengo nada que ofrecerla en cambio. Si tuviera algo, de usted sería, bien lo sabe usted.

Lily acogió esta brusca declaración de una manera más rara todavía: dejó caer la cabeza entre las manos, y Selden vió que estaba llorando.

No fué más que un instante, sin embargo: cuando Selden la cogió las manos, con un ademán más grave que apasionado, ella le mostró un rostro tierno, pero no desfigurado por la emoción, y él se dijo, con cierta crueldad, que hasta el llorar era para ella un arte.

Esta reflexión afianzó su voz, mientras que la preguntaba, entre compasivo é irónico:

—¿No es natural que trate de rebajar todo lo que yo no puedo ofrecerle?

Al oir esto se iluminó el rostro de Lily, pero retiró sus manos, no por coquetería, sino como si renunciase á algo á lo que no tenía derecho.

—Pero me rebaja usted á mí—replicó ella dulcemente,—al mostrarse tan seguro de que esas son las únicas cosas que yo ambiciono; ¿no es así?

Selden se estremeció; pero no fué más que el último sobresalto de su egoísmo. Casi en seguida contestó:

—Pero las desea usted. Y todos mis votos no pueden hacer lo contrario.

Miróle ella con expresión burlona, y exclamó:

—¡Ah! á pesar de todas sus hermosas frases, es usted, en realidad, tan cobarde como yo; porque usted no hubiera aventurado una palabra si no hubiese estado tan seguro de mi respuesta.

Esta réplica tuvo por efecto cristalizar las intenciones flotantes de Selden, quien dijo tranquilamente:

—No estoy tan seguro de su respuesta. Y quiero creer que ni usted misma está tan segura de ella.

Lily le miró con sorpresa, y preguntó:

—¿Quiére usted casarse conmigo?

Selden se echó á reir:

—No, no quiero... pero lo querría tal vez, si usted lo quisiera.

—Es lo que yo decía: está usted tan seguro de mí, que puede usted divertirse en hacer experimentos.

Retiró la mano que él la había vuelto á coger, y la miró con tristeza.

—No hago experimentos—dijo Selden.—O, si los hago, no es con usted, sino conmigo mismo. No sé cuáles serán los resultados; pero si el casarme con usted es uno, estoy dispuesto á correr el riesgo.

Lily sonrió débilmente.

—Ciertamente, sería un gran riesgo... nunca le he ocultado á usted lo grande que es.

—¡Ah! usted es la cobarde—exclamó Selden.

Lily se había levantado, y él estaba en pie frente á ella; mirábanse á los ojos. La dulce soledad del día que declinaba les envolvía; parecían remontados á un aire más puro. Todas las exquisitas influencias de la hora temblaban en sus venas, y los atraían el uno hacia el otro, como las desprendidas hojas eran atraídas al suelo.

—Usted es la cobarde—repitió Selden cogiéndole las manos.

Ella se apoyó un instante en él, como replegando unas alas cansadas; él creyó sentir que los movimientos del corazón de la joven eran latidos, por el esfuerzo de un vuelo prolongado,

más bien que estremecimientos ante los espacios libres. Después ella se separó, con una sonrisa de advertencia.

—Estaré horrible cuando esté mal vestida; pero sé adornar los sombreros—dijo.

Callaron de nuevo, sonrientes, como niños aventureros que han trepado hasta una altura prohibida, desde la que descubren un mundo nuevo. El mundo real á sus pies se ensombrecía, y por encima del valle asomó una luna clara en un azul opaco.

De pronto oyeron un ruido lejano, como el zumbido de un insecto gigante, y por la carretera, que serpenteaba más blanca en el crepúsculo, cruzó un objeto negro.

Lily volvió de su absorción, desapareció su sonrisa y empezó á andar.

—No creía que fuese tan tarde. Será ya de noche cuando lleguemos—dijo casi con impaciencia.

Selden la miraba con asombro; necesitó un momento para volver á hallar la habitual imagen que tenía de Miss Bart; después dijo con un tono seco que no pudo dominar:

—No era gente de la casa; el automóvil iba en sentido opuesto.

—Sí... ya he visto... (Selden la vió enrojecer en la penumbra.) Pero les dije que no me sentía bien, que no saldría... Le ruego que nos vayamos—murmuró ella.

Selden continuaba mirándola; sacó de nuevo su pitillera y encendió lentamente un cigarrillo. Parecíale necesario, en aquel momento, proclamar, con cualquier acto que le fuese familiar, que era perfectamente dueño de sí; experimentaba el deseo, casi infantil, de hacer ver á su compañera que, terminado el vuelo, había descendido sano y salvo.

Ella esperó mientras que la llama vacilaba. Luego Selden la tendió la pitillera.

Lily tomó un cigarrillo, con mano mal segura, y llevándoselo á los labios, se inclinó para encenderle en el de Selden. Éste vió que la boca de la joven se contraía en una sonrisa.

—¿Hablaba usted en serio?—preguntó ella con una entonación que pretendía ser ligera.

Selden dominó mejor su voz, y contestó:

—¿Por qué no? Ya ve usted que no corría yo ningún riesgo.

Y al ver que ella permanecía quieta, algo pálida, ante la réplica, añadió con viveza:

—¡Vamos!

EDITH WHARTON

(Continuará.)

LA MARINA EN ESPAÑA

Una nación que posee 3.740 kilómetros de costas, de ellas 775 por el Norte en el Atlántico, 1.330 por el Oeste, por el Sur y por el Oeste en el Mediterráneo; 490 rodeando las islas Baleares y 1.150 en las Canarias: hallándose unida á Francia por el istmo pirenaico de 400 kilómetros de extensión, al extremo occidental de Europa, es esencialmente marítima.

Sin embargo, los españoles, triste es confesarlo, no tienen afición á la marina, y se preocupan tanto, ó quizás menos, del inquieto y proceloso elemento que baña casi toda la Península, cual si fueran suizos.

En cambio, el español nace soldado, y nada le entusiasma como el redoble de un tambor ó el bélico sonido de una corneta al frente de un batallón.

Encuentra razonables los gastos presupuestos para el sostenimiento del ejército; pero le parece siempre excesivo y hasta superfluo lo que se pide para la construcción de buques y para la marina, en general.

¿Para qué queremos barcos de guerra después de haber perdido las colonias?...—dicen muchos...—y no piensan que las hemos perdido, precisamente, porque no teníamos barcos para defenderlas.

¿Qué tiene de extraño que haya quien se exprese en esos términos despreciativos para la marina, si un general, ministro de la Guerra, dijo, en ocasión de nuestra lucha con los Es-

tados Unidos, que en Cuba *para nada necesitábamos buques, pues que bastaban los soldados.* Se enviaron cerca de doscientos mil adolescentes, sin instrucción militar é inexpertos, que, más que para combatir, fueron á morir en los hospitales y á adquirir enfermedades incurables.

Aquel general creía, sin duda, que la guerra que se iba á desarrollar en la isla de Cuba iba á ser terrestre, y no marítima. ¡Qué error tan funesto!

La imprevisión es la característica de los Gobiernos de España, y por eso esta desgraciada nación quijotesca ha sido arrastrada á la guerra por los anglo-americanos cuando ya estaba preparada la gran República para destruir los pocos buques de que disponíamos, faltos de personal idóneo, sin estar completamente artillados y en número demasiado reducido para ponerse en frente de los poderosos buques americanos.

Si entonces hubiéramos imitado el ejemplo que nos habían dado las grandes potencias Alemania, Francia y la misma Inglaterra, que eludieron diplomáticamente llegar á un rompimiento por mar en condiciones desfavorables, con Francia, Alemania y los Estados Unidos, respectivamente, habríamos parado el golpe por el momento, sin perjuicio de reforzar inmediatamente nuestras fuerzas navales en las Antillas y en Filipinas con buques modernos eficientes; adiestrar sus tripulaciones y ejercitarlas para luchar, con probabilidades de un éxito favorable, con nuestro soberbio y artero adversario; después de haber agotado los recursos de la diplomacia para demostrar que no habíamos tenido ninguna parte en la voladura del *Maine,* y de sacrificar, en fin, nuestro orgullo, dando todas las satisfacciones compatibles con el honor é interesando en nuestro favor á Inglaterra ó Francia para ganar tiempo y no entregarnos indefensos á la rapacidad insaciable de los *yanquis,* quienes desde tiempos muy atrás venían madurando un plan preconcebido, que para ponerlo en práctica sólo esperaban un pretexto, contando con nuestro carácter altivo y con la imprevisión que informa todos nuestros actos.

En efecto; España fué á la guerra sin preparación, sin las fuerzas adecuadas ni los recursos necesarios para ella, sin barcos á propósito, y esos en pequeño número, y creyó el Gobierno que sólo con soldados sin intrucción se podrían vencer los acorazados y cruceros de los anglo-americanos.

Fueron los *yanquis* vencedores á poca costa, apoderándose de las islas Filipinas y de la de Puerto Rico, avasallando la isla de Cuba con mil vejaciones, hasta que llegue el tiempo de hacerse dueños de aquella *Perla de las Antillas,* «llave del seno mexicano», cuando quede abierto el canal de Colón-Panamá.

A la indiferencia de los españoles hacia la Marina, no deja de haber contribuído el que la capital se halle situada á mucha distancia de la mar. A Felipe II se debe que la corte esté tan tierra adentro, sólo por el fútil pretexto de que ocupa el centro de la nación.

Aquel monarca, que ha sido juzgado de muy distinta manera por la posteridad, fué sin duda fatal para la Marina. Pudo muy bien haber llevado su corte á Lisboa, haciéndose amar de los portugueses, como le aconsejaba D. Cristóbal de Moura, ilustre portugués, muy adicto á aquel rey. Con el cambio de la capital, aunque sólo fuera en alternativa con Madrid, no se habría separado más adelante Portugal, y no hubiera ocurrido probablemente el desastre de la pérdida de la Armada *Invencible,* pues que, hallándose el rey en Lisboa, hubiera podido elegir, á falta del inolvidable marqués de Santa Cruz, que en mala hora salió de este mundo, un hombre conocedor de la náutica y experto en la navegación, y no al duque de Medina-Sidonia, que era un valiente general, pero ignorante por completo de la vida de la mar (y que hasta se mareaba). Este general, que no supo mantener compacta la Armada que el pueblo llamó *Invencible,* era muy celoso de su autoridad, y no admitía consejos de los capitanes inteligentes que llevaba á sus órdenes en la flota.

La situación ventajosa de la Península ibérica, que parece dispuesta á lanzarse sobre el Atlántico, hacia el Oeste, como

avanzada de Europa, favoreció sin duda los descubrimientos de los portugueses y españoles; y si el pequeño reino de Portugal logró ocupar un lugar muy distinguido en el mundo, lo debió á su poder marítimo, fomentado por sus ilustres reyes, y principalmente por el estudioso infante D. Enrique, que, después de dar pruebas de valor en la toma de Ceuta, manifestó sus conocimientos hidrográficos en la exploración que hizo por la costa occidental de Africa, hasta Guinea. Este ilustre príncipe estableció un observatorio en Sagres, cerca del Cabo de San Vicente, donde los cartógrafos de Génova y de Mallorca, atraídos por la fama del infante, delineaban bajo su dirección las cartas geográficas y las marinas mejores que entonces se conocían.

Desgraciadamente, este estado de cosas, tan beneficioso para Portugal, debido todo á su poder marítimo, no fué duradero. Olvidándose los portugueses de lo necesaria que para su nación es siempre la marina, sobre todo para el sostenimiento de sus extensas y ricas posesiones, fueron quedando reducidos á contados buques mal pertrechados, perdieron casi todas sus colonias, y la marina lusitana, que había llegado á ser muy importante, decayó mucho, en términos de los que no ha vuelto á levantarse desde entonces. Entretanto, sus reyes, empeñados en locas empresas, gastaban los recursos del reino, sin obtener nada positivo, muriendo el rey D. Sebastián en Alcazarquivir (1578), al intentar la conquista de Africa.

En los primeros siglos, hasta el VIII, no existía en España Marina organizada, y solamente tomaron parte los españoles en algunos hechos aislados, empleando sus toscas embarcaciones de remos para transportar los combatientes, siempre á la vista de las costas: primero, bajo la dominación de los romanos, y más tarde, en tiempo de Sisebuto, para extender su dominio á los mares que circundaban el reino y libertarlo de las incursiones de los sarracenos de Africa y de los bizantinos, á quienes aquel sabio rey visigodo expulsó definitivamente, cabiéndole al gran Wamba la honra de derrotar una

numerosa flota sarracena que intentaba invadir á España por el estrecho de Gibraltar.

Los sucesores de Wamba, entregados á la molicie y á la ociosidad, no se cuidaron absolutamente de la Marina, y se olvidaron por completo de la navegación y de las artes náuticas, dando lugar por su ignorancia y desidia, á que los mahometanos, guiados por el conde Julián, gobernador de Ceuta, asentaran su planta en el Sur de la Península, á las órdenes de Tarik, en 711, apoderándose de casi todo el reino rápidamente, después de la fatal batalla del Guadalete, en la que el degenerado Rodrigo pagó con su vida sus faltas como soberano y sus liviandades como hombre.

Los castellanos, osados y animosos en las luchas y combates por tierra, se embarcaban sólo para cumplir un deber de honra y para combatir al enemigo, especialmente si éste era mahometano.

En el combate de «La Rochela» (1371), una escuadra castellana, mandada por el almirante Ambrosio Bocanegra, venció á la inglesa, haciendo prisionero á su almirante, conde de Pembroke.

Las aragoneses, por su parte, llevaron sus armas victoriosas hasta el oriente de Europa, donde los valientes *almogávares* sembraron el terror, teniendo al fin que sucumbir, á causa de la falaz conducta de los bizantinos, que los habían llamado en su ayuda contra los turcos.

El famoso Roger de Lauria, con sus aragoneses, derrotó desde 1283 al año 1300, á los franceses en Malta, mandados por Corner; á los napolitanos y provenzales en Nicotera, y luego en Calabria, Sorrento y Ponza.

Reunidas las coronas de Castilla y Aragón, bajo Isabel y Fernando, tuvieron los españoles que tomar parte activa en la política europea, y sus ejércitos, más que la Marina, fueron los que en Flandes, en Italia y en Alemania hicieron poner muy alto el nombre español.

Los descubrimientos de nuevas tierras por el gran Cristó-

bal Colón y por los navegantes que le sucedieron, despertaron entre los españoles la pasión por las riquezas, marchando á las Indias, á México, al Perú, y más tarde á la América del Sur, codiciosos de volver á sus casas posesores de inmensos tesoros, conseguidos sin gran trabajo en aquellos maravillosos países.

Abandonadas las artes y las industrias, que habían llevado ya un gran golpe con la expulsión de los judíos y los moriscos, nadie se cuidaba más que de hacer dinero á toda costa; hallándose en manos de extranjeros hasta los artículos de primera necesidad, teniendo que pagar los españoles los servicios más humildes, creyéndose dueños del mundo y de un caudal inagotable, que se les iba de entre las manos.

La Marina sufría en su desarrollo, y cada vez que se necesitaban los buques para empresas de más ó menos entidad, se aprestaban las naves con dificultad suma ó se tomaban á sueldo por cierto tiempo, siendo sus almirantes, las más de las veces, genoveses ó italianos, por no haberlos españoles de la necesaria aptitud y experiencia.

No faltaron sucesos de importancia, sin embargo, en los que se distinguieron por mar los españoles, especialmente la batalla de Lepanto (1571), en cuyo glorioso hecho de armas, D. Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, hizo recaer sobre España, como jefe de la Liga cristiana, el galardón de su victoria contra los turcos, conquistado por aquel príncipe insigne, con ayuda de los venecianos mandados por Veniero, los genoveses á las órdenes inmediatas del invicto Juan Andrés Doria, almirante temido por los musulmanes, y Colonna al frente de las galeras del Papa.

El valor era la cualidad dominante de los españoles; pero, en realidad, si á las empresas llevadas á cabo por tierra firme estaban siempre dispuestos, faltábales la pericia náutica.

En el reino de Castilla, la necesidad obligó muchas veces á utilizar la Marina, bien contra los árabes, ya contra los aragoneses, contra los franceses ó portugueses y por carecer de

barcos en buen estado y en número bastante y por falta de marineros expertos y de pilotos inteligentes, para dirigir los buques y para manejarlos con prudencia, se vieron precisados los castellanos á llamar en su auxilio, ya á los genoveses, como más experimentados en la mar, ya á los aragoneses ó catalanes, ya á los portugueses, y hasta á los mismos sarracenos granadinos, mientras aún estuvo en pie el último reino de los árabes españoles.

Poco á poco se fué formando la Marina catalana y sus naturales ejercitándose en el comercio, llegaron hasta el Oriente de Europa, para cambiar los productos de España por las sedas y ricas telas de Chipre y Palestina. Emulos los catalanes de los genoveses y venecianos, dieron impulso á las atarazanas de Barcelona y se esmeraron en la construcción de los buques destinados para la guerra.

Siguiendo la gloriosa enseña de Jaime I el Conquistador, recobraron las islas Baleares, y luego varias ciudades de la costa de Levante de España; entre ellas, Valencia en 1238. Castilla, aunque con menos inclinación que el reino de Aragón á las empresas navales, también se preocupó en la organización de la Marina, que se distinguió en la toma de Sevilla, á las órdenes de su almirante Ramón Bonifaz, en presencia del santo Rey Fernando III, en 1248 en cuyo gran hecho de armas fueron ayudados los castellanos por los genoveses y portugueses.

Estas alianzas por mar eran frecuentes, no sólo en Castilla, sino también en Aragón; pero hay que convenir en que este último reino poseía buques bien abastecidos, con los que defendía los mercantes, que además los catalanes principalmente comerciaban con las naciones mediterráneas, y los reyes de Aragón aumentaban su poder naval de dia en día, llevando sus armas por mar hasta Constantinopla.

Los valientes y denodados *almogávares* catalanes, capitaneados por el aventurero Roger de Flor, que de simple caballero templario se elevó á Almirante de una escuadra temida,

marcharon á Grecia, en el reinado de Andrónico, á pelear contra los turcos, á los cuales mantuvieron á raya, hasta que, por desavenencias y envidias de los griegos, recibió traidora muerte Roger de Flor, y resultó la disolución subsiguiente de aquellos cuerpos francos.

El descubrimiento del nuevo mundo, llevado á cabo, como es sabido, por el inmortal Cristóbal Colón, gracias á su inquebrantable perseverancia, cambió la faz de Europa, y al fin del siglo xv comenzó á abrirse una corriente de emigración desde España hacia los países descubiertos, de los cuales hacían una descripción maravillosa los que regresaban.

La mayor parte de los españoles que se trasladaron al Nuevo Mundo, sólo ambicionaban riquezas de las muchas que por las noticias que traían los aventureros codiciosos, se encontraban en aquellas lejanas tierras y para nada pensaban ocuparse en negocios comerciales, ni en especulaciones útiles para el beneficio de la Metrópoli y para el adelantamiento de la navegación.

Unicamente los Reyes Católicos se interesaron por el fomento y por la organización de la Marina de guerra y por los paises comerciales de la mercante; pero estos buenos propósitos, no se sostuvieron mucho tiempo.

La fiebre del lucro sin trabajar, era el anhelo de los españoles, y no aprovecharon de un modo conveniente los tesoros que adquirían en las colonias, para dedicarlos al mejoramiento de las artes, á la industria y á la agricultura.

En cambio, se gastaban grandes sumas en las guerras que, sin ventaja alguna para España, sostuvieron los reyes de la Casa de Austria, para saciar su ambición de aumento de territorio, mientras que la Marina decaía más y más, bajo Felipe III, Felipe IV y Carlos II, y las industrias, aun las menos importantes, iban á manos de franceses, italianos, flamencos é ingleses, que obtenían ópimas ganancias de la desidia é indolencia de los españoles, tanto más empobrecidos, cuanto más ricos debieran ser, si hubiesen sido laboriosos y previsores.

A este propósito dice el publicista Mahán: «Puede afirmarse desde luego, que las naciones poseedoras de un buen litoral con una ó dos salidas al Océano, obtendrán ventaja si buscan su prosperidad y extensión por el camino del mar y del comercio, mejor que efectuando tentativas encaminadas á producir cambios y modificaciones en el régimen político existente de comarcas donde una soberanía más ó menos prolongada, haya conferido ya derechos reconocidos á la nación que la ejerza, creando una dependencia nacional ó lazos de subordinación.

Napoleón I, que era poco afecto á la Marina, llegó á convencerse de la importancia que tiene en las naciones, y después de la derrota de Trafalgar, decía estas palabras:

«*Hacedme dueño del mar un solo día, y anulo el poder británico*»; y antes había dicho en Ulm á los generales austriacos, sus prisioneros: «*No quiero más territorios, sino comercio y buques.*»

¡Lástima que nuestros reyes austriacos no hayan pensado lo mismo!

De gratísimo recuerdo para la Marina es el nombre del esforzado D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. En 1582 ocupó las islas Azores ó Terceras, derrotando á los portugueses, franceses é ingleses, quedando sujeto á Felipe II aquel archipiélago.

No es menos digno de notar D. Juan José Navarro, Marqués de la Victoria, quien, en Febrero de 1774, derrotó á 32 navíos ingleses, con sólo 12 españoles, en las inmediaciones de Tolón, con admiración de Europa entera.

La falta de Marina militar produjo la inseguridad del comercio sobre las costas mismas de la Península; la dificultad de realizar las expediciones desde las Indias, en las que radicaba la base principal y casi única de la riqueza nacional, y la imposibilidad de defender nuestros derechos contra la rapacidad de otros Estados.

Entretanto, los filibusteros, principalmente ingleses, apre-

saban nuestros galeones que iban de América y de Manila á Cádiz, con dinero y mercancías, y aun cuando los buques de guerra españoles que los convoyaban hacían lo posible para defender los tesoros que transportaban aquéllos, no siempre lograban su objeto, dando lugar únicamente á combates aislados, en los cuales se evidenciaban actos de valor estériles, porque la falta de escuadras bien organizadas hacía que no pudieran imponer respeto, como sucedía en tiempo de los Reyes Católicos y en el del emperador Carlos V y Felipe II, cuando el nombre español era temido por todos, y su influencia universal.

El reinado de Carlos II fué un período de tristeza y de miseria en la historia de la monarquía, que llegó á una postración sólo comparable á la que experimenta en nuestros días el imperio otomano.

Sin Hacienda, sin Agricultura, sin Marina, casi sin Comercio ni Industria, que se habían entregado á manos extranjeras, y las desgracias exteriores y los desaciertos, iban dejando sin fuerzas al soberano español. Ni un Ejército, ni una Armada, ni un general, ni un estadista pudo oponer España á la enemistad de Francia en esta época de desolación, una de las de mayor inutilidad política en nuestra patria.

Para que se vea hasta dónde había llegado la ignorancia y hasta odiosidad hacia la Marina, que el Consejo de Castilla abrigó algún tiempo el proyecto de suprimir la Armada, por ser muy costosa y sin utilidad manifiesta.

A la muerte del desgraciado Carlos II, la decadencia de España era general, y su población llegó á no ser más que de 7.000.000 de habitantes.

El advenimiento de la casa de Borbón al trono de España, fué al principio beneficioso para la Marina. El cardenal Alberoni, primer ministro de Felipe V, dió en pocos años gran impulso á las Marinas militar y mercante; pero no tuvo tiempo de llevar á cabo todos sus proyectos grandiosos, porque las exigencias de la política le obligaron á dejar el ministerio y

salir de España. Este hombre eminente, perspicaz y astuto, era muy partidario de Inglaterra, y creía muy conveniente para España la amistad y la alianza de la nación británica. Lo mismo pensaba en su tiempo el honrado y sensato rey Fernando VI, cuando decía: «con todo el mundo guerra, y paz con Inglaterra». Otra cosa nos hubiera ocurrido si hubiéramos sido de esta opinión siempre. España necesita la alianza de una nación fuerte en la mar, y con su ejemplo deberíamos fomentar sin descanso nuestras Marinas de guerra y de comercio. Ninguna nación puede ser tan á propósito como Inglaterra, con cuyo auxilio aún podríamos llegar á recobrar el importante puesto que hemos ocupado en Europa y en el mundo.

Felipe V, aunque por su carácter indolente no se ocupó como debiera de la gobernación del Estado, dejó en libertad á sus ministros Patiño y el marqués de la Ensenada, que trabajaron para sacar á la Marina de la postración en que se hallaba, habiendo salido airoso en las expediciones á Italia y á Orán y en la lucha qe sostuvo con la Gran Bretaña, atestiguando la fuérza y recursos que tenía la Marina, sostenida con el planteamiento de arsenales, astilleros y colegios y por la prosperidad que entonces alcanzó la Marina mercante.

El progreso de ambas Marinas siguió durante el reinado de Fernando VI, cuyo prudente rey evitaba con tesón la guerra, sin inclinarse á Francia ni á Inglaterra, siendo su único anhelo el bien de España.

Dió á su patria trece años de paz inalterable Fernando VI, y al morir no dejó ninguna deuda. No se contentó con tener paz, sino que mantuvo una neutralidad armada, haciéndose respetar de todos, utilizando al efecto la oposición de pareceres de sus ministros Carvajal y Ensenada, partidario el primero de Inglaterra y el segundo de Francia. Fué previsor, cualidad poco conocida en España, y mantuvo en pie considerables armamentos de mar y tierra. Respecto á la Marina, fué Fernando VI su verdadero restaurador, dió gran impulso á todas las industrias navales y se construyeron en su reinado nu-

merosos buques de gran porte, más para proteger las costas y la Marina mercante que para combatir. Se crearon los arsenales de Cartagena y de Esteiro en Ferrol; se hicieron venir de Inglaterra buenos ingenieros y constructores de buques para perfeccionar los de guerra españoles, y se trajeron maestros hábiles para la fabricación de toda clase de pertrechos navales; se aprovisionaron espléndidamente los arsenales y se reglamentaron los sueldos y las gratificaciones, pagando todo con puntualidad y tratando bien á los extranjeros que venían á España al servicio de la Marina.

¡Loor á aquel excelso monarca, que hizo más por la Marina que ningún otro, ayudado por ministros amantes del engrandecimiento de su país!

No menos benéfico para la Marina fué Carlos III, á quien imitó su ministro Floridablanca en sus ideas de engrandecimiento. Si este rey ilustrado, á quien debe España muchos monumentos notables y disposiciones importantes y beneficiosas en las ciencias y en las artes, hubiera sido tan prudente y pacífico como su hermano y antecesor, y no se hubiera empeñado en una guerra desastrosa con Inglaterra, la Marina hubiera ganado en su sostenimiento; así como los arsenales y la Marina mercante, que durante su reinado tuvo mucho que sufrir de los corsarios ingleses, irritados por el apoyo que dió España á los norteamericanos contra su metrópoli.

Del tiempo de Carlos IV data la ruina de la Marina y el abandono á que llegaron la mercante y el comercio, y durante él comenzaron nuestras desventuras, teniendo lugar el 21 de Octubre de 1805 la batalla de Trafalgar, coligadas las escuadras de Francia y España contra la de Inglaterra, que mandaba Horacio Nelson. Nuestra España, esclava de Napoleón, había abdicado por entero su independencia, y derrotada totalmente en aquella función naval, perdió en 1815 en el Congreso de Viena, su rango de potencia de primer orden, y aún no se ha levantado de su estado precario, á pesar de los esfuerzos que se han hecho recientemente para levantarla de su decadencia.

Reemplazó al débil é incapaz Carlos IV, su hijo Fernando VII, de triste recordación, en cuyo reinado se cerraron las Universidades y se abrieron cátedras de tauromaquia.

La Marina, de mal en peor, nadie se ocupaba de ella; no se construían buques, ni había trabajo en los arsenales. Hubo un tiempo en que no se pagaba más de un quinto del sueldo, en plazos señalados, y de general abajo iban á recibir su ración á los hospitales, y todos los que podían, marchaban á América ó Filipinas, porque en esos países había dinero con que dar los sueldos con esplendidez, y aun se concedían hospitalidades generosamente, que no se descontaban; tal era el desorden de la administración de Marina. El rey decía, á todo esto: «poca Marina necesita España y mal pagada».

En 1800, gracias á los desvelos de Alberoni, Patiño, Ensenada (marqués de la) y Floridablanca (conde de), contaba España con una Armada de 67 navíos, 74 fragatas, 19 corbetas y gran número de buques menores.

En 1806, después de la batalla de Trafalgar, aún quedaban 42 navíos, 30 fragatas y otros buques de menos importancia. Pero el abandono en que se hallaban los arsenales, sin acopios y faltos de personal, hizo que muchos barcos, necesitados de carena, con sus costuras abiertas, pudriéndose en los astilleros y gradas, entrando por mucho la escasez de consignaciones, se tuvieran que desguazar por inútiles.

Desde 1810, empezaron las colonias americanas á insurreccionarse, y los aduladores que formaban la *camarilla* de Fernando VII le hicieron creer que sería de gran efecto la adquisición de unos navíos que quería vender Alejandro I de Rusia, para enviarlos á América contra los insurrectos. El que más trabajaba en este sentido para mover la voluntad de Fernando, era el aventurero Antonio Ugarte, que, á fuerza de bajezas, había logrado atraerse la voluntad del rey, y á quien, por la importancia de que daba muestra, llamaba el pueblo el emperador Antonio I.

Puesto de acuerdo Ugarte con el bailio Tatricheft, emba-

jador de Rusia, llevó adelante reservadamente la negociación, y á principios del año 1817 llegaron á Cádiz, procedentes de San Petersburgo, 5 navíos y 6 fragatas al parecer en buen estado; por cuyos buques rusos se pagaron 217.600.000 reales, sin más formalidades que la orden de Fernando VII. La mayor parte de estos barcos, al hacer un reconocimiento los ingenieros de la Armada, resultaron podridos y no pudieron navegar. Sólo tres de las fragatas fueron á América y allí quedaron desguazadas.

Este fué el gran negocio hecho á espaldas del inteligente y honrado ministro de Marina, D. José Vázquez de Figueroa. ¿Qué podía esperarse de un rey como Fernando VII, que, cuando en 1823 lo llevaron cautivo á Cádiz, sólo se le ocurrió decir al ver la mar:

«¡Cuánta agua! Este elemento es para los peces.»

Después del fracaso de la compra de los navíos rusos, *negocio* escandaloso que, si bien costó mucho dinero al Erario, sirvió para llenar los bolsillos de algunos, la Marina quedó reducida á la última expresión, y en 1825 sólo constaba de 22 buques entre todos; habiéndose entregado las Floridas á los Estados Unidos y perdidas la mayor parte de las Colonias, dejando, por tanto, de ingresar en el Tesoro público las rentas que de ellas se percibían.

Algo se hizo para el fomento de la Marina desde 1850, y en 1866 pudimos presentar un excelente acorazado, la fragata *Numancia*, y seis fragatas de primer orden, que hicieron un buen papel en la guerra con las repúblicas del Pacífico, y que consiguieron llamar la atención de los Estados Unidos. Poco se ha hecho desde esa época, y España no sale de su apática indolencia, á pesar de los ejemplos de la Historia y de la autorizada opinión de muchos grandes hombres que se han ocupado de la Marina.

Temístocles (500 años A. de C.) decía que el poder de los Estados está en la mar.

Carlos V dijo á su hijo Felipe II, que si quería poseer sus

estados en paz y poner freno á sus enemigos, procurase el dominio de la mar.

Por su parte, el almirante Pothuan manifestó recientemente en la Cámara de representantes de París, que sin Marina militar y de comercio no es posible ser una gran nación, y que sin la última no puede haber Marina militar, la cual, en justa correspondencia, protege el comercio y sus buques en todos los mares del globo. Esta es la solidaridad de las dos Marinas.

Alemania puso en práctica estos principios.

Cuando el reino de Prusia, en 1866, se apoderó de los Ducados de Dinamarca, porque necesitaba el puerto de Kiel y la costa adyacente, el gran Bismark comprendió que para el engrandecimiento de su patria, era preciso que fuera, no sólo potencia continental, sino también marítima, y desde entonces ha llegado esa gran nación al envidiable puesto que ocupa en el mundo, rival de Inglaterra.

España está en el caso de la Gran Bretaña, cuyo ministro Chamberlain ha dicho, como el Emperador Guillermo II de Alemania: *Nuestro porvenir está en la mar, y el imperio es el comercio.*

España debe ser potencia marítima, por su situación, por los intereses generales de sus habitantes y por su comercio con las repúblicas hispano-americanas principalmente. Por lo tanto, necesita sin remedio vencer su inercia y dedicar sus esfuerzos á mejorar su Marina.

Las naciones marítimas dedican todas ellas á los presupuestos navales, desde un 7 por 100 la que menos, á un 16 y ½ por 100 la que más, del total de sus gastos generales, mientras que España sólo emplea ¡un 3 por 100! á pesar de sus condiciones políticas y geográficas tan importantes.

Diremos, para concluir, como el ilustre D. Francisco Silvela, que renunciar á tener Armada, es renunciar á tener independencia nacional y porvenir alguno en el mundo.

PATRICIO MONTOJO

Madrid, Febrero de 1910.

CÓMO SE PROCESABA Á UN HOMBRE

DE ALTA DIGNIDAD

En la cuestión de los hechizos del rey debieron ir, no á los procesos, sino á los crueles castigos de la Inquisición, cuantos intervinieron en ellos, comenzando por el mismo Inquisidor general y los demás miembros de este Tribunal Supremo. Nunca se había visto la pasión política, atizada desde fuera, cometer en país alguno del mundo desmanes parecidos. Porque, hay que decirlo de una vez, para que tengan una orientación fundamental verdadera los espíritus selectos que se dedican con noble patriotismo á las vindicaciones que está pidiendo á gritos toda nuestra Historia. No son exactas las nociones que se nos han dado ni sobre el rey Carlos II, ni sobre los hombres de su edad, ni mucho menos sobre la condición y el influjo de las dos sucesivas consortes de aquel monarca. Desde el casamiento del rey Felipe IV con la princesa francesa Doña Isabel de Borbón, la penetración continua y amañada del influjo francés en España fué una acción tan perseverante como la de la revancha francesa contra Alemania lo es en nuestros días desde 1871, á pesar de todos los disfraces. Unico muro de contención contra ese influjo, fué el gran ministro de Felipe IV, don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, que al par que en el campo de la política y de la guerra tenía que desplegar todos los recursos de su actividad y de su ingenio, para habér-

selas con la conflagración general de Europa contra España, soliviantada aquélla por los manejos diplomáticos de Francia ejercidos hasta en Bruselas, gobernada por príncipes españoles, y hasta en Roma, cuya causa era el lábaro que defendía la nación más católica del orbe; en el palenque de la intriga solapada y clandestina, se hallaba en la necesidad de poner á su propia mujer al lado de la reina en los altos puestos palatinos para que de cerca pudiera vigilar las sujestiones recatadas que sin tregua dejábanse descolgar sobre el alcázar de Madrid desde los palacios parisienses. Cuando, á pesar de todos sus desvelos, cayó definitivamente, no encontrando país ni hombre en que apoyar la viril resistencia de su política acosada por tantos acontecimientos adversos y por esta opinión permanente de España, desnuda siempre hasta de la inspiración intensiva del patriotismo, y dispuesta á seguir todas las excitaciones aviesas del pesimismo dictado, para rebelarse ferozmente hasta contra lo que la salva y la enfrena; entonces se inició aquella universal anarquía nacional que fué creciendo por grados paulatinos, primero, bajo el gobierno del funesto D. Luis de Haro; después, bajo la crítica regencia de la reina viuda Doña Mariana de Austria y de aquella Junta de gobierno que Felipe IV en su testamento dejó establecida, y que fué fuente perpetua de tantas ambiciones postergadas y de tantas rivalidades insolentes; al mismo tiempo, las pretensiones, la incapacidad y el pernicioso proselitismo que á su alrededor despetaba la ruidosa figura de aquel D. Juan José de Austria, que fué el mayor azote que sobre España pudo caer en tiempos de tanta desventura; á seguida las proscripciones del P. Neidthard, de Valenzuela y de la reina misma, y por último, el gobierno insensato del propio hijo espúreo de Felipe IV, D. Juan de Austria, en medio de la declaración de la mayor edad de aquel rey, todavía niño, y más niño todavía, porque su augusta madre, para preservarle de las asechanzas tendidas siempre contra su vida, tuvo necesidad de criarle encogido y de educarle insuficiente entre sus faldas. Cuando D. Juan faltó, y el rey-niño comen-

zaba á ser hombre, amargaron su vida y mancillaron el Estado las sucesivas influencias de sus dos matrimonios, durante los cuales, toda la intriga de la corte de Luis XIV y del partido francés se situó en Madrid á cara descubierta, partiendo de las habitaciones conyugales de la reina María Luisa de Orleans, mientras ésta vivió, y toda la intriga de la corte de Viena y del partido austriaco, para asegurar en las de esta casa la sucesión del pobre rey enfermo, en las mismas cámaras que ocupaba en los regios alcázares la tan injustamente asendereada Doña María Ana de Neoburgo, juguete vil en medio de tantas pasiones desencadenadas, como lo era el mismo desanimado monarca.

Faltaba, como en todas las crisis de la Historia, esa unidad que sólo robustece la poderosa inspiración de un grande espíritu nacional. Aquellas luchas, como todas las que en España hemos presenciado desde la muerte de Carlos III, sin haber del todo acabado todavía, tenían, como han tenido siempre, los mismos caracteres de las que nos describe la Historia, de las que han pasado ante nuestra vista, y de las que hemos sido autores más que testigos. El concepto del puro interés nacional en España no ha existido nunca, ni aun existe. Cada hombre ha encarnado en una ambición, y esta ambición ha sido en él más sugestiva y poderosa que el interés de la patria. Todas las pasiones, todas las rivalidades, todas las luchas que de aquí han surgido han tenido el mismo carácter. No hay diferencia de tiempos. Así fué en el reinado de Enrique IV; así fué en el reinado de Carlos II; así fué en el reinado de Carlos IV; así lo fué en el reinado de Isabel II; asi lo es todavía, y no hay más que tender la mirada sobre nuestras últimas crisis. No son las instituciones, no son los reyes, no son los hombres más ó menos eminentes por sus condiciones personales ó por sus encumbramientos fortuitos: es la raza, la que no puede resistirse á sí misma; es la raza, en quien la sangre agarena que sobre ella influyó por tantos siglos, encarna en sí aquel espíritu indisciplinable que á la Península trajeron las hordas de Tariff; los

cruzamientos siempre vivos de muzárabes y muladíes, que como todos los cruzamientos de razas, dejaron á una la semilla de insumisión que todavía nos mantiene en una perpetua rebeldía de pensamiento contra todo lo que arguye orden y disciplina, y que se impone así en los movimientos individuales, como en los colectivos, á sentimientos tan altos, tan puros, tan salvadores como el de la patria y sus deberes.

Flaco de cuerpo y flaco de espíritu, como realmente fué Carlos II, su papel en la Historia no hubiera sido tan desdichado, hallándose al frente de otra nación, de otra raza. Las virtudes viriles de ésta hubieran compensado las deficiencias físicas é intelectuales de aquel rey. Pero es preciso confesar que en la sociedad que él gobernaba, lo único honrado que existía era su propia personalidad. Desde que, con los infaustos matrimonios de España y Francia, en el seno de esta monarquía, á la sazón tan poderosa, comenzaron á formarse los dos partidos, austriaco y francés, que con distintos nombres subsisten todavía, á pesar de los tres siglos largos transcurridos, dejó de existir esa unidad espiritual nacional que cuando menos vale tanto como la unidad nacional territorial ó política. Este disentimiento fundamental del espíritu nacional había llegado en los últimos años del reinado de Carlos II al mayor extremo de su infecunda energía. Todos conocían ya que el país se había dejado incautamente coger en las redes que astuta le había tendido la nación de María de Médicis, de Luis XIII, de Luis XIV, de Richelieu y de Mazzarino, y que, tanto los que seguían en sus inclinaciones, en sus simpatías ó en sus compromisos contraídos el partido cuyas influencias se recibían de París, cuanto los que, creyéndose partidarios de la tradición, en sus aficiones al nombre austriaco, miraban como una esperanza de resurrección al lado de Viena y Roma, no eran más que tristes cautivos de intereses extraños, en cuya contienda ninguna salvación había para España, fuera cual fuese de las dos la bandera que triunfara. La suprema aspiración y la suprema esperanza para todos, más por instinto que por madura reflexión,

fué entonces un sucesor legítimo para el trono en la descendencia directa del tálamo de aquel rey, y á María Luisa de Orleans se le dejó hacer y deshacer á su antojo en el Palacio real y en el gobierno soberano, mientras inspiró esta esperanza, siendo breve la tregua de todos, porque esta esperanza pronto se desvaneció.

Cuando esta esperanza quedó perdida, ¡cómo se despertó contra aquella reina el espíritu de sus contrarios! Horroriza ver en los papeles del tiempo las sátiras abyectas, los desacatos deformes, las fábulas calumniosas. Una de las damas francesas que le acompañaron siempre en Madrid desde que vino de Francia, fué apellidada en las plazas del vulgo la *Cantina*, del nombre de su marido Mr. Cantín. La *Cantina* tuvo que despedirse de España para evitar algún atropello irreprimible de la plebe, cuando los del partido austriaco hicieron cundir en las plazas de la murmuración, que esta mujer preparaba un parto fraudulento de la reina para dar un sucesor al trono. Los historiadores extranjeros, que nos han dado escrita á su gusto nuestra propia historia, que nosotros—¡qué verguenza! —hemos aceptado, nos han querido hacer la apoteosis de esta reina, diciendo que había sido el ídolo de la nación. Para la nación que Carlos II gobernaba, desventuradamente, no había ídolos; y desde su llegada á España, en medio de la fiestas nupciales, la musa satírica, que en resumen no es más que la musa de la degradación de un país que á esta vil rámera de la historia le entrega sus sentimientos más elevados, sin títulos mayores de honor y respeto, para que los pisotee en aras de un ingenio ruin, desde luego comenzó á manosearla en aquel epigrama que decía:

Venid, bella flor de Lis;
de París, que es tierra extraña:
si París, París á España;
si no París, á París.

Esta rastra alevosa del ingenio prostituído, hasta la muerte siguió á aquella reina desventurada. Por eso, cuando en

1689 ocurrió su fallecimiento, ni celebrado ni sentido por la generalidad de las gentes, la musa inmunda, si no en pasquines, en los corros de la murmuración, hizo circular aquel otro:

Murió la reina: *Requiescat*
In pace: le canta el clero;
Amén: así dicen todos;
¡Jesús!—¡á qué lindo tiempo!

Del segundo matrimonio, que el mismo año de la muerte de su primera mujer, la reina madre Doña Mariana de Austria y el Consejo de Estado en pleno aconsejaron contraer al rey con la princesa bávara Doña María Ana de Neoburgo, hermana de las, á la sazón, reina de Portugal y emperatriz de Alemania, no se ha tenido en nuestra historia más noticias ni juicios que los que han querido darnos sus rivales perpetuos, los historiadores franceses, cuyas versiones interesadas hemos aceptado por nuestras, sin juicio y sin discernimiento. Aunque á su llegada quedó en expectación el partido francés, hasta ver si hacía fecundo el lecho conyugal, cuando esta esperanza empezó á desanimarse comenzó él también á dirigir contra ella sus dardos envenenados. La tradición que de esta augusta dama nos ha conservado ese espíritu francés inmiscuído siempre, y mucho más desde aquel tiempo, en todas las cosas de España, nos la describe de un carácter irascible y altanero, que no dejaba vivir en reposo ni al rey ni á sus ministros: rodeada de su camarilla alemana, como la reina anterior de la francesa, y reina y camarilla tentadas de una codicia insaciable de honores y de riquezas. Pero, andando el tiempo, estas censuras de desocupados y maldicientes vulgares, se atrevió á más. A la reina María Luisa de Orleans se le había supuesto la intención de figurar un parto para dar sucesor al trono con la ayuda y las supercherías de la dama francesa *la Cantina*; á la reina Doña María Ana de Neoburgo le inventó el partido francés, que la impotencia física del rey era causada de un maleficio que la reina le había hecho dar, y todos los partidarios de aquella

causa extranjera, desde el confesor de S. M. hasta el Inquisidor general, entraron en el concierto de obligar al rey á purgarse de él, haciendo salir de su cuerpo al demonio que de él se había apoderado, mediante ciertos exorcismos á que había que sujetarlo.

Para estas operaciones había absoluta necesidad de dos cosas: la primera, de imbuir al rey la idea de la existencia de este maleficio y de la necesidad de liberarle de él, manteniendo sobre ello con la reina el más inviolable secreto; y en segundo lugar, poner todos los medios para que la augusta señora y las personas que más la rodeaban no tuvieran la menor noticia de esta operación. No inspirando confianza en que para ellas pudiera prestar su complicidad el P. Fray Pedro Matilla, confesor del rey, que había adquirido bastante influjo para crear título de Castilla y gobernador del Consejo de Hacienda é Indias al conde de Adanero, D. Pedro Núñez de Prado, hijo de un simple procurador de Valladolid, para reformar los salarios de los ministros y para introducirse en la estimación de la reina, y que cuando el conde de Oropesa, presidente de Castilla, quiso proponerle para una mitra, pudo con desenfado contestarle que más quería hacer obispos que serlo él; se levantaron, como era costumbre, contra su nombre y sus actos las fábulas del desconcepto público; la musa anónima de la insubordinación civil limó sarcásticas composiciones; se interesó la fácil disposición del cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo y jefe del partido francés, en la necesidad de inclinar al rey á separarle de su persona, y aprovechando la crítica circunstancia de haber caído Carlos II en una grave enfermedad que le puso en inminente riesgo de la vida, después de la celebración de una conferencia secreta en la residencia del prelado, á las altas horas de una noche con el conde de Monterrey, el marqués de Leganés, D. Sebastián de Cotes, D. Francisco Ronquillo y D. Juan Antonio de Urraca, el más íntimo consejero del cardenal, en la que, acusando á la reina de ser el origen de todas las calamidades públicas, quedó propuesto y acordado que

Portocarrero, con su gran autoridad, se llegase al rey á pedirle la caída del almirante de Castilla, que, aunque no declarado valido, se le tenía por tal, y la mudanza de confesor, que era quien sostenía al almirante en su puesto y á la reina en su iufluencia. En esta misma reunión se trató también de la persona que había de sustituir al P. Matilla, y aunque Monterrey expresó que no conocía quien pudiera ocupar tal puesto en la condición que se deseaba, y Leganés arguyó que él no conocía más que soldados, y á Ronquillo le pareciera bien el P. Fray Francisco de Posadas, que residía en Córdoba, Cotes dijo que la designación enteramente incumbía al cardenal, y éste propuso á cierto Fray Froilán Díaz, catedrático de prima de la Universidad de Alcalá, que entonces fué presentado como el sumo en saber, virtud, sagacidad y prudencia.

Aceptado el candidato, los hermanos Ronquillo, D. Antonio y D. Francisco, se encargaron de traerle en coche á Madrid, mientras en la real estancia el cardenal le hacía la cama en los oídos del rey. Llegó á la tarde siguiente, «al tiempo, dice un manuscrito de la época, que el Rey estaba desde su lecho oyendo los violines que en la pieza inmediata á su cuarto tocaban los músicos para divertirle. Asistía por casualidad entonces el P. Matilla, y habiendo entrado el Dr. Parra, médico de Cámara, se arrimaron los dos á una contraventana y se pusieron á hablar, porque eran muy amigos y contemporáneos en Salamanca. En esto, intempestivamente, atravesó por la pieza el conde de Benavente, llevando á su lado al maestro Fray Froilán, y sin detenerse entraron los dos en la cámara del rey. Alteróse Matilla al ver al catedrático de su religión de la Universidad de Alcalá entrar en la cámara y conducido por el Sumiller de Corps, todo tan sin esperar, y volviéndose al doctor Parra, le dijo:—*Adiós, amigo mío: que esto empieza por donde había de acabar.*—Y sin aguardar respuesta, se salió del cuarto del rey y de palacio, y fuése á retirar al convento del Rosario.» Aquella misma tarde, Fray Froilán tomaba posesión del confesonario de Carlos II, y ni la reina, ni el almi-

rante, ni los íntimos del almirante, que eran el P. capuchino Fray Gabriel de la Chiesa, confesor de la reina, el conde de Adanero, el de Clavijo, el marqués de Celada, D. Isidro Camargo, el jesuíta P. Casnadi y el comisario general de San Francisco, Fray Antonio Folch de Cardona, hijo del almirante de Aragón, marqués de Guadalest, hicieran siquiera el menor acto exterior ni de disgusto ni de extrañeza.

Mas desde que el P. Froilán tomó posesión de su cargo, y se instaló en la celda del vicario del convento de Santo Domingo el Real, comenzaron, primero las agitaciones plebeyas, que en medio del motín popular, causaron la salida de Madrid del almirante de Castilla y del conde de Oropesa; luego se hicieron varios cambios en puestos importantes, y en la Suprema Inquisición se sintieron las mismas inquietudes por los temores que á algunos inspiró el nuevo consejero. «Hallábase el rey Carlos II, dice el manuscrito contemporáneo á que se ha hecho referencia, gravemente accidentado de algunos años á aquella parte; padecía con frecuencia unos temblores que los físicos de entonces llamaban movimientos convulsivos, y *epilépticos* en la nomenclatura científica moderna. Solían repetírseles cada tercer día, después de comer, y algunas veces después de tomado el sueño: sentía con esto interior desfallecimiento, que le causaba, ya congojas, ya desmayos; y aunque los médicos hicieron cuanto su ciencia les aconsejaba para dominar este mal, habían sido hasta allí inútiles todas sus diligencias. El peso del mal le había hecho envejecer prematuramente: de modo que en la lozanía de la edad viril en que se encontraba, parecía un anciano de setenta años. También se habían acabado sus fuerzas, así físicas como de la voluntad, y aunque los que le observaban de cerca reconocían en él claro entendimiento para discernir bien las cosas buenas y las malas, las justas y las injustas, su postración era tal, que en sus actos aparecía una casi contradicción entre lo que su entendimiento percibía y sus obras ejecutaban. De esta contradicción principalmente fué de la que surgió entre los teólogos de la servidumbre la idea

del maleficio. El primero que quiso sujetarle secretamente á las diligencias de la Inquisición fué el Inquisidor general don Diego Sarmiento de Valladares. Reaccionó, sin embargo, en él esta idea, presentándose á su vista el escándalo de la cristiandad y los peligros á que arrojaba hasta al cuerpo político de la nación, y desistió de sus ideas, que no fueron tan íntimas y tan secretas que no comenzaran ya á abrirse paso en las más altas clases de la opinión. Pero ensanchándose siempre la esfera de esta aprehensión, llegó un día, en Enero de 1698, en que la idea del maleficio de que el rey estaba poseído llegase hasta él mismo; y tímido con sus propios escrúpulos, llamó entonces á su presencia al Inquisidor general, que ya lo era D. Fray Tomás de Rocaberti, dominico, y de la casa señorial catalana de los condes de Peralada, que antes había sido general de toda su Orden, á causa del magisterio de justicia que en ella había desempeñado, y de cuya vida austera se decía «que nunca vistió lienzo, ni seda, ni comió otros manjares que hierbas y pescados, siendo su cama más bien potro de tormento que lecho para el descanso.» Aunque Rocaberti no era profundo en letras, lo era en claro raciocinio y sana intención. Maravillado de las aprehensiones del rey, comunicólas lealmente y con lástima con el confesor, y los dos tomaron el empeño de aplicarse enteramente á la salud del Monarca, cuya vida importaba tanto y de quien se hallaban sumamente favorecidos. ¡La salud del monarca! Más de dos siglos han corrido después, y la ciencia aún no ha topado con el específico supremo que cure los grandes males del sistema nervioso. ¡Cómo por los recursos de la fe curar al infeliz *epiléptico* del trono!

Dice el papel de la época que guarda el interesante proceso de todos estos sucesos con más visos de verdad que los que hasta aquí se han publicado, que por aquel tiempo llegó á Madrid otro religioso dominico, llamado Fray Juan Rodríguez, que había sido condiscípulo del confesor en las aulas de la juventud, y de su casual encuentro surgió esa conversación de

noticias recíprocas de la suerte respectiva que casi siempre surge entre los que, habiendo sido muy amigos, se han hallado mucho tiempo sin comunicarse. Fray Juan refirió al confesor el curso vario de su vida hasta dar de capellán en un convento de monjas dominicas recoletas que con la advocación de la Encarnación, tenía fundado en el valle de Cangas el Ilmo. señor D. Miguel Queipo de Llano, obispo que había sido primero de Pamplona y de Jaén luego; y como Fray Froilán se lamentase que hombre de tanta inteligencia y prendas se hubiese reducido á tan exigua suerte, con el asombro que es de inferir oyó replicarle:—«*No lo creas; el demonio me tiene pronosticado que Dios me guarda para grandes cosas.—¡Jesús mil veces!*—respondió santiguándose el confesor;—*pues qué ¿hablas tú con el diablo?*—Y Fray Juan le contestó:—*Si, cuando es menester: porque has de saber que en el convento de Cangas tenemos la desgracia de que dos ó tres religiosas se hallan espirituadas, y yo padezco mucho conjurándolas, y en varias ocasiones el demonio ha dicho á éstas lo que acabo de decirte.*»

No sabía Fray Froilán que hacer después de esta confesión, y corrió á comunicarla con el Inquisidor general. Valióse éste del obispo de Oviedo, Fray Tomás Reluz, para procurarse informes del vicario de Cangas, y de estos informes resultó que Fray Juan Rodríguez era en todo el valle reputado por hombre completamente de bien, buen religioso y de tal secreto, que si el Inquisidor tuviera que confiarle la misión más reservada, nadie en el mundo se penetraría de ella. ¿Qué sucedió entre el Inquisidor general, el confesor del rey y el capellán de las dominicas de la Encarnación de Cangas? Todos entraron en una misma complicidad: todos creyeron que las revelaciones del demonio á aquellas religiosas espirituadas que con él tenían familiaridad y acceso podían imponerles de la verdadera causa de los males del rey y de la persona que le dió los maleficios, si eran maleficios los que le aquejaban, constituyéndole en la impotencia moral y física que le anulaba para las arduas funciones de la vida, y lo que es mas, del remedio para la curación. Conoz-

co la correspondencia original entre Rocaberti y Froilán Díaz y el capellán de Cangas. Si era sincera su credulidad, hay que convenir en la absoluta incapacidad de todos ellos; si era una ficción conocida para un fin determinado político, todos incurrieron en lo misma vergonzosa criminalidad. La primera carta de ésta la escribió Fray Juan Rodríguez al mismo Inquisidor general, el 18 de Junio del año referido de 1698. En ella le ordenaba que pusiera los nombres del rey Carlos II y de la reina Doña María Ana de Neoburgo escritos en una cedulita y llevándola una de aquellas religiosas en el pecho y conjurado el demonio, se le habia de preguntar si alguna de aquellas dos personas padecía *maleficio*. Fray Juan Rodríguez la recibió de manos del vicario de Cangas, D. Tomás Cambero y Figueroa, á quien, para mayor seguridad, el Inquisidor la había enviado, y por el mismo conducto contestó Fray Juan que, usando de los conjuros, y puestas las manos sobre la energúmena *sobre un ara*, juró el demonio *á Dios y á la verdad,* que el rey estaba *hechizado*.

Da vergüenza seguir paso á paso esta larga correspondencia, con la que personas de la más alta suposición, puesto que la clave de todo este manejo se hallaba en manos del cardenal Portocarrero, tenían embaucado al rey, en ridículo la majestad del poder que en él se representaba y todos los intereses de la nación sirviendo de interesado juguete de ventajas comunes ó de venganzas ruines, entre el partido ambicioso que de esta manera sostenía su rivalidad con el de la reina, haciendo más profundas las llagas, no del monarca, sino de la nación en la boca del abismo. Los que hemos sido actores ó meros testigos en tantos procedimientos semejantes, aunque amoldados, como es natural, á los usos de las modernas circunstancias, entre los que, disputándoselos para repartirse los despojos de la patria, han dejado en medio del altar del sacrificio, no sólo á la corona, sino á la patria misma, no tenemos derecho á formar críticas despreciativas sobre aquellos tiempos y sobre aquellos monarcas, puestos en caricatura perpetua ante la

Historia. No eran ellos los responsables; sino la condición incorregible y siempre la misma de la raza como se ha dicho antes.

Como á pesar de esto, la presión sobre el ánimo del rey no acababa de dar todos sus efectos, los cuales eran la anulación entera de la reina por su inmixtión en los negocios públicos, se fingían cartas, que se decía llegadas hasta de Roma y Viena, en las que se afirmaba que energúmenos de una y otra parte que habían sido exorcisados habían despuesto que el *rey Carlos II de España tenía maleficios*. Se hizo venir de Alemania misma un fraile capuchino, Fray Mauro de Tenda, por ser inteligente y práctico en materias de lanzar demonios, para que, muy en secreto practicase sus conjuros con el rey. Y como todavía se le hallase remiso, se fraguó otra intriga, que se desarrolló del modo siguiente:

En uno de los días de Septiembre de 1699, entró en Palacio una mujer, sin que nadie le obstruyese el paso, y atravesando el cuerpo de guardia, llegó á la antecámara real pidiendo audiencia. El ruido que entonces hicieron los que allí se hallaban, aparentando querer contenerla, llegó hasta donde estaba el monarca, que mandó en seguida á informarse de lo que aquéllo era. Cuando se le dió cuenta al rey, mandó éste que se le diera paso, y al encontrarse la mujer echadiza y preparada en la real presencia, prorrumpió en gritos frenéticos y en insultos irreverentes, con furia tal, que Carlos II, creyéndola endemoniada, sacó un *Lignum Crucis*, poniéndoselo delante para conjurarla. Acudieron los señores que estaban fuera, y sacáronla por fuerza hasta ponerla en los corredores, en tanto que el rey dió á José del Olmo, el maestro de las obras de Palacio, orden para que, sin perderla de vista, la siguiera y le dijese la casa en que vivía, con qué gentes moraba, cuál era su vida y todo cuanto fuese digno de observarse. Temieron todos de la discreción del rey; mas pasado el primer momento del recelo de que todo se descubriera, y habiéndose sabido que Fray Mauro de Tenda había recibido orden de pasar á explorar bien aque-

lla endemoniada, se fabricó otro embrollo, constituído por un diálogo entre el fraile y la energúmena, en el acto de exorcisarla. En este informe ó acta que se llevó al rey, se decía:—«Preguntó Fray Mauro al demonio: *¿Quién malefició al rey?*—Respondió el demonio:—*Una mujer bella.*—Fray Mauro: *¿Es la reina?*—El demonio: *Sí.*—Fray Mauro: *¿Quién le hizo el maleficio á la reina?*—El demonio: *D. Juan Paliano.*—Fray Mauro: *¿De qué nación es?*—El demonio: *De los allegados de la reina.*—Fray Mauro: *¿En qué se le dió el maleficio al rey?*—El demonio: *En un polvo de tabaco.*—Fray Mauro le dirigió otras muchas preguntas como las anteriores, á las que el demonio contestó denigrando á la reina Doña María Ana de Neoburgo y al Almirante de Castilla D. Juan Tomás Enriquez de Cabrera, y á todas las personas que se consideraban como el foco del partido austriaco.

Como es natural, no pudieron pasar tantas cosas, aunque llevadas por el mayor secreto, sin que al cabo la reina se apercibiera de ellas. Deshecha en lágrimas, pidió al rey el desempeño de su real decoro. Contra Portocarrero, por su dignidad, nadie se atrevía; pero sí contra el Inquisidor general Rocaberti, contra el confesor del rey Fray Froilán y con todos sus demás cómplices de viso. Perplejo el rey, no sabía á qué partido inclinarse: la reina quería en la Inquisición un hombre de perfecta equidad, como lo era el Comisario general de San Francisco, Fray Antonio Folch de Cardona; pero los del bando contrario, que seguían ejerciendo presión é influencia en el ánimo del rey, lo inclinaban hacia el cardenal D. Alonso Aguilar y Córdova, hijo de los marqueses de Priego. Al cabo triunfó éste, y Fray Froilán se apresuró á instruirle bien de cuanto había pasado con las energúmenas de Cangas, lo que había ejecutado con el rey Fray Mauro de Tenda, venido expresamente de Alemania para exorcisarle, el lance de la mujer que penetró en Palacio y los conjuros de Tenda en casa del maestro mayor José del Olmo. Proponíase el cardenal proseguir la obra de su antecesor; pero de súbito cayó enfermo, se le sangró, y la san-

gría, en vez de curarle, le apresuró la muerte. En su sustitución fué nombrado Inquisidor general el obispo de Segovia, D. Baltasar de Mendoza, y cuando se impuso de todo, se prometió acabar con todo aquel repugnante artificio, y que la Inquisición interviniese directa y desenmascaradamente en él, para llevar á sus procesos, á sus cárceles y á sus castigos á los autores y sostenedores de tantas imposturas, con detrimento de la fe y daño irreparable del trono y de España.

El primer procesado fué Fray Mauro de Tenda. Se le imputaba otro delito; mas en las declaraciones que se le tomaron confesó todo lo de los hechizos del rey, y habiendo dicho la parte que el confesor Fray Froilán Díaz había tomado en ellos, el obispo inquisidor llevó al Consejo el decreto para el procesamiento, que los consejeros de la Suprema habían de rubricar. Antes de esto dió orden á Fray Froilán para que se abstuviera de concurrir al Consejo, y este fué el aviso que puso sobre la brecha hasta en defensa propia á los demás consejeros, que temían verse incursos en la misma responsabilidad. Inmediatamente, el obispo pidió audiencia al rey, y representándole de viva voz que Fray Froilán estaba testificado en el Santo Oficio *en materia contra la santa fe católica*, mas que el Santo Tribunal no podía proceder en su causa, por hallarse con la gran dignidad de confesor de S. M., el rey se suspendió al oirle, y después repuso:—*¿Estáis cierto, Padre, y lo está el Consejo de la Inquisición, de que eso que decís es verdad y no falso testimonio?*—Respondió el inquisidor:—*Bien se ha mirado.*—Y el rey repuso:—*Pues haced justicia, y mirad por la causa de Dios, nuestro Señor: que yo le despediré luego.*—Y el mismo día, el P. Froilán quedó exonerado. El Inquisidor general á la vez le dió orden de presentarse, en el término de diez días, en su convento de San Pablo de Valladolid, pero el confesor exonerado, viendo venir sobre él la tormenta, en lugar de obedecerle, salió de Madrid con dirección á Valverde, y desde este punto tomó el camino y se refugió en Roma. El obispo Inquisidor no se aturdía por nada; escribió al duque de Uceda,

nuestro embajador cerca de la Santa Sede, para que al instante le hiciera arrestar, y lo devolviese á España, advirtiendo á la vez á las Inquisiciones de Barcelona y Murcia, para que, en cuanto tuvieran noticia de su desembarco, se asegurasen bien de su persona y le pusiesen en sus cárceles secretas.

Cuando el atestado de sus declaraciones vino al Consejo de la Suprema, y el Secretario Cantolla dió cuenta de él, todos los amigos del antiguo confesor del rey se atrevieron á protestar; pero el Inquisidor general era hombre de temple, y después de nombrar una junta de cinco teólogos para que las examinaran, y de la que formaban parte el cura de San Andrés, Reyes, el de San Pedro, Ferreras, el historiador, el general de San Benito, el abad de Monserrat, y el P. Muñoz, franciscano, comisario general de Jerusalem, como varios de los consejeros tratasen de impedir aun el proceso, el obispo Inquisidor tomó sus medidas con tal celeridad, que, habiéndose terminado aquel Consejo á las diez de la mañana, á las once se hallaban repartidos cuatro decretos, tres para los consejeros D. Antonio Zambrana, D. Juan Bautista Arecamendi y D. Juan Miguélez Mendaña, mandándoles prender en sus casas, y el cuarto para el Inquisidor de Corte, dándole orden de que pusiese en cárcel de familiares al mismo Secretario, D. Domingo de Cantolla.

Tardías fueron estas medidas, que de haberse tomado dos años antes, ni se hubiera adelantado con tantos padecimientos la muerte del buen Carlos II, ni su memoria hubiera quedado á la posteridad por ludibrio de su flaqueza. El rey murió; el partido francés quedó triunfante desde que en su testamento Carlos II de Austria nombró su heredero en el trono al hijo del Delfín de Francia. Pero ninguno de aquellos consejeros, con tanto valor depuestos y castigados, volvió á sus perdidos honores, y el fraile embaucador, que desde el confesonario del rey se entretenía vilmente en extremarle los largos dolores de su vida y la triste condición de su nativa é incurable enfermedad—¡pobre epiléptico!,—si no tuvo que sufrir to-

da la gravedad de los castigos que merecía, por cuatro años tuvo que soportar las inclemencias de una prisión, desde la que perpetuamente tenía que ver la incertidumbre abrumadora de su suerte, hasta que el 17 de Noviembre de 1704, á instancias del rey Felipe V, se pronunció la sentencia de absolución, qne no le dió más ventajas que el bien de la libertad; porque, en vida y en muerte, para sus contrarios y para la posteridad, su nombre quedó execrado para siempre con la maldición de España por única cifra de su tumba.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO,
De la Real Academia de la Historia.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: Verdadera forma del poema escénico.=Historia: El aire romántico.=Crítica: Benefactores, naivamente.—Un aplauso á Rubén Darío.=Costumbres: En qué piensan los jóvenes.=Impresiones y notas: La oficina de Julia.—El sueño como método curativo.—Educación práctica de la mujer.—Los eugénicos.—La antipatía.

LITERATURA

Verdadera forma del poema escénico.—Dice Alberto del Bois, en *La Revue Bleue,* que el hombre y gran número de animales superiores expresan los estados de su actividad intelectual de dos modos radicalmente distintos: por medio de gruñidos, ladridos, gritos ó palabras, manifiestan sus voluntades, definen sus sentimientos y transmiten sus opiniones; por medio de cantos (sean trinos del ruiseñor ó ladridos del perro á la luna), expresan sensaciones más vagas, sueños y aspiraciones que no requieren ser definidas y expresadas inmediatamente. El primer lenguaje es para los demás; el segundo, para sí mismos.

Cada categoría de operaciones intelectuales posee así un modo propio de expresión, y la literatura lleva la huella de este doble instinto universal y original en la división de las formas del discurso, en verso y prosa, ó, mejor dicho, en lengua rimada y no rimada. Esta última es la lengua de la voluntad y de

la razón; sirve para explicar y definir, para manifestar un deseo, narrar una aventura, consignar un hecho. La lengua rimada es la del sentimiento. La lengua no rimada es esencialmente objetiva, y está hecha para hablar á otras almas; la rimada es subjetiva, y la habla uno para sí.

Tenemos que vivir y pensar para los demás, como debemos vivir y pensar para nosotros; en el primer caso, lo que deseamos, sobre todo, es ser claros, precisos, exactos; en el segundo, lo que deseamos es ser armoniosos, elegantes, bellos.

La tendencia á rimar la expresión de ciertos sentimientos, es tan natural, que el carácter de cada pueblo se encuentra en su prosodia tanto como en su lengua.

«El español, jactancioso, estrepitoso, charlatán (1), gusta de trompetear sus sueños en versos octosílabos, de rimas repetidas y múltiples. El italiano ha construído sus grandes poemas con estrofas más amplias, pero donde brilla la sonoridad de triples rimas. El galo más discreto (2) prefiere la rima simple, que parece todavía demasiado pomposa al inglés y al germano.»

Puede afirmarse, por lo tanto, que el lenguaje no rimado y el lenguaje rimado son igualmente *naturales*, puesto que ambos sirven para expresar dos estados esenciales de nuestra actividad mental. Puede afirmarse que el verso—la forma más estricta del lenguaje rimado—es tan humano y tan vivo como la

---

(1) Tiene gracia que un francés nos caracterice á los españoles con esos tres adjetivos, que quizá tuvieron su valor en los siglos XVI y XVII, pero que, ni aun entonces, sirvieron para caracterizar al español, que peca más de detractor de lo propio que de alabancioso, más de serio y grave que de estrepitoso. Puede pasar lo de charlatán; pero, hasta en esto, llevan la palma los franceses.

(2) Basta que lo diga un galo, que no es *vantard*, como se ve. Por otra parte, no sabemos qué tiene que ver la discreción con las preferencias por las rimas simples, triples ó múltiples. Entre nuestro romance, el terceto italiano y el dístico alejandrino francés, ¿cuál es lo más sencillo y lo menos estrepitoso?

prosa. El poeta es, sencillamente, un hombre capaz de desdoblarse, de mirarse vivir, de escucharse soñar. Basta un poco de oído y de sentimiento de la armonía para hacer buenos versos (no buena poesía, que es cosa muy distinta). Alejandro Dumas, hijo, se hace eco de un prejuicio vulgar, al afirmar en uno de sus prefacios que el verso es una «lengua de lujo», que no conviene ya á nuestras costumbres, ni á nuestras pasiones ni á nuestros trajes.

Para algunos, el verso es un *tour de force;* la forma poética es una forma excepcional, un modo de expresión de fantasía; el verso no tiene la espontaneidad, ni la sinceridad, ni la naturalidad de la prosa; escribir en verso es hacer «obra de arte», es expresarse en la «lengua de los dioses», es prestar más fuerza á lo que se dice por medios ficticios, por juegos de luz que hacen relampaguear las facetas de las palabras. ¡Pues bien, no! No se debe escribir en verso, sino lo que se ha pensado y sentido antes en verso; el verso no es una lengua de arte; la palabra rimada, la forma poética es tan natural, tan espontánea como cualquiera otra. El hecho de arreglar ciertas palabras conforme á un ritmo que las hace más fáciles de cantar; el hecho de prestar á estas palabras color y fuerza por medio de repeticiones, alteraciones ó asonancias, es inseparable de la expresión de ciertos sentimientos.

La división de las formas del discurso en verso y prosa es, desde luego, incompleta y arbitraria; convendría sustituirla por la división en lenguaje rítmico y no rítmico; los *Mártires* y el *Genio del Cristianismo,* obras de sentimiento y de meditación, están escritas en una lengua rica y sonora, admirablemente rítmica; sería imposible cortar un sólo epíteto de una de esas frases sin desnaturalizar toda su armonía; el período se desarrolla sobre una cadencia variable que, no por estar cortada por la campanada de la rima, es menos estricta y menos plena. Cierto es que los artificios del verso, la rima y el número, constituyen el ritmo por excelencia, pero no son indispensables ni esenciales. Ni la cadencia, ni la rima, ni el nú-

mero, ni la cantidad, son cualidades que por sí solas distingan el verso de la prosa; es el conjunto de todo ello lo que constituye el verso, el buen verso, siendo posible establecer entre la lengua no rítmica y el verso, toda una gradación armónica: la prosa propiamente dicha, la prosa poética, el verso blanco, el verso libre, el verso de rimas en asonancias cruzadas, el verso de rimas consonantes, el alejandrino cortado por cesuras irregulares y el alejandrino perfecto. Se pasaría de una á otra de esta forma de locución insensiblemente, y se podría, sin choque ni sacudida, pasar del lenguaje tranquilo y preciso de la fría razón, al lenguaje tumultuoso de la pasión, al lenguaje armonioso del ensueño.

Claro es que eso les sería imposible á ciertos escritores que se imaginan que la poesía debe hablar una lengua suya, preciosa, extravagante, torneada, torturada, erizada de epítetos, mechada con vocablos raros, amasada con inversiones ó párentesis; una lengua, en fin, que nadie ha hablado ni hablará. El verso debe expresarse con la misma claridad, sobriedad, sencillez, precisión y limpieza que la prosa; el verso debe ser semejante á la prosa, salvo en ese no se qué de armonioso, de fuerte, de luminoso, de vehemente, de acariciador, de ligero, de alado, que lo sostiene, lo eleva, lo penetra. Jamás debe deslizarse en él una palabra por complacencia para con la rima ó el número; jamás, sobre todo si forma parte de un poema dramático, debe admitir un giro que no esté admitido en la conversación, sin que por eso haya de ser prosaico.

El poema escénico, tal como debe ser, tal como los grandes Primitivos lo comprendieron, es una ópera sin el ruidoso, brutal y salvaje acompañamiento de las trompetas y de los tambores; músicas sutiles deben seguir el desarrollo de la obra, subrayando los sentimientos, marcando sus etapas, estallando en las frases vehementes, ahogándose en un murmullo cuando la pasión disminuye de intensidad, y hasta callándose del todo para dejar hablar á la razón. Desde la prosa de lenguaje frío hasta la estrofa lírica más alada y brillante, el poema dramá-

tico puede y debe contenerlo todo, como puede y debe ser capaz de contener toda el alma humana.

No se escribe en verso por dar más fuerza á lo que se dice con artificios rítmicos, sino porque el rítmo es el acompañamiento necesario de ciertos estados de alma. El poeta no es un sér excepcional, como se cree; todo hombre que sueña y que siente, es un poeta; todo hombre que canturrea ó silba ó tararea una copla de café-concierto, hace exactamente lo que Sófocles al escribir coros de *Edipo-Rey*, y Shakespeare volando en alas de las tiradas del *Sueño de una noche de verano*; no hay entre ellos más que el abismo que separa á un imbécil de un hombre de genio, y quién sabe si este abismo se reduce á la distancia ínfima entre el hombre ejercitado en cantar sus sueños en palabras y el que se contenta con expresarlos en una copla ya hecha.

No todo es sueño y sentimiento en la vida, ni aun en la vida de un poeta, ni todos los personajes de un drama son poetas. Es tarea pueril y mezquina prestar el número y el ritmo á la expresión de sentimientos que la naturaleza no ha destinado á ser cantados. Los dramaturgos griegos y latinos se servían de un alejandrino fluido y flexible, que apenas diferia de la prosa sino por la campanada del dactilo y el espondeo final, mucho menos violento que la expresión de la rima; cuando el sentimiento se exaltaba, las réplicas del diálogo se componían de versos aislados, y cuando el poeta quería expresar sentimientos provocados por el desarrollo de su creación, dejaba el ritmo alejandrino para servirse de otros más ligeros, más cantantes, generalmente reservados á los poemas líricos. Shakespeare también hace hablar sucesivamente á sus personajes la lengua de la razón y la del sueño: la prosa, el verso blanco, y cuando quiere marcar algún fin de escena impresionante, algún sentimiento vehemente, el verso rimado. ¿Por qué no dejar á la vida hablar ese doble lenguaje que ella habla en realidad? Esa sería la verdadera forma del poema escénico.

HISTORIA

El aire romántico.—Conocido es el pasaje de Teófilo Gauties en *Ésta y Aquélla*: Rodolfo resolvió que la mujer á quien había de amar sería exclusivamente española ó italiana, siendo las inglesas, francesas y alemanas demasiado frías para dar un motivo de pasión poética; decretó que su futura querida sería verde como un limón, que tendría las cejas arqueadas del modo más feroz posible, los párpados orientales, la nariz hebraica, la boca delgada y arrogante y los cabellos haciendo juego con el color de la piel. También Musset, en *Mardoche*, dice que la habría elegido en Nápoles un poco tostada, con labios á la turca, y bajo un cuello de cisne, con seno virgen y dorado como una viña tierna. El Benedicto de *Valentina* no quiere dar su corazón sino á una mujer «morena, pálida, ardiente, española, móvil». Mariacher, en fin, declara que tiene horror á los rostros frescos y redondos, porque «el mar se estira y se arruga cuando hay tormenta».

Como estas condiciones faltan á la generalidad de las mujeres, había que buscar la manera de darse esos aires de *mujer perturbadora*, de *criatura fatal y condenada*, y así lo hicieron las admiradoras de los románticos, la duquesa de Ranzau, las señoras de Agoult, de la Bourdonnaye, de la Grange. La princesa de Belgiojoso era la nueva romántica, según Houssaye, y para sobrexcitar su inteligencia, adquiriendo de paso palidez espectral, no vacilaba en emplear el veneno de moda, el *datura stramonium*, la daturina, la stramonina, la belladona, la atrofina, venenos que dilatan la pupila, dando á la mirada una fijeza extraña, profundidad y brillo; el consumo debió ser entonces espantoso, porque la princesa tuvo muchas imitadoras, y de 1830 á 1840 no se veían vagar por París, en salones, teatros y paseos, sino mujeres novelescas ó románticas con aire desesperado, reconocibles en su aspecto vaporoso, de ojos húmedos y buscadores, de cabellera abandonada. La pa-

sión de la poesía, del ideal y del amor, y la pasión sobre todo, como dice Luis Maigron, de estar á la moda pareciendo lívidas y espectrales, lo explicaba todo.

No faltaban, como es natural, burguesitas que imitaban á las grandes damas. Las *Musas* dan el tono y el dócil rebaño de las acarneradas criaturas se ponen al unísono en seguida. Una carta del irascible Lionnays, de lenguaje coloreado y brutal, nos da la prueba de ello: «He roto con Melania, dice; el brillante esplendor de su necedad había acabado por descorazonarme. Es decididamente la pava más paveante que haya paveado jamás en esta ciudad pavera. ¿Y sabéis á quién me ha dado casi en seguida por sucesor? A un mercader de electuario, á un vendedor de drogas, á un boticario. Así se podrá atracar de frascos de estramonina y de belladona. ¡Bastante me ha timpanizado por tener esos horrores que hacen los ojos grandes, como ella decía! Los suyos nunca lo eran bastante; aunque le hubieran comido toda la cara, siempre le hubieran parecido pequeños. ¡Como si bastase, cuerpo de Baco, tener los ojos grandes para ser romántica! También las vacas tienen los ojos grandes, y no conozco vacas románticas.»

Escribiendo, el 18 de Mayo de 1835, decía el mismo: «Durante algún tiempo he creído tener ictericia; pero, según mi médico, parece que tengo la vista normal, y que todo ese amarillo y ese verde que veo en los rostros de mis contamporáneos está realmente en sus rostros y no en mis ojos. Entonces creí en una invasión de chinas y japonesas, pero también me equivoqué; estos micos y estas cotorras son franceses, nacidos de padres franceses. ¡Cosa más extraña! El limón es agradable, pero me fastidiaría encontrar limón por todas partes. No detesto lo verde cuando lo veo en una hermosa pradera, y adoro el azul cuando brilla en la cúpula del cielo ó ilumina los ojos hermosos de una mujer; pero si esos dos colores se ponen en un rostro, entonces es harina de otro costal; tanto me daría pasar la vida en un anfiteatro de medicina ó entre los papuas, como en la sociedad de ciertas personas. ¡Qué trabajo os tomáis

para afearos, mujeres encantadoras, contemporáneas mías! Haceos droguistas, oh jóvenes á quienes apura la elección de una carrera; ¡droguistas para mujeres románticas»!

No todo el mundo, sin embargo, tenía esa aversión desdeñosa por las mujeres de color: «¿Sabes por qué te amo, mi bello arcangel?—dice el pintor romántico Pablo B*** á los veintiocho años.—Porque eres bella, porque eres graciosa, porque tienes talento; pero sobre todo, porque hay en tu belleza, tan diferente de la ordinaria, no sé qué encanto de hechicería, un verdadero sortilegio, y porque junto á tí no puedo menos de sentir un suave escalofrío de inquietud. Ayer te miraba cuando estábamos los dos sentados durante el pálido crepúsculo: tus ojos tenían irradiaciones extrañas; de tus grandes pupilas, más sombrías que la noche, se deslizaban resplandores fosforescentes, y de la masa espesa de tus negros y pesados cabellos se desprendían vagas claridades... Yo no te veía, pero estaba seguro de que estabas pálida, palidísima, con palidez de espectro, con esa palidez inquietante que me hace estremecer, que adoro porque me hace estremecer y que hace parecer tus ojos tan bellos, tan grandes, tan profundos y completamente llenos de claridades infernales... Me preguntas frecuentemente cuando á tu lado me olvido en largos silencios: «¿Con qué soñáis, amigo mío?» «Es verdad, sueño, y tengo los sueños más locos: sueño que vienes de otro mundo, del que llevas en tí misma el inquietante enigma; sueño que tu palidez está formada de haber contemplado espectáculos que nuestros ojos no ven.»

Así hablan los artistas, pero los románticos ordinarios procuran imitarlos, y no hablan tampoco otro lenguaje. Así escribe Luis N. á Juan H. en 1836: «Al fin, me caso, querido Gustavo. Es muy burgués esto, pero ¡como me comprenderías si conocieses á Luciana! Tiene esa palidez ardiente que hemos visto siempre en sueños en la que debía devorarnos el corazón. Sobre su piel mate, la luz juega en reflejos violetas y verduzcos. Sus dientes relumbran como los de una joven tigre y sus ojos tienen un brillo extraño, un brillo que me da miedo. Sólo un

ángel ó un demonio pueden tener miradas de esas. ¡Oh, qué ojos! Son las puertas del cielo ó los respiraderos del infierno.»

No son menos curiosas las cartas de mujeres. Magdalena G. escribe la siguiente á una amiga suya: «Estoy furiosa, monina mía; furiosa, pero con furia de tigre ó de animal más furioso todavía si lo conoces. Por más que he suplicado, rogado, toda la semana última, hasta llorado, porque he llorado, no mucho, pero en fin, he derramado algunas lágrimas, León ha permanecido inflexible. Es una roca, es una barra de hierro, un monstruo, un monstruo, te digo. ¡Ah! Nunca apreciarás bastante la dicha de tener un marido tan amable, siempre dispuesto á satisfacer tus menores caprichos. Verdad es que tú eres tan adorable... ¿Y qué crees que pedía á mi verdugo? ¡Algo monstruoso acaso, exorbitante! ¿Un tiro como el de la señora V., de que tengo tanta gana? ¿Un viaje á Oriente? ¡Ay, monada mía, no soy tan difícil! ¡No me han acostumbrado á tantas atenciones!... ¡Un frasco, querida, no deseaba más que un simple frasco! Y el monstruo ha tenido corazón para negármelo.».

Sin realizar en su plenitud el ideal romántico, la fisonomía que da la tuberculosis se acerca á este ideal; esto bastó para asegurar vivas simpatías á las jóvenes tísicas. Un tutor escribía á una antigua amiga en 1834: «La Providencia es justa, y acaba de dispensarnos una grandísima alegría á mi pobre Camilita y á mí. Soy ya muy viejo, y mi gran cuidado era dejar acaso sola á esta querida niña, sin más protección que la de unas primitas indiferentes. Y he ahí que un joven ha venido á pedir su mano. ¡Camila tendrá marido! La pobre niña no hace más que llorar, reir y abrazarme todo el día. Hemos visto ya varias veces al pretendiente: está muy bien, tiene gran barba negra y larga cabellera; parece que es la moda hoy, y sobre todo parece un sólido mozo. ¡Tanto mejor, Dios mío, tanto mejor! Y que mi querida niña sea feliz. Ya comprenderéis que no le he disimulado que la salud de Camila es delicada; eso se ve en seguida ¡pobre chica! ¿Y sabéis lo que me ha

respondido? Que prefería eso; que tenía horror á las mejillas en globo y á las caras de tomate; que su ideal era un talle delgado, talle de castellana, y grandes ojos ampliamente abiertos en una cara larga y pálida. Camila tiene todo eso, y él está enamoradísimo.»

Las ridiculeces que acabamos de analizar, dice Maigrón, han sido la chifladura de toda una generación, y el sexo fuerte las ha tenido tanto como el débil. Ante todo, era signo de distinción el talle fino; cuando se tenía naturalmente, se exageraba su finura, y cuando no se tenía, se hacían los imposibles por tenerlo ó parecerlo tener. «Puesto que me hacéis el honor de pedirme consejos—escribe un *maravilloso,*—os responderé con una palabra: todo el secreto, todo el *galbe* de un traje, está en la delgadez y en la estrechez de la cintura. Catequizad á vuestro sastre sobre esto, como á cada instante me veo yo obligado á catequizar al mío. Estos testarudos artesanos, esclavos de las tradiciones, y más rutinarios que su asquerosa Majestad la Rutina misma, parece que nunca comprenden; acordaos del chaleco rojo de Teófilo Gautier. Insistid, pues, ordenad, amenazad si es preciso: hombros anchos, faldillas amplias y flotantes, cintura estrangulada; esa es mi regla.» Algunos la practican con celo tan ciego, que se hacen ridículos. Un magistrado definía así á uno de estos exagerados: «Una manzana sobre dos calabazas, unidas por una cerilla.»

Esta esbeltez se obtenía y se sostenía, no por medio de ejercicios, como convendría á los hombres, sino á la moda de las mujeres, privándose de alimento. Cuando se queda en su casa Barbey d'Aurevilly, se regala con una comida al día, y cuando come fuera, si eso se llama comer, no toca ningún plato. Con este régimen no se hace uno con nervios de suero y con músculos de atleta; pero se adelgaza, se palidece y se convierte uno en ¡digno compañero de las fantasmáticas criaturas del otro sexo. Otro medio, generalmente empleado, era atracarse de limones y de vinagre. Para ello se necesitaba cierta preparación: se empezaba tomando limón helado, regado

con jugo de limones, y se pasaba luego á tomar los limones solos, y de allí se iba al vinagre, que se tomaba en vasos de á medio cuartillo.

Más todavía que la palidez, se estimaba la lividez. Era de moda, dice Teófilo Gautier, estar pálido, lívido, verdoso, un poco cadavérico si era posible. Los que lo estaban naturalmente eran felices; los que no, no vacilaban en hacerse infelices por estarlo.

CRITICA

Benefactores, naivamente.—El diario madrileño *A B C* es el mejor presentado de todos los españoles, y uno de los mejor escritos y organizados, y el *Doctor Fausto* es uno de sus más competentes redactores. Por eso precisamente produce más extrañeza ver en ese diario, y por esa firma maltratado con relativa frecuencia, el castellano; y si la primera vez que tropezó la vista con la palabra *benefactor*, se sintió uno inclinado á pasarla por alto, como un desliz ó un descuido de los que suelen cometerse al correr de la pluma por toda clase de escritores, al encontrarnos una y otra vez con la misma palabreja, como si se quisiera hacerla pasar por buena y corriente, no podemos menos de censurarla, por mucho que nos duela sacar á relucir esta falta en tan conocido escritor.

La palabra *benefactor* está bien formada, pues los dos términos que la constituyen, de origen latino, tienen en castellano frecuente empleo y nada hay que decir en este punto contra su formación. Pero es el caso que en castellano tenemos ya una palabra para traducir, lo que quiere expresarse con la de benefactor; y esa palabra, fruto de la evolución del habla popular, y por lo tanto genuínamente castellana y castiza, es la de *bienhechor*. Si tenemos ya *bienhechor* ¿para qué queremos *benefactor*, que dice exactamente lo mismo?

Si hubiera algún matiz, por leve que fuera, que diferenciase una palabra de otra, con gusto y hasta con gratitud admi-

tiríamos el nuevo *doublet*, pues con él se contribuiría á enriquecer la lengua, y tendríamos el término erudito *benefactor* al lado del popular *bienhechor*, como tenemos *capítulo* al lado de *cabildo, capital* al lado de *caudal* y *chantre* al lado de *cantor* y de *cantaor*; pero no habiendo ninguna diferencia, ni sintiéndose necesidad ninguna de marcar con nuevo término ningún matiz diferencial, no hay para qué aumentar nuestro vocabulario con un término completamente inútil.

Más grave todavía es un *naivamente* que se le ha escapado á *Danubio*, el redactor de cosas vienesas del popular diario. ¿De dónde ha salido ese terminacho, ó, por mejor decir, esa gabachada? Todavía, si el redactor *Danubio* estuviera á orillas del Sena, tendría más fácil explicación el desliz; pero á orillas del Danubio, no se explica sino suponiendo que, en lugar de inspirar el escritor sus informaciones en la lectura de diarios alemanes, se inspira en periódicos franceses y copia *naivamente* de *naïvement* del modo más *naïf* posible.

***

Un aplauso á Rubén Darío.—No pueden ustedes imaginarse el placer que he sentido al tropezar con una poesía de Rubén Darío que mereciera mi aplauso. Me duele tanto tener que censurar á quienes gozan del aura popular y pasan ante la opinión por eminentes, que siento inefable gozo al leer alguna de sus producciones verdaderamente digna de ser aplaudida.

Tal sucede con el *Cuento á Margarita*, de Rubén Darío. No es ninguna cosa del otro mundo, y no deja de tener algún defectillo; pero es una composición graciosa, delicada y fina, versificada con naturalidad y soltura, y sin esas rimbombancias y altisonancias á que tan aficionado suele ser el poeta americano. Hela aquí, para que nuestros lectores puedan saborearla:

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;

yo siento
en el alma una alondra cantar:
tu acento.
Margarita, te voy á contar
un cuento:

Este es el prólogo. Como se ve, el metro elegido es muy adecuado al asunto por lo gracioso de su corte; los epítetos de que tan pródigo suele ser Ruben Darío, son aquí pocos y acertados, aunque quizá hubiera algo que decir del *linda* aplicado á la mar, sólo dispensable por la índole de la composición; pero no hemos de pararnos en tales minucias. He aquí ahora el cuento:

Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes
una tienda hecha del día
y un rebaño de elefantes,
un quiosco de malaquita,
un gran manto de tisú
y una gentil princesita
tan bonita,
Margarita,
tan bonita como tú.
Una tarde, la princesa
vió una estrella aparecer;
la princesa era traviesa,
y la quiso ir á coger.
La quería para hacerla
decorar un prendedor
con un verso y una perla,
y una pluma y una flor.
Las princesas primorosas
se parecen mucho á ti;
cortan lirios, cortan rosas,
cortan astros. Son así.
Pues se fué la niña bella,
bajo el cielo y sobre el mar,

á cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.
Y siguió camino arriba,
por la luna y más allá;
mas lo malo es que ella iba
sin permiso del papá.
Cuando estuvo ya de vuelta
de los parques del Señor,
se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.
Y el rey dijo: «¿Qué te has hecho?
Te he buscado y no te hallé;
y ¿qué tienes en el pecho,
que encendido se te ve?»
La princesa no mentía,
y así dijo la verdad:
«Fui á cortar la estrella mía
á la azul inmensidad.»
Y el rey clama: «¿No te he dicho
que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡Qué capricho!
El Señor se va á enojar.»
Y dice ella: «No hubo intento;
yo me fuí no sé por qué;
por las olas y en el viento,
fuí á la estrella y la corté.»
Y el papá dice enojado:
«Un castigo has de tener;
vuelve al cielo, y lo robado
vas ahora á devolver.»
La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,
cuando entonces aparece
sonriendo el buen Jesús.
Y así dice: «En mis campiñas
esa rosa le ofrecí;
son mis flores de las niñas
que al soñar piensan en mí.»

Viste el rey ropas brillantes,
y luego hace desfilar
cuatrocientos elefantes
á la orilla de la mar.
La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor,
en que lucen, con la estrella,
verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar:
tu aliento.
Ya que lejos de mí vas á estar,
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.

Lo repetimos: no es ninguna cosa del otro mundo; pero al menos, es algo agradable para compensarnos de tantas otras poesías del mismo autor, que hemos tenido que censurar con harto sentimiento.

COSTUMBRES

En qué piensan los jóvenes.—Roberto de Beauplan, colaborador de *La Revue Hebdomadaire,* ha rogado á unos seiscientos profesores de segunda enseñanza, que propusieran á sus alumnos de segundo y tercero el siguiente tema de reflexión: «Entre los personajes históricos, ó las personalidades contemporáneas, ó las personas que conocéis, decid: ¿A quién preferiríais pareceros, y por qué?»

En las escuelas primarias de Bélgica se hizo, hace poco más de dos años, una información semejante, cuyos resultados revelaron que la mayor parte de los niños y hasta de las niñas,

deseaban, ante todo, ser el rey Leopoldo, «porque es rico, porque tiene un grande y hermoso palacio, porque tiene muy buenas comidas, porque puede dar largos paseos en un coche tirado por muchos caballos, etc.» La consulta de Beauplan, dirigida á adolescentes de trece á diez y seis años, tenía por objeto determinar, si no el ideal común de la juventud actual, al menos alguna de sus tendencias, contribuyendo así al estudio de la psicología experimental de la adolescencia.

Las abstenciones han sido numerosas, y los motivos de muchas de ellas no dejan de ser curiosos, pues los profesores temían incurrir en mala nota, porque algunos de sus alumnos colocaban su ideal en Napoleón ó Luis XIV, á pesar de las enseñanzas republicanas de sus libros y de sus maestros. A pesar de eso, las respuestas recogidas pasan de 1.600, de las cuales pueden eliminarse unas 200, cuyos autores se proponen un idear tan perfecto y tan vago, que carece de interés. Desean tenetodas las cualidades, sin ningún defecto: ser inteligentes, buel nos, animosos, trabajadores. Hay quien aspira al genio, á fin de oir murmurar á su paso: «Ahí va Fulano, que acaba de descubrir la electricidad.» Algunos no dejan de ser originales: «Quisiera sufrir frecuentemente, porque el hombre que nó sufre no merece el nombre de hombre», ó «Mi modelo sería una persona orgullosa, por aquello que dice Musset: «El orgullo es el pudor de las mujeres.»

Unas 150 respuestas materializan el ideal en un individuo determinado: compañero, pariente ó amigo de la familia. Muchos quieren parecerse á tal ó cual de sus compañeros, «que hace muy bien sus ejercicios, saldrá muy bien en los exámenes y triunfará en la vida», ideal corriente en los bancos del colegio; pero los hay que admiran á Juan, «que presta siempre su goma, sin enfadarse, á todos sus compañeros»; á Pedro, «porque es modesto y virgen»; á Luis, «á quien siempre se ha visto dejar su sitio, en el tranvía, á una señora»; á Alfredo que, «aunque vive sólo en Carpentras, jamás ha andado por caminos torcidos»; á Gastón, «porque me lleva siempre de paseo con él

y hablamos, sobre todo, de los sombreros de las señoras»; á Bernardo, «que ha salido brillantemente de sus dos bachilleratos, y es ambulante de correos en la línea de Cette á Tarascón», etc.

La belleza física no parece ejercer gran prestigio en estos jóvenes, y otro tanto pasa con la riqueza. Algunos, sin embargo, tienen la franqueza de confesarse: «Si yo viviese en los tiempos prehistóricos, dice uno, habría dicho: quiero ser un Hércules; bajo los romanos, un gran ciudadano: en el siglo XVII, un obispo; bajo el Imperio, un gran general, y en nuestros tiempos, un ricachón.»

Son pocos, un 2 por 100, los que colocan su ideal en el ejemplo paternal: el hijo del zapatero desea ser funcionario; el del contramaestre, ingeniero, etc. En cambio, los tíos ejercen una gran fascinación sobre sus sobrinos: éste, «porque está en la Guyana y ve presidiarios»; aquél, «porque lleva una vida deliciosa, oyendo un soberbio fonógrafo con discos que contienen todas las óperas conocidas», etc.

Después de los parientes, las personas más conocidas de los niños son sus profesores; por eso, en unas 60 respuestas, el ideal es el profesor, aunque la sinceridad de estas respuestas es dudosa. Los motivos de la preferencia son «porque está fuerte en Teología y también en Francés y Latín», «porque no se avergüenza de pasar por un solideo», «porque es propagandista del esperanto», «porque su libro ha sido premiado», «porque no se enfada cuando estamos veinte alrededor fastidiándole», etc.

Gran número de alumnos han confundido la elección de un tipo ideal con la de una carrera, habiendo 280 respuestas de esta categoría. La carrera militar obtiene 58 votos, 12 de ellos para la marina. Este amor á las armas nace á veces de una circunstancia cualquiera; la marcha de un primo para Marruecos, el encuentro de un veterano de Reichoffen, el recuerdo de un abuelo soldado del Gran Ejército; un alumno del colegio de Perpignan quiere ser oficial «para aniquilar á los huelguis-

tas del Mediodía, que acabarán por arruinar á Francia». Otro confiesa que la lectura de Fenimore Cooper le ha vuelto la cabeza, y por eso entrará en la Escuela Politécnica. El hijo de un comandante declara que quiere ser oficial, para tener galones y llevarlos con orgullo, probando que no los debe más que á su mérito. Otro dice: «Me gusta la milicia por las ventajas que proporciona: se monta á caballo y se lleva el uniforme que tiene siempre cierto prestigio.» Algunos lo quieren ser por patriotismo, etc.

La abogacía no tiene más que cuatro ó cinco adeptos. Las carreras científicas reclutan unos 30; los médicos cuentan con 37 admiradores: «Si algún desgraciado no puede pagar, no insiste, pero tampoco pierde, porque le hacen muy hermosos regalos»; un viejo doctor hizo impresión definitiva porque «cuando yo era pequeño me llevaba á su gabinete de consulta, donde me tocaba *Au clair de la lune* en una flauta, en la que yo también tenía derecho á soplar; hubiera querido parecerme á él para hacer sacar la lengua á mis compañeros y para recetar á la buena hermana de la escuela maternal una poción amarga, con ocho días de cama sin moverse.» La obra maestra del grupo es esta narracioncita: «Desde mi niñez se manifestó mi vocación. Me acuerdo que á los siete años fuí con mi madre á casa de un dentista. Mi corazón latía muy fuerte, pero el dentista apaciguó tan bien con sus exhortaciones mis inquietudes, que le entregué mi cabeza completamente tranquilo. No sentí ningún dolor, y salí encantado y entusiasmado, tanto á la vista del lujo que había encontrado en casa del dentista como á la vista de los instrumentos. En la calle dije á mi madre: «¡Mamá, tengo que ser dentista!»

El comercio obtiene unos 15 votos. La arquitectura es saludada como profesión de gran porvenir «porque tendrá que construir toda clase de estaciones aéreas para los aeroplanos». El notariado tiene sólo dos admiradores que dan como razón, el uno, que «ama el estudio», y el otro «la libertad que se goza, porque si un cliente no está contento, no tiene más que irse».

El funcionarismo cuenta con una decena de devotos, espíritus prácticos para quienes «nada es más agradable que una vida tranquila en que es uno libre de sus actos sin ser presa de los periodistas, como los soberanos que tienen que valerse de mil astucias para guardar su incógnito».

La agricultura, contra lo que debía esperarse, cuenta con más de cincuenta aficionados; unos la quieren como literatos, recordando á Teócrito y Virgilio, y otros, hijos de agricultores, encuentran sus encantos en los trabajos del campo, en los viajes á las ferias y en las correrías por los prados.

Las vocaciones literarias y artísticas, contra lo que podía esperarse en alumnos adolescentes, son tan escasas, que no pasan de seis los que sienten el aguijón de las musas; la Arqueología tiene cuatro prosélitos, todos del mismo colegio, y la Pintura sólo cuenta con dos; uno de ellos ha sentido esta afición por el trato de un amigo de su familia que «tiene mucho talento, ha obtenido una medalla, es de muy agradable compañía, y posee una mujer encantadora». El teatro sólo ha trastornado una cabeza; era un chico que había tenido la fortuna de trabajar de marquesa en el gran teatro de Semur.

Hay algunos para quienes el ideal es ser diputados; á uno de ellos le ha enseñado las ventajas de la profesión un tío suyo. «Desde hace tiempo—dice—quiero parecerme á mi tío, que es diputado; es una idea fija, mi único deseo; por de pronto, para ganar 15.000 francos al año y para hacerme con buenas relaciones. No trabaja uno nada y se puede pasar una existencia feliz; luego me podré aprovechar haciendo viajes por aquí y por allá gratis; además, va uno á las fiestas gratuitamente, y se come muy bien todos los días si se tiene buena salud, y cuando se llega á la vejez, se han hecho algunas economías.»

No faltan tampoco los que, en lugar de señalar su ideal en ésta ó la otra profesión, exponen sus teorías personales sobre el mundo y la vida. Tales son, en primer término, los pesimistas, que arrastran el grillete de esta sucia vida, como dice uno de ellos: «Quisiera ser un niñito chiquitín, porque no

piensa, no sufre.» «¿A quién me querría parecer? A un hombre que veo en vacaciones en el campo; vive solo, sus vestidos son harapos, come lo que le dan de limosna, y, en fin, es pobre de espíritu, es un idiota; ese hombre no ha tenido que sufrir por la calumnia, por la hipocresía, por la cobardía, por la injusticia de los hombres. No tiene familia, pero los goces del hogar no existen más que en los libros; al verle pasar, se ríe uno; ¿qué hace? ¡Se ríe! No comprende nada, no tiene conciencia de nada, es feliz.»

Frente á estos pesimistas están los entusiastas, los reformadores de la sociedad; uno predica razón, igualdad, accesión á todos los empleos, etc.; otro dirige sus esfuerzos «hacia el estado internacional soñado, en que todos los hombras serán iguales y hermanos, y en que todos, poseedores de igual fortuna, darán el mismo coeficiente de trabajo». Otro no se pára en barras, y declara lo siguiente á los catorce años: «Trataré de modificar la sociedad y de hacer iguales á todos los hombres: acabaré con las bandas de jesuítas que infectan á Francia viviendo como parásitos; haré votar la ley completa de la separación de las Iglesias y el Estado, por la que se suprimirán las pensiones á los eclesiásticos, los donativos á la Iglesia de toda persona que tenga herederos, haciendo los cargos del Estado inaccesibles á los que han estudiado en establecimientos religiosos. Opondré al bautismo religioso el bautismo republicano, y crearé el libro *Educación republicana* para guiar, ilustrar y hacer ver la verdad á los padres de familia ignorantes. ¡Quitemos el rosario que los curas y las débiles madres ponen al cuello de los niños, y reemplacémoslo por la bombilla eléctrica!»

Los alumnos que se han atenido á los términos precisos de la consulta, indicando su ideal con un nombre, son unos 600. Hace cincuenta años la elección, en su mayoría, seguramente hubiera recaído en personajes de la antigüedad clásica; pero hoy los personajes clásicos no se llevan más que 34 votos, 10 de los cuales corresponden á Sócrates, gracias á Lamartine;

los demás elegidos son Orfeo, Epicuro, Arístides, Pericles, Demóstenes, Alejandro, Diógenes, Cincinato, Catón, Cicerón, César, Augusto, Virgilio y Horacio. En cuanto á los clásicos franceses, se han encontrado con 65 émulos, que reparten sus votos entre Villon, Montaigne, Ronsard, Malherbe, Descartes, Corneille, Molière, Racine, Boileau, Bossuet y Pascal. Las razones de la elección no dejan de ser curiosas; así, por ejemplo, Bossuet es preferido «porque creía en Dios y amaba mucho la religión», y Boileau «porque podía ir á casa de su sobrino á pescar con caña y á jugar al billar». Otro dice: «¿Me había yo de parecer á Corneille, á Boilean, á Racine y á tantos otros de esos escritores? ¡No, no! No son esas mis ideas; no estaría en mis gustos componer tan hermosas obras. Yo seré veterinario militar».

Entre los románticos, Víctor Hugo cosecha 36 votos, Lamartine 18, Chateaubriand 10, Musset 3, y Leconte de Lisle y Sully-Prudhomme 1. Hay un alumno que ha vacilado largo tiempo entre Hugo y Lamartine, y al fin se ha decidido por Sam Mac Vea, el boxeador, «porque, diréis lo queráis, pero es hermosa cosa dar un buen puñetazo».

A veces, los preferidos son los héroes ó personajes de las diversas obras, resultando de esta elección dos Horacios y tres Curiacios, un Cinna, un Atalo, un Severo, un Cleanto, un Filinto, tres Roldanes y quince Cides, inspirados por la lectura de obras clásicas; y un Robinsón, un Fígaro, un Artagnan, un capitán Fracasse, un Bienvenido Myriel, un Fritz Kobus, un Juan Oberlé, un Tom Jones, tres Silvestres Bonnard y cinco Ciranos. Entre los autores extraños á los programas de clase, Flaubert es el ideal de dos alumnos, Zola de tres, Loti de otros tres, Mistral de cinco, y Daudet, Tolstoi y Rostand de uno cada uno. Hay otro que no conoce literato que valga más que Pedro Mille, que es pariente suyo.

Los artistas tienen pocos prosélitos: hay dos Vinci, un Rembrandt, un Horacio Vernet, un Detaille, un Caran d'Ache, un Wagner y cuatro Beethoven.

Entre los reyes, el más popular sigue siendo Enrique IV, que sirve de modelo á doce alumnos, no mereciendo más que un voto Carlomagno, otro Francisco I y otro Luis XIV. Entre los ministros, L'Hospital tiene un admirador, tres Sully, cinco Richelieu y quince Colbert. La Revolución francesa, cosa sorprendente, no tiene más que cuatro entusiastas: uno por Mirabeau, otro por la señora Roland, otro por Dantón y otro por Barras; en cambio, la Revolución americana produce quince admiradores de Wáshington y diez de Franklin.

Los guerreros sacan mejor partido, pues hay dos alumnos que quisieran ser Vercingetorix, uno Ferré, dos Bayardos, dos La Tour d'Auverge, cuatro Turenos, un Kosciusko, un Montcalm, dos Juan Bart, dos Porcon du Babinais, un Sonis, un Faidherbe; hasta Juana de Arco ha servido de ideal á otro, «porque no ¿tiene todas las cualidades que harán de mí un niño, y más tarde un hombre?»

El mayor éxito lo obtiene Pasteur, con 156 votos, mientras que Napoleón sólo entusiasma á 42, Gambetta á 17 y Edison á 15; Berthelot tiene 13 admiradores, Curie 2 y Claudio Bernard 1.

No faltan tampoco admiradores á los sabios é inventores de otras épocas: así, tres jóvenes querrían parecerse á Gutenberg, dos á Galileo, cuatro á Bernardo Palissy, tres á Dionisio Papin y uno á Arago, Lagrange, Lavoisier y Davy. Los exploradores cuentan también con muchos partidarios, siendo los preferidos Cristóbal Colón, Livingstone, Stanley, Garnier, Swen, Hedin, el coronel Marchand, Nansen y Charcot, y, sobre todo, Braza, que cuenta con trece entusiastas. Entre estos exploradores en germen, los hay que se han trazado ya su programa: «Yo escalaré el Himalaya y me ejercitaré en traducir latín sobre las ruinas del Foro romano».

Prescindiendo de algunos caprichosos, como el que quisiera ser á la vez Confucio y Aureng Zeyr, «que mató á sus padres y siempre fué favorecido del cielo», el resto de las elecciones se reparte entre varias personalidades contemporáneas.

Cinco colegiales envidian al fundador del Louvre, Chauchard; otro se entusiasma con el látigo del jockey Stern, otro con el corredor á pie Saint-Ives, y algunos con los aviadores Wilbur Wright, Bleriot y Farman.

Los políticos tienen pocos partidarios. Hay un Lepine, dos Doumers, un Jaurés, un Combes, un Clemenceau y un Roosevelt, y eso es todo.

¿Podrían sacarse algunas conclusiones de esta información? Es difícil sacar alguna, como no fuera la relativa á la cultura que revelan las respuestas dadas y la orientación que señalan algunas de ellas, indicio del tenebroso porvenir que se prepara á la nueva generación.

IMPRESIONES y NOTAS

La Oficina de Julia.—El proyecto de comunicación entre el mundo de los vivos y el de los muertos, que el famoso director de la *Review of Reviews*, de Londres, Guillermo Stead, prometió llevar á cabo y abrir al público para el próximo Abril, poniéndolo á disposición de las personas que, habiendo sufrido la irreparable pérdida de un sér amado, quieran seguir en comunicación con él, se va desarrollando poco á poco y parece que la «Oficina de Julia», que es el nombre oficial que ha de llevar, será pronto un hecho, del que unos se reirán, probablemente, y que otros ensalzan como una de las grandes conquistas del presente siglo; pero que unos y otros tendrán que admitir como hecho indiscutible, á reserva de comentarlo y juzgarlo como tengan por conveniente. Parece lo natural que, para atender á los gastos de instalación y funcionamiento de la «Oficina de Julia», se cobrara una cantidad más ó menos crecida á los clientes que la utilizaren; pero el espíritu de Julia, que es la directora del centro de comunicaciones intermundiales, temiendo que el percibo de honorarios pudiera considerarse como una explotación, ha dispuesto que no se cobre ab-

solutamente nada á la futura clientela, sino que los gastos se cubran con una dotación fija, que se obtendrá por suscripción de donativos voluntarios. Como estos gastos se calculan en 25.000 francos anuales, el Sr. Stead se ha ofrecido á cubrirlos en la parte á que no alcance la suscripción, estando así asegurado el éxito. Ahora aguardemos la apertura de la Oficina y las noticias que de ella vengan.

***

El sueño como método curativo.—Teníamos la cura de agua, la cura de aire, la cura de luz, la cura de electricidad, la cura de montaña, la cura de hambre, y ahora tenemos la cura de sueño, es decir, el sueño empleado como medio terapéutico, según vemos en los *Documentos del Progreso*, en un artículo de Fernando Mazada.

La cura ha sido imaginada por el Dr. Enrique Lemesle, y se aplica á los enfermos atacados de ciertas neurosis, trastornos neurasténicos, ideas fijas, obsesiones, fobias, enfermedades de la voluntad y hasta con una cura bastante larga, alcohólicos y morfinómanos. Los sanatorios en que se aplica son verdaderos somnarios, en los que existen los elementos necesarios para los cuatro períodos que comprende la cura: lavado de la célula nerviosa, sedación por la luz coloreada, sedación por los perfumes y sueño prolongado.

El somnario modelo está situado en el poético país de Loches. Cada enfermo, á su entrada, sufre un interrogatorio psíquico, y es objeto de dos exámenes, uno relativo al análisis de la orina y otro á la presión sanguínea. Todas las salas de tratamiento están iluminadas con luz azul índigo; como transición á esta luz, eminentemente sedativa, y á la luz blanca ordinaria, los corredores y vestíbulos están alumbrados con luz verde, que soportan muy bien los enfermeros y criados, y bajo cuya influencia reposante, los enfermos que circulan por el somnario no pierden el beneficio de su estancia en plena luz

azul. Al fin de todo tratamiento, y antes de volver á la luz blanca, se prescribe la estancia en la luz verde.

Después del lavado de la célula nerviosa, de la sedación por la luz coloreada y de la osmoterapia ó sedación por los perfumes, es cuando los enfermos son dormidos, sosteniéndose sus sueños durante varios días y á veces durante varias semanas, sin más interrupciones que la de varios despiertes periódicos, cuya duración varía de una á tres horas. Para producir el sueño, el Dr. Lemesle emplea varios medios, todos relacionados con la inhibición nerviosa, y por los que se proporciona á los órganos de los sentidos sensaciones homogéneas, uniformes y continuas, tales como los espejos rotativos, aparatos de masaje vibratorio, cascos de piedra brillante, metrónomos, etc.

*
* *

Educación práctica de la mujer.—Hay que servir para todo: este es el programa que traza la mujer moderna, en *Mode Illustrée*, Alina Raymond. Si queremos estar bien servidas—dice,—tenemos que saber todo lo que exigimos á nuestros criados. Como se tiene hoy la huelga del obrero, tendremos (en algunos sitios se ha tenido ya) la huelga de los criados. ¡Felices entonces las personas que puedan servirse á sí mismas y que no dependan de ellos! Hay, pues, que educar á nuestras hijas de modo que sepan de todo.

¿Cómo salir del apuro del lujo de las menores recepciones, de un brusco cambio de criado, si no se echa mano del servicio? El lujo de la ropa blanca va creciendo: bajo el traje sastre se lleva la blusa de fina batista con encajes; en casa la muselina vuelve á ocupar su puesto en las habitaciones de las jóvenes; pero ¿quién cuidará y planchará toda esta ropa, cuyo único encanto es la frescura irreprochable? Y aquí tenéis al ama de casa ó á su hija, obligadas á repasarse por sí mismas esos mil pecheros, blusas, cuellos, visillos, etc. No creáis perder vuestra dignidad si probáis una salsa ó manejáis la plancha. La mis-

ma hija del emperador de Alemania no desdeña ocuparse de estos trabajos, y se jacta graciosamente de ser una de las mejores amas de casa del mundo. *La Vraie Mode* aconseja á sus lectoras que se dediquen al planchado fino, realizando así una economía importante, superior á la ganancia que obtendrian dedicándose al *crochet*.

En Inglaterra, según *La Mode Nationale*, se ha fundado una «Escuela para las esposas» á fin de suplir las innumerables lagunas de la instrucción práctica de las jóvenes, y para evitar que las recién casadas ignoren la ciencia casera, se han creado cursos de cocina. En Bélgica se han organizado también escuelas caseras, aunque dedicadas especialmente á la clase obrera.

La educación mundana forma parte de la educación práctica; pero la educación práctica no debe sacrificarse á la mundana, ni siquiera á la científica. Los cursos de educación casera de corte, de modas, son una de las más felices innovaciones de los modernos programas de estudio. No perjudican en nada á los cursos de ciencia ni de arte, sino que su aplicación es utilitaria y femenina, pues sería verdaderamente deplorable que una joven hubiera profundizado la Química, dejando á un lado las combinaciones culinarias; que estudiara Geometría, y no aprendiera á cortar una blusa ó una falda; que resolviera una ecuación, y no fuera capaz de echar sus cuentas caseras; que pintara una bonita acuarela, y no tuviera gusto para vestirse; que fuera una devota de la literatura, y no acertara á redactar una carta.

Para que se vea cómo están organizados estos cursos, he he aquí el horario de las enseñanzas y trabajos del *Foyer*.

LUNES

Conferencias: los «Lunes del Foyer», de dos y media á cinco y cuarto.

Conversaciones sobre cosas caseras, de dos y media á tres y media.

Curso complementario de vendajes, de dos y media á cuatro y media.

Conversación inglesa y alemana, de las cuatro á las cinco.

MARTES

Curso de cocina, de las nueve á las doce.
Tapicería, de nueve y media á once y media.
Curso de corte, de dos á cuatro.
Curso de criadas, de dos y media á cinco y media.
Curso de lectura, de cinco y media á seis y media.

MIÉRCOLES

Cura de heridas, de las dos y media á las cuatro y media.
Curso de croquis, de las cuatro á las cinco.

JUEVES

Escuela de aplicación, de las dos á las cuatro.
Curso de pastelería, de las dos á las cuatro.
Curso de costura para las niñas, de las dos á las cuatro.

Curso de pedagogía y de método de Frœbel, de dos y media á tres y media.

VIERNES

Curso de plancha, de las nueve y media á las once y media.
Curso de modas, de las nueve y media á las once y media.
Lecciones de labores, de las dos á las cuatro.
Reunión de obras, á las dos y media.
Audiciones musicales, de las cuatro á las cinco.
Comité, á las dos y media.

SÁBADO

Conferencias: los «Sábados del Foyer», á las dos y media.
Curso de derecho, á las dos y media.
Movimiento literario, á las cuatro y media.

Curso de conversación y círculo de estudio, de las cuatro y media á las cinco y media.

Cocina para enfermos, de dos y media á cuatro y media.

*
* *

Los EUGÉNICOS.—Como la palabra es nueva, no estará de más el definirla: el *eugénico* es, conforme á la etimología, el *bien engendrado*, es decir, el individuo que responde al ideal antropológico en virtud de la ley de la selección sabiamente aplicada.

Hasta ahora no había pasado de pura teoría la idea de la reproducción científica por el cruzamiento de las razas, para obtener individuos sanos y robustos, aptos para todo linaje de trabajos y libres de los mil alifafes que nos ha legado la degeneración de la especie en sus diversas formas. Es verdad que ya Haeckel había preconizado la creación de un comité central, encargado de elegir las muestras más perfectas de los tipos humanos, para obtener por su cruzamiento la mejora de la especie; pero esto no había pasado de un proyecto sin consecuencia ninguna.

Un médico americano, el Dr. Schutz, de Long-Beach (California), es el que ahora ha emprendido la resolución práctica del problema. Fijándose en que muchas ricas regiones no pueden ser explotadas por los rigores del clima, ó por la ineptitud de los indígenas, como sucede en Laponia con los yacimientos de carbón y metales, que no pueden ser explotados por las razas europeas, incapaces de resistir aquella temperatura, ni por los esquimales del país, por su falta de resistencia para el trabajo, ó, como ocurre en el Congo con el cultivo del caucho, que no da el rendimiento debido porque los congoleses carecen también de aptitudes para el trabajo; el Dr. Schutz ha pensado en combinar las cualidades de resistencia al clima de los indígenas con las aptitudes de los europeos, creando de ese modo varias razas selectas. Para ello ha formado un primer grupo de niños, que ha adoptado, y que serán el núcleo de la nueva colonia eugénica, confiando á su mujer el cuidado de educar tres niños, uno sueco, otro inglés y otro japonés, y tres niñas, una india, otra esquimal, y otra negra, á cuyas tres parejas piensa unir otras tres formadas por un alemán, un chino y un hawayés, un español, un canadiense y un puerto-riqueño.

Todos recibirán la instrucción que se da á los hijos de blancos, según los mejores métodos, enseñando á cada uno un oficio apropiado á sus aptitudes.

Como la creación de los nuevos tipos eugénicos requiere bastantes años, y durante ellos podrían morirse él ó su mujer, el Dr. Schutz ha previsto el caso, agregando á la empresa otros sabios biólogos que le suplirán y le continuarán. El doctor cree que, con el tiempo y el trato, el afecto mutuo de los niños criados bajo su tutela determinará la unión matrimonial de sus ahijados, y así se formarán las nuevas razas.

No dudamos de esta conclusión, y celebramos las intenciones del sabio doctor americano; pero nos parece que va á llevarse un chasco monumental con su proyecto de cruce. En primer lugar, porque esos diversos niños, sometidos desde pequeños al mismo medio ambiente físico, intelectual y moral, vendrán á fundir sus rasgos diferenciales primitivos en los comunes que les imprima el ambiente y la educación, y cuando lleguen á edad de matrimoniar serán todos ellos unos americanitos. En cuanto á que con el trato lleguen á enamorarse unos de otros, como no los meta en jaulas emparejados el doctor, como á las palomas, esté seguro de que no le salen los matrimonios á su gusto. Mejor sería, y ofrecemos gratis la idea al buen doctor, ya que tanto empeño tiene en la cosa, que en lugar de andar con esas adopciones de niños, tome un buen lote de mujeres escogidas, ya formadas, que no le faltarán, porque en todas partes las hay sobrantes, y las lleve á los países en que quiera producir el tipo eugénico, que sólo así puede producirse con verdaderas garantías de éxito.

*
* *

La antipatía.—Puede definirse, en general, la antipatia, siguiendo á Ribot en la *Revue Philosophique*, como una actitud repulsiva que el individuo toma á la vista de un objeto; es una forma atenuada del instinto de conservación obrando

anticipadamente, y comprende tres elementos: un acto de conocimiento instintivo, un estado afectivo penoso y un movimiento de naturaleza inhibitoria. Sea individual ó social, pasa por tres estados: orgánico, instintivo y consciente. El orgánico es el que la sirve de cimiento, siendo su forma más común el disgusto con carácter de repulsión ó de negación. El instintivo afecta principalmente á los casos de antipatía física y, sobre todo, sexual. El consciente se produce bruscamente ó por cristalización; el primero empieza por una intuición afectiva é instintiva á la vez; el segundo por una débil repugnancia, que se completa poco á poco por una serie de observaciones y de juicios.

Este estudio de Ribot está completado en la misma Revista por otro de Dugas. La antipatía no es la carencia ni lo opuesto á la simpatía. La antipatía no excluye el odio, pero no lo exige; tampoco excluye el amor, pero muchas veces lo exige ó lo implica; muchas antipatías tienen su explicación en amores contrariados; á veces sucede á la amistad ó al amor y coexiste con ellos; cuando se reconcentra en el amor, no lo mata; pero se exaspera, se vuelve cruel, brutal y feroz, sin poder evitar que subsista. La antipatía no es el instinto, pero sí una forma particular del instinto de defensa de un individuo contra otros diferentes y hostiles. Es una mezcla de ceguedad y clarividencia, tanto más peligrosa, cuanto que en su grado máximo, próximo al odio, modifica profundamente los sentimientos y el carácter.

Fernando Araujo

ÍNDICE

Págs.

El reconocimiento por España de la República Argentina, por Jerónimo Bécker 5

El año musical, por Cecilio de Roda 26

Los progresos económicos de España, por Francisco Espinosa y González-Pérez 52

La inmensa Hispania, por Arturo Pérez Martín 76

Parnaso internacional: La alborada, de Juan Aicart 97

Recuerdos, por José Echegaray 100

El país del placer (novela), por Edit Wharton 110

La marina en España, por Patricio Montojo 146

Cómo se procesaba á un hombre de alta dignidad, por Juan Pérez de Guzmán y Gallo 161

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 178

AP
60
E8
año 22
no.253-55

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY